

FOLLETIN

DEL

DIARIO DE BARCELONA.

TERCERA SÉRIE.

AVENTURAS

DE

NICOLÁS NICKLEBY

POR

CÁRLOS DICKENS.

VERSION CASTELLANA DE C. N.

TOMO II.

BARCELONA.

IMPRENTA DEL DIARIO DE BARCELONA,

CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, 17.

1873.

Administracion y despacho, calle de la Libretería, n.º 22.

NICOLÁS NICKLEBY.

CAPÍTULO PRIMERO.

De como M. Rodolfo Nickleby es repelido de todo comercio con su familia.

Smike y Newman Noggs, que en su impaciencia habia vuelto á su casa mucho antes de la hora indicada, estaban sentados al fuego escuchando con ansiedad cada paso que se daba en la escalera, el menor ruido que se hacia en la casa, con la esperanza de que fuera Nicolás que llegaba. El tiempo, sin embargo, pasaba, era bastante tarde, y Nicolás no volvia habiendo dicho al salir que no estaria fuera mas de una hora. Su prolongada ausencia comenzaba á alarmarlos sériamente, como hubiera podido observarse en sus movimientos y miradas de inquietud, cuando se oyó un carruaje que se detuvo á la puerta.

Newman salió al punto á la escalera con la luz para alum-

brar á Nicolás, y al verlo en el estado en que lo dejamos en el capítulo anterior, quedó petrificado de espanto y de horror.

—No hay que alarmarse, dijo Nicolás entrando precipitadamente en la habitacion. Esto no es nada; un poco de agua para lavarme y todo está arreglado.

—¿Nada es? preguntó Newman pasando rápidamente la mano por la espalda y brazos de Nicolás para cerciorarse de que no tenia nada roto. ¿Qué habeis hecho?

—Ya lo sé todo, dijo Nicolás sin contestar á esta pregunta; he oido parte y adivinado lo demás. Sin embargo, antes de lavar una gota de sangre, quiero que vos me lo conteis todo. Ya veis que estoy tranquilo. Mi resolucion está tomada: ahora, amigo mio, hablad francamente, pues no se trata ya de paliar las cosas, para que quede en buen lugar Rodolfo Nickleby.

—Traeis la ropa desgarrada por varias partes, venís cojeando y estoy seguro de que os habeis hecho daño, contestó Nicolás; permitidme que ante todo os reconozca y despues.....

—No me he hecho daño ninguno ni tengo mas que un entorpecimiento que pronto pasará, repuso Nicolás sentándose con dificultad. Pero aunque me hubiera roto todos los miembros, no me dejaria curar ninguna de mis heridas, hasta que me hubierais dicho todo lo que yo tengo derecho á saber. Ea, pues, añadió tendiéndole la mano; vos tambien habeis tenido una hermana que murió antes de vuestras desgracias, segun me habeis dicho; pensad en vuestra hermana y hablad.

—Sí, voy á hablar; voy á deciros toda la verdad.

Y Newman le dijo todo lo que sabia.

De vez en cuando, durante su relato, Nicolás confirmaba con un movimiento de cabeza los detalles que él habia recogido por sí mismo; pero con los ojos siempre fijos en el fuego, sin desviarlos una sola vez.

Hecha su narracion, Newman insistió para que su jóven amigo se despojara de ropa y se dejara curar el daño que

tuviera, y Nicolás accedió á sus ruegos, despues de alguna resistencia.

Mientras se le frotaba con aceite, vinagre y otros linimentos no menos eficaces, las contusiones que tenia en los hombros y en los brazos, se puso á referir cómo las habia recibido, y su relato hizo tanta impresion en el ánimo de Newman, que oyendo los pormenores de la contienda, especialmente en el momento en que hubo de tomar su carácter de violencia, se imaginó sin duda tener entre sus manos á Mulberry y frotó á Nicolás hasta hacerle sangre.

El mismo paciente hubiera acaso gritado, no pudiendo sufrir mas; pero concluyó por echarse á reir, comprendiendo la intencion y buenos deseos de Newman.

Despues de este martirio de nuevo género, Nicolás convino con Newman que el dia siguiente por la mañana, mientras que él estaria ocupado en otra cosa, se tendria todo dispuesto para desalojar inmediatamente la casa en que vivia su madre, y para que la Creevy acomodara á la familia en el piso desalquilado de la suya.

Con este acuerdo, se envolvió en el paletot de Smike y fué con él á la posada en que tenian ya preparadas las camas para pasar la noche.

Allí escribió algunas líneas dirigidas á su tio y que bajo un sobre debia entregarle Newman el dia siguiente.

Despues de esto se dejó caer en su lecho, deseando hallar en él el reposo de que tanta necesidad tenia.

Dícese que se han visto hombres en estado de embriaguez rodar al fondo de un precipicio y no sentir ningun daño luego que recobraban el uso de su razon. La embriaguez no tiene exclusivamente este privilegio; es esta una observacion que se aplica á muchos otros accesos de pasion violenta. Lo que hay de cierto es, que si Nicolás al despertarse el dia siguiente, sintió algunos dolores en los primeros momentos, á las siete estaba ya de pié y tan listo como si hubiera sido un sueño la realidad tormentosa de la noche anterior.

Despues de prevenir á Smike que esperara la visita de

Newman, que no tardaria en llegar, Nicolás bajó á la calle, tomó un coche de alquiler y mandó al cochero le condujera á casa de M. Wititterly con las señas que Noggs le habia ya dado.

Eran las ocho menos cuarto cuandó el carruaje llegó á la plaza de Cadogan. Nicolás temia no encontrar tan de mañana con quien hablar en aquella casa; pero muy luego vió á una criada limpiando las escaleras. De funcionario en funcionario, llegó al consabido paje, que apareció en el horizonte, desgreñado y entumecido como quien acaba de dejar el lecho.

Por él supo Nicolás que miss Nickleby habia salido á dar su paseo matinal en el jardin de enfrente.

Cuando Nicolás le preguntó si podria ir á buscarla, el paje contestó haciendo pensar que era una cosa extraordinariamente difícil; pero á la vista de ese talisman que todo lo allana, y que Nicolás le puso en la mano, el buen paje halló ya la cosa extraordinariamente fácil.

—Decidle que está aquí su hermano con grandes deseos de verla y abrazarla.

Y mientras el paje iba á este mandado, Nicolás se puso á pasear por la estancia en un estado de agitacion febril que le hacia insoportable el menor retardo.

Por fortuna, muy luego oyó un paso ligero muy conocido de su corazon y de su oido, y antes de volverse para salir á recibir á su hermana, Catalina estaba ya abrazada á su cuello bañándole de lágrimas la cara.

—¡Pobre hermana mia! exclamó Nicolás acariciándola tiernamente; ¡qué pálida estás!

—¡Ay, hermano mio! he sido aquí tan desgraciada!.....

Y Catalina rompió á sollozar.

—¿Qué tienes, pobre mia?

—He sufrido tanto..... tanto..... Nicolás de mi alma, no me abandones, ó me moriré de pesar.

—¡Abandonarte! exclamó el hermano. Nó, ya no me alejaré de tí nunca.

Y Nicolás lloraba, á pesar suyo, estrechándola tiernamente contra su corazon.

Despues de una pausa, en que los dos dieron expansion á sus sentimientos, añadió Nicolás:

—Necesito, hermana mia, que reconozcas que hice lo que creí mejor; que no me hubiera alejado de tí, sin el temor bien fundado de hacer caer sobre tu cabeza el peso de mi desgracia; que he sufrido en la ausencia tanto, tanto como tú; en una palabra, que si no he obrado con acierto, ha sido solo por mi falta de experiencia; ¡es tan difícil conocer el mundo!...

—Yo siempre te he hecho justicia reconociendo todo eso que ahora dices, contestó Catalina calmando la turbacion de su hermano. Nicolás, querido mio, no te apenes así.

—¡Ah! si tú supieras todos los cargos y recriminaciones que yo mismo me hago ahora que sé todo lo que has pasado, ahora que te encuentro tan cambiada, y sin embargo tan buena siempre y tan resignada. ¡Ira de Dios!

Y Nicolás cambió repentinamente de tono y de fisonomía, y dió un paso atrás crispando los puños.

—¡Ira de Dios! Siento hervir otra vez la sangre en mis venas. Es preciso que salgas de esta casa ahora mismo conmigo; ni esta noche hubieras dormido en ella, á saber yo algunas horas antes lo que ahora sé. ¿A quién he de dirigirme para decirle que te vienes conmigo?

La pregunta no pudo ser mas oportuna, porque M. Wititterly entraba en aquel mismo instante, y Catalina lo aprovechó para presentar á su hermano, quien le hizo saber el objeto de su visita y la necesidad en que se hallaba de apresurar su propósito.

—Bien sabeis, contestó el dueño de casa dirigiéndose á la doncella con toda la gravedad del caso, bien sabeis que el trimestre no está ni medio vencido: por consiguiente.....

—Por consiguiente, interrumpió Nicolás, debe perder su trimestre. Os suplico, caballero, disculpeis nuestra premura; especiales circunstancias exigen que aleje inmediatamente á mi hermana y no tengo tiempo que perder. Si nos lo permitís, enviaremos luego por los efectos que deja en su habitacion.

M. Wititterly se inclinó sin poner la menor dificultad á la partida inmediata de Catalina, que en verdad le daba mas placer que sentimiento, porque el doctor Tumley habia expresado la opinion de que la doncella no tenia un temperamento simpático á la constitucion delicada y aérea de Julia Wititterly.

—En cuanto á la bagatela de lo que se le debe, dijo el dueño de casa, yo se la.....

Un violento golpe de tos vino á interrumpirle inoportunamente.

Pero al fin concluyó la frase:

—Se la deberé á miss Nickleby.

Hay que saber que M. Wititterly era bastante aficionado á deber bagatelas y á deberlas siempre. No hay hombre que no tenga su flaco, y este era el de M. Wititterly.

—Como querais, contestó Nicolás.

Y renovando sus disculpas por tan súbita partida, condujo á Catalina al fiacre que esperaba á la puerta, recomendando al cochero los llevara á buen paso á la *city*.

Nicolás envió delante á Catalina á prévenir á su madre para que no se alarmara de su repentina aparicion, y cuando estuvo preparada, se presentó ante ella con mucho respeto y cariño.

Newman por su parte no habia perdido el tiempo. Ya habia en la puerta una carreta de mano, donde á toda prisa se iban acomodando efectos.

Pero la buena de la viuda no era mujer de las que se apresuran, ni de las que comprenden á media palabra las cosas que solo se tocan en razon de su importancia ó delicadeza. Así, pues, bien que hubiera ya sufrido una hora larga de preparacion por parte de miss Creevy y que debiera estar ya mas ilustrada sobre el caso por las explicaciones explícitas de Catalina y Nicolás, se hallaba aun en un estado de confusion tan extraña, que no queria comprender por nada de este mundo la necesidad de precipitar así las cosas.

—¿Por qué, Nicolás, por qué no preguntas á tu tio, cuá-

les podian ser sus intenciones sobre esto? hubo de interrogarle la buena señora.

—Pero, madre, ya no es tiempo de ir á discutir con él: ya no tenemos que hacer mas que una cosa, que es rechazarlo léjos de nosotros con el desprecio é indignacion que merece. Vuestro honor, vuestra reputacion exigen, madre mia, que al saber su infame conducta, no le tengais ninguna obligacion, ni aun el miserable abrigo que os da entre estas cuatro paredes.

—Tienes razon, hijo mio, tienes razon, repuso la madre llorando amargamente. Es un bruto, un monstruo; además estas cuatro paredes no están siquiera enlucidas, y si este techo está limpio es porque lo hice yo blanquear con leche de cal. Lástima es que los peniques que me costó el blanqueo tengan que pasar ahora á su bolsillo. ¡Ay! jamás hubiera creido lo que pasa.

—Ni yo, ni nadie del mundo, madre, lo hubiera creido, replicó Nicolás.

—¡Dios del cielo! exclamó la viuda. ¡Es decir, que sir Mulberry Hawk es tan mala persona como me ha dicho miss Creevy! ¡Y yo que me felicitaba todos los dias de ver sus atenciones para con nuestra Catalina! ¡Yo que no pensaba mas que en la dicha de toda la familia si llegaba á emparentar con nosotros, y en que te procurara á tí un buen empleo del gobierno! En la córte hay muy buenos destinos. Un amigo nuestro, M. Crapley el de Exeter, ¿te acuerdas, Catalina? Pues bien, M. Crapley tenia uno muy bueno. Y si no me engaño, sus funciones no eran muy penosas. La mas fuerte consistia en llevar medias de seda con calzon corto y una peluca con unas bolsas que se parecian á esas relojeras que se cuelgan en la chimenea. ¡Y decir que todo habia de acabar así! ¡Ah! esto es para morirse, seguramente es para morirse.

Y la buena señora, expresando así sus pesares, volvia á abrir lastimosamente la fuente de sus amargas lágrimas.

Como Nicolás y Catalina tenian precision de disponer y vigilar el trasporte del escaso mueblaje, durante este tiem-

po, miss Creevy tenia que consagrarse á consolar á la viuda. Y en efecto, ella le aconsejaba con mucha dulzura que no se afligiera tanto y tuviera valor.

—¡Ah! exclamó la pobre mujer con una petulancia disculpable en la triste situacion en que se hallaba. ¡Que tenga valor! eso es muy fácil de decir. Pero si vos hubierais tenido tantas ocasiones de ello como yo..... Y despues, añadió mudando de tono, pensad en los señores Pick y Pluck, los mas cumplidos caballeros del mundo. ¿Qué he de decirles? ¿Qué quereis que yo les diga? Si les dijera, por ejemplo: Me han asegurado que vuestro amigo, sir Mulberry Hawk, es un pícaro, ¿pensais que no se burlarian de mí? Pues se burlarian seguramente, miss Creevy.

—No temais ya eso; yo os garantizo que no se burlarán ya de nosotros, dijo Nicolás presentándose. Venid, madre, venid: un coche espera á la puerta; vámonos de aquí, y hasta el lunes á lo menos iremos á vivir á nuestro antiguo domicilio en casa de nuestra fiel amiga miss Creevy.

—Y todo lo encontrareis allí dispuesto á recibiros y un corazon interesado en vuestro bienestar, añadió la noble artista.

—Vamos, pues, repitió Nicolás.

Pero su madre no era tan fácil de poner en movimiento. Así, pues, quiso al principio ver si se habia olvidado arriba alguna cosa; despues en el momento de poner el pié en el estribo, creyó acordarse de un tarro de porcelana que habia puesto ella en la repisa de la chimenea; luego que ya estuvo dentro del coche se acordó con inquietud de un paraguas verde que debia estar detrás de alguna puerta.....

En fin, exasperado con tantas dilaciones, Nicolás, que tanta prisa tenia, dió órden al cochero de partir, y el brusco movimiento que al arrancar hizo el vehículo, hizo caer de manos de la viuda un chelin. Y fué una dicha, pues cuando vino á encontrarlo, era ya demasiado tarde para buscar en su infeliz memoria algun otro recuerdo de cosas olvidadas en la casa.

Nicolás, despues de despedir á la criada, echó la llave á

la puerta de la calle, y tomando otro coche, se hizo conducir á buen paso á una travesía de *Golden-square*, donde habia dado cita á Newman Noggs; y todo esto con tal presteza, que á las nueve y media á lo mas, llegaba al punto de reunion, donde le esperaba ya Newman.

—Aquí están la carta y la llave para M. Nickleby, le dijo Nicolás. Cuando vayais á verme esta tarde, os recomiendo que no digais una palabra de lo ocurrido anoche. Las malas noticias cunden, y las mujeres las sabrán mas pronto de lo que yo quisiera. ¿Habeis oido decir si quedó el hombre muy mal herido?

Newman movió la cabeza en sentido negativo.

—Voy á enterarme sin perder tiempo, dijo entonces Nicolás.

—Lo mejor que pudierais hacer, seria tomar reposo; estais malo; teneis fiebre; debeis acostaros, le aconsejó Newman Noggs.

Nicolás le hizo una seña con la mano, dándole á entender con su negligencia que no valia la pena de hablar de ello.

Pero en verdad disimulaba la indisposicion que sentia desde que no era sostenido por la excitacion nerviosa de los primeros momentos.

Luego se despidieron y se separaron.

Newman no estaba á tres minutos de *Golden-square;* pero en el curso de estos tres minutos, metió, sacó y volvió á meter en su sombrero la carta de Nicolás mas de veinte veces. Primero la miró por delante, luego por detrás, despues por ambos lados; leyó y releyó la direccion, examinó el sello, objetos todos de grande admiracion para Newman. Por último la puso á la longitud del brazo como para apreciar sabrosamente el conjunto, y despues de todo la depositó otra vez en el torreon de su sombrero, y se frotó las manos feliz y satisfecho y honrado con la mision que se le habia confiado.

Luego que llegó á su destino, abrió su escritorio, colgó de un clavo su sombrero, puso la carta sobre la mesa y la

llave sobre la carta, y esperó con gran impaciencia que su principal bajara al despacho.

Por fortuna no tuvo que esperar mucho tiempo, pues al cabo de algunos minutos, el crujir bien conocido de unas botas se oyó en las escaleras y de allí á poco sonó la campanilla del despacho como todas las mañanas.

Newman acudió á la llamada.

—¿Ha venido el correo?

—El correo nó.

—Pero ¿hay otras cartas?

—Una sola.

Y Newman puso la carta con la llave sobre el pupitre.

—¿Qué es esto? interrogó el principal tomando la llave.

—Un muchacho la ha traido con la carta hace cosa de un cuarto de hora.

Rodolfo echó una ojeada al sobre y abriendo la carta leyó lo siguiente:

«Ahora os conozco; y estas tres palabras tan sencillas valen mas que todas las recriminaciones que pudiera escupiros al rostro para haceros sentir la vergüenza de vuestra infamia. Ahora os conozco.

»La viuda de vuestro hermano y su hija huérfana se creerian deshonradas buscando un abrigo bajo el techo de vuestra casa; y se alejan de ella y de vos con repugnancia y asco. Vuestra familia que no tiene encima otra mancha que la sombra de vuestro apellido, vuestra familia reniega del miembro que la deshonra, reniega para siempre de vos.

»Sois ya viejo, y por eso no mas dejo á la muerte la justicia de castigaros. Pero antes de que la muerte os hunda en el sepulcro con la maldicion de Dios y de los hombres, si no sois un bruto, ya que seais un infame, todos los recuerdos de vuestra vida, historia de vilezas y maldades, roerán como gusanos la podrida carne de vuestro corazon.»

Rodolfo leyó esta carta con la expresion mas sombría y quedó profundamente abismado.

El papel se le cayó de la mano, y el usurero crispaba los dedos como si aun tuviera entre ellos la carta.

De repente se levanta de su asiento, guarda la carta en el bolsillo, y se revuelve furioso contra Newman, como extrañando que estuviera allí todavía.

Newman se mantuvo inmóvil, de espaldas á su principal como estaba, siguiendo con una pluma vieja las columnas de cifras de una tabla de intereses pegada á la pared. Toda su atencion parecia concentrada en esta operacion aritmética: la realidad sin embargo, no era eso.

CAPÍTULO II.

De una visita hecha á M. Rodolfo Nickleby por personajes que nos son ya conocidos.

—¿Cuántas endiabladas horas me dejais que esté en la puerta tirando de esa vieja campanilla del diablo? entró diciendo á Newman Noggs M. Mantalini con su habitual desenfado.

—No he oido llamar mas que una sola vez, contestó tranquilamente Newman.

—Entonces preciso es que seais el mas abominablemente sordo del mundo, repuso Mantalini; tan sordo como un poste del diablo.

Y entrándose en el corredor mientras hablaba, Mantalini se dirigia sin ceremonia hácia la puerta del despacho de Rodolfo, cuando Newman le cerró el paso diciéndole que su principal no queria que le molestara nadie en aquel momento.

—Ahora bien, añadió, ¿es cosa tan urgente que deba comunicársela al momento?

—Ya lo creo, contestó Mantalini; urgentísima como mil diablos: es para convertir algunos pedazos de papel en moneda luciente, brillante, sonante, resonante.

Mientras que Newman anunciaba el objeto de su visita, el

objeto mismo se entró sin mas cumplimientos en el despacho, y estrechando la mano del usurero con una vivacidad poco comun, le juró y perjuró que nunca le habia visto tan bueno.

—¡Qué buena cara haceis! le dijo sentándose francamente y arreglándose la melena y los bigotes. Hay en vuestra endiablada cara así como una pelusa de melocoton. ¡Lléveme el diablo si no teneis un aire juvenil que no teniais antes.

—Solos estamos, contestó el usurero secamente. ¿Qué necesitais?

—¡Es delicioso! exclamó Mantalini riendo. ¿Qué necesito, eh? ¡Es delicioso! ¡Qué necesito! Es una pregunta endiablada.

—¿Qué quereis, os pregunto? repitió el avaro con acritud.

—¡Pardiez! Un diablo de descuento; no quiero otra cosa en este momento, contestó el casquivano sacudiendo la cabeza de una manera burlesca.

—El dinero está escaso, señor Mantalini.

—¿A quién se lo decís? ¡Oh! si no estuviera tan escaso no me veriais aquí; os lo juro por todos los diablos, amigo Nickleby.

—Los tiempos son malos, y no sabe uno ya de quién fiarse. Yo, por mí, no tengo necesidad de hacer negocios ahora, ó mejor dicho, prefiero no hacer ninguno.

—Pero, mi querido M. Nickleby, á un amigo como yo... ¡Por mil diablos!

—A un amigo como vos... En fin, ¿qué pagarés traeis ahí?

—Dos.

—¿A cuánto ascienden?

—A una bagatela; á mil ochocientos francos.

—¿A qué fecha?

—A dos meses y dias.

—En hora buena, dijo el usurero como haciendo un sacrificio; voy á tomarlos, pero solo por serviros, sabedlo bien, solo por serviros, pues ya os he dicho lo que hay: no lo haria por nadie.

—Muchas gracias, amigo mio, contestó el atolondrado.

Bien sabia yo que de todos modos me serviriais. ¿Para qué diablos es sino la amistad?

—Por la amistad solamente me arriesgo á tomarlos..... á seiscientos francos de descuento.

—¡Mil diablos! amigo Nickleby! exclamó Mantalini cuya cara se prolongó una vara á semejante escándalo.

—Aun os quedan mil doscientos francos, dijo tranquilamente el usurero. ¿Qué creiais? ¡Oh! y aun han de ser las firmas de responsabilidad y aceptacion.

—Sois muy tirano, amigo Nickleby, contestó el otro en tono de reproche; tirano como un diablo.

—A ver, á ver las firmas, repitió Rodolfo extendiendo la mano en su impaciencia.

—Las firmas son buenas.

Y Mantalini le entregó los documentos.

—No lo son mucho, dijo el usurero; pero en fin ya os he dicho que os serviré y..... ¿Aceptais mis condiciones? Si las aceptais, tendreis dinero en seguida.

—¡Mil diablos! exclamó el otro pensando en el exceso de la usura y esperando una rebaja. Pero, amigo Nickleby, ¿no pudierais?.....

—Nó, interrumpió el usurero, no puedo.

—Sois duro como un cuerno del diablo.

—¿Quereis dinero? Vedlo, tomadlo; aquí no se trata de hacer esperar, de ir á la *city* á negociar los documentos con cualquiera otra persona sin garantía. ¿Vale esto algo ó nó?

Y esto diciendo el usurero removió algunos papeles que habia sobre su mesa, haciendo sonar como casualmente el dinero que guardaba en el cofrecillo de cuentas corrientes.

El ruido del metal tan querido de Mantalini, decidió su irresolucion, como esperaba el avaro, gran conocedor de estos misterios, y sin mas hablar se concluyó el negocio, reteniendo el usurero los dos pagarés y recibiendo el otro su dinero.

Aun no habia acabado de embolsarlo, cuando se oyó llamar á la puerta.

Y ¿quién entró inmediatamente, prévio anuncio de Newman Noggs?

La Mantalini en persona, cuya presencia allí puso en el mayor embarazo á su marido, el cual para evitar contingencias se apresuró á recoger sus monedas.

—¡Ah! ¿aquí estás? dijo la modista meneando la cabeza con aire de reconvencion.

—Si, alma mia, aquí me tienes á tus órdenes, contestó el tarambana poniéndose en cuatro patas como un bruto para correr tras un escudo que se le habia escapado de las manos; aquí me tienes, delicia de mi vida, ocupado en recoger una endiablada moneda de oro ó de plata.

—Me das vergüenza, repuso la modista llena de indignacion.

—¡Yo te doy vergüenza, mujer adorable! Pero nó; bien sé yo que todas esas palabras son de dulzura seductora. Y tú tambien sabes perfectamente que yo no te doy vergüenza.

Cualesquiera que fueran las circunstancias que habian abierto los ojos de la Mantalini, lo cierto es que en aquel momento el buen mozo se habia engañado, contando sin reserva con el afecto de su esposa. Esta, por toda contestacion le lanzó una mirada de desprecio, y volviéndose á Rodolfo se disculpó de aquella inesperada visita.

—La culpa es toda entera, dijo, de quien así me lleva y me trae con su mala conducta y proceder indigno.

—¿Aludes á mí, delicioso jarabe de ananas? preguntó M. Mantalini.

—¿A quién he de aludir sino á tí? contestó la modista. Pero no lo permitiré de aquí en adelante; nó, no quiero arruinarme por las dilapidaciones de un hombre. Ruégoos, M. Nickleby, tengais la bondad de oir el partido que estoy resuelta á tomar respecto de mi marido.

—Yo á mi vez os suplico, señora, objetó Rodolfo, tengais la bondad de no mezclarme á mí en cosas de vuestra exclusiva incumbencia. Eso debe arreglarse allá entre marido y mujer.

—Nó, no quiero mezclaros en esto. El único favor que quiero pediros es recordaros, caso necesario, la declaracion que le hago aquí de mi firme voluntad; sí señor, de mi firme voluntad y resolucion, repitió la modista, dirigiendo á su esposo una mirada de cólera.

—Pero ¡cómo me mira! exclamó el casquivano; ¡cómo me mira y me habla á mí, que estoy loco por ella, á mí, que me abraso en su amor con todo el fuego del diablo! Y ella me habla y mira así; ¡ella que me ha subyugado con su fascinadora mirada! ¡Vaya un golpe para mi sensibilidad! Pues bien, que ella se jacte tambien de haberme precipitado en una desesperacion de mil diablos.

—No hableis de sensibilidad, caballero, dijo la modista tomando una silla y sentándose con la espalda vuelta á su marido. Vos sois, vos, quien no respetais la mia.

—¡Cómo! bien mio, ¡yo no respeto tu sensibilidad! dijo el Mantalini.

—Nó, contestó secamente su mujer.

Y á pesar de todas las lisonjas y zalamerías del mentecato, la modista repitió otra vez *nó* con expresion tan resuelta, que el esposo no pudo menos de inquietarse.

—¡Ay! amigo mio! exclamó la costurera dirigiéndose al avaro, que permanecia apoyado en su poltrona con las manos por detrás, mirando á la amable pareja con una sonrisa de desprecio harto visible. ¡Ay! señor Nickleby! las extravagancias de este hombre no tienen ya límites.

—Pero ¡es posible! ¡Quién hubiera creido esto! dijo Rodolfo con sarcasmo.

—¡Oh! sí, amigo mio; esto es la verdad, aunque parezca increible, continuó diciendo la modista. Yo soy la mujer mas desgraciada del mundo, llena siempre de apuros, y abrumada de cargas y dificultades. Y no es esto todo, añadió limpiándose los ojos: esta misma mañana ha tenido la osadía de tomar de mi escritorio papeles de importancia sin mi consentimiento, sin prevenírmelo siquiera.

M. Mantalini lanzó un profundo suspiro y se abotonó el chaleco por precaucion.

—Desde nuestras últimas desgracias, añadió la modista, me he visto obligada á pagar muy caro á miss Knag su servicio de testaferro para continuar mi comercio, y no puedo absolutamente sostener las prodigalidades y extravagancias de mi marido. Como no tengo duda de que ha venido aquí directamente á convertir en dinero los papeles que me ha sustraido; como vos, M. Nickleby, nos habeis favorecido muchas veces, y nadie mejor que vos conoce el estado de nuestros negocios, voy á haceros conocer tambien el partido que su conducta me precisa á tomar.

M. Mantalini, colocado detrás de su mujer, lanzó un nuevo suspiro, y por encima del sombrero de la modista, poniéndose en el ojo derecho una moneda de oro á manera de lente, guiñó el izquierdo al usurero.

Despues de haber hecho este paso de comedia con una destreza admirable, volvió á guardar su moneda y siguió lanzando suspiros con todas las apariencias de un arrepentimiento creciente.

La modista, viendo las señales de impaciencia que se revelaban en el rostro de Nickleby, abrevió su relacion, diciendo:

—En fin, para evitar perjuicios y disgustos, he tomado la resolucion de pensionarlo.

—¿De qué, amor mio? preguntó el interesado aparentando no haber comprendido.

—Sí señor, repuso la modista, mirando siempre á Rodolfo, pues por prudencia se guardaba muy bien de mirar á su marido, cuyas gracias infinitas hubieran podido quebrantar su resolucion; sí señor, de pensionarle.

—¡De pensionarme!

—Y espero que, no faltándole nada en casa, para sus gastos menudos, pueda estar muy satisfecho con mil escudos anuales.

El casquivano, á quien no le desagradaba la idea de la pension, esperó á saber la cantidad de que en este caso podria disponer, y en cuanto oyó la cifra de los mil escudos, tiró al suelo su baston y sombrero, y sacando del bolsillo su pañuelo, encargó lo demás á su sensibilidad.

Despues de haber gemido con la sensibilidad susodicha y con un dolor que partia todos los corazones presentes menos el de Rodolfo:

—¡Maldicion! exclamó de repente saltando de su silla y volviendo á caer en ella para excitar los nervios de su mujer. ¡Maldicion!... Pero nó, nó; esto no puede ser; es una pesadilla abominable.

Y el Mantalini, tranquilizado con esta ingeniosa suposicion, cerró los ojos como un hombre decidido á esperar con paciencia el fin de un mal ensueño.

—Pues yo encuentro muy juicioso el arreglo, dijo Nickleby con intencion burlona, arreglo que evitará perjuicios y disgustos, á poco que se resigne vuestro esposo, como es de esperar de su sensatez y prudencia.

—¡Mil diablos que me lleven! exclamó Mantalini abriendo los ojos al oir la voz del usurero. Nó, no es un sueño, es una realidad horrible. ¡Oh! sí, la veo, la estoy viendo sentada delante de mí. Hé ahí los graciosos contornos de sus formas seductoras. ¿Cómo no reconocerla? Solamente ella tiene esos encantos. Nó, no me hableis de los contornos de mis dos condesas, desnudas de toda gracia, ni menos de la viuda mas fea que las dos condesas juntas. ¡Ah! es ella, ella, la embriagadora belleza de mi vida que no me permite enojarme ni aun en este momento de prueba. Pero ¿qué he de hacer si la adoro?

—A nadie debes echar la culpa de esto sino á tí, Alfredo, contestó la modista en tono de reconvencion todavía, pero de dulce reconvencion.

—Sí, bien lo sé, repuso Alfredo haciendo como que se tiraba de los cabellos: soy un bárbaro. Pero tambien sé lo que debo hacer. Voy á cambiar una moneda de oro en calderilla, y cargado con este endiablado peso en los bolsillos, voy á tirarme al Támesis.

—¡Ah! exclamó la viuda en alarma, mientras el usurero se sonreia imperceptiblemente.

—¡Oh! sí, voy á ahogarme. Pero aun ahogado no estaré enojado con ella, pues dejaré préviamente una carta en el

correo para avisarle dónde encontrará mi cadáver. ¡Qué viuda tan seductora hará! Y yo..... yo solo seré un cadáver. ¡Oh! muchas mujeres lindas llorarán; y ella... ella se reirá como un diablo.

—¡Alfredo! ¡Qué cruel eres! exclamó la seductora viuda que no pudo ya contenerse ante un cuadro tan triste, y se puso á sollozar amargamente.

—¡Me llama á mí cruel! ella, que va á hacer de esta persona, que no es tan despreciable, un cadáver frio, húmedo, feo.

—Bien sabes, Alfredo, repuso la modista, que se me parte el corazon siempre que me hablas de estas horribles cosas.

—Y ¿qué? preguntó Alfredo, ¿quierés que viva yo para ser el objeto de tu desconfianza? ¿Qué? ¿Habria yo cortado en no sé cuántos pedazos mi córazon para dárselos uno tras otro á una mujer tan diabólicamente encantadora y bella, y venir á ser objeto vil de sus sospechas? Un diablo: eso nó; es imposible, imposible. Pues no faltaba mas!

—Pregúntale á M. Nickleby, si la cantidad que he fijado no es bastante decorosa.

—Yo desprecio el dinero, replicó M. Mantalini con cierto entono y sin reirse, y rechazo vuestra pension. Nada necesito ya: seré cadáver y en paz.

La modista no pudo oir la repeticion de esta fatal amenaza sin retorcerse las manos, implorando la intervencion de M. Nickleby.

En fin, despues de muchas pláticas, de muchas tentativas de ahogarse por una parte, y de lágrimas y suspiros por otra, el generoso y noble Mantalini tuvo la condescendencia de prometer no ir á tirarse al Támesis, dejando tranquila á su esposa.

Una vez obtenida esta importante condicion, la modista volvió á poner sobre el tapete la cuestion de la pension.

Pero M. Mantalini volvió á las andadas, declarando que viviria con el mayor placer á pan y agua, pero que no podia resignarse á ser objeto de desconfianza por parte de una

persona á quien él amaba con un cariño tan puro y desinteresado.

Nuevas lágrimas corrieron por las mejillas de la modista, cuyos ojos abiertos débilmente por algunas revelaciones de los defectos de su esposo, solo ansiaban cerrarse en su favor.

Asi, pues, el resultado de esta escena fué que la modista tomó un término medio aplazando la cuestion indefinidamente, sin duda como una amenaza para corregir á su marido.

M. Nickleby no se engañó en este punto: el avaro conoció que el pródigo y libertino Mantalini prolongaba con este arreglo su vida desordenada y que por esta vez no seria aun consumada su ruina.

—Pero este resultado no puede tardar mucho, se decia el usurero, ¿no es la historia de todos los amores? El amor... ¡qué ridiculez! el amor es muy fugaz, y sin embargo el que dura mas acaso, porque nace de una ceguedad mayor y crece por la vanidad, no tiene mas raices que el atractivo de una cara con grandes bigotes, como sucede con este mentecato. Pero ¿qué me importa? todo esto trae el agua á mi molino. Dejémoslos en su locura; cuanto mas dure, mas agua vendrá al molino.

Tales eran las gratas reflexiones en que se ocupaba M. Nickleby, mientras el matrimonio se reconciliaba, haciéndose tiernas caricias, que él aparentaba no ver, por decoro sin duda.

—Si no tienes nada que decir á M. Nickleby, vámonos, Alfredo mio, dijo luego la modista, pues temo que lo hayamos estorbado mucho tiempo, y ya sabes que es hombre de negocios.

—¡Ah! sí. ¡Pardiez! ya lo habia olvidado, exclamó Alfredo llevando á Rodolfo á un extremo del despacho. ¿No sabeis nada de la ocurrencia de vuestro amigo sir Mulberry? Es una aventura del diablo, la mas extraña aventura que le haya ocurrido nunca á un diablo de aventurero.

—¿Qué quereis decir?

—¡Cómo! ¡no sabeis nada!

—Nada mas que lo que dice esta mañana el periódico, contestó con mucha calma Rodolfo: que se cayó anoche de su carruaje, que se hizo mucho daño, y aun que su vida corre algun peligro. Pero yo no veo aquí nada de extraordinario. Cuando los jóvenes cômen y beben bien, y guian luego sus coches, se exponen á estas caidas.

—¡Bah! ¡bah! entonces veo que no sabeis toda la aventura, porque eso es el final, y el principio es lo endiabladamente chusco.

—Pues no sé mas, replicó Rodolfo encogiéndose de hombros con la mayor indiferencia, como para hacer comprender á su interlocutor, que no tenia ninguna curiosidad.

—¡Diablos! exclamó Mantalini; me admira, mi querido Nickleby, vuestra indiferencia.

Rodolfo se encogió otra vez de hombros, queriendo decir que no era menester mucho para admirar á Mantalini, y cambió al mismo tiempo una mirada de inteligencia con Newman, cuyo rostro se habia mostrado varias veces ya á través de la puerta vidriera; porque era una de sus funciones, cuando su principal recibia una visita de poca importancia, presentarse de vez en cuando, comô si hubiera oido la campanilla para acompañarles afuera, manera política de hacer saber á los morosos que ya era hora de despedirse.

—¡Pardiez! repuso Mantalini, ¿no sabeis que esa gran caida no es un accidente casual, sino un ataque del diablo, sino un caso pensado y muy pensado, un golpe de mano de vuestro temerario sobrino?

—¡Ah! exclamó sorda y profundamente el tio poniéndose lívido y crispando los puños.

—¡Diablos! dijo el otro retrocediendo alarmado un paso al ver la belicosa demostracion de Nickleby. A lo que veo, el tio es tan fiero como el endiablado tigre del sobrino.

—Continuad, decidme, ¿qué significa eso? ¿qué cuentos son esos? balbuceó el usurero. Hablad. ¿Quién os lo ha dicho? Vamos, hombre, hablad.

—¡Mil diablos! contestó Mantalini retirándose al lado de su mujer. Teneis el aire de un terrible genio malo, con esa

fisonomía feroz. Vais á asustar á esta deliciosa alma de mi vida, si teneis el mal gusto de continuar poniéndoos feo.

—¡Bah! es solo un gesto de... sorpresa, repuso Nickleby esforzándose por sonreir.

—Pues sabed que haceis unos gestos de sorpresa, replicó el otro recogiendo su baston, que parecen arrebatos de un loco furioso de mil y un diablos.

Nickleby se sonrió otra vez de igual manera y le preguntó de nuevo:

—¿Quién os ha dicho eso?

—M. Pick, contestó Mantalini.

—Y ¿qué os ha dicho?

—Hé aquí la historia. Vuestro sobrino hubo de encontrar á sir Mulberry Hawk en un café, y cayendo sobre él con una ferocidad abominable, lo persiguió hasta su cabriolé, jurando no dejarlo hasta su misma casa, aun cuando tuviera que montar á lomos de su caballo ó agarrarse á su cola. Con este empeño del diablo, llegaron á las manos y le destrozó la cara (una cara muy agradable en su estado natural), espantó al caballo, cayó á tierra con sir Mulberry Hawk y.....

—¿Y se mató? interrumpió el tio con ojos fulgurantes de esperanza. Se mató, ¿no es verdad?

Mantalini le dió á entender por señas que no se habia hecho nada.

—¡Pardiez! exclamó Rodolfo desviando la cabeza con profundo pesar. ¡No se mató! Pero, esperad un momento, Mantalini, añadió volviéndose otra vez hácia él; á lo menos se habrá roto un brazo, una pierna, se habrá siquiera deshecho un hombro ó hundido una costilla ó dos. Esperando la horca, no tiene alguna herida siquiera que le duela bien y.....

—Nada, contestó Mantalini moviendo la cabeza; á menos que no se hubiera deshecho en tantas y tan menudas partículas que se las llevara el aire, yo no he oido decir que sacara daño ninguno de la diabólica refriega; al contrario, dicen que partió tan tranquilo como.... como un diablo.

—¡Pardiez! ¿Y se dice si ha sido él la causa de la riña? preguntó Nickleby con cierta vacilacion.

—En verdad, contestó el otro con tono admirativo, sois, mi querido Nickleby, el mas hábil diablo que conozco, el mas astuto, el mas sagaz, el mas superlativamente zorro de los que andan en dos piés. ¡Pardiez! ¿Cómo quereis aparentar ahora que ignorais que la causa de todo es vuestra linda sobrina, la mas graciosa, la mas bella, la mas seductora, la mas.....?

—¡Alfredo! dijo la modista llamándolo al órden.

—Tiene razon, contestó el tarambana, siempre tiene razon mi bella esposa. Cuando ella dice que es hora de partir, hora es efectivamente. Partamos, pues. Ahora, cuando vaya por la calle del brazo con mi deliciosa mitad, todas las mujeres dirán con envidia: Hé ahí una mujer casada con un buen mozo. Y todos los hombres dirán con rabia: Hé ahí un hombre casado con una buena moza. Y unas y otras tendrán razon. Lléveme el diablo si no tienen razon unas y otros.

Y Mantalini, despues de estas y otras tonterías del mismo afrecho, envió del extremo de sus guantes un gracioso beso al rígido y endiablado usurero en señal de despedida, y dando el brazo á su esposa, la condujo afuera con mil zalamerías y adulaciones de rendido amante.

—¡Ah! exclamó Rodolfo dejándose caer en su poltrona. Hé aquí desencadenado otra vez mas á ese demonio, y siempre haciéndome á mí daño, siempre contrariándome. No parece sino que ha nacido para esto. Ya me dijo un dia que tarde ó temprano ajustaríamos nuestras cuentas. Pues bien; no quiero hacerle esperar, y voy á ver el medio mejor de ajustarle la suya.

—¿Estais en casa? preguntó Newman Noggs asomándose repentinamente á la puerta.

—Nó, contestó agriamente el usurero.

La cabeza de Newman desapareció y muy luego volvió á aparecer.

—¿Estais bien seguro de no estar en casa? le preguntó en el mismo tono.

—¡Imbécil! ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que está allá fuera esperando desde la llegada de los otros y debe haberos oido hablar. No es mas que eso.

Y Newman esperó frotándose las manos.

—¿Quién diablos es? preguntó Rodolfo colérico por la noticia que acababa de saber y por la sangre fria de su dependiente.

Newman no tuvo necesidad de contestar, pues cuando menos se esperaba, entró de rondon el que esperaba, y fijando su ojo, su único ojo en la cara de Rodolfo, le hizo con humildad mil reverencias, y se sentó conservando las manos en las rodillas; se sentó, aunque su pantalon no estaba hecho para sentarse, porque en esta posicion las piernas se le levantaban á la altura de las vueltas de sus botas á la Wellington.

—¡Qué sorpresa! exclamó Rodolfo mirando de cerca al recien llegado y concluyendo su atento exámen con una ligera sonrisa. No sé porqué no os he reconocido antes, M. Squeers.

—¡Oh! menos dificultad hubierais tenido en reconocerme, si mis negocios no me hubieran impedido venir antes á veros, contestó el honorable director de Dotheboys-Hall.

Dirigiéndose luego á Newman, le dijo:

—A ver, buen hombre, hacedme el favor de bajar de vuestro taburete á aquel hermoso niño, y decidle que venga. ¿Habeis oido?

—Ya.

Despues de un momento, entraba el hermoso niño en el despacho de Rodolfo.

—Tengo el gusto de presentaros á mi hijo, M. Nickleby, dijo el dómine. ¿Qué os parece la prueba evidente del trato que se da en mi establecimiento de Dotheboys-Hall? A ver si no va á hacer saltar las costuras y hasta los botones con su gordura. ¿Es esto carne?

Y M. Squeers le hacia dar vueltas sobre sus talones, hundiéndole el puño en las partes carnosas para poner de ma-

nifiesto su gordura, lo que no dejaba de lisonjear á su presunto heredero.

—Esta es carne, se contestó él mismo; y sólida, maciza: ya lo veis. Apuesto á que no se le encontraria en todo su cuerpo carne floja donde darle un pellizco.

Por muy satisfactorio que fuera el estado de robustez del niño, no tenia sin embargo una carne tan dura como pretendia su padre. Así, pues, cuando este llevó la demostracion hasta hacer la experiencia del pellizco, el otro lanzó un grito y se rascó la parte pellizcada del módo mas natural del mundo.

—¿Qué es eso? dijo Squeers un tanto desconcertado. Parece que he encontrado aquí el flaco de la coraza. Pero hay que advertir que hemos almorzado muy temprano esta mañana y no ha tomado despues nada. Ahora, despues de comer, estoy seguro de que no se le pellizcaria ni entre dos puertas. Ved, M. Nickleby, añadió indicando al niño que se limpiaba los ojos con la manga, ved si esas lágrimas no son como la grasa; manteca pura.

—Está, en efecto, robusto, dijo el usurero, que por razones de él conocidas, deseaba, al parecer, halagar al director del colegio. Pero no os he preguntado por vuestra honorable esposa, ni aun por vuestra salud. ¿Qué tal? ¿cómo estais?

—Mi digna esposa, caballero, contestó el dómine, está como siempre, haciendo de madre de todos aquellos niños, y siendo eternamente la bendicion, el consuelo, la alegría de cuantos tienen la dicha de conocerla. Uno de los alumnos, que hubo de atracarse de comida hasta el punto de caer enfermo, salió luego con un absceso esta semana pasada. Y era de ver á mi solícita esposa trabajar allí con un cortaplumas, ni mas ni menos que un cirujano. ¡Qué mujer! exclamó suspirando y moviendo la cabeza en admiracion de su honorable esposa. ¡Oh! una mujer así es honra de la sociedad.

Despues de este elogio, M. Squeers permaneció abismado algunos momentos en sus reflexiones, como si por una

transicion natural se hallara trasportado de las perfecciones de su esposa á la apacible dulzura de la mansion de Dotheboys, cerca de Greta-Bridge en el Yorkshire.

Luego miró á M. Nickleby como esperando que le dijera alguna cosa.

—¿Estais ya restablecido de los malos tratamientos de aquel pícaro? le preguntó Rodolfo obedeciendo ya á un plan preconcebido.

—¡Oh! ya estoy curado, en buen hora lo diga, contestó el dómine haciendo un gesto que correspondia á un doloroso recuerdo. Si me hubierais visto, yo no era mas que una llaga desde aquí hasta aquí, sin exageracion ninguna.

Y el bien castigado Squeers señaló desde la raiz del pelo hasta las puntas de los piés.

—Vinagre y papel de estraza, papel de estraza y vinagre, M. Nickleby, desde por la mañana hasta la noche, continuó diciendo Squeers. Apuesto á que no he gastado menos de una resma de papel de estraza. Si me hubierais visto en aquella cocina, todo cubierto de emplastos, habriais creido que era una miseria envuelta en papel de estraza. Así es, que no hacia mas que quejarme poniendo el grito en el cielo. Di, Wackford, hijo mio, ¿cómo me quejaba? preguntó el director apelando al testimonio del niño.

—A gritos, contestó el muchacho.

—A gritos, ya lo oís. Y los alumnos, hijo mio, mis amados y buenos discípulos, ¿cómo estaban al ver en estado tan lastimoso á su querido maestro? ¿estaban contentos ó pesarosos?

—Content.....

—¿Cómo? dijo Squeers deteniéndolo á tiempo.

—Pesarosos.

—¡Ah! exclamó Squeers dándole un cachete. Otra vez, hijo mio, procura no meterte así las manos en los bolsillos, ni equivocarte cuando te se pregunte.

El chico echó á llorar.

—No grites así en casa de M. Nickleby, añadió, ó he de abandonar á Dotheboys para no volver á poner los piés allí

nunca. Entonces se veria lo que vendrian á ser aquellos amados niños, aquellos preciosos alumnos, abandonados á sí mismos en el mundo, sin el apoyo de su mejor amigo, del padre de todos.

—¿Tuvisteis necesidad de recurrir á los cuidados de algun médico? le preguntó Rodolfo.

—¿Que si he tenido necesidad de médico? Preciso, contestó Squeers. Y por cierto que su cuenta fué bastante crecida. Sin embargo, la pagué.

Rodolfo alzó las cejas con una expresion, que podia tomarse á voluntad por una muestra de admiracion ó de simpatía.

—La pagué, sí señor, la pagué hasta el último céntimo, añadió Squeers, que parecia conocer demasiado á su interlocutor para suponerlo capaz de hacerle alguna fineza. Pero en resúmen, este dinero no salió de mi bolsillo.

—¿No salió de vuestro bolsillo?

—Ni un céntimo.

—¿Y eso?

—El hecho es que no hacemos pagar á los padres ninguna cuenta sobre la pension, excepto la del médico, cuando se le llama, y nosotros no lo llamamos, sino cuando estamos seguros de..... ¿Comprendeis?

—Continuad.

—Por ejemplo; teniamos á la sazon cinco alumnos, hijos de pequeños comerciantes, que pagaban muy bien, y no habian tenido nunca la escarlatina. Pues bien, enviamos uno de ellos en comision á una cabaña de la aldea inmediata, donde sabiamos que habia de agarrarla. En efecto, así sucedió. Luego hicimos dormir con él á los otros cuatro, y hélos á los cinco ya invadidos. El médico les visita en conjunto, y yo reparto sus honorarios entre los cinco, honorarios que los padres pagan, como es justo, y aprovechando yo las visitas del médico viene á salirme gratis la enfermedad.

Por regla general, Rodolfo no se reia nunca; pero en esta ocasion, hizo todo cuanto pudo por reirse, y se rió en efec-

to, celebrando los manejos económicos del honorable director de Dotheboys.

Despues le preguntó:

—Y ¿qué negocios os traen á Londres?

—Un negocio de justicia bastante desagradable, contestó Squeers rascándose la cabeza. Se trata de una demanda que contra mí se intenta por un caso de supuesta negligencia con un alumno. Yo, por mí, ni sé de qué se quejan. Al alumno se le dió verde como á los demás, y un verde excelente.

—No comprendo eso, repuso Rodolfo.

—Voy á explicaros lo que entendemos por eso, replicó Squeers alzando la voz, persuadido de que si Rodolfo no lo habia comprendido, era menester que fuera sordo. Cuando un alumno languidece á su pesar, de modo que no siente apetito, nosotros le hacemos cambiar de régimen. En efecto, le damos libertad una hora ó dos todos los dias para que vaya á un campo de nabos de un vecino, y á veces, cuando la indisposicion es delicada, á un campo de nabos y zanahorias alternativamente, y allí come á discrecion. En todo el país no hay un campo de nabos mas famoso que el de que se trata, ó sea el campo á que enviamos al dichoso alumno. Sin embargo, el pícaro muchacho hubo de pillar un constipado, una indigestion ó no sé qué diablos, y hé aquí que sus padres entablan contra mí una demanda judicial. ¿Qué os parece el caso? ¿Habriais creido nunca que se llevara mas léjos la ingratitud? Decidme, ¿es esto creible?

Y el honorable director se agitaba en su silla con toda la impaciencia y despecho de un hombre exasperado por una gran injusticia.

—Verdaderamente es un negocio feo, contestó hábilmente Rodolfo.

—Bien podeis decirlo á boca llena, añadió Squeers, es un negocio feo, muy feo. Niego que haya en el mundo un hombre que ame mas que yo á la juventud. ¡Oh! á estas fechas hay en Dotheboys-Hall un ingreso anual de veinte mil francos de jóvenes. Aun tomaria cuarenta mil, si los

hallara; y aun así, no amaria menos tiernamente á cada individuo, á quinientos francos por cabeza: tanto amo yo á la juventud.

—¿Venís á parar siempre á vuestro antiguo alojamiento? le preguntó Rodolfo.

—Sí, contestó Squeers, siempre al *Sarraceno;* y como estamos á fin de semestre, continuaremos en él hasta que recaude lo que se me debe, y vea si puedo llevarme de camino algunos alumnos nuevos. Por eso he traido á mi hijo, para que lo vean los padres como muestra del género. Y aun he de ponerlo esta vez al reclamo. Ved, ved á ese muchacho; un alumno como los otros. ¿Qué? ¿No es una muestra que honra mi establecimiento?

—Quisiera deciros aparte una palabra, dijo Rodolfo, que hacia algun tiempo escuchaba maquinalmente absorbido en sus reflexiones.

—¡Una palabra! Todas las que querais, M. Nickleby, contestó Squeers. Wackford, hijo mio, vé allá al otro escritorio á jugar; pero no te remuevas mucho, no sea que pierdas carnes y me hagas perder á mí otra cosa. ¿No teneis por ahí, M. Nickleby, algunas monedas de poco valor para que se entretenga por allá?

Y el dómine hizo sonar un manojo de llaves que llevaba en el bolsillo, murmurando entre dientes que no tenia mas que escudos.

—Creo que he de tener algunas, contestó Rodolfo sin precipitarse.

Y tirando de un cofre y haciendo infinitas investigaciones, sacó una moneda ínfima y robinosa, cuyo valor era el de un ochavo, poco mas ó menos, de la nuestra.

—Gracias, dijo Squeers entregándosela á su hijo. Lo mejor que puedes hacer es comprar un pastelillo. El dependiente de M. Nickleby te acompañará á la pastelería. Sobre todo compra la mas sustanciosa. La pasteleria, añadió Squeers cerrando la puerta despues de haber salido su hijo, la pasteleria pone la piel lustrosa y los padres toman esto por un síntoma de buena salud.

Despues de esta observacion sazonada con ciertos gestos de expresion sagaz, M. Squeers tomó una silla y se sentó en frente de Rodolfo para verlo á su entera satisfaccion.

—Escuchadme bien, Squeers, dijo Nickleby inclinándose un poco hácia él.

Squeers dió á entender con un movimiento de cabeza que le escuchaba con la mayor atencion.

—Supongo, añadió Nickleby, que no sereis tan tonto que vayais á perdonar ú olvidar, solo por generosidad de corazon, las violencias de que fuisteis objeto por parte de aquel indigno mozo. ¿No es verdad?

—Por supuesto, contestó Squeers vivamente.

—Tampoco querreis malograr la ocasion de devolverlas con usura, si esa ocasion se os presentara.

—Que se me presente esa ocasion y ya vereis si la malogro.

—¿Es para algo de esto acaso para lo que habeis venido á verme? preguntó Rodolfo fijando los ojos en el director del colegio.

—Nó, contestó Squeers con cierta vacilacion; he venido principalmente con la esperanza de que os seria posible añadir á la bagatela que me enviasteis, algun dinero mas para indemnizarme de.....

—¡Ah! exclamó Nickleby interrumpiéndole. Es inútil ir mas léjos.

Despues de una pausa bastante larga, durante la cual Rodolfo parecia entregado enteramente á sus reflexiones, tomó otra vez la palabra para hacer al dómine esta pregunta:

—¿Quién es ese que Nicolás sonsacó y trajo consigo?

Squeers dijo su nombre.

—¿Es niño ó adulto, robusto ó enfermizo, quieto ó inquieto? Hablemos francamente.

—No es niño ni adulto, es decir, es un..... ya me entendeis.

—Es decir que no es todavía lo que se llama un mozo, ¿no es esto?

—Puede tener ya unos veinte años, sin embargo; solo que no los representa, porque le falta aquí algo.

Y Squeers se indicó la frente.

—Así que podeis llamar cien veces á su puerta; no hay contestacion, no hay nadie en la casa.

—Y además, murmuró Rodolfo, á pretexto de llamar á la puerta, llamariais muchas veces á sus costillas. ¿No es así?

—Cuando necesitaba castigo..... ¡Oh! en Dotheboys se da á los alumnos todo lo que necesitan, contestó sonriendo el honorable director.

—Cuando me enviasteis el recibo de la bagatela de que hablabais ahora, dijo Rodolfo, me deciais en la carta que era un niño abandonado por su familia hacia mucho tiempo, y que no teniais el menor indicio que os pudiera dar luz. ¿Es esto cierto?

—Es desgraciadamente verdad, contestó Squeers que se encontraba cada vez mas á su gusto y se hacia mas familiar á medida que Rodolfo se mostraba menos reservado en sus preguntas. Hace ahora catorce años, como puede verse por mi libro de admisiones, un sugeto de mala catadura me lo llevó una mañana de otoño y me lo dejó, despues de pagarme sus ciento veinte y cinco francos. El niño podia tener entonces algunos cinco ó seis años nada mas.

—¿Es eso todo lo que sabeis respecto de él?

—Tengo el sentimiento de deciros que eso es casi todo. Durante siete ú ocho años recibí siempre su pension, pero despues no recibí ya nada. El hombre aquel me habia dejado las señas de su habitacion en Londres, pero cuando fuí á reclamar los atrasos, no encontré lo que buscaba. Así, pues, hube de conservar en mi casa al niño abandonado, solo por.....

—Por caridad, concluyó Rodolfo.

—Ciertamente, repuso Squeers frotándose las rodillas; por caridad. Y precisamente cuando empezaba á prestarme algunos servicios, ese maldito sobrino vuestro vino á arrebatármelo. Pero lo peor del caso, añadió Squeers bajando

la voz y aproximando mas su silla á Rodolfo, lo peor del caso es que últimamente han ido á informarse de este asunto, no á mi casa, sino de una manera indirecta, pidiendo noticias de él á gentes del inmediato pueblo. Así, precisamente cuando hubiera yo podido cobrar los atrasos, y ¿quién sabe? no seria la primera vez que se habria visto esto en nuestra profesion; cuando acaso se hubiera añadido un regalo por buscarle un acomodo en alguna quinta, ó por embarcarlo como marinero, á fin de salvar el honor de su familia, si es hijo natural, entonces ¡ira de Dios! entonces ese malvado sobrino me lo arrebata, me lo roba como puede robarse en un bosque.

—Vos y yo podremos antes de poco ajustarle las cuentas á ese vagamundo, dijo Rodolfo poniendo la mano en el hombro de Squeers.

—¡Ah! exclamó el director saboreando ya su venganza; le daria encima alguna cosa por tener el gusto de verle la cara. ¡Si cayera en manos de mi mujer! ¡Ira de Dios! estoy seguro de que lo mataba, M. Nickleby, lo mataba seguramente.

—Pues bien, volveremos á hablar de esto, M. Squeers; necesito algun tiempo para reflexionar. Seria menester, para castigarlo mejor, herirlo en el corazon, en sus afecciones y sentimientos. ¡Si yo pudiera herirlo en ese mozo á quien tanto quiere!.....

—Heridlo como querais, pero heridlo bien: esto es lo que yo deseo. Y me retiro, si no disponeis otra cosa, M. Nickleby.

Dirigiéndose luego á la puerta, gritó:

—¡Eh! buen hombre, ayudad á bajar á mi hijo de ese taburete y descolgadle el sombrero que veis allá en el clavo del rincon.

Dando esta órden bastante impolítica á Newman Noggs, el director se trasladó al otro escritorio, donde permaneció Newman sentado tranquilamente.

El padre, pues, tuvo que bajar al hijo y descolgar el sombrero que le puso con toda solicitud.

Newman sin moverse de su sitio y con la pluma en la oreja miraba con cierto descáro al uno y al otro.

—Es un guapo chico, ¿eh? dijo Squeers ladeando la cabeza y retrocediendo algunos pasos para apreciar mejor las bellas proporciones de su heredero.

—Magnífico, contestó Newman.

—Y luego esta gordura, ¿eh? la gordura de veinte niños lo menos.

—¡Ah! exclamó Noggs mirando con intencion al director del colegio. ¡La gordura de veinte niños! No es poco; se lo ha tomado todo para sí: tanto peor para los otros.

Y se echó á reir ruidosamente.

Despues de estas observaciones un poco descosidas, Newman tomó su pluma y se puso á escribir con una celeridad maravillosa.

—¡Bah! ¿Qué quiere decir eso? preguntó Squeers, rojo como una ascua. ¿Estará achispado?

Newman no contestó una palabra, ni àun siquiera alzó los ojos del papel en que escribia.

—¿Achispado ó loco?

Newman continuó escribiendo con la misma indiferencia que si no hubiera allí nadie.

Alentado con su silencio, Squeers se permitió la satisfaccion de decir que sin duda ninguna era lo uno y lo otro, y se retiró, llevándose al pequeño Wackford, chico de grandes esperanzas.

Hemos visto á Rodolfo Nickleby á vueltas con cierto sentimiento de interes naciente por Catalina; su odio á Nicolás en este momento crecia exactamente en la misma proporcion. Es posible que para expiar su debilidad á sus propios ojos por la inclinacion que sentia hácia la una, detestase al otro mas que nunca.

Despues al verse despreciado y al conocer que se le representaba á los ojos de su sobrina bajo los mas negros colores y que se le enseñaria á aborrecerle y á despreciarle tambien, para que huyera de su lado como de una atmósfera apestada y de su trato como de una lepra; al saber todo

esto, y al mismo tiempo que el autor de sus pesares era aquel mismo tunante que, pobre y dependiente de él, le habia hecho cara desde la primera entrevista, y que despues habia llevado mas léjos su audacia hombreando con él en la segunda entrevista; todos estos pensamientos llegaron á exasperar de tal modo su malignidad ordinariamente fria, que no habria omitido nada por satisfacerla, si hubiera tenido á mano alguna venganza pronta y segura.

Pero no la tenia afortunadamente para Nicolás. Por mas que rumió todo el dia, por mas que se devanó los sesos inventando planes y proyectos favorables á sus odios, la noche lo halló todavía alambicando sus mismos pensamientos y persiguiendo sin fruto las quimeras mismas.

—Cuando mi hermano tenia su edad, decia Rodolfo, las primeras comparaciones que se hacian con nosotros eran siempre desventajosas para mí. Él era liberal, franco, vivo, alegre; yo astuto, codicioso; tenia nieve, no sangre, en las venas, no tenia mas pasion que el dinero, ningun otro anhelo que el ahorro, el lucro, la ganancia. Yo no lo habia olvidado la primera vez que ví á ese tunante; pero ahora lo recuerdo mejor que nunca.

En su cólera, Rodolfo hubo de romper la carta de Nicolás en mil pedazos, que arrojó al aire y que caian como una nevada á su alrededor.

—Los recuerdos que vagan en torno de mi espíritu, prosiguió diciendo con una amarga sonrisa, no tienen mas consistencia que estos átomos de papel. Si vienen á asaltarme por todas partes, es porque tengo la debilidad de prestarme á ellos. Obremos de otro modo; y pues que aun hay gentes que afectan despreciar el valor del oro, mostrémosles nosotros lo que vale.

Esta reflexion reanimó á Rodolfo, y dispuesto mejor al sueño, fué á acostarse con espíritu mas satisfecho.

CAPÍTULO III.

Smike es presentado á la familia Nickleby. Nicolás por su parte hace nuevos conocimientos. Se vislumbran dias mas felices para todos.

Despues de haber establecido á su madre y hermana en casa de la excelente amiga miss Creevy, despues de haberse cerciorado de que la vida de sir Mulberry Hawk no estaba en peligro, Nicolás volvió su pensamiento hácia el pobre Smike, quien luego de almorzar con Newman Noggs, habia permanecido en casa de este, esperando con gran ansiedad noticias de su protector.

—Como ahora ha de formar parte de nuestra pequeña familia por donde quiera que vayamos y cualquiera sea la suerte que nos depare la fortuna, es menester, se dijo Nicolás, que lo presente en la debida forma. No dudo de que mi madre y hermana lo acojan favorablemente por él mismo, pero bueno es añadir alguna cosa á estas buenas disposiciones, y sé que las dos se prestarán de buena voluntad por complacerme.

Al decir mi madre y mi hermana, no queria decir Nicolás mas que su madre, pues de Catalina estaba seguro. Pero conocia las debilidades de su madre y temia que el pobre Smike no entrara fácilmente en la gracia de la viuda.

Sin embargo, se decia yendo á cumplir esta ceremonia, que no podia dejar de aficionarse á él cuando llegara á conocer su buena índole, lo que conoceria muy luego, siendo Smike un jóven tan ingenuo y sencillo.

—Temia ya, dijo Smike en la alegría de ver á su amigo, temia ya que no os hubiera ocurrido algo desagradable, y me ha parecido el tiempo tan largo que hasta desesperaba de volveros á ver.

—¡Oh! no temais, amigo mio, contestó Nicolás; no correis ese riesgo por ahora, yo os lo aseguro. Pasaré aun mu-

chas vicisitudes, pero con la ayuda de Dios, he de vencer todas las dificultades. Pero vamos, vamos; tengo que conduciros á casa.

—¡A casa! exclamó Smike con timidez.

—Sin duda, contestó Nicolás cogiéndole el brazo. Si, á nuestra casa. ¿Por qué nó?

—En otro tiempo soñaba yo en eso de noche y de dia. ¡Cuántas veces he deseado esa dicha! pero acabé por abandonar toda esperanza, bien que entonces sintiera en mi corazon una pena mas amarga. Pero hoy.....

—¿Qué? le preguntó Nicolás mirándole con bondad; ¿qué hay hoy, amigo mio?

—¡Oh! yo no os dejaré para ir á casa, contestó Smike con cierta incoherencia, donde quiera que esté sobre la tierra. Exceptuo un lugar, solamente un lugar; yo no seria nunca viejo, y si estuviera seguro de que vuestra mano habia de depositarme en la tumba; si pudiera esperar antes de morir que pudierais ir á animarla con una de vuestras miradas tan buenas algun dia apacible de verano, cuando todo estuviera vivo en la naturaleza y no muerto como yo, volveria á aquel lugar sin derramar una lágrima.

—Y ¿por qué, pobre amigo mio, por qué pensar ahora en cosas tan tristes, cuando podeis ser feliz viviendo fraternalmente conmigo?

—Porque si yo cambio, á lo menos no veré cambiar á los demás en torno mio; si ellos me olvidaban, yo tendria la dicha de no saberlo, y despues de todo, en el cementerio, todos nos parecemos: aquí yo no me parezco á nadie; yo no soy mas que un pobre diablo.

—Sois un niño, dijo Nicolás afectando buen humor; si es eso lo que quereis decir, estamos de acuerdo. Ea, deponed esas tristes ideas, y haced buena cara para presentaros á las señoras. ¡Oh! vais á ver á mi linda hermana, por quien tantas veces me habeis preguntado..... en otro tiempo, pues ahora..... Smike, ¿dónde está vuestra antigua galantería?

Smike se sonrió con cierto júbilo.

—Cuando os hablo de venir á casa, continuó diciendo Nicolás, es de mi casa de la que os hablo, y por consiguiente de la vuestra. Si con esto hubiera querido decir un alojamiento en general, comprendido entre cuatro paredes y cubierto con un techo, me veria bien embarazado para describiros su posicion; pero no se trata de esto. La casa de que yo hablo, es el asilo en que esperando mejores dias, todos los que yo amo están agrupados. Sea una tienda de nómadas, sea una granja de campesinos, allí donde están todos los mios, allí está mi casa, y no os alarmeis por lo que digo: mi casa no tiene nada que pueda espantaros ni por su extension ni por su magnificencia.

Al mismo tiempo, Nicolás tomando á su compañero del brazo, se puso en marcha, y hablando con variedad de esto y otras cosas para entretener su espíritu, se encontraron luego á la puerta de miss Creevy.

—Hé aquí, mi querida Catalina, dijo Nicolás entrando en la habitacion en que su hermana estaba sola; hé aquí al amigo fiel y compañero de penas y fatigas de que te he hablado.

El pobre Smike comenzó por estar lastimosamente tímido y torpe, temblando literalmente de miedo. Pero Catalina se adelantó hácia él, y le dijo con su voz dulce y simpática, mas dulce aun en aquella ocasion, que hacia mucho tiempo que tenia deseos de conocerle, y que sin conocerle le estimaba ya por lo que le habia dicho su hermano, añadiendo la expresion de su gratitud por haber sido el consuelo de Nicolás en sus dias de prueba.

Oyendo estas bondades y oyéndolas por una voz que le llegaba al corazon, el pobre muchacho no sabia si reir ó llorar, y su embarazo cambió de aspecto sin ser por eso menos grande.

Sin embargo hizo un esfuerzo y dijo con voz entrecortada, que no tenia en el mundo otro amigo que Nicolás, por quien daria la vida de buena voluntad.

Y como Catalina, prudente y bondadosa, afectaba no apercibirse de su embarazo, Smike recobró muy luego su ánimo y se halló tan bien como en su propia casa.

Despues tocó el turno á miss Creevy. A ella tambien era menester presentarlo, y si era la artista una excelente persona, tenia tambien la lengua muy voluble. No es decir que acometiera en seguida al pobre Smike, pues ya estaba prevenida y ella misma conocia que lo hubiera puesto en un conflicto; pero ella habia de hablar, y hubo de indemnizarse con Nicolás y Catalina.

Despues de haber dado á Smike una tregua para prepararse, convirtió á él su atencion, haciéndole por aquí y por allá toda clase de preguntas. ¿Sois aficionado á la pintura? ¿Encontrais que aquel retrato se me parece? Creo que no habria perdido nada en rejuvenecerme diez años. ¿No sois de mi parecer? En general las jóvenes son mejores que las viejas, no solamente en pintura. ¿No es verdad?

Todo esto fué dicho con una alegria tan inocente y juguetona, que Smike pudo decir con toda su ingenuidad, que no habia visto señora mas amable, sin exceptuar á la Grudden de la compañía de M. Vicente Crummles, que era una dama muy amable, que hablaba acaso mas que la Creevy, pero no mejor, aunque sí mas alto.

En fin la puerta se abrió para dar paso á una señora vestida de luto.

Nicolás fué á recibirla y la abrazó tiernamente llamándola madre. Luego la condujo á una silla cerca de Smike, que se habia levantado al entrar ella.

—Madre mia, le dijo Nicolás, sois siempre tan bondadosa con los afligidos y tan solícita en consolarlos, que no podreis menos de estar dispuesta en favor de mi buen amigo y compañero de infortunios.

—No lo dudes, hijo mio, contestó la viuda mirando á Smike con aire poco maravillado y devolviéndole el saludo con mas majestad de lo que acaso conviniera en aquella circunstancia; no dudes de que tus amigos tienen, como es natural y justo, derecho á mi buena acogida, y por consiguiente tengo el mayor placer en conocer á este jóven por quien tomas tanto interés. Pero al mismo tiempo permíteme que te diga, como se lo decia siempre á tu pobre padre

cuando llevaba á comer á amigos sin que hubiera nada en casa, que si hubiera venido la antevíspera (hoy no es la antevíspera de que hablo, sino el año anterior) hubiéramos estado en aptitud de recibirlo mejor.

Despues de estas observaciones, la viuda se volvió hácia su hija y le preguntó en voz baja, pero de modo que la oyeran, si aquel jóven iba á pasar con ellos toda la noche, pues en tal caso, dijo, no sé, mi querida Catalina, dónde ponerlo á dormir no habiendo sitio para ello en toda la casa.

Catalina dió algunos pasos hácia su madre con su gracia habitual, y sin mostrar contrariedad ni despecho, le deslizó al oido algunas palabras.

—Pero ¡Dios mio! exclamó la viuda cambiando de tono y de modo de pensar. ¿Crees, Catalina, que no sabia yo muy bien eso para que tuvieras necesidad de decírmelo? Precisamente es eso lo que acabo de decir á Nicolás: le he repetido que estaba satisfecha. A propósito, querido Nicolás, añadió volviéndose hácia él con menos majestad que antes; no nos has dicho el nombre de tu amigo. ¿Cómo se llama, pues?

—Smike, contestó Nicolás.

Nadie podia prever el efecto de esta contestacion tan sencilla; pero la viuda no bien hubo oido pronunciar aquel apellido, cuando se dejó caer sobre su silla y se puso á llorar como si acabara de oir la nueva de un infortunio.

—¿Qué teneis, madre mia? dijo Nicolás precipitándose hácia ella para sostenerla. ¿Qué teneis? ¿Qué pasa?

—¡Ah! exclamó la viuda; eso se parece á Pick, á Pick se parece enteramente. ¡Ah! Nó, habladme..... nó, habladme..... pronto me aliviaré.....

La buena señora no olvidó ninguno de los síntomas del desmayo en todas sus fases; despues, pidiendo un vaso de agua de que tomó un sorbo y tiró lo demás, se sintió mejor y se disculpó con una lánguida sonrisa de ser tan niña; pero no podia remediarlo.

—Es achaque de familia, añadió luego: no hay que extrañar mi sensibilidad. Tu abuela, mi querida Catalina, era

exactamente lo mismo: la mas ligera emocion, la mas leve sorpresa, le producia al instante un desmayo. Yo le oí decir muchas veces que allá cuando era moza, volvia una tarde la esquina de la calle de Oxford, cuando vino á chocar con su peluquero que huia de la persecucion de un oso..... ó bien, esperad; el oso era quien huia de la persecucion del peluquero. En fin, no sé lo que era; lo que sí sé es que el peluquero era un jóven muy gallardo y tenia unas maneras muy elegantes, aunque esto no es del caso.

La viuda Nickleby una vez lanzada sin sentir á sus accesos de humor retrospectivo, vino á ser mas tratable, y á partir de este momento y por transiciones fáciles en la conversacion pasó á una multitud de anécdotas que no eran menos propias de las circunstancias.

—M. Smike es del Yorkshire, ¿no es verdad, Nicolás? preguntó la madre al hijo, despues de comer, tomando la palabra despues de una larga pausa.

—Ciertamente, madre, contestó Nicolás; veo que no habeis olvidado su triste historia.

—¡Oh! nó, no la he olvidado. Ciertamente; es una triste historia; tienes razon.

Volviéndose luego al huérfano, le preguntó:

—¿No habeis tenido ocasion, Smike, de comer nunca en casa de los señores Grimble de Grimblehall, un poco al norte del condado? ¿Nó?..... ¡Ah! M. Tomás Grimble, hombre muy orgulloso con seis hijas muy amables y el mejor parque del país.

—Pero, madre, ¿en qué pensais? le preguntó Nicolás; ¿cómo podeis creer que el huérfano abandonado en casa del infame Squeers, tuviera el honor de recibir esas distinciones por parte de la nobleza del país?

—Verdaderamente, hijo, no veo que tenga eso nada de extraordinario; yo sé bien que cuando estaba en el colegio, iba yo lo menos cuatro veces al año á casa de los señores Hawkins en Tanton-vale, y en verdad que son mas ricos que los Grimble de Grimblehall y enlazados con ellos por matrimonio. Con que ya ves como no es una cosa tan inverosímil.

Despues de haber aplastado á Nicolás con esta réplica tan contundente, hé aquí que se le va la memoria á la buena viuda, y hubo de sustituir el apellido de Smike que habia olvidado con el de Slammons. Cuando se le advirtió el *quid pro quo*, se excusó con la semejanza de ambas palabras en la pronunciacion, toda vez que las dos comienzan con una *s* y tienen en medio una *m* comun.

Smike no hubo de notar como ella semejante identidad; pero estuvo tan atento y oyó con tanta complacencia á la señora, que esta, sensible á su deferencia, no tardó mucho en manifestar la mas alta estimacion hácia una persona de tan buen carácter.

El pequeño círculo de familia continuó viviendo bajo el pié de la mas agradable intimidad hasta el lunes por la mañana, en que Nicolás se retiró para recogerse un momento y reflexionar sériamente en el estado de sus negocios, á fin de tomar, si era posible, un partido que le pudiera poner en aptitud de sostener aquellos objetos de su cariño, cuya existencia dependia ya exclusivamente de su actividad y solicitud.

M. Crummles le ocurrió mas de una vez á la memoria; pero si Catalina estaba ya enterada de todos los detalles de sus relaciones con aquel ilustre director de escena, su madre no lo estaba y preveia mil objeciones de su parte para que no tomara el teatro por carrera.

Habia además otras razones mas graves aun para no pensar en este género de vida: no solamente los productos del teatro eran precarios y pocos, sobre todo, si no aspiraba, como en efecto era así, á levantarse á gran distincion aun en provincias; sí que tambien tendria que llevar á su hermana de pueblo en pueblo y de feria en feria. ¿Ni qué otra sociedad podria dar á la honesta y recatada jóven que la de las gentes con quienes tendria él que mezclarse sin eleccion?

—Nó, se dijo Nicolás, esto no puede ser; preciso es que tome otro camino menos peligroso.

Esto era fácil de decir con tan poca experiencia del mundo como la que habia podido adquirir en sus cortas aunque

difíciles pruebas, con una buena dósis de confianza temeraria y ligereza juvenil, y con un puñado de dinero en el bolsillo.

Fácil era de decir, pero no de hacer. Con tan poco dinero y sin amigos, ¿qué podia él hacer?

—¡Pardiez! exclamó. Voy á volver al despacho de colocaciones á ver si encuentro algun acomodo.

Él mismo no pudo menos de reirse al ver el ardor con que se puso en movimiento para la realizacion de un designio, cuya precipitacion habia censurado interiormente en aquel mismo instante.

Pero no por eso dejaba de ir derechamente á su objeto, figurándose á medida que se acercaba al despacho toda clase de probabilidades buenas y malas, y diciéndose con razon acaso, que era una fortuna para él tener el temperamento impetuoso que habia recibido de la naturaleza.

El despacho de colocaciones parecia en el mismo estado que la última vez que lo habia visitado, y con poca diferencia hasta reconoció los mismos anuncios en los cristales: los mismos amos y amas solicitando siempre criados virtuosos; los mismos criados virtuosos solicitando siempre amos ó amas igualmente respetables; las mismas tierras magníficas, reclamando colocacion de capitales; los mismos capitales cuantiosos reclamando tierras para garantir su buena colocacion. En una palabra, siempre la misma multitud de ocasiones excelentes, ofrecidas por muy poco á cuantos deseaban hacer fortuna.

Y la prueba mas evidente de la prosperidad nacional saltaba allí á la vista, pues en tanto tiempo no se habia presentado nadie á coger al vuelo ventajas tan preciosas como fáciles.

Cuando Nicolás se detuvo en la ventana para leer los anuncios, hizo la casualidad que un respetable *gentleman* hiciera otro tanto. Y Nicolás recorriéndolos de derecha á izquierda con la vista buscando alguno interesante, hubo de encontrar al desconocido, cuyo exterior excitó su curiosidad hasta el punto de suspender sus investigaciones para examinarlo mas de cerca.

Era este señor un hombre algo grueso, de buena presencia y cara simpática, vestia una especie de levita amplia, desahogada, sin talle, por decirlo así, para mayor comodidad; un calzon corto y polainas sobre sus robustas piernas, y un sombrero blanco, bajo de copa y ancho de alas, como el de un ricacho de pueblo.

Su papada con numerosos hoyuelos se ostentaba cómodamente sobre una corbata blanca, no una de aquellas corbatas apopléticas, tan tiesas y duras con las cuales no se podia un hombre acostar sin riesgo de ahogarse.

Pero lo que mas le llamó la atencion á Nicolás fué la expresion de sus ojos, claros, brillantes, limpios, francos, honrados, unos ojos en fin alegres, felices, satisfechos.

El honorable gentleman estaba allí parado delante de los anuncios con una mano por detrás y la otra jugando con la cadena de su reloj de oro, contemporáneo de su juventud, la cabeza un tanto ladeada y el sombrero mas ladeado que la cabeza, pero no por monería, sino por casualidad, pues se veia que no era aquella su postura habitual; y el conjunto animado por una agradable sonrisa que vagaba en sus labios con una expresion de sagacidad, de sencillez, de bondad, de buen humor, todo confundido en la viva y jovial fisonomía del buen señor.

Así, pues, Nicolás hubiera permanecido allí mirándole hasta el dia siguiente, olvidando de muy buena gana todas las caras avinagradas y fieras que no son por desgracia escasas bajo el capuz del cielo.

Pero no tuvo tiempo de prolongar su complacencia, porque el desconocido, sin sospechar que fuera objeto de la mirada observadora de Nicolás, puso en él casualmente la suya, lo que obligó al jóven á dirigir ahora la vista á los anuncios por no mortificarle con una curiosidad indiscreta.

Sin embargo, el buen señor no se movia de allí, dejando vagar su mirada de un anuncio á otro, sin que Nicolás osara levantar la cabeza para observarlo mas.

Bajo este exterior tan singular y raro, era de ver el aire mas agradable del mundo: parecia que todo hablaba en su

favor; era uno de esos retratos en que las luces hábilmente distribuidas por el artista en la comisura de los labios y en los ángulos de los ojos, no solamente excitan el interés del observador, sino que le hacen amar tambien el modelo en persona.

Esto supuesto, no se extrañará que Nicolás tuviera el placer de contemplarlo, ni que el gentleman le sorprendiera mas de una vez en su observacion.

Nicolás se ruborizaba con cierto embarazo cada vez que el otro le sorprendia, porque la verdad es que el pobre muchacho habia pensado ya que acaso el buen señor hubiera ido allí á buscar un secretario, y en tal caso le parecia que el buen señor debia leer su secreto escrito en su semblante.

Todo esto fué obra de algunos minutos, bien que sus detalles sean mas largos en un cuento.

El desconocido iba ya á partir, cuando Nicolás encontrando su mirada se vió otra vez sorprendido en flagrante delito, y en su embarazo hubo de balbucear unas palabras de disculpa.

—No hay ningun mal en eso. ¡Oh Dios mio! ningun mal hay en eso, contestó el buen viejo.

Y estas palabras fueron dichas con tono tan amistoso, con voz que tan bien correspondia al noble semblante del desconocido, y en fin con una cordialidad de maneras tan simpáticas, que Nicolás se sintió animado á añadir algunas palabras mas.

—Hé aquí, para escoger, muchas y buenas ocasiones, le dijo con una ligera sonrisa, indicándole los anuncios del despacho.

—Sí, hay muchas personas que en busca de una colocacion se han dejado engañar, contestó el buen señor. No es esto de hoy. ¡Pobres jóvenes!

Y esto diciendo se puso en marcha, pero creyendo ver que Nicolás abria la boca para hablarle, hubo de retardar el paso como no queriendo desairarlo dejándole con la palabra en la boca. Hubo entre los dos uno de esos momentos de vacilacion que se observa á veces en la calle entre dos

transeuntes que se hacen con la cabeza una señal de reconocimiento, pero que no saben si deben desandar sus pasos para hablarse ó continuar su camino. Nicolás, sin embargo, acabó por ponerse al lado del honorable gentleman.

—¿Queriais hablarme, jóven? ¿Qué quereis decirme? le preguntó bondadosamente el viejo.

—¡Oh! nada; solo que esperaba..... ó mas bien imaginaba que teniais alguna razon para venir á consultar esos anuncios.

—¡Ah! ¿Y qué razon? veamos, ¿qué razon? Sin duda pensabais que venia á buscar colocacion, ¿eh?

Nicolás movió la cabeza vivamente para negar esta suposicion.

El buen señor se echó á reir bondadosamente frotándose las manos.

—En todo caso, dijo, no habia ningun mal en creerlo así viéndome examinar los anuncios. Yo, por mi parte, pensé al principio otro tanto de vos, os lo digo francamente: con que ya veis.

—Podiais creerlo así, lo mismo al principio que al fin, sin temor de equivocaros.

—¡Cómo! exclamó el viejo mirándole de piés á cabeza. Eso no es posible. ¡Un jóven de vuestra cara y porte reducido á ese extremo! ¡Oh! nó, nó.

Nicolás le saludó ruborizado y le volvió la espalda para retirarse.

—Un momento, jóven, le dijo el buen viejo haciéndole una seña para que le siguiera á una calle de travesía para hablar mas cómodamente sin que nadie les interrumpiera.

Ya allí, le preguntó parándose en frente de él:

—¿Qué dijisteis? habladme francamente.

—¡Dios mio! Hélo aquí sencillamente. Vuestro aire de bondad y vuestras maneras tan diferentes de cuanto he encontrado hasta aquí, me han arrancado la confesion que os he hecho, y que por todo lo del mundo no hubiera hecho á ningun desconocido en este desierto de Londres.

—¡Desierto! ¡Oh! sí, es un desierto; en verdad que sí,

un desierto, repuso el viejo con cierto calor. Hubo un tiempo en que tambien lo fué para mí: yo vine á Londres descalzo..... no lo he olvidado á Dios gracias.

Y esto diciendo se descubrió con aire solemne para honrar el nombre de Dios, á quien invocaba.

—Veamos, pues. ¿Qué teneis? ¿Qué es eso? le dijo luego poniéndole la mano en el hombro y subiendo la calle con Nicolás. Veo que sois.....

Y le indicó la manga de su levita de luto.

—¿A quién habeis perdido?

—A mi padre, contestó Nicolás con honda pena.

—¡Ah! exclamó el buen señor con voz simpática. Es muy triste para un jóven haber perdido á su padre. ¿Y la madre permanece viuda?

Nicolás contestó con un suspiro.

—¿Con hermanitos tal vez?

—Una hermana menor que yo.

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! La educacion es una gran cosa: yo no la recibí; pero por eso la aprecio mas en los otros. ¡Oh! sí, es muy buena cosa la educacion. Contadme vuestra historia; quiero saberlo todo.

Habia en su lenguaje un tono tan benévolo y un desprecio tan completo de todas esas reservas de convencion frias y acompasadas, que Nicolás no pudo resistirse al llamamiento.

Entre personas que tienen cualidades de corazon francas y sólidas, no hay nada mas fácil de ganar que la confianza, ni nada mas espontáneo que la expansion recíproca. Nicolás se abandonó á ellas con toda su efusion.

No olvidó en su relato ninguno de los puntos importantes; solo suprimió los nombres propios y pasó como por ascuas al hablar de la perfidia de su tio respecto de Catalina.

El buen viejo le escuchó con atencion sostenida, y cuando acabó, le tomó del brazo y le dijo:

—No hay que hablar mas, no hay que hablar mas: ni tenemos que perder un minuto.

Al mismo tiempo le conducia á la calle de Oxford. Allí

detuvo un ómnibus, y haciendo subir á Nicolás subió él detrás al vehículo.

Como parecia en un estado de extraordinaria emocion y cerraba la boca á Nicolás siempre que iba á hablar, repitiéndole: Ni una palabra mas, querido jóven, ni una palabra mas; Nicolás creyó deber renunciar á toda explicacion; así, hicieron el viaje de la *city* sin desplegar los labios, y cuanto mas avanzaban mas embarazado se hallaba Nicolás en cuanto á adivinar el desenlace de aquella inesperada aventura.

Una vez delante del Banco, el bueno del viejo bajó con la misma presteza, y volviendo á tomar el brazo de Nicolás le llevó por la calle de Threadneedle, torció algunas callejuelas, entró por algunos pasajes á la derecha, hasta que al fin llegaron á un pequeño *square* fresco y tranquilo. Luego le llevó derechamente á una casa de comercio, la mas limpia, aunque la mas antigua de todas. La puerta no tenía mas inscripcion de muestra que estas palabras:

CHEERYBLE HERMANOS.

Pero una rápida ojeada que echó Nicolás al paso á unos fardos que allí habia, le hizo suponer que los hermanos Cheeryble eran comerciantes alemanes.

Atravesando luego un almacen que ofrecia la apariencia de un comercio activo y próspero, M. Cheeryble, pues Nicolás no vaciló ya en llamarle así, visto el respeto que le manifestaban á su paso los dependientes y comisionistas, le condujo á un pequeño escritorio formado por un armazon, especie de jaula de cristal, donde se veia sentado, como si se le hubiera encerrado allí tiempo atrás, antes de poner la cobertura y sin que hubiera salido nunca de su encierro, un dependiente ya entrado en años, grueso, mofletudo, con sus anteojos de plata y su pelo empolvado.

—Timoteo, ¿está mi hermano en su despacho? le preguntó M. Cheeryble con la misma dulzura que le conocia ya Nicolás en sus maneras.

—Si señor, sí, contestó el grueso dependiente volviendo

sus anteojos hácia su principal y sus ojos hácia el forastero; pero está cón M. Trimmers.

—¡Ah! ¿Y sabeis á qué ha venido M. Trimmers?

—A hacer una suscricion en favor de la viuda y huérfanos de un pobre hombre que ha perecido esta mañana bajo un tonel de azúcar en los docks de las Indias Orientales.

—¡Excelente hombre ese señor Trimmers! exclamó el principal con entusiasmo. ¡Buen hombre es! Él es quien nos hace saber siempre desgracias que nosotros no sabríamos acaso por nuestros propios medios. Le estoy muy agradecido á M. Trimmers.

Y el buen viejo se frotó las manos con delicia, y cuando M. Trimmers salió del despacho para retirarse, corrió á su encuentro y le detuvo tomándole de la mano.

—Os doy mil gracias, señor mio, le dijo atrayéndole á un rincon para que no los oyeran; mil gracias, sí, por vuestra prueba de amistad, de verdadera amistad, sí señor. ¿Cuántos huérfanos ha dejado?

—Nada menos que seis: ved qué desgracia!

—¡Oh! ¡qué desgracia! Y ¿cuánto ha dado mi hermano para socorrerlos, M. Trimmers?

—Quinientos francos; Dios se lo pague.

—Mi hermano es un buen hombre, y vos tambien, M. Trimmers, vos tambien, añadió el viejo estrechándole las manos trémulo de emocion. Suscribidme á mí tambien por otros quinientos..... Pero esperad..... esperad..... Es bueno evitar las apariencias de ostentacion: suscribidme solo por doscientos cincuenta á mí, y á mi dependiente Linkinwater por la otra mitad: así es mejor y nada pierden los huérfanos. Timoteo, haced una saca de quinientos francos á nombre de M. Trimmers. ¡Bendiga Dios vuestra caridad, amigo mio! Pero venid algunos dias de esta semana á comer con nosotros. Siempre encontrareis vuestro cubierto en nuestra mesa y personas que se honran en recibiros; ya lo sabeis. Ea, buenos dias, mi buen amigo. Adios, adios. Timoteo, la saca para M. Trimmers, ¿eh? ¡Aplastado bajo un tonel de azúcar! ¡Una viuda con seis hijos! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Todas estas palabras fueron pronunciadas por M. Cheeryble con cierta volubilidad para evitar que le diera las gracias el colector de la suscricion sobre la elevada partida de su donativo; y para sustraerse mas seguramente á este embarazo, se apresuró á conducir á Nicolás no menos conmovido que admirado de lo que en tan poco tiempo habia visto y oido, hácia la puerta entreabierta de un despacho inmediato.

—Ned, dijo M. Cheeryble llamando á la puerta con el revés de la mano y bajándose para oir la contestacion, ¿estás ocupado, hermano mio, ó puedes oir cuatro palabras?

—Pero, mi querido Cárlos, contestó una voz cuya entonacion era tan semejante á la otra, que Nicolás se estremeció y estuvo para creer que fuera la misma; entra sin llamar ni hacer tales preguntas.

En efecto, Cárlos y Nicolás entraron sin mas esperar.

Pero la admiracion de Nicolás subió de punto, cuando vió al hermano Cárlos cambiar un saludo afectuoso con otro viejo de la misma edad y del mismo tipo, de la misma cara, de la misma estatura y vestido del mismo modo.

Mientras se estrechaban las manos, las dos caras se animaron con una mirada de tierno afecto, cuya inocencia se hubiera amado aun en los rasgos de un niño y que en hombres ya viejos era mas amable todavía.

Sin embargo, á pesar de su semejanza, Nicolás hubo de notar que el último era algo mas grueso que el primero. Esto unido á un ligero matiz de originalidad en sus maneras, era la única diferencia sensible que los distinguia. Sin duda ninguna eran hermanos gemelos.

—Hermano Ned, dijo el protector de Nicolás, despues de haber cerrado la puerta, aquí te presento á un jóven amigo mio, al cual es preciso ayudemos. Vamos á empezar, tanto por él como por nosotros, por tomar informes sobre los detalles que él me ha confiado, y si se confirman como espero sin ningun género de duda, es preciso que le ayudemos, hermano Ned.

—Pero, hermano Cárlos, basta y sobra con lo que dices;

¿á qué esos informes sobre un amigo tuyo? Le ayudaremos y en paz, pues es preciso. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué es lo que el jóven pide? ¿Dónde está Tim? Que venga y hablaremos para hacer todo lo que se pueda.

Para completar la semejanza los dos hombres tenian en su lenguaje el mismo calor y vivacidad: los dos habian perdido los mismos dientes, lo que les daba una pronunciacion uniforme, y cuando hablaban lo hacian con esa amable y honrada sencillez que nace de la tranquilidad del alma. Hubiérase dicho que en el banquete á que los habia convidado la fortuna habian elegido, en el pudding servido á la mesa, los racimos mas azucarados de Corinto, guardando en la boca un grano que endulzaba todas las palabras.

—¿Dónde está Timoteo? preguntó otra vez el hermano Ned Cheeryble.

—Un momento, un momento, contestó el hermano Cárlos hablando al otro aparte. Tengo una idea, hermano mio, tengo una idea que comunicarte. Timoteo se va haciendo viejo y ha sido siempre un servidor fiel y solícito. Yo no creo que al erigirle á su muerte un sepulcro de familia y señalar á su familia una pension en recompensa de sus buenos servicios, haríamos nada que no le debiéramos.

—Ciertamente, es verdad, no haríamos con eso la mitad de lo que debemos.

—Pues bien, si pudiéramos aligerar su tarea y decidirle á ir de vez en cuando á tomar los aires puros del campo, aunque solo fuera dos ó tres veces por semana, lo cual seria fácil si él quisiera venir al trabajo algo mas tarde, el viejo Timoteo se rejuveneceria, estoy seguro de ello; y eso que como sabes tiene dos ó tres años mas que nosotros. ¡Gran cosa, hermano Ned! añadió de buen humor el bondadoso Cárlos. ¡Gran cosa! ¡El viejo Tim rejuvenecido! ¡Oh Dios mio! Yo me acuerdo de haber visto al viejo Tim, pequeño como nosotros. ¡Ja! ja! ja! ¡Pobre Tim!

Y los dos buenos señores se echaron á reir con las lágrimas en los ojos pensando en el viejo Tim Linkinwater.

—Pero escuchad ante todo, hermano Ned, le dijo el otro

sentándose los dos de modo que Nicolás quedó entre ellos; yo mismo voy á contaros todo esto, porque este amigo mio es un jóven modesto y delicado, y no es cosa de hacerle referir otra vez su historia, como si fuera un mendigo, ó como si dudáramos de su veracidad. Nó, no quiero que él cuente lo que yo puedo contar, pues como amigo he merecido esta confidencia suya: yo mismo la contaré.

—Es lo mejor, contestó el hermano Ned con un movimiento de cabeza lleno de gravedad.

—Yo hablaré y él me corregirá cuando me equivoque. Y ya verás, hermano mio, como su historia recuerda la nuestra, cuando vinimos los dos, jóvenes y sin amigos, á ganar nuestro primer chelin en esta gran ciudad.

Los dos gemelos se estrecharon la mano en silencio, y el hermano Cárlos refirió con sencillez familiar los detalles que habia recogido de boca de Nicolás.

Despues de esto, la conversacion fué larga, y cuando terminó, hubo una conferencia secreta que no fué menos larga entre el hermano Ned y Timoteo Linkinwater en otra estancia.

Debemos decir en honor de Nicolás, que aun no habia estado diez minutos con los dos hermanos, cuando enternecido por la expresion repetida de sus bondades y simpatías, le era imposible contestar de otro modo que con movimientos de adhesion y gratitud, sollozando como un niño.

Luego que Ned y Tim volvieron juntos, éste se acercó al instante á Nicolás, y le dijo al oido en dos palabras, pues no era Tim hombre muy locuaz, que habia tomado sus señas en el Strand y que pasaria por su casa á las ocho de la noche.

Despues de esto, Timoteo limpió sus anteojos y se los puso, como para prepararse mejor á oir lo que los hermanos Cheeryble pudieran tener que decirle todavía.

—Timoteo, le dijo el hermano Cárlos, sabeis que tenemos intencion de colocar á este jóven en vuestro puesto.

El hermano Ned contestó que ya estaba prevenido de ello Timoteo, y que aprobaba la resolucion.

Al mismo tiempo, Timoteo hizo un signo afirmativo, y se enderezó de modo que parecia mas grueso é importante que de costumbre.

Hubo luego un profundo silencio, que el mismo Timoteo rompió de repente y con el aire mas resuelto.

—Sí, pero yo no quiero venir una hora mas tarde al despacho, ni ir tampoco á dormir y tomar los aires al campo. De ninguna manera. Nó, no hay que hablar de semejante cosa. ¡Buenos están los tiempos para eso! De ninguna manera.

—¡Diablo de obstinado! dijo el hermano Cárlos mirándole sin la menor chispa de cólera, ó mas bien con una expresion radiante de afeccion y cariño por el antiguo dependiente. ¡Diablo de obstinado! ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, contestó Timoteo, que hará cuarenta y cuatro años en mayo próximo que llevo los libros de Cheeryble Hermanos. Todas las mañanas, excepto los domingos, á las nueve en punto, he estado aquí para abrir la caja; todas las noches á las diez y media, excepto los dias de correo extranjero, porque estos dias no podia partir antes de las once cuarenta minutos, he dado una vuelta á la casa para cerciorarme de que las puertas estaban cerradas y las luces apagadas; y en todo este tiempo no he dormido una sola vez fuera de casa. Ved en la ventana las mismas mantas, dos á cada lado, que traje al entrar aquí. Siempre lo he dicho y lo diré siempre, no hay en el mundo un *square* como este. Cuando yo digo que no lo hay, añadió Tim con mayor energía y una seriedad cómica, es que no lo hay: lo mismo para el placer que para los negocios, así en invierno como en verano, no tiene igual. No hay en toda Inglaterra una fuente tan bella como la bomba del patio, ni mejores vistas que la de mi ventana: todas las mañanas al asearme disfruto de ella, y por consiguiente debo conocerla. Aquí está la alcoba en que he dormido por espacio de cuarenta y cuatro años, y si esto, dijo con voz alterada por la emocion, si esto no os molesta ni perjudica en nada vuestros negocios, en ella quisiera morir con vuestro permiso.

—¡Diablo de Tim! ¿Qué es eso de morir? exclamaron á la vez los dos hermanos sonándose con violencia.

—Eso es lo que tenia que deciros, señores mios, contestó Timoteo; no es esta la primera vez que me hablais de jubilarme, pero yo os ruego que sea la última y no se vuelva á hablar de ello nunca.

Y Timoteo se retiró con cierta altivez de nobleza y fué á encerrarse en su jaula de cristal con el aire de un hombre que les habia dicho su última palabra con la resolucion de no rebajar nada.

Los dos gemelos cambiaron algunas miradas y hubieron de toser una docena de veces antes de decir una palabra.

—Esto no impide, hermano Ned, dijo el otro con calor, que le hagamos tomar un partido á pesar de todos sus escrúpulos: esto es ya insoportable.

—En efecto, Cárlos, es insoportable, y por mas que diga hemos de asociarlo á nosotros; si no quiere amistosamente, á la fuerza: no hay otro remedio.

—Tienes razon. ¡Oh! sí, mucha razon; si no quiere á buenas, á malas, y así le haremos ver que sabemos hacer respetar nuestra autoridad.

—Reñiremos sériamente con él hasta hacerle entrar por lo justo.

—Sí señor, reñiremos. Pero entretanto, añadió el hermano Cárlos, estamos entreteniendo aquí á nuestro jóven amigo, y su pobre madre y hermana, la viuda y la huérfana, estarán intranquilas por su tardanza. Despidámoslo por ahora, y vos, amigo mio, no perdais esta cajita y..... nó, no hay que dar gracias, pero tened cuidado en las calles, al pasar entre la multitud.

Y los dos hermanos se apresuraron á abrirle la puerta, diciendo mil cosas hasta incoherentes, pero bondadosas todas, para impedir la expresion de su gratitud y reconocimiento, dándole la mano afectuosamente y fingiendo con poca habilidad, pues no sabian fingir en nada, que no se apercibian de los sentimientos que le agitaban.

En efecto, Nicolás tenia el corazon demasiado lleno para

poder salir á la calle antes de haberse serenado un poco, y cuando dejó el rincon de la puerta en que se detuvo oculto para dominar su gran emocion, sorprendió á su pesar los ojos de los dos hermanos que le observaban desde un ángulo del escritorio de cristal, donde sin duda deliberaban si debian dar otro asalto á Timoteo, ó si en vista de su gran defensa, habia que levantar el sitio por de pronto.

Describir la sorpresa y júbilo que vino á animar la vivacidad de miss Creevy al oir la narracion de esta bella aventura, reproducir todo lo que con este motivo fué dicho ó hecho, ó pensado ó predicho ó esperado, seria traspasar los límites de nuestro cuadro y retardar nuestra marcha.

Diremos solamente que Timoteo Linkinwater llegó á la hora exacta de su cita, y que á pesar de su originalidad, á pesar del celo con que cuidaba que la generosidad de sus patronos no se empleara malamente, creyó de su deber trasmitirles los informes mas favorables respecto de Nicolás, quien desde el dia siguiente fué destinado á ocupar la vacante del despacho en casa de los Hermanos Cheeryble con mil escudos anuales de honorarios.

—Y ¿qué te parece, hermano? dijo el primer protector de Nicolás. ¿No seria bueno alquilarles esa cabaña de Bow, ahora vacante, por un precio algo menor que el ordinario? ¿Qué tal? ¿A qué te parece bien?

—Sin duda, pero gratis, contestó el otro compitiendo en bondad con su buen hermano. Somos ricos, á Dios gracias, mi querido Cárlos, y francamente seria una lástima y hasta una vergüenza descontarles del sueldo el alquiler en el estado en que los pobres se encuentran. Démosles por nada esa pequeña vivienda, por nada absolutamente.

—Nó, hermano, escúchame, repuso Cárlos con dulzura: seria mejor exigir algo de alquiler, pues de este modo conservarian hábitos de economía y no se sentirian abrumados de reconocimiento por las obligaciones que creerian debernos. Podríamos fijar el alquiler en cuatrocientos ó quinientos francos, y si se nos pagaban exactamente, lo capitalizaramos de un modo ó de otro en su provecho. En secreto y á

título de préstamo, podria yo darles una cantidad para que amueblaran su casita, y tú, hermano mio, acaso hicieras otro tanto por tu parte. Despues, si estamos contentos con ellos, como yo lo espero, entonces no tengas cuidado, ya cambiaremos el préstamo en donacion; pero despacito, hermano mio, poco á poco y oportunamente para no humillarlos. Ahora bien, ¿qué te parece, hermano Ned?

El hermano Ned no tuvo que oponer nada á las buenas razones del hermano Cárlos; antes bien sintió que no se le hubieran ocurrido á él.

En menos de ocho dias, Nicolás tomó posesion de su destino, y de la casita la viuda Nickleby con Catalina. ¡Cuánto movimiento, esperanzas y alegrías en una semana!

Pero la siguiente no fué menos feliz en la cabaña, como decia el hermano Cárlos: fué una semana de descubrimientos y sorpresas; todas las noches á la vuelta de Nicolás, se habian encontrado algo nuevo. Despues, ya se embellecia este aposento con sus cortinas de muselina, ya se arreglaba aquel otro casi hasta la elegancia; en fin, jamás se hubiera creido posible hacer lo que se hacia.

No es esto todo; miss Creevy fué en un ómnibus á pasar un dia ó dos con la familia, y les ayudaba que era una maravilla, arremangada hasta los codos con un papel de clavos en una mano y un martillo en otra. Y la viuda Nickleby que hacia mucho ruido y poca tarea, y Catalina que sin ruido ninguno, andaba ocupada por todas partes, maravillándose de todo, y Smike que arreglaba el jardin con toda su experiencia, y Nicolás que ayudaba y animaba á todo el mundo, formaban un bello cuadro de familia.

En fin, la paz, la alegría de la felicidad doméstica habian vuelto al hogar, sin temor ya de la separacion ni de la miseria.

Y ved qué cosa: los Nickleby pobres estaban reunidos y eran felices, mientras que el Nickleby rico estaba solo y era miserable.

CAPÍTULO IV.

Escenas de la vida privada. Negocios de familia. M. Kenwigs y su esposa.

Podian ser las siete de la tarde y comenzaban ya á oscurecerse las calles estrechas, inmediatas á *Golden-square*, cuando M. Kenwigs envió á buscar un par de guantes de cabritilla de los mas baratos eligiendó el mas fuerte de los dos, que era el de la mano derecha. Con él bajó la escalera con aire agitado, pero majestuoso, y se puso á envolver el martillo ó llamador de la puerta á fin de amortiguar sus golpes.

Despues de esta operacion hecha con cierto primor, M. Kenwigs cerró la puerta tras sí y atravesó la calle para ver el efécto desde la otra parte, y luego que se convenció de que no habia nada mejor en su género, volvió otra vez á la puerta, y llamando á Morleena por el ojo de la llave para que bajara á abrir, desapareció y no volvió á aparecer mas.

A juzgar el hecho bajo un punto de vista filosófico, nos encontraríamos bastante embarazados para decir por qué M. Kenwigs se tomaba el trabajo de forrar así el llamador de su puerta mas bien que el de otro cualquier noble ó gentleman á cuatro leguas á la redonda, toda vez que, para mayor comodidad de los numerosos inquilinos de la casa, la puerta de entrada permanecia siempre abierta y por consiguiente no servia el martillo.

El primero, segundo y tercer piso tenian cada uno su campanilla particular. Los desvanes no recibian nunca visitas, y el que tenia que hacer en los bajos, no tenia mas que entrar derechamente en ellos. Así, pues, bajo el concepto de la necesidad y aun de la utilidad, no tenia razon de ser la precaucion tomada con el llamador.

Sí, pero jamás se ha dicho que solo se vistan de etiqueta

los llamadores de las puertas por el objeto vulgar del utilitarismo: aquí, por ejemplo. Hay formas, ceremonias obligadas en el mundo civilizado. De otro modo, ¿qué vendria á ser el género humano? Volveria á caer sin remedio en el estado de barbarie.

Nunca, jamás se ha visto de parto á una señora de tono, ó mejor dicho, no puede haber parto de tono, sin que se *enguante* bien y debidamente el llamador de la puerta.

Ahora bien, mistress Kenwigs, la tornera de marfil, se hacia justicia á sí misma, teniéndose por una dama de tono.

La dama de tono mistress Kenwigs estaba de parto.

Con que M. Kenwigs su esposo tenia razon en vestir de toda etiqueta con su guante blanco el llamador de su puerta, silencioso y mudo en adelante.

—No sé á punto fijo, se decia M. Kenwigs levantándose el cuello de la camisa cuando subia la escalera con paso grave, no sé si debo, pues que es varon, ponerlo en los periódicos.

Pensando en la oportunidad de esta medida y en la inmensa sensacion que necesariamente habia de producir en el vecindario, M. Kenwigs volvió á la sala, donde una multitud de artículos de la primera infancia se calentaban sobre un sahumador, mientras que el doctor Lumbey hacia saltar como una muñeca al párvulo..... entendámonos.... al del año anterior, no al recien nacido.

—Es un guapo muchacho, M. Kenwigs, le dijo el doctor Lumbey.

—¿Eso os parece, doctor?

—El mas bello muchacho que he visto en todos los dias de mi vida.

Entre paréntesis, una cosa bien consoladora y que desmiente formalmente á los calumniadores que pretenden que la especie humana está en decadencia, es que cada vez que un niño viene al mundo, siempre el último que viene es el mas bello. Preguntadlo á los comadrones.

—Jamás, repitió el doctor, jamás he visto párvulo mas hermoso.

—Morleena era una bellísima criatura cuando nació, contestó el padre, creyendo ver en la asercion del doctor Lumbey un ataque indirecto á los demás miembros de su bella prole.

—¡Oh! sí, replicó el doctor, todos nacieron muy bellos y no han desmerecido nada.

Y se puso á mecer al niño con expresion pensativa.

Acaso pensara en lo que pondria en la cuenta por haberlo mecido. Pero esto sólo él podria decirlo.

Durante esta breve conversacion, Morleena, en su cualidad de hija mayor, llamada naturalmente á representar á su madre indispuesta, se habia puesto á arreglar á los otros pequeños y les distribuia sendos golpes. Su padre que la veia tan afanosa y razonable, no podia menos de derramar lágrimas de ternura, y manifestó con gran complacencia, que por su entendimiento y porte, aquella niña era una verdadera mujer.

—Será un tesoro para el hombre que se case con ella, dijo á media voz el padre, y estoy seguro de que hará un gran casamiento, M. Lumbey.

—No lo extrañaria, contestó el doctor.

—¿No la habeis visto bailar?

El doctor dió á entender que nó.

—¡Oh! entonces no sabeis de lo que ella es capaz, repuso el padre compadeciéndole de todo corazon.

Durante este tiempo habia habido un gran trajin de muebles, y frecuentes idas y venidas de una estancia á otra. La puerta de la otra pieza habia sido abierta y cerrada blandamente mas de veinte veces por minuto, (porque estaba recomendado dejar en paz y reposo á la parturienta), y se habia hecho exposicion del nuevo vástago por unas cuarenta diputaciones de lo mas escogido de las amigas de la madre, que se habian reunido en el corredor y en el paso de la puerta para discutir el acontecimiento en todas sus consecuencias previstas.

Mas aun, el interés se habia extendido á toda la calle, y se veian grupos de mujeres formados á cada paso. Habia

algunas que se hallaban en el estado interesante en que la Kenwigs se hallaba el dia anterior.

Todas estas comadres traian á la conversacion el tributo de su experiencia sobre este importante capítulo, y dos ó tres de ellas se jactaban de haber adivinado la hora exacta del acontecimiento.

Otras referian como ellas habian sospechado el trance viendo á la encinta ponerse de repente pálida y echar á correr cuanto podia en la calle.

Finalmente, una decia una cosa, otra otra, y todas decian algo, hablando á la vez todas, de acuerdo siempre en estos dos puntos: primero, que era una cosa meritoria y digna de elogios haber hecho lo que habia hecho la Kenwigs; y segundo, que no habia un doctor tan hábil como el doctor Lumbey.

El doctor Lumbey, en medio de toda esta algarabía, estaba pues sentado, como lo hemos visto, en la sala del principal meciendo al niño que le habian puesto en las rodillas y hablando al mismo tiempo con M. Kenwigs.

Era este doctor un hombre grueso, de apariencia bastante grosera, sin cuello de camisa ó poco menos y de barba crecida, pues hacia ya dias que no habia podido afeitarse: tal era su tarea en un barrio tan prolífico. En dos dias habia tenido tres llamadores revestidos de guante blanco, sin contar los que quedaban desnudos.

—Y bien, amigo mio, dijo el doctor, este hace seis: acabareis por tener una larga prole.

—¡Oh! con seis hijos hay ya bastantes, doctor.

—¡Bah! ¡bah! ¡Qué niñería! Aun no teneis la mitad.

Y el doctor se echó á reir ruidosamente, aunque no tanto sin embargo como una mujer casada, amiga de la parturienta, que acababa de salir de la alcoba trayendo noticias de ella, y aprovechaba la ocasion para tomar un trago de *grog* con aguardiente.

Lá broma del doctor hubo de parecerle una de las mejores que habia oido.

—Verdad es, dijo M. Kenwigs tomando á una hija menor

en sus rodillas, verdad es que todos mis hijos tienen esperanzas y.....

—Y muy buenas, si no me engaño, interrumpió la mujer casada. ¿No es verdad, M. Kenwigs?

—¡Oh! No me toca á mí precisamente decir lo que tienen ó no tienen; no me toca á mí hacer el elogio de una familia con la cual tengo el honor de haber emparentado; y despues de todo, mi mujer..... ¡Pardiez! exclamó Kenwigs levantando la voz á medida que hablaba, yo no daria las pretensiones de mi mujer por menos de dos mil quinientos francos por cabeza, acaso mas; lo que es menos de ninguna manera.

—¡Hola! exclamó el doctor con cierto respeto.

—Es una buena fortuna, añadió la casada.

—Mi esposa, continuó el esposo, tomando un polvo de la caja del doctor, polvo que le hizo estornudar horriblemente por no estar acostumbrado, mi esposa tiene parientes que podrian dejar á diez personas dos mil quinientos francos por cabeza.

—¡Bien sé yo de quien hablais! dijo la mujer casada haciendo un gesto de inteligencia.

—Yo no he nombrado partes ni quiero nombrarlas, repuso Kenwigs con aire misterioso; lo que puedo decir es que muchos de mis amigos se han encontrado aquí, en esta misma sala, con un pariente de mi esposa, que tiene entrada en las mejores sociedades.

—Yo me encontré con él tambien, contestó la casada lanzando una mirada hácia el doctor.

—Pues bien; es muy lisonjero para mis sentimientos como padre, ver á un hombre de sus circunstancias abrazar á mis hijos é interesarse por ellos; es muy lisonjero para mis sentimientos como hombre conocer á ese hombre; y naturalmente, tambien será lisonjero para mis sentimientos como esposo, darle parte de este acontecimiento.

Despues de haber hablado así, M. Kenwigs se dirigió á su hija segunda que tenia en las rodillas recomendándole ser buena muchacha y hacer todo lo que le decia su hermana mayor Morleena.

—Yo encuentro, dijo el doctor sintiendo repentinamente el mayor entusiasmo por Morleena, encuentro que esta niña se parece cada dia mas á su madre.

—Justamente, añadió la casada; eso es lo que yo digo y he dicho siempre: la hija es el retrato de la madre.

Y la buena mujer, habiendo llamado así la atencion general hácia la muchacha, hubo de aprovechar la ocasion para tomar otro trago, ahora mayor que antes.

—Sí, dijo M. Kenwigs despues de un momento de reflexion; hay en efecto cierta semejanza. Pero ¡qué mujer! ¡qué mujer la mia antes de su casamiento!

El doctor movió la cabeza con cierta solemnidad, como para dar á entender que en efecto debia ser un astro.

—Se habla luego de hadas, dijo el esposo con creciente entusiasmo; pues yo no he visto en mi vida sílfide como ella era. ¿Y sus maneras? Tan alegres y tan majestuosas al mismo tiempo. Pues no digo nada de su talle! Todo el mundo sabe, añadió el esposo bajando la voz por modestia, que su talle sirvió de modelo en aquel tiempo al pintor que hizo la bella muestra de la *Gran Bretaña* en la calle de Holloway.

—Pero si no hay mas que verla hoy dia. Yo os pregunto si nadie diria que tiene seis hijos.

—Nadie. ¿Quién lo habia de decir sin que se burlaran de él?

—Parece mas bien ser hija que esposa de Kenwigs.

—Es verdad, dijo el doctor; eso parece mas bien.

M. Kenwigs iba á hacer aun algunas observaciones en apoyo sin duda de esta opinion, cuando otra mujer casada que acababa de echar una ojeada á la parturienta para reanimarla, ó acaso para ayudar á vaciar los platos y botellas que por allí habia, se asomó á la puerta diciendo, que acababa de subir y que habia en la puerta un caballero que deseaba hablar con Kenwigs reservadamente.

A este anuncio, la imágen del ilustre pariente se presentó á la imaginacion del pobre Kenwigs, y bajo la influencia de tan dichosa vision, se apresuró á enviar á Morleena á buscar y traer sin tardanza al caballero.

—¡Toma! exclamó desde la puerta de la sala adonde se habia plantado para tener el gusto de ver antes que todos al caballero anunciado. ¡Es M. Johnson!

—Él mismo, contestó Nicolás presentándose.

—¿Cómo va, cómo va, M. Johnson?

—Perfectamente.

Nicolás le estrechó la mano, acarició á sus antiguas discípulas, entregó á Morleena, para repartir entre ellas, un cucurucho de dulces, y saludó al doctor y demás circunstantes, sin olvidarse de preguntar por el ama de la casa con el mayor interés.

—Tengo que pediros mil perdones, añadió luego dirigiéndose á M. Kenwigs, por venir á visitaros en un dia como este, pero no lo he sabido hasta despues de haberme anunciado, y despues de todo estoy ahora tan ocupado, que á no haberlo hecho hoy, no hubiera podido venir en muchos dias.

—Aquí siempre venís oportunamente, M. Johnson, contestóle Kenwigs cortésmente; y la situacion de mi esposa no es tampoco para impediros que echemos un párrafo dos amigos.

—Sois en verdad muy bondadoso.

En esto una de tantas mujeres vino á dar la buena nueva de que el recien nacido habia comenzado á mamar como un hombre, con lo cual las otras dós mujeres que estaban en la sala se precipitaron á la alcoba para ver el gran prodigio, dejando así ya mas libres á los que habian de hablar reservadamente.

—Os decia, pues, dijo Nicolás, que antes de salir de provincias, donde he estado algun tiempo, hube de encargarme de una comision para vos.

—En hora buena.

—Y siento, amigo mio, haber pasado algunos dias en Londres, sin hallar el momento de poder evacuar mi encargo.

—Poco importa eso: no es una tortilla que ha de servirse caliente. ¡Una comision de provincias para mí! Es curio-

so, porque francamente, yo no conozco á nadie en provincias.

—A miss Petowker si la conoceis.

—¡Ah! ¿es de ella el encargo? En hora buena: mi mujer tendrá mucho gusto en saber de su amiga. ¡Enriqueta Petowker! Es cosa extraña que os hayais encontrado así en provincias.

Oyendo nombrar á la Petowker, las cuatro hijas de Kenwigs vinieron á formar grupo colocándose al rededor de Nicolás, abriendo boca y ojos para escuchar mejor.

El mismo Kenwigs mostraba cierta curiosidad, aunque pacífica y sin desconfianza.

—Pues mi encargo, repuso Nicolás con cierta vacilacion, interesa á los negocios de familia.

—¡Oh! es igual, contestó Kenwigs mirando de reojo al doctor Lumbey, que se daba á los diablos por haber de tener siempre encima al niño mayor, sin que nadie viniera á desembarazarlo de la preciosa carga de que habia tenido la imprudencia de encargarse. Podeis hablar, pues: todos somos amigos.

Nicolás tosió dos ó tres veces, y pareció tener dificultad en abordar la cuestion.

—¿No es en Portsmouth donde está la Enriqueta? preguntó M. Kenwigs.

—Si, contestó Nicolás, lo mismo que M. Lillywick.

M. Kenwigs se puso pálido. Sin embargo se repuso pronto.

—¡Es una coincidencia singular! exclamó luego.

—Él es quien me ha encargado la mision que traigo cerca de vos.

Kenwigs pareció renacer. El tio conocia la situacion delicada de su sobrina, y sin duda queria que se le enviaran noticias.

—Esto, esto es, se decia Kenwigs. Es un señor muy amable y muy puesto siempre en puntos.

—Me ha encargado, en primer lugar, trasmitiros la expresion de su cariño y ternura, dijo Nicolás resuelto ya á dar el golpe.

—Se lo agradezco en mi alma, yo os lo juro. ¡Vuestro tio Lillywick, hijas mias! exclamó el padre explicándoles el mensaje que enviaba el recaudador.

—Y en segundo lugar, repuso Nicolás, deciros que no habia tenido tiempo de escribiros, pero que se habia casado con Enriqueta Petowker.

M. Kenwigs saltó de su silla con semblante petrificado, dejó á la niña que tenia encima y se tapó la cara con las manos.

Morleena cayó en una silla desmayándose absolutamente lo mismo que habia visto hacerlo á su madre, y los otros chicos comenzaron á dar gritos de espanto.

—¡Mis hijas, mis queridas hijas, despojadas, robadas! exclamó M. Kenwigs con terribles gestos. ¡Infame! ¡traidor! ¡animal!

—¡Habráse visto imprudencia semejante! dijo la asistenta con cólera. ¿Qué es lo que pretendeis, hombre de Dios, con todo ese alboroto?

—Callad, buena mujer, callad, gritó Kenwigs con creciente enojo.

—Nó, no quiero callar; quien debe callar sois vos, desgraciado. ¿No teneis mas miramientos que esos para vuestro recien nacido?

—Nó, nó, nó.

—Pues sois un imprudente, un desnaturalizado.

—Mejor.

—Pero, hombre de Dios, acordaos del recien nacido.

—¡Que se muera! replicó Kenwigs arrebatado por la cólera. ¡Que se muera! No hay nada que esperar, no hay herencia que repartir; nó, no tenemos necesidad de recien nacidos.

Despues de esta terrible explosion, Kenwigs se volvió á sentarse arrostrando á la asistenta, quien corrió adentro diciendo á las demás mujeres que el hombre acababa de ser acometido de un ataque de locura furiosa, puesto que deseaba la muerte de sus hijos.

Las apariencias no eran ciertamente sino muy favorables

á la suposicion de la asistenta. La energía y vehemencia que M. Kenwigs daba á sus palabras; el cuidado que habia tenido, á pesar de todo, de reprimirse con todas sus fuerzas para evitar que sus voces llegaran á oidos de la enferma; todo esto le hizo subir la sangre á la cabeza, sin contar que la emocion del parto de su mujer y los repetidos tragos de varios licores fuertes que habia tomado contra su costumbre, para celebrar el feliz suceso, habian alterado sus facciones de un modo extraordinario.

Sin embargo, Nicolás y el doctor, desde el principio testigos impasibles de esta escena, donde no sabian bien si Kenwigs hacia comedia, intervinieron al fin para explicar la causa legítima de su arrebato, y la indignacion de las mujeres hizo lugar á la piedad, rogándole todos que se fuera á acostar.

—Despues de tantas atenciones, dijo Kenwigs paseando una mirada dolorosa al rededor, despues de tantas ostras y tan buenos tragos como ha tenido siempre aquí ese hombre, ¡salir ahora con esta pata de banco!

—Sí, sí, eso es indigno, bien lo sabemos, contestó una de las mujeres; pero debeis pensar en vuestra querida y digna esposa.

—Y en todo lo que la pobre ha sufrido, añadieron las otras. Sed prudente, Kenwigs, como siempre lo habeis sido.

—Pero ¿y los regalos que le hemos hecho? exclamó con despecho el padre burlado en sus esperanzas, sin poder arrancarse á los recuerdos de su desgracia. ¿Y las pipas? ¿y las tabaqueras? ¿Y las zapatillas que me costaron seis francos y medio?

—No hay que pensar ya en eso, replicaron á una voz todas las mujeres; es muy triste, pero no tengais cuidado; ya lo pagará.

M. Kenwigs miró á las mujeres sériamente como para ver si hablaban en sentido recto ó figurado. El pobre hombre hubiera querido que el tio pagara todo aquello sin figuras. Despues se mantuvo en silencio y apoyando la cabeza entre las manos permaneció en un estado de aletargamiento.

Entonces las mujeres volvieron á hablar de la necesidad de llevarlo á la cama, esperando que estuviera mejor por la mañana.

Ellas sabian muy bien por experiencia como á los hombres se les pasa esto, cuando ven á sus mujeres en el estado de la Kenwigs.

M. Kenwigs no tenia por que sonrojarse; al contrario esto le hacia honor. Las mujeres veian su turbacion con cierto placer, reconociendo en ella su buen corazon.

Una de ellas hubo de hacer observar que su marido en semejante ocasion perdia casi siempre el juicio, y que cuando tuvo á su Juanito, tardó su esposo en volver en su acuerdo cerca de una semana. Durante todo este tiempo no hacia mas que gritar: «¿Es varon? ¿Es verdad que es un varon?» lo que partia el corazon de todos cuantos lo oian.

Por fin, Morleena que habia olvidado completamente su desmayo, viendo que nadie hacia caso de él, vino diciendo que habia un aposento preparado para su padre, y M. Kenwigs, despues de haber ahogado ó poco menos á sus cuatro tiernas hijas entre sus duros brazos, como era de hacer en despedida, aceptó el brazo del doctor Lumbey por un lado y el auxilio de Nicolás por otro, y se dejó conducir á un piso superior, donde como habia dicho Morleena habia una alcoba preparada para casos imprevistos.

Nicolás se retiró; pero no antes de haberle visto dormido y aun de haberle oido roncar del modo mas satisfactorio.

Tambien presidió antes la distribucion de los dulces que hizo la Morleena entre sus hermanos en justa proporcion de las edades, con lo cual no tocó á ella la peor parte.

Las mujeres fueron tambien retirándose una tras otra, á excepcion de seis ú ocho amigas íntimas, decididas á pasar la noche allí.

Las luces desaparecieron sucesivamente en la vecindad.

Publicóse un último boletin, informando al público del estado de la señora Kenwigs, que estaba todo lo bien que podia estar, y en fin se dejó á la familia reposar.

CAPÍTULO V.

Progresos de Nicolás en la estimacion y aprecio de los hermanos Cheeryble y de Tim Linkinwater. Los patronos dan un banquete en celebridad de un aniversario. Volviendo á su casa Nicolás, recibe de los labios de su madre una importante y misteriosa confidencia.

Sin duda el *square* en que estaba situada la casa de Cheeryble Hermanos no correspondia enteramente á las esperanzas extravagantes que hubiera podido concebir un fórastero en virtud de los ditirambos de Timoteo Linkinwater; pero estando en el centro de los negocios en una plaza como Londres, no dejaba de ser un sitio que tenia su precio. Habia en la vecindad mas de un grave personaje que le guardaba en sus recuerdos de gratitud un lugar honroso, pero no habia ninguno que tuviera el derecho de llevar mas allá este reconocimiento, ni que se lo metiera en el corazon como el entusiasta Timoteo.

Y no vaya á creerse, porque se tiene la costumbre de ver todos los dias la gravedad aristocrática de *Grosvenor-square* ó de *Hanover-square*, la apariencia fria y estéril de *Fitzroy-square* ó las calles arenadas y los elegantes jardines de *Russell* y *Euston square*; no vaya á creerse, decimos, que el afecto de Timoteo y de los demás partidarios de esta localidad estuviera sostenido y excitado por alguna asociacion de ideas refrigerantes, digámoslo así, con un follaje, por ejemplo, siquiera sombrío, con una alfombra de musgo, siquiera pobre y descolorido, nó. En el *square* de la *city* no habia otro cerco que el pequeño enrejado al rededor del farol de gas que habia en medio de la plaza, ni mas musgo que la grama que nacia á su pié. Es un sitio tranquilo, poco frecuentado, favorable á las meditaciones melancólicas y á ciertas citas; vénse allí por todas partes pasearse á lo largo y por turno á los que van á esperar desesperándose, despertando los ecos al ruido de sus monótonos pasos

sobre un pavés gastado por el tiempo. Para distraerse comienzan por contar las ventanas y acaban por contar los ladrillos de todas las grandes y silenciosas casas que forman el *square*.

En invierno, la nievo permanece allí mucho tiempo despues de haberse fundido en las demás calles y caminos; en verano el sol se tiene á respetuosa distancia y sólo le envia con gran discrecion algun que otro alegre rayo, guardando su calor y brillantez para las plazas mas ruidosas é imponentes.

Esta es tan pacífica y silenciosa que puede uno oir muy bien el latido de su reloj cuando se para un momento á respirar su fresca atmósfera.

A lo léjos se oye cierto rumor, no de moscardones, sino de los carruajes de la ciudad, y es el único ruido que turba el reposo de la soledad.

El fatigado dependiente se apoya al pasar en el poste de la esquina donde encuentra un calor dulce, no candente, cuando fuera de allí todo arde bajo los rayos del sol. Pero si se detiene un momento, su cabeza se inclina lánguidamente sobre su pecho, sus ojos luchan por permanecer abiertos, pero al fin ceden á la influencia soporífera de esta latitud.

Despues, al despertarse, se estremece el pobre y retrocede algunos pasos con los ojos fijos hácia adelante en expresion de sorpresa. ¿Qué es lo que mira? ¿Es un titiritero ó un niño que juega? ¿Es un espectro que se le aparece? ¿Es un órgano que hiere sus oidos? Nó, es una cosa mas extraordinaria; es una mariposa, una verdadera mariposa que se ha extraviado, la desgraciada, léjos de las flores para venir á revolotear entre los empolvados hierros de las casas.

Pero si exteriormente no habia grandes asuntos de observacion ó distraccion para Nicolás, dentro de la casa de los hermanos Cheeryble no le faltaban ciertamente. Allí casi no se encontraba un objeto, animado ó inanimado, que no revelara el método escrupuloso y la exactitud perfecta de Tim Linkinwater. Tan puntual como el péndulo del despacho, el

mejor regulador de Londres, segun él, despues del de una vieja iglesia desconocida, oculta en un rincon cerca de allí, (pues Timoteo no queria creer en la perfeccion tan cacareada del reloj de *Horse-guards*, considerándola como una ficcion ridícula inventada por los señores de aquel elegante distrito), el viejo cajero observaba en la repeticion de los trabajos del dia, como en el arreglo de los mas pequeños objetos de su escritorio, un órden preciso y regular. El papel, las plumas, el tintero, la regla, las obleas, el lacre, la salbadera, el ovillo de hilo, la caja de fósforos, el sombrero de Timoteo, los guantes de Timoteo doblados con cierto esmero, la levita número uno de Timoteo colgada en la pared como un *alter ego*, todo estaba en su sitio señalado, fijo, medido, pulgada mas ó menos.

Despues del incomparable péndulo, no habia en el mundo un instrumento tan seguro, tan irreprochable, como el pequeño termómetro colgado detrás de la puerta.

Tampoco habia en todo el universo un pájaro de costumbres tan metódicas y regulares como un mirlo ciego, que pasaba su vida dormitando en una buena jaula. Por desgracia habia perdido tambien la vista á consecuencia de su gran edad, muchos años antes que Timoteo lo hubiera comprado.

En todas las colecciones de anécdotas no habia una historia tan interesante como la de la adquisicion de este pájaro por Timoteo. Era menester oirle contar como compadecido de los sufrimientos del mirlo casi muerto de inanicion, hubo de comprarlo con la caritativa intencion de terminar su desgraciada existencia; como al cabo de veinte y cuatro horas habia dado señales de vida; como se reanimó recobrando su apetito poco á poco hasta el punto..... «¡quién lo creyera, amigo mio! de ponerse tal como le veis,» decia Timoteo echando á la jaula una mirada de orgullo.

Despues era cosa de ver, cuando Timoteo le gritaba con tono melodioso *¡Dick!*; como *Dick* hasta entonces inmóvil y sin vida como un mirlo disecado, ó como una imitacion de mirlo, hecha groseramente de madera, daba tres saltitos y venia á pasar el pico por los claros de la jaula inclinando

hácia su amo su cabeza sin vista. ¿Quién hubiera podido decir entonces cuál de los dos, el pájaro ó Timoteo, era mas feliz?

No era esto todo. La benevolencia de los hermanos se leia por todas partes en los menores detalles de la casa. Entre los anuncios marítimos y demás avisos mercantiles que decoraban las paredes del despacho, se veian proyectos de casas de socorro, memorias de establecimientos de caridad, planos de hospitales y hospicios que fundar.

Esto no impedia que se vieran colgados en la chimenea dos sables y alguna otra arma de fuego para espantar á los ladrones, pues hay que decir que los dos sables estaban enmohecidos y mellados, y la escopeta estaba mas inservible todavía.

En cualquiera otra parte hubiera hecho reir la ostentacion de semejante espantajo; pero allí parecia que hasta las armas ofensivas, los instrumentos de la violencia, estaban tambien sometidos á la influencia pacífica que reinaba en aquellos lugares, para trasformarse en emblemas de misericordia y perdon.

Tales fueron las impresiones que hirieron vivamente el espíritu de Nicolás la misma mañana del dia en que fué á tomar posesion de su destino y paseó al rededor una mirada satisfecha.

Esto sin duda fué un estímulo para su energía, para su valor y buen deseo, pues durante las dos primeras semanas, se levantó mas temprano y se acostó mas tarde para consagrar todas sus horas de libertad al estudio de los misterios de la teneduría de libros y demás reglas de contabilidad mercantil. Y se aplicó á este estudio con tanta perseverancia y gusto, que á pesar de su ignorancia anterior, respecto de negocios, hubo de hacer grandes progresos.

Hasta entonces la ciencia del comercio se habia limitado para él á los someros conocimientos del colegio; pero al cabo de quince dias de celo y paciencia, se creyó en estado de confiar á M. Linkinwater sus esperanzas de buen éxito, reclamando el cumplimiento de la promesa que le habia hecho de asociarlo á sus trabajos sérios.

Era un gusto ver á Timoteo tomar cuidadosamente un macizo libro mayor y un voluminoso diario, volverlos y revolverlos con complacencia, quitarles amorosamente el polvo, hojearlos y reposar en sus cuentas puras y limpias la fatigada vista con un sentimiento de melancolía.

—¡Cuarenta y cuatro años en el mes de mayo próximo! ¡Qué de asientos en cuarenta y cuatro años! ¡Cerca de medio siglo! ¡Medio siglo menos seis años!

Timoteo volvió á cerrar su mayor.

—¡Vamos, vamos! exclamó Nicolás: ardo de impaciencia por comenzar.

Timoteo movió la cabeza con expresion de duda ó desconfianza. M. Nickleby no tenia aun el sentimiento de la dificultad y de la importancia de la tarea que iba á emprender. Si cometiera un error, ¡Dios del cielo! una enmendatura, ¡¡oh!!

¡Qué arriesgada es la juventud! Verdaderamente no se comprenden á veces las audacias á que se deja llevar. Cuando pienso que sin tomar siquiera la precaucion de sentarse bien en su banqueta, de pié en su pupitre con la sonrisa en los labios (esto es positivo, pues Linkinwater lo vió y lo ha contado muchas veces), Nicolás mojó su pluma en el tintero de enfrente y la fijó luego temerariamente en los libros de *Cheeryble Hermanos.*

Tim Linkinwater palideció notablemente, y manteniéndose en equilibrio sobre los dos piés delanteros de su taburete, miraba á Nicolás por encima del hombro sin atreverse siquiera á respirar por la inquietud con que le seguia.

Los hermanos Cheeryble entraron en aquel momento en el despacho; pero Timoteo, sin volverse para mirarlos, les hizo con la mano una seña de impaciencia para que guardaran el mas profundo silencio, mientras que sus ojos inquietos seguian todos los movimientos de la novicia pluma.

Los dos hermanos contemplaban el cuadro con semblante risueño; pero Timoteo Linkinwater no se reia ni mucho menos; ni tan siquiera se movia.

Por fin al cabo de algunos minutos recobró su respira-

cion desahogadamente, dando un prolongado suspiro, y siempre en equilibrio en su banqueta, sin cambiar de posicion, echó una mirada furtiva á los principales indicándoles con la pluma á Nicolás y haciendo al mismo tiempo un gesto de satisfaccion, que queria decir claramente: «Es un mozo de provecho!»

El hermano Cárlos contestó con otro gesto idéntico cambiando una sonrisa con Ned; pero justamente en aquel momento se detuvo Nicolás para pasar á otra página, y entonces Timoteo, incapaz de reprimir por mas tiempo su alegría, descendió de su banqueta y cogió con entusiasmo la mano de su jóven amigo.

—Él, él es quien ha hecho esto, dijo Tim volviéndose hácia sus patronos y moviendo la cabeza con aire de triunfo. Estas *Des* y estas *Bes* son exactamente como las mias; puntúa todas las *ies* y cruza todas las *tes* á medida que escribe como yo hago. Nó, no hay en todo Londres un jóven de su fuerza, añadió poniéndole la mano en el hombro. La *city* no tiene otro semejante á él: desafio á la *city*.

Arrojando así el guante á la *city*, Timoteo dió un golpe tan fuerte en el pupitre que el viejo mirlo asustado hubo de salir de su mudez dando un extraño grito.

—¡Bravo! Tim, ¡bravo! exclamó el hermano Cárlos casi tan entusiasmado como el mismo Timoteo y batiendo palmas con gran júbilo. Bien sabia yo que mi protegido haria esfuerzos por servirnos bien y no dudaba de sus aptitudes. ¿No te lo he dicho muchas veces, Ned?

—Así es la verdad, Cárlos; y veo con gusto que no te has engañado. Timoteo está fuera de sí, pero su emocion es legítima. Timoteo es un hombre cabal; sí señor, un hombre cabal.

—Pero ved qué cosa tan agradable, dijo Timotéo sin hacer caso de este elogio y desviando sus anteojos del mayor para dirigirlos á los hermanos. ¡Oh! estoy muy contento. ¿Pensais que no he reflexionado yo con inquietud en lo que podrian venir á ser estos libros cuando yo los dejara? ¿Creeis que no he pensado muchas veces que cuando yo

faltara podrian ir aquí las cosas de través? Pero ahora, añadió indicando á Nicolás, ahora con algunas otras lecciones que le dé, estoy tranquilo, no temo. Los negocios marcharán tan bien cuando yo muera como ahora; y de este modo moriré con la satisfaccion de que no ha habido ni habrá libros tan bien llevados como los de Cheeryble Hermanos.

Despues de esta explosion de sentimientos, Linkinwater no pudo ya reprimir una carcajada sonora, provocativa, dirigida á las plazas de Londres y Westminster.

Luego volvió tranquilamente á su pupitre y continuó sus cuentas como si tal cosa.

—Pero, Tim Linkinwater, dijo el hermano Cárlos, dadme la mano, amigo mio. No quiero que os ocupeis en otra cosa antes de que recibais nuestras felicitaciones por vuestro aniversario. ¡Que Dios os guarde, Timoteo, y seais tan dichoso siempre como nosotros deseamos!

—Cárlos, añadió el otro hermano estrechando á su vez la mano de Tim; observa que Linkinwater parece tener hoy diez años menos que en su último cumpleaños. ¿No es verdad?

—Yo te diré, hermano, en qué consiste eso. Tim debió nacer sin duda á la edad de ciento cincuenta años y va descendiendo insensiblemente á los veinticinco, pues todos los años tiene uno menos el dia de su aniversario.

—Es verdad, hermano, eso debe ser sin duda.

—Recordad, Tim, dijo Cárlos, que comemos hoy á las cinco y media y no á las dos como de costumbre. Ya sabeis que este dia cambiamos siempre la hora de comer. M. Nickleby, amigo mio, vos seis de los nuestros; os esperamos. Tim, dadme vuestra caja de tabaco como un recuerdo del mas leal y pícaro amigo que hay en el mundo, y recibid esta en cambio, como una pequeña muestra de nuestra estimacion y cariño. Pero cuenta que os prohibimos absolutamente abrirla antes de iros á acostar, y tambien hablarnos de ello nunca, ó mato el mirlo. ¡Maldito mirlo! Hace mas de seis años que estaria en una jaula de oro, por poco que esto le hubiera gustado á él ó á su amo. Con que á las

cinco y media, mi querido Nickleby; que no se os olvide; recordádselo si acaso, Timoteo. Cuando quieras, hermano...

—Vamos.

Y los dos hermanos, siempre hablando y riendo para evitar, como siempre, oir expresiones de reconocimiento, se retiraron juntos y contentos por haber dejado en manos de Timoteo una rica caja de oro que guardaba un billete de banco que valia diez veces mas que la caja.

A las cinco y cuarto, llegó segun antigua y solemne costumbre la hermana de Timoteo, tan puntual como su hermano, y al momento comenzaron entre ella y el ama de gobierno que era una buena mujer, explicaciones interminables relativamente al sombrero de la hermana de Timoteo. La buena señora lo habia enviado por medio de un chico mandadero; ¿cómo no estaba ya allí el sombrero?

Ella le habia acomodado perfectamente en una caja, habia puesto la caja en un pañuelo y colgado el pañuelo del brazo del chico. ¿Dónde estaba el sombrero?

Mas aun: habia puesto la direccion en letras tamañas y sin cosa de abreviatura al dorso de una carta vieja, y amenazado al chico con los castigos eternos si no hacia el mandado eficazmente sin detenerse á jugar en ninguna parte: el chicó habia partido corriendo. ¿Dónde diablos habia llevado el sombrero?

La hermana de Timoteo se lamentaba; el ama de gobierno la compadecia, y las dos asomaban la cabeza por la ventana del segundo piso á fin de ver venir al pícaro muchacho.

De repente, cuando menos se le esperaba, le vieron precisamente aparecer por direccion extraña trayendo al brazo el pañuelo con la caja. El chico venia jadeando y con la cara roja como una amapola á consecuencia del violento ejercicio á que acababa de entregarse.

No era extraño: habia comenzado por tomar asiento en el estribo de un carruaje que iba al extremo de la ciudad; al regresar despues habia seguido á unos titiriteros hasta dejarlos en su posada, y acordándose porfin de su manda-

do, habia echado á correr como lo hemos visto. No era cosa de reñirle; ¿para qué si al fin traia el sombrero á tiempo?

El chico volvió á su tienda, una vez cumplido su encargo, y la hermana de Timoteo bajó á presentarse á la reunion cinco minutos despues de señalar la media el reloj infalible de su hermano.

La reunion de comensales se componia de los hermanos Cheeryble, Tim Linkinwater, un amigo suyo de rostro bermejo y cabeza blanca, antiguo dependiente del banco, ya jubilado, y Nicolás, cuya presentacion á la hermana de Tim se hizo con toda solemnidad.

Estando ya todos allí, el hermano Ned tiró de la campanilla para pedir la comida y dió el brazo á la hermana de Tim para llevarla al comedor, donde estaba puesta la mesa con cierta ceremonia.

M. Ned se sentó á la cabeza teniendo á la derecha á Tim y á la izquierda á su hermana; en frente se sentó el hermano Cárlos, á su derecha Nicolás y á su izquierda el amigo de Timoteo.

Un mayordomo ya viejo y bastante grueso ocupó su puesto detrás de M. Ned, donde permanecia inmóvil ordenando el servicio por señas casi imperceptibles.

—Hermano Cárlos, dijo Ned comenzando el *benedicite*: «Por estos bienes y los demás que nos dispensais.....

—Haced, Señor, que os estemos siempre fielmente reconocidos,» añadió Cárlos concluyendo la oracion.

Al instante el obeso mayordomo destapó la sopera y pasó de su majestuosa inmovilidad á una actividad admirable.

La conversacion se animó luego, y no habia temor de que decayera de su honesto júbilo, pues los dos hermanos se cuidaban de sostenerla poniendo en juego á todo el mundo. Así la hermana de Timoteo, desde el primer vaso de champaña se lanzó á una larga narracion de la vida de su hermano, teniendo la precaucion de recordar que ella era menor, pero que habia recogido los hechos de las tradiciones de la familia.

Despues de esta biografía, M. Ned añadió maliciosamente

un detalle olvidado, á saber: que hacia treinta y cinco años, Tim Linkinwater se habia hecho sospechoso de haber recibido un billete amoroso, y que informes algo vagos le habian acusado en aquella época de haberse dejado ver en Cheapside del brazo con una jóven muy bella á la sazon.

Juzgad si esta imputacion seria acogida con risas y aplausos: hasta se llegó á suponer que Timoteo no pudo menos de sonrojarse, y obligado á explicarse en nombre de la moralidad pública, hubo de contestar con una formal negativa.

—Y además, añadió el honrado y viejo dependiente, aunque eso fuera cierto, ¿qué tendria de malo?

Esta equívoca defensa aumentó la hilaridad de los comensales, y el jubilado del banco juró por todos los dioses que nunca habia oido contestacion mas graciosa, ni que el mismo Tim podria en mucho tiempo hacer nada capaz de hacérsela olvidar.

La alegría de esta pequeña celebridad no impidió á los buenos hermanos evocar un recuerdo mas grave en aquel aniversario en que se mezclaban para ellos el placer y la pena. Nicolás se sintió conmovido por el asunto del incidente y por la manera franca y sencilla con que satisficieron á este piadoso deber.

Cuando se levantaron los manteles y se trajeron las copas, reinó un profundo silencio, y el alegre semblante de los hermanos Cheeryble tomó una expresion, no diré de tristeza, pero sí de pesar poco comun en un festin.

Este repentino cambio hubo de chocar á Nicolás, que no sabia adivinar la causa, cuando los dos hermanos se levantaron á la vez, y el que estaba á la cabecera inclinándose hácia el otro, le dijo en voz baja como para indicar que á él solo dirigia la palabra:

-- Hermano Cárlos, mi querido compañero, este dia nos trae á la memoria todos los años otro recuerdo que no debemos olvidar nunca. Este mismo dia que nos dió un amigo tan fiel, tan excelente, tan incomparable, nos arrebató tambien la mas tierna de las madres. ¡Ojalá hubiera vivido para ver hoy nuestra prosperidad y disfrutar de ella! ¡Ojalá

hubiéramos podido hacerle conocer toda la extension de nuestro cariño en el seno de la fortuna como procuramos hacerlo en la pobreza de nuestra primera juventud! Pero Dios nò lo ha querido. ¡Hermano, á la memoria de nuestra buena madre!

—¡Hombres dignísimos! dijo para sí Nicolás. ¡Y ver que entre los personajes de su rango, hay no sé cuántos que no convidarian á su mesa á sus madres, porque no estuvieron en sus tiempos en el colegio y comen como las pobres saben!

Pero no habia tiempo para filosofar, porque la alegría se habia hecho otra vez lugar entre los honrados comensales.

El frasco de porto muy luego dió de sí todo cuanto tenia.

—David, dijo Ned.

—Señor, contestó el mayordomo.

—Una botella de *tokay*, David, para brindar á la salud de M. Tim Linkinwater.

En el mismo instante, por un rasgo de habilidad que desde hacia muchos años causaba la admiracion general, el viejo mayordomo, trayendo adelante la mano que tenia atrás, la ostentó con la botella pedida, en cuyo tapon estaba ya clavado el instrumento para sacarlo. Destapándola luego al primer esfuerzo, la puso delante de su amo con la gravedad de un hombre que sabe hacer justicia á su destreza.

—¡Oh! exclamó M. Ned, comenzando por examinar el tapon y llenando luego su vaso, mientras que el mayordomo continuaba dándose cierta importancia como si los vinos le pertenecieran en propiedad y quisiera hacer con ellos los honores á los comensales; parece que no tiene mala cara este vino, David.

—¡Ya lo creo! contestó el buen mayordomo: seria bastante difícil encontrar en otra parte un vaso de ese vino, señor; y bien lo sabe M. Linkinwater. Este vino se embotelló el mismo dia en que M. Linkinwater vino á celebrar aquí su primer cumpleaños. ¡Oh! sí, tal dia como hoy se embotelló.

—Nó, David, nó, objetó M. Cárlos.

—Perdonad, señor, replicó el mayordomo; yo mismo lo registré en el capítulo de los vinos. No hacia mas de veinte años que M. Linkinwater estaba en la casa.

—Tiene razon David, hermano Cárlos, dijo Ned; yo tambien recuerdo como él lo que está diciendo.

Despues de una breve pausa, añadió el mismo Ned:

—¿Están ahí todos, David?

—Sí, señor, todos esperan á la puerta.

—Que entren.

Al recibir esta órden, el viejo mayordomo colocó delante de su amo una bandeja con vasos, y luego abrió la puerta á los empleados subalternos de tan buen aspecto que Nicolás habia ya visto allá abajo. Eran cuatro entre todos, los cuales entraron sonrojándose y haciendo muchas reverencias, seguidos del ama de gobierno, la cocinera y la costurera.

—Siete, dijo Ned llenando igual número de vasos, y David, ocho. Ahora vais á brindar todos á la salud de vuestro mejor amigo M. Tim Linkinwater, deseándole larga vida para que pueda celebrar muchos dias como este. M. Linkinwater ¡á vuestra salud! ¡Que os lleve el diablo, Linkinwater!..... ¡Que Dios os bendiga!

Sin demostrar embarazo por esta contradiccion, extraña en los términos, M. Ned le dió una palmada en la espalda y apuró de un tiron su vaso de *tokay*.

Apenas hubieron hecho todos honor al brindis propuesto, cuando el mas intrépido de los subalternos allí presentes, abriéndose paso entre todos, rojo hasta las orejas, y no sabiendo cómo anunciarse, hubo de traerse á la frente un mechon de pelo á manera de respetuoso saludo dirigido á la reunion, y frotándose la palma de la mano en su pañuelo de algodon azul, endilgó la arenga siguiente:

«Teneis la bondad, señores, de concedernos todos los años la libertad de tomar la palabra, y vamos á hacer lo de siempre, si teneis la bondad de permitirlo; tanto mas cuanto no hay ninguno mejor que el presente, y que como dice el refran, mas vale un toma que dos te daré.»

El mayordomo no pareció muy satisfecho de este exordio; pero calló esperando algo mejor en el cuerpo del discurso.

El orador continuó:

«Lo que queremos decir es que no ha habido nunca un mayordomo ni unos amos tan nobles y excelentes y grandes y generosos como los que han tenido la bondad de obsequiarnos hoy; y por tanto venimos á darles las debidas gracias por las bondades que reparten tan generosamente, y á desearles larga vida y el paraíso despues de la muerte.»

Al concluir esta perorata que hubiera podido ser aun mas breve ya que fué tan descosida, todos los dependientes subalternos al mando del mayordomo, prorumpieron en vítores y aclamaciones de reconocimiento. Solo que, segun parecer del mismo jefe, el conjunto hubiera podido ser mas regular sin las voces femeninas igualmente en desacuerdo con el tono y el compás.

Hecho esto, se batieron en retirada, y la hermana de Linkinwater no tardó mucho en hacer lo mismo por su parte.

Los demás, hombres todos, al cabo de algun tiempo, que no lo desperdiciaron ciertamente, se levantaron tambien para ir á tomar el té y el café, y echar una partida de juego.

A las diez y media, hora avanzada en el square, se sirvió un plato de *sandwiches* y un vaso de *bishop* que vino á aumentar el efecto del añejo *tokay* y de los otros vinos.

Tim Linkinwater se puso tan expansivo despues de algunos tragos, que llevándose aparte á Nicolás hubo de decirle en confianza, que todo lo que habia dicho M. Ned, respecto de la jóven tan bella en sus tiempos, era verdad; sino que aun era mas bella de lo que se habia dicho.

—¡Oh! exclamó el viejo cajero, era bellísima, pero tenia mucha prisa en cambiar de estado, y mientras yo dudaba si deberia ó no renunciar al celibato, la jóven se casó con otro. Como se ve, la culpa fué mia. Alguna vez os enseñaré un grabado que tengo en mi habitacion y que no me costó menos de treinta francos. Lo compré algun tiempo despues de nuestra ruptura, y ya vereis qué admirable semejanza:

cualquiera creeria que es su retrato. Por supuesto, no habeis de decir á nadie una palabra.

Con todo esto eran ya mas de las once de la noche, y la hermana de Timoteo dispuesta ya á partir, pues decia que era un escándalo estar fuera de su casa á tales horas, tuvo aun que detenerse mientras se buscaba un carruaje.

Ya á la puerta el vehículo, M. Ned la condujo del brazo y la ayudó á subir, mientras el otro hermano daba al cochero las señas de su casa é instrucciones particulares.

¡Dichoso cochero! Con el chelin que se le dió sobre el precio de tarifa y por via de propina para que cuidara bien de la señora, aun hubo de remojarse los labios con generoso de tanta fuerza que por de pronto le cortó la respiracion, bien que luego lo entonara física y moralmente.

En fin, el carruaje desaparece con la hermana de Tim, que vuelve cómodamente á su casa.

Nicolás y el viejo dependiente del banco se despiden luego y se retiran á su vez, dejando á Timoteo ir á acostarse como á los excelentes hermanos.

Nicolás tenia mucho que andar para volver á su casa, y así no llegó á ella hasta despues de las doce. Al entrar encontró aun de pié á Smike y á su madre que habian querido esperarlo. No estaba en sus hábitos velar hasta tan tarde, y habian creido que Nicolás volveria dos horas antes cuando menos.

Sin embargo, Smike no se habia aburrido, pues la viuda hubo de exponer á su vista, rama por rama y aun hoja por hoja el árbol genealógico de su familia por parte de madre, sin omitir las biografías de los principales personajes; y Smike habia estado con la boca abierta de admiracion, sin saber qué queria decir todo aquello y preguntándose si lo habia aprendido de algun libro, ó si la señora Nickleby sacaba de su cabeza todo aquello: por manera que habian pasado uno y otra una deliciosa velada.

Antes de ir á acostarse, Nicolás no pudo menos de extenderse con complacencia en la narracion de las bondades y munificencia de los hermanos Cheeryble, ni de referir á su

madre el éxito lisonjero con que habian sido recompensados sus esfuerzos aquel dia.

Pero apenas habia entrado en materia, cuando su madre haciéndole señas cuyo sentido él no comprendia, le hizo observar que Smike debia estar fatigado, y declaró que no queria permitirle que se molestara permaneciendo allí un momento mas acompañándolos.

—Es, sin duda ninguna, dijo la viuda luego que Smike se retiró, es seguramente un buen muchacho; pero no quisiera que hablaras así, delante de gente extraña, de las cosas que solo interesan á la familia; aunque ya digo no hay nada de malo en hablar delante de él que es un buen muchacho.

Luego tomó un gorro de noche que tenia en prensa entre las hojas de un libro de oraciones y se lo puso, sin dejar de hablar á diestro y á siniestro, segun su costumbre.

—Digan lo que quieran, decia la viuda, no hay nada mas cómodo que un gorro de dormir, y tú mismo serias de mi parecer, si tuvieras cordones para atarte el tuyo, y si te lo encajaras así bien en la cabeza como un cristiano, en vez de ponértelo como el turbante de un moro. Y sin embargo, no tendrias razon si creyeras que es una cosa ridícula é indigna de un hombre ocuparse de gorros de dormir. Muchas veces oí decir á tu pobre padre y al reverendo M... no me acuerdo de su nombre... aquel que iba á sus rezos á aquella iglesia vieja, cuya torre tenia una veleta que el viento derribó ocho dias antes de tu nacimiento. Pues bien, les oí decir muchas veces que los jóvenes de la Universidad son muy difíciles para los gorros de dormir, y que los gorros de dormir de Oxford son famosos por su solidez; de modo que estos jóvenes no se acostarian, no sabrian dormir sin gorro; y si no me engaño, todo el mundo conviene en decir que saben muy bien lo que es bueno y tienen mucho cuidado de sus personas.

Nicolás se echó á reir, y sin querer penetrar mas en el asunto de este largo discurso, volvió á la narracion del cumpleaños solemnizado en casa de sus principales.

La madre mostró ahora gran curiosidad de conocer todos los pormenores de la fiesta, y comenzó á hacerle preguntas sobre lo que se habia comido, sobre el servicio de mesa, sobre si estaba mas ó menos cocida la carne, sobre las personas que habian sido convidadas, sobre lo que los principales habian dicho, sobre lo que Nicolás habia contestado, y sobre lo que aquellos habian replicado cuando este dijo lo que dijo. No se puede ya preguntar mas.

Nicolás, deseando satisfacer á su madre, hizo la descripcion completa y detallada de las ceremonias del dia, sin olvidar las circunstancias interesantes de su pequeño triunfo de por la mañana.

—Pero es muy tarde, añadió. Soy muy egoista para sentir que Catalina no me haya esperado aquí: yo se lo hubiera contado todo; todo lo largo del camino he venido pensando en el placer de hacerle esta minuciosa narracion.

—Catalina, contestó la viuda acercando su silla á la chimenea, como quien se instala á su gusto para contar una larga historia; Catalina fué á acostarse hace ya un par de horas lo menos, y me alegro de ello, porque deseaba mucho, mi querido Nicolás, decirte algunas palabras reservadamente. Ya verás como tengo razon, y sobre todo es naturalmente un verdadero consuelo tener un hijo grande con el que se pueda hablar con toda confianza y consultar cuando es necesario. Y francamente no sé para qué servirian los hijos si no se pudiera tener con ellos toda esta confianza.

Nicolás entró en curiosidad oyendo este preámbulo, y fijó en su madre atentos ojos, aplazando el sueño para luego.

—Habia una señora en nuestra vecindad, y no es lo que decia de los hijos lo que me trae esto á la memoria, añadió la viuda, una señora de nuestra vecindad allá cuando viviamos cerca de Dawlish..... creo que se llamaba Rogers..... Sí, eso es, Rogers; estoy bien segura, á menos que no fuera Murphy; pero en fin lo mismo es uno que otro.

—¿Es de ella de quien quereis hablarme con toda esa reserva, madre? preguntó Nicolás tranquilamente.

—¡De ella! exclamó la viuda; ¡es posible! Preciso es que seas bien tonto para suponerlo así. Pero justamente lo mismo era tu pobre padre; un espíritu siempre distraido, incapaz de fijar nunca sus ideas sobre un asunto dos minutos seguidos. Creo verle todavía, dijo la viuda enjugándose las lágrimas, mirarme como tú me miras ahora, mientras yo le hablaba de sus negocios, persuadida de que me escuchaba. Cualquiera que nos hubiera sorprendido en nuestras conversaciones habria podido creer, viéndonos, que era yo quien le turbaba y confundia sus ideas en vez de aclararlas, que es lo que yo hacia, porque tu pobre padre..... Sí, cualquiera habria podido creerlo.

—Siento mucho, madre, haber heredado de él esa pesadez de concepcion; pero os prometo hacer lo posible por comprenderos, con solo que vós, señora, querais ir derecha al objeto que os propusisteis.

—Tu pobre padre, continuó diciendo la viuda con aire pensativo, no conoció hasta muy tarde lo que le convenia por no haber querido escucharme. ¡Demasiado tarde!

Y tan tarde. Mejor debiera haber dicho nunca, porque el difunto Nickleby se fué de este mundo antes de haber hecho lo que le convenia.

—Pero pasemos de esto, dijo la viuda volviendo á limpiarse sus húmedos ojos. Esto no tiene ninguna relacion, ninguna ciertamente con el señor de la casa vecina.

—Pero ese señor de la casa vecina ¿qué relacion tiene con nosotros? replicó Nicolás.

—No hables tan ligeramente, Nicolás: estoy segura de que es un caballero; tiene maneras de caballero, tiene todas las apariencias de un caballero, sino es que lleva calzones cortos y medias de lana parda. Pero esto puede ser una rareza de carácter: acaso tenga vanidad en lucir sus piernas, lo que no tendria nada de particular. El príncipe regente tenia esa misma vanidad; Daniel Lambert, el mismo Daniel Lambert tenia gusto de lucir sus piernas; miss Biffin era tambien aficionada á lucir... nó, no eran precisamente las piernas, sino la punta de su pequeño pié; pero el principio es el mismo.

Nicolás abria tamaños ojos sin poder comprender una palabra de esta nueva introduccion.

Por lo demás, la viuda no parecia sorprendida de su admiracion.

—¿Cuánto no te sorprenderás, mi querido Nicolás, le dijo, si yo misma me he sorprendido? Ha sido como un rayo que me ha helado la sangre. Ya sabes que su jardin linda con el nuestro; pues bien, he podido verle muchas veces sentado entre sus hortalizas cuidando alguna planta. Veia que me miraba fijamente, pero no hacia ningun caso, porque en nuestra cualidad de recien venidos era muy natural que llamáramos la atencion de nuestros vecinos; pero cuando se puso á tirarnos por encima de la tapia sus cohombros.....

—¡Tirar sus cohombros por encima de la tapia! repitió Nicolás con cierto asombro.

—Sí, mi querido Nicolás, sus cohombros por encima de la tapia y aun sus calabazas.

—¡Qué grosería tan audaz! dijo Nicolás ya incomodado. Y ¿qué intenciones eran las suyas?

—No creo que sus intenciones tengan nada de inconvenientes, contestó la viuda.

—¡Cómo que nó! ¡Con que, tirar cohombros y calabazas á la cabeza de los que se pasean en su jardin, no tiene nada de inconveniente!

Nicolás no pasó adelante, porque pudo notar una expresion indecible de triunfo sereno y tranquilo mezclada con una confusion llena de modestia, vagar bajo los adornos y pliegues del gorro de dormir de la viuda: su atencion pues se despertó de repente.

—Digase en buen hora, repuso la buena señora, que es un hombre imprudente, aturdido, ligero; pero yo no puedo expresarme tan severamente respecto de él, sobre todo despues de haber defendido tantas veces á tu pobre padre contra la opinion pública, que se oponia á nuestro casamiento; aunque hablando francamente yo tambien conozco que este señor hubiera podido emplear otros medios para

hacerme conocer sus sentimientos. Pero, en fin, hasta ahora en la mesura y discrecion que ha observado, sus atenciones no son menos lisonjeras, que si hubiera empleado otras; y aunque yo no deba pensar nunca en contraer segundas nupcias hasta que mi querida Catalina esté acomodada.....

—Pero, madre, interrumpió Nicolás, ¿es posible que os haya ocurrido semejante idea?

—Por Dios, mi querido Nicolás, replicó la madre con cierta acritud, si te tomaras la molestia de escucharme, verías como precisamente eso es lo que yo digo. Yo en verdad no he pensado nunca sériamente en eso, y estoy sorprendida y aun asombrada de que tú hayas podido suponerlo. Todo lo que yo quiero decir se reduce á que es menester buscar el medio mas conveniente para rechazar con delicadeza sus pretensiones, y sobre todo tener cuidado de no empujarlo á la desesperacion lastimando su sensibilidad. ¡Dios mio! exclamó la viuda con una sonrisa mal disimulada: juzga si no me reprocharia yo toda mi vida haber dado lugar á semejante desgracia.

A pesar de su inquietud y disgusto, Nicolás no pudo menos de reirse.

—En fin, madre, le dijo, ¿creeis probable que nuestra crueldad para con ese pobre diablo pudiera tener tan enojosas y funestas consecuencias?

—No sé, hijo mio, no lo sé. Pero antes de ayer precisamente traia el *Times* una noticia tomada de un periódico francés, donde se trataba de un zapatero que furioso contra una jóven del inmediato pueblo, porque no habia querido encerrarse herméticamente con él en un aposento para asfixiarse juntos con carbon, fué á ocultarse á un bosque llevando consigo un cuchillo, y en el momento de pasar ella con algunos amigos se precipitó sobre ellos, se suicidó y mató luego á la jóven y á todos los que la acompañaban, es decir, primero mató á todos los amigos de ella, luego á ella y despues se suicidó. ¿No hace esto estremecerse á cualquiera? Es singular, añadió la viuda despues de un mo-

mento de silencio; yo no sé cómo es esto, pero la verdad es que siempre son zapateros los que hacen estas cosas en los periódicos franceses. Yo no me explico esto, como no sea que el cuero tenga alguna cosa mala.

—Sí, madre, sí; pero ese hombre que no es un zapatero ¿qué ha hecho, qué ha dicho? preguntó impaciente Nicolás, pero haciendo todo lo posible por parecer tan resignado como la misma viuda. Porque, en fin, lo sabeis lo mismo que yo, las legumbres no tienen lengua que pueda trasformar un cohombro ó una calabaza en una declaracion de amor.

—¡Oh! exclamó la señora Nickleby moviendo la cabeza y mirando las cenizas de la chimenea. Ha hecho y dicho muchas cosas.

—Pero ¿estais segura de no haberos engañado?

—¡Que si estoy segura, dices! ¿Me supones tan necia, mi querido Nicolás, que no sepa distinguir si un hombre habla de veras ó de broma?

—En hora buena, murmuró Nicolás.

La viuda continuó:

—Siempre que me pongo á la ventana, me envia besos con una mano poniéndose la otra en el corazon. Bien conozco que esto es ridículo, y no dudo de que así lo creerás tú tambien, pero yo debo decir que lo hace de un modo respetuoso, muy respetuoso y aun tierno, extremadamente tierno. En cuanto á esto, no hay nada que no le haga honor. Y en fin, todos estos regalos que nos envia por encima de la tapia son de la mejor calidad. Ayer mismo comimos cohombros de estos, y voy á adobar los otros para el invierno.

Despues de una pausa, añadió con cierto embarazo y confusion crecientes:

—Cuando me paseaba ayer tarde en el jardin, vino atentamente á asomarse á la tapia y me propuso llevarme consigo y casarnos despues. Tiene una voz tan clara como una campana, como una harmónica, enteramente una voz de harmónica; á pesar de ello, yo no quise escucharle. Con que, hélo aquí todo, mi querido Nicolás. Dime qué he de hacer.

—¿Está Catalina enterada de esto, madre mia? preguntó Nicolás.

—No le he dicho aun una palabra.

—Entonces, repuso el jóven levantándose, no le hableis de ello por Dios, madre, pues tendria un gran pesar. En cuanto á lo que habeis de hacer, es muy sencillo: no teneis mas que seguir las inspiraciones de vuestro buen sentido y buen corazon, recordando siempre con respeto la memoria de mi padre. Mil medios teneis de manifestar vuestro disgusto, cuando ese imbécil repita sus obsequios y atenciones de cohombros y demás berzas. Mostraos firme, y si á pesar de todo él insiste, yo sabré poner pronto remedio, aunque preferiria no tener que intervenir en un asunto tan ridículo, en que os bastará haceros respetar vos misma. Esto es lo que hacen las mujeres todos los dias, sobre todo á vuestra edad y en vuestro estado, cuando se encuentran ante circunstancias que no merecen menos que esta su desprecio. ¡Viejo estúpido! ¡Habrá mayor idiota! Pero, en fin, no hablemos mas de él.

Hay que hacer justicia á la viuda Nickleby: la buena señora amaba demasiado á sus hijos para pensar en segundas nupcias, dado que hubiera olvidado la memoria de su difunto marido para sentirse arrastrada por su inclinacion á nuevos vínculos; en ella no habia mal instinto ni egoismo estrecho en su corazon; era simplemente una cabeza débil y vacía. Para ella habia algo lisonjero en poder decir que habia encendido á su edad una pasion, y una pasion desgraciada, que no podia resolverse á extirpar tan ligeramente ni con tan poco miramiento como Nicolás exigia, desesperando al gentleman desconocido que le procuraba el placer de negarle su mano.

En cuanto á los epítetos de imbécil, ridículo, estúpido, idiota con que Nicolás le habia calificado, la viuda tenia su conviccion bastante distinta á la verdad.

—Yo no veo nada de eso, se decia hablando consigo misma en su dormitorio: su amor es un amor sin esperanzas, es verdad; pero no por eso ha de ser un viejo imbécil, ri-

díenlo, estúpido, idiota. ¡Pobre mozo! Es digno de compasion y nada mas.

La buena señora no terminó sus reflexiones sin echar una mirada al espejo de su tocador; y aun hubo de retroceder algunos pasos para juzgar mejor el efecto y para recordar quién le habia predicho que cuando Nicolás tuviera veintiun años pareceria ella mas bien su hermana que su madre.

Despues de haber procurado en vano recordar el nombre de su autoridad, se decidió á apagar la luz y levantó la celosía para dar paso á la tibia luz del nuevo dia, que comenzaba á rayar.

—No está aun bastante claro para distinguir los objetos, murmuró la viuda mirando por la ventana del jardin; pero creo que ha de haber otra enorme calabaza clavada en los tiestos de botella que guarnecen el remate de la tapia medianera.

CAPÍTULO VI.

Donde se dan detalles de una visita de pésame que podria muy bien tener consecuencias importantes. Smike, cuando menos piensa, se encuentra con un antiguo amigo que le invita á ir á su casa, y á ella lo lleva sin querer aceptar ninguna excusa.

Catalina Nickleby estaba muy léjos de sospechar las demostraciones amorosas de su vecino y por consiguiente los resultados de ese amor en el corazon inflamable de su madre, y gozaba sin turbacion un principio de calma y felicidad, cosas de que habia permanecido alejada tanto tiempo. Vivia ya bajo el mismo techo de su querido hermano, despues de haber sido separada de él tan repentina y cruelmente, y á salvo de las persecuciones impudentes y groseras, cuyo solo recuerdo teñia de rubor su frente y hacia palpitar su corazon, respiraba la pobre mas libremente.

En fin, en ella se habia obrado una completa metamórfo-

sis: habia recobrado su buen humor, la elasticidad y ligereza de su cuerpo, la frescura y esplendor de su tez..... en una palabra, Catalina no habia estado nunca tan bella como ahora.

Esta era tambien la opinion de miss Creevy, opinion fundada en multitud de observaciones á las que se entregó sin descanso, luego que la casa estuvo arreglada y limpia de piés á cabeza, como ella decia, y que su actividad pudo ocuparse de las personas que la habitaban.

—Lo que os digo no os lo he podido decir desde que estoy aquí, le decia la retratista, porque, hija mia, no he tenido tiempo de ocuparme de otra cosa que del martillo y los clavos, haciendo oficio de carpintero desde la mañana hasta la noche.

—Es que sois tan buena, contestó sonriendo Catalina, que no guardais un pensamiento para vos.

—Necia seria pensando en mí, cuando hay otros asuntos mas agradables en que pensar. A propósito, hay aquí alguno en quien he pensado. ¿Sabeis que observo un cambio notable en un individuo de esta familia? Un cambio extraordinario.

—¿A quién aludís? preguntó con inquietud Catalina. No será á.....

—Nó, querida, no es á vuestro hermano, contestó la Creevy anticipándose á la suposicion. Nicolás es siempre la misma perfeccion de bondad, de ternura, de talento, sazonada siempre con un poco de lo que no quiero decir ahora: él no ha cambiado en nada, desde que yo le ví por la primera vez; pero ese Smike á secas, como él quiere que se le llame, pues no permite que se le ponga un mister delante de su apellido, Smike, hija mia, ha cambiado mucho en poco tiempo.

—¡Cómo así! Pues yo, amiga mia, no veo nada en su salud.

—Es posible, repuso la Creevy despues de un momento de reflexion; pero yo no hablaba de su salud, aunque á decir verdad, su existencia está bastante quebrantada, pues

tiene una cara que me quebrantaria á mí el corazon si fuera la vuestra. Pero repito que no queria yo hablar ahora de salud.

—Pues entonces.....

—Yo no sé, continuó diciendo la artista, pero le he observado y mas de una vez se me han saltado las lágrimas. Direis que esto no es difícil, porque yo lloro por nada; pero á pesar de todo, yo creo que en este caso no he llorado por desgracia sin causa ni razon. A mí me parece que desde que ese jóven está aquí, tiene algun motivo particular para reconocer la debilidad de su inteligencia; y le es mas sensible, cuando comprende que divaga y no puede alcanzar las cosas mas sencillas. Yo le he mirado con atencion cuando vos no estabais presente, y le he visto tan triste que daba lástima. Despues cuando se levantaba para salir, se hallaba en tal estado de melancolía y abatimiento, que no puedo deciros lo que me hacia sufrir. Hace unas tres semanas, era un jóven sin cosa de cuidados, jovial y á lo que parecia dichoso; sí, hasta dichoso; hoy no es nada de esto; siempre es bondadoso, inocente, fiel, obsequioso, pero por lo demás, nada.

—¡Pobre muchacho! exclamó Catalina con lástima: eso le pasará.

—Yo lo espero, contestó la Creevy con una gravedad que no le era habitual; esperemos que le pase. ¡Pobre jóven! Sin embargo, añadió volviendo á su tono y á su locuacidad; yo os he dicho lo que tenia que deciros y lo habreis tal vez hallado muy largo: acaso no debia decirlo: no lo extrañaria. En fin esperemos: entretanto, voy á distraerle esta tarde, pues si quiere acompañarme hasta el *Strand*, voy á estarle hablando sin darle tregua hasta que halle el medio de hacerle reir con cualquier cosa. Así cuanto antes mejor para él y para mí, porque acaso mientras yo estoy aquí mi criada esté haciendo la coqueta con algun caballero de industria que me limpie la casa; aunque á decir verdad, poco halláría que llevarse el desgraciado fuera de las mesas y las sillas. En cuanto á las miniaturas, hábil habia

de ser el ladron para sacar algun provecho de ellas, porque yo, lo reconozco así porque es la pura verdad, yo no saco de ellas nada.

Hablando así, la buena Creevy metió la cabeza en su sombrero y el cuerpo en un grueso chal que se ajustó por medio de un alfiler, y hecho esto declaró que el ómnibus podia pasar cuando quisiera, pues ella estaba ya dispuesta á hacer su expedicion.

Pero tenia que despedirse aun de la viuda, y esto no era poca cosa. La buena señora entró en reminiscencias mas ó menos aplicables á las circunstancias, y aun estaba en la mitad de la tirada cuando el ómnibus paró en la puerta.

Y hé aquí á la Creevy en el aire; cuanto mas se turba y precipita menos adelanta. Así queriendo dar en secreto una propina á la criada detrás de la puerta, echa á rodar todo su caudal y tiene que invertir en recogerlo un tiempo precioso.

Despues tuvo que abrazar á Catalina y á su madre y tomar el martillo y otros efectos para llevárselos.

Entretanto el conductor echaba á rodar por su parte el cielo y cuanto hay en él, haciendo en fin apariencias de partir sin mas esperar.

Entonces miss Creevy salió como una saeta, excusándose como Dios le dió á entender de su tardanza, mientras busca con la vista un sitio donde acomodarse.

El conductor empuja á Smike dentro, da luego la señal de partir, y el vehiculo arranca con todo el ruido de un terremoto.

Dejémoslo proseguir su viaje á merced de su conductor que se pavonea ahora con su cigarro en la boca; dejémoslo que se pare, que vuelva á arrancar, que corra, que vuele, segun juzgue conveniente este amable funcionario. La ocasion nos tienta para ir á saber noticias de sir Mulberry Hawk, á informarnos de su importante salud, á ver si efectivamente se hizo mucho daño en su caida y si se encuentra mas aliviado. ¿Quién no ha de interesarse por un hombre de tanto provecho y sobre todo tan simpático?

Hélo aquí, pues: no tiene mas que una costilla y una pierna rotas, la cara hecha una carnicería y quebrantados sino quebrados todos los huesos de su cuerpo. Atormentado aun por el dolor y por la fiebre, está tendido en su lecho siempre boca arriba, segun prescripcion del cirujano, que asegura hay cama para algunas semanas.

En el aposento inmediato están á la mesa los ilustres señores y leales amigos Pick y Pluck, ocupados en beber y hablar, variando de vez en cuando los monótonos murmullos de su conversacion con alguna risotada mal ó bien reprimida, mientras que el jóven lord, el único miembro de aquella amistosa alianza que no estaba perdido aun del todo, pues era en el fondo un buen sugeto, estaba sentado cerca de su Mentor, con su cigarro en la boca, y se disponia á leer á la luz de una bujía los pasajes y noticias de un periódico, que juzgaba mas á propósito para divertir ó distraer al herido.

—¡Esos malditos! dijo sir Mulberry volviendo con impaciencia la cabeza hácia el inmediato aposento, en que hablaban y bebian los susodichos. Nadie les puede hacer callar. ¡Lléveselos el diablo!

Pick y Pluck al oir esta exclamacion, se contuvieron inmediatamente haciéndose uno á otro una seña de inteligencia y escanciándose otro vaso en indemnizacion del silencio á que se les obligaba.

—¡Pardiez! siguió diciendo entre dientes el enfermo retorciéndose de cólera. Como no es bastante duro este maldito lecho, ni mis dolores bastante profundos, ni este calabozo bastante triste, quieren sin duda aumentar mi tortura. ¡Ira de Dios!... Verisopht, ¿qué hora es?

—Las ocho y media, contestó el jóven lord.

—Acercad la mesa y echemos otra partida de juego. Dadme cartas.

Era de verle en medio de sus sufrimientos, incapaz de moverse sino para volver la cabeza de un lado á otro, observar todos los movimientos de su amigo á cada carta jugada. ¡Qué interés ponia en el juego, y sin embargo, qué

sangre fria al mismo tiempo! Siempre era dueño del juego con semejante adversario, que no podia hacerle frente, aunque la fortuna le favoreciera alguna que otra vez.

Sir Mulberry ganó todas las partidas, y cuando su compañero, cansado ya de perder, tiró las cartas sobre la mesa y rehusó continuar, el enfermo estiró su extenuado brazo y llevó la mano á la mesa para recoger los tantos celebrando su victoria con un voto y una risa prolongada y ronca, aunque menos vigorosa que cuando resonaba hacia algunos meses en el comedor del usurero Rodolfo Nickleby.

El criado entró luego anunciando que M. Rodolfo Nickleby estaba abajo y deseaba saber el estado de salud del ilustre enfermo.

—Estoy mejor, contestó Mulberry con rudeza.

—M. Nickleby, señor, pide.....

—Mejor, he dicho, interrumpió el enfermo dando con cólera un puñetazo en la mesa.

El criado vaciló un momento y luego se resolvió á decir que M. Nickleby pedia permiso para ver á sir Mulberry, si no le era molesto.

—Me es molesto, no puedo verle, no puedo ver á nadie, le dijo su amo con mayor energía aun. Bien lo sabes, imbécil.

—Perdonad, señor, pero ese caballero ha hecho tantas instancias.....

La verdad era que Rodolfo Nickleby habia untado la mano del criado, quien con la esperanza de recibir mas aun, queria ganar su dinero. Así, pues, tenia la puerta entreabierta sin darse la mayor prisa para retirarse, aun á riesgo de provocar las iras de su amo, siempre irascible y violento.

—¿Te ha dicho que tenia que hablar de negocios? le preguntó Mulberry despues de un momento de reflexion.

—Me ha dicho solamente que deseaba hablar con vos reservadamente: esto es lo que me ha dicho.

—Pues vé y díle que suba..... Espera, añadió el aporreado pasándose la mano por la cara; quita esta luz de ahí y pónla á mi espalda; llévate esta mesa y pon una silla.

El criado ejecutó esta órden como servidor inteligente que conocia sus motivos y salió.

Lord Federico Verisopht pasó á un gabinete inmediato prometiendo volver luego, y cerró la puerta tras sí.

Oyóse luego un paso mesurado en la escalera, y se vió en fin al usurero deslizarse modestamente en la estancia con el cuerpo inclinado y el sombrero en la mano en la actitud de un profundo respeto, buscando con ávidos ojos la cara de su cliente, el honorable sir Mulberry Hawk.

—Y bien, Nickleby, le dijo Mulberry indicándole la silla que se habia puesto para él con un abandono afectado; me ha ocurrido un accidente desagradable, una... ya lo sabreis.

—Ya lo sé, contestó Nickleby mirándole fijamente: muy desagradable, en efecto; creed, sir Mulberry, que no os hubiera reconocido... ¡Oh! muy desagradable.

Las maneras de Rodolfo rebosaban de humildad, de respeto estudiado. El tono dulzon de su voz era el que convenia al extraño que visita á un enfermo; pero mientras que Mulberry le volvia la espalda, la cara de Rodolfo formaba un extraño contraste con sus maneras.

De pié, en su actitud habitual, mirando con calma al hombre tendido delante de él como una masa inerte, todos aquellos rasgos de su fisonomía que no estaban ocultos á la sombra de sus cejas matorrales, tenian el sello de una sonrisa burlona.

—Sentaos, dijo Mulberry volviendo hácia él la cabeza como por un violento esfuerzo. ¿Soy tan extraordinario que esteis ahí de pié mirándome como un fenómeno ó como una historia?

En el momento de volverse, Rodolfo retrocedió un paso ó dos, como no pudiendo menos de demostrar así su asombro y como procurando reprimirse.

Despues de una demostracion tan bien sacada, se sentó sin decir una palabra.

Reinó un profundo silencio durante unos momentos que Nickleby rompió luego diciendo:

—Todos los dias, sir Mulberry, he venido á informarme de vuestra salud y los primeros dias dos veces. Hoy ya, en vista de nuestra antigua amistad y de los negocios anteriores que juntos hemos hecho á satisfaccion de los dos, si no estoy engañado, no he podido resistir al deseo de veros, y por eso he insistido hasta lograrlo. ¿Habeis sufrido mucho? le preguntó inclinándose hácia el enfermo y dejando siempre vagar por su rostro su infernal sonrisa, mientras que el otro tenia los ojos cerrados.

—Sí, mas de lo que yo hubiera querido, pero menos de lo que querido hubieran algunos rocines que conocemos y que hacen su negocio con nosotros, estoy seguro de ello, contestó sir Mulberry estirando la cubierta del lecho con mano convulsa.

Nickleby se encogió de hombros como para quejarse del tono de irritacion violenta con que se le habian dirigido estas palabras.

En efecto, habia en su lenguaje y maneras una expresion tan sospechosa, que el enfermo apenas podia soportarla.

—Y ¿qué hay en esos negocios que juntos hemos hecho para que vengais hoy aquí? preguntó Mulberry.

—Nada, contestó el usurero; hay algunos pagarés vencidos que necesitan á lo menos renovacion, firmados por lord Verisopht; pero esperaremos á que vos esteis restablecido. Mi objeto, al venir hoy ha sido otro distinto, como ya os he indicado. He venido, añadió bajándo la voz, pero acentuando cada una de sus palabras, he venido á deciros el gran pesar que siento por haber sido un pariente mio, aunque aborrecido de su tio, el que os haya infligido tan bárbaro castigo.

—¡Castigo! exclamó sir Mulberry.

—Ya he dicho que es bárbaro, repuso el viejo Nickleby aparentando no comprender el sentido de la exclamacion del castigado, y por eso me he apresurado á venir para hacer la debida protesta, para renegar de ese sobrino delante de vos, para deciros que no reconozco á ese vagamundo por pariente mio y que le abandono á la justa venganza que

vos ú otro cualquiera pueda tomar de él. Retorcedle el cuello, si quereis: no seré yo por cierto quien lo impida.

—¡Ah! ese cuento que se me ha contado aquí, ha corrido ya todo el mundo á lo que veo, contestó Mulberry apretando los puños y rechinando los dientes.

—No se habla de otra cosa, dijo el astuto viejo; no hay club ni círculo de juego donde no haya resonado esa noticia. Hasta se me ha dicho, añadió Rodolfo mirando intensamente la cara del otro, hasta se me ha dicho, que se habia hecho una cancion sobre el asunto. Yo, por mí, no la he oido cantar, pues tengo muchas ocupaciones para pararme en esas cosas, pero me han dicho que la habian impreso para hacerla circular solapadamente, y circula por esas calles como podeis comprender.

—Pues han mentido, contestó colérico Mulberry; yo os aseguro que no hay una palabra de verdad en todo eso. La verdad es que la yegua se espantó, y yo caí del carruaje: ni mas ni menos.

—Bien, repuso Rodolfo impasible siempre; dicen que en efecto la yegua se espantó, pero que el infame de mi sobrino, de quien reniego otra vez, fué el que espantó á la yegua, y aun añaden que á vos tambien. Pero yo he desmentido esto último en todas partes y todos los dias, pues no podia permitir que se dijera eso de vos, que no os espantais por tan poco.

En cuanto sir Mulberry pudo hallar en su gran cólera algunas palabras que enlazar, el tentador del viejo se inclinó hácia él y se puso la mano ahuecada detrás de la oreja para oirlo mejor y no perder sílaba, conservando siempre su calma estereotipada, como si todas las líneas de su fisonomía hubieran estado grabadas en bronce.

—Esperad, esperad que pueda yo levantarme de esta maldita cama, dijo el paciente, quien en su arrebato hubo de darse inadvertidamente un manoton en la pierna rota, y ya vereis lo que hago. ¡Oh! he de tomar una venganza ruidosa. ¡Mil rayos! me vengaré cruelmente. Favorecido por la casualidad pudo él marcarme la cara para quince dias;

yo le marcaré á él con señales que le duren toda su arrastrada vida. ¡Rabia del infierno! He de cortarle las orejas, las narices..... lo he de azotar como á un Cristo, le he de lisiar de piés y manos. Y aun no estaré satisfecho: á su misma presencia he de arrastrar por el lodo la castidad y honor de su pulcra y necia hermana.

Fuera que el mismo Rodolfo no pudiera oir estos últimos amagos sin que su helada sangre se encendiera llevando á sus mejillas el testimonio evidente de su vergüenza y repugnancia; fuera que el lenguaraz comprendiera que no debia hablar así de la sobrina delante de su tio por infame que éste fuera, sir Mulberry no pasó adelante, limitándose á amenazar con el crispado puño á su enemigo ausente y confirmar con un grosero juramento sus promesas de venganza.

Rodolfo, durante este tiempo, contemplaba con mirada penetrante al enfermo.

—En verdad, dijo rompiendo al fin el silencio, es humillante para un hombre como un leon, héroe de todos esos lances y famoso por sus triunfos, haber recibido una leccion de un mentecato como el otro.

Sir Mulberry le lanzó una mirada furiosa, pero no le alcanzó; el usurero con los ojos bajos y su rostro sereno no revelaba ninguna expresion particular, guardando solo una actitud reflexiva.

—Un niño, un pilluelo, añadió Rodolfo, contra un hombreton que no tenia mas que dejarse caer sobre él para aplastarle con su peso. Y esto sin hablar de vuestra habilidad y destreza en..... sí, no me engaño; vos pasabais por un maestro en la riña en otro tiempo, ¿eh?

El enfermo hizo un gesto de impaciencia que Rodolfo quiso tomar mas bien por una señal de asentimiento.

—Pues; bien sabia yo que no me engañaba. Esto era antes de que nos conociéramos; pero para el caso es lo mismo. Él es ligero y flexible, segun parece; pero ¿qué es esto al lado de vuestras ventajas? Es la suerte, y esos malvados tienen siempre la suerte en su favor.

—Pues bien; que haga provision de suerte para nuestro primer encuentro, dijo al fin sir Mulberry Hawk, porque le encontraré, ¡ira de Dios! le encontraré aunque vaya á esconderse al fin del mundo.

—¡Oh! exclamó vivamente el astuto viejo; no creais que el temerario piense en esconderse; os espera, sir Mulberry, os espera tranquilamente en Londres mismo á la luz del sol, haciendo alarde de su triunfo y mirando por las calles á ver si os encuentra.

Rodolfo tomó una expresion sombría al decir esto y cediendo en fin á un trasporte de odio figurándose á Nicolás triunfante hubo de añadir:

—Si viviéramos siquiera en un país donde se pudieran hacer ciertas cosas sin peligro, seria capaz de dar dinero porque lo quitaran de en medio y lo echaran en una pocilga donde se lo comieran los perros.

Apenas habia dado el viejo á su cliente asombrado esta prueba de su buen corazon y de sus afecciones de familia, cuando lord Verisopht se presentó en el momento de tomar M. Nickleby su sombrero para retirarse.

—¿Qué diablos teneis que hablar vos y Nickleby, que hace una hora que no parais, dados á una eterna palabrería? preguntó lord Federico. No he visto cosa igual. ¿De qué se trata?

—Es sir Mulberry, que ha tenido un acceso de cólera, milord, contestó el usurero mirando al enfermo.

—Pero no se trata de dinero ¿eh? Los negocios no os marchan mal. ¿No es cierto?

—Nó, milord, nó; sobre este punto sir Mulberry y yo estamos siempre de acuerdo: sino que ha tenido ocasion de recordar los detalles de.....

Rodolfo no tuvo necesidad de decir mas, pues Mulberry no le dió tiempo apoderándose del asunto y vomitando contra Nicolás injurias, amenazas y juramentos mas venenosos aun que los vomitados hacia poco.

El usurero que tenia un talento de observacion poco comun, se sorprendió de ver, durante esta lluvia de fuego,

la acogida que mereció en el ánimo de lord Federico Verisopht. Comenzó por acariciarse el bigote del modo mas desenfadado é indiferente, pero á medida que sir Mulberry tomaba vuelo, los rasgos de su fisonomía se alteraban; y aun sorprendió mas á su observador cuando despues de la tormenta, el jóven lord, sin disimular su descontento, le rogó secamente que no volviera á hablar nunca de semejante asunto.

—No lo olvideis, Hawk, añadió el lord con una energía que no le era habitual. Jamás secundaré yo, ni permitiré jamás, si puedo evitarlo, un cobarde ataque contra ese jóven.

—¡Cómo cobarde! exclamó Mulberry.

—Sí, contestó lord Verisopht mirándole de frente. Si hubierais comenzado por darle vuestro nombre y tarjeta, sin perjuicio de buscar despues en su persona ó posicion un pretexto para no batiros con él, no estuvierais ahora como estais, aunque estariais bastante mal en otro concepto, porque no os hubiera hecho honor ningun pretexto. Pero del modo como han pasado las cosas, vos habeis tenido la culpa; yo tambien por no haber intervenido, y me arrepiento de todas veras. Lo ocurrido últimamente ha sido puramente accidental: no ha sido cosa premeditada, y la culpa es mas bien vuestra que suya. Por eso no tendrá que sentir, yo os lo aseguro: no debe ser y no será.

Repitiendo con insistencia esta honrosa declaracion, el jóven lord les dió la espalda; pero antes de salir volvió atrás para decir con mas vehemencia todavía:

—Y estoy convencido ahora, sí, por mi honor, estoy convencido de ello: la hermana es una jóven tan modesta y virtuosa como bella; y en cuanto al hermano, todo lo que puedo decir es que se ha conducido como buen hermano, como hombre de corazon y de honor. ¡Oh! Yo quisiera con toda mi alma poder decir otro tanto de todos nosotros.

Dicho esto, partió.

—¿Es este vuestro discípulo, preguntó tranquilamente el infame usurero, ó algun inocente lugareño recien salido de las manos de un cura de aldea?

—Son accesos que le dan de vez en cuando; aun no he acabado de formarlo, y á fe que le hace mucha falta, contestó Mulberry mordiéndose los labios é indicándole la puerta. Dejadme obrar.

Durante esta entrevista y mucho tiempo antes del desenlace, el ómnibus se habia descargado del peso de miss Creevy y de su acompañante Smike, los cuales quedaron á la puerta de la casa.

Ya en su habitacion, la artista no quiso dejar volver á Smike sin tomar algo, y hubo de servirle de la mejor voluntad unos bizcochos y un vaso de vino generoso. Y como Smike no mostró ninguna repugnancia en apurar tan buen tónico mojando en él bizcochos, sino que al contrario creia conveniente tomar fuerzas para volver á Bow, al fin se detuvo mas de lo que hubiera querido al principio, y hacia ya media hora que habia oscurecido cuando se puso en camino hácia su casa.

No habia peligro ninguno de que perdiese su direccion; todos los dias habia ido y venido con Nicolás, y sobre todo no habia sino andar y seguir todo derecho.

Miss Creevy y Smike se separaron pues en perfecta confianza, dando la una y recibiendo el otro mil y mil afectos para la familia.

Al llegar al pié de *Ludgate-Hill*, Smike hubo en mal hora de dar un rodeo para satisfacer su curiosidad: queria ver de paso á Newgate. Despues de haber contemplado con mucho cuidado y terror, durante algunos minutos, los sombrios muros de la prisiôn, volvió atrás y se puso á andar á buen paso á través de la *city*.

Sin embargo se detenia de vez en cuando á mirar el escaparate de alguna tienda, cuyos objetos le llamaban la atencion. Luego seguia su camino, despues volvia á pararse y á seguir como hacen todos los forasteros.

Hacia ya algun tiempo que estaba mirando el escaparate de un joyero, sintiendo no poder llevar una bagatela para hacer un obsequio en casa, cuando todos los relojes dieron las ocho y tres cuartos. Despertado, digámoslo así, por el

sonido, se puso al punto á correr para ganar el tiempo perdido, y volvia justamente la esquina de una calle de travesía, cuando sintió un choque tan violento y repentino que tuvo que apoyarse en la columna de un farol para no caer en tierra.

Al mismo tiempo, un muchacho se agarró á su pierna haciendo vibrar á sus oidos este penetrante grito:

—¡A mí, papá! ¡es él!

Smike reconoció perfectamente esta voz; bajó con desesperacion los ojos al individuo de que salia, y estremeciéndose de piés á cabeza, no tuvo apenas tiempo para volverse, cuando se halló manos á boca con M. Squeers, que le habia cogido por el cuello con el gancho de su paraguas, y se inclinaba con todas sus fuerzas al otro lado para retener á su víctima.

El grito de alegría era de Wackford, que sin cuidarse de sus pisotones y resistencia permanecia agarrado á su pierna como una serpiente á un tronco de árbol.

—¡Qué encuentro tan feliz! exclamó M. Squeers tirando poco á poco de su paraguas como se tira de la cuerda de un pozo, sin desengancharlo antes de que su mano hubiera llegado al cuello del prisionero, pudiendo ya entonces asegurarlo mas echándole las uñas. ¡Qué encuentro tan feliz! A ver, Wackford, hijo mio, vé corriendo y trae un fiacre.

—¿Un fiacre, papá?

—Sí, un fiacre. Tanto peor para mi bolsillo; pero es preciso llevarlo en carruaje.

Y esto diciendo gozaba viendo el espanto impreso en la fisonomía de Smike.

—¿Qué es lo que ha hecho? preguntó un albañil que pasaba por allí cargado de ladrillos, y á quien Squeers hubo de llamar en auxilio cuando echó el gancho al cuello del prófugo.

—Todo lo malo que hay que hacer, contestó el director del colegio mirando á su antiguo alumno con una especie de jubiloso temblor, todo, todo: se ha evadido de Dotheboys-Hall; tiene complicidad en un conato de homicidio contra

su propio maestro y no hay crímen que no haya cometido aquí donde le veis tan manso. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué dichoso encuentro!

El hombre miró al acusado esperando su defensa, pero el pobre diablo habia perdido enteramente los pocos medios que tenia.

Muy luego llegó el fiacre. Wackford subió el primero; Squeers empujó su presa y subió detrás pisándole los talones. Ya dentro levantó los vidrios, y el carruaje partió, mientras que el albañil explicaba el incidente á otro peon del mismo oficio, una revendedora y un chico, únicos que se apercibieron de la prision.

M. Squeers se sentó en la banqueta en frente del desdichado Smike y con las manos apoyadas en las rodillas le estuvo mirando lo menos cinco minutos con lo blanco de los ojos como en un arrobamiento beatífico..

Despues de esta especie de éxtasis, dió un grito y se puso á crujir á dos manos la cara de su amado discípulo.

—¿Es esto un sueño? decia. Nó, es el mismo en carne y huesos; es Smike, sí; lo reconozco en el tacto.

Y despues de renovar sus experiencias, el solícito padre de sus amados discípulos, cerró los puños y continuó golpeando al pobre Smike, que ni siquiera tenia alientos para quejarse, cuanto ménos para defenderse ó pedir socorro.

—Tu madre, hijo mio, le dijo el dómine, está en el caso de estallar de alegría, cuando llegue á saber esta fausta nueva.

—¡Oh! yo lo creo, contestó el digno hijo de sus honorables padres.

—Cuando recuerdo, repuso Squeers, que volvíamos tú y yo la esquina de una calle y nos encontramos manos á boca con él; luego que lo engancho del primer golpe con mi paraguas, tan fuertemente como si lo hubiera enganchado con un garfio, no puedo menos de reirme.

Y el director del colegio prorumpió en una carcajada.

—Pues y yo, papá, ¿no le agarré bien por la pierna? dijo el angelito á su vez.

—Muy bien, hijo mio; te has portado como un héroe. Así, pues, te adjudico desde ahora en recompensa de tu buen servicio el mejor traje que lleven á casa los primeros alumnos que caigan. ¿Lo oyes?

Y el solícito y tierno padre le daba al mismo tiempo blandas palmaditas en la cabeza.

—Continua, hijo mio, como has comenzado, añadió luego; haz siempre lo que veas hacer á tu padre, y cuando mueras irás derecho á la gloria sin que te detenga nadie á la puerta para hacerte preguntas.

Despues de esta magnífica promesa, M. Squeers volvió á acariciar blandamente la cabeza de su hijo y algo menos blandamente la cabeza de Smike, preguntándole con tono burlon cómo se encontraba con aquel régimen.

—Dejadme volver á mi casa, dijo Smike removiéndose furioso. Dejadme, dejadme ir.

—Por eso no tengas cuidado, que volverás á casa antes aun de lo que tú quisieras, yo te lo aseguro, y bien sabes que soy hombre de verdad. Sí, amado discípulo, puesto que tanto lo deseas, volverás á Dotheboys antes de ocho dias, yo te lo prometo; y si puedes salir ya en tu vida de aquella casa paterna, te doy permiso desde ahora para que no vuelvas mas. ¿Dónde está, alma mia, el bello vestido que te trajiste puesto del colegio? ¡Ah! hijo pródigo, ingrato, ladron. Pero no te aflijas; ya lo pagarás, ya lo pagarás.

Smike echó una mirada al traje limpio y decente que debia á los cuidados de Nicolás, y se retorció las manos con desesperacion.

—¿Sabes, hijo mio, dijo á Smike el bondadoso maestro, que una vez fuera de *Old-Bailey*, tendria yo el derecho de colgarte por haberte escapado con efectos de mi pertenencia? ¿Sabes que es un caso de horca y no sé si tambien de anatomía huir así de una casa habitada con un valor de ciento veinticinco francos? ¿No sabes esto, hijo mio? ¿En cuánto justiprecias tú el famoso traje que me robaste en tu fuga? La bota á lo Wellington que llevabas en un pié valia nada menos que treinta y cinco francos, el par se entiende,

y el zapato que llevabas en el otro pié no valia menos de nueve, treinta y cinco. Pero has tenido la dicha, al caer de nuevo en mis manos, de venir derecho al gran bazar de la misericordia y puedes dar gracias á tu buena estrella de haberme elegido expresamente para servirte este artículo: yo te lo serviré á toda satisfaccion.

No era menester estar en las confidencias de Squeers para ver que este artículo de misericordia de que él se suponia tan provisto le faltaba absolutamente, y si alguno podia dudar aun, no hubiera tardado en reconocer su error, viendo suceder á su promesa la gran impiedad de golpear el pecho de Smike con la férrea punta de su paraguas, y aporrearle la cabeza y los hombros con las costillas del mismo instrumento.

—¡Pardiez! exclamó M. Squeers cuando se detuvo para dar reposo á la mano; yo no habia nunca apaleado á un discípulo en carruaje y no es cómodo ciertamente; pero no deja de gustarme la novedad.

¡Pobre Smike! El desdichado hacia costilla y acabó por acurrucarse en un rincon del coche con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas. En su estado de estupor y asombro, ni siquiera pensaba en hacer un esfuerzo para ver de sustraerse á la omnipotencia de aquel genio infernal, como no habia pensado en ello durante los largos y tristes años de su martirio en el Yorkshire, antes de conocer á Nicolás.

Y el carruaje seguia corriendo y Smike creia que su carrera no pararia jamás. ¡Qué de calles enfiladas una tras otra, y sin embargo corriendo siempre en una confusion vertiginosa!

Por fin, M. Squeers comenzó á sacar y meter la cabeza por la portezuela para dar instrucciones al cochero. Despues de haber atravesado, no sin dificultad, algunas calles aisladas, recientemente abiertas, como lo probaban el aspecto de las casas y el mal estado del piso, M. Squeers se colgó al cordon de aviso y tiró con toda su fuerza gritando al mismo tiempo: ¡Parad!

—¿Háse visto nunca tirar asi del brazo de un hombre? dijo el cochero con cólera.

—Aquí es; la segunda de esas cuatro casitas de un solo piso con ventanas verdes. Sobre la puerta hay una plancha de cobre con el anuncio Snawley.

—¿No podiais haber dicho todo eso y mas sin arrancarme el brazo?

—Nó, contestó Squeers con rudeza. Y si me replicais una palabra mas, os voy á llevar á juicio para que os impongan la multa correspondiente por tener un cristal roto en el carruaje. Parad.

Dócil á las instrucciones del gentleman, el cochero paró á la puerta de Snawley. Snawley, segun recordaremos, era el hipócrita de cara luciente que habia confiado á los cuidados paternales de M. Squeers los dos hijos de su mujer, como queda dicho en el capítulo IV de esta historia. Su casa estaba en los últimos limites de algunos nuevos establecimientos contiguos á *Somers-town*, y M. Squeers habia alquilado allí un aposento por algunos dias, porque tenia que hacer en Londres una estancia algo mas larga que de costumbre, y sobre todo porque en la Cabeza del Sarraceno, habiendo conocido á sus expensas el voraz apetito del niño Squeers, habian rehusado tratarle á menos del precio de una persona grande, y aun así con probabilidades de salir perdiendo.

—Aqui estamos, dijo Squeers empujando á Smike por delante de él al comedor en que M. Snawley y su mujer estaban á punto de cenar. Hé aquí el vagamundo, el rebelde, el traidor, el monstruo de ingratitud.

—¡Cómo! ¿el alumno que se habia fugado? preguntó Snawley dejando caer de asombro las manos sobre la mesa y abriendo los ojos como puertas cocheras.

—El mismo, contestó Squeers dando un cachete á Smike y zarandeándole con expresion feroz. Su suerte es que hay presente una dama, que si no fuera por este respeto... Pero paciencia, ya le llegará su hora y no perderá al fin nada con la tardanza.

—Y ¿cómo habeis dado con él, señor maestro?

El señor maestro se puso á referir la aventura, sin olvidar el mérito contraido por su ilustre vástago.

—Está viéndose aquí la mano de la providencia, dijo Snawley con expresion de santidad, levantando la mano derecha con tenedor y todo al cielo de la estancia, como predicando y bendiciendo á Dios.

—¡Oh! en eso no hay duda: la providencia se declara contra él, contestó Squeers rascándose la nariz.

—Las malas acciones reciben tarde ó temprano su castigo, repuso el otro séria y solemnemente.

—No hay ejemplo en contrario, amigo Snawley.

Y Squeers sacó de su bolsillo un manojo de papeles y se puso á registrarlos para ver si habia perdido alguno en la refriega.

Cuando estuvo tranquilo por esta parte, dijo dirigiéndose á la mujer:

—Ya lo veis, señora, ya lo veis: yo he sido el bienhechor de este jóven; yo le he alimentado, instruido, vestido y calzado; yo he sido su amigo universal, clásico, mercantil, matemático, filosófico, trigonométrico. Mi hijo, que aquí está y no me dejará mentir, ha sido para él un hermano; mi esposa fué para él como para todos mis muy amados discípulos, una madre, una tia y hasta pudiera decir un tio. Por nadie tuvo preferencias sino por vuestros dos hermosos hijos y por este pilluelo. Ahora bien, señora, ¿cuál ha sido la recompensa de tanta solicitud y abnegacion? ¡Oh! la mas negra ingratitud. Es cosa que desalentaria otros corazones que los nuestros, que laten solo para el deber, perdonando tantas flaquezas y maldades. ¡Ah! Smike! Smike! Te prodigué la leche de nuestra comun ternura, y tú has hecho de modo que esa leche se me agrie en el corazon. ¿No os parece, señora?

—¡Ah! sí, sí, me parece un... una...

—No le busqueis nombre, no lo tiene tanta ingratitud.

—Pero ¿dónde ha estado todo este tiempo? preguntó Snawley. ¿Habrá estado acaso con?...

—¡Ah! exclamó Squeers interrumpiéndole; eso mismo me pregunto yo, pero él mismo nos lo dirá. Díme, hijo mio, añadió dirigiéndose ó mas bien revolviéndose contra Smike, ¿has estado todo este tiempo en compañía de ese demonio de Nickleby?

Pero ni preguntas ni golpes pudieron arrancar una palabra á Smike, que habia tomado la resolucion de perecer en la horrorosa prision á que iba á volver, antes que pronunciar una palabra que pudiera comprometer á su único amigo. Habia tenido tiempo de recordar las recomendaciones que le hiciera Nicolás al huir del Yorkshire, sobre la conveniencia de guardar el mas profundo secreto respecto de la vida pasada.

El pobre Smike tenia una idea vaga y confusa de que su bienhechor podia haber cometido un gran crímen salvándolo á él, crímen que podria exponerle á un castigo horrible, y este temor habia contribuido á ponerle en el estado de terror estúpido en que se encontraba desde que cayó en manos de su enemigo esta infausta noche.

Tales eran los pensamientos (si puede darse este nombre á las imperfectas visiones que erraban en desórden por su debilitado entendimiento) que vinieron á asaltar el espíritu de Smike, volviéndole igualmente sordo á la persuasiva elocuencia de Squeers y á sus procedimientos de intimidacion.

Viendo inútiles todos sus esfuerzos, le condujo á un pequeño aposento interior para que pasara en él la noche, y despues de haberle quitado los zapatos, el chaleco y la levita, aseguró la puerta á su satisfaccion para evitar que se evadiera otra vez, en el caso de que le quedara aliento para intentar tamaña empresa, y le abandonó á sus reflexiones en la soledad y tinieblas de su cárcel.

Nadie podria decir cuáles fueron las reflexiones, la desesperacion del pobre muchacho, cuando recayó en sus pensamientos únicos, en el recuerdo reciente de su casa y familia, porque ya habia encontrado una cosa y otra en la casa y familia de Nicolás. El desgraciado entreveia todo esto en

una especie de aletargamiento doloroso, sueño pesado y difícil de una inteligencia que no habia podido desarrollarse bajo el régimen de crueldades de que habia sido víctima en su primera infancia.

¡Cuántos años de sufrimiento y miseria sin esperanza son necesarios para esto! ¡Cómo han de enmohecerse ó quebrarse esas delicadas fibras del corazon que vibran tan prontamente respondiendo á los afectos, cuando no tienen que enviar siquiera un eco lánguido de felicidad ó de amor! ¡Cuán triste y sombrío debe haber sido el infausto dia en que esa luz que apenas bañó el espíritu, desaparece para siempre en las sombras de un eterno crepúsculo ó de una noche eterna!

Sin embargo, todavía hubiera podido levantarse y ver luz, respondiendo á ciertas voces amadas de su corazon; pero estas voces tan conocidas y simpáticas no podian llegar á él. Así, pues, cuando se deslizó á tientas en su lecho, Smike era ya la misma criatura desalentada y estúpida que Nicolás habia encontrado en el presidio infantil de Dotheboys.

CAPÍTULO VII.

Donde Smike encuentra otro amigo, pero esta vez es feliz el encuentro, y aprovecha la ocasion.

A la noche, tan llena de angustias para el pobre Smike, habia sucedido una mañana de estío luminosa y pura. Era el momento en que la diligencia del Norte atravesaba ruidosamente las calles del Islington, aun silenciosas, anunciando su llegada con una señal sonora que hacia el conductor con su trompeta. Muy luego cesó el ruido, deteniéndose el vehículo cerca de la administracion de correos.

No habia mas viajeros en el exterior que un robusto pro-

vinciano de buen porte, que colocado en el imperial con los ojos fijos en la cúpula de la catedral de San Pablo, parecia tan admirado y absorto que ni siquiera echaba de ver el trastorno que se hacia bajando los equipajes, hasta que por fin abriéndose repentinamente una ventana del interior, hubo de volverse á mirar y se encontró con una linda cara de mujer que acababa de asomarse.

—Mira, dijo el lugareño indicándole el objeto de su admiracion, mira la iglesia de San Pablo. ¿Qué te parece?

—¡Dios mio! exclamó la mujer; nunca hubiera creido que fuera ni la mitad de alta. ¡Qué monstruo!

—Un monstruo, eso es; creo que has acertado la palabra, repuso el lugareño bajando ligeramente con su amplio sobretodo. Y este otro edificio del otro lado de la calle, ¿qué puede ser? Te doy doce meses para que lo adivines. Pues no es otra cosa que la oficina de correos. No arriesgan nada con doblar el porte de las cartas para hacer sus gastos. ¿Qué te parece, pues? En fin, si son como esta las oficinas de correos, quisiera ver la casa del lord corregidor.

A estas palabras, John Browdie, que él era el lugareño, abrió la portezuela, se asomó al interior, y dando una palmadita en la cara á miss Price, ya su esposa, se disparó á reir ruidosamente.

—¡Pardiez! Dios me perdone, dijo indicando á otra mujer; ¡todavia está durmiendo!

—No ha hecho otra cosa en toda la noche ni en todo el dia de ayer, fuera de algunos minutos de vez en cuando, contestó la dulce compañera de John; y bien hubiera yo querido que hubiera dormido sin interrupcion ninguna, porque se despertaba de muy mal humor.

¿De quién hablaban?

De una persona dormida, como ya se sabe, pero tan envuelta y arropada que hubiera sido imposible adivinar su sexo, sin el sombrero de castor oscuro con velo verde que adornaba su cabeza, y que á fuerza de encuentros y abolladuras contra el rincon del carruaje, de donde salian aun los ruidosos ronquidos de la dama, ofrecia un aspecto tan ridí-

culo, que John Browdie, que necesitaba poco, no podia reprimir la risa que le retozaba en el cuerpo.

—¡Eh! le gritó por fin tirándole del verde velo. ¡Eh! Ya es hora de despertarnos, que hemos llegado ya.

Despues de haberse acurrucado mas protestando con mal humor contra la inconveniencia de despertarla tan pronto, la persona en cuestion hubo de incorporarse; y entonces, bajo una masa informe de castor aplastado con un semicírculo de rizos, aun en sus papelillos, al rededor de la frente, se hubiera podido reconocer... á la interesante y bella miss Fanny Squeers.

—¡Ah! Tilda, le dijo su amiga, no has cesado de molestarme dándome puntapiés todo este maldito camino.

—¡Esto sí que es chusco! exclamó Matilde riendo con sobrada razon. Dice que la he molestado yo, cuando ella tomó para sí sola el carruaje y ha venido á sus anchas, mientras ni siquiera podia yo moverme.

—Escucha, Tilda, y no digas que nó, porque es la verdad y es inútil que pretendas persuadirme de lo contrario. Es posible que no te hayas apercibido de ello, porque dormias profundamente; pero yo no he pegado los ojos y sé lo que digo, y lo que digo es lo cierto, y debes creerlo.

Hablando así, miss Fanny se arreglaba el velo y el sombrero, pero con tan poca habilidad, que aun los dejaba peor, porque ni la vara mágica de un encantador hubiera tenido eficacia para arreglar aquello.

Sin embargo, Fanny se hizo la ilusion de haberlo arreglado, y con esta ilusoria elegancia bajó de la diligencia apoyada en el brazo que John le ofreciera.

Muy luego hizo el moceton del Yorkshire aproximar un fiacre, y cargando en él mujeres y equipaje, dió las señas al cochero.

—*Fonda de Sarah*, le dijo poniendo el pié en el estribo.

—Fonda... ¿de qué? preguntó el otro con extrañeza.

—¿Qué habeis dicho, M. Browdie? saltó diciendo la ilustrada hija de su padre. ¡Qué ocurrencia! No hay en el mundo tal Sarah, sino *Cabeza del Sarraceno*.

—¡Ah! sí, es verdad; *Cabeza del Sarraceno*; pero no iba yo muy descaminado: de *Sarah* á *Sarraceno* no hay ninguna diferencia quitando el *ceno*. Sea como quiera, ¿sabes tú dónde está esa Cabeza?

—¡Oh! he ido allá tantas veces... contestó el cochero cerrando la portezuela.

—Pues allá vamos.

Y el carruaje se puso en movimiento.

—Tilda, amiga mia, dijo miss Fanny en tono de reproche, nos van á tomar por gente de poco mas ó menos.

—Que nos tomen como quieran, contestó el sencillo John, y si no quieren tomarnos que nos dejen. Nosotros no hemos venido á Londres mas que para divertirnos. ¿No es así?

—Yo lo espero, M. Browdie, repuso Fanny con cierta desconfianza.

—Pues entonces ¿qué importa que nos tomen ó que nos dejen? La muerte de mi padre ha retardado mi casamiento hasta ahora; pues ya que aunque tarde llega boda tan deseada, á divertirnos y en paz. La novia, el novio, la dama de honor... Boda completa. ¿Qué falta? Si no es esta la ocasion de que un hombre se divierta, ¿cuándo diablos va á ser?

Y en diciendo esto, el recien casado aplicó un ruidoso beso en la mejilla de su esposa, intentando aplicar otro en la otra mejilla de Fanny, que hubo de arañarlo luchando y defendiéndose de tan dulce violencia con todo el valor de otra Lucrecia. Solo al llegar á la Cabeza del Sarraceno pudo salir vencedor de tan púdica resistencia el bueno de John Browdie.

Una vez allí, se retiraron á la habitacion que se les destinara, necesitados de reposo: despues de un viaje tan largo y molesto, el sueño era una necesidad. Pero al medio dia se hallaban ya sentados á la mesa delante de un suculento almuerzo servido por manos del mismo John Browdie en un pequeño gabinete del principal con vistas á todos lados sobre las caballerizas.

Era de ver entonces á miss Fanny Squeers, desembarazada de su castor con velo verde y de los papelillos de los rizos, adornada en todo su esplendor virginal con un *spencer* y una falda blanca, un sombrero de muselina igualmente blanca con su rosa de Damasco artificial muy abierta. Sus abundosos cabellos rizados en espesos bucles no temian ser desarreglados por el viento, y el contorno de su sombrero estaba guarnecido de capullos de rosa, tambien de Damasco, que podian tomarse por hijos de la grande.

Era de ver tambien el amplio cinturon de cinta adamascada, ó de Damasco, que tan bien casaba con toda aquella familia de rosas y tan perfectamente se ceñia á su flexible talle, sin contar que disimulaba por detrás con un arte bastante ingenioso el defecto del *spencer*, desgraciadamente algo corto.

Era menester ver todo esto y además sus brazaletes de coral, cuyas cuentas algo escasas dejaban ver mas de lo acostumbrado el cordon negro en que estaban ensartadas; y el collar de lo mismo que colgaba á su pecho un corazon de cornerina, emblema de sus afecciones.

Verdaderamente, al contemplar todas estas seducciones mudas pero expresivas, todas estas apelaciones secretas á los mas puros sentimientos de nuestra naturaleza, habia con que derretir los hielos de la edad y con que pegar fuego al corazon de la juventud.

El mozo que servia no fué insensible á tanta belleza reunida; aunque mozo, se permitia tener sensibilidad y pasiones como cualquiera otro, y miró á miss Fanny Squeers con tanta turbacion, que mas de una vez hubo de servirle un plato sucio por uno limpio.

—¿Sabeis, mozo, si está aquí papá? le preguntó con toda su dignidad miss Fanny.

—¿Cómo, señorita?

Miss Fanny repitió la pregunta con doble dignidad, aunque habiéndola echado toda ya, no podia lógicamente doblarla, como no fuera con cierto enojo.

—¿Papá está aquí?

—¿Dónde, señorita? preguntó á su vez el mozo.

—Aquí, en la fonda.

El mozo se encogió de hombros mirando á uno y otro lado.

—Papá, M. Wackford Squeers.

—¡Ah! M. Wackford Squeers.

—¿Está en su habitacion?

—Yo, señorita, contestó el mozo, no he oido decir que se hospede aquí nadie con ese nombre.

—¡Cómo! Imposible.

—Acaso esté allá abajo en el café: voy á averiguarlo.

Hé aquí una ocurrencia graciosa. Fanny no habia hablado de otra cosa en todo el camino, que del recibimiento y trato que tendrian al llegar á aquella fonda por los respetos debidos al nombre de su padre, M. Wackford Squeers; y luego vienen á decir con toda esa indiferencia que no se sabia siquiera si habia álguien en la fonda que se llamara M. Wackford Squeers.

—Es indigno que se hable así de papá como de un cualquiera, dijo Fanny en un arranque de justa indignacion.

—Bien, averígualo, chico, dijo John Browdie; pero tráenos al mismo tiempo otro pastel de pichones, y así matarás dos pájaros de un tiro.

Luego que el mozo fué á su mandado, repuso el recien casado mirando el plato ya vacío:

—¡Qué animal! ¡Pues no llama á esto un pastel! Tres pichoncillos con un poco de relleno y una costra tan ligera, que cuando se tiene en la boca, no se sabe si está todavía fuera ó dentro. ¡Mil diablos! De ese modo muchos pasteles necesita un hombre para desayunarse.

Pasado un breve intervalo, que John aprovechó para decir dos palabras al jamon y cuatro á una botella, volvió el mozo con el pastel y la noticia de que M. Squeers no se hospedaba en la fonda, pero que iba á ella todos los dias, y que tan pronto como se presentara se le daria el recado de subir.

Dicho esto se retiró, pero apenas habia salido de la estancia, cuando volvió otra vez guiando á M. Wackford en persona y su dignísimo heredero.

—¡Pardiez! ¿Quién habia de esperar esto? dijo el preceptor, despues de saludar á los extraños y recibir de su hija algunas noticias de su casa.

—Os causa sorpresa verme aquí, papá, contestó la Fanny con tono de despecho; pero es que Matilde Price como veis ha concluido por casarse.

—Y yo, añadió el novio dando un ataque al pastel, yo me he venido derecho á Londres, ya lo veis, señor maestro, á Londres.

—Es la moda corriente; todos los jóvenes que se casan hacen ahora un viaje sin cuidarse del gasto ni de nada mas que de divertirse. Y sin embargo, añadió el preceptor moralizando, ¿cuánto mas valdria guardar ese dinero para la educacion futura de algun hijo, porque los hijos vienen y la edad de ponerlos en algun establecimiento de educacion llega y.....

—¿Quereis tomar un bocado? preguntó John interrumpiéndole.

—Gracias por mi parte, contestó Squeers; pero si quereis dejar que el niño tome una tajada, os lo agradeceré. Nó, no ha menester tenedor; comerá con los dedos, pues de otro modo el mozo le haria pagar el cubierto y no hay necesidad de eso. Bastante ganan ya en los pasteles, por ejemplo. Y tú, niño, cuando oigas subir al mozo, métete eso en el bolsillo y pónte en la ventana como mirando el paisaje. ¿Me has entendido?

—¡Oh! no tengais cuidado, papá; ya sé yo lo que he de hacer.

—Y bien, repuso Squeers volviéndose hácia su hija; ahora te toca á tí casarte; ya es tiempo de ello, hija mia.

—¡Oh! exclamó Fanny con cierto desden; no tengo prisa.

—¿De veras, Fanny? le preguntó Matilde con bastante malicia.

—Sí, Tilda, contestó miss Squeers moviendo la cabeza con energía: yo puedo esperar.

—Me parece que eso es tambien lo que hacen los amantes, repuso Matilde.

—Yo, Tilda, bien lo sabes, no los atraigo.

—Lo sé muy bien; respecto de eso dices la verdad; puedo asegurarlo.

El tono de sarcasmo con que fué dicha esta réplica por la sagaz Matilde hubiera provocado una sátira ofensiva por parte de Fanny, cuyo carácter naturalmente irascible y agriado aun por la fatiga y molestias del viaje, se irritaba al solo recuerdo del mal éxito de sus pretensiones sobre John Browdie; esta sátira hubiera traido otras muchas, que Dios sabe adónde hubieran ido á parar, si por fortuna y gracias á M. Squeers la conversacion no hubiera mudado de asunto repentinamente.

—¿A qué no acertais, preguntó en este crítico momento el preceptor, apuesto cualquier cosa á qué no acertais quién ha caido por fin en mis garras?

—¿Será por ventura mister?... se apresuró á decir Fanny con cierto alborozo.

Pero no pudo, no tuvo fuerzas para nombrarlo.

Matilde vino en su ayuda y concluyó la frase:

—¿Mister Nickleby?

—Nó, contestó el preceptor con despecho; no es ese malvado; pero es el número dos, es su cómplice.

—¿Smike tal vez?

—El mismo.

—¡Ah!

Y Fanny batió las palmas á tan fausta nueva con la alegría natural de quien encuentra al fin un hermano perdido.

—El mismo, repitió Squeers con aire de triunfo: le hemos cazado Wackford y yo.

—¡Cómo! exclamó John retirando su plato bruscamente.

Pero se reprimió en el mismo instante por no hacerse sospechoso al verdugo de los niños y añadió:

—Me alegro mucho. Es un pícaro ese Smike. ¿Con que lo habeis cazado? ¿Y dónde le teneis preso como merece el gran pícaro?

—En mi alojamiento mismo, contestó Squeers ingenuamente; le tengo bien asegurado debajo de llave, en un apo-

sento interior del segundo piso, muy á propósito para calabozo.

John rompió á reir ruidosamente como celebrando una ocurrencia graciosa, lo que no dejó de halagar al héroe de la hazaña, y mas cuando el mismo John añadió sin dejar de reir:

—En toda Inglaterra no hay un hombre semejante. Mira que haber cazado al pícaro de Smike y tenerle tan bien asegurado en su mismo alojamiento es un triunfo completo. Venga esa mano, señor maestro.

—¡Pardiez! exclamó Squeers vacilando en su asiento al manoton que el robusto mozo del Yorkshire le dió en el pecho celebrando su triunfo, despues de haberle hecho crujir los dedos entre los suyos, amistosamente siempre. No seais, amigo mio, tan enérgico en la expresion de vuestros afectos. Vuestra intencion no ha sido hacerme daño, bien lo reconozco; pero me lo habeis hecho positivamente. En fin, ¿qué deciais? Ha sido el mio un golpe maestro. ¿No os parece?

—¡Que si me parece! Nada mas que de oirlo estoy saltando de la silla. Sí señor, sí; ha sido un golpe maestro. No podia ser otra cosa siendo vuestro.

Y John continuó riendo.

—Bien sabia yo, dijo Squeers, que os habia de causar la nueva una grata sorpresa. Ha sido una partida bien jugada y rápida como el pensamiento.

—¡Mil diablos! exclamó John aproximando su silla á la de Squeers. Ea, maestro, contadnos esa hazaña con todos sus pelos y señales.

Aunque desesperando de satisfacer la gran impaciencia de John, M. Squeers se puso á contar de la mejor voluntad y aun pudiéramos decir buena fe, por qué feliz casualidad habia caido Smike en sus manos, y no se detuvo desde el principio hasta el fin, sino cuando se le interrumpia por los gritos, plácemes y risas de su entusiasmado auditorio.

—No hay temor de que ahora se escape, añadió Squeers acabando su narracion con aire victorioso; he tomado to-

das las precauciones necesarias y tengo ya tres asientos de imperial para el viaje. Irá, pues, entre sus mismos aprehensores todo el camino hasta la puerta de la casa paterna, y para mas expedicion dejo á mi agente en Londres el cuidado de enviarme los nuevos alumnos y hasta el de saldar mis cuentas.

—¡Sois el mismo diablo! dijo riendo John Browdie. ¡Qué bien haceis todas las cosas! Con tanta astucia y prevision, siempre llevais la ventaja en todo.

—Ya sabeis la ocurrencia; y habeis hecho bien en venir hoy, pues mañana ya no nos hubierais encontrado en Londres. De todos modos, ya no nos veremos mas antes de mi partida, á menos que no querais venir esta noche á mi alojamiento á tomar el té.

—Pues dicho está, contestó John aceptando el ofrecimiento con otro apreton de manos, menos violento que el otro: nos volveremos á ver esta noche, aunque vivierais á seis leguas de aquí.

—¿De veras? dijo Squeers, que no esperaba ver aceptada tan francamente su invitacion de pura fórmula, pues de otro modo lo hubiera pensàdo dos veces para hacerla.

John Browdie le dió otro apreton de manos por toda contestacion.

Su intencion no era, decia el buen John, visitar á Londres el mismo dia de su llegada; así, pues, podrian estar en casa de M. Snawley, ó sea en el alojamiento de Squcers á las seis en punto.

Con este acuerdo muy luego concluyó la conversacion y el honorable director se despidió retirándose con su digno hijo.

Todo el resto del dia, M. John Browdie hubo de manifestarse en un estado de extraña excitacion. Dábanle tentaciones de risa que no podia reprimir, y pàra desahogarse tomaba su sombrero y corria al patio de la fonda; pero siendo muchos sus impulsos de risa, no hacia mas que ir y venir crujiéndose los dedos y haciendo algun paso de danza rústica que no habia mas que ver.

En una palabra, toda su conducta parecia y era en verdad tan extraordinaria, que Fanny le supuso loco, y en esta creencia hubo de tomar sus precauciones para comunicar á Matilde su opinion sobre este punto.

Sin embargo, Matilde, léjos de mostrarse alarmada, le contestó que ya le habia visto mas de una vez en tal estado, y que sabia muy bien por experiencia que aquello acabaria en una ligera indisposicion; pero que sus consecuencias no tenian nada de graves y que lo mejor que habia que hacer era dejarle tranquilo.

El resultado vino á darle la razon.

En efecto, por la noche cuando estaban todos sentados á la mesa en el comedor de M. Snawley, John Browdie se sintió tan mal, que todos concibieron las mas vivas alarmas, todos menos su excelente mitad, que conservando toda su presencia de ánimo, les aseguró que, si M. Squeers tenia la bondad de cederle su lecho por una hora ó dos dejándole completamente solo, su mal, que ya conocia ella, pasaria tan pronto como habia venido.

Todos convinieron en que era el mejor partido que podia tomarse, antes que enviar á llamar al médico.

Con esta resolucion se ayudó á John á subir la escalera, cosa que costó mucho trabajo, supuesto el enorme peso y dejadez de aquel corpachon.

Sea como quiera se le dejó al fin en la cama de Squeers bajo la guarda de su solícita esposa, quien al cabo de algunos momentos bajó á la sala comun con la feliz noticia de que el enfermo dormia ya como un liron.

La verdad es que en aquellos mismos momentos léjos de dormir como un liron, John Browdie estaba sentado en la cama, colorado como un pavo y metiéndose una punta de la almohada en la boca para poder reprimir su risa.

Una vez dominada esta tentacion, se quitó los zapatos, se deslizó sigilosamente hácia el aposento inmediato en que Smike estaba encerrado, hizo girar la llave sin ruido, entró en el calabozo, tapó la boca al preso antes de que pudiera dar un grito de espanto y le dijo al oido:

—Smike, ¿no me reconoces? Soy John Browdie, aquel á quien encontraste despues de la paliza que dió mi amigo Nickleby al maestro de escuela. ¿No te acuerdas, Smike?

—Sí, sí, contestó el preso. ¡Oh! socorredme.

—¡Socorrerte! exclamó John poniéndole la mano en la boca para que no hablara mas. ¡Mil diablos! ¿Es que necesitarias tú socorro, si no fueras el mayor tonto de la tierra? ¿Qué diablos has venido tú á hacer aquí, desdichado?

—Él, él me ha traido á la fuerza.

—¡A la fuerza! ¡Voto á mil demonios! Y ¿no podias haberle roto la cabeza, ó á lo menos tirarte á tierra y romperle á coces las piernas llamando al mismo tiempo á la guardia? Cuando yo tenia tu edad, me hubiera comido para almorzar doce pájaros como el maestro de escuela. Pero Dios me perdone, añadió John con acento de piedad, pues no tengo razon en regañar así á una pobre criatura como tú.

Smike fué á abrir la boca para contestarle, pero John le interrumpió diciéndole:

—Estáte callado y quieto aquí hasta que yo te avise; ¡quieto y callado!

Despues de esta prudente precaucion, John sacudió la cabeza con aire resuelto, y sacando de su bolsillo un destornillador que á prevencion llevaba, se puso á quitar la cerradura con toda la destreza de quien no hubiera hecho nunca otra cosa; y quitada ya, la colocó en el suelo con el mismo destornillador.

—¿Ves esto? le dijo entónces: tú eres quien lo ha hecho. Ahora, huye.

Smike le miraba con la boca abierta sin comprender una palabra.

—Te digo que te vayas y pronto, repitió John. ¿Sabes dónde vives?

—Sí.

—Corriente. Esta ropa ¿es tuya ó del maestro de escuela?

—Es mia, es mia.

—En hora buena; póntela en seguida.

Y para ganar tiempo, el mismo John se puso á ayudarle

á vestirse, sino que en su precipitacion le metia su manga derecha en el brazo izquierdo y la izquierda en el derecho.

Sin embargo, luego se concluyó la operacion.

—Ahora sígueme, y cuando hayas salvado la puerta, vuelve á la derecha, que no te vean pasar.

—Pero el maestro, objetó Smike temblando de piés á cabeza, el maestro va á oirme cerrar la puerta.

—¿Qué tienes tú que cerrar la puerta, gran necio? ¿O es que temes se constipe el muy bribon?

—Nó, no temo eso, contestó Smike tiritando de miedo; pero ¡ay! ya me ha agarrado una vez y me agarrará otra. ¡Oh! estoy seguro de ello; me agarrará, me agarrará otra vez.

—¡Que te agarrará otra vez! exclamó John impacientado. ¡Mil diablos que se lo lleven! yo te digo que esta vez no te agarrará. No quiero que crea que soy un mal vecino, pues sabes que lo somos allá, y por eso me he valido de este ardid para que piense que tú solo te has facilitado la fuga; pero si llega á salir de la sala antes de que tú estés libre, yo te aseguro que no será él quien te agarre, porque no he de dejarle un hueso sano; si sale un poco despues, yo le daré falsas señas para que pierda tiempo y tú lo ganes. Pero si tienes buen ánimo, estarás tú en tu casa antes de que él sospeche lo mas mínimo. Con que ¡de viaje!

Smike, que tenia justamente la inteligencia necesaria para comprender que todas las palabras de John favorecian su fuga, se disponia á seguirle, cuando este le dijo al oido:

—Has de decirle al amigo Nickleby que me he casado con Matilde Price, y que no tiene mas que escribirme á la *Cabeza del Sarraceno*. Díle tambien que no le guardo ningun rencor. ¡Pardiez! me voy á reventar de risa si tengo la desgracia de acordarme de aquella noche. Me parece estarle viendo aun despachando las tostadas con manteca.

Era un recuerdo peligroso para John Browdie en un momento tan crítico, y estuvo en muy poco que no rompiera en una explosion ruidosa, que todo lo hubiera descompuesto.

Por fortuna tuvo la fuerza de voluntad necesaria para reprimirse, y sin perder mas tiempo bajó con cuidado tirando de Smike, se colocó delante de la puerta de la sala para cerrar el paso al primero que quisiera salir, y le hizo una seña para que huyera.

Ya en este punto, Smike no esperó á que se lo dijera otra vez. Abrió la puerta blandamente, y mirando á su libertador con ojos de gratitud y espanto al mismo tiempo, torció á la derecha y echó á correr ligero como el viento.

John, resuelto á todo, permaneció algunos minutos en su puesto.

Despues, viendo que la conversacion que se sostenia en la sala continuaba tranquilamente su curso, tomó otra vez las escaleras siempre con la misma precaucion.

Ya arriba, se detuvo y permaneció escuchando si se oia algun ruido sospechoso por espacio de una hora ó poco menos.

Todo estaba en el mayor silencio.

Entonces, tranquilo ya John, se restituyó á su cama, es decir á la cama de Squeers, y tapándose la cabeza con las ropas, soltó la rienda á su pasion de reir por tanto tiempo reprimida.

Cualquiera que hubiera podido ver el lecho agitarse en estas convulsiones de risa, y la roja y robusta cara del moceton del Yorkshire aparecer de vez en cuando entre dos sábanas como un hipopótamo que viniera á respirar á la superficie del agua, para hacer aun, despues del chapuzon, nuevas convulsiones de indómita risa, no se hubiera divertido menos que el mismo John Browdie se divertia por su parte.

CAPÍTULO VIII.

Nicolás viene á enamorarse y emplea un mediador cuyas gestiones corona un éxito inesperado, excepto sin embargo un solo punto.

Viéndose ya libre de las garras de su antiguo perseguidor, no tuvo Smike necesidad de mas estímulos para hacer todos los esfuerzos y para llamar en su ayuda toda la energía de que era capaz.

Sin perder un solo instante en discurrir sobre el camino que debia tomar, sin ocuparse en saber si lo conducia á su casa ó si al contrario lo alejaba de ella, se puso á huir con una velocidad sorprendente y una perseverancia infatigable. El miedo le daba alas y la voz demasiado conocida del malévolo Squeers parecia resonar en sus oidos como una infernal gritería, como una algarada de encarnizados enemigos que le fueran al alcance.

Los turbados sentidos del pobre muchacho le hacian ya sentir detrás de sí su aliento, mas ó menos cerca, segun las alternativas de temor ó de esperanza que le agitaban.

Mucho tiempo despues de haberse convencido de que eran vanos sonidos sin existencia real fuera de su alterado cerebro, siguió todavía corriendo y con tanto ímpetu que era inminente ya su desfallecimiento.

Solo cuando la oscuridad y el silencio de un camino público en medio del campo le despertaron al sentimiento de los objetos exteriores, y cuando por encima de todo el cielo estrellado le advirtió la rápida marcha del tiempo, solo entonces se detuvo, falto de aliento y cubierto de sudor y de polvo, para mirar con desconfianza al rededor de sí.

Todo estaba sereno y silencioso: una masa luminosa que á lo léjos lanzaba al cielo una tinta inflamada, marcaba el sitio de la gran ciudad. Los campos solitarios que habia atravesado en su fuga, limitaban el camino por una y otra parte.

Ya era tarde; Smike estaba seguro de que no se le habia podido seguir la pista, y si habia de volver a su casa, era ciertamente á aquella hora y á la oscuridad de una noche ya avanzada.

El mismo Smike, á pesar de su poca inteligencia, amenguada aun mas por el temor, acabó por comprenderlo así, aunque poco á poco. Al principio habia tenido una idea vaga, una idea infantil, que era andar diez ó doce kilómetros por el campo y volver luego á su casa por un largo rodeo, que le ahorrara el cuidado de pasar por Londres: tanto temia atravesar solo sus calles y encontrarse otra vez en frente de su terrible y odioso perseguidor; pero cediendo en fin á inspiraciones mas racionales, volvió atrás, tomó el camino real, siempre con miedo, y se dirigió á Londres casi tan rápidamente como habia huido de la residencia provisional de M. Squeers.

A la hora en que entró en la ciudad por el distrito de Oeste, la mayor parte de las tiendas y almacenes estaban cerrados; la multitud que habia salido al oscurecer á tomar el aire, despues de un caluroso dia, habia vuelto ya á sus casas, excepto algunos rezagados que vagaban aun por las calles; pero siempre habia gente bastante para indicarle de vez en cuando su camino. Así, pues, á fuerza de preguntar acabó por encontrarse á la puerta de Newman Noggs.

Newman habia pasado justamente toda esta noche recorriendo calles y registrando rincones de la populosa ciudad en busca de la persona misma que en aquel momento venia á llamar á su puerta, mientras descansaba él de sus inútiles gestiones.

Newman estaba sentado á la mesa ante una miserable cena, triste y melancólico, cuando oyó el golpe incierto y tímido dado en la puerta por Smike. Su inquietud le tenia alerta, atento al menor ruido.

Luego al punto bajó la escalera, y dando un grito de júbilo arrastró consigo al inesperado huésped hasta su habitacion sin hablar una palabra.

Luego que le hubo metido en su desvan y cerrado bien la

puerta para mayor seguridad, preparó un copioso cordial casero y lo llevó á los labios de Smike como se presenta una purga á un niño rebelde, recomendándole que se lo bebiera hasta la última gota.

Newman pareció singularmente desconcertado viendo que Smike apenas mojaba los labios en la preciosa bebida que él habia preparado. Ya levantaba el jarro para apurar el líquido él mismo, compadeciendo á Smike, cuando oyéndole comenzar la narracion de su aventura, se detuvo á la mitad de la accion, prestó oido y permaneció en suspenso con el jarro en la mano.

A medida que Smike avanzaba en su narracion, Newman variaba de actitud á cada instante con unas maneras dignas de verse. Habia comenzado por frotarse los labios con el revés de la mano, ceremonia preparatoria para echar un trago. Despues al nombrar á Squeers se puso el jarro debajo del brazo, abrió cuanto pudo los ojos y miró delante de sí con gran enojo.

Cuando Smike llegó á referir los golpes que recibiera en el fiacre, Newman se apresuró á dejar el jarro sobre la mesa y se puso á pasear en un estado de excitacion imposible de describir, deteniéndose repentinamente de vez en cuando para escuchar con mas atencion.

Cuando llegó su turno al pasaje de John Browdie, fué cayendo lentamente en su silla frotándose las rodillas con las manos con un movimiento cada vez mas rápido, á medida que la narracion se iba haciendo mas interesante, y acabó con una ruidosa carcajada.

Despues preguntó con inquietud, si creia que John y Squeers hubieran reñido.

—Nó, contestó Smike, no creo que el maestro haya podido apercibirse de mi evasion antes de que yo estuviera muy léjos de allí.

Newman se rascó la cabeza con expresion del mayor disgusto. Despues volvió á tomar el jarro y beber un poco del delicioso líquido, dirigiendo al mismo tiempo á Smike una sonrisa ardiente y salvaje.

—Vais á permanecer aquí, pues estais tan fatigado; yo iré á anunciarles vuestra vuelta. Bien podeis creer que les habeis dado un buen susto. M. Nicolás.....

—¡Dios le bendiga! interrumpió Smike.

—¡Así sea! M. Nicolás no se ha dado punto de reposo desde vuestra falta, lo mismo que su madre y su hermana Catalina.

—¡Oh! nó, nó. ¿Habia ella de haber pensado en mí? ¡Oh! nó, no me digais eso, si no es verdad.

—Porque es verdad lo digo, y nada tiene de particular, siendo una señorita tan buena como hermosa.

—¡Oh! sí, sí, teneis razon.

—Tiene muy buen corazon.

—¡Oh! sí, sí, repitió Smike con mayor viveza.

—Lo que no impide, añadió Newman, que sea un modelo de franqueza y lealtad.

Iba á continuar en este tono, cuando al mirar por casualidad á su jóven amigo, vió que se habia cubierto la cara con las manos y que lágrimas furtivas corrian entre sus dedos.

Un momento antes aquellos mismos ojos ahora bañados de lágrimas lucian con un brillo extraordinario, y todos los rasgos de su fisonomía se habian animado con un ardor que hubo de trasformarlo en un momento en otro hombre distinto.

—¡Ah! bien! murmuró Newman como embarazado por su descubrimiento: no me sorprende; habia pensado en ello mas de una vez: con tan buen natural, era cosa inevitable. ¡Pobre muchacho! sí, sí, él mismo lo siente..... esto es lo que le esperaba..... esto le recuerda sus primeros males. ¡Oh! bien está; yo conozco estas cosas.

El tono con que Newman expresaba estas reflexiones ambiguas, mostraba suficientemente que no miraba con satisfaccion el sentimiento que se las habia inspirado, y sentado algunos minutos en actitud pensativa, dirigia de vez en cuando á Smike una mirada de inquietud y de piedad, que podia significar que tenia mas de una razon para simpatizar con sus tristes pensamientos.

Finalmente volvió á proponer que Smike pasara la noche donde estaba, y que él iria desde luego á calmar la inquietud de la familia. Pero Smike no quiso oir hablar de esto en su impaciencia por ver á sus bienhechores, y hubieron de salir juntos, bien que el jóven estropeado de los piés por su larga carrera, apenas podia seguir al viejo.

Cuando llegaron al término de su viaje, hacia ya mas de una hora que habia salido el sol.

Nicolás que, combinando planes quiméricos para buscar al amigo que habia perdido, habia pasado toda la noche sin poder cerrar los ojos, no bien oyó en la puerta el sonido de sus conocidas voces, saltó de la cama lleno de alegría para hacerles entrar.

El ruido de la conversacion, de sus felicitaciones, de su indignacion, vino á despertar muy luego á la demás familia, y Smike tuvo el recibimiento mas cordial, no solo de Catalina, sino de la madre tambien, con mil seguridades de estima y proteccion.

La buena de la viuda tuvo la bondad de referir en esta oportunidad, para su recreo mas bien que para el de los demás, una historia sobremanera curiosa y notable, tomada de un libro cuyo título no habia sabido nunca. Trátase en esta historia de una evasion milagrosa de un oficial cuyo nombre no recordaba, castigado por un delito de que no conservaba mas que un imperfecto recuerdo.

Nicolás comenzó por suponer que su tio no debia ser extraño á la audaz tentativa. Pero despues de maduras reflexiones, se inclinó á creer mas bien que el honor de aquella captura pertenecia exclusivamente al honorable Squeers, y para cerciorarse y adquirir mas detalles, resolvió dirigirse al mismo John Browdie.

Entretanto fué á sus obligaciones ordinarias, pensando todo el camino en una multitud de planes y proyectos, todos fundados en los mas rigurosos principios de justicia, pero por desgracia todos tambien mas ó menos irrealizables, para castigar al director del colegio como merecia.

—¡Qué buen tiempo, M. Linkinwater! dijo Nicolás entrando en el despacho.

—¡Ah! muy bueno, contestó Timoteo. Que vengan luego á ponderarnos las ventajas del campo. ¿Qué teneis, pues, que decir de este tiempo para tiempo de Londres?

—Nada, pero eso no obsta que el tiempo sea algo mejor fuera de la ciudad.

—¡Algo mejor! exclamó Linkinwater; pues amigo, yo quisiera que lo vierais desde la ventana de mi dormitorio.

—Y yo quisiera que lo vierais vos desde mis ventanas, replicó sonriendo Nicolás.

—¡Bah! bah! no me hableis de eso.

Para Timoteo era el Bow en que vivia Nicolás con su familia un verdadero sitio campestre.

—¡El campo! añadió con cierto desden el laborioso Timoteo. ¡Qué tontería! En el campo podreis procuraros flores y huevos frescos, pero nada mas. Y aun así, cuando yo quiero huevos frescos para almorzar, no tengo mas que ir al mercado de *London-hall;* allí hay huevos frescos todas las mañanas. Y respecto de flores, no teneis mas que subir la escalera, y cuando olais mi reseda ó mis alelíes dobles que están en la ventana n.° 6 sobre el patio, no echareis de menos el campo.

—¿Alelíes dobles en el n.° 6 del patio? dijo Nicolás.

—¡Oh! ya lo creo; y aun habia jacintos esta primavera en..... pero os vais á burlar seguramente.

—¡A burlarme! ¿De qué?

—De que habian florecido en botellas rotas.

—Pues no hay de qué reirse, á fe mia.

Timoteo le miró sériamente un momento como si se sintiera animado por el tono de su respuesta á mostrarse mas comunicativo con él sobre este asunto. Despues, poniéndose detrás de la oreja la pluma que acababa de cortar y cerrando el instrumento con que la habia cortado, le dijo:

—Esas flores, amigo Nickleby, pertenecen á un pobre muchacho enfermo y jiboso, y parece que constituyen el único placer de su existencia. A ver, ¿cuántos años hace,

añadió reflexionando, que le ví por la primera vez arrastrándose pequeñuelo con ayuda de un par de muletas? A fe mia, no hace mucho y seria nada para otro, pero para él... ¡Oh! es mucho... mucho. ¿Sabeis, amigo Nickleby, que es muy triste ver un niño contrahecho, alejado de los otros niños que inquietos y jubilosos se entregan á sus diversiones, en las cuales no puede tomar parte? Yo he pensado en esto con pena mas de una vez, amigo mio.

—Pues ¿qué? ¿no hay nadie cerca de él, preguntó Nicolás, para alegrar su existencia ó ayudarle en su debilidad?

—Creo que su padre está allí y aun he visto otras personas, pero nadie parece cuidarse mucho de los dolores del pobre estropeado. Muchas veces le he preguntado si podia yo serle útil en algo, pero siempre me ha dado la misma contestacion negativa. Hace algun tiempo que su voz se ha debilitado hasta el punto de no dejarse oir; pero aun veo en el movimiento de sus labios que su contestacion es la misma. Ahora como el pobre no puede abandonar el lecho, le han arrimado á la ventana, y allí le veo tendido todo el dia mirando, ya el cielo, ya esas flores que él mismo se toma el trabajo de cuidar con sus escuálidas manos. Por la noche cuando ve leer en mi aposento, descorre la cortina y la deja así hasta que me acuesto. Parece que se alegra al ver que yo estoy allí y que se cree acompañado con esto. Asi, pues, muchas veces me siento y permanezco en la ventana una hora ó dos para que vea que no estoy acostado todavía. Otras veces me levanto de la cama para ver el resplandor triste y sombrío de su aposento y me pregunto si duerme ó vela.

—¡Pobre muchacho! exclamó Nicolás simpatizando.

El buen Timoteo continuó:

—Pronto se dormirá para siempre, para no despertar sino en el cielo; y aunque nunca nos hemos estrechado las manos, cuando llegue esa noche de su último y eterno sueño, le lloraré yo como un antiguo y verdadero amigo.

Nicolás se sintió conmovido tiernamente á este bellisimo rasgo de Timoteo, que aun añadió este otro:

—Ahora bien, decidme, ¿hay en todas las flores del campo una que pueda interesarme mas que esta?

Nicolás contestó que nó moviendo la cabeza.

—¿Creeis que no veré yo con menos pena marchitarse mil especies de flores de esas que tienen nombres latinos y rudos, que desaparecer esa maceta vieja y esas botellas rotas, donde están las sencillas flores del niño enfermo? ¡El campo! exclamó Tim con desden. ¿No sabeis que solo en Londres puedo yo tener un corazon como ese en frente de mi ventana?

Y con pretexto de volver á sus cálculos, el buen Timoteo desvió la cara y se apresuró á enjugarse los ojos arrasados de lágrimas, suponiendo que Nicolás no le observaba.

Sea que los cálculos de Timoteo fueran este dia mas complicados que otro, sea que estos tiernos recuerdos hubieran turbado su serenidad ordinaria, cuando Nicolás volviendo de una gestion de la casa, le preguntó si M. Cárlos Cheeryble estaba solo en su despacho, Timoteo le contestó sin vacilacion ninguna que no habia nadie con él, sabiendo que no hacia diez minutos que habia entrado álguien, teniendo por costumbre invariable no dejar que se interrumpiera á ninguno de los hermanos, cuando no estaban solos.

—Entonces voy á entregarle esta carta sin demora, dijo Nicolás.

Y fué á llamar á la puerta del despacho.

Pero nadie le contestó.

Llamó otra vez y observó el mismo silencio.

—Aquí no hay nadie, se dijo Nicolás. Dejaré la carta sobre la mesa.

Con esta idea empujó la puerta y entró.

Pero al punto hubo de retroceder con gran embarazo viendo una dama á los piés de M. Cárlos que le suplicaba tuviera la bondad de levantarse, instando al mismo tiempo á una tercera persona que parecia ser la criada á unir sus esfuerzos á los de él para determinarla á no permanecer en aquella humilde posicion.

Nicolás balbuceó torpemente una excusa y se retiraba

precipitadamente, cuando la dama volviendo hácia él la cara, le presentó los rasgos de la encantadora jóven que habia visto en el Despacho de colocaciones la primera vez que fué á este establecimiento.

Mirando luego á la criada, reconoció en ella á la modesta mujer que entonces la acompañaba, y suspenso entre la admiracion que le inspiraban los encantos de la jóven y la confusion en que le ponia la sorpresa de aquel reconocimiento inesperado, permaneció inmóvil como un tronco, y en un estado de embarazo que le hacia igualmente incapaz de hablar y de moverse.

—Pero señora, pero señorita, por Dios, decia el hermano Cárlos en una violenta agitacion, acabad, yo os lo suplico; no hablemos mas; lo que deseo y os pido con todo encarecimiento es que os levanteis; levantaos por Dios; ya veis que no estamos solos.

Y esto diciendo, pudo al fin levantar á la jóven, quien con paso vacilante fué á sentarse en una silla y se desmayó.

—Se ha desmayado, dijo Nicolás precipitándose hácia ella.

—¡Pobre señorita! exclamó M. Cárlos; ¡pobre señorita! ¿Dónde está mi hermano? Ned, hermano mio, ven corriendo, ven.

—¡Cárlos! ¡hermano! ¿qué te ocurre? dijo M. Ned entrando aceleradamente en la estancia. ¡Ah! ¿Qué es esto?

—¡Silencio, hermano mio! Que venga el ama de gobierno. Llama á Linkinwater. Linkinwater! venid pronto! Mi querido Nickleby, os ruego que nos dejeis solos.

—Me parece que ya vuelve en sí, dijo Nicolás, que en su celo y solicitud por atender á la bella desmayada, no hubo de oir ó entender que se le suplicaba se retirara.

—¡Pobre niña! exclamó el hermano Cárlos tomando delicadamente la mano de la jóven y teniendo su cabeza apoyada en su brazo. Ned, añadió llamando la atencion de su hermano, comprendo tu extrañeza al ver semejante escena aquí, en el despacho de nuestros negocios; pero.....

Antes de seguir adelante reparó en la presencia de Nicolás, y estrechándole la mano, le suplicó con insistencia se

retirara y avisara á Timoteo que fuera sin el menor retardo.

Nicolás se retiró ya inmediatamente, y volviendo al escritorio encontró á la vieja ama de llaves y á Tim Linkinwater que se disponian solícitamente á dirigirse al despacho.

Sin detenerse á oir á Nicolás, Timoteo acudió corriendo al llamamiento, y Nicolás oyó luego cerrar por dentro la puerta, condensándose así mas para él el ya tupido velo del misterio.

Tiempo tuvo de reflexionar á su gusto sobre este incidente, pues la ausencia de Timoteo duró cerca de una hora, en cuyo tiempo Nicolás no hizo otra cosa que pensar en la señorita, en su incomparable belleza, en las razones que la habian llevado allí y en el secreto misterioso que envolvia este negocio.

Cuanto mas pensaba en ello, tanto mas se perdia en conjeturas, y mas deseaba saber quién era aquella jóven á quien no conocia, pero á quien hubiera podido distinguir entre mil personas.

Despues se puso á pasear á lo largo del escritorio, perseguido sin cesar por aquella mujer cuya imágen tenia siempre viva ante sus ojos, pues su espíritu separaba todo otro asunto para no pensar mas que en este.

Por fin, volvió Timoteo Linkinwater, pero con una frialdad desesperadora, trayendo unos papeles en la mano, y la pluma entre los dientes, como si nada hubiera pasado.

—¿Está ya del todo repuesta? preguntó Nicolás con gran solicitud.

—¿Quién? preguntó á su vez Timoteo.

—¡Cómo que quién! esa señorita.

—¿Cuántas hacen cuatrocientas veinte y siete veces tres mil doscientas treinta y ocho, M. Nickleby? le preguntó Timoteo tomando la pluma en la mano.

—Voy á averiguarlo, respondió Nicolás, pero contestad antes á mi pregunta. Os preguntaba...

—¡Ah! sí; está ya repuesta del todo.

—¿Del todo?

—Del todo, contestó gravemente Timoteo.

—¿Podrá volver hoy á su casa?

—¡Toma! ya ha vuelto.

—¡Ha vuelto ya!

—Sí.

—Yo creo, dijo Nicólás mirando fijamente á su interlocutor, creo que no tiene que ir muy léjos.

—Y yo tambien, contestó el imperturbable Tim.

Nicolás hubo de aventurar aun una ó dos observaciones, pero era evidente que Linkinwater tenia sus razones para eludir tales preguntas, y que por tanto estaba resuelto á no soltar ningun dato relativo á la bella desconocida, que habia despertado tan vivo interés en el corazon de su jóven amigo.

Sin desanimarse por esta contrariedad, volvió á la carga el dia siguiente alentado por la ocasion, pues encontró á Timoteo menos reservado y taciturno que de costumbre; pero luego que suscitó su asunto favorito, volvió el otro á su reserva ó prudencia, con la misma desesperadora frialdad, pues si bien al principio contestó por algun monosílabo, vino á concluir por no contestar, dejando á su cuidado interpretar como quisiera algunos movimientos de cabeza ó de hombros completamente insignificantes, que no hacian mas que excitar los deseos de Nicolás, atormentado por la necesidad de satisfacer su curiosidad amorosa.

Batido en todas sus posiciones no tenia ya otra esperanza que espiar la primera visita de la jóven. Pero nada adelantó en este camino, pues los dias pasaban y la jóven no aparecia. Por mas que examinaba cuidadosamente la firma de todas las cartas dirigidas á sus principales, no encontraba una que conviniera con lo que buscaba.

Dos ó tres veces se le encargaron comisiones que debian tenerlo alejado algun tiempo de la casa y aun de la ciudad, y que estaban en las atribuciones ordinarias de Tim Linkinwater. Nicolás no pudo menos de suponer que se hacia esto ex-profeso con uno ú otro pretexto, para que no viera á la jóven ir á la casa.

Pero nada justificaba sus sospechas, y no habia peligro

de que Timoteo soltara una palabra ó le diera algun indicio que pudiera confirmarlas.

«Léjos de vista, léjos de corazon,» dice el refran. Esto puede ser en cuanto á la amistad, aunque verdaderamente los afectos infieles no necesitan la ausencia para fundar una excusa, antes bien como la pedrería falsa, imitan mejor desde léjos los esplendores del diámante. Pero el amor se sostiene especialmente con el calor de una imaginacion viva; tiene la memoria larga y fácil la conservacion ó entretenimiento; vive de poco, casi de nada.

Así, pues, en las separaciones y bajo el imperio de las circunstancias mas difíciles, toma su mayor desenvolvimiento.

Tenemos un ejemplo en Nicolás que á fuerza de pensar en su desconocida de dia y de noche y á todas horas, vino á creer que estaba locamente enamorado de ella, y que no habia habido nunca en el mundo amor peor servido por la fortuna que el suyo.

Sea como quiera, por mas que amara y languideciera á la manera de los modelos mas ortodoxos del género, ¿qué podia hacer? ¿Tomar á Catalina por confidente? Pero se sentia al punto retenido por la sencilla consideracion de no tener nada que decirle, pues no habia tenido en su vida el gusto de dirigir la palabra una sola vez al objeto de su pasion, ni aun siquiera de fijar en su hermosura los ojos, sino en dos ocasiones, en que no habia hecho mas que aparecer y desaparecer con la rapidez del relámpago, ó como decia el mismo Nicolás en sus eternas conversaciones consigo mismo sobre este interesante asunto, no habia sido mas que una aparicion de juventud y belleza demasiado brillante para durar mucho tiempo.

Lo que hay de cierto es que su abnegacion amorosa permanecia sin recompensa, pues la hermosa jóven no parecia. Era un amor perdido. ¡Y qué amor! Con él habia seguramente para abastecer á una docena de amantes de nuestros tiempos. Todo lo que en él habia ganado Nicolás, se reducia á ponerse cada dia mas melancólico, mas sentimental, mas lánguido.

Así andaban las cosas, cuando la quiebra de un corresponsal de la casa en Alemania vino á imponer á Nicolás y á Timoteo mayor tarea para la liquidacion de unas cuentas largas y embrolladas que exigian trabajo y tiempo considerables. Para acabar pronto, Timoteo fué de opinion que, durante una semana ó dos, velaran en el escritorio hasta las diez de la noche.

Nicolás acogió de la mejor voluntad la opinion de su amigo y compañero, pues nada entibiaba su celo en servicio de la casa, ni aun su novelesco amor, aunque el amor no sea compatible con los negocios.

La primera noche de vela, á las nueve se presentó..... no la señora de sus pensamientos, sino su criada, la cual despues de haber permanecido encerrada algun tiempo con el hermano Cárlos, partió para volver la noche siguiente á la misma hora y las demás noches sucesivas.

Estas repetidas visitas inflamaron la curiosidad de Nicolás hasta un extremo indecible: el mismo suplicio de Tántalo era una bicoca en comparacion de sus tormentos; y desesperando de poder profundizar este misterio sin desatender su obligacion, confió su secreto íntegramente al viejo Newman Noggs, rogándole con todo encarecimiento se pusiese en acecho toda la noche, si era menester, para seguir á la criada hasta la casa de su ama; para tomar todos los informes que pudiera adquirir de la mujer á quien amaba, sin suscitar sospechas que pudieran perjudicarle, y en fin para hacerle una relacion fiel y minuciosa de todo en el mas breve plazo posible.

Juzgad si Newman Noggs estaria orgulloso de esta prueba de confianza. Aquella misma noche y con una hora larga de anticipacion fué á situarse en el *square*, y tomando posicion detrás de la bomba, se caló el sombrero hasta los ojos y se puso á espiar con un aire de misterio tan mal disimulado que debió llamar la atencion de todos los transeuntes.

Así, pues, muchas criadas que vinieron á sacar agua y algunos muchachos que se pararon á beber se quedaron

suspensos descubriendo á Newman que les miraba furtivamente desde su escondrijo, sin dejar ver de su persona mas que la cara, la cara de un ogro, que huele la carne fresca.

La mensajera no se hizo esperar; entró á su hora habitual y salió un poco mas tarde.

Newman y Nicolás se habian dado dos citas, una para el dia siguiente en caso de mal éxito, y otra para el dia despues, de todas maneras. El punto de reunion era una taberna á mitad del camino entre la *city* y *Golden-square*.

Nicolás esperó en vano á su confidente el primer dia; pero el segundo no llegó sino despues, siendo recibido por Newman con los brazos abiertos.

—Todo va bien, dijo en voz baja á Nicolás. Sentaos, sentaos, amigo mio; sentaos y dejadme contaros todas estas cosas con calma.

Nicolás tomó una silla y se sentó preguntando con gran solicitud qué habia de nuevo.

—¿Qué hay de nuevo? Mucho, contestó Newman con entusiasmo. Todo va bien, no os inquieteis. Ea, ¿por dónde empezaré? Calma, amigo mio, calma y valor. Os digo que todo va bien.

—¿De veras? ¿Va todo bien, mi querido Newman?

—Cuando yo os digo que va bien, bien va.

—Ea, pues, comenzad, dijo Nicolás con visible impaciencia; comenzad. Ante todo, ¿su nombre?

—*Crevisse*, contestó Newman.

—¡Crevisse! exclamó indignado Nicolás.

—Si, recuerdo su nombre á causa de su semejanza con *ecrevisse* (1).

—¡Crevisse! repitió Nicolás con mayor extrañeza. Es imposible que se llame así; preciso es que os hayais equivocado tomando el nombre de la criada por el suyo. No puede explicarse de otro modo esa inconveniencia.

—Nó, nó, contestó Newman, como quien está seguro de

---

(1) Cangrejo.

no equivocarse. Os repito y aseguro que se llama miss Cecilia Crevisse.

—¡Ah! eso sí, repuso Nicolás repitiendo el nombre de su amada en todos los tonos. En hora buena, Cecilia es un bello nombre.

—Muy bello; y ella tambien.

—¿Quién?

—Miss Cecilia.

—¿Dónde la habeis visto?

—No os inquieteis, amigo mio, contestó Newman dándole una palmada en el hombro. ¡Calma! Yo lá he visto y vos tambien la vereis. Todo lo dejo arreglado.

—Mi querido Newman, exclamó Nicolás estrechándole la mano fuertemente. No os chanceeis.

—De ninguna manera, os hablo sériamente y lo que os hé dicho es exacto. Mañana á la noche la vereis. Ella misma consiente en oir vuestra declaracion. ¡Oh! es un prodigio de bondad, de dulzura, de belleza.

—Bien seguro estaba yo de ello, amigo Newman. ¡Oh! es ella, sí; la reconozco en ese retrato.

Y en su entusiasmo, Nicolás apretaba la mano de Newman olvidando que era de carne y hueso.

—Amigo mio, que me haceis daño, le advirtió el paciente sonriendo.

—¿Dónde vive? le preguntó Nicolás. ¿Qué habeis averiguado de ella? ¿Tiene padres y hermanos? ¿Qué os ha dicho? ¿Qué habeis hecho para poder verla? ¿Le causó sorpresa vuestra visita? ¿Le habeis dicho cuánto ansio yo hablarla? ¿Recuerda dónde la ví por la primera vez? ¿Le habeis dicho tambien que desde entonces estoy pensando siempre en ella, y que en mis mas amargos pesares me aparecia como un reflejo de un mundo mejor? ¿Le habeis dicho todo esto? Pero, Newman, no hablais y me muero de impaciencia por saberlo todo: hablad, pues, Newman, hablad.

El pobre Newman estaba literalmente sofocado por este aluvion de preguntas que venian á asaltarle sin darle tiempo para respirar. A cada palabra de este interrogatorio, ha-

cia en su silla un movimiento espasmódico, y no cesaba de mirar á Nicolás fijamente y con una expresion de perplejidad un tanto cómica.

—Nó, contestó, yo no le he hablado de eso.

—¿De qué?

—Del reflejo de un mundo mejor. Tampoco le he dicho quién erais, ni dónde la habiais visto por la primera vez; pero le he dicho, eso sí, le he dicho que la amais con locura.

—Y le habeis dicho la verdad, Newman, dijo Nicolás con toda su vehemencia. ¡Oh! Dios sabe que es verdad que la amo como un loco.

—Le he dicho tambien, continuó diciendo Newman, que hace mucho tiempo que halagais secretamente esta pasion.

—Tambien es verdad, sí, mucha verdad. Y bien, ¿qué ha dicho ella?

—¿Ella?

—Sí.

—Nada, pero se ruborizó.

—Bien, muy bien: así debia suceder, dijo satisfecho el enamorado Nicolás.

Entonces Newman prosiguiendo su narracion, le refirió que Cecilia era hija única en la casa, que no tenia madre, que vivia con su padre, y que si habia consentido en conceder una entrevista á su pretendiente, se debia á las instancias de su criada, que parecia ejercer sobre ella una gran influencia.

El mismo Newman habia tenido necesidad de emplear la elocuencia mas patética para persuadirla. Por supuesto, se entendia que la jóven consentia pura y simplemente en oir la declaracion de Nicolás sin prometer ni comprometerse á nada.

En cuanto al misterio de sus relaciones con los hermanos Cheeryble, Newman no habia podido aclararlo; no habia querido tampoco hacer ninguna alusion, ni en sus conversaciones preliminares con la criada, ni mas tarde en su entrevista con la señorita, limitándose á hacerles saber que

se le habia encargado seguir á la criada sin decir de parte de quién.

Por lo demás, y por algunas palabras escapadas á la sirvienta, Newman habia conjeturado que la señorita hacia una vida triste y miserable bajo la rigorosa autoridad de su padre, hombre de carácter duro, violento y brutal.

A esta misma circunstancia atribuia las visitas de la jóven á casa de los hermanos Cheeryble, á fin de ponerse bajo su proteccion é interesarles en su suerte, como igualmente la arriesgada resolucion de conceder á Nicolás la entrevista solicitada.

Todo esto era para él una deduccion lógica cuya consecuencia salia naturalmente de las premisas. ¿No era, en efecto, natural que una jóven en situacion tan triste tuviera grandes deseos de variar de estado?

Se comprende que Newman, en razon de sus hábitos, no era hombre capaz de dar todos estos informes de una vez, y que fué menester hacerle mil preguntas para ver de sacarle estas noticias.

Nicolás supo igualmente que Noggs, previniendo la desconfianza que podia inspirar el traje del embajador, habia explicado la modestia de su exterior por la necesidad de tomar una especie de disfraz para llenar mejor sus delicadas funciones.

Y cuando Nicolás le preguntó cómo se habia dejado llevar de su celo hasta el extremo de solicitar una entrevista, contestó que habiendo encontrado á miss Cecilia tan bien dispuesta, habia creido satisfacer á la vez á los intereses de su causa y á las leyes de la caballería aprovechando tan preciosa ocasion para poner á Nicolás al alcance de su objeto.

Despues de cien preguntas y respuestas de este género, repetidas mas de veinte veces, se separaron los dos amigos, dándose cita para el dia siguiente á las diez y media de la noche, á fin de no faltar á la entrevista fijada á las once.

—Hay que confesar que hay cosas singulares en el mundo, decia entre sí Nicolás volviendo á su casa. Yo no habia tenido jamás esta ambicion, ni siquiera se me ocurrió seme-

jante idea, que me hubiera parecido utópica. Conocer, andando el tiempo, alguna particularidad sobre la suerte de una persona por quien tenia gran interés; verla alguna vez en la calle; pasar y repasar yo por delante de su casa; llegar en fin á concebir la esperanza de que viniera un dia, en que estuviera yo en aptitud de hablarle de mi amor; hé aquí todas mis pretensiones; no pasaban de esta humilde línea. Y ahora ya..... ¡Oh! Seria un loco digno en verdad de compasion, si me quejara de la fortuna.

Sin embargo, en el fondo se sentia descontento, y en este fenómeno habia algo mas que una simple reaccion de sentimientos. Y era que encontraba mal que una señorita se hubiera prestado tan fácilmente á una pretension tan osada.

—Porque en fin, se decia, si me conociera, ya es otra cosa; pero acceder así á la exigencia ó á la súplica del primero que llega.....

En efecto, esta facilidad no era sino reprensible. Pero un momento despues ya era contra sí mismo el enojo de Nicolás, que se reprochaba estas sospechas vergonzosas. ¿Cómo creer que pudiera entrar nada equívoco en el templo mismo del honor? Y además, la estimacion de los hermanos Cheeryble ¿no era una garantía bastante segura de su honrada conducta?

—La verdad es, terminaba diciendo, la verdad es que yo me confundo, me pierdo aquí, porque esa jóven es un misterio toda ella.

Esta conclusion no era mas satisfactoria que sus primeras reflexiones, ni hacia otra cosa que hundirlo mas en un laberinto de conjeturas quiméricas, en que tropezaba á cada paso.

Y en este embarazo permaneció hasta que, dando las diez, le recordó el reloj la hora de la cita.

Nicolás se habia vestido con esmero. El mismo Newman Noggs se habia esmerado tambien un poco en este punto. Su levita que no se habia visto nunca en semejantes fiestas, ofrecia un conjunto de botones casi completo; llevaba el sombrero con cierta coquetería y el pañuelo en el fondo del

sombrero; sino que un giron del pañuelo pendia por detrás á modo de cola, que no hacia mucho honor al genio inventivo de Newman, ajeno á este embellecimiento fortuito. Ni siquiera se apercibió de ello, pues el estado de excitacion nerviosa en que se hallaba le hacia insensible á todo lo que no fuera el gran objeto de su expedicion.

Los dos amigos atravesaron las calles en el mas profundo silencio, y despues de haber andado algun tiempo á buen paso, hallaron una de pobre apariencia y poco frecuentada, cerca de la calle de *Edge-ware.*

—Número 12, dijo Newman.

—¡Ah! exclamó el enamorado Nickleby mirando en torno de sí.

—Una calleja muy bonita, ¿eh?

—Un poco triste.

Newman dejó pasar esta observacion sin contestar; pero deteniéndose repentinamente, arrimó á Nicolás á una reja y le encargó permanecer pegado allí de espaldas sin mover pié ni mano, hasta que él fuera como explorador á reconocer el terreno.

En efecto el viejo Newman fué renqueando á hacer su reconocimiento, volviendo la cabeza á cada instante para cerciorarse de que Nicolás observaba fielmente sus instrucciones.

Despues, á unas doce puertas mas allá, tomó las escaleras de una casa y desapareció.

No tardó mucho en reaparecer, y volvió siempre cojeando; pero á la mitad del camino se detuvo haciendo una expresiva seña á Nicolás para que le siguiera.

—¿Qué hay? preguntó Nicolás en voz baja y andando de puntillas.

—Todo va bien, contestó Newman radiante de alegría. Os esperan, amigo mio; adelante. No hay nadie en casa. ¡Todo va bien!

Despues de estas palabras que tanto prometian, Newman se deslizó por una puerta sobre la cual vió Nicolás una lámina ó plancha de cobre con este anuncio en gruesos caracteres: Crevisse.

Deteniéndose luego en la reja de servicio que se hallaba abierta, hizo á su amigo otra seña para que bajara con él.

—¿Dónde diablos me llevais? dijo Nicolás retrocediendo. ¿Es que vamos á la cocina á hacer el oficio de los galopines?

—¡Schit!

Y Newman se puso el dedo en la boca recomendando el silencio.

—El viejo Crevisse es feroz como un turco, le advirtió luego bajando la voz. Lo echaria á rodar todo y abofetearia á su hija, si oyera lo mas mínimo.

—¡Abofetearla!

—¡Oh! lo hace con bastante frecuencia.

—¡Ira de Dios! exclamó Nicolás colérico. Es decir que hay en el mundo un temerario que tiene valor para ultrajar tan brutalmente á la mas encantadora de.....

No tuvo tiempo para redondear la frase, porque Newman lo empujó tan bruscamente que por poco no le precipita á lo hondo de la escalera.

Nicolás comprendió que lo mas prudente era reirse, y bajó sin añadir mas palabra; pero su fisonomía no revelaba por el momento la esperanza y entusiasmo de un amante muy apasionado.

Detrás de él bajaba Newman, quien hubiera bajado de cabeza sin la oportuna asistencia de Nicolás que le contuvo al deslizarse.

Nicolás le dió la mano para seguirle á su vez por un corredor embaldosado, negro que daba miedo, y de allí á una especie de cueva ó subterráneo, donde se detuvieron envueltos en la mas profunda oscuridad.

—Pardiez! exclamó Nicolás en voz baja, pero en tono poco satisfecho: supongo que no es esto todo, que aun nos queda mas. ¿No es así?

—Nó, nó; esperad, contestó Newman. Van á venir al instante. Todo va bien.

—Celebro que me deis tales seguridades, pues confieso que no lo hubiera creido.

Despues de esto, no cambiaron una palabra mas.

Nicolás solamente oia la respiracion de Newman Noggs, y creia descubrir su nariz rojiza en medio de las tinieblas de que estàban rodeados.

De repente un ruido de discretos pasos viene á herir sus oidos, é inmediatamente despues, una voz de mujer pregunta si ha venido el caballero.

—Sí, contestà Nicolás volviéndose en la direccion de la voz. ¿Quién sois?

—No soy la que esperais, contestó la voz.

Y añadió en otro tono y dirigiéndose á otra parte:

—Señorita, si quereis venir.....

Una luz lejana vino á alumbrar la cocina, y muy luego entró la criada que la traia en la mano, seguida de su jóven ama, que parecia llena de embarazo y confusion.

A la vista de la jóven, Nicolás se estremeció cambiando de color. Su corazon latia con violencia, y él permanecia allí, como si de repente hubiera echado raices en el suelo.

Al mismo tiempo, cuando apenas habia tenido tiempo de entrar, se oyó llamar á la puerta dando un golpe espantoso, que hizo saltar á Newman Noggs con una agilidad sorprendente del barril de cerveza en que, como otro Baco, se habia sentado á horcajadillas.

—¡Pardiez! exclamó al mismo tiempo palideciendo como un desmayado. ¡M. Crevisse!

La jóven dió un grito penetrante y la criada hizo mil demostraciones de despecho.

Nicolás estupefacto, miraba alternativamente á una y á otra, y Newman corria á todos lados sin direccion ninguna, metiéndose las manos sucesivamente en todos los bolsillos que poseia y volviéndoselos del revés en el exceso de su irresolucion é inquietud.

Esto no duró mas que un momento, pero lo bastante para acumular en un minuto todo lo que la imaginacion puede dar de confusion y temores.

—¡Salid, salid, por Dios! dijo angustiosamente la jóven. Dios nos castiga por nuestra falta. Salid, salid, ó estoy perdida sin remedio.

—¿Me permitís, señorita, que os diga una palabra, una sola palabra? le preguntó Nicolás. Una palabra solamente bastará para explicar este caso extraño.

Pero ya era tarde, pues la jóven, con ojos extraviados de espanto, habia ya desaparecido.

Nicolás quiso seguirla y aun lo hubiera hecho á no estorbárselo Newman, que se lo llevó á viva fuerza por allí mismo por donde habian venido.

—Dejadme, Newman, dejadme por todos los diablos, decia Nicolás; es preciso que yo le hable, y no saldré de esta casa sin decirle.....

—¡Su reputacion! ¡Su honor!..... nada de violencias. Reflexionad, sed prudente.

Y al mismo tiempo, Newman le iba empujando hácia adelante.

—Dejad que abran la puerta al padre, añadió, y tan pronto como vuelvan á cerrarla, nos iremos por el mismo camino que trajimos. Vamos..... por aquí.....

Vencido por las exhortaciones de Newman, por las súplicas y lágrimas de la criada y por el llamador de la puerta que se hacia sentir cada vez con mas ruido, Nicolás se dejó llevar; y precisamente en el momento en que M. Crevisse entraba por la puerta, salian por la reja Nicolás y Newman.

Ya en la calle, echaron á correr, y siguieron corriendo muy gran trecho sin detenerse ni decirse una palabra.

Por fin hicieron alto y se miraron tan consternados el uno como el otro.

—No temais nada, dijo Newman tomando aliento, ni menos os desanimeis: todo va bien. Si hoy ha ocurrido este contratiempo, otro dia no ocurrirá. ¿Quién habia de sospechar esto? De todos modos, yo he hecho lo posible para que todo saliera bien.

—Perfectamente, amigo Newman, contestó Nicolás estrechándole la mano, perfectamente. Os habeis portado como un noble y leal amigo, solo que os habeis equivocado de señorita.

—¡Cómo! exclamó Newman, engañado por la criada!

—¡Newman! ¡Newman! añadió Nicolás poniéndole la mano en el hombro, tambien os habeis equivocado de criada.

—¿Es posible?

Y en su asombro, el bueno de Newman dejó caer la mandíbula inferior y miró de frente á Nicolás con ojos fijos, inmóviles, como clavados en sus órbitas.

—¿Es posible?

—Sí, amigo mio, sí.

—¡Mil diablos!

—No hay que tomar la cosa á pecho, repuso Nicolás sonriendo; esto no tiene importancia: ya veis que me es indiferente. Todo el error consiste en haber tomado y seguido á una criada por otra.

Y, en efecto, eso fué todo.

Pero ¿es que Newman á fuerza de mirar desde su posicion detrás de la bomba, habia acabado por ofuscarse hasta equivocar las señas? ¿Es que creyendo hubiera tiempo para todo, fué á tomar algun sorbo de algo mas generoso que el agua de la bomba? Explíquese como quiera, el hecho es que se habia engañado.

Nicolás volvió á su casa para pensar en esta aventura, y sobre todo para reflexionar á sus anchas en los encantos de su bella desconocida, mas desconocida ahora que nunca.

CAPÍTULO IX.

De algunos episodios novelescos sobre los amores de la viuda Nickleby con el gentleman de calzon corto, su vecino, puerta á puerta.

A partir de aquella última conversacion interesante que la viuda Nickleby habia tenido con su hijo, la buena señora venia desplegando una atencion inusitada en su compostura y adorno, añadiendo diariamente al traje sério que hasta entonces habia llevado segun la gravedad de su edad y estado una gran variedad de atavíos, que en sí mismos

no eran considerables, pero que en su conjunto y sobre todo en su objeto ó fin, tenian cierta importancia. Su vestido de luto tomaba un carácter distinto bajo la hábil mano que realzaba sus lánguidos atractivos con una disposicion de adornos suplementarios, colocados convenientemente.

No es decir que estos adornos fueran siempre nuevos ni costosos; eran restos de esplendor pasado que escaparon al naufragio doméstico, y que dormian en paz en el oscuro rincon de alguna gaveta ó caja; pero turbando su reposo para dar á su luto un aire mas juvenil, cierta coquetería honesta, la buena de la viuda trasformaba sus prendas de tierno afecto y respeto hácia los muertos en terribles emblemas de las intenciones mas agresivas contra los vivos.

Esta revolucion en los hábitos de la señora Nickleby podia fundarse en un elevado sentimiento del deber y en inspiraciones verdaderamente honorables. Acaso tambien la viuda habia acabado por reconocer la debilidad con que se entregaba á un pesar estéril, y por sentir la necesidad de dar á su persona un ejemplo legítimo de compostura y decoro á su hija aun novicia en el arte de agradar.

Aparte el deber y sin hablar de su responsabilidad maternal, este cambio se justificaba fácilmente con el simple sentimiento de la caridad mas pura y desinteresada. El gentleman vecino habia sido vilipendiado por Nicolás, que en su ligereza le habia tratado de idiota é imbécil. Ahora bien, estos ataques á su inteligencia alcanzaban de algun modo á la señora Nickleby, y es muy posible que hubiera comprendido que como buena cristiana, debia en honor de esta víctima de una manifiesta injusticia, no omitir nada para probar que no era lo uno ni lo otro.

¿Qué mas podia hacer? yo os lo pregunto; ¿qué mas podia hacer para un objeto tan loable y virtuoso, que demostrar á cuantos tuvieran ojos, poniendo de relieve sus ventajas personales, que la pasion del caballero era la cosa mas natural del mundo, y el resultado sencillo (resultado fácil de prever para cualquiera persona prudente y discreta) de la imprudencia con que habia desplegado sus encantos con

todas las seducciones de su madurez, sin consideracion ni reserva, á la vista misma, por decirlo así, de un corazon demasiado ardiente é inflamable?

—¡Ah! decia la señora Nickleby moviendo la cabeza con gravedad. Si Nicolás supiera todo lo que su padre sufrió antes de nuestro enlace cuando yo no le mostraba mas que odio, habria tenido mas indulgencia. Nunca olvidaré aquella mañana que le miraba con desden, cuando se brindó á llevar mi sombrilla, ó aquella otra vez que estuve enojada con él toda la tarde. Fué una fortuna que no emigrara entonces, pero estoy segura de que mis rigores le precipitaban á ello.

El difunto Nickleby ¿no hubiera hecho lo mejor emigrando antes de su casamiento?

Hé aquí una pregunta á la que no tuvo tiempo de contestar la viuda, pues entrando luego Catalina en la estancia con su costura en la mano, halló ya sobrado motivo para dar á sus pensamientos un nuevo giro. La buena señora no necesitaba tanto para amenizar sus discursos.

—Mi querida Catalina, le dijo, no sé cómo es esto, pues un buen dia de verano como este con gorgeos de pájaros por todas partes, me recuerda siempre un cochinillo de leche asado con una salsa de cebolla á la francesa.

—¡Singular asociacion de ideas! exclamó Catalina. ¿Qué decís, madre?

—Un cochinillo de leche asado, hija mia. Cinco semanas despues de tu bautismo, pusimos en el asador..... nó, no podia ser un lechoncillo, porque recuerdo que habia dos piezas, y tu pobre padre y yo nunca habíamos tenido la idea de asar á la vez dos cochinillos; serian sin duda dos perdices. ¡Lechoncillo asado! Ahora que pienso en ello, creo que nunca lo hemos tenido en casa, pues tu padre no podia ni verlos en los escaparates. Una aprension, pero decia que al ver los lechoncillos creia ver niños de pecho, sino que los cochinillos tienen la tez mucho mas bella: así es que tenia horror á los niños; el temor de ver aumentarse la familia le daba una repugnancia invencible hácia ellos.

Despues de tomar aliento, añadió la buena señora:

—Pero entonces, ¿qué puede haberme traido esto á la cabeza?... ¡Ah! Recuerdo haber comido un dia en casa de la señora de Bevan, ya lo sabes, en la calle mayor, al volver, delante del taller de coches, donde aquel borracho se cayó un dia por el tragaluz de una casa vacía. Pues bien, allí habia un lechoncillo asado. Esto es, sin duda ninguna, lo que me hace pensar en los cochinillos de leche en el verano. Además habia en el comedor un canario que no cesó de cantar durante la comida... es decir no era precisamente un canario, sino una cotorra que no cantaba ciertamente, pero hablaba hasta por los codos. Yo creo que debe ser esto, ó mas bien estoy segura de ello. ¿No piensas lo mismo que yo?

—Sin la menor sombra de duda, madre, contestó Catalina sonriendo.

—Nó, no te chancees, Catalina, díme si no piensas como yo, repuso la viuda con tanta gravedad como si fuera una cuestion del mayor interés. Si no eres de mi parecer, me lo dices francamente; es menester ser francas, sobre todo cuando se trata de un asunto verdaderamente tan curioso y notable como esta extraña relacion de ideas.

Catalina no pudo menos de reirse otra vez, repitiendo que estaba perfectamente convencida, y temiendo que su madre no hubiera agotado aun la materia, le propuso trasladar la costura al invernáculo para disfrutar del buen tiempo.

La viuda no se hizo de rogar, y las dos partieron juntas, con lo cual quedó allí la enojosa conversacion de los cochinillos.

—Y bien, dijo la viuda sentándose en su sitio; confieso que no he visto nunca una criatura tan buena como Smike. Verdaderamente el trabajo que se ha tomado para entrelazar todos estos arbustos, y para criar al pié de ellos las flores mas olorosas, está por encima de todo reconocimiento. Sin embargo, mi querida Catalina, yo hubiera deseado que no hubiera puesto toda la arena en tu sitio para dejarme á mí la tierra solamente.

—Poneos en mi sitio, madre, contestó Catalina vivamente; sí, yo os lo ruego, venid á mi sitio, si este os agrada mas.

—Nó, hija, nó; yo tengo el mio. Pero ¿qué es eso? preguntó la madre.

Catalina miró en la direccion que le indicara.

—Ve si no ha ido á buscar, no sé dónde, dos ó tres plantas de esa flor que te decia el otro dia que me gustaba tanto, preguntándote si eras de mi gusto; nó, al contrario, tú eras la que me lo preguntabas á mí, porque á tí era á quien gustaban; pero es lo mismo. Míralas ahí. Yo te aseguro que es una atencion muy delicada de parte de Smike. No veo flores de esas por mi lado, añadió mirando mas atentamente á su alrededor; sin duda viven mejor cerca de la arena; por eso las habrá plantado tan cerca de tí y puesto toda la arena en tu sitio que está mas expuesto al sol. Te aseguro que no es torpe del todo; yo misma acaso no hubiera tenido la idea de pensar en ello.

—Madre, dijo Catalina con la cabeza inclinada sobre su labor con el fin de ocultar la cara, antes de vuestro casamiento.....

—¡Dios mio! exclamó la madre interrumpiéndola; pero, Catalina, ¿qué ha podido trasportarte así á la época anterior á mi casamiento, cuando te hablo del cuidado y atenciones que me tiene Smike? Cualquiera diria que te es indiferente el jardin.

—¡Ah! madre, bien sabeis que nó.

—Entonces, hija mia, ¿cómo es que aparentas ni apercibirte siquiera de la elegancia y limpieza con que se conserva? Verdaderamente, Catalina, yo encuentro esto muy extraño por tu parte.

—Pero, madre, replicó Catalina dulcemente, yo os aseguro que me apercibo de todo eso. ¡Pobre muchacho!

—A lo menos, yo no te he oido nunca hablar de ello; es todo lo que puedo decir.

Como la buena señora no se detenia mucho tiempo por su gusto en una conversacion, ella misma fué muy luego á

caer en el lazo que le habia tendido su hija, preguntándole qué era lo que empezó á decir.

—¿A qué propósito? dijo Catalina que probablemente habia olvidado ya su infructuoso ensayo de interrumpir los elogios de Smike.

—Pero, Catalina, ¿qué es lo que tienes? ¿Estás durmiendo ó has perdido tu buen talento? ¿No hace un momento que me hablabas del tiempo anterior á mi casamiento?

—¡Ah! sí, contestó Catalina, ya me acuerdo de la pregunta que iba á haceros. Antes de vuestro casamiento, ¿tuvisteis muchos pretendientes?

—¿Muchos pretendientes, hija mia? dijo la viuda con una sonrisa de visible satisfaccion. Por mi cuenta hube de tener lo menos una docena.

—¡Ah! exclamó Catalina con un tono menos satisfecho.

—Sí, hija, sí. Y esto sin contar á tu pobre padre ni á un jóven que encontré por entonces en la academia de baile, y que solia enviar á casa brazaletes y relojes envueltos en papel dorado. Por supuesto que no se aceptaron nunca. Mas tarde tuvo este jóven la desgracia de ir á Botany-Bay en un barco de guerra, es decir, en un barco de condenados; despues dicen que se escapó y ocultó en un bosque; en fin, iba á ser ahorcado por justicia, cuando él se ahogó por accidente, y entonces el gobierno le indultó. Fuera de esto, añadió la viuda, recapitulando sus conquistas con los dedos y comenzando por el pulgar de la mano izquierda, fueron pretendientes mios, el jóven Lukin, Mogley, Tipslark, Cabery, Smifser.....

Habiendo llegado en su cuenta al dedo meñique, la viuda iba á continuar sumando los dedos de la otra mano, cuando ella y su hija se estremecieron á la vez oyendo una voz ruda que parecia salir de los mismos cimientos de la pared medianera.

—¡Madre! ¿qué es eso? preguntó Catalina en voz baja.

—No sé qué decirte, contestó la viuda visiblemente afectada; como no sea el caballero del inmediato jardin, no sé quién pueda ser.

—¡Ah! ah! eh! gritó la misma voz; y esto no en el tono de esas tosecitas ordinarias con que se despeja el pecho, sino como una especie de bramido que fué á despertar todos los ecos de las inmediaciones, y se prolongó hasta hacer creer que el autor de semejante mugido debia tener la cara carmesí á consecuencia del esfuerzo.

—Ahora sé lo que es, Catalina, dijo la viuda poniendo su mano sobre la de su hija; no temas nada, querida mia: no es á tí á quien se dirige eso, ni tampoco se hace para asustar á nadie. Es menester hacer justicia á todo el mundo, Catalina, es un deber para mí.

Y esto diciendo la viuda movia la cabeza acariciando la mano de su hija.

—Pero ¿qué quereis decir? preguntó Catalina en el último grado de sorpresa.

—No te incomodes así, hija mia, dijo la viuda mirando hácia el lado de la pared medianera: ya ves como yo estoy tranquila, y ciertamente, si fuera permitido á álguien incomodarse, seria á mí, en consideracion de las circunstancias. Pero ya lo estás viendo; estoy tranquila, hija mia, estoy tranquila.

—Pero, madre, parece que se queria llamar nuestra atencion.

—Se queria efectivamente llamar nuestra atencion, hija mia, ó á lo menos, dijo la viuda acariciando la mano de Catalina con mas ternura todavía, llamar la atencion de una de las dos: por consiguiente no tienes porqué atormentarte, hija mia.

Catalina parecia no comprender nada é iba á pedir mas amplias explicaciones, cuando se oyó en la misma direccion que antes, como el ruido de una violenta lucha, una especie de grito de guerra salvaje, dado por una voz ya cascada; y no bien se habia acabado este ruido, cuando se vió elevarse en el aire con gran rapidez un grueso cohombro, que bajó muy luego y fué á rodar á los piés de la viuda.

Este extraño fenómeno fué seguido de otro exactamente igual; porque despues del cohombro, una gran calabaza

vino á salvar la tapia y á rodar tambien por el jardin de la viuda. Luego partieron juntos muchos cohombros, y para fin de fiesta una granizada de cebollas y otras menudas legumbres coronó aquella especie de piroctenia vegetal.

. Catalina entonces se levantó alarmada de su asiento, y tomó á su madre de la mano con la idea de correr las dos adentro de la casa. Pero ¡cosa singular! sentia de parte de su madre mas resistencia que voluntad de seguirla, y echando una mirada en la misma direccion que ella, hubo de espantarse por la repentina aparicion de un gorro viejo de terciopelo negro, que poco á poco, como si quien lo llevaba subiera una escalera, se iba elevando por encima de la tapia de separacion entre uno y otro huerto.

Muy luego el gorro fué seguido de una enorme cabeza y de una vetusta cara en que brillaban los ojos mas extraordinarios del mundo; dos ojos muy abiertos, extraviados, rodando en sus órbitas con una mirada lánguida, estúpida, repulsiva.

—Madre mia, exclamó Catalina verdaderamente asustada esta vez, no os detengais, no perdamos un momento; vámonos, madre, os lo suplico.

—Catalina, hija mia, contestó su madre deteniéndola en su fuga; ¡qué niña eres! te aseguro que me da vergüenza de verte así. ¿Cómo puedes esperar salir bien de cualquier cosa, si muestras siempre tanta debilidad?

Dirigiéndose despues al forastero indiscreto con un aire de disgusto desmentido por una sonrisa, la buena de la viuda hubo de preguntarle:

—¿Qué quereis, caballero? ¿Por qué os permitís venir á mirar á este jardin?

—Reina de mi alma, contestó el otro juntando las manos para implorar, bebed un traguito en este cubilete.

—Pero eso es absurdo, caballero, repuso la viuda. Catalina, hija mia, no tengas cuidado ninguno.

—¿Por qué no quereis beber un trago en este cubilete? preguntó el otro con insistencia inclinando la cabeza sobre su hombro derecho en expresion de súplica y poniéndose la

mano sobre el corazon. ¡Oh! yo os lo ruego, reina mia, un sorbo en el cubilete.

—Nunca condescenderé á hacer semejante cosa, caballero, contestó la viuda; hacedme el favor de retiraros, yo os lo ruego, caballero.

—¿Por qué, señora, repuso el gentleman subiendo un escalon mas y poniéndose de codos sobre la tapia con la misma comodidad y franqueza que si se pusiera á mirar en su ventana, por qué ha de mostrar siempre la belleza un corazon tan rebelde hasta para una pasion tan respetuosa y honesta como la mia?

Y esto diciendo sonrió el viejo enamorado enviando á la señora de sus pensamientos besos y otros primores, que no eran ya cohombros ni calabazas.

Despues continuó diciendo:

—Es la falta de las abejas, que pasada la estacion de la miel, cuando se cree haberlas sofocado con azufre, vuelan y se van realmente á Berbería, queriendo arrullar con su rumor monótono el sueño de los moros en la esclavitud; ó acaso, añadió bajando la voz, acaso provenga esto de haber visto últimamente la estatua de *Charing-Cross* pasearse á media noche, puesta de levita, por delante de la Bolsa, y del brazo con la bomba de *Ald-Gate.*

—¿No ois, madre? murmuró Catalina asombrada de tales incongruencias.

—Calla, hija mia, calla, contestó en el mismo tono la madre. Ya ves que es un hombre muy atento y aun instruido, pues creo que nos hacia ahora una cita de algun poeta.

Catalina insistia para retirarse de allí, pretendiendo que la acompañara su madre para dejar solo á un hombre impertinente cuando menós; sino que la madre no era de este parecer, y permanecia allí sin la repugnancia de su hija, y quién sabe si con gusto.

—Hacedme el favor de retiraros, caballero, repitió la viuda.

—¡Reina de mi alma!

—Retiraos, yo os lo suplico, retiraos de aquí.

—¿De aquí? preguntó el estrafalario personaje con interesante languidez. ¡Ah! ¡De aquí! Bien, sí, ciertamente.

—Nada teneis que hacer aquí, caballero, repuso la viuda; no estais en vuestra casa; debierais saberlo, caballero.

—¡Oh! lo sé muy bien, replicó el caballero tocándose la nariz con una familiaridad bastante reprensible; yo sé que este es un lugar sagrado, encantado, donde los encantos y gracias mas divinas difunden por los jardines inmediatos una virtud melífica que desarrolla una madurez precoz en frutas y legumbres. Respecto de esto no ignoro nada, señora. Pero ¿quereis permitirme, ¡oh la mas bella de todas las criaturas! que os haga una pregunta, mientras que el planeta Vénus va á visitar á los Horseguards? Porque en verdad si estuviera aquí, interrumpiria nuestro dulce coloquio, por celos y envidia de la superioridad incuestionable de vuestros atractivos.

—Catalina, dijo la viuda volviéndose hácia su hija, me encuentro verdaderamente en el mayor embarazo; no sé qué contestar á este caballero, y sin embargo como sabes tú muy bien, la política no riñe con nadie; es preciso contestarle por mera política.

—Nó, madre, no contesteis una palabra; echemos á correr y encerrémonos en casa hasta la vuelta de Nicolás. Vamos, vamos.

La viuda Nickleby tomó entonces grandes aires, por no decir aires de menosprecio, ante proposicion tan humillante; y volviéndose hácia el gentleman que habia estado observándolas con atencion estúpida, mientras cambiaron estas breves palabras:

—Caballero, le dijo, si quereis conduciros como un cumplido caballero, lo que sois sin duda ninguna, á juzgar por vuestro lenguaje y por... y por vuestra cara (la misma cara de tu abuelo, Catalina, en sus bellos dias), podeis hacerme una pregunta y os contestaré del mejor modo posible.

Si es verdad que el excelente padre de la viuda Nickleby se asemejaba en sus bellos dias al vecino que hablaba á la sazon desde la tapia del jardin, hay que confesar que de-

bió ser en la flor de su edad á lo menos un hombre bastante ridículo.

Esta fué sin duda la opinion de Catalina, que se puso á examinar con alguna atencion el vivo retrato de su abuelo en el momento de quitarse el gorro de terciopelo negro, y exhibir á la luz del dia una cabeza completamente calva, para hacer una gran série de reverencias acompañadas de aéreos besos.

Por fin, despues de haberse agotado, segun toda apariencia, en este ejercicio fatigoso, se encasquetó otra vez su gorro, y tomando su primera actitud, habló en estos términos:

—Hé aquí la pregunta.

Y el bueno del caballero se interrumpió aquí para mirar por todas partes á su alrededor y cerciorarse de que no habia nadie que pudiera escucharle.

Cuando estuvo seguro de esto, se acarició las narices de cierto modo, como felicitándose á sí mismo por su precaucion.

Despues, estirando el cuello, dijo con tono de misterio, pero bastante alto:

—¿No sois una princesa?

—Caballero, os burlais de mí, contestó la viuda aparentando intencion de retirarse.

—De ninguna manera, señora mia. Tened la bondad de contestarme francamente. ¿Lo sois? volvió á preguntar el extraño personaje.

—Bien sabeis que nó, caballero.

—Entonces sereis parienta del arzobispo de Cantorbery ó del sumo pontífice ó del orador de la cámara de los comunes. Tened la bondad de disculparme si me equivoco; pero me han dicho que erais sobrina del comisario del empedrado y aun hijastra del lord corregidor y no sé qué mas del consejo municipal.

—Caballero, contestó la viuda con viveza, cualquiera que acerca de mí os haya dicho semejantes cosas, se ha tomadò extrañas libertades, y si mi hijo Nicolás llegara á saberlo, estoy segura de que no permitiria un instante que se

abusara así de mi nombre. ¡Es ocurrencia! sobrina del comisario del empedrado.

—Vámonos, madre, vámonos, yo os lo suplico, le dijo Catalina en voz baja.

—¡Qué tontería, Catalina! dijo la viuda con tono de cólera. ¡Siempre has de ser así! Si me hubieran tomado por la sobrina de un cualquiera, te hubiera sido indiferente, y te sublevas y quieres huir enojada cuando se me supone sobrina del papa. Pero ¡ah! bien sé yo que nadie se interesa por mí.

Y la viuda se puso á lloriquear.

—¡Lágrimas! exclamó el viejo enamorado dando un salto tan enérgico que ganó dos escalones arañándose la barba contra la pared. Ea, recogedme esos glóbulos de cristal, recogedlos y embotelladlos; tapad bien las botellas y selladlas con un cupido; ponedles etiqueta de primera calidad y colocadlas en la tabla décimacuarta con su barra de hierro por encima para que no se vayan. Esto haria el ruido de un trueno.

Dando todas estas órdenes con imperiosa voz de mando como si tuviera allí una docena de criados dispuestos á ejecutarlas, se ponia y quitaba el gorro con mucha dignidad y aun gracia, y con la mano izquierda sobre la cadera parecia que lanzaba un reto á un gorrion posado en una rama cerca de él, hasta que el pájaro huyó espantado de sus amenazas.

Entonces se metió el gorro en el bolsillo con aire de gran satisfaccion y tomó las maneras mas respetuosas para dirigirse á la señora Nickleby.

—Bella señora mia (tales fueron sus palabras), bella señora mia, si he cometido algun error respecto de vuestra familia, os pido humildemente perdon; si he supuesto que estabais ligada con potencias extranjeras ó comités nacionales, es porque hay en vuestra persona un porte, una dignidad de maneras que me servirán de disculpa al decir que nadie puede rivalizar con vos en este concepto, á no ser por única excepcion la musa trágica, cuando toca el órga-

no delante de la Compañía de las Indias orientales. Yo no soy jóven, señora, como estais viendo, y aunque personas que os parecen no saben lo que es envejecer, me permito la libertad de creer que hemos nacido el uno para el otro.

—Ya ves lo que te habia dicho, Catalina, hija mia, dijo la viuda con voz desmayada y desviando los ojos por modestia.

—Señora, continuó diciendo el viejo con volubilidad y levantando la mano derecha con una negligencia que no carecia de gracia, como si hiciera poco ó ningun caso de la fortuna; yo tengo tierras, corzas, canales, estanques de peces, pesquerías de ballenas que me pertenecen en el mar del Norte y muchos bancos de ostras en el océano Pacífico. Tomaos solamente el trabajo de ir al Banco, quitadle el sombrero de tres picos al robusto ujier que hace allí su centinela, y en el fondo del sombrero, entre el forro, encontrareis mi tarjeta envuelta en un pedazo de papel azul. Tambien puede verse mi baston en casa del capellan de la cámara de los comunes, al cual le está expresamente prohibido exigir dinero ninguno por enseñarlo.

Mirando luego al rededor con cierta desconfianza, añadió en voz baja:

—Tengo enemigos cerca de mí, señora, y no me dejarán en paz hasta que me hayan despojado de mis bienes. Si tuviera la dicha de obtener vuestro corazon y vuestra mano, pudierais dirigiros al lord canciller, ó caso necesario, recurrir á las fuerzas militares. Solo con enviar mi mondadientes al comandante en jefe, seria lo suficiente, y entonces pondriamos nuestra casa antes de la ceremonia del casamiento. Despues el amor, la felicidad, la alegría; ¡la alegría, la felicidad, el amor! ¡Ah! sed mia, señora, sed mia.

Repitiendo estas últimas palabras con entusiasmo delirante, el viejo enamorado se puso su gorro de terciopelo negro, y fijando la vista en el cielo, añadió algunas otras palabras muy poco inteligibles sobre un globo que esperaba y se tardaba ya un poco, viniendo á concluir con el mismo amoroso y tierno estribillo:

—Sed mia, señora, sed mia.

—Mi querida Catalina, dijo la viuda en el mayor apuro; no me siento con fuerzas para hablar, y es necesario para bien de todos decir algo para acabar de una vez.

—Pero al contrario, madre, no hay necesidad de que le digais una palabra.

—Permíteme, hija mia, si te parece, permíteme juzgar por mí misma de lo que me concierne.

—Sed mia, sed mia, repitió el caballero de la tapia.

La señora Nickleby fijó en el suelo su púdica mirada y dijo:

—Caballero, yo podria dispensarme de hacer conocer á un extraño si semejantes proposiciones son ó nó recibidas por mi parte con sentimientos de gratitud ó simpatía. Sin embargo, caballero, he de permitirme decir que en cierto modo no puede menos de ver una con satisfaccion los sentimientos que inspira.

—Sed mia, sed mia, volvió á repetir el viejo. Gog y Magog, Gog y Magog, sed mia, sed mia.

La viuda Nickleby reanudó su discurso con una seriedad imperturbable.

— Caballero, dijo, me bastará deciros, y estoy segura de que interpretareis mis palabras como una contestacion decisiva que no os dejará ya esperanzas, que tengo tomada la resolucion de permanecer viuda para consagrarme exclusivamente á mis hijos, porque tengo hijos, caballero. Verdad es que hay muchas personas, de cuyo error pudierais vos participar, las cuales se resisten á creerlo, á pesar de todo; pero es la verdad; tengo hijos y grandes ya. Tendremos el mayor gusto en teneros por vecino; el mayor gusto, os lo aseguro, pero en otro concepto es imposible, absolutamente imposible. Sobre ser aun bastante jóven para casarme otra vez, no diré que sí ni que nó; pero no quiero ni oir hablar de semejante cosa. Me he prometido permanecer en mi actual estado, y no saldré nunca de él. Sensible, muy sensible me es tener que rechazar vuestro ofrecimiento, y hubiera preferido que no me lo hubierais hecho; pero en

fin, esta es la contestacion que desde hace mucho tiempo estoy resuelta á dar y que daré siempre que se ofrezca la ocasion.

Todas las partes de este discurso no estaban destinadas exclusivamente al caballero de la triste figura; habia unas que se dirigian á Catalina, y otras que podian pasar por un soliloquio.

De todas maneras el resultado no fué lo que debia esperarse.

En efecto, oyendo las conclusiones negativas del objeto de su amor, el extraño amante, en vez de desesperarse pareció entregarse á demostraciones poco respetuosas; pues luego que la viuda acabó de hablar, comenzó á aligerarse de ropa y saltó sobre el muro, donde tomó posturas propias para lucir sus calzones cortos y sus medias de lana parda, viniendo á concluir por tenerse en equilibrio sobre un pié, y dar un aullido con toda su vehemencia.

Y aun estaba para hacer un prolongado trino sobre la última nota, embellecido con todas sus *fioriture*, cuando se vió una mano sucia deslizarse rápida y suavemente á lo largo del muro como para coger una mosca, y en efecto cogió con la mayor destreza uno de los tobillos del enamorado, y luego al punto la otra mano hizo su aparicion de la misma manera agarrando el otro tobillo.

El viejo así prendido levantó una ó dos veces los piés con gran dificultad, como una máquina cuyos groseros resortes estuvieran enmohecidos; y luego mirando abajo por la parte de su jardin, soltó una ruidosa carcajada.

—¡Hola! ¿Sois vos? preguntó.

—Sí, yo soy, contestó una voz ruda.

—Y ¿cómo está el emperador de la Tartaria?

—¡Oh! siempre lo mismo; ni mejor ni peor.

—Y el jóven príncipe de la China, preguntó el viejo con gran interés, ¿se ha reconciliado ya con su suegro, el gran negociante de patatas?

—Nó, contestó la voz ruda; y lo peor de todo es que dice que no se reconciliará nunca con él.

—En ese caso, repuso el viejo, tal vez hiciera yo bien en bajar.

—En efecto, contestó la voz ruda, creo que no hariais mal.

Entonces una de las manos soltó con precaucion el tobillo que agarraba, y el viejo se sentó en el muro, desde donde se volvió para mirar á su amada, á quien saludó sonriendo.

Pero en este mismo instante se le vió desaparecer súbitamente, como si álguien le hubiera obligado á ello tirándole de las piernas.

Catalina, que como su madre habian presenciado esto con cierto asombro, se sintió aliviada con esta desaparicion, y se disponia á hablar á su madre, cuando las manos sucias reaparecieron en el horizonte, seguidas inmediatamente de un hombre rechoncho, que acababa de subir á la escala, ocupada anteriormente por el viejo enamorado.

—Perdonad, señoras, dijo el recien venido sonriendo y tocando por respeto el ala de su sombrero. ¿No ha requerido de amores á alguna de las dos?

—Sí, contestó Catalina.

—¡Oh! exclamó el rechoncho sacando su pañuelo del fondo de su sombrero y limpiándose la frente; nunca deja de hacerlo en viendo mujeres á tiro, ni hay nada que pueda estorbárselo.

—¡Pobre hombre! repuso Catalina. No hay necesidad de preguntaros si está loco.

—Ciertamente, contestó el hombre mirando el fondo de su sombrero para guardar el pañuelo; no hay que preguntarlo; eso se ve.

—Y ¿hace mucho tiempo que perdió el juicio?

—Ya hace bastante.

—¡Pobre hombre! ¿Y no tiene esperanzas de curacion á lo menos?

—¡Bah! su mal no tiene cura, señora, y por otra parte seria peor que curara, contestó el loquero: cuerdo ó loco siempre fué lo mismo, y aun ha ganado perdiendo el juicio.

Era un hombre cruel, insoportable; la cabeza mas destornillada que se ha visto.

—¿De veras?

—¡Por San Jorge! exclamó el loquero meneando la cabeza tan violentamente que tuvo necesidad de acudir al sombrero. Yo no habia visto en mi vida un hombre semejante. Y mi compañero dice lo mismo. De pesar hizo morir á su mujer; echó á la calle á sus hijas; sus hijos eran unos perdidos por culpa del padre... Por fin y por fortuna se puso loco, pero cuenta que se puso á causa de su cólera, de su avaricia, de su egoismo, de sus vicios. A no ser así, hubiera él vuelto loco á los demás. ¡Esperanzas de curacion! ¡Un pícaro como él! Nó, no hay ya esperanzas de sobra para prodigarlas así; y si hubiera, se guardarian para emplearlas mejor. Esta es la verdad.

Despues de esta profesion de fe, el loquero sacudió otra vez la cabeza, como para decir que no quitaba una palabra de lo dicho, y tocando el ala de su sombrero con aire regañon, que no se referia á las señoras, sino al enamorado loco, bajó de la escala y se lo llevó.

Durante esta conversacion, la viuda Nickleby habia estado mirando al loquero con una expresion de severidad y desconfianza; y cuando desapareció lanzó un profundo suspiro moviendo la cabeza como si no estuviera del todo convencida.

—¡Qué desgraciado! exclamó Catalina compadeciendo verdaderamente al loco.

—¡Oh! sí, muy desgraciado; bien puedes decirlo, contestó la incomparable viuda. ¿No es hasta vergonzoso que se toleren semejantes cosas? ¡Qué horror!

—Y ¿cómo se han de impedir, madre? Las enfermedades de la naturaleza humana.....

—¡La naturaleza humana! exclamó la viuda con despecho. No digas disparates. ¿Serás tan tonta que creas que ese pobre caballero está loco?

—Pero, madre, ¿es posible no creerlo, despues de haberle visto y oido?

—¡Despues de haberle visto y oido!

—¿No basta y aun sobra eso para conocer que el pobre hombre ha perdido el juicio?

—Pues, Catalina, yo te digo que no hay nada de eso y que no comprendo te dejes llevar así de las apariencias ó de sugestiones pérfidas. Yo te diré lo que es eso; es un indigno complot de esos pícaros hombres para ver de apoderarse de sus bienes. ¿No se lo has oido decir al mismo interesado? Pues ¿cómo olvidas tan pronto las cosas? No seré yo quien niegue que es algo original, algo ligero..... pero tanto como loco, eso nó. Expresarse como él lo hace en un lenguaje tan respetuoso y al mismo tiempo tan poético; hacer una declaracion de amor, con tan buen sentido, discernimiento y prudencia, y no recorrer las calles para ponerse de hinojos á los piés de cualquier moza como podria hacer un loco... todo eso es tener juicio. Desengáñate, Catalina, hay mucha razon en su locura, no lo dudes.

CAPÍTULO X.

Paráfrasis de este adagio filosófico: No hay amigos tan buenos que no se dejen.

El betun de las aceras de *Snow-hill* habia estado todo el dia en disposicion de freir y asar bajo la influencia de un sol abrasador, y las dos cabezas gemelas del Sarraceno, que montaban la guardia á la entrada del parador, tenian un aire mas feroz que de ordinario, sin duda por el calor.

En uno de los cuartos de esta posada, cuya ventana abierta sobre el patio recibia en forma de vapor que podia cortarse con un cuchillo, las emanaciones que exhalaba el humeante sudor de los caballos, se veia el servicio ordinario de una mesa de té colocado en el órden mas agradable y apoyado por grandes piezas de resistencia asadas ó cocidas: una lengua, un pastel de pichones, una ave asada, un

jarro de cerveza fuerte y algunas otras cosas menudas del mismo género que en nuestras ciudades degeneradas se reservan generalmente ahora para las comidas á escote y las mesas redondas.

M. John Browdie con las manos en los bolsillos divagaba sin cesar al rededor de la mesa, deteniéndose solamente de vez en cuando para espantar las moscas de la azucarera con el pañuelo de su mujer, ó para meter una cucharilla de té en la vasija de la leche ó en el plato de la crema y llevársela luego á los labios, por supuesto, ó bien para romper una costra, tomar una tajada y tragar el todo como un par de píldoras.

Y cada vez que salia de hacer uno de estos saludos á la mesa, miraba su reloj y declaraba con una impaciencia verdaderamente patética que no le era posible esperar dos minutos mas.

—Matilde, dijo á su mujer que reposaba en un sofá con los ojos casi cerrados.

—¿Qué quieres, John?

—¡Qué quieres, John! repitió el marido impacientado. Vamos, hija mia. ¿No tienes apetito?

—No mucho, contestó Matilde.

—¡No mucho!

Y John levantó los ojos al cielo de la estancia como para expresar todo su asombro.

—¿Puede decirse no mucho habiendo comido á las tres, tomando luego solo unos pastelillos que irritan el apetito de un hombre mas bien que calmarlo? No mucho ¿eh?

—Señor, dijo un mozo asomándose á la puerta: ahí hay un caballero que pregunta por vos.

—¿Qué hay para mí? preguntó John como si hubiera entendido que habia para él una carta ú otra cosa así.

—Un caballero, contestó el mozo.

—¡Pardiez! ¿Y es menester que vengas á decírmelo para que entre quien me busque? Corre, vé y díle que entre sin detenerse.

—¿Estais en casa?

—¿En mi casa? Bien quisiera estar en ella; hace dos horas que hubiera tomado el té. ¡Ah! ¡Oh! ¡Hola! ¡M. Nickleby! ¡Pardiez! Bien puedo decir que es este uno de los mejores dias que he tenido en mi vida. ¿Cómo va, amigo mio, cómo va? ¡Cuánto me alegro de veros!

En el entusiasmo de la buena acogida que hizo á Nicolás, hasta llegó á olvidar su hambre John Browdie. A cada instante le daba un apreton de manos, aplicándole además una palmada no floja para añadir un testimonio mas eficaz á sus demostraciones de afecto.

—Sí, sí, ella es, le dijo luego, notando que miraba á su mujer. Héla aquí, amigo mio; ahora no nos incomodaremos por ella. ¡Ah! pícaro! Cuando pienso en esto!... Ea, á la mesa. «Por todos los bienes que vamos á recibir, Señor, os damos.....»

No dudamos por nuestra parte de que se acabara debidamente el *Benedicite*, pero no se oyó una palabra mas, porque John se habia puesto ya á manejar su cuchillo y demás instrumentos con tanto desenfado que por el momento no le fué ya posible hablar.

—M. Browdie, dijo Nicolás adelantando una silla para la recien casada, con vuestro permiso, me tomo la libertad de.....

—Tomad todo lo que querais, contestó John, y cuando no haya en la mesa mas, podeis pedir al mozo lo que sea de vuestro gusto.

Sin explicarse sobre esta mala inteligencia, Nicolás tomó de la mano á Matilde ruborizada y la condujo á la mesa.

—En hora buena, dijo el marido que no esperaba esta atencion; no hagais cumplimientos, amigo Nickleby, y obrad como en vuestra propia casa.

—Contad con ello, contestó Nicolás; á una condicion sin embargo.

—¿Cuál?

—Que me elijais por padrino la primera vez que lo necesiteis.

—¡Padrino! exclamó John dejando sus instrumentos y

soltando el trapo á reir. ¿Lo has oido? ¡Padrino! Pero ¿no lo has oido, Matilde? ¡Padrino! Pues dicho está, amigo mio; no sea que se gaste la palabra, que es una buena palabra. ¡Padrino! ¡Cuando tenga necesidad de un padrino! Pero, Matilde, ¿no lo has oido?

Y el buen John siguió riendo.

Ningun hombre se sintió nunca tan cosquilleado por una buena ocurrencia, como lo fué John Browdie con esta, que en el fondo nada tenia de particular. Era una tentacion de risa, que le ahogaba haciéndole llorar al mismo tiempo. Reia sin dejar de comer, atragantándose, con la cara roja y la frente negra.

Por fin llegó á calmarse. El agua le corria de los ojos como de dos fuentes, lo que no le impedia repetir todavía con voz debilitada:

—¡Padrino! ¿No lo has oido, Matilde? ¡Padrino!

Y todo esto en un tono que probaba que la ocurrencia de Nicolás le causaba tan vivo placer, que hasta desafiaba el sufrimiento.

—¿Recordais aquella noche que tomamos té por la primera vez juntos? le preguntó Nicolás.

—No temais que la olvide nunca, amigo Nickleby, contestó Browdie.

—Estaba terrible aquella noche; ¿no es verdad, Matilde? Parecia un tigre.

—¡Oh! exclamó la recien casada. Cuando habia que verlo era luego cuando volvimos á casa. Entonces sí que parecia un tigre feroz: en toda mi vida, M. Nickleby, he tenido mas miedo que aquella noche.

—¡Bah! bah! dijo el marido sonriendo; tú tambien, Matilde, aparentas tener mas miedo del que en realidad tienes.

—De veras, John, y tan de veras, como que estaba casi resuelta á no hablarte mas en mi vida.

—*Casi*, hizo observar John, *casi* resuelta, y en todo el camino no hacia mas que engatusarme. —¿Por qué, le decia yo, por qué mil diablos te has dejado cortejar por ese jóven? por vos, M. Nickleby.—Te aseguro que estás equi-

vocado, me contestaba apretándome el brazo.—Con que me equivoco ¿eh?—Sí, te equivocas.—Y diciendo esto me apretaba todavía mas el brazo.

—¡Vaya! vaya! dijo Matilde ruborizada interrumpiendo este aluvion de indiscretas reminiscencias. ¿Cómo puedes decir semejantes cosas, John? Ni siquiera pensé en decir nada de esas tonterías que tú estás diciendo.

—Yo, hija, repuso John, no sé si lo pensaste, aunque me inclino á creerlo así. Pero lo que sé muy bien, es que lo hacias.—Sí, le decia yo, eres una inconstante, una infiel, una veleta.—Nó, yo no soy tal veleta, me contestaba la Tilda.—No me repliques, despues de lo que ha pasado con el auxiliar del colegio.—¡Con él!—Sí, con él.—Escucha, John, me dice entonces Matilde acercándose á mi oido y apretándome el brazo siempre mas, ¿crees tú posible que teniendo yo para enamorarme un buen mozo como tú, vaya á dar oidos á un mequetrefe como él?

John soltó al llegar aquí una estrepitosa carcajada.

—Pero ¡cuántas tonterías estás ahí diciendo! exclamó Matilde sonrojándose mas.

—Mequetrefe le llamaste.

Y John continuó riendo.

—Por lo demás, añadió despues, allí quedó nuestro enojo, pues en aquel mismo punto fijamos el dia de las bodas, y ahora las celebramos en paz y en gracia de Dios.

Nicolás hubo de celebrar tambien el pasaje riendo de muy buena gana, y su buen humor vino á calmar las inquietudes de Matilde, la cual negando los propósitos y dichos que se le atribuian rompió á reir tambien ella, y tan abierta y francamente que Nicolás no pudo menos de creer que la historia era completamente verdadera en sus detalles esenciales.

—Es la segunda vez que nos hallamos reunidos en la mesa y la tercera que nos vemos, dijo luego Nicolás; y me encuentro tan á gusto como si estuviera entre amigos de toda la vida.

—Digo lo mismo, estoy á gusto en vuestra compañía, contestó John Browdie.

—Y yo tambien, añadió su esposa.

—Sí, pero no es lo mismo, repuso Nicolás; yo tengo razones particulares de reconocimiento y gratitud. Sin vuestro buen corazon, amigo mio, yo que ningun derecho tenia á vuestros favores, no sé lo que hubiera hecho ni cómo me hubiera manejado para salir adelante á ochenta leguas de Londres y.....

—Hablad de otra cosa, amigo Nickleby, interrumpió John con aspereza; eso me disgusta.

—En ese caso voy á cantar otra cancion, pero en el mismo tono. Ya os he dicho en mi carta la gratitud que os debo por el interés que habeis demostrado en favor del pobre Smike, dándole libertad á riesgo de algun disgusto. Creo no repetir nunca bastante cuán agradecidos os estamos él y yo y otras personas que no conoceis, por haber tenido piedad del pobre muchacho.

—¡Ah! exclamó Matilde, toda aquella noche estuve como en espinas.

—¿Han sospechado algo de vos? preguntó Nicolás á John Browdie.

—Nada, contestó John riendo. Aquella noche estuve á mis anchas en el lecho del maestro de escuela sin que nadie fuera á molestarme. En hora buena, me decia; Smike le ha tomado ya la delantera, y si no está ya en su casa, no lo estará nunca. Así, pues, podeis venir cuando querais; siempre me encontrareis dispuesto. Hablaba del maestro de escuela, ¿no comprendeis?

—Perfectamente.

—Pues el maestro de escuela llega luego. Antes habia oido yo cerrar la puerta de abajo y subir á tientas. Venid, venid despacio que no tropezareis, decia yo callandito; y tomad las cosas con calma, pues no hay ya ninguna prisa. Hélo ya en la puerta; vuelve y revuelve la llave, y podia volverla y revolverla hasta el dia siguiente: la cerradura estaba en el suelo. —¡Hola! grita el maestro. —Sí, grita todo lo que quieras, decia yo entre sábanas; no despertarás ya al preso. —¡Hola! eh! Smike! gritó otra vez. No me ir-

rites mas y abre ó te he de romper luego todos los huesos. — Despues de una pausa volvió á llamar, y despues de otra pausa pidió una luz, y le traen la luz. Juzgad vos mismo, amigo Nickleby, lo que allí ocurriria. — ¡Se ha fugado! exclamó el maestro de escuela, rojo de cólera y furioso como un loco de atar. Pero ¿no habeis oido nada? — ¡Ah! sí, le contesté yo; acabo de oir cerrar la puerta de abajo, y echar á correr por ese lado. Y le indicaba el opuesto. — ¡Socorro! grita entonces el maestro. — Yo os lo prestaré, le dije yo saltando de la cama. Y hénos á los dos buscando al prófugo.

Y John se echó á reir estrepitosamente.

—Y ¿fuisteis muy léjos en esa diligencia? preguntó Nicolás riendo tambien.

—¡Que si fuimos muy léjos! lo menos un cuarto de hora le hice correr en direccion contraria. Era de ver al maestro de escuela, sin sombrero, metiéndose hasta las rodillas en el agua y en el lodo, tropezando aquí y cayendo allá, bramando como un toro, abriendo su único ojo para descubrir lo que estaba ya á buen recaudo, y salpicado de barro hasta los mismos hocicos. Yo creí que me daba un mal á fuerza de reprimir la risa.

Solo de pensar en ello el buen John comenzaba á reir de nuevo, y el contagio pasaba á su jovial esposa y á su no menos alegre amigo Nicolás. Y era entonces cosa digna de oirse aquel ruidoso trio de carcajadas.

—Es un mal hombre el tal maestro de escuela, dijo Browdie enjugándose los ojos.

—Mil veces te lo he dicho, John; no puedo verle ni pintado, añadió Matilde.

—En hora buena, repuso John; pero á tí solamente debo yo este conocimiento; sin tí, ni siquiera sabria yo que tal hombre existe en el mundo. Bien sabes que tú me le hiciste conocer.

—Yo no podia renegar de Fanny Squeers, mi amiga de la infancia.

—Bien, hija mia, bien; eso es precisamente lo que yo

digo: es menester vivir como buenos vecinos, y tratarlos como antiguos conocimientos. No digo yo otra cosa: nada de ruido, mientras pueda evitarse. ¿No sois de mi parecer, amigo Nickleby?

—Ciertamente, contestó Nicolás, y habeis sido fiel á vuestros principios el dia en que os encontré á caballo en mi camino, despues de la noche de nuestro disgusto.

—Sin duda, repuso John, cuando yo digo una cosa la sostengo.

—Teneis razon, y obrais en esto como un hombre honrado, no como un hijo del Yorkshire, si es verdad como se dice en Londres, que el Yorkshire es el país de las gasconadas. Pero á propósito, John, ¿no me deciais en vuestra carta que estaba aquí en vuestra compañia miss Fanny Squeers?

—Sí, contestó John; es la damisela de honor de la recien casada, y una buena damisela de honor. No hay que temer tenga prisa por casarse.

—Cállate, John, dijo Matilde que no gustaba menos de satirizar á las solteras pasadas, ahora que ella tenia lo que le faltaba.

—No es mi ánimo ofenderla suponiendo que no tenga pretendientes, mayormente estando aquí nuestro amigo Nickleby.

—¿Veis, M. Nickleby? Porque ella está con nosotros os ha invitado John á venir esta noche: hemos pensado que os seria acaso agradable encontraros con ella despues de lo que ha pasado.

—Sin duda ninguna; habeis pensado muy bien, contestó Nicolás.

—Sobre todo, repuso Matilde con intencion, despues de lo que sabemos de vuestros antiguos amores.

—¡Lo que sabemos! exclamó Nicolás moviendo la cabeza. Yo, por mí no sé nada; pero supongo que me habreis jugado alguna mala partida.

—Estad seguro de ello; no habrá dejado de hacerlo, dijo á su vez John pasando su índice por uno de los bucles de

su esposa. Esta ha sido siempre maligna como un.....

—¿Cómo un qué?

—Como una mujer y está dicho todo, contestó John; yo no conozco nada mas maligno.

—Ibais á hablarme de miss Squeers, dijo Nicolás por interrumpir ciertas libertades conyugales que comenzaban ya á tomar vuelo entre Matilde y John, y que hacian algo embarazosa la posicion de un tercero.

—Sí, sí, añadió Matilde, acaba, John. John fijó nuestra entrevista para esta tarde, porque Fanny habia resuelto ir á tomar el té con su padre. Para evitar inconvenientes y tener la seguridad de estar solos, John le ha prometido ir á buscarla á casa de su padre.

—Está muy bien dispuesto, dijo Nicolás; solo siento causaros tanto embarazo.

—De ninguna manera, contestó Matilde, porque John y yo teníamos mucho deseo de veros. ¿Sabeis, M. Nickleby, que Fanny Squeers parecia estar muy enamorada de vos?

—Yo se lo agradezco mucho, pero os aseguro bajo palabra de honor, que no he tenido nunca la pretension de impresionar su virginal corazon.

—¿Qué decís? ¡Bah! no es posible; porque ahora os hablo sériamente, la misma Fanny me ha dado á entender que le habiais hecho vuestra declaracion en toda regla, y aun que ibais á uniros con lazos irrevocables y solemnes.

—No es verdad, señora, no es verdad, gritó una mujer con voz penetrante, no es verdad. ¡Yo, yo os he dado á entender que iba á unirme á un asesino que ha derramado la sangre de mi padre! ¿Cómo habeis podido creer que yo amara á un ser que desprecio como el lodo de mis zapatos, y á quien no me dignaria tocar sino con unas tenazas por no mancharme las manos? ¿Lo podeis haber creido? ¡Ah! baja y vil Matilde!

No hay que decir que todas estas contumelias salian de la linda boca de miss Fanny Squeers en persona. Ella misma era la que acababa de abrir la puerta de par en par y exhibir á los asombrados ojos de los tres amigos, no ya so-

lo sus propios atractivos y adornos colocados simétricamente en los blancos y castos vestidos ya descritos, sino tambien al imponente par de Wackfords, padre é hijo, que le servian de escolta de honor.

—Hé aquí, continuó diciendo Fanny á quien la cólera daba cierta elocuencia, hé aquí el premio de mi paciencia, de mi amistad, de toda mi indulgencia en soportar su perfidia, la bajeza de sus sentimientos, su falsedad, la coquetería que desplega para atraer amantes vulgares, de una manera que me avergonzaria por mí..... por mi.....

—Sexo, le apuntó su padre mirando á los tres comensales con malos ojos, aunque sobra aquí uno, puesto que era tuerto M. Squeers.

—Sí, añadió Fanny, pero por fortuna, y bendigo por ello mi estrella, mamá sabe á qué atenerse.

—¡Bravo! exclamó en voz baja Squeers. Y ojalá se hallara aquí en este momento crítico. ¡Oh! ella arreglaria á esta buena gente.

—Hé aquí el premio, repitió Fanny levantando altiva la cabeza y bajándola majestuosa en seguida para mirar al suelo con soberano desprecio; hé aquí el premio de la bondad con que yo la he atendido, con que la he sacado del polvo y hasta la he cubierto con el manto de mi proteccion.

—Vamos, vamos, dijo al fin Matilde á pesar de los esfuerzos que hacia su esposo para contenerla, no digas mas tonterías.

—¡Cómo! ¿No os he cubierto yo con el manto de mi proteccion?

—¡Qué disparate!

—¡Id allá! dijo Fanny con altanería; debierais sonrojaros; pero nó, vuestra frente no sirve para eso, incapaz de expresar ningun otro sentimiento que la audacia y la desvergüenza.

—Hacedme el favor de hablar mas bajo, si quereis, dijo Browdie, cuya sangre iba ya calentándose oyendo las injurias que se decian á su mujer; mas bajito, porque.....

—Contra vos, M. John Browdie, contestó la Fanny inter-

rumpiéndole prontamente, contra vos no tengo mas que un sentimiento de piedad.

—¡De piedad!

—¡Oh! sí, os compadezco, pobre John.

—¡Bah! ¡bah!

—Sí, repitió Fanny mirando á su padre; aunque yo sea, segun vos, una *damisela* de honor sin peligro de que se case pronto, ya os lo he dicho y me permito la libertad de repetíroslo, yo no tengo contra vos mas que un sentimiento de piedad.

Aquí miss Squeers volvió á mirar á su padre, que la miró tambien de medio lado, como diciendo: ¡Chúpate esa, buen mozo!

Y aun continuó hablando la infatigable miss Fanny Squeers:

—Yo, dijo sacudiendo violentamente el edificio de su peinado, sé muy bien lo que os espera, la vida que se abre ante vos, y aunque fuerais mi mas odioso enemigo, no os pudiera desear nada peor.

—En el caso de desear, ¿no desearias mas bien ser su esposa? preguntó Matilde con la mayor dulzura y con la mas graciosa sonrisa.

—¡Ah Matilde! teneis mucho talento, casi tanto talento como astucia, contestó Fanny haciéndole una reverencia. Toda vuestra astucia habeis empleado para elegir el momento de ir yo á tomar el té en la habitacion de papá, de donde no habia de volver hasta que fueran por mí. Pero ha sido una lástima que no pensarais que podia haber otra persona tan astuta como vos para hacer que fracasaran vuestros pérfidos planes.

—Puedes dejar esos aires de personaje, repuso Matilde con dignidad de mujer de estado, pues no conseguirás vejarme: te lo advierto.

—Y vos podeis tambien dejar de hacer la señora conmigo, porque no lo sufriré. Hé aquí el premio de mi comportamiento, hé aquí el premio de.....

—Vuelta al premio y á los mil diablos, dijo impacienta-

do ya John. A ver, Fanny, si se acaba esto. Convenceos de una vez de que este es el premio, y no fastidieis ya mas con si es el premio ó no es el premio.

—Sobre esto no se os ha pedido vuestra opinion, M. Browdie, contestó Fanny con afectada política; sin embargo, os doy las gracias de todos modos. Solo desearia tuvierais la atencion de no llamarme á secas por mi nombre. Por mas que se compadezca á una persona, no hay razon para olvidar lo que aconsejan las conveniencias sociales, M. John Browdie.

John la miró con asombro, pero oyendo reir á su esposa, salió riendo él tambien.

—¡Matilde! gritó luego Fanny con tal violencia que John saltó sobre sus botas. ¡Matilde! renuncio para siempre á vuestra amistad, os abandono, reniego de vos. Ni aun quisiera tener una hija que se llamara Matilde, aunque este nombre hubiera de preservarla de la muerte.

—En cuanto á eso no temais, contestó John sonriendo; tiempo largo teneis para buscar otro nombre que poner á vuestra hija cuando llegue el caso.

—Vamos, John, no la mortifiques mas, dijo Matilde por via de conciliacion.

—¡Mortificarme! exclamó Fanny creciendo un palmo sobre su enojo. ¡Mortificarme!

Por fortuna desahogó su cólera rompiendo en una sonora carcajada.

—Oye, Fanny, le dijo afablemente Matilde, bien sabes que se expone una á oir algo desagradable cuando tiene la curiosidad de ponerse á escuchar detrás de las puertas. Siento mucho lo que ha ocurrido; pero, Fanny, creedme, si quereis; he predicado tantas veces tus alabanzas en ausencia tuya, que bien pudieras perdonarme tú lo poco que he dicho esta vez y pueda haberte disgustado: una vez no hace costumbre.

—Está bien, señora, muy bien, contestó Fanny haciendo otra reverencia; muchas gracias por vuestra bondad: no me falta mas que ponerme de rodillas para rogaros no me ofendais otra vez mas.

—No creo haber dicho nunca mal de ti, ni aun ahora tampoco. En todo caso, no puedes quejarte de que no haya dicho la verdad; pero sea como quiera, lo siento y te pido perdon. ¿Cuántas veces, Fanny, no has dicho tú de mi cosas peores? Y sin embargo, nunca te he guardado rencor. Espero, pues, de tu parte igual comportamiento conmigo.

Fanny Squeers en vez de contestar directamente, se puso á mirar de arriba á bajo á su antigua amiga con la expresion del mas soberano desprecio.

Sin embargo, no pudo menos de murmurar alguna palabra suelta, como *pícara, pérfida, miserable;* y estas palabras dichas entre dientes por la irascible Fanny, que se mordia los labios y apenas podia respirar de agitacion, hacian conocer que los sentimientos mal comprimidos de aquel pecho, necesitaban un desahogo, una violenta explosion.

Durante el curso de esta conversacion, el niño Wackford viendo que no se hacia caso de él y arrastrado por sus inclinaciones naturales, fué aproximándose poco á poco á la mesa con intenciones bastante agresivas. Comenzó sus ataques por ligeras escaramuzas consistentes, por ejemplo, en pasar los dedos por los platos y lamérselos luego con un placer infinito; en tomar una corteza de pan y limpiar con ella la grasa de algun plato; en meterse en el bolsillo los terrones de azúcar; y todo esto con el mayor disimulo.

Pero cuando el muchacho vió que todas estas pequeñas libertades pasaban desapercibidas, se tomó naturalmente otras mayores, y despues de haber quitado la costra, entró en el fondo del pastel.

Este hábil manejo no habia escapado al ojo siempre abierto de M. Squeers, sino que, mientras la atencion general se dirigia á cosas mas interesantes, él se complacia con la idea de que su presunto heredero engordaba á expensas del enemigo; pero luego que una calma pasajera en la contienda hubo de hacerle temer que su amado y digno hijo fuera sorprendido infraganti, aparentó apercibirse de ello entonces y le asentó un sopapo que hizo temblar toda la vajilla.

—¡Cómo! gran pícaro! te comes los restos de los enemigos de tu padre! ¿No ves, hijo desnaturalizado, que eso no puede servir mas que para envenenarte?

—Dejadlo que coma, que eso no le hará daño, dijo M. Browdie, deseoso de habérselas con un hombre. Yo quisiera ver aquí toda vuestra escuela; ya les daria yo con que reparar sus estómagos vacíos, aunque hubiera de gastar todo lo que tengo.

Squeers le miró de reojo con la mas infernal expresion de malicia que pudo revelar su cara, y cuenta que la cara de Squeers era rica en revelaciones de este género. Despues le mostró los puños, pero furtivamente.

—Fuera tonterías, maestro de escuela, le previno John, porque si yo os muestro el mio, el aire no mas os va á tumbar patas arriba: con que mucha prudencia y no digo mas, maestro de escuela.

—Estoy seguro de que habeis sido vos quien ha facilitado la fuga de mi alumno. ¿No es así? Vamos, confesadlo. Habeis sido vos, ¿eh?

—Yo, contestó John alzando la voz y en ademan resuelto; yo he sido. ¿Y qué?

—¿Lo oyes, hija mia? Confiesa que ha sido él. ¿Lo has oido bien? Él ha sido.

—Sí, hombre, yo, yo mismo, repitió John. Y oid lo que os voy á decir: Si prendeis otro alumno fugitivo, yo seré tambien quien lo salve. Si prendeis veinte, treinta ó mas, yo seré siempre quien los salve, veinte, treinta veces ó mas. Y oid todavía lo que voy á añadir, ya que me habeis hecho saltar. Digo que sois un grandísimo tunante, viejo del diablo; y podeis dar gracias á Dios por ser un viejo, porque á ser jóven, os hubiera quebrantado todos los huesos, cuando tuvisteis la audacia de venir á contar á un hombre honrado cómo habiais aporreado á un pobre muchacho en el fiacre.

—¡Un hombre honrado! exclamó Squeers entre dientes y con cierta sonrisa de duda.

—¡Un hombre honrado! repitió John; me precio de ello

sin tener que hacerme mas reproche que haber puesto los piés en vuestra casa.

—Difamacion, dijo Squeers con aire de triunfo. Y tengo dos testigos. ¡Oh! Wackford sabe prestar juramento y lo prestará cuando sea necesario.

Y Squeers sacó su agenda para tomar nota.

—Está muy bien; no daria por quinientos francos lo que esto me reportará en los tribunales, sin contar el honor que tambien vale entre las personas decentes, como verbigracia.

Y el honorable maestro de escuela trazó con el dedo un círculo, dentro del que quedaron exclusivamente, su hija, su hijo y él.

—¡Los tribunales! exclamó John. Y ¿qué me contais á mí con vuestros tribunales? No será la primera vez que van ante ellos los maestros de escuela del Yorkshire; pero no os aconsejo que vayais conmigo, porque saldriais muy mal, si es que saliais.

M. Squeers sacudió la cabeza con aire amenazador y pálido de coraje.

Despues dando el brazo á su hija y tomando de la mano á su hijo, se dirigió hácia la puerta, donde se detuvo.

—En cuanto á vos, dijo volviéndose y encarándose ahora con Nicolás, que satisfecho con sus recuerdos en que habia el de una gran paliza, se habia abstenido expresamente de tomar parte en la cuestion; en cuanto á vos, antes de poco arreglaremos nuestra cuenta pendiente.

—Cuando querais; ya sabeis, señor maestro, que yo pago siempre con usura, contestó Nicolás sonriendo.

—Bien, bien, repuso Squeers; vos arrebatais los alumnos de la casa paterna. Temed que los padres vengan á reclamarlos y me los envien para hacer con ellos lo que yo quiera, que es lo que debo y nada mas.

—No tengo temor ninguno de eso ni de nada.

Y Nicolás le dió la espalda con desprecio.

—¿Nó? replicó Squeers lanzándole una mirada diabólica. Allá veremos. Vámonos, vámonos.

—Sí, papá, vámonos de aquí, dijo Fanny mirando en

torno con altivez y desprecio. Voy á dejar para siempre una sociedad indigna de mí. Tendria vergüenza de respirar el mismo aire que esta gente. ¡Pobre John Browdie! me da lástima de él. ¡Pérfida, desleal Matilde! ¡Oh! la detesto!

Despues de este nuevo acceso de sombría y majestuosa cólera, miss Fanny Squeers despejó la escena, pero sosteniendo hasta el fin la dignidad de su papel, se la pudo oir aun sollozar, maldecir y renegar entre bastidores, ó sea por los pasillos.

John Browdie permaneció de pié junto á la mesa paseando su mirada de Matilde á Nicolás, y de Nicolás á Matilde y con la boca abierta, hasta que por casualidad cayó su mano sobre el jarro de la cerveza, que llevó por hábito á sus labios. Con él cubrió algun tiempo parte de su fisonomía, tomó aliento, pasó el jarro á Nicolás y tiró del cordon de la campanilla.

—¡Hola! mozo, dijo alegremente, alerta. Llévate todo esto, y que se nos haga para cenar carne asada, mucha y bien acondicionada: cenaremos á las diez. Tráenos un *grog* con coñac: pronto. ¡Pardiez! añadió frotándose las manos luego que salió el mozo; no tengo para qué salir esta noche; pero no lo pasaremos mal.

CAPÍTULO XI.

Donde se presentan varios personajes.

La tempestad habia hecho ya lugar á la calma mas profunda y la noche estaba ya bastante adelantada. En cuanto á la cena, no hacia ya falta mas que digerirla bien; y no se digeria mal por cierto, gracias á una tranquilidad perfecta, á una conversacion agradable, á un uso moderado del *grog* con coñac, en condiciones tan favorables como podrian desearlo los conocedores que han estudiado la anatomía y funciones del organismo humano, cuando los tres

amigos, ó mas bien los dos, porque á los ojos de la religion, como á los de la municipalidad, John y Matilde no hacian mas que uno en virtud de su union en el santo estado del matrimonio, fueron puestos en alarma por un estruendo de cólera y amenazas en el fondo de las escaleras, que fué tomando tal incremento con expresiones tan hiperbólicamente feroces y sanguinarias, que hubiera podido creerse que la Cabeza del Sarraceno habia bajado verdaderamente al establecimiento, rompiéndole algun hueso á cualquiera otro sarraceno vivo y real, feroz é inexorable.

En vez de degenerar prontamente, despues de la primera explosion, á un simple murmullo, como casi siempre sucede en las disputas de taberna y aun en las asambleas legislativas, el tumulto de que hablamos, no hizo sino crecer, y aunque los gritos salieran al parecer de dos solos pulmones, parecian de calidad tan superior y repetian con tanto vigor las palabras *pillo*, *miserable*, *insolente*, *canalla*, con otra variedad de cumplimientos igualmente lisonjeros para el adversario á quien se dirigian, que un concierto ó desconcierto de una docena de voces en circunstancias ordinarias, no hubiera podido producir la mitad del trastorno ni causado la mitad de la alarma que las dos dichosas voces.

—¿Qué viene á ser eso? dijo Nicolás precipitándose hácia la puerta.

John Browdie habia dado ya algunos pasos en la misma direccion, cuando Matilde poniéndose pálida como una muerta, se apoyó en su silla, y rogó á su marido con voz desmayada que se estuviera allí quieto, pues si se exponia á cualquier peligro, su intencion era tener inmediatamente un ataque de nervios, que podria tener consecuencias mas sérias de lo que él creia.

John pareció un poco desconcertado oyendo la última parte de la advertencia que le hacia su mujer, aunque al mismo tiempo su fisonomía revelaba cierto sentimiento de orgullo y alegría paternal; pero en fin, no pudiendo resolverse á permanecer allí con los brazos cruzados, mientras que se peleaban afuera, contrajo con su mujer una especie

de compromiso dándole el brazo para bajar prontamente siguiendo los pasos de Nicolás, que estaba ya en lo hondo de las escaleras.

El corredor del café del establecimiento era el teatro del desórden y allí estaban reunidos mozos y parroquianos, sin contar algunos hombres mas de la caballeriza.

Todos formaban un círculo al rededor de un jóven al cual podian darse por su cara dos ó tres años mas que á Nicolás, y que al parecer no se habia contentado con las provocaciones de que acabamos de hablar.

Preciso era que hubiera llevado mucho mas léjos su indignacion, pues aparecia descalzo, y se veian á poca distancia de él sus zapatillas al nivel de la cabeza de un personaje desconocido y tumbado en tierra cuanto largo era, personaje que ofrecia todos los síntomas de haber sido primeramente derribado de un puntapié bien aplicado, y abofeteado despues muy gallardamente con las zapatillas.

Los clientes del café, los mozos, los cocheros, los caballerizos, sin hablar de la jóven del mostrador, que miraba por detrás de la entreabierta ventana, parecian inclinados, segun podia juzgarse por sus gestos y exclamaciones cambiadas en voz baja, á tomar partido contra el gentleman descalzo.

Nicolás se apercibió de ello, y viendo á un jóven de su edad, poco mas ó menos, que no tenia aire de ser un pendenciero de profesion, en una situacion difícil, cediendo á impulsos generosos, que no son raros en los jóvenes, se sintió al contrario vigorosamente dispuesto á tomar partido contra todos ellos en favor del que estaba solo, y con cierto aturdimiento penetró en el grupo, preguntando con un tono mas vivo acaso de lo que permitia en tal caso la prudencia, qué venia á ser todo aquel ruido.

—¡Hola! exclamó uno de los mozos de cuadra, este es sin duda algun príncipe disfrazado.

—¡Paso, paso al hijo mayor del czar de Rusia! añadió otro.

Sin hacer caso de estas cuchufletas que siempre encuen-

tran aplauso entre la chusma, cuando se dirigen á personas bien portadas, Nicolás miró con negligencia á su alrededor, y dirigiéndose al jóven que habia tenido ya tiempo de recoger y calzar sus zapatillas, le preguntó sobre el hecho con la mayor cortesía.

—Maldita la cosa, caballero, contestó el jóven sonriendo.

Al oir esta contestacion se levantó un sordo murmullo entre la gente del corro y algunos de los mas audaces hubieron de decir en voz alta y zumbona:

—¡Pues! maldita la cosa.

—Ha sido una chanza ¡vive Dios!

—Dadle las gracias todavía.

Despues de haber agotado su repertorio de expresiones irónicas del mismo género, dos ó tres mozos de las cuadras comenzaron á molestar á Nicolás y al otro jóven autor del tumulto, ya cayendo sobre ellos como tropezando, ya pisándoles los piés por casualidad intencionada.

Pero como cada uno podia aquí tomar parte pagando su escote, y no era esto como una partida de juego en que el número de los jugadores está necesariamente limitado, John Browdie se metió tambien en el círculo con gran espanto de su mujer, cayendo con todo su impulso adelante y atrás, á derecha é izquierda sobre los mas molestos, y aun aplastándole el sombrero con el codo á uno de los mas hostiles á la causa de su amigo Nicolás. Y alguno de los que mas hablaban hubo de retirarse á respetuosa distancia maldiciendo con las lágrimas en los ojos al rudo campesino que le habia deshecho el pié con su pezuña.

Con esto hubo muy luego de tomar el asunto otro giro muy distinto.

—Que vuelva, que vuelva á comenzar, dijo el que habia sido derribado de un famoso puntapié.

Y esto diciendo, se levantó como pudo, no como podia creerse para tomar la revancha contra su adversario, sino temiendo que John le pisara sin querer.

—¡Que vuelva á comenzar! repitió ya en pié. No digo mas que esto.

—Que os oiga yo otra vez repetir vuestras observaciones indignas, y ya vereis si vuelvo á empezar. Y ahora con mas ruido, pues de un puñetazo vais á romper con la cabeza toda esa cristalería que teneis detrás.

Al oir este amago uno de los mozos que no habia cesado de frotarse las manos de gusto presenciando esta divertida escena, mientras se trataba solamente de romper cabezas y no cristales, conjuró sériamente á los espectadores á que fueran á llamar á la policía, asegurando que sino, estaba muy seguro de que iba á ocurrir una desgracia, una muerte, y que además él era responsable de la porcelana y cristalería del establecimiento.

—No hay para que nadie se incomode en ir á llamar á la policía, dijo el jóven, cuando yo he de permanecer toda la noche en el establecimiento, donde se me encontrará mañana por la mañana, si se me quiere perseguir por justicia.

—¿Por qué le habeis maltratado así? dijo uno de los circunstantes.

—Sí, sí, ¿por qué le habeis maltratado? dijeron todos los otros casi á la vez.

El jóven que no tenia la fortuna de gozar la popularidad de aquella gente, miró fríamente á su alrededor y dirigiéndose á Nicolás, le dijo:

—Me preguntabais hace poco, caballero, qué habia ocurrido aquí. Una cosa muy sencilla. Ese hombre que habeis visto ahí tirado, estaba bebiendo con otro amigo suyo en el café, cuando entré yo á pasar media hora antes de ir á acostarme, pues he preferido dormir aquí, á ir tan á deshora á la casa donde no me esperan hasta mañana.

El hombre ese hablaba de una señorita que yo tengo el honor de conocer en términos irrespetuosos y hasta insolentes, y como hablaba bastante alto para que lo oyeran las personas que habia en las inmediatas mesas, hube yo de interrumpirlo para decirle que estaba equivocado en lo que decia, rogándole tuviera la bondad de variar de asunto.

Contúvose en efecto por algun tiempo; pero como al salir renovara la conversacion con mayor insolencia que antes,

me vi en la necesidad de cerrarle la boca dándole una leccion que no debe olvidar tan fácilmente.

Ahora bien, añadió el jóven acalorado aun por su reciente contienda; sé mejor que nadie lo que tengo que hacer en estos casos, y si hay aquí alguno que juzgue á propósito mantener la cuestion por su propia cuenta, no he de ser yo quien se oponga á ello; puede hacerme cara cuando quiera; aquí le espero.

En la disposicion de espíritu en que se encontraba Nicolás, no habia cuestion cuyo desenlace le pareciera mas loable. Perseguido siempre por el recuerdo de su bella desconocida, no podia presentársele un asunto de contienda mas simpático, y naturalmente se decia que él hubiera hecho otro tanto, si algun audaz hablador se hubiera permitido nombrarla siquiera en su presencia sin el respeto debido.

Sensible á estas consideraciones, abrazó con gran calor la causa del jóven gentleman, declarando en alta voz que estaba lo hecho muy bien hecho; y en seguida, John Browdie, sin estar muy seguro del punto de derecho, protestó en el mismo sentido con la vehemencia misma de Nicolás:

—Pues que tenga cuidado; no digo mas que esto, dijo el adversario maltratado, á quien daba una pasada de cepillo un mozo del establecimiento, borrando las vergonzosas señales de su caida. Él me la pagará tarde ó temprano, pues ha buscado una cuestion por maldita la cosa. ¡Pues no faltaba mas sino que un hombre no pudiera encontrar bonita á una mujer bonita sin exponerse á ser arrastrado de este modo!

Esta reflexion pareció interesar profundamente á la jóven del mostrador, quien hubo de decir arreglándose el tocado al espejo:

—¡Pues no faltaria mas! Si hubiera de castigarse á los hombres por cosas tan inocentes, muy luego habria mas castigados que personas que castigaran. ¡Pues vaya! lo que es la conducta de ese forastero es bastante reprensible.

—Pero, hermosa, ¿qué estais diciendo ahí contra mí? le dijo el aludido acercándose á la ventana.

—Eso no significa nada, caballero, le contestó la jóven secamente, bien que no pudiera menos de sonreirse.

—Escuchadme, bella niña, añadió el jóven siempre en voz baja. Si uno fuera criminal por encontrar bella una bella cara, yo mismo seria el mas culpable del mundo en este momento. Una cara hermosa produce en mí un efecto extraordinario; me tranquiliza y subyuga en medio de un arrebato de cólera. Y teneis ahora mismo una prueba evidente de ello.

—¿De veras?

—De veras, contestó el jóven contemplando con aire de admiracion la cara de la cafetera. Y eso es lo que yo os decia; pero no debe hablarse de la belleza sino con respeto, como conviene á un privilegio tan precioso y excelente, mientras que ese insolente...

La jóven del mostrador interrumpió la conversacion asomándose á la ventana para preguntar á un mozo:

—Pero ¿es que ese hombre abofeteado tiene intencion de permanecer ahí toda la noche? A ver si tiene la bondad de desembarazar el paso.

El mozo trasmitió la órden á los otros mozos, los cuales no tardaron mucho en cambiar de tono, y en su virtud el pobre diablo fué muy luego puesto en la puerta de la calle.

— Estoy seguro de haber visto á ese hombre antes de ahora, dijo Nicolás reflexionando.

—Pudiera ser muy bien, contestó su reciente amigo.

—¡Oh! sí, lo apostaria. Pero ¿dónde diablos le he visto?... ¡Ah! ya recuerdo. Es el dependiente de un despacho de colocaciones que hay en el mejor distrito de Londres. Bien decia yo: esa cara no me era desconocida.

En efecto, era Tom, personaje que ya conocen nuestros lectores.

—¡Qué cosas! dijo Nicolás reflexionando en todos los incidentes extraños, que de vez en cuando y en el momento en que menos lo esperaba, le traian delante de los ojos aquel despacho de colocaciones.

—Os quedo muy reconocido por la bondad con que os

habeis hecho abogado de mi causa en un momento tan crítico, dijo sonriendo el jóven de la pendencia entregando una tarjeta á Nicolás. Si quereis darme vuestras señas, añadió, tendré mucho gusto en ir á ofreceros mis respetos.

Nicolás tomó la tarjeta y echándole una ojeada al mismo tiempo que contestaba al cumplimiento del otro, no pudo menos de mostrarse gratamente sorprendido.

—*M. Francisco Cheeryble*, leyó Nicolás. ¿Por ventura seriais el sobrino de los señores Cheeryble Hermanos, á quien esperan mañana?

—No acostumbro tomar el título de sobrino de Cheeryble Hermanos, contestó Francisco en tono de buen humor; pero soy en efecto el sobrino de los dos excelentes hermanos conocidos bajo esa razon social y tengo orgullo en serlo. Y vos, caballero, ¿seriais por fortuna M. Nicolás Nickleby, de quien tengo ya noticias muy honrosas?

—Vuestro servidor.

—¡Pardiez! No esperaba conoceros en semejante ocasion; pero no por ser tan singular el encuentro, me es menos agradable, os lo aseguro.

Nicolás pagó estos cumplimientos en la misma moneda, y los dos se estrecharon las manos de la manera mas cordial. Despues le presentó á John Browdie que no habia vuelto aun de su admiracion hácia el forastero, desde que le vió atraerse tan hábilmente la voluntad de la jóven del mostrador; y presentando luego á Matilde, subieron todos cuatro á la habitacion abandonada poco antes, donde pasaron media hora de verdadero placer y satisfaccion recíproca.

Pero debemos decir en honra de Matilde Browdie, que comenzó la conversacion declarando que entre todas las mujeres descocadas que habia visto, la de abajo era sin duda la mas ligera y la mas fea además.

Este M. Frank Cheeryble, á juzgar por este último incidente, era un jóven de cabeza algo fogosa. No es absolutamente un milagro ni un fenómeno en la historia filosófica de la humanidad; pero era al mismo tiempo un mozo de buen humor, cuya fisonomía y maneras recordaban á Nico-

lás la bondad y trato de sus excelentes tios los hermanos Cheeryble. Su tono era siempre como el de ellos, y habia en toda su persona ese aire de franca bondad que gana los corazones de todos los que tienen sentimientos generosos.

Además era muy bien parecido, inteligente y vivaz; y así al cabo de cinco minutos se habia hecho ya á todas las excentricidades de John Browdie, como si le conociera desde la infancia.

No hay pues que extrañar que cuando llegó el momento de separarse, hubiera producido la impresion mas favorable no solo en el digno hijo del Yorkshire y de su esposa, sino tambien en Nicolás, que pensando sobre esto en su camino para volver á su casa, acabó por reconocer que habia echado los fundamentos de una amistad tan agradable como honrosa para él.

—Pero ¿no es una cosa extraordinaria el encuentro de ese empleado del despacho de acomodos? No es verosímil que el sobrino conozca á esa bella desconocida mia. Cuando Timoteo me dió á entender el otro dia que Francisco venia para asociarse á sus tios, me dijo al mismo tiempo que el sobrino habia permanecido en Alemania cuatro años al frente de los negocios de la casa y que habia pasado los últimos seis meses estableciendo una agencia en el norte de Inglaterra: son pues cuatro años y medio. ¡Cuatro años y medio! Ella no puede tener mas de diez y siete; pongamos diez y ocho á lo mas. Quitemos los cuatro y medio y queda... quedó una niña cuando él salió de Londres. No podia conocerla; quizás no la hubiera visto siquiera. Así, pues, no es él quien puede darme informes de ella; y en todo caso, añadió respondiendo á su idea fija, no puede haber peligro de que ella haya tenido una primera inclinacion hácia este lado: esto es evidente.

¿Será cierto que el egoismo es un ingrediente necesario en la composicion química de esa pasion que llaman amor? ¿O bien hay que creer todas las bellas cosas que dicen los poetas en el ejercicio de su infalible vocacion?

Sin duda hay ejemplos auténticos de caballeros que han

cedido sus damas y de damas que han cedido sus caballeros con circunstancias que hacen grande honor á su magnanimidad; pero ¿es tan seguro que la mayoría de esos galanes y damas no han hecho de la necesidad virtud, ni han renunciado noblemente á lo que sabian muy bien no podian conseguir, poco mas ó menos como un soldado raso de nuestros ejércitos podria hacer vòto de no aceptar nunca la órden de la Jarretiera, ó como un pobre cura de aldea muy instruido y piadoso, pero sin familia, podria renunciar á ser obispo?

Hé aquí, por ejemplo, á Nicolás, que se habria reprochado como una bajeza calcular en sí mismo las probabilidades que su encuentro con Frank podia ofrecerle de acrecentar su favor cerca de los hermanos Cheeryble, y entra en otro órden de consideraciones menos racionales.

Este mismo sobrino ¿no podria ser su rival en el corazon de la bella desconocida?

Hé aquí una cuestion que él trabajaba con tanta gravedad, como si, una vez arreglada, debiera decidir todas las otras. Y recaia incesantemente sobre el mismo asunto, indignado de que hubiera en el mundo un hombre que se permitiera hacer la corte á una mujer, con la cual, como sabemos, no habia cambiado ni una palabra en todos los dias de su vida.

Seguramente, léjos de desconocer el mérito de su nuevo amigo, le prestaba formas exageradas; pero en fin, era ya, de parte de su supuesto rival, una especie de ultraje, esto de tener mérito, á lo menos á los ojos de la señora de sus pensamientos, pues por lo demás, Nicolás le permitia tener todo el mérito que quisiera. Ved, pues, cómo habia en todo esto un egoismo verdadero.

Y sin embargo, Nicolás era uno de los hombres mas francos y generosos; no habia quien tuviera menos pasiones pequeñas y bajas, y no tenemos ningun motivo para suponer que enamorado locamente como estaba, sus ideas y sentimientos no fueran en todo semejantes á los de las otras personas que se encuentran tambien en ese estado de pasion que los poetas nos representan como sublime.

Por lo demás, él no se entretuvo en analizar, como nosotros lo hacemos, sus secretos sentimientos; pero continuó sus ilusiones todo el camino y luego toda la noche; porque despues de haberse persuadido de que Francisco no podia conocer, ni por consiguiente cortejar á la jóven misteriosa, comenzó á entrever que no estaba mas adelantado que antes, y aun que pudiera ser que no la volviera á ver jamás.

Sobre esta hipótesis, construia despues los mas ingeniosos laberintos de penas, unos mas tenebrosos que otros. La vision quimérica que se habia creado respecto de Frank, era como el suplicio de Tántalo, que no le dejaba ningun reposo y fatigaba hasta su sueño.

A pesar de cuanto se haya podido decir en prosa y en verso, no hay todavía un caso de observacion bien establecido, que autorice á creer que la aurora haya nunca diferido ó anticipado una hora su vuelta por el placer celoso de desesperar á algun amante inofensivo. El sol sabe muy bien que tiene deberes públicos que cumplir, y dócil á las tablas hechas en el observatorio de Greenwich, se levanta invariablemente segun las prescripciones del almanaque, sin dejarse nunca sobornar ni enternecer por nadie ni por nada.

La aurora trajo, pues, tambien para Nicolás la apertura regular de su despacho, el curso natural de los negocios, y sobre todo la amistosa sonrisa de Francisco, los plácemes de los dos hermanos y una acogida mas grave y burocrática, pero no menos cordial en el fondo por parte de Timoteo.

—¡Es cosa singular y extraordinaria que M. Frank y M. Nickleby se encontraran anoche! dijo Timoteo bajando listamente de su taburete y apoyando la espalda en su pupitre como hacia siempre que tenia que decir alguna particularidad. Hay en el encuentro de los dos jóvenes una coincidencia verdaderamente notable. ¡Que vengan á decirme luego que hay en el mundo un punto como Londres para estas coincidencias!

—No soy competente en la materia, contestó el jóven Francisco; pero...

—¿No sois competente en la materia, M. Frank? En hora

buena, repuso Tim interrumpiéndole con calor; pero no se necesita mucho para eso. Si hay en el mundo otro punto mejor que Londres para tales coincidencias, ¿dónde está, M. Frank? ¿Es en Europa? De ninguna manera. ¿En Asia? Tampoco. ¿En África? Menos. ¿En América? Vos mismo sabeis lo contrario. Entonces, señor mio, añadió el buen Timoteo cruzándose de brazos, ¿dónde está? Quiero saberlo.

—No tenia yo la intencion de poner en duda esa verdad, dijo Francisco riendo. ¿Cómo habia de cometer semejante herejía? Todo lo que os queria decir cuando me interrumpisteis, es que debo mucho á esa coincidencia; ni mas ni menos.

—¡Oh! si no poneis en duda esta verdad, ya es otra cosa, contestó Timoteo variando de tono; ya es otra cosa. Pero voy á deciros una cosa: no hubiera sentido que me hubierais contradicho; quisiera que vos ó cualquier otro me contradijera en este punto. Muy pronto os hubiera derrotado con un argumento sin réplica.

Como, por fortuna, no habia allí nadie que quisiera defender contra Timoteo las cuatro partes del mundo, ó mas bien exponerse á la derrota que le hubiera traido infaliblemente semejante temeridad, el viejo tenedor no llevó mas léjos su demostracion, ya inútil, y volvió á subir á su banqueta.

—Ned, dijo Cárlos, despues de haber dado á Timoteo una amistosa palmada en la espalda, debemos estar satisfechos verdaderamente de tener á nuestro lado dos jóvenes tan provectos como nuestro sobrino Francisco y M. Nickleby. ¿No tenemos razon para estar satisfechos?

—Ciertamente que sí, contestó Ned.

—En cuanto á Timoteo, no hay que hablar; es un mozo, un niño, de quien no hacemos caso y por consiguiente no hay que pensar en él. ¿Qué teneis que decir á esto, pícaro Tim?

—Tengo que decir que voy tomando celos de vuestros dos favoritos y que iré á buscar otra colocacion. Así, ya podeis proveeros por vuestra parte, porque yo me voy.

Timoteo halló esta broma tan deliciosa, que dejó la pluma en el tintero, y bajando ó mas bien precipitándose de su banqueta, á pesar de sus hábitos metódicos, se puso á reir como un insensato.

Los hermanos Cheeryble le acompañaron en su hilaridad celebrando la idea de una separacion voluntaria.

Francisco y Nicolás hacian coro riendó con mas gana aun que los otros, acaso por disimular otra emocion producida en ellos por este ligero incidente.

Y á decir verdad despues de las primeras expansiones de risa, un sentimiento de ternura ganó el corazon de los tres viejos amigos, sin que ellos quisieran darlo á conocer. Así esta alegría ingenua y franca les procuró mas felicidad y verdadero placer que halló nunca una sociedad elegante en el mas agudo rasgo de ingenio, dirigido contra algun ausente.

—M. Nickleby, le dijo luego el hermano Cárlos llevándolo aparte y estrechándole la mano; estoy impaciente, hijo, hasta ver si estais establecidos convenientemente en vuestra casita. Seria un remordimiento para nosotros dejar á los que bien nos sirven en la privacion ó en alguna otra incomodidad que esté en nuestro poder remediar. Deseo mucho tambien ver á vuestra madre y hermana, conocerlas y hallar ocasion de reanimarlas dándoles la seguridad y haciéndoles comprender que todos los servicios que podamos prestarles están por debajo de lo que debemos á vuestro celo en el desempeño de vuestro cargo en la casa.

Nicolás abrió la boca para expresar la gratitud que le henchia el corazon. Pero el hermano Cárlos no se le permitió, levantando como siempre su modestia á la altura de su generosidad.

—Ni una palabra, le dijo; ni una palabra; os lo ruego, y espero no mortifiqueis á quien tanto os quiere.

Nicolás calló, pero la gratitud le salia por los ojos.

M. Cárlos continuó:

—Mañana, domingo, me tomaré la libertad de ir á visitaros hácia la hora del té con el deseo de encontraros; si

no pudierais estar, ó vuestra familia tuviera repugnancia de recibir una visita intempestiva prefiriendo otra hora y otro dia, yo volveré otro dia y á otra hora. Todos los dias y horas son buenas para mí. Ned, añadió, dirigiéndose á su hermano sin dar tiempo á Nicolás para que intercalara una palabra, tenemos que hablar, hermano, cuando quieras.

—Ahora mismo, Cárlos, contestó el otro, siempre de acuerdo con su hermano.

Y los dos gemelos salieron del escritorio.

Nicolás creyó ver en esta nueva prueba de amistad y en las demás que le fueron prodigadas aquel mismo dia una especie de bienvenida con que los hermanos querian celebrar el regreso del sobrino, renovándole todas las lisonjeras seguridades que ya habia recibido, y estas delicadas atenciones aumentaban mas y mas su gratitud.

El anuncio de semejante visita despertó en el alma de la viuda Nickleby un sentimiento de júbilo y de pesar al mismo tiempo; porque si por una parte veia la seguridad de su próxima vuelta á la buena sociedad y al honesto placer, ya casi olvidado, de las visitas matinales y de las veladas para tomar té, etc.; por otra parte, no podia menos de pensar con amargura y desaliento en su perdida tetera de plata, cuya tapadera estaba coronada con un boton de marfil, y su jarro para la leche, que haciendo pareja con el otro tan precioso utensilio, habia hecho la alegría de su corazon en otro tiempo, y que habia tenido cuidado de guardar, envueltos en una piel de gamuza, en la mas alta tabla de su armario, que su entristecida imaginacion le representaba con los mas vivos colores, ni mas ni menos que si estuvieran todavía allí.

—No recuerdo quién compró en nuestra almoneda aquella caja de especias tan bonita, dijo la viuda moviendo tristemente la cabeza. Siempre estaba en el rincon de la izquierda al lado de las cebollas adobadas. ¿Te acuerdas, Catalina, de la caja de las especias?

—Perfectamente, madre.

—Estoy tentada á creer que nó, Catalina, repuso su ma-

dre severamente, al ver la indiferencia con que hablas. En las pérdidas que hemos sufrido hay algo, que me es mas penoso todavía que las mismas pérdidas; créelo, Catalina, te lo digo sinceramente por mas que me pese. Y es, ver á mi alrededor personas que toman las cosas con tanta calma, con tanta frialdad é indiferencia.

—Madre mia, dijo Catalina deslizando dulcemente su brazo al rededor del cuello de su madre; ¿por qué decís cosas que yo sé muy bien no sentís? ¿Cómo he de creer yo, mi buena madre, que sentís verme feliz y contenta? Ya estamos reunidos otra vez. ¿No vale esto mas que esas bagatelas, de que no tenemos necesidad? Despues de haber visto por mis propios ojos toda la miseria y la desolacion que la muerte puede arrastrar en pos de sí; cuando he conocido el dolor de vivir sola en medio de la gente, y he pasado por la agonía de una separacion cruel en el seno de la afliccion y de la pobreza, que hacia mas necesario el consuelo de sufrir juntos, ¿podeis extrañar, madre mia, que halle aquí un lugar de tranquilo reposo, donde teniéndoos á mi lado no siento ya deseos ni pesares? Hubo un tiempo, madre, no muy remoto por cierto, en que todas las dulzuras de nuestra antigua existencia venian con frecuencia á atormentar mi memoria, con mas frecuencia de lo que podeis creer; pero yo afectaba no pensar en ellas con la esperanza de conseguir que no las sintierais vos. ¡Ah! nó, no era yo insensible. ¡Ojalá lo fuera, que así menos infeliz hubiera sido!

¡Mi querida madre! añadió Catalina con la mas viva emocion, no veo mas que una diferencia entre esta casa y aquella otra en que pasamos tantos años felices, y es, madre mia, que el mas noble corazon que sufrió tanto en el mundo, ha desaparecido de aquí para buscar la paz de Dios en el cielo.

—¡Catalina! ¡hija mia! exclamó enternecida ahora la viuda.

—Muchas veces, continuó diciendo la pobre jóven, muchas veces he pensado en estas palabras tan tiernas. Hácia

el fin de su vida, cuando subia á acostarse, pasaba por mi dormitorio y me decia: «¡Dios te bendiga, pequeñuela mia!» Y recuerdo que estaba tan pálido, tan triste... ¡Oh! sí, el pesar le mató. Pero entonces era yo tan jóven que no conocia esto. ¡Padre mio!

Un raudal de lágrimas vino en auxilio de Catalina y alivió su pena. La jóven posó la limpia frente en el seno de su madre y lloró como una niña.

Es una observacion que hace honor á nuestra naturaleza, que luego que nuestro corazon se siente conmovido por cualquier pensamiento de felicidad tranquila ó de afeccion pura, único momento en que la memoria de los muertos le ocurre con fuerza irresistible, pudiera creerse que nuestros buenos pensamientos, que nuestras honradas simpatías son encantos cuya virtud da al alma el poder de mantener cierta comunicacion vaga y misteriosa con los espíritus de aquellos á quienes amáramos en vida.

¡Ah! ¡cuántas veces y cuánto tiempo esos ángeles pacientes vagan al rededor de nuestras cabezas esperando en vano para comunicarse con nosotros, la palabra mágica que nos seria tan fácil pronunciar y que tan rara vez sale de nuestra boca, que muy luego se olvida para siempre!

La pobre viuda Nickleby estaba acostumbrada á decir sin reserva todo lo que le pasaba por la cabeza, y así no le ocurrió nunca la idea de que su hija pudiera abrigar en secreto semejantes pensamientos, y tanto mas, cuanto que las mas rudas pruebas y los mas injustos reproches no pudieron arrancarle nunca esta confidencia.

Pero ahora que la felicidad de que les hacia gozar todo lo que Nicolás acababa de decirles, como asimismo los pacíficos hábitos de su nueva vida, habia suscitado estos recuerdos en el ánimo de Catalina con tanta fuerza que no habia podido reprimirlos, la buena viuda comenzó á entrever que acaso hubiera podido ser de vez en cuando un poco irreflexiva y hubo de sentir algo parecido á un remordimiento, abrazando á su hija y cediendo á las emociones que semejante coloquio habia despertado en su corazon.

Por lo demás, juzgad si todo aquel dia se harian preparativos para recibir dignamente la anunciada visita. Ni siquiera se olvidó el ramo de flores, que hubieron de cogerse en el jardin de un vecino, no siendo bastantes las del propio, pues del ramo primitivo se hicieron otros muchos para adornar toda la casa. Hasta los suelos, el de la sala á lo menos, hubiera alfombrado de flores la viuda, segun los principios que le eran peculiares, lo que no hubiera dejado de llamar la atencion; pero Catalina se ofreció á ahorrarle este trabajo, y á ella se debió un adorno tan sencillo como elegante.

Nunca habia parecido la casa tan bella como este dia, alumbrado por un sol espléndido y brillante; pero ni la satisfaccion de Smike mirando su jardin, ni la de la viuda pasando revista al mueblaje, ni la de Catalina atenta á todo como la mas solícita ama de gobierno, podian igualarse al orgullo de Nicolás contemplando á su hermana.

Y en efecto, el mas rico castillo de Inglaterra hubiera estado orgulloso de poseer un ornamento tan precioso.

Hácia las seis de la tarde, el golpe del llamador por tanto tiempo esperado, vino á producir la agitacion mas viva en la viuda, y su agitacion subió de punto al oir en el corredor el paso de dos personas, lo que hizo predecir á la buena señora, fuera de sí, que eran los dos hermanos Cheeryble.

No se engañó del todo la viuda, pues si no eran los dos hermanos, como habia augurado, eran M. Cárlos Cheeryble y su sobrino Francisco, el cual comenzó por excusarse de una visita indiscreta, pidiendo mil perdones, que le fueron otorgados con la mayor gracia del mundo por la señora de la casa, pues habia contado sus cucharas y sabia que habia mas de las necesarias para tomar el té. La aparicion de este otro personaje no causó por consiguiente el menor embarazo, á no ser á Catalina que salió luego del paso ruborizándose dos ó tres veces al principio.

Además el viejo Cheeryble estuvo tan bondadoso y cordial y el jóven le imitó tan bien en esto, que no hubo allí

la menor señal de esa tirantez ceremoniosa que hace violenta y mortificante una primera entrevista, pues Catalina esperó en vano la presentacion oficial.

Una vez ya en la mesa tomando el té, la conversacion giró sobre multitud de asuntos y mas de una vez se animó con discusiones que no carecian de buen humor. Por ejemplo, aludiendo al reciente viaje de su sobrino á Alemania, el viejo Cheeryble hubo de decir que el jóven se habia hecho sospechoso de estar locamente enamorado de la hija de cierto burgomaestre aleman; acusacion que el sobrino rechazó con todas las fuerzas de su indignacion, dando á la viuda ocasion de hacer observar con cierta agudeza que el calor mismo con que el jóven se defendia rechazando la suposicion, hacia creer que habia algo de verdad en el fondo.

Entonces Frank Cheeryble suplicó encarecidamente á su tio tuviera la bondad de declarar que su intencion habia sido solamente darle una broma, á lo que el buen señor accedió al fin, despues de haberse hecho de rogar algun tiempo.

Despues del té, dieron una vuelta por el jardin, y como la tarde era apacible, dejaron luego el jardin para seguir algunos senderos por el campo hasta el oscurecer, haciéndose breve el tiempo para todos.

Catalina guiaba á la reunion apoyándose en el brazo de su hermano y hablando con él y con Francisco. La viuda y el viejo Cheeryble les seguian á corta distancia, y la pobre señora se mostró tan sensible á la bondad con que el buen señor elogiaba á Nicolás y á Catalina, que el impetuoso torrente de sus divagaciones ordinarias se contuvo esta vez en buenos límites.

Smike, que no habia sido en su vida objeto de mas vivo interés que aquel dia, iba cerca de ellos acudiendo á uno ú otro grupo, segun que el hermano Cárlos le retenia á su lado, ó que Nicolás le llamaba para que fuera á hablar con su antiguo amigo, con el que le conocia mejor que nadie y sabia el medio desconocido á los otros de despejar su frente y alegrar su corazon.

El orgullo es uno de los siete pecados capitales; pero no es ciertamente el orgullo que una madre experimenta pensando en sus hijos, ó seria un pecado compuesto de dos virtudes cardinales: la fe y la esperanza.

Pecado ó virtud, este orgullo llenó el corazon de la viuda durante toda aquella tarde, y cuando volvieron á la casa se veian aun brillar en sus mejillas las mas dulces lágrimas que hubiera derramado en su vida.

Despues de una frugal cena cuyo tranquilo júbilo estaba en perfecta armonía con estas disposiciones de espíritu, los dos caballeros se despidieron de la familia. Y hubo aquí un incidente que vino á ser ocasion de multitud de chistes y risas: fué que el jóven Cheeryble estrechó una vez mas de lo que era costumbre la mano de Catalina, olvidando completamente que ya lo hubiera hecho antes.

El tio Cárlos hubo de ver en esto una prueba de que su sobrino, enteramente distraido, solo pensaba en su flamante alemana; suposicion que fué acogida con una explosion de risas. No es menester mucho, en verdad, para alegrar corazones inocentes.

En pocas palabras, aquel fué un dia de dicha tranquila y serena. Todos tenemos algunos dias buenos, de los cuales nos acordamos luego con verdadero placer. Pues bien, aquel fué un dia de estos, y muchas veces despues se habló de él como de una fecha memorable en el calendario de la familia.

Sin embargo, habia una excepcion.

¿Quién es ese que en el silencio de su aposento cae de rodillas para dirigir á Dios la plegaria que le habia enseñado su primer amigo, que junta las manos y las extiende en el vacío con desesperacion antes de caer, la frente contra el suelo, en un acceso de amarguísimo pesar?

CAPÍTULO XII.

M. Rodolfo Nickleby rompe con un antiguo conocimiento. Tambien podria deducirse del contenido de este capítulo que, aun entre marido y mujer, no deben llevarse muy léjos las bromas.

Hay personas que viviendo únicamente para enriquecerse, no importa cómo, y no haciéndose ilusion ninguna sobre la bajeza y fealdad de los medios á que recurren diariamente con este objeto, afectan sin embargo hasta el punto de engañarse á sí mismos, una gran dignidad moral, y mueven pesarosamente la cabeza ó exhalan profundos suspiros quejándose de la corrupcion del mundo.

Entre los mas abominables bribones que han puesto los piés en la tierra, ó mejor dicho que se arrastran por el polvo, pues arrastrarse como reptiles es lo propio de seres tan degradados y viles, hay algunos que registran dia por dia sus hechos y operaciones en un diario, y tienen con el cielo una cuenta abierta de *debe* y *haber*, donde hay siempre la seguridad de encontrar el saldo á su favor.

¿Es un insulto gratuito á la Providencia, si es que hay algo gratuito en el alma interesada, vil y falsa de esos hombres que se arrastran por las sendas mas fangosas de la vida; ó bien es realmente una esperanza que conservan aun de engañar hasta al cielo mismo y hacer en el otro mundo una operacion por los mismos procedimientos que tan buenos resultados les han procurado en este?

No se trata de saber cómo se hace esto; lo que hay de seguro es que se hace; y lo que hay de seguro tambien es que semejante exactitud en la teneduría de libros de estos señores, como lo han probado ciertas memorias biográficas que han revelado muchas cosas, no puede dejar de tener su utilidad, aunque no sea mas que ahorrar al ángel encargado allá arriba de llevar la contabilidad, trabajo y tiempo.

Rodolfo Nickleby no era de estos hombres: grave, inflexible, obstinado, impenetrable, Rodolfo no se cuidaba de nada mas en la vida que de la satisfaccion de sus dos pasiones, de las cuales la primera era la avaricia, el apetito mas imperioso de su naturaleza, y la segunda era el odio.

No queriendo ver en sí mismo mas que un tipo de la humanidad entera, ni se tomaba la molestia de disimular su verdadero carácter á los ojos del mundo en general; y en el fondo de su corazon, así que le ocurria un mal pensamiento, se apresuraba á acogerlo con alegría y á acariciarlo con amor. El único precepto de filosofía que Rodolfo practicaba á la letra era el *conócete* á tí mismo. Él se conocia perfectamente á sí mismo, y por eso aborrecia á todos los hombres, porque creia que todos se le parecian habiendo sido formados en el mismo molde.

En efecto, si no hay hombre que se odie á sí mismo (el mas insensible de nosotros tiene demasiado amor propio para eso), sin embargo, la mayor parte de los hombres juzgan, sin saberlo, de los otros por sí mismos; y puede establecerse por regla general que aquellos que tienen la costumbre de poner en irrision la naturaleza humana y afectan menospreciarla, no son tampoco sus mejores ni sus mas honorables modelos.

Pero volvamos á Rodolfo. Rodolfo estaba de pié, mirando á Newman Noggs con agria expresion mientras que el elegante dependiente se quitaba sus guantes sin dedos, los extendia cuidadosamente sobre la palma de su mano izquierda, desarrugándolos con la derecha y se disponia á doblarlos con el mayor esmero, como si olvidara en aquel momento todo otro cuidado ante el interés mayor de aquel ceremonial.

—¡Ha partido de Londres! dijo Rodolfo lentamente. Sin duda os habeis engañado; tendreis que volver.

—No me he engañado, nó, contestó Newman con seguridad: ha partido.

—No es ya un hombre... ¿es una mujer ó un niño? dijo entre dientes Rodolfo.

—No sé; pero ha partido, repitió Newman.

Cuanto mas desagradable parecia á Rodolfo la palabra *partido*, tanto mas parecia complacerse en repetirla Newman; y la pronunciaba á boca llena, amartillándola cuanto podia decentemente, y cuando no podia prolongarla sin afectacion, se le veia abrir aun la boca para repetírsela interiormente, como si á lo menos fuera un consuelo para él.

—Y ¿adónde ha partido? le preguntó Rodolfo.

—A Francia, contestó Newman... el peligro de un segundo ataque... de erisipela... un mal ataque... á la cabeza... Por eso sin duda los médicos le han ordenado partir y ha *partido*.

—¿Y lord Federico?

—Tambien ha partido.

—Entonces lleva consigo sus mojicones, ¿no es eso? dijo Rodolfo desviándose; embolsa lo que le han dado y huye sin decir oste ni moste, sin tomar reparacion ninguna! ¡Quién lo creyera!

—El pobre está bastante malo.

—¡Bastante malo! exclamó Rodolfo. Muriéndome hubiera estado yo, y no hubiera dejado de tomar venganza; al contrario, mucho mas antes me hubiera vengado yo estando en su lugar. Pero él... ¡está bastante malo! ¡Pobre sir Mulberry! ¡bastante malo!

Pronunciando estas palabras con un supremo desprecio y con apariencias de gran irritacion interior, Rodolfo indicó la puerta á Newman, y ya á solas se dejó caer en una silla y se puso á herir el suelo con el pié en la mayor impaciencia.

—Preciso es que ese mozo sea hechicero, murmuró el avaro rechinando los dientes: las circunstancias todas vienen en su ayuda. ¡Habladme de los favores de la fortuna! ¿Qué es el dinero mismo en comparacion de una suerte tan insolente como esa?

Y esto diciendo, hundió con cólera las manos en sus bolsillos, pero muy luego sus primeras reflexiones fueron suavizándose con algunos pensamientos favorables, porque su

rostro se despejó, y si aun quedaba en las arrugas de su frente una expresion severa, mas bien revelaba la meditacion y el cálculo que el desconcierto.

—A pesar de todo, se dijo, Mulberry acabará por volver, y si yo conozco bien á ese hombre como debo conocerle ahora, su furor no habrá perdido al fin nada de su violencia con esperar. Obligado á vivir en la soledad, ¡cuán monótona debe parecerle la alcoba del enfermo! ¡No vivir, no beber, no jugar, no hacer nada de lo que constituye el fondo de su existencia! ¡Oh! no hay que temer de ningun modo que olvide estos sufrimientos. No habria muchos hombres capaces de este olvido; pero él, menos que nadie.

Pensando en esto se sonrió moviendo la cabeza, apoyó luego la barba en su mano, pensó mas y volvió á sonreirse, levantándose al cabo de un momento para tirar del cordon de la campanilla.

Newman se presentó sin precipitacion.

—¿Ha venido M. Squeers? preguntó el principal.

—¿Quién?.

—El director del colegio de Dotheboys-Hall, M. Squeers.

—¡Ah! Ayer tarde vino, y aquí me lo dejé todavía cuando partí, contestó el viejo dependiente

—Eso bien lo sé, imbécil, repuso el avaro con acritud; nó, no es eso lo que os pregunto. ¿Ha venido despues? ¿Ha venido esta mañana?

—Nó, contestó Newman con toda su voz.

—Si viene en mi ausencia... estoy seguro de que vendrá á las nueve... que espere... Y si viene otro hombre con él, que espere tambien.

—¿Los dos han de esperar? preguntó Newman.

—Los dos; contestó el avaro mirándole con cólera, los dos, digo.

—En hora buena, los dos.

—A ver, ayudadme á ponerme este *spencer*, en vez de repetir mis palabras como un papagayo.

—Eso quisiera yo, ser un papagayo, dijo Newman con tono mohino.

—Y yo tambien lo quisiera, añadió Rodolfo abotonándose el *spencer*: hace tiempo que os hubiera retorcido el cuello.

Newman no contestó á este cumplimiento; pero arreglándole el spencer por detrás á su patrono, hubo de mirar un momento por encima del hombro, como si tuviera la intencion de comenzar por retorcerle á él la nariz. Pero encontrando los ojos del avaro, recogió sus dedos, dispuestos á extraviarse, y se puso á rascarse su propia nariz con una vehemencia extraordinaria.

Rodolfo que no habia penetrado sus intenciones excéntricas, se contentó con lanzar á su dependiente una mirada amenazadora.

Despues tomó su sombrero y sus guantes y salió.

Preciso era que el usurero tuviera una clientela muy variada, porque hacia visitas completamente heterogéneas, ya en ricos palacios, ya en pobres viviendas; pero á sus ojos todas se parecian por un fin comun, el dinero.

Su cara era un talisman para los porteros y criados de sus opulentos clientes, talisman y pasaporte que le daba entrada al instante, aunque fuera modestamente á pié, mientras que otros que iban en carruaje tenian que esperar ó volverse por no ser recibidos.

Aquí su tono era dulce y su urbanidad servil, su paso atento y blando; su voz tan tenue que solo se hacia oir de la persona á quien se dirigia.

Pero en las casas pobres, el usurero no era el mismo hombre; desde su entrada sus botas crujian audazmente; al pedir el dinero que se le debia, su voz era agria y dura, y sus amenazas groseras é insolentes.

Habia aun otra clase de clientes con los que desempeñaba el papel de un personaje diferente. Estos eran los procuradores de reputacion manchada, que le prestaban su ministerio para hacer negocios nuevos ó para sacar nuevos provechos de los negocios viejos. Con estos hombres el usurero era familiar y chistoso; hablaba alegremente de las noticias del dia, y no era nunca tan agradable como cuando

tomaba asunto de las quiebras y dificultades que ocasionaban sus negocios.

En una palabra, hubiera sido difícil reconocer á este Jano, múltiple bajo tantas caras distintas, sin la voluminosa cartera de cuero llena de billetes y obligaciones, que sacaba de su bolsillo al entrar en las casas, y el eterno refran de sus quejas uniformes, aunque cantado en tonos diferentes, de que la gente le creia rico y que en efecto lo seria, si hubiera podido recoger lo que se le debia. ¡Oh! exclamaba meneando la cabeza con expresion de pesar; una vez el dinero fuera, es difícil hacerle entrar otra vez; ni intereses ni principal puede uno recoger, y es preciso retirarse de los negocios.

Cuando habia llegado hasta Pimlico tomándose solo el tiempo necesario para tragar un bocado en algun comedor económico, el avaro volvia á su casa á lo largo del parque de San James.

Este dia, pues, se veia perfectamente en las arrugas de su frente y en sus labios apretados, pero mas especialmente en su completa indiferencia por todos los objetos que se ofrecian á su vista, que rodaba en su cabeza algun proyecto profundo.

Abismado completamente en sus tenebrosas meditaciones, Rodolfo, aquel hombre orgulloso de su vista penetrante, ni siquiera se apercibió de que era perseguido por una sombra obstinada, que ora marchaba con paso clandestino detrás de él, ora se le adelantaba algunos piés, ó se deslizaba y ponia á su lado sin perderlo de vista un momento y fijando en él una mirada tan ávida y penetrante que mas bien parecia una de esas figuras de fantasía que el pintor introduce en el lienzo cuando representa una escena dramática ó las que agitan nuestros malos sueños, que el exámen sostenido del observador mas infatigable.

Hacia ya algun tiempo que el cielo estaba cubierto de sombrías nubes, y las primeras gotas de una tempestad violenta obligaron al avaro á buscar un abrigo debajo de un árbol.

Apoyóse en él con los brazos cruzados y seguia abismado en sus malos pensamientos, cuando al levantar los ojos por casualidad, encontró los de un hombre que acababa de dar la vuelta al árbol para mirarlo de frente.

La cara del usurero tomó al instante una expresion que el desconocido pareció recordar sin vacilacion, pues ella le decidió á dar un paso hácia él llamándole por su nombre.

Asombrado en el primer momento, Rodolfo retrocedió algunos pasos, mirándole de piés á cabeza.

Un hombre seco, descolorido, decrépito, de su misma edad poco mas ó menos, de cuerpo encorvado, de cara siniestra y repugnante, de mejillas hundidas, de cejas espesas y negras que sus cabellos blancos hacian mas negras aun, de traje viejo y grosero, con señales evidentes en toda su persona de abyeccion y vileza; este hombre se ofreció á su vista.

Pero á medida que le miraba, la cara del hombre, todo el hombre le iba pareciendo menos extraño; pareciale que sus rasgos se fundian y trasformaban en alguna imágen que le era familiar, hasta que al fin una ilusion óptica pareció componer un hombre, á quien habia conocido antes, pero á quien habia perdido de vista y olvidado hacia muchos años.

El hombre vió que el reconocimiento era recíproco y hubo de hacer una seña á Rodolfo para que volviera á ocupar su sitio junto al árbol, en vez de estar expuesto á la lluvia fuera de abrigo, en lo que no habia pensado el avaro en los primeros momentos de su sorpresa.

Luego, con voz débil, aunque ronca ó cascada, le dirigió estas palabras:

—Estoy seguro, M. Nickleby, de que por la voz no me hubierais reconocido.

—Nó, contestó el avaro, fijando en el hombre una mirada severa. Sin embargo, añadió, hay algo en vos que quiero recordar.

—¡Oh! exclamó el otro; poco habrá ya en mí que podais recordar, despues de diez y ocho años.

—Hay bastante, replicó Rodolfo volviendo la cabeza, demasiado acaso.

—M. Nickleby, si yo hubiera podido dudar de que erais vos, vuestras maneras y acogida, no me hubieran dejado dudar por mucho tiempo.

—¿Esperabais acaso mejor acogida? preguntó Rodolfo con acritud.

—Nó.

—Entonces, si esto no os sorprende, ¿por qué mostrais semejante sorpresa?

El hombre calló al principio; al parecer se disponia á hacerle algun reproche; pero al fin se dominó.

—M. Nickleby, le dijo sin mas preámbulo, ¿quereis oir unas palabras que tengo que deciros?

—Tengo necesidad de esperar aquí que cese un poco la lluvia, contestó Rodolfo mirando las nubes; si me hablais, no he de taparme los oidos, aunque no por eso prometa ser menos sordo á vuestras palabras.

—En otro tiempo, M. Nickleby, poseia yo toda vuestra confianza.

Rodolfo se volvió sonriendo involuntariamente.

—En fin, repuso el otro, poseia vuestra confianza tanto como el que mas haya podido poseerla.

—¡Ah! exclamó el usurero cruzándose de brazos; eso es otra cosa, eso es muy diferente.

—Vamos, no juguemos con las palabras, M. Nickleby, en nombre de la humanidad.

—En nombre ¿de qué? preguntó Rodolfo.

—De la humanidad, contestó el otro rudamente. Tengo hambre y no tengo qué comer. Debeis ver en mí un gran cambio, despues de tan larga ausencia. Digo que debeis verlo, porque yo mismo lo veo, aunque lo he sufrido lentamente y por grados. Si esto no basta para moveros á piedad, sabed que no tengo pan; no hablo del pan cotidiano de la oracion dominical que en estas ricas ciudades comprende poco mas ó menos todos los goces del mundo para el rico, y el grosero alimento que basta á sostener la vida

del pobre, nó; el pan de que yo hablo, el pan de que carezco, el pan que yo pido es una corteza de pan seco. Cuando lo demás no os compadeciera, yo espero que á lo menos no sereis insensible á mi gran miseria.

—¿Es esa la forma comun que habeis adoptado para mendigar? le preguntó Rodolfo. No habeis estudiado mal vuestro papel; pero si quereis tomar consejo de un hombre que sabe lo que es el mundo, os recomendaria hablar menos alto, un poco menos alto, ó de otro modó os exponeis á moriros de hambre.

Y esto diciendo, Rodolfo tenia la mano izquierda estrechamente cerrada en la mano derecha, inclinada un poco la cabeza á un lado y apoyada la barba sobre el pecho, considerando así al que acababa de dirigirse á él. Su actitud era la que un buen artista hubiera dado al genio de la insensibilidad.

—No hace mas que un dia que estoy en Londres, dijo el viejo echando una ojeada á su vestido, sucio con el polvo y lodo de los caminos, y á su calzado roto.

—El primer dia que habeis pasado en Londres debiera haber sido tambien el último, contestó Rodolfo.

—No he hecho mas que buscaros durante este tiempo en todas partes donde creia poder encontraros, M. Nickleby, y os encuentro al fin en el momento en que casi habia renunciado á esta esperanza.

El hombre esperó en vano alguna contestacion, y entonces añadió:

—Soy un desgraciado proscrito, bien miserable; tengo cerca de sesenta años, estoy sin recursos y sin apoyo, como un niño de seis años.

—Yo tambien tengo sesenta años, dijo el avaro; pero no por eso estoy sin recursos ni apoyo. Trabajad en vez de hacer bellas relaciones sobre el pan cotidiano como ahora, y lo ganareis, que es lo mejor.

—Y ¿cómo? ¿dónde? preguntó el otro; hacedme conocer los medios. ¿Quereis suministrármelos? Decid.

—No seria la primera vez, contestó Rodolfo con la ma-

yor sangre fria, y creo que no teneis necesidad de preguntarme si estoy dispuesto á hacerlo otra vez.

—Hace algo mas de veinte años, repuso el forastero con voz ahogada, que nos encontramos por la primera vez. Ya lo recordareis; yo vine á reclamaros mi parte de provecho en un negocio que yo mismo os habia procurado; y para castigar mi insistencia, me hicisteis prender, como acreedor mio por un anticipo de doscientos cincuenta francos y algunos céntimos al cincuenta por ciento de interés ó poco menos.

—Algo recuerdo de eso, contestó Rodolfo con negligencia. ¿Y qué mas?

—No nos enojamos por eso; yo me resigné á la prision, y como vos no erais entonces como ahora, no tuvisteis inconveniente en volver á tomar un dependiente despejado que entendia vuestro género de comercio.

—Decid que implorasteis mi asistencia y que yo cedí á vuestros ruegos, dijo Rodolfo: fué un acto de bondad por mi parte, ó acaso tuviera necesidad de vuestros servicios, de esto no me acuerdo. Sin embargo, me inclino á creer que podiais serme útil, pues sin esto os hubiera dejado implorar mi clemencia hasta mañana. Vos erais un hombre útil, no muy honrado, no muy escrupuloso, no muy delicado ni de accion ni de sentimiento, pero en fin erais útil.

—¡Útil! ya lo creo, contestó el hombre extraño. Ya me habiais vejado y maltratado mucho algunos años antes, sin que yo os sirviera menos fielmente hasta entonces, á pesar de vuestra dureza. ¿No es verdad?

Rodolfo no contestó.

—¿No es verdad? repitió el otro.

—Vos trabajabais y yo os pagaba vuestro trabajo: con que me parece que no nos debemos nada el uno al otro. Estamos en paz.

—Entonces puede ser; pero despues...

—Si no lo estamos despues, no lo estábamos antes tampoco; porque, como acabais de decir vos mismo, me debiais algun dinero y seguis debiéndomelo aun.

—Sí, pero eso no es todo, dijo el forastero vivamente; eso no es todo, notadlo bien. Yo no habia olvidado el daño que me habiais hecho, como podeis creerlo; así el rencor por un lado, y por otro la esperanza de ganar en esto algun dinero, me hicieron aprovechar mi posicion á vuestro lado para apoderarme de un secreto que me hiciera valer cerca de vos. Yo poseo ese secreto y vos sacrificariais la mitad de lo que teneis por conocerlo; pero solamente por mí podeis conocerlo. Mucho tiempo despues os dejé como recordareis, y por una pequeña desavenencia con la ley que vosotros los agiotistas violais todos los dias impunemente, fuí condenado por siete años, y ved en qué estado vuelvo. Ahora, M. Nickleby, añadió con una mezcla singular de humildad y entereza, ¿qué quereis hacer por mí? ¿Cómo quereis reconocer, ó mas francamente, cuánto quereis dar por mi secreto? Mis pretensiones no son muy grandes, pero en fin, es menester que yo viva, y no puedo vivir sin comer y beber. El dinero está de vuestra parte, el hambre y la sed de la mia. Podemos entendernos fácilmente.

—¿Está dicho todo? preguntó Rodolfo fijando siempre en su antiguo dependiente la misma mirada de inflexible desprecio.

—Eso depende de vos, M. Nickleby; está dicho todo y no está todo dicho, segun querais.

—Pues bien, entonces, señor... no sé qué nombre he de daros, dijo Rodolfo.

—Llamadme como antes.

—Pues bien, señor Brooker, añadió el avaro con acento de cólera reconcentrada. Escuchadme bien, porque serán estas las últimas palabras que me oireis. Hace tiempo que os conozco por un gran tunante, pero no teneis el corazon sólido, y los trabajos forzados con un grillete al pié y una manutencion menos abundante que en el tiempo en que yo os *maltrataba*, han debilitado mucho vuestro entendimiento; de otro modo no vendriais á contarme semejantes necedades. ¡Un secreto que os hace valer cerca de mí! Pues bien, guardadlo ó decídselo á todo el mundo, como querais, os dejo la eleccion.

—Nó, no es mi intencion decírselo á todo el mundo como quisierais, contestó Brooker, ¿de qué me serviria eso?

—¿De qué os serviria? Tanto como de contármelo á mí, yo os lo aseguro. Hablemos francamente: yo soy un hombre cuidadoso y tengo todos mis negocios en la punta de los dedos; conozco el mundo y el mundo me conoce á mí. Todo lo que pudisteis recoger abriendo tamaños ojos y oidos cuando estabais á mi servicio, lo sabe y aun exagera la gente: nada por consiguiente le podeis decir de mí que sorprenda á nadie, á menos que no canteis mis alabanzas, y entonces os tendria por embustero. Pues bien, todo eso no me hace encontrar ni menos negocios, ni menos confianza en mis clientes; muy al contrario, no se pasa dia en que no sea yo amenazado por uno ó por otro. Pero despues de todo, las cosas no dejan de marchar bien, y yo no dejo de hacer mi negocio.

—No se trata aquí de amenazaros, repuso el otro; yo vengo á hablaros solamente de una cosa que habeis perdido y yo la tengo, de una cosa que yo y nadie mas que yo puede devolveros, de un secreto, en fin, que puede morir conmigo, sin que jamás tengais el medio de adquirirlo.

—Puedo jactarme, replicó Rodolfo, de ser muy cuidadoso de mi dinero, y generalmente no me fio de nadie para guardarlo. Vigilo de cerca á los que tienen que ver conmigo, y os vigilé á vos mas que á nadie. Así, pues, os hago gracia de todo cuanto podais tener mio.

—Los que llevan vuestro apellido ¿os son todavía queridos? le preguntó el mendigo con energía.

—Nó, contestó Rodolfo, exasperado por la insistencia y por el recuerdo de Nicolás; nó, repitió resueltamente, no me son queridos. Si hubierais venido á pedirme limosna como los demás mendigos, os hubiera arrojado una moneda de diez sueldos en memoria de vuestros servicios; pero una vez que venís á causar efecto con vuestros manejos en una persona á quien deberiais conocer mejor, no os daré siquiera dos sueldos aunque os murais de hambre. Y recordad esto bien, caballero de horca y cuchillo, añadió el usu-

rero amenazándole con la mano: si alguna vez nos encontramos y teneis la audacia de tenderme la mano, tened por seguro que volvereis á ver la cárcel. Tiempo tendreis para reflexionar acerca de la influencia que ejerceis sobre mí con vuestros enredos, en un presidio, donde se emplea á los hombres como vos. Con que ya veis el caso que yo hago de vuestras amenazas.

Despues de haber admirado con su tono desdeñoso al miserable objeto de su cólera, que sostuvo su mirada despectiva sin pronunciar una palabra, Rodolfo siguió su camino tranquilamente sin mostrar la menor curiosidad de ver lo que vendria á ser de su interlocutor y aun sin volver la cara atrás una sola vez.

El mendigo permaneció donde estaba con los ojos siempre fijos en su antiguo principal hasta que hubo de perderlo de vista.

Despues cruzándose de brazos como si la humedad y el hambre helaran sus miembros, siguió él tambien su camino pidiendo limosna á los transeuntes.

Rodolfo sin conservar emocion ninguna por lo que acababa de pasar, y satisfecho con las amenazas que dejara en despedida á su antiguo dependiente, tomó una direccion deliberada, y dejando el *Golden-square* á la derecha, siguió algunas calles del bello cuartel del Oeste y vino á parar á la de M. Mantalini.

El nombre de la famosa modista habia desaparecido de la plancha dorada fija en su puerta, habiéndolo sustituido el de su primera oficiala miss Knag. Pero los géneros se veian aun en todo su esplendor en las ventanas del principal al crepúsculo de una tarde de verano, y el establecimiento parecia haber conservado su antigua fisonomía, salvo la pequeña variacion del anuncio.

—¡Hum! murmuró el usurero acariciándose la barba con aire de gran conocedor, examinando la casa de arriba abajo. Hé aquí una gente de buena apariencia. Sin embargo no pueden tirar mucho; pero si yo puedo estar al corriente y llegar á tiempo, mi negocio es bueno y los provechos cla-

ros. Es preciso que no los pierda de vista: en esto consiste todo.

Por lo demás, el usurero movió la cabeza con aire de satisfaccion, y se disponia á retirarse, cuando su perspicaz oido percibió un ruido de voces confusas y un vago rumor en la escalera de la misma casa que acababa de ser objeto de su exámen.

Mientras andaba indeciso no sabiendo si llamar á la puerta ó escuchar por el ojo de la llave, una criada de la modista, que le habia visto ya varias veces, abrió repentinamente y se precipitó afuera.

—¡Hola! ¡aquí! Deteneos, le gritó Rodolfo. ¿Qué hay? ¿No me veis ni me habeis oido llamar? ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Ah, M. Nickleby! exclamó la moza. Por el amor de Dios, subid. El amo ha comenzado otra vez y...

—¡Ha comenzado otra vez! ¿A qué? preguntó Rodolfo. ¿Qué quiere decir eso?

—Yo sabia bien que comenzaria otra vez, si á ello se le obligaba. ¡Oh! Hace mucho tiempo que lo estaba yo diciendo.

— Escuchadme, dijo Rodolfo agarrándola de la mano. Vamos dentro, insensata, y no vayais á divulgar secretos de familia en descrédito del establecimiento. Adentro, adentro, pues.

Y sin otra formalidad condujo ó mas bien remolcó adentro á la alarmada moza, cerrando despues la puerta.

Hízola luego subir delante de él y la siguió sin cosa de ceremonia.

Guiado por el ruido de un gran número de voces, que hablaban todas á la vez, llegó hasta una sala, donde tenia lugar la escena de aquel escandaloso guirigay.

Todas las oficialas del establecimiento estaban allí reunidas y en actitudes diversas, pero expresando todas las mismas alarmas y afliccion. Unas estaban agrupadas al derredor de la Mantalini, sentada con abandono y hecha un mar de lágrimas; otras rodeaban al Mantalini ó sea á M. Mantle, sin disputa el personaje mas interesante del drama.

El buen mozo estaba tendido cuanto largo era en el suelo, menos la cabeza que reposaba en manos de un criado, que parecia no saber qué hacer de ella. Tenia los ojos cerrados, la tez pálida, los cabellos hasta cierto punto desgreñados, las patillas y el bigote descompuestos, los dientes apretados, una redomita en la mano derecha y una cucharilla de té en la izquierda. Sus brazos, sus piernas, sus piés, todo estaba rígido, tieso, inerte.

Sin embargo, la Mantalini, en vez de derramar lágrimas sobre el cuerpo de su amado, tronaba sobre su asiento. Y todo esto en medio de una verdadera Babel, ó confusion de lenguas, que ponia al infortunado ayuda de cámara en un estado de perplejidad lastimosa.

—¿Qué ha pasado aquí? preguntó Rodolfo adelantando en la estancia.

A esta pregunta, los clamores se hicieron veinte veces mas ruidosos en una explosion de contestaciones contradictorias.

—¡Se ha envenenado!

—¡No se ha envenenado!

—¡Que venga un médico!

—¡Que no venga ningun médico!

—No hay que hacer nada.

—¡Se está muriendo!

—¡Mentira! lo finge!

Hé aquí la múltiple contestacion que se dió á la pregunta de Rodolfo, sin contar otros muchos gritos proferidos con una volubilidad espantosa, hasta que al fin se vió á la Mantalini en conversacion directa con el recien llegado.

Entonces ya la curiosidad de saber lo que ella podia decirle calmó el dolor de las partidarias de una y otra causa, y como por un acuerdo unánime se restableció al instante el silencio, que no fué interrumpido por el mas ligero cuchicheo.

—M. Nickleby, dijo la modista, ¿por qué casualidad habeis venido aquí? ¡Qué singular encuentro!

En esto se oyó una voz tiritante modular en un delirio fingido estas palabras, de efecto en otro tiempo:

—¡Diablo de encantadora mujer!

Pero nadie hizo caso de esto, á no ser el criado que no sabia qué hacer con la cabeza que se confiara á su cuidado.

Y mejor fuera que no hiciera caso tampoco, pues en su espanto, oyendo salir de entre sus dedos aquellas palabras guturales y pavorosas, hubo de abandonar la cabeza de su amo, que cayó pesadamente sobre el duro pavimento, y sin ensayar siquiera levantarla, se puso á mirarla fijamente como si acabara de hacer una obra maestra.

—Sea como quiera, continuó diciendo la modista arruinada enjugándose las lágrimas y hablando con notable indignacion, aprovecho esta coyuntura para decir delante de vos y delante de todo el mundo y una vez por todas, que no quiero ya seguir sosteniendo las extravagancias y desórdenes de ese hombre. Bastante tiempo he tenido la necedad de dejarme engañar por él; de hoy mas, él verá cómo ha de salir de sus compromisos. Que gaste todo el dinero que quiera á cargo de quien quiera facilitárselo; lo que es á cargo mio, nó: por consiguiente hareis bien en no fiaros de él de aquí adelante.

Por lo demás, la Mantalini, insensible como un mármol á las lamentaciones de su esposo, le dejó maldecir al boticario por no haber puesto en la redoma una dosis de ácido prúsico bastante fuerte.

Despues se puso á enumerar los innumerables cargos de acusacion contra el honorable gentleman, en cuya lista habia, no ya solo sustracciones y despilfarros, sino galanterías, infidelidades, traiciones.

Por último, para redondear la exposicion de su justísima querella, vino á protestar solemnemente contra la idea de que pudiera creerse conservaba en su corazon el mas leve resto de cariño hácia un hombre indigno de ella, y dando una prueba fehaciente de su absoluta indiferencia, aun declaró que le habia dejado envenenarse seis veces en los últimos quince dias, sin decirle una palabra para salvarle de la muerte.

—Pero no es esto todo, añadió suspirando; yo necesito

una separacion que me devuelva mi libertad, y la tendré, mal que le pese. Si no quiere consentirlo buenamente, lo obtendré judicialmente; sé que el derecho está de mi parte, y lo ejercitaré, esperando que tomen ejemplo de ello todas las jóvenes que lo sepan y no quieran llorar luego tan mala suerte.

Miss Knag, la mas granada, sin disputa, de todas aquellas solteras, tomó la palabra y declaró del modo mas solemne, que en efecto seria para ella una leccion de conducta; declaracion que repitieron las otras, aunque no todas, pues algunas parecian creer en su conciencia que tan bellas patillas y no menos bellos bigotes no podian ser tan desordenados como queria suponerse.

—¿Por qué decir estas cosas delante de esta gente? le dijo Rodolfo en voz baja. No debierais dar publicidad á estas desavenencias, mayormente cuando vos misma sabeis mejor que nadie, que lo que decís es solo hablar por hablar, sin una resolucion hecha.

—Hablo sériamente y con toda resolucion, contestó la interesada en voz alta, haciendo un movimiento de retirada hácia miss Knag.

—En hora buena, repuso el usurero, que tenia un gran interés en la cuestion; pero reflexionad, reflexionad con calma. No hay que proceder tan de ligero en cosas tan graves: bien sabeis que una mujer casada no tiene bienes propios.

—Ni la menor cantidad del diablo, saltó diciendo el desmayado Mantle; ni un chelin, añadió con voz entera incorporándose sobre su codo.

—Sé muy bien todo eso, contestó la Mantalini moviendo la cabeza; pero yo no tengo nada. El comercio, el almacen, la casa, todo en fin pertenece á miss Knag.

—En cuanto á eso, la señora Mantalini dice la pura verdad, dijo á su vez la Knag, que habia hecho en secreto con aquella un acomodamiento ó trato amistoso; es la pura verdad. Y puedo decir, añadió, que me doy el parabien por haber podido rechazar todos los partidos matrimoniales

que se me han ofrecido, muy ventajosos todos, comparando la dicha de mi actual posicion con vuestra desgracia, señora Mantalini.

—¡El diablo de la vieja! exclamó el buen mozo volviéndose hácia su esposa. ¡Cómo, amor mio, cómo no abofeteas á esa envidiosa y fea doncella de costura que se permite semejantes reflexiones en mengua y descrédito de tu apasionado esclavo!

Pero las lisonjas y requiebros del insensato Mantle habian perdido ya toda su eficacia.

—Miss Knag, caballero, le contestó su esposa, miss Knag es mi íntima amiga.

Y por mas que M. Mantle asestó á su cara mitad amorosas é interesantes miradas; por mas que trabajó poniendo en juego este recurso de tan buen efecto antes, pues volviendo y revolviendo los ojos para mirarla en blanco, corrió el riesgo de quedarse tuerto ó bizco, su cara mitad se conservó entera, si así puede decirse, ó dura como una piedra.

Hay que hacer justicia á la modista Knag, á quien correspondia todo el honor de este cambio repentino. En efecto, reconociendo por el balance de sus cuentas diarias, que no habia medio de que prosperase su industria ni aun de que continuara siquiera, mientras M. Mantle derrochara tan desatentadamente, y grandemente interesada en la prosperidad de la casa, se habia aplicado cuidadosamente á averiguar algunas particularidades de la vida privada del caballero.

Una vez segura de los hechos, habia sabido presentarlos con tanta evidencia á la Mantalini que pudo arrancarle la venda de los ojos con sus revelaciones, milagro que no habian podido obrar en muchos años las mas filosóficas y vigorosas reflexiones.

El descubrimiento que habia hecho de una correspondencia muy tierna en que M. Mantalini presentaba á su esposa como una mujer ordinaria y vieja, vino á dar el último golpe á las dudas de la arruinada modista y á decidir la cuestion.

Sin embargo, á pesar de su resolucion, la Mantalini lloraba como una Magdalena. Apoyada en el brazo de miss Knag dió á entender por señas que queria salir, y todas las oficialas, formando un cortejo de lloronas, la acompañaron en su retirada.

—Nickleby, dijo Mantle hecho un mar de lágrimas, acabais de ser testigo de la infernal crueldad de esa diabólica encantadora contra su esclavo mas sumiso. Pues bien, Dios me condene, si no perdono á esa mujer.

—¡Perdonarme! exclamó con indignacion la Mantalini, que en nada le habia ofendido, pues ella y solo ella era la víctima.

—Yo la perdono, Nickleby: vais sin duda á vituperarme, las mujeres van á vituperarme, los hombres van á vituperarme, todo el mundo va á vituperarme, á escarnecerme, á reirse de mí. Todos dirán: Esa mujer no conocia su felicidad. ¿Por qué era tan débil su esposo? ¿Por qué era tan tierno con ella? Era en el fondo un buen diablo; desgraciadamente la amaba demasiado. No tenia valor para verla de mal humor ni para soportar las duras palabras con que le abrumaba. ¡Qué diabólica desgracia! Pero me es igual, y á pesar de todo, la perdono.

Al concluir esta arenga sentimental, M. Mantalini se dejó caer, quedando tendido en el suelo como estaba sin movimiento ni sentido, hasta que las mujeres salieron de la sala.

Entonces se incorporó de nuevo, y mirando fijamente al usurero, esperó que le diera algun consejo, conservando aun su redoma en una mano y su cucharilla de té en la otra.

—Podeis dejar á un lado todas esas jeremiadas, y pues que nada arriesgais, comenzar de nuevo á vivir de industria como antes, le aconsejó Rodolfo.

—¡Mil diablos! ¿Cómo decis eso, Nickleby? No hablais sériamente.

—No me chanceo, nó. Buenas noches.

—Esperad, Nickleby, ¿qué habeis querido decirme? le preguntó Mantalini con interés.

—Puede que me equivoque, contestó Rodolfo; yo os lo

deseo. En todo caso, vos sabeis mejor que yo lo que hay en esto. Buenas noches.

En vano Mantalini le rogó se esperara un momento para darle consejo: Rodolfo le abandonó á sus tristes reflexiones y se retiró tranquilamente.

—En hora buena, dijo para sí el usurero; el viento ha cambiado mas pronto de lo que yo creia. Medio tunante y medio loco, se ha dejado arrancar la máscara. ¡Hum! Creo que han pasado tus bellos dias, buen mozo.

Y esto diciendo, sacó su agenda y extendió una nota en que el nombre de Mantalini figuraba con honor.

Viendo luego en su reloj que eran mas de las nueve, se dió prisa á volver á su casa.

—¿Están aquí? preguntó á Newman en cuanto le abrió la puerta.

Newman contestó afirmativamente sin hablar una palabra, con un movimiento de cabeza.

—¿Desde cuándo?

—Hace una media hora.

—Son dos ¿eh?

—Dos.

—Uno de ellos grueso y reluciente.

—Sí.

—¿Dónde están?

—En vuestro despacho.

—En hora buena. Id á buscar un carruaje.

—¡Un carruaje! exclamó Newman con verdadero asombro. ¿Vais á salir en carruaje?

El avaro repitió su órden con aspereza, y Newman, digno en verdad de perdon por su sorpresa ante una circunstancia tan extraordinaria, tan opuesta á los hábitos del usurero, fué sin mas demora á cumplir la órden, volviendo luego con el vehículo.

M. Squeers montó primero, despues Rodolfo y luego el tercer personaje á quien Newman no habia visto nunca.

Newman se detuvo en la puerta para verlos partir sin tomarse el cuidado de preguntarse á dónde podian ir y á qué,

hasta que por casualidad oyó á Rodolfo dar al cochero las señas de la casa á que habia de conducirles.

Rápido como el relámpago, el viejo Newman corre al escritorio por su sombrero y se lanza luego detrás del carruaje con la intencion sin duda de montarse en la trasera; pero no habia ya posibilidad de conseguirlo. El carruaje iba ya muy adelantado, y el viejo Newman no podia prometerse alcanzarlo á pesar de su buen deseo. Tuvo, pues, que contentarse con verlo rodar y al fin desaparecer.

—Despues de todo, dijo Newman deteniéndose para tomar aliento, ¿qué habria ganado con subir detrás? Me habria visto y... ¡Pardiez! Pero ¿qué diablos va esa gente á hacer allí? ¡Que no lo hubiera yo sabido antes! ¡Que no haya yo podido anunciar oportunamente tan honrosa visita! Pero ¿qué diablos van á hacer allí? Bien lo sé; lo sé muy bien: una maldad, no puede ser otra cosa.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por la aproximacion de un hombre canoso y de mal aspecto que le pidió una limosna.

Newman, todavía abstraido, se desvió sin contestarle, pero el hombre le siguió, pintándole su miseria con tan vivos colores, que el pobre Newman que apenas tenia para sí, buscó en su sombrero alguna moneda que darle.

Mientras se ocupaba en deshacer con los dientes el nudo del pañuelo que le servia de bolsillo, hubo el mendigo de decirle algo que llamó su atencion, y de palabra en palabra acabaron por irse juntos, el mendigo hablando con calor y Newman escuchándole con interés.

CAPÍTULO XIII.

Donde verá el lector cosas sorprendentes.

—Como nos vamos mañana de Londres y no creo haber sido en mi vida mas feliz que esta noche, quiero brindar

otra vez á vuestra salud y al placer de nuestro primer encuentro, M. Nickleby.

Esto decia John Browdie frotándose las manos con grandes muestras de júbilo y mirando á su alrededor con su buena cara bermeja en que brillaba una expresion en perfecta armonía con lo que acababa de decir.

En cuanto al tiempo preciso en que John se hallaba en tan buenas disposiciones, era la misma noche de que hablámos en el capítulo anterior. La escena tenia lugar en la cabaña, como llamaban los hermanos Cheeryble á la linda casa que ocupaba la familia Nickleby, y los personajes eran Nicolás, Catalina y su madre, John Browdie, Matilde y Smike.

¡Qué buena noche habian pasado allí!

Conociendo la gratitud que Nicolás debia al honrado hijo del Yorkshire, la viuda habia consentido, despues de haberse hecho de rogar un poco, en convidar al nuevo matrimonio á tomar el té con ellos.

Sobre esto hubo muchas dificultades y protocolos. La viuda no habia tenido ocasion de visitar á la señora de Browdie, por donde debió empezar este conocimiento, pues por mas que la viuda decia y repetia con cierta complacencia, como lo dicen y repiten siempre todas las personas pelillosas, que ella no tenia ni la sombra de amor propio ni gustaba de etiquetas, no habia en verdad otra mas amiga de formas, puntos y ceremonias; y como era evidente que antes de visitarse no habia en el mundo para ella semejante señora Browdie, politicamente hablando y segun todas las leyes de buena sociedad, se encontraba á su modo de ver en una situacion particularmente difícil y delicada.

—De mí debe partir la primera visita, decia á su hijo la viuda; no puede ser de otra manera. La verdad es que debe haber de mi parte una demostracion que indique á esa señora que deseo entrar en trato con ella. Pues bien, hay un jóven que parece muy respetuoso, añadió la viuda, despues de algunos momentos de reflexion; es el conductor de un ómnibus que pasa por aquí. Lleva un sombrero barnizado,

como ha visto conmigo tu hermana, y tiene además una verruga en la nariz. ¿No es verdad, Catalina? enteramente como un criado de casa grande.

—¿Es que todos los criados de tales casas tienen una verruga en la nariz? preguntó Nicolás.

—Pero, hijo, ¡qué absurdos me haces decir! ¿No ves que es el sombrero y no la verruga lo que le hace parecer criado de esa clase? Aunque no seria una cosa tan ridícula como pudiera creerse, porque nosotros tuvimos un ayuda de cámara que tenia no solo una verruga, sino una lupia tambien y muy grande por cierto. Recuerdo que solicitó aumento de salario, en razon de que su lupia le comia mucho. Pero volvamos al asunto. ¿Dónde estábamos?... ¡Ah! sí, ya recuerdo. Pero lo mejor que habria que hacer, seria encargar á ese jóven de entregar mi tarjeta y presentar mis respetos á las dos cabezas del Sarraceno, lo cual se le pagaria con una botella de cerveza. Y si el mozo de la posada lo tomaba por lo que parece con su sombrero, tanto mejor: entonces la de Browdie no tendria mas que enviar tambien su tarjeta con el mismo portador, que no tendria mas que avisarnos á su paso con un par de golpes en la puerta y todo estaba concluido.

—Pero, mi querida madre, objetó Nicolás; yo no supongo que una gente sencilla como esa, sepa siquiera lo que es una tarjeta.

—¡Oh! entonces es cosa diferente. Si pones la cuestion en ese terreno, no tengo ya náda que decir, sino que no dudo de ninguna manera que sea una familia muy bonachona, que no me opongo á que vengan á tomar con nosotros el té, si así les place, y que haré todo lo posible por tratarlos bien y porque estén contentos.

Con esto quedó el asunto concluido, y la viuda tomando así el aire de proteccion y condescendencia que correspondia á su rango y á su larga experiencia matrimonial, convidó á M. John Browdie y á su esposa á tomar el té y ellos aceptaron sin cumplimientos.

Luego como los dos mostraron la mayor deferencia hácia

la señora Nickleby en quien admiraban sus excelentes maneras, la señora se dignó decir mas de una vez al oido de Catalina, que no habia visto nunca gente mas honrada ni de mejor porte.

Por eso, John Browdie, prendado de toda la familia, vino á declarar con su franqueza, despues de la cena, es decir, cerca de las once de la noche, que nunca habia sido tan feliz como lo era en medio de aquella reunion tan simpática.

Matilde por su parte no se mostró menos satisfecha, porque la jóven, cuya rústica belleza hacia un contraste singular con los delicados encantos de Catalina, sin que una ni otra tuvieran que sufrir por tal contraste que servia mas bien á hacerlas valer á las dos, no se cansaba de admirar las maneras finas y seductoras de la hermana de Nicolás, como asimismo la obsequiosa afabilidad de la señora mayor.

Despues de todo, Catalina habia tenido la habilidad de hacer girar la conversacion sobre asuntos en que una pobre lugareña un poco tímida y desorientada en otra compañía podia alternar con ventaja y sentirse á su gusto.

En cuanto á la viuda, si no fué siempre tan feliz en la eleccion de asuntos de conversacion; si se mostró, segun la expresion de Matilde, un poco elevada para ella en su lenguaje y en sus ideas, sin embargo estuvo todo lo benévola que le fué posible, y en su interés por la jóven pareja, llevó su amabilidad hasta el punto de ocupar los ávidos oidos de Matilde con muy largas lecciones sobre el arreglo de la casa con grandes explicaciones cuyos ejemplos diversos sacaba siempre de la economía doméstica practicada en la cabaña.

Y sin embargo, hay que decirlo, como era Catalina quien tenia este cuidado exclusivamente, la buena señora tenia tanto derecho á atribuirse el honor en práctica ó en teoría del arreglo de la casa, como podia tener cualquiera estatua de los doce apóstoles que embellecen el exterior de la catedral de San Pablo.

—M. Browdie, decia Catalina á Matilde, es el hombre mas franco y alegre que he visto en mi vida. Estoy segura

de que no tendria mas que mirarlo para sentirme contenta, aunque tuviera encima todos los pesares del mundo. ¡Qué buen humor tiene siempre!

—Tienes razon, Catalina, contestó su madre; es en efecto un hombre excelente, y os aseguro, señora, añadió dirigiéndose á Matilde, que tendré siempre el mayor gusto en recibir vuestras visitas sin ceremonias ni cumplimientos como ahora.

—Muchas gracias, señora, contestó Matilde.

—Ya sabeis las horas de mesa; cuando querais venir á acompañarnos podeis hacerlo francamente, repuso la viuda. No haremos ningun extraordinario, añadió con tono de dejar creer que no era por falta de medios, sino por familiaridad; nada de preparativos ni embarazos. Ya te dije, Catalina, que de otro modo no hubieras obsequiado bien á esta familia tan amable y sencilla.

—Os estamos muy obligados, señora, dijo Matilde verdaderamente reconocida. John, cuando quieras nos retiraremos: son cerca de las once, y temo, señora, que se os haga tarde para acostaros.

—¡Tarde! exclamó la viuda con un barrunto de carcajada y una tosecita al fin como se pone un punto de exclamacion despues de una interjeccion admirativa; al contrario es temprano para nosotros. ¡Oh! si supierais hasta qué hora teníamos la costumbre de velar! las doce de la noche, la una, las dos y aun las tres de la mañana no era nada para nosotros. Los bailes, las comidas, las partidas de juego..... ¡Oh! las gentes que recibíamos tenian todo este tono. Cuando pienso en ello alguna vez, me pregunto con admiracion cómo podíamos resistirlo, y verdaderamente este es el inconveniente de tener grandes relaciones sociales. Así, pues, recomiendo á los matrimonios nuevos no se dejen arrastrar á ellas. Por fortuna hay pocas familias que estén en posicion de luchar contra este peligro. Nosotros conocíamos á una familia que vivia á un cuarto de legua de casa, no precisamente en el camino, sino torciendo á la izquierda, en aquella barrera en que la mala de Plymouth pasó por encima

de un asno; una familia compuesta de personas extraordinarias para hacer todos los dias partidas extravagantes. Allí no se escaseaba el champaña, ni las flores artificiales, ni los vasos de colores, ni ninguna delicadeza en vinos, manjares y licores. No creo que tengan iguales los Peltirogus. ¿Te acuerdas, Catalina, de los Peltirogus?

Catalina comprendió que era interés de todos atajar aquel flujo de reminiscencias, y así contestó á su madre que efectivamente se acordaba con gusto de los Peltirogus. Pero sin dar tiempo á reanudar el roto hilo de una historia impertinente, recordó que M. Browdie habia medio prometido al principio de la velada cantar una cancion del Yorkshire, y le rogó con instancia tuviera la bondad de cumplir su promesa, persuadida de que su madre tendria el mayor gusto en oirla.

La madre apoyó á la hija con la mayor gracia del mundo, y tanto mas, cuanto que habia en ello dos cosas que la halagaban secretamente: una especie de patronazgo que ejercer sobre los Browdie y el reconocimiento implícito de su gusto superior y como una reputacion de conocedora en la materia.

John Browdie comenzó, pues, á buscar en su cabeza la letra de una cancion del Norte ayudándose de la memoria de su mujer. Despues se entregó sobre su silla á diversos movimientos y balanceos, que no obtuvieron el efecto deseado de ponerse mejor en camino.

Entonces tomó por objeto, para fijar mejor sus recuerdos, una mosca que hubo de llamarle la atencion particularmente entre otras muchas que dormian en el techo, y salió luego cantando con voz de trueno un romance sentimental, cuya letra habia puesto el autor en boca de un pastor melancólico que se moria de desesperacion y de amor.

No bien hubo acabado la primera estrofa, cuando fué interrumpido por un golpe de llamador dado tan rudamente en la puerta de la calle, que las mujeres se estremecieron y John Browdie dejó allí su cancion.

—Deben haberse equivocado precisamente, dijo Nicolás

sin dar al incidente la menor importancia: no conocemos á nadie que pueda visitarnos á estas horas.

Sin embargo, la viuda no estaba tan tranquila, y así hubo de hacer una multitud de suposiciones en un momento. Acaso, decia entre sí, se haya pegado fuego á la casa de Cheeryble Hermanos; tal vez estos señores enviaban á decir á Nicolás que habian pensado interesarlo en sus negocios (y ved si habian elegido hora opórtuna); ó quizás Tim Linkinwater se haya fugado con la caja; ó acaso miss Creevy esté enferma; ó acaso...

Pero ella tambien fué interrumpida en sus conjeturas por una exclamacion de Catalina y por la aparicion de Rodolfo Nickleby en persona.

—¡Deteneos! dijo Rodolfo á Nicolás, que se levantó bruscamente al verle, y á Catalina que se adelantó hácia su hermano y se asió fuertemente á su brazo.

Rodolfo continuó diciendo:

—Antes de que ese mozo diga una palabra, tengo yo que decir algo; escuchadme.

Nicolás se mordió los labios y sacudió la cabeza con aire amenazador; pero por el momento le fué imposible articular una palabra.

Catalina se adhirió mas á él, Smike se refugió detrás de ellos, y John Browdie, que por lo que habia oido decir de Rodolfo no tuvo gran dificultad en reconocerlo, se interpuso entre su jóven amigo y el viejo usurero, con intencion de impedir al uno y al otro que dieran un paso mas.

—Escuchadme, digo, y no le escucheis á él, repitió Rodolfo.

—Pues bien, dijo Browdie, decid ya de una vez lo que tengais que decir, y procurad no acaloraros mucho, os lo advierto; lo mejor será que os refresqueis.

—¡Oh! exclamó Rodolfo; bien os reconozco por la lengua, como á ese por su cara.

Y el usurero indicó á Smike.

—No le hableis, os lo prevengo, dijo Nicolás recobrando el uso de la palabra; no lo permitiré. Ni yo tampoco quiero

otros; yo no conozco á este hombre; no quiero respirar el aire que corrompe con su presencia; su misma presencia es un ultraje para mi hermana; estoy avergonzado de verlo aquí; no puedo permitir...

—Quieto, amigo mio, interrumpió John conteniéndole.

—Pero que se retire ese hombre al momento, repuso Nicolás forcejeando; que se retire, si no quiere que ponga la mano en él. No permito que permanezca aquí un momento mas. ¡John! ¡John Browdie! ¿estoy ó no estoy en mi casa? ¿O es que me tomais por un niño? Nada mas que de verle, gritó el sobrino inflamado de cólera, mirando con esa insultante calma á los que conocen la vileza de su corazon, me volveria loco.

John Browdie no contestó una palabra á todas estas exclamaciones, pero tenia siempre sujeto á Nicolás, dejándole desahogarse.

Luego dijo á su vez:

—Aquí, amigo mio, hay algo que decir y algo que escuchar, y en ello teneis mas interés de lo que creeis. Dejadle que hable y escuchad. Yo os digo que sospecho... Ved qué sombra anda por allá detrás de la puerta. ¡Eh! maestro de escuela, ¡adelante! No tengais vergüenza de entrar. Buen viejo, decidle que entre sin vergüenza al maestro de escuela.

Oyendo que se le apostrofaba así, M. Squeers que se habia quedado atrás, esperando el momento en que su aparicion pudiera causar mas efecto, se vió obligado á no diferirla mas, y se presentó como un intruso con paso receloso y tímido.

John no pudo menos de reirse al verle, y salió riendo tan franca y jovialmente, que la misma Catalina llorosa y todo en medio de aquella escena de sorpresa é inquietud, estuvo tentada á hacer otro tanto: tan ridícula fué la presentacion de Squeers, ya bastante y aun sobrado ridículo de suyo.

—Cuando hayais acabado de divertiros, buen hombre..... dijo Rodolfo impacientado.

—En menos de un cuarto de hora estará todo casi concluido, contestó John.

—No os precipiteis tampoco; yo por mi parte no tengo ninguna prisa.

Y en efecto, Rodolfo esperó á que hubiera un perfecto silencio, y entonces dirigiéndose á la viuda sin dejar de mirar á Catalina, pues le interesaba mucho ver el efecto que producian en ella sus palabras, le habló en estos términos:

—Escuchadme, señora; yo no creo que tengais parte en una diatriba que me envió ese caballerito, vuestro hijo. Demasiado sé que, sumisa á su voluntad, no sois libre de hacer la vuestra; que vuestros consejos, vuestra opinion, vuestros deseos, todo lo que, segun la naturaleza y la razon, debiera tener alguna influencia en él, no tienen ningun peso en sus decisiones, con menosprecio de vuestra gran experiencia del mundo.

La viuda movió la cabeza suspirando, como si quisiera decir: Hay ciertamente algo bueno en lo que dice mi cuñado.

—Por esta razon, en parte, y tambien porque no quiero dejarme deshonrar por los actos de un pariente de quien he tenido que renegar, y que despues en su irrisoria majestad aparentó renegar de mí; por estas dos razones me presento aquí esta noche. Mi visita, añadió el zorro viejo, tiene tambien otro motivo, un motivo de humanidad. Vengo, pues, dijo paseando su mirada en torno de sí con una sonrisa provocativa y victoriosa, y saboreando las palabras, como si no quisiera perder nada del placer de pronunciarlas; vengo á devolver un hijo á su padre. Sí señor, añadió dirigiéndose á Nicolás para gozar en su sorpresa, porque Nicolás cambió de color al oir esto; sí señor, á devolver á su padre un hijo extraviado, arrebatado, secuestrado acaso por vos con la odiosa intencion de apoderaros un dia de la pequeña herencia que pudiera tocarle.

—En cuanto á eso, vos mismo sabeis que mentís, contestó altivamente Nicolás.

—En cuanto á esto, replicó el tio, sé muy bien yo que digo la verdad: aquí está su padre.

—Aquí mismo, añadió Squeers sonriendo burlescamente

y adelantando un paso; aquí. ¿No os dije ya delante de testigos que tuvierais cuidado de que no viniera su padre á reclamarlo para enviármelo á mí? Pues bien; tenemos que el padre es precisamente amigo mio, y así voy á tomar posesion del hijo y sin demora ninguna. ¿Qué os parece? Estoy seguro de que sentireis ahora haberos tomado tanto trabajo para tan poco provecho. ¿No es verdad?

—Siempre me queda un grato recuerdo, contestó Nicolás tranquilamente volviendo la cabeza; pues llevais en el cuerpo algunas señales de mis manos, que son algo pesadas y duras, como sabeis, señor director de Dotheboys-Hall.

Mortificado por esta réplica, el irascible Squeers echó una rápida ojeada á la mesa como quien buscara una botella ó jarro que arrojar á la cabeza de Nicolás; pero si tuvo un momento esta intencion fué al punto distraido de ella por Rodolfo que agarrándole del brazo, le recordó que era ya tiempo de hacer entrar al padre para reclamar al hijo.

Satisfecho de ser elegido para esta mision de amor paternal, M. Squeers se apresuró á salir y volvió al instante mismo acompañando á un personaje de cuerpo robusto y cara pringosa, reluciente, el cual desasiéndose de sus manos y presentando á la reunion la estampa de M. Snawley, se precipitó hácia Smike, y abrazándole rudamente, levantó en alto su sombrero en señal de reconocimiento al cielo que al fin le devolvia el objeto de su amor.

—¡Ah! exclamó al mismo tiempo. ¡Quién me hubiera dicho la última vez que le ví, que tendria la dicha de encontrarle aquí otra vez! ¡Cuán léjos estaba yo de pensarlo siquiera!

—Tranquilizaos, caballero, le dijo Rodolfo con una expresion de simpatía que desdecia de su tono habitual. Ahora ya le teneis en vuestros brazos.

—¡Oh! sí, ya le tengo en mis brazos. ¿No es verdad que le tengo? ¡Ah! sí, le tengo, es verdad, gritó el hipócrita Snawley, que no queria creer en su dicha teniéndola en las manos. Sí, es él; él, mi hijo en carne y huesos.

—Los huesos podrán ser, pero la carne, dijo el buen

John Browdie, la carne se quedó... ¿Dónde se quedó la carne de ese alumno, maestro de escuela?

—No hagais caso de estas inconveniencias, amigo Snawley, contestó Squeers mirando á John con impotente rabia; gozaos solamente, pese á quien pese, en vuestro feliz encuentro.

En efecto, M. Snawley, gozándose en los movimientos de su sensibilidad paternal, no hizo caso de observacion tan inconveniente, y para cerciorarse mas de que se le habia devuelto á su amado hijo, le estrechaba la cabeza debajo del brazo con una vehemencia que hacia daño al pobre Smike.

—¿Por qué, preguntaba el solícito padre, por qué, Dios mio, tomé yo tanta inclinacion á este jóven en cuanto el digno y honorable preceptor le llevó á mi casa la otra noche? ¿Por qué ardia yo en deseos de castigarle severamente por haberse escapado del colegio donde tenia la solicitud de sus mejores amigos, sus maestros y pastores? ¿Qué hacia que yo sintiera todo esto?

—El instinto paternal, amigo mio, que es una gran cosa, contestó M. Squeers.

—Vos lo habeis dicho, M. Squeers, repuso Snawley; era ese elevado sentimiento que se encuentra en todas partes, así en la antigüedad entre los romanos y los griegos, como en la actualidad entre los animales que andan por el campo y entre los pájaros que vuelan por los aires, excepto entre los conejos y los gatos que suelen devorar á sus hijos. ¡Cómo suspiraba mi corazon acordándome de mi hijo! Yo no sé qué le hubiera hecho por aplacar la cólera paternal que me habia inspirado su fuga.

—Eso es la naturaleza, amigo mio, la naturaleza, que es otra gran cosa, dijo el moralista Squeers.

—Sí, es una cosa santa la naturaleza, añadió el padre ó sea M. Snawley.

—Ya lo creo si es cosa santa; ¿qué seria de nosotros sin ella? La naturaleza, dijo Squeers con tono solemne, es mas fácil de concebir que de explicar. ¡Ah! ¡Qué felicidad seria para el hombre vivir siempre en el estado natural!

Durante este diálogo filosófico-moral, los circunstantes permanecieron en un estado de estupor. Nicolás no salia de él, paseando su mirada alternativamente de Snawley á Squeers y de Squeers á Snawley, bajo una impresion profunda de repugnancia, de duda y de sorpresa. Smike aprovechó este momento de reposo para escaparse de los brazos paternales de Snawley y refugiarse cerca de Nicolás, suplicándole en los términos mas conmovedores no le abandonara en aquel trance ni nunca, pues queria vivir y morir á su lado.

—Si es verdad que sois el padre de este jóven, dijo Nicolás dirigiéndose á Snawley, ved el triste estado en que se encuentra, y decidme si tenéis en efecto la intencion de enviarlo otra vez á la guarida de fieras de que yo le libertara.

—¡Todavía calumnias! exclamó Squeers. Ya os haré yo arrepentiros de ellas: no valeis la pólvora y plomo de un tiro de pistola; pero de un modo ó de otro ya me lo pagareis todo junto.

—¡Basta! dijo Rodolfo interrumpiendo esta escena en el momento en que Snawley iba á tomar la palabra. Vamos al grano en vez de detenernos á discutir con insensatos calaveras. Aqui está vuestro hijo, ¿estais dispuesto á dar las pruebas? Y vos, M. Squeers, ¿reconoceis á este jóven por el mismo que os entregaron y tuvisteis tantos años en vuestro establecimiento bajo el apellido de Smike?

—Sí, yo le reconozco por el mismo, contestó Squeers. Como os reconozco á vos y como me reconozco á mí mismo. Sobre este punto no es posible dudar.

—En hora buena; algunas palabras bastarán para explicarlo todo. ¿No teniais vos, M. Snawley, un hijo de vuestra primera mujer?

—Sí señor; y es el mismo que tenemos delante.

—Eso mismo es lo que vamos á probar, dijo Rodolfo. ¿No estabais separado de vuestra mujer, y vuestra mujer no se llevó consigo su hijo, cuando este solo tenia un año? Año y medio despues de vuestra separacion ¿no recibisteis

de ella la noticia de que el niño habia muerto, noticia á que disteis crédito?

—Ciertamente, lo creí, contestó Snawley, y por eso mi alegría de...

—Seamos hombres sérios, dijo Rodolfo interrumpiéndole. No hay que mezclar la sensibilidad con los negocios. Vuestra mujer murió hace unos diez y ocho meses en un lugar en que era ama de gobierno de una familia, ¿es verdad?

—Verdad, contestó Snawley.

—En su lecho de muerte vuestra mujer os escribió una carta de revelacion, que no trayendo mas direccion que vuestro nombre sin señas de habitacion, no habeis podido recibir hasta hace poco. ¿Es tambien esto verdad?

—Todo eso, señor, es de la mas perfecta exactitud; no hay un detalle inexacto.

—Ahora bien, continuó Rodolfo, vuestra mujer os revelaba en esa carta que la muerte de su hijo, de que ya os diera noticia, no era mas que una invencion suyà por herir vuestros sentimientos, porque segun parece procurabais mortificaros cuanto podiais recíprocamente. Este hijo resultaba, pues, vivo, aunque de una inteligencia débil y limitada. Su madre le habia puesto en un colegio económico del Yorkshire, valiéndose para esta diligencia de una persona de su confianza; pagó los gastos de su educacion por espacio de algunos años, y despues viéndose pobre y partiendo para un largo viaje, que la separaba mas de él, vino poco á poco á abandonarle. La moribunda acababa por pediros perdon de todas sus faltas.

M. Snawley confirmó esta narracion con un movimiento de cabeza, á la vez que suspiraba enjugándose los ojos.

—Este colegio del Yorkshire, prosiguió diciendo Rodolfo, era el de M. Squeers, aquí presente, á quien se le entregó el niño bajo el apellido de Smike. Todas las explicaciones han sido satisfactorias; las fechas corresponden exactamente con los libros de M. Squeers, que está actualmente alojado en vuestra casa. Teneis otros dos hijos en su colegio;

le habeis comunicado las últimas revelaciones de vuestra mujer moribunda; M. Squeers os ha llevado á mi casa, por ser yo quien en mal hora le recomendara, y él por mi recomendacion admitiera en su acreditado establecimiento, al futuro raptor de vuestro hijo, y yo os traigo aquí á mi vez para arreglar este asunto. ¿Son ó no son estos los hechos?

—Hablais, señor, como un libro, contestó M. Snawley; pero como un buen libro que no dice nada que no sea verdad.

—Hé aquí vuestra cartera, dijo Rodolfo sacándosela del bolsillo. Aquí están los certificados de vuestras primeras nupcias y del nacimiento de vuestro hijo; dos cartas de vuestra mujer y muchos otros papeles que pueden servir directa ó indirectamente para confirmar estos hechos.

—Todo está ahí, M. Nickleby.

—¿Y teneis inconveniente en que se dé conocimiento de ellos para hacer constar á esta gente vuestro derecho para reclamar ese jóven y ejercer sobre él desde luego vuestra autoridad? Creo que no tendreis inconveniente ninguno, antes bien os interesa hacerlo.

—Esa era, en efecto, mi intencion; aunque yo no me hubiera explicado nunca como vos.

—Pues bien, dijo Rodolfo poniendo los papeles sobre la mesa: no tienen mas que examinarlos, si les place. Solo que como son documentos originales, os recomiendo que no os alejeis mientras los examinan para estar seguro de no perderlos.

A estas palabras, Rodolfo tomó una silla sin que nadie se la hubiera ofrecido, y apretando los labios hasta entonces ligeramente entreabiertos por una sonrisa diabólica, se cruzó de brazos y miró á su sobrino por la primera vez.

Sensible al grosero insulto que envolvian sus últimas palabras, Nicolás le lanzó una mirada fulgurante; sin embargo pudo contenerse y se puso á examinar los papeles con ayuda de John Browdie.

Los papeles eran irreprochables; los certificados estaban en toda regla, como extractos de los registros parroquiales,

con firmas auténticas al parecer; la primera carta de la mujer tenia en efecto apariencias de su antigüedad y concordaba exactamente en el carácter de letra con la segunda, teniendo en cuenta que esta última habia sido escrita por una persona en el artículo de la muerte; finalmente habia otros papeles de registros y notas que parecian estar igualmenté al abrigo de toda sospecha.

—Mi querido Nicolás, le dijo Catalina al oido, despues de haber seguido con inquietud la lectura de estos documentos por encima de su hombro, ¿es todo esto verdad? ¿Habrá que creerlo?

—Temo que sí, contestó Nicolás en el mismo tono. ¿Qué os parece esto, John?

John se rascó la cabeza, la sacudió y no dijo una palabra.

—Bien comprendereis, señora, dijo Rodolfo dirigiéndose á su cuñada, que siendo aun menor y de inteligencia limitada ese jóven, hubiéramos podido venir aquí armados con todos los poderes de la ley y sostenidos por una escolta de dependientes de justicia; pero no he querido afectar vuestra sensibilidad ni la de vuestra hija Catalina.

—Ya, ya sabemos todo lo que habeis hecho en favor de Catalina, contestó Nicolás crispando los puños por detrás.

—Gracias, repuso Rodolfo; os agradezco mucho vuestros elogios.

—¡Ea! dijo á su vez M. Squeers, ¿qué hacemos aquí? Los caballos del carruaje van á coger un constipado si los tenemos tanto parados. Uno hay ya que estornuda con una fuerza... Vamos, vamos. Que eche adelante el jóven Snawley, hasta este momento Smike.

—Nó, nó, gritó Smike retrocediendo y amparándose de Nicolás; no quiero dejaros para ir con él; no quiero, nó, nó, nó.

—¡Es cosa bien cruel! dijo Snawley mirando á sus amigos como para implorar su apoyo. Yo os pregunto si para esto engendran los padres á sus hijos.

—Yo os pregunto, repitió John indicándole á Squeers, si para esto engendran los padres á sus hijos.

—No hagais caso, dijo Squeers tapándose la punta de la nariz como para burlarse de John.

—No hagais caso, repitió John; es verdad, ni de mí ni de otros. Bien quisierais vos, maestro de escuela, que no hicieran caso de vos. Eso es lo que os hace falta; que no miren demasiado cerca á hombres de vuestro temple. Veamos, ¿adónde pensais ir ahora? Sobre todo, cuidado con pisarme los piés.

En efecto, Squeers se adelantaba para apoderarse de Smike, pero John que no se chanceaba, hubo de asestarle en el pecho un codazo tan fuerte y bien dirigido que el desdichado preceptor fué perdiendo el equilibrio hasta topar con Rodolfo, y no pudiendo este parar el impulso, fueron rodando los dos.

Esta circunstancia accidental vino á ser la señal de un ataque decisivo. En medio de un gran trastorno ocasionado por los ruegos de Smike, los gritos de las mujeres y el altercado de los hombres, los tres intrusos hicieron ademan de querer llevarse á Smike á viva fuerza, y el mas temerario, Squeers, llegó á poner la mano en él. Nicolás, indeciso hasta entonces, se resuelve en fin, y apercollando al maestro hasta hacerle sacar un palmo de lengua, lo lleva á la puerta de la estancia; lo empuja al corredor y cierra la puerta, dejándole á la parte de afuera.

—Ahora, dijo Nicolás á los otros dos, tened la bondad de seguir á vuestro digno amigo.

—Yo quiero llevarme á mi hijo, gritó Snawley.

—Vuestro hijo es libre en su eleccion, contestó Nicolás; quiere quedarse aquí y le amparo.

—No quereis dármelo ¿eh?

—Contra su voluntad, nó, no os lo daré para que sea otra vez víctima de las brutalidades á que quereis abandonarle en poder de aquel maestro de iniquidades.

—Rompedle la cabeza á ese atropellador de todos los derechos, gritó Squeers por el ojo de la llave; y sobre todo no os olvideis de traerme el sombrero, pues no me lo devolveria.

—Estoy desolada, decia la pobre viuda, que durante este tiempo se habia retirado á un rincon en compañía de Matilde á gemir y llorar, mientras que Catalina pálida, pero serena, permanecia siempre al lado de su hermano; estoy desolada con esto que pasa. Yo no sé qué partido tomar, os lo aseguro. Nicolás sabrá lo que ha de hacerse aquí y en él descanso; pero verdaderamente es una gran responsabilidad retener hijos ajenos, aunque debo declarar que el jóven Snawley es ciertamente muy servicial y complaciente. Pero ¿no podria arreglarse esto buenamente? ¿Quién impediria, por ejemplo, al padre del jóven pagarnos un pequeño pupilaje por su hijo? Podria convenirse lo que habia de dársele de asistencia, como dos veces pescado á la semana, dos veces *pudding* ó cosa equivalente, y todos quedaríamos contentos con este arreglo.

Este arreglo ó proyecto de arreglo, á pesar de las lágrimas y suspiros de que iba acompañado, no fué tomado en consideracion. Nadie lo oyó tan siquiera, y la pobre señora tuvo que contentarse con exponer sus ventajas á la consideracion de Matilde, y hacerle ver todas las desgracias que habian sobrevenido en muchas ocasiones por no haber querido nunca seguir sus consejos.

—Eres un hijo ingrato, desnaturalizado, inicuo, clamó el padre dirigiéndose á Smike que temblaba como un aterido. ¡No quieres que te ame con un amor que haria mi felicidad! ¿Quieres venir á casa?

—Nó, nó, nó, contestó Smike retrocediendo siempre.

—Jamás ha amado á nadie ese ingrato, dijo Squeers hablando por la cerradura. No amó á su compañero, á su concolega, á su hermano de colegio, mi hijo Wackford, que es un querubin; no me amó á mí, ¡á mí! ¡oh ingratitud! despues de tantos años de solicitud paternal, ¿cómo quereis que os ame á vos? Sois su padre. Pero ¿sabe él siquiera lo que es un padre? ¿Puede él comprender la santidad de esa mision? Nó, nunca amará á su padre. Pero no por eso ha de abandonar un padre sus derechos.

M. Snawley miró fijamente á Smike por espacio de algu-

nos momentos; despues cubriéndose los ojos con una mano y levantando con la otra su sombrero hácia el cielo del aposento, aparentó sentir todo el dolor que siente un padre ante la ingratitud de su hijo.

Finalmente enjugándose los ojos con la manga, recogió el sombrero de Squeers y salió de la estancia con paso lento y expresion melancólica.

Rodolfo no permaneció allí despues mas que un instante para despedirse de Nicolás.

—Ya veis, señorito, le dijo, cómo de un modo ó de otro vuestra novela ha perdido todo su interés. No se trata ya aquí de un desconocido; no es el hijo perdido de un gran personaje; es simplemente un idiota, hijo de un pobre mercader. Veremos, pues, lo que vienen á ser vuestras altas simpatias ante un descubrimiento tan comun.

—Lo vereis, pues, contestó Nicolás indicándole enérgicamente la puerta.

—Quiero que sepais, caballerito, repuso Rodolfo sin moverse, que no conté nunca con vuestro buen juicio para esperar que entregarais esta noche al jóven retenido. Teneis para eso demasiado orgullo, vanidad, obstinacion, y luego pretendeis sin duda formaros una reputacion de bellos sentimientos. Pero todo eso se humillará hasta el polvo muy en breve, yo os lo juro. Vais á aprender á expensas vuestras lo que son las persecuciones de justicia en sus formalidades mas opresivas: vais á conocer sus torturas é inquietudes, sus dias sin descanso, sus noches sin sueño. Hé aquí las pruebas que yo os preparo para quebrantar ese corazon altivo tan confiado en su fuerza. Y cuando hayais hecho de esta casa un infierno, y cuando hayais traido sobre este desgraciado y sobre todos los que se complacen creyendo ver en vos un héroe en ciernes, las consecuencias de vuestra obstinacion, entonces arreglaremos la cuenta antigua que tenemos pendiente, y entonces veremos quién gana y quién pierde aun á los ojos del mundo.

Hecha su despedida, Rodolfo se retiró. Pero M. Squeers que habia oido parte de estas amenazas y sentia entonces

un paroxismo de impotente maldad, no pudo menos de volver á la puerta del comedor para hacer una docena de cabriolas, contorsiones y gestos salvajes, emblemas figurativos de su confianza en la próxima caida y derrota de Nicolás.

Despues de esta especie de danza guerrera, M. Squeers siguió á sus honorables colegas, mientras que la familia se entregaba á sus reflexiones sobre lo que acababa de ocurrir.

CAPÍTULO XIV.

Se da alguna luz sobre los amores de Nicolás. Pero ¿es un bien ó es un mal? Dejaremos que juzgue el lector.

Despues de reflexionar maduramente en la difícil y embarazosa posicion en que se hallaba colocado, Nicolás se decidió á hablàr francamente y sin perder tiempo á sus protectores los hermanos Cheeryble.

Al efecto aprovechó la primera ocasion que se le ofreció de encontrarse solo con M. Cárlos la tarde siguiente, y le contó la historia de Smike, expresando con tono modesto, pero seguro, la esperanza de que su bondadoso protector aprobaria en razon de las circunstancias el partido extremo que habia tomado de interponerse entre el padre y el hijo, y aun de apoyar la desobediencia, cualquiera fuera el color que se diera á la repugnancia y horror que sentia hácia su padre; porque él no ignoraba que semejantes sentimientos eran en apariencia bastante odiosos, bastante contrarios á las leyes de la naturalcza para exponer á los que pasaran por sus defensores, á ser objeto de la reprobacion general.

—En verdad, decia Nicolás, la repugnancia que el pobre Smike siente hácia ese hombre es tan profunda, que me parece imposible sea realmente su hijo; la naturaleza no ha puesto en su corazon el menor sentimiento de afecto hácia semejante hombre, y la verdad es que la naturaleza no se engaña nunca.

—Veo, hijo, contestó bondadosamente el hermano Cárlos, que participais de un error, muy comun por cierto, imputando á la naturaleza cosas en que no tiene parte alguna y de las cuales no es de ninguna manera responsable. Hablando de la naturaleza como de una abstraccion, se pierde de vista la naturaleza misma. Hé ahí á un pobre muchacho que no ha sabido jamás por experiencia lo que es la ternura paternal, que no ha conocido en toda su vida mas que pesares y sufrimientos. Se le presenta de repente á un hombre extraño diciéndole que es su padre, y el padre comienza á significarle su amor por darle á entender su intencion de poner fin á su felicidad tan reciente y breve, hundiéndole de nuevo en sus miserias pasadas, y alejándole del único amigo que ha tenido, pues vos habeis sido eso para él. Suponed en este caso que la naturaleza hubiera puesto en el corazon de este jóven una secreta atraccion hácia su padre que le separaba de su bien; la naturaleza desempeñaria entonces el papel de un impostor y de un idiota.

Nicolás gustó mucho de oir hablar al viejo con tanto calor, y para dejarle extenderse mas sobre el asunto, no contestó una palabra.

—Todos los dias, añadió el hermano Cárlos, bajo una ú otra forma, tengo una nueva prueba de estos errores: ya son padres que no han mostrado nunca amor á sus hijos, y se quejan luego de que los hijos no les amen; ya son hijos que no han llenado nunca los deberes que tienen para con sus padres y se quejan á su vez de que sus padres no les tengan amor; ya son legisladores que hallándolos igualmente dignos de compasion á los unos y á los otros por no haber jamás podido abrir al sol de la vida sus afecciones recíprocas, toman ocasion de esto para sermonear en alta voz á los padres y á los hijos, diciendo á gritos que los vínculos de la naturaleza no son ya respetados. Las afecciones é instintos naturales, amigo mio, son sin género de duda la obra maestra de la omnipotencia divina; pero como todas sus obras maestras necesitan que se las cuide, que se las cultive, pues de otra manera no es menos natural que

se borren completamente, que desaparezcan para hacer lugar á otros sentimientos. Así es como se ven los mas dulces frutos de la tierra, perecer sofocados entre espinas, cuando se descuida su cultivo. Hé aquí las reflexiones que yo quisiera que se hicieran con frecuencia; y valdria mas recordar oportunamente y cumplir mejor las obligaciones que la naturaleza impone que no hablar de ella tan ligeramente.

Despues de esto, el hermano Cárlos que se habia acalorado un poco en este monólogo, se detuvo para calmarse, continuando luego en estos términos:

—Sin duda os habrá sorprendido, mi querido amigo, que yo no haya mostrado mas admiracion oyendo vuestro relato. Pero esto, hijo, se explica fácilmente. Vuestro mismo tio ha estado aquí esta mañana.

Nicolás se sonrojó y hubo de retroceder un paso.

—Sí, añadió el honrado viejo dando en la mesa con la mano como para descargar su indignacion; ha venido aquí, á este mismo despacho, y ha permanecido sordo á la razon, á los sentimientos de familia, á la justicia. Y eso que mi hermano Ned le atacó con palabras que hubieran arrancado lágrimas á una piedra.

—Pero ¡Dios mio! ¿á qué ha venido aquí ese implacable enemigo? dijo Nicolás con visible despecho.

—Ha venido á quejarse de vos, contestó el hermano Cárlos, á derramar en nuestra alma el veneno de la calumnia. Pero llevó su merecido, porque tuvo que oir verdades muy amargas. ¡Oh! mi hermano Ned, amigo mio, es un verdadero leon, y Tim... Tim otro leon. Creimos conveniente llamarle para que le hiciera frente; y en efecto, á la primera señal saltó sobre él como una fiera, sí, como una fiera.

—¡Ah! exclamó Nicolás, ¿cómo podré yo reconocer todas las obligaciones que vuestras bondades me imponen todos los dias?

—Guardando un silencio absoluto sobre esto, amigo mio, contestó el hermano Cárlos. Ya se os hará justicia, añadió, ó á lo menos estad seguro de que no se os hará ningun mal, ni á vos ni á ninguno de los vuestros. Ni á un cabello de

vuestra cabeza se tocará, y ha de respetarse á vuestro amigo, á vuestra madre, á vuestra hermana. ¡Ay de quién les falte en lo mas mínimo! Así lo he declarado yo; mi hermano lo ha declarado así tambien, y Tim lo ha declarado como nosotros. Todos lo hemos declarado así y cumpliremos nuestra palabra.

—¡Oh! gracias! gracias! prorumpió Nicolás juntando las manos con los ojos arrasados de lágrimas.

—Tambien he visto al padre, continuó diciendo el dignísimo y honorable anciano, si es verdaderamente el padre ese hombre, y no hay razon para creer que no lo sea. En mi sentir, mi querido amigo, es un hipócrita y un bárbaro. Y no creais que se lo he mandado á decir, sino que se lo he dicho en sus barbas. *Sois un bárbaro*, le he dicho, bajo palabra de honor; *sois un bárbaro*. Y en verdad no estoy arrepentido de habérselo dicho; aun me complazco cuando me acuerdo de ello.

El hermano Cárlos se habia dejado arrastrar de su indignacion con tal vehemencia, que Nicolás creyó necesario protestar solemnemente de su gratitud como un sentimiento que le acompañaria hasta el sepulcro; pero el buen señor le puso la mano en el hombro, y limpiándose el sudor de la frente le indicó una silla para que se sentara, diciéndole al mismo tiempo:

—Es asunto concluido por el momento; no teneis nada mas que decir, nada, nada, ni una palabra. Voy á hablaros de otra cosa; es un secreto, amigo mio. Pero serenémonos ante todo.

El buen viejo dió un par de paseos por el despacho, tomó luego una silla, y sentándose cerca de Nicolás:

—Voy á encargaros, le dijo, de una mision de confianza en un negocio muy delicado.

—Sin dificultad, señor mio, le contestó Nicolás, encontrariais un mensajero mas hábil; pero no encontrareis en todo el mundo, eso nó, quien esté mas dispuesto á corresponder con su celo á una confianza tan honrosa. Mandadme.

—En cuanto á eso, repuso el hermano Cárlos, no tengo ninguna duda, ninguna, hijo. Sé muy bien que correspondereis dignamente á mi confianza, mayormente cuando os diga que el objeto de esta mision es una señorita.

—¡Una señorita! exclamó Nicolás temblando de emocion y ávido de oir la confidencia.

—Una bellísima jóven, contestó gravemente el honorable y viejo Cárlos.

—¡Ah! Y ¿qué he de hacer?

—Estoy reflexionando, dijo el anciano con triste expresion, á lo que pareció á Nicolás, sobre el modo de poneros al corriente en este asunto.

Despues de un momento añadió:

—La casualidad os hizo encontrar aquí mismo una mañana, á una señorita que hubo de desmayarse y... ¿No os acordais? Ya lo habreis olvidado tal vez.

—Nó, nó, contestó vivamente Nicolás: lo recuerdo muy bien.

—En hora buena. Pues bien; de esa señorita es de la que tengo que hablaros.

Como el famoso papagayo de la feria, Nicolás no pudo articular una palabra; pero si no podia hablar, pensaba.

—Es la hija, dijo M. Cheeryble, de una señora á quien conocí yo, jóven tambien, bella y soltera; tenia algunos años mas que yo, y os confesaré... es una palabra que me cuesta pronunciar hoy... os confesaré que la amaba tiernamente. Os vais á reir acaso al oir hablar de amor á un hombre lleno de canas; pero no me ofenderé por eso. Cuando yo tenia vuestra edad hubiera hecho otro tanto en igual caso.

—No me siento inclinado á eso, que tendria pòr un desacato, contestó Nicolás; os hablo sinceramente.

—Aquella señora, continuó diciendo el viejo, tenia una hermana, que habia de casarse con mi hermano Ned cuando la sorprendió la muerte. La otra murió tambien como esta ya hace muchos años. Pero antes se casó por... inclinacion, y Dios sabe que si mis ruegos hubieran tenido cer-

ca de él alguna influencia, la vida de la pobre mujer hubiera sido una vida de ventura y felicidad.

Hubo aquí una pausa de silencio que debió respetar y respetó el prudente Nicolás.

El honorable anciano continuó diciendo con calma:

—Si hubieran sido suficientes los votos y esperanzas que yo formaba sinceramente de lo mas profundo de mi corazon para ahorrar á mi rival preferido las pruebas de la adversidad, él tambien hubiera vivido una vida pacífica y dichosa; pero básteos saber que fué todo lo contrario. ¡Ah! ella no fué feliz... los dos cayeron muy luego en dificultades de negocios y en embarazos sin número. Un año antes de su muerte, se vió reducida á venir á hacer un llamamiento á mi antigua amistad: ¡cuán cambiada la encontré! Cruelmente cambiada y abatida por los sufrimientos y por el mal trato de su marido. Este se apoderó del dinero, que por procurar á su mujer una hora de tranquilidad de espíritu habria yo prodigado á manos llenas. ¿Qué digo? Aun tuvo valor de enviarla despues por mas, y á la vez que lo derrochaba en sus placeres, hacia asunto de las chanzonetas mas crueles y de los mas amargos reproches, el buen resultado de las súplicas que su mujer me dirigia. Él sabia bien, decia, que estaba arrepentida su mujer de la eleccion que habia hecho; que en el fondo no le habia elegido sino por motivos de interés y vanidad, pues en su juventud era un hombre lanzado á todas las frivolidades del gran mundo, y procuraba imputar á ella del modo mas injusto y duro las causas de la ruina de que él solo era culpable por su mala conducta. En la época de que os hablo, la señorita en cuestion no era mas que una pequeñuela, y no la he vuelto á ver hasta el dia en que vos mismo la encontrasteis aquí; pero mi sobrino Francisco...

Nicolás se estremeció involuntariamente al oir este nombre.

—Pero mi sobrino Francisco, continuó diciendo el tio, la encontró tambien por casualidad, y la perdió de vista un momento despues, durante los dos dias que siguieron á su

regreso á Inglaterra: su padre fué á ocultar su vida en un rincon oscuro para sustraerse á la vista de sus acreedores. Enferma, pobre, á las puertas de la muerte, esta jóven, digna en verdad de mejor padre, ¡Dios me perdone! no retrocedió ante ninguna privacion durante todo este tiempo, arrostrando la vergüenza y la miseria, todo lo que hay de mas espantoso para un jóven corazon tan puro y tan delicado, á fin de poder sostenerlo, sin tener en medio de sus penas mas auxiliar en el cumplimiento de sus penosos deberes, que una fiel criada en otro tiempo ayudanta de la cocina, hoy única sirvienta de la casa, pero muy digna por su lealtad y abnegacion de ser la esposa de cualquier Timoteo Linkinwater.

Despues de este elogio hecho en honor de la pobre criada con una complacencia y energía imposibles de describir, el hermano Cárlos se acomodó en su silla y continuó hasta el fin su narracion con mas calma y sangre fria.

Hé aquí lo mas sustancial:

Resistiendo con noble orgullo todos los ofrecimientos de socorro y de pension que le hicieran los amigos de su madre, porque le ponian por condicion abandonar al miserable que era al fin su padre y hubiera quedado por lo mismo sin recursos y sin amigos; renunciando por un instinto de delicadeza á interesar en su favor el corazon noble y leal que detestaba á su padre y cuyas intenciones generosas habia calumniado groseramente, la heróica jóven habia luchado sola y sin apoyo para alimentarle con el fruto de su trabajo.

En el seno de la pobreza y de la afliccion de que estaba abrumada, sus incansables manos no dejaron nunca la tarea; ni menos los caprichos de un enfermo impertinente que no tenia para sostenerse ni los consoladores recuerdos del pasado ni la esperanza del porvenir, cansaron nunca su paciencia. Jamás echó de menos la mas dulce existencia que se le ofrecia bajo aquella condicion; jamás se quejó del triste destino que voluntariamente habia aceptado.

Todas las habilidades que en mejores dias habia podido

adquirir, fueron ejercitadas por ella con el solo fin de sostener á su padre, y esto por espacio de dos años, trabajando todo el dia y á veces toda la noche; manejando alternativamente la aguja, la pluma ó el pincel; no temiendo, en calidad de preceptora á domicilio, exponerse á los caprichos, á las indignidades que mujeres, que tienen tambien hijas, se permiten con frecuencia con personas de su sexo que desempeñan este papel en casa de ellas, como si quisieran vengar así sus celos, celos de una inteligencia superior; y por esto muchas veces hacen víctimas de esos celos estúpidos á las maestras de sus hijas, superiores á ellas por la cultura de su espíritu, haciéndoles sufrir mas vejaciones que el petardista mas desvergonzado á su lacayo.

La pobre jóven habia devorado todas estas amarguras durante dos largos años; pero despues de haber puesto á prueba su valor sin desanimarse nunca y ensayado todas estas industrias, vino á reconocer con dolor que era impotente para conseguir el objeto único de sus esfuerzos y de toda su vida.

Vencida por decepciones contínuas y dificultades siempre renacientes, se vió obligada á buscar otra vez al antiguo amigo de su madre y acabar por depositar en su alma el secreto de las penas que laceraban su corazon.

—Si hubiera sido yo pobre, dijo el hermano Cárlos con los ojos chispeantes, si hubiera sido pobre, M. Nickleby, querido amigo mio, me habria impuesto privaciones para socorrerla, y cualquiera, por supuesto, hubiera hecho otro tanto. Y sin embargo, en medio de nuestra riqueza, ¡bendito sea Dios que nos la da! no nos es fácil socorrerla como querríamos. Si su padre hubiera muerto, no habria cosa mas fácil: ella vendria á alegrar nuestra casa viviendo en ella como nuestra hija ó nuestra hermana; pero su padre vive aun y no es posible hacer esto mientras viva él.

—Pero ¿no se podria persuadir á esa señorita?...

Y Nicolás se interrumpió temiendo haber dicho demasiado.

—¿Persuadir á dejarlo? dijo el hermano Cárlos conclu-

yendo el pensamiento. ¿Quién tendria valor para empeñar á una niña á abandonar á su padre? Ya se le propuso, no dejarlo, sino consentir solamente en no verlo mas que alguna que otra vez, pero fué en vano.

—A lo menos ¿es bueno para ella? preguntó Nicolás. ¿Sabe estimar tanta abnegacion?

—La bondad, la verdadera bondad, la que devuelve abnegacion por abnegacion, no está por desgracia en su índole, contestó pesarosamente M. Cheeryble. Por lo demás, tiene para ella toda la bondad que puede tener un hombre como él: por mas que su esposa era la mas amante y digna de ser amada, no dejó de ser por eso, desde su casamiento hasta su muerte, víctima de su ligereza y crueldad. Ella sin embargo le amó siempre, y al morir le recomendó á la solicitud de su hija: su hija cumpliendo el testamento de su madre, no lo ha olvidado ni lo olvidará jamás seguramente.

—Y ¿no teneis ninguna influencia sobre él? preguntó Nicolás.

—Yo, hijo, seria en todo caso el último en tenerla: abriga contra mí un odio tan ciego é irracional que si llegara á saber que su hija me ha franqueado su corazon, no cesaria de amargar su vida con sus groseros reproches. Y sin embargo, ved qué carácter tan egoista: si llegara á saber que á mí me debe hasta el último céntimo que la pobre hija le lleva, no por eso renunciaria á satisfacer, á expensas de ella, el mas leve de sus caprichos.

—¡Qué indigno! Ese hombre no tiene alma, dijo Nicolás indignado.

—Compadezcámosle, contestó el hermano Cárlos con dulzura; es menester ceñirnos á las circunstancias en que la jóven se encuentra colocada. Los recursos que he podido hacerle aceptar, me he visto obligado á dividirlos á instancias suyas en pequeñas porciones, por temor de que, llegando á apercibirse que podia procurarse dinero fácilmente, no lo gastara en locas prodigalidades. Con este acuerdo, ha tenido la pobre que hacer tantas idas y venidas para re-

cibir nuestra ofrenda; pero esto no puede durar, mi querido Nickleby, yo mismo estoy avergonzado.

Despues y poco á poco fué explicando cómo su hermano y él habian meditado varios planes y proyectos para venir en ayuda de la jóven de la manera mas prudente y delicada, sin que su padre sospechara el orígen de su bienestar; y cómo habian acabado por reconocer que no podian hacer nada mejor que aparentar comprarle á un precio bastante elevado los dibujos y trabajos de aguja que ella pudiera hacer, teniendo cuidado de hacerle siempre demandas. Para ayudarles, pues, en este proyecto, ya que estaban obligados á hacerse representar en este comercio por un intermediario, se habian decidido, despues de maduro exámen, á encargar á Nicolás de esta delicada mision.

—El padre me conoce, dijo el hermano Cárlos, y conoce tambien á Ned: así ni el uno ni el otro podemos presentarnos. Francisco es un excelente mozo, pero tememos que sea un poco ligero en una cuestion que exige tanta prudencia y tacto. Despues ¿quién sabe? podria tomar la cosa con demasiado calor, porque la jóven es muy bella, Nickleby, el vivo retrato de su pobre madre, y si llegaba á enamorarse de ella intempestivamente, no haria mas que llevar la turbacion y el pesar á un corazon inocente, al que nosotros quisiéramos, al contrario, llevar por grados la felicidad y la paz. Además, él habia tomado ya un interés extraordinario por su suerte, pues si los informes que hemos tomado son exactos, por ella hubo de armar ese trastorno que fué la ocasion de vuestro conocimiento.

Nicolás balbuceó que ya habia sospechado él que así fuera, y para justificar esta suposicion hubo de referir dónde y cuándo vió á la jóven la primera vez.

—Pues bien, continuó diciendo M. Cheeryble; ya veis que Francisco no puede convenirnos para esto. En cuanto á Tim, no hay que hablar; porque Tim es tan terrible que no habria medio de impedir que dijera cuatro verdades desnudas al padre de la jóven á los cinco minutos de entrevista. ¡Oh! vos no conoceis á Tim; no podeis formaros una

idea de lo que es Tim cuando se indigna; entonces es terrible, verdaderamente terrible. Con que en nuestro querido Nickleby depositamos toda nuestra confianza; nosotros hemos hallado en vos, ó mas bien, yo he hallado en vos, aunque es lo mismo, porque mi hermano y yo somos una misma persona, con la diferencia que él es mejor que yo; repito, pues, que hemos hallado en vos las virtudes y afectos domésticos unidos á una gran delicadeza de sentimiento, que os hacen el mas propio y adecuado para semejante mision. Y vos habeis de ser, amigo mio, quien la desempeñe.

—Y esa jóven, dijo Nicolás tan embarazado que no sabia qué decir, ¿se presta á este inocente ardid?

—Sí, sí, contestó el viejo Cheeryble; á lo menos sabe que ireis de nuestra parte; solo no sabe el empleo que nosotros haremos de esos pequeños objetos que ireis á comprarle de vez en cuando. Acaso, á fuerza de habilidad... de mucha habilidad llegueis á hacerle creer que nosotros ganamos con ese género, ¿eh?

Esta inocente suposicion hacia tan feliz al hermano Cárlos, hallaba él tanto placer en pensar que no seria imposible hacer creer á la jóven que no les tenia ninguna obligacion, que Nicolás no quiso turbar su felicidad poniéndole la menor objecion, ú ofreciéndole la mas leve duda sobre este punto.

Pero durante toda esta larga confidencia, habia tenido siempre en la punta de la lengua, como suele decirse, una confesion trascendental. Muy poco faltó para que declarara al hermano Cárlos, que las objeciones que le habian hecho renunciar á servirse de su sobrino para este delicado encargo, podian aplicarse á él mismo con no menos razon y justicia.

Veinte veces estuvo á punto de abrir su corazon y pedir gracia; pero cada vez tambien este primer movimiento fué seguido de otro instinto mas fuerte, que venia á moderar su candor y retenia bajo su lengua su secreto.

—Y ¿por qué, se decia Nicolás, por qué he de ir yo á sembrar dificultades en la ejecucion de un designio tan no-

ble y generoso? Cón el amor y respeto que siento hácia esa hermosa jóven no habia de ir á desempeñar el papel de un fatuo para enamoricarla, faltando indignamente á los que me envian y faltándome á mi mismo. ¿No estoy seguro de mí? El honor ¿no me impone el deber de reprimir mi pasion? Este excelente hombre que me ha elegido para esta mision confidencial ¿no tiene derecho á esperar de mí servicios de abnegacion completa? Y ¿habian de impedirme llenar fielmente esa mision mezquinas consideraciones personales? ¿Qué soy yo donde están ellos tan buenos, tan nobles y generosos?

A cada una de estas preguntas que Nicolás se hacia, una voz interior contestaba satisfactoriamente con la mayor energía, y acabó por considerarse como un glorioso mártir de su deber, resignándose noblemente á todos los sacrificios.

Pero por poco que se hubiera examinado mas de cerca, hubiera descubierto fácilmente que no hacia mas que obedecer á sus mas caros deseos.

Siempre sucede lo mismo: somos hábiles escamoteadores de nuestros propios sentimientos y sabemos trocar á una vuelta de mano nuestras mismas debilidades en virtudes heróicas y magnánimas.

M. Cheeryble, naturalmente, no sospechaba las reflexiones que hacia á la sazon su jóven amigo, y se puso á darle los poderes é instrucciones necesarias para su primera visita que seria el dia siguiente.

Cuando todos los preliminares estuvieron arreglados y todo bajo la indispensable condicion del mas absoluto silencio, Nicolás volvió á su casa profundamente preocupado.

El lugar á que le habia dirigido M. Cheeryble formaba una hilera de casas sin elegancia y hasta sin limpieza, situada en los límites privilegiados de la prision del *banco del rey*, á algunos centenares de pasos del obelisco de San Jorge de los Campos.

Estos límites privilegiados formaban como un asilo cerca de la prision: comprenden una docena de calles, en que los

deudores que pueden procurarse dinero para pagar derechos bastante considerables de que sus acreedores no sacan ningun provecho, son autorizados á residir con toda seguridad, gracias á la sabiduría de leyes que dejan al deudor sin dinero morirse de hambre en un calabozo, sin suministrarle siquiera lo que no niegan á los criminales convictos y confesos de las mas espantosas maldades, con vergüenza del género humano.

Por lo que á nosotros hace, hallamos que entre todas las chistosas ficciones que representa la ley, siempre ocupada en equilibrar la balanza de la justicia, no hay otra mas chistosa y divertida para el observador en la práctica, que la que supone á todo hombre igual ante su imparcialidad, y todas sus gracias igualmente accesibles á todo individuo sin tener en cuenta para nada el dinero que hay en su bolsillo.

Hácia este grupo de casas dirigió, pues, Nicolás sus pasos, siguiendo las indicaciones de M. Cárlos Cheeryble sin turbar su cabeza con la menor reflexion sobre la balanza de Temis, y á este grupo de casas llegó en fin, con el corazon palpitante, despues de haber tenido que atravesar primero un arrabal sucio y pulveriento, que en materia de objetos interesantes, ofrece por todas partes á la vista, teatros de muñecos, puestos de ostras, langostas y demás mariscos, tiendas de frutas, exhibiciones de ropa vieja y paradores de coches de mudanza.

Delante de alguna de estas casas habia jardinitos descuidados bajo todos los demás conceptos, pero que formaban otros tantos almacenes de polvo que solo esperaba que el viento volviera la esquina de là calle para barrerlo y trasportarlo á otra parte.

Nicolás se detuvo ante una de ellas y abrió la verja mal asegurada que apenas cedia para dejar paso franco por la dificultad de sus goznes enmohecidos y rotos. Él pasó sin embargo, y fué á llamar con mano trémula á la puerta de entrada.

La casa ofrecia exteriormente una apariencia bastante po-

bre. Una ventana guarnecida de celosías mal pintadas y cortinas de muselina bastante sucias, daba luz á la entrada; pero al abrir la puerta no se hallaba que el interior respondiera mal al exterior.

La escalera estaba guarnecida de una alfombra vieja, y el corredor de un hule que no habia recibido menos averías que la alfombra. Para mas agrado se veia en la entrada fumar á uno de los privilegiados del *banco del rey*, mientras que el ama de la casa se ocupaba activamente en componer los dislocados piés de una cama en la puerta de una habitacion, sin duda para recibir á algun nuevo inquilino que hubiera tenido la dicha de alquilarla para su domicilio.

Nicolás tuvo tiempo para hacer todas estas observaciones, mientras que el mandadero de la casa bajaba de cuatro en cuatro las escaleras de la cocina para llamar á la criada de miss Bray.

La criada, en efecto, no se hizo esperar, saliendo de una especie de cueva lejana para hacer su aparicion á la luz. Rogó luego á Nicolás tuviera la bondad de seguirle sin fijarse en los síntomas de agitacion y malestar febril del jóven forastero, y todo esto solo por haber preguntado por la señorita solicitando verla.

Siguió, pues, Nicolás á la criada, y fué introducido en un aposento, donde vió sentada cerca de la ventana y delante de una mesita provista de todos los utensilios necesarios para dibujar, á la hermosa jóven que ocupaba su pensamiento, y que en aquel mismo momento, rodeada de todo el prestigio nuevo con que la narracion del hermano Cárlos habia embellecido su historia á los ojos de Nicolás, le pareció mil veces mas hermosa de lo que jamás habia supuesto.

Pero sobre todo llamó su atencion la sencilla elegancia de adornos esparcidos en esta habitacion tan pobremente amueblada: flores, plantas, pájaros, una arpa, un piano, cuyas teclas habian dado bajo sus dedos sones alegres cuando Dios queria. ¡Por cuántos esfuerzos y penas habia tenido que pasar para ver de conservar aquellos dos últimos anillos de la rota cadena que la enlazaba por el recuer-

do á la casa materna, donde ya no estaba! No habia allí un objeto que no fuera testigo de su valor y paciencia: allí habia consagrado sus horas de ocio y derramado esa gracia encantadora con que la mano de una mujer embellece todo lo que toca, dejando en todo como el sello de su delicadeza y cuidados.

Nicolás creyó ver el aposento animado de sonrisas celestiales, le parecia que la abnegacion de tan débil y jóven criatura habia iluminado con uno de sus rayos los inanimados objetos de que estaba rodeada comunicándoles su esplendor mismo; y hasta veia en su ilusion esa auréola con que los antiguos pintores rodeaban la cabeza de los ángeles en un mundo de pureza, rodeando aquí otra cabeza angelical y pura. La ilusion era completa, pues la luz de la auréola era visible á sus ojos.

Y sin embargo, Nicolás estaba en los límites de la prision del *banco del rey*. Si la escena hubiera pasado en Italia, al ponerse el sol, en algun mirador espléndido! Pero ¡qué importa! ¿No hay un inmenso cielo que cubre el mundo entero? Que esté azul ó nebuloso, ¿no hay detrás de ese primer cielo, otro cielo puro que se revela tan brillante á todos los corazones?

Este cielo era, sin duda, el que veia Nicolás, cielo cuyo radiante esplendor habian tomado sus pensamientos.

No hay que creer que se hubiera apercibido de todo al primer golpe de vista, pues no se apercibió hasta despues de la presencia de un enfermo arrellanado en una butaca, con la cabeza apoyada en una almohada y que á fuerza de moverse sin cesar en su impaciencia, acabó por llamar su atencion.

Era este un hombre que apenas tenia cincuenta años, pero que aparentaba mucha mas edad por sus padecimientos. Su fisonomía conservaba aun rasgos de buen parecer, y el sello de pasiones impetuosas y violentas. Tenia la mirada inquieta; su cuerpo y miembros gastados hasta los huesos; pero se veia aun en el fondo de sus ojos algo de la antigua llama que lo animaba. Y esta llama parecia reavivarse to-

davía, mientras que él golpeaba el suelo con el baston en que se apoyaba llamando con impaciencia á su hija por su nombre.

—Magdalena, le decia. ¿Quién es? Ninguna necesidad tenemos aquí de nadie. ¿Quién ha dejado entrar á ese hombre? ¿Qué viene á ser esto?

—Yo creo... contestó Magdalena inclinándose, no sin alguna confusion, para contestar al saludo de Nicolás...

—¡Siempre crees tú! refunfuñó el padre con enfado. ¿De qué se trata?

Durante este tiempo, Nicolás habia recobrado su presencia de ánimo para poder explicarse. Segun se habia convenido de antemano, se anunció como enviado para encargar un par de pantallas y terciopelo pintado para una otomana. Se deseaba que estos artículos fueran dibujados con la mayor elegancia sin pararse en gastos. Tambien estaba encargado de pagar los dos dibujos ya entregados, y acercándose á la mesita con muchos cumplimientos y excusas, dejó en ella un billete de banco bajo un sobre cerrado.

—Magdalena, dijo el padre con ansiedad, ve si es esa la cuenta.

—Sin duda, padre.

—Rompe ese sobre y míralo.

—Estoy segura de que la cuenta está bien, padre mio; estoy bien segura.

—A ver, dámelo acá, replicó M. Bray tendiendo la mano con un movimiento de digitacion febril. A ver, á ver. ¡Estoy segura! ¡Estoy segura! ¡Siempre lo mismo! ¿Cómo has de estar segura, si no lo has visto? A ver. Ciento veinticinco francos. ¿Es esta la cuenta?

—Exactamente, contestó Magdalena inclinándose hácia el padre.

Y puso tanta solicitud en arreglarle las almohadas, que Nicolás no pudo verle la cara, pero él hubiera jurado haber sorprendido una lágrima en sus bellos ojos al tiempo de desviarse con este objeto, que pudo muy bien ser un pretexto para ocultarla.

—Tira, tira del cordon de la campanilla, Magdalena, dijo el enfermo con la misma impaciencia indicándole él mismo el cordon con su temblorosa mano en que acariciaba el billete de banco. Dí á la criada que vaya á cambiarlo... y que me traiga de camino un diario... que me compre uvas... que traiga tambien una botella del mismo vino que la semana pasada, y luego... luego... no recuerdo la mitad de las cosas que me faltan; pero quiere decir que volverá despues: que traiga ahora eso. Pronto, Magdalena, hija mia, pronto, pronto. ¡Pardiez! ¡Qué pesada eres!

—Bien recuerda este hombre lo que le conviene á él, se decia entre sí Nicolás; pero no piensa siquiera en lo que puede faltarle á su hija. ¡Buen padre! exclamó con amarga ironía en el fondo de su alma.

Y acaso dejó traspirar al exterior su pensamiento, porque el enfermo volviéndose hácia él con aire colérico, le preguntó:

—¿Es que esperais un recibo?

—¡Oh! de ninguna manera, contestó Nicolás ruborizándose ligeramente.

—¡De ninguna manera! repuso el padre con mayor acritud. ¿Qué quiere decir eso, señor mio? ¿Creeis, por ventura, hacernos un favor ó un regalo con vuestro mezquino billete, cuando solo se trata aquí de un negocio mercantil en que pagais un valor recibido? ¡Pardiez! Si no sabeis apreciar el tiempo que se invierte en las mercancías con que traficais, ni el mérito especial de su trabajo, no por eso creais que es dinero perdido, señor mio. Sabed que estais hablando con un caballero que ha tenido en otro tiempo con que comprar cincuenta comerciantes como vos con todo lo que podais poseer. ¡De ninguna manera! ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir simplemente, caballero, contestó Nicolás con calma, que cuento hacer mas de un negocio con esta señorita, y que si ella lo permite, puedo ahorrarle la molestia de tales formalidades.

—Pues yo quiero decir, replicó el mal humorado enfer-

mo, que nosotros llenaremos todas las formalidades que sean necesarias. Mi hija, señor mio, no necesita contemplaciones de vos ni de nadie: con que así tened la bondad de ateneros estrictamente á los detalles de vuestro comercio y nada mas. Es cosa que me indigna ya que todos estos mercachifles quieran meterse á piadosos protectores de mi hija. ¡Mil diablos! ¡No faltaba mas! A ver, Magdalena, dále un recibo de esta cantidad, y en adelante no te olvides nunca de llenar este requisito mercantil.

Mientras que Magdalena aparentaba extender el recibo y Nicolás reflexionaba sobre este carácter, que no por ser extraño deja de ser comun, el enfermo que parecia atormentado de vez en cuando por vivos dolores, se revolvia en su butaca, quejándose y diciendo al mismo tiempo que hacia una hora que la criada habia partido y que todo el mundo conspiraba á hacerle mas dura la existencia.

—Y ¿cuándo, señorita, preguntó Nicolás tomando el supuesto recibo que le entregaba Magdalena, cuándo he de volver por aquí?

Aunque esta pregunta fué hecha directamente á la hija, el padre se anticipó á contestar, haciéndolo con todo este desenfado:

—Cuando se os diga, señor mio, y no antes. Nó, no pretendais perseguirnos y fastidiarnos con idas y venidas. ¡Pues no faltaba otra cosa! Cuando se os diga y nada mas. Díle, Magdalena, díle cuándo ha de volver.

—¡Oh! no antes de tres ó cuatro semanas; no es necesario antes, contestó la jóven con viveza.

—¡Cómo! exclamó el padre en tono de reconvencion, pero hablándole en voz baja; ¡no es necesario que vuelva antes de tres ó cuatro semanas! Pues ¿cómo pasaremos con esto tanto tiempo? Magdalena, tú no lo has pensado bien. ¡Tres ó cuatro semanas!

—Entonces, dijo la jóven volviéndose ruborizada á Nicolás, antes, si quereis.

—¡Tres ó cuatro semanas! refunfuñó todavía el padre. Pero, Magdalena, no ganar nada en tres ó cuatro semanas!...

—Mucho tiempo es ese, dijo Nicolás.

—¡Ah! lo creeis así, ¿eh? preguntó el padre con cólera. Pues sabed que si yo tuviera el capricho de mendigar socorros ó inclinarme siquiera para pedir ayuda á personas que desprecio, no digó tres semanas sino tres meses, sino tres años podria pasar sin vuestro dinero. Bastaria solamente que yo quisiera resolverme á sacrificar mi independencia; pero como no quiero hacer eso, podreis volver por aquí dentro de ocho dias.

Nicolás hizo un profundo saludo á Magdalena, y se retiró reflexionando en las ideas singulares que M. Bray tenia sobre la independencia, y deseando ardientemente que Dios no enviara estos caracteres independientes á animar la humilde arcilla de que tuvo á bien hacer el cuerpo humano.

Al bajar la escalera hubo de oir por encima de él un paso ligero, y volviéndose en aquella direccion, vió á la jóven en la mesita mirándole tímidamente, sin saber si debia llamarle ó nó.

El medio mas seguro de resolver la dificultad era subir algunos escalones. Y esto es lo que hizo el enamorado Nicolás.

—No sé, caballero, le dijo precipitadamente Magdalena, si hago bien en dirigiros este ruego; pero os suplico tengais la bondad de no decir nada de lo que ha pasado delante de vos á los amigos de mi pobre madre. Esta noche ha padecido mucho el buen señor y por eso está tan agriado esta mañana. Os lo suplico, caballero, y espero me dispenseis este favor.

Nicolás contestó con calor, que bastaria fuera un deseo de su parte para que él se aprestara á satisfacerlo aun á riesgo de su vida.

—Hablais, caballero, con demasiada ligereza, le hizo observar Magdalena sonriendo tristemente.

—Hablo con toda la sinceridad de mi alma, repuso Nicolás, cuyos labios temblaban al mismo tiempo; jamás habló ningun hombre mas sériamente. No tengo la costumbre de disfrazar mis sentimientos, y por otra parte no podria tam-

poco ocultaros mi corazon; sé toda vuestra historia y siento por vos, adorable señorita, lo que todo hombre ó todo ángel debe sentir al veros y al oir la tristísima narracion de vuestras penas. Estad persuadida de ello, porque es la verdad; daria con gusto mi vida por tener la dicha de serviros.

Magdalena volvió la cabeza sin poder ocultar sus lágrimas.

—Perdonadme, señorita, continuó diciendo Nicolás con una vehemencia que no amenguaba su respeto, perdonadme si parece que he dicho demasiado ó que me prevalgo de las secretas confidencias que he recibido para venir aqui; pero no he podido resolverme á dejaros tan friamente como si el interés y simpatías que hácia vos siento espiraran con la honrosísima mision de que estoy encargado hoy.

Magdalena con la vista desviada, seguia llorando dulcemente.

Nicolás continuó con la misma respetuosa vehemencia:

—Nó, no es una afeccion pasajera la que vos me habeis inspirado, noble señorita; á partir de este momento, soy vuestro servidor para siempre, servidor solícito y humilde; y ni vos, ni los que me envian autorizado con su confianza, tendreis nunca que sonrojaros de mis servicios de abnegacion leal y honrada como el honor mismo; pues si pudierais leer en el fondo de este sentimiento de mi corazon, nó encontrariais en él mas que respeto hácia vuestra persona. Si fuera capaz de dar otro sentido á mis palabras, seria indigno de la estimacion de quien me ha dado la suya, y hasta haria traicion á la naturaleza misma, que ha puesto en mis labios estas honradas palabras, deshonrándolas con la mentira.

Magdalena le hizo una seña como para advertirle que no debia detenerse mas, y Nicolás se retiró en silencio como ella.

Así acabó la primera entrevista que tuvo con Magdalena Bray.

CAPÍTULO XV.

M. Rodolfo Nickleby en una conversacion confidencial con otro de sus antiguos amigos, concierta un proyecto de que se prometen ventajas ambos á dos.

—Los tres cuartos para las tres, murmuró Newman Noggs oyendo el reloj de una iglesia inmediata, y yo como á las dos. Lo hace exprofeso para mortificarme: es hombre así. ¡Dios le perdone!

En el nido que le servia de escritorio y subido en su banqueta oficial, se dirigiá Newman este breve monólogo, refiriéndose como siempre que tenia que quejarse de algo á su patrono M. Rodolfo Nickleby.

—Preciso es que este hombre, añadia, no tenga nunca otro apetito que el de su dinero; pero en cuanto á este siempre está hambriento como un lobo. En castigo se le deberia hacer tragar una pieza de cada especie de moneda. Pero no seria aun bastante castigo; aunque un escudo de seis francos ya tiene metal que tragar.

La imágen del avaro tragando un escudo de seis francos volvió á Newman algo de su buen humor, y bajo la influencia de esta buena disposicion, sacó lentamente de su pupitre una de esas botellas portátiles conocidas bajo el nombre de pistolas de bolsillo, y sacudiéndola al oido para gozar del agradable ruido del líquido agitado, tomó un trago y volvió á tapar la botella haciendo crujir dos ó tres veces los labios como un hombre que saborea su felicidad.

Pero el sabor del líquido pasó muy pronto y entonces volvió á sus quejas.

—Las tres menos cinco, dijo Newman refunfuñando, y me desayuné á las ocho con... Dios sabe con qué, y la hora exacta de mi comida es á las dos. Pudiera tener en casa un buen asado de vaca bien caliente, que se enfriara esperán-

dome; no lo tengo, es verdad; pero ¿qué sabe él si lo tengo ó nó? «No os vayais hasta que yo vuelva. No os vayais hasta que yo vuelva.» Todos los dias el mismo estribillo. Pero entonces ¿por qué diablos elige para salir la hora de mi comida? Demasiado lo sé: para mortificarme y no mas.

Estas palabras, aunque pronunciadas en voz alta, no se dirigian mas que al vacío; sin embargo, oyendo Newman de su propia boca la recapitulacion de sus justas quejas, pareció mas convencido de ellas, y en su despecho se aplastó de un puñetazo el sombrero en la cabeza, se calzó sus imperecederos guantes, y juró por lo mas sagrado, que aconteciera lo que aconteciera, se iba á comer sin mas retardo.

Y pasando á la ejecucion inmediata de su resolucion, estaba ya en el corredor, cuando el ruido del llavin en la puerta de entrada, le hizo emprender precipitadamente su retirada al fondo de su escritorio.

—Aquí está ya, murmuró, y álguien viene con él. Ahora me dirá: Esperad que se vaya este caballero. Pues bien, no quiero esperar. Ya está dicho.

Al mismo tiempo, Newman se deslizó en un armario vacío y lo cerró por dentro con intencion de escaparse en cuanto Rodolfo hubiera entrado en su despacho.

—¡Noggs! gritó el principal llamándole. ¿Dónde mil diablos estará este hombre? ¡Noggs!

Pero Noggs callaba como si no existiera.

—Estoy seguro de que se habrá ido á comer á pesar de mi prevencion, dijo Rodolfo mirando en el escritorio y sacando su reloj para ver la hora. ¡Hum! A comer se fué sin duda. Gride, venid aquí; el dependiente no está, y el sol da en mi gabinete. Esta pieza está á la sombra, y si os parece aquí estaremos mejor, al fresco.

—Me es igual, M. Nickleby, contestó Gride; lo mismo me da una pieza que otra. Aunque aquí se está muy bien; muy bien se está aquí.

El personaje que presentamos ahora á nuestros lectores era un vejete de setenta á setenta y cinco años, flaco y en-

corvado. Llevaba una levita cenicienta de cuello muy estrecho; un chaleco de seda negra á rayas, muy antiguo, y un pantalon tan corto que dejaba ver sus piernas de huso en toda su fealdad.

Los únicos adornos que realzaban su porte, eran una cadena de reloj, cadena de acero de que pendian algunos dijes de oro, y una cinta negra destinada por una moda antiquísima, ya pasada, á reunir por detrás sus cabellos en una especie de cola.

Su nariz y su barba eran puntiagudas y salientes; sus mandíbulas se habian unido una con otra por falta de dientes, y toda su cara estaba arrugada y descolorida como un pergamino viejo, excepto hácia los pómulos que conservaba los colores de una manzana de reina á fines de invierno.

En el sitio en que habia estado su barba en otro tiempo se veian aun algunos mechones de canas, cuya apariencia lánguida y ruin parecia protestar contra la esterilidad de la tierra en que escondia sus viejas raices. Toda su persona, su aire, su actitud, representaban la docilidad baja y rastrera del gato; y en cuanto á la expresion de su semblante, consistia únicamente en ciertas arrugas del ángulo de los ojos que dejaban leer en su mirada una mezcla de astucia, de avaricia y de libertinaje.

Tal es el verdadero retrato del viejo Arturo Gride, que no tenia una arruga en la cara ni el menor pliegue en su traje que no recordara la codicia mas ávida y rapaz, clasificándolo en la misma categoría social de M. Rodolfo Nickleby. Tal era el verdadero retrato del viejo Arturo Gride, tal como aparecia, sentado en su silla de caña, con los ojos levantados y fijos en la cara de Rodolfo, que desde lo alto del taburete en que se balanceaba, con los brazos extendidos sobre sus rodillas hundia tambien su mirada en la cara de Arturo Gride, queriendo penetrar en sus secretas intenciones, porque sabia bien que cualquiera fuera el negocio que le llevaba allí, habia algo que ganar.

—Y ¿qué tal, qué tal estais? preguntó Gride fingiendo el mayor interés por la salud de Rodolfo. Ya hace que no he

tenido el gusto de veros..... Nó, no hace tanto; pero ya hará.....

—No hace mucho, contestó Rodolfo sonriendo de una manera particular, que queria decir que no se dejaba engañar por aquellas fórmulas de cumplimiento, y que sabia muy bien que no para preguntarle por la salud habia ido á visitarle. Y por poco no me veis, porque acababa de meter la llave en la puerta, cuando habeis vuelto la esquina.

—Tengo fortuna, amigo Nickleby.

—Eso dicen, replicó Rodolfo secamente.

Y el viejo usurero se sonrió, pero sin hacer ninguna otra observacion, permaneciendo los dos unos momentos sin decir una palabra.

Los dos se observaban mútuamente para atacarse con mas ventaja.

—Y bien, Gride, dijo Rodolfo al fin, ¿de dónde viene el viento hoy?

Gride se echó á reir bondadosamente, digámoslo asi.

—Sois, amigo Nickleby, un hombre terrible, le contestó luego, satisfecho de que el mismo Rodolfo le pusiera en camino para hablar de negocios. ¡Oh Dios mio! ¡Qué terrible hombre sois!

—¡Bah! repuso Rodolfo; os hablo asi, porque teneis maneras tan hábiles y... No digo que esto no sea mejor; pero yo no tengo la paciencia de proceder asi.

—Sois un verdadero genio de la naturaleza, M. Nickleby, replicó el viejo Gride; un verdadero genio, un genio profundo. ¡Oh!

—Bastante profundo, dijo Rodolfo, para saber que tengo necesidad de serlo cuanto me es posible, cuando hombres como vos se ponen á hacerme cumplimientos. Bien sabeis, M. Gride, que os he visto muy de cerca hacer cumplimientos muy corteses á ciertas personas, que los han pagado luego muy caros. Bien me acuerdo.

Gride volvió á reirse ahora tan bondadosamente como antes.

—Os acordais ¿eh? no me extraña, amigo Nickleby, con-

testó el vejete frotándose las manos. No me extraña: no hay hombre como vos para estas cosas. Y la verdad sea dicha, tengo un gran placer de que recordeis el buen tiempo pasado. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Qué tiempo! ¡Qué tiempo!

—Ahora bien, repitió Rodolfo con la mayor tranquilidad y sangre fria. ¿De dónde viene el viento? Os lo pregunto otra vez; es decir, mas claramente. ¿Qué es lo que os trae por aquí?

—¡Bah! ¡bah! exclamó el otro. No podeis hablar de los buenos tiempos, sin pasar al instante á los negocios positivos. ¡Qué hombre! ¡Dios mio! ¡Qué hombre!

—Y ¿qué negocio de los tiempos pasados, de los buenos tiempos es ese que quereis resucitar ahora y poner sobre el tapete? porque estoy seguro de que habeis venido á eso únicamente, pues de otro modo no hablariais tanto de los buenos tiempos pasados.

—¡Desconfia de todo el mundo! ¡Sospecha de mí mismo! exclamó el viejo Arturo levantando al cielo las manos. ¡De mí mismo! ¡Gran Dios! ¡De mí mismo sospecha! Nó, no hay mas que un Nickleby en el mundo; no conozco á nadie que se le iguale. Es un gigante; los demás no somos sino pigmeos. ¡Un gigante! dicho está; un verdadero gigante.

Rodolfo miraba con tranquila sonrisa al zorro viejo Gride sonreir tambien, aunque con afectacion, mientras que el bueno de Newman Noggs, encerrado por sí mismo en su armario, se sentia desfallecer, á medida que la satisfaccion de su apetito se hacia mas y mas problemática.

—En hora buena, dijo luego el viejo Gride: es menester que pase por donde él quiera. En hora buena; no hay medio de dominarlo. El hombre de cabeza, como dicen los escoceses, y los escoceses no son tontos, no habla mas que de negocios, ni da tampoco gratis su tiempo. Teneis razon, amigo Nickleby, teneis razon: el tiempo es oro, el tiempo es oro, sí señor.

—Preciso es que vos ó yo hayamos hecho ese axioma, contestó Rodolfo. Yo sé muy bien que el tiempo es oro, y de ley, para aquellos á quienes les gana interés. Sí, el

tiempo es oro; mas aun; el tiempo cuesta dinero. ¡Oh! no hay artículo mas dispendioso. Sé de algunos que podrian decir algo sobre esto.

En contestacion á esta moraleja del usurero, el viejo Gride volvió á levantar las manos al cielo y á exclamar entre sofocadas risas:

—¡Qué hombre este Nickleby! ¡Qué hombre tan hábil! no hay otro como él. ¡Qué hombre! ¡Qué hombre!

Despues de estas exclamaciones encomiásticas, aproximó su silla baja á la banqueta de Rodolfo, y fijando sus ojos en su impasible cara, le hizo esta extraña é inverosímil pregunta:

—¿Qué diriais, amigo mio, si os anunciara que voy... á casarme?

—Diria, contestó Rodolfo bajando friamente á él la vista, que teneis vuestras razones para decir una mentira, y que no ha sido la primera vez ni tampoco será la última. Diré que no me sorprendeis y que no me dejo coger con eso.

—Pues bien, os anuncio sériamente que voy á casarme, repitió el viejo Gride.

—Y yo os repito sériamente lo que acabo de decir. Pero ¡qué expresion tan singular tomais! Debajo de eso hay sin duda alguna cosa.

—Nó, amigo Nickleby, no pretendo engañaros, dijo Gride afectando ingenuidad, ni tampoco podria conseguirlo, caso de pretenderlo; seria una locura intentarlo siquiera. ¡Yo engañar á M. Nickleby! ¡El pigmeo dominar al gigante! ¡Bah! ¡bah! Os repito mi pregunta: ¿Qué diriais si os anunciara sériamente que voy á casarme?

—¿Con alguna vieja hechicera? preguntó sonriendo Rodolfo.

—Nó por cierto, nó, contestó el vejete frotándose las manos. ¡Otro error! Me complazco en ver á M. Nickleby en un error, y esta vez es grave, ¡oh! gravísimo. Nó, no es una vieja, aunque sí hechicera; es una jóven bella, fresca, amable, encantadora y de diez y nueve años apenas: ojos negros con grandes pestañas, unos labios purpúreos y tier-

nos que tienen siempre la forma de un beso; unos bucles tan abundantes y magníficos que dan deseos de manosearlos, de peinarlos con los dedos; un talle que hace perder el juicio, y unos piés tan pequeños y ligeros que parece que no tocan al suelo cuando anda. Pues bien, amigo mio, yo, yo me voy á casar con todo eso. ¿Qué tal?

—¡Diablo! hé aquí una chochez que pasa de lo permitido, dijo Rodolfo, despues de haber escuchado, recogiendo las comisuras de los labios, los extremos del viejo pecador. Y ¿cómo se llama esa beldad?

—¡Ah! exclamó el viejo Gride. ¡Qué hombre tan profundo! Adivina que tengo necesidad de su ayuda; adivina que puede sacar provecho de ella y todo lo adivina al primer golpe de vista. Su nombre ¿eh? Voy á decíroslo; es... ¿Hay por aquí álguien que pueda oirnos?

—¡Bah! ¿Quién diablos quereis que haya? Estamos solos, contestó bruscamente el usurero Nickleby.

El viejo Gride abrió la puerta y miró por fuera con desconfianza. Despues la cerró otra vez y dijo volviendo á su sitio:

—No sabia si, por casualidad, podia subir ó bajar álguien las escaleras, ó si vuestro dependiente habia vuelto y escuchaba á la puerta. Para escuchar á las puertas, no hay duendes como los dependientes y criados; y á fe que hubiera sentido que hubiera podido oir algo vuestro Noggs.

—¡Llévéselo el diablo! exclamó Rodolfo. Noggs se fué contra mi expresa prohibicion; podeis hablar sin temor ninguno.

—Pues que el diablo se lo lleve, si quereis; no seré yo quien os contradiga ni se oponga á ello. El nombre de esa señorita es.....

Y Gride se interrumpió de nuevo.

—Sepamos, pues, dijo Rodolfo con cierta curiosidad. Su nombre? Acabad de una vez.

—Magdalena Bray, contestó el otro por fin.

M. Arturo Gride habia contado con este nombre para producir efecto en Rodolfo; pero si produjo efecto, no apareció la mas leve señal de él en su fisonomía.

Léjos de revelar la menor emocion, Rodolfo hubo de repetir tranquilamente muchas veces el nombre, como si procurara recordar dónde y cuándo lo habia oido pronunciar.

—Magdalena Bray... Bray... Bray. Yo he conocido un jóven Bray que... Pero nó, no puede ser él; aquel Bray no tenia ninguna hija.

—¡Cómo! exclamó Gride con extrañeza. ¿Será posible? ¡No os acordais de Bray!

—Nó, contestó Rodolfo mirándole con aire impasible; no me acuerdo.

—Walter Bray, aquel buen mozo que hizo tan desgraciada á su esposa.

—Si no teneis mas señas que darme que esas para hacerme recordar á vuestro buen mozo, no lo recordaré jamás. ¿Ni cómo quereis que lo recuerde entre tantos buenos mozos como he conocido en mi vida, con mujeres desgraciadas y no desgraciadas?

—¡Bah! ¡bah! repuso Gride impacientado. Ese Bray que vive actualmente en los límites privilegiados del *banco del rey*. Si no podeis haber olvidado á Walter Bray! Si hemos hecho los dos bastantes negocios con él! Y por cierto que aun os debe algun dinero.

—¡Ah! ¿Es aquel? Ya, ya, ahora comenzais á explicaros claramente. Y ¿es la hija de aquel la bella jóven de que me hablais?

Estas palabras fueron dichas en el tono mas natural del mundo, y bajo este tono el viejo Arturo Gride, que no era tonto, hubiera debido reconocer la secreta intencion de Rodolfo, que no era otra sino atraerlo á darle explicaciones y detalles mas extensos, detalles que Rodolfo no hubiera podido procurarse de otro modo.

Pero el viejo Arturo, arrastrado por la conversacion, hubo de caer en el lazo, tomando en sério la aparente incertidumbre del otro.

—Bien sabia yo, dijo Gride, que no seria menester apuntaros mucho para que cayerais en la cuenta.

—Teneis razon, contestó Rodolfo; pero habeis de conve-

nir conmigo en que el viejo Arturo Gride y el matrimonio son dos cosas que rabian de verse juntas. Así es que, lo confieso, me habeis sorprendido, me habeis turbado.

—Pues no hay mas que lo dicho, amigo mio.

—¡El viejo Arturo Gride, continuó diciendo Rodolfo, el viejo Arturo Gride con ojos negros y largas pestañas, con labios en forma de beso y bucles que dan deseo de manosearlos, con talles que hacen perder el juicio, y piés tan pequeños y ligeros que apenas tocan el suelo! Todas estas cosas y el viejo Arturo Gride forman un consorcio monstruoso. Pero todo esto es nada en comparacion del casamiento del viejo Arturo Gride con la hija de un buen mozo arruinado hoy, inquilino en los límites privilegiados del *banco del rey*. Esto es para no creerlo, pues me parece mitológico.

—Pues no es sino muy cierto, amigo mio.

—Francamente, compañero, añadió el avaro Nickleby, si teneis necesidad de que yo os ayude en este negocio, como yo creo, pues de otro modo no hubierais venido á verme, explicaos y derechamente. Sobre todo no pretendais hacerme creer que esto es en mi interés, pues sé yo muy bien que es preciso que sea ante todo en el vuestro; y en gran manera, pues, á no ser así, no me serviriais esta fruta de vuestro jardin.

Habia, no ya solo en las palabras de Rodolfo, sino tambien en el tono de su voz y en las miradas con que las acompañaba, bastante acritud y amargo sarcasmo para encender la helada sangre del viejo y aun para colorear de vergüenza sus marchitas mejillas. Pero léjos de incomodarse, se limitaba á repetir su estribillo de ¡Hombre cruel! y á mover la cabeza de derecha á izquierda, como si no pudiera menos de reir sus joviales ocurrencias y su franqueza en el hablar.

Sin embargo, como leyó en la expresion de su amigo que ya era tiempo de llegar al término, tomó el aire sério que conviene para tratar de negocios y entró resueltamente en explicaciones precisas sobre el objeto de su negociacion.

Comenzó por insistir en el hecho de que Magdalena Bray se habia sacrificado para sostener á su padre, que no tenia ya otro amigo sobre la tierra, y que la pobre hija era esclava sumisa de sus menores deseos.

Rodolfo contestó que ya habia oido decir algo sobre esto y que era una tonta Magdalena, pues á tener siquiera un ligero conocimiento de lo que es el mundo, de ninguna manera hubiera obrado así.

Gride, en segundo lugar, habló del carácter del padre, á quien representó como un hombre que tenia acaso por su hija todo el amor que podia tener por cualquiera, pero que se amaba á sí mismo por encima de todo. Rodolfo le hizo observar que no habia que decir esto, visto que la cosa era muy natural, y no habia mal en ello.

En tercer lugar, el viejo Arturo Gride declaró que la jóven era un bocado apetitoso, y que su belleza le habia inspirado el buen gusto de casarse con ella.

A este tercer punto, Rodolfo no se dignó contestar sino con una sonrisa despectiva y con una mirada que expresaba toda su repugnancia al oir hablar de amor á un casi octogenario.

—Ahora, dijo Gride, pasemos al plan que he imaginado, porque debo deciros, si no lo habeis ya adivinado, que aun no me he presentado al padre; pero todo lo adivinais. ¡Qué zorro viejo!

—En ese caso, no os burleis, contestó Rodolfo con impaciencia. Bien sabeis que no debe uno burlarse de quien es mas fuerte.

—¡Siempre una contestacion á todo en la punta de la lengua! exclamó el viejo Arturo levantando en su admiracion los ojos y las manos al cielo. Jamás es sorprendido. ¡Dios mio! ¡Qué dichoso es quien tiene tanto talento, dinero contante, y tanto dinero contante para hacer honor á su talento!

Despues cambió repentinamente de tono y continuó así diciendo:

—Yo he hecho mas de una vez, en los seis últimos meses,

el camino de la casa de Bray, porque hace justamente seis meses que vi por la primera vez á su bella hija. ¡Y tan bella!... Pero dejemos esto para su oportunidad. Yo le hago perseguir como acreedor por la suma de treinta y siete mil quinientos francos.

—Parece que teneis aire de decir que sois vos el único acreedor que le persiga, dijo Rodolfo sacando su cartera del bolsillo. No seriais exacto al decirlo, porque yo lo soy tambien por la cantidad de veinticuatro mil trescientos setenta y cinco francos, ochenta y cinco céntimos.

—Ya lo sé, repuso vivamente Gride; sois solo conmigo, no hay otro. Todos no han de hacer el gasto de enjaular á un deudor y se refieren á nosotros para estrecharlo de cerca; os respondo de ello. Solo nosotros dos nos hemos dejado coger en esa trampa. ¡Oh Dios! ¡Qué abismo sin fondo! En él he dejado yo casi toda mi fortuna. Cuando pienso que le hemos prestado nuestro dinero sin otra garantía que la firma de un endosante que todo el mundo suponia tan bueno como el oro en barra, y que de repente se hundió como sabeis; cuando pienso que en el momento de poner la mano en él, vino á morir insolvente... ¡Ah! estuve á punto de arruinarme; muy poco faltó.

—Y ¿á qué viene llorar lástimas entre nosotros sobre los percances del oficio, cuando no hay aquí nadie que nos escuche?

—Siempre es bueno decirlo, contestó el viejo Gride riendo, aunque no haya nadie que nos oiga.

—Hablemos de vuestro plan, si os place.

—Pues bien, si fuera yo á ofrecerme por yerno á Bray, bajo la simple condicion de que el dia mismo de mi casamiento, recobraria tranquilamente su libertad con una pension para comer al otro lado de la Mancha como un gentleman (yo sé que esto no puede durar mucho tiempo, pues he consultado á su médico y me ha dicho que tiene una enfermedad del corazon que le acabará muy pronto); y si se le hicieran tocar con el dedo las ventajas de esta proposicion, ¿creeis que pudiera resistirme? Y si él no puede re-

sistirme, ¿creeis que su hija pueda resistirle á él tampoco? ¿Creeis que antes de una semana ó un mes, en el momento en que yo la pidiera, no seria mi esposa la bella Magdalena, la encantadora hija de Bray? ¡Oh! ¡cuán hermosa es! ¡Oh! ¡qué felicidad tan inefable poseerla!

—Continuad, dijo Rodolfo moviendo la cabeza como un hombre que no se pagaba de semejantes aleluyas, y con un tono friamente estudiado, que formaba un extraño contraste con los apasionados trasportes á los cuales se habia dejado arrastrar por grados el vejete. Continuad; yo supongo que no habreis venido para hablarme de semejantes puerilidades.

—Pero ¡qué ejecutivo sois, hombre! exclamó el viejo Gride aproximándose mas á Rodolfo. Nó, ciertamente; no he venido á eso. He venido á preguntaros cuánto querriais por vuestro crédito, en el caso de que obtuviera buen éxito mi solicitud cerca del padre de Magdalena. ¿Veinticinco por ciento?... ¿Treinta?... ¿Nó? Vamos, el cincuenta por ciento ¿eh? Quiero llegar hasta aquí en beneficio de un amigo como vos. Nos hemos llevado siempre tan bien, que deberiais ser menos exigente conmigo. Con que está dicho: el cincuenta ¿eh?

—Aun no habeis acabado, dijo Rodolfo desentendiéndose con la mayor frialdad.

—Es verdad, todavía tengo algo que deciros. Pero si no me dais tiempo! ¡Sois tan ejecutivo!... Hélo aquí: tengo necesidad de una persona que me apoye en este negocio, álguien que se halle en aptitud de hablar, de apretar, de allanar dificultades, un hombre, en fin, como vos. Yo por mí, no soy capaz de eso, pues soy un pobre diablo muy tímido y sensible. Os propongo, pues, por la molestia que os he de dar en esta gestion, un buen premio sobre el crédito que teniais ya como perdido. Necesito cerca del padre buenos oficios, y nadie como un amigo, y ningun amigo como vos podria hacérmelos.

—Todavía no lo habeis dicho todo, volvió á decir Rodolfo.

—Os aseguro que sí.

—Yo os aseguro que nó.

—¡Ah! exclamó el viejo Gride aparentando recordar algo en este mismo momento. Sin duda quereis decir que tengo aun que hablaros de algo concerniente á mis intereses é intenciones. No vale esto la pena de ocuparse de ello.

—Yo creo que sí, replicó Rodolfo secamente.

—No queria cansaros con estos detalles, suponiendo que bastaba con hablaros de vuestros propios intereses en este negocio. Es muy de agradecer que querais interesaros en lo que me concierne á mí solo. Ciertamente que sí, es de agradecer. En hora buena. Supongamos que tuviera yo conocimiento de algunos bienes, muy poca cosa, sobre los cuales esa encantadora niña tuviera títulos que hacer valer y de que nadie supiera nada, pero que su marido podria aprovechar conociendo el negocio como yo lo conozco. Esta circunstancia explicaria...

—Todo, todo lo explicaria, interrumpió Rodolfo con viveza. Ahora habeis de dejarme estudiar el negocio, y reflexionar sobre lo que he de exigiros por la ayuda que solicitais de mi parte.

—Pero no seais exigente, amigo Nickleby, dijo el viejo Gride tendiendo hácia él las manos en actitud de humilde súplica.

—Dejadme reflexionar.

—Pero no seais muy exigente, amigo mio, os lo ruego otra vez y ciento, repitió el viejo enamorado con voz temblorosa y en su misma actitud deprecativa. Esos bienes de que os he hablado son bastante mezquinos, valen muy poco, y debeis contentaros con un cincuenta por ciento. Es mas de lo que debiera ofreceros; pero sois tan bondadoso y tan... Cincuenta por ciento ¿eh? Es cosa convenida, amigo Nickleby, ¿eh?

Sin hacer caso de tan humildes súplicas, Rodolfo permaneció tres ó cuatro minutos reflexionando profundamente sin dejar de mirar al otro, aunque sin verlo acaso en su preocupacion.

Luego que hubo meditado á su satisfaccion, rompió el silencio, y segun habló, hubiera sido injusto hacerle el cargo de recurrir á circunloquios inútiles ó no ir derecho al grano como suele decirse.

—Si os casais con esa jóven sin ayuda mia, le dijo, estais en la obligacion ineludible de pagarme la deuda del padre en su totalidad, pues es el único medio de ponerle en libertad. Claro es que debeis darme el importe de ella sin deduccion ni gastos, pues de otro modo todo lo que yo ganaria por el honor de haberme elegido por confidente y aun negociador vuestro, seria perder algo que no perderia sin serviros. Esto es claro como la luz del dia, y hé aquí mi primera condicion.

—Pero ¡mi querido Nickleby!...

—No me interrumpais, dijo el usurero con toda la severidad de su oficio.

Y continuó:

—Hé aqui la segunda condicion: Por la molestia que he de tomarme en manejar este negocio erizado de dificultades, habeis de darme dos mil quinientos francos.

—Pero ¡mi querido Nickleby!...

—Es una bagatela en comparacion de los ojos negros, y los labios purpúreos, y los bucles magníficos, y los piés pequeños, y todas ésas otras lindezas que serán para vos solo.

—Pero.....

—Tercera condicion: Habeis de firmarme hoy mismo el compromiso de pagarme todo esto el mismo dia de vuestro casamiento con miss Magdalena Bray, á las doce en punto. Acabais de decirme que yo estoy en aptitud de hablar, de persuadir, de apretar, de allanar dificultades. Pues bien, yo acepto vuestra proposicion desde luego. Vos aceptareis mis condiciones, si quereis; si no quereis, podeis casaros sin mi auxilio: mi crédito será pagado.

Ruegos, protestas, contra-proposiciones... todo fué inútil para el avaro Nickleby, sordo á las palabras de su amigo y compañero: ni siquiera quiso entrar en la discusion del asunto.

Así, pues, le dejó tomar vuelo sobre la enormidad de sus exigencias y sobre las modificaciones que deberian hacerse; le dejó dar de momento en momento un paso mas hácia las condiciones que resistia al principio, sin moverse de su asiento, sin decir una palabra, enteramente mudo, examinando uno tras otro, con aire de no oir nada, los papeles y apuntes de su cartera.

Viendo á Rodolfo firme como una roca, Arturo Gride que iba preparado á recibir algun sinsabor de este género, acabó por firmar, de buen ó mal grado, los artículos de este tratado, incluso el compromiso en cuestion, y en papel sellado, de que el usurero Nickleby tenia siempre provision para estos casos.

El viejo Gride solo añadió la condicion de que Rodolfo habia de acompañarle en el acto á casa de Walter Bray, para iniciar desde luego las negociaciones, si las circunstancias se presentaban favorables al objeto.

Y para poner en obra el importante proyecto los dos amigos, dignos el uno del otro, salieron á la calle y enderezaron sus pasos á casa de Bray.

Newman Noggs apareció entonces, botella en mano, saliendo de su armario, desde el cual y entreabriendo una de sus puertas superiores á riesgo de ser descubierto, habia podido oir los puntos mas interesantes del convenio.

—Ya se me ha pasado el apetito, dijo Newman metiéndose en el bolsillo el frasco: ya he comido.

Despues de esta observacion, hecha con tono pesaroso y triste, fué de un salto á la puerta y volvió de la misma manera.

—No sé, dijo, no sé quién pueda ser esa desgraciada jóven, pero la compadezco con toda mi alma, sin poder defenderla, como tantas otras personas expuestas igualmente todos los dias á tan viles maquinaciones; pero esta es mas vil que todas. Despues de todo, la noticia que he adquirido no aumenta en lo mas mínimo su desgracia; la noticia no hace daño á nadie mas que á mí. El mal no es mayor porque yo le conozca; solo que afligiéndome, hace una víctima

mas. ¡Gride y Nickleby! ¡Qué par! ¡qué par de... de pillos! Puedo decírmelo en confianza; sí, son unos pillos, unos pillos... unos grandísimos pillos.

Y cada vez que repetia estas palabras, el bueno de Newman Noggs, exacerbado por sus reflexiones, daba un puñetazo á su infortunado sombrero..

Hay que advertir que su cabeza estaba un poco acalorada por el contenido de la pistola de bolsillo, con la que se habia entretenido durante su encierro voluntario en el fondo del armario.

Por fin salió á la calle y fué á buscar el consuelo que podian darle un trozo de carne y unas berzas, servidas económicamente en un bodegon conocido.

Entre tanto, los dos coligados llegaban á la casa que ya conocemos, por haber sido visitada algunos dias antes por Nicolás.

Habiendo sido admitidos cerca de Bray, cuya hija estaba ausente por el momento, acabaron por poner sobre el tapete la cuestion, despues de hábiles manejos que hacian ciertamente honor á la competencia de Rodolfo.

—Aquí teneis, pues, á vuestro futuro yerno, M. Bray, dijo Rodolfo al paciente, que no habia vuelto de su sorpresa, y que desde el fondo de la butaca en que se hallaba postrado, paseaba alternativamente su mirada del uno al otro. ¿Qué importa que haya tenido la desgracia de ser en parte la causa de vuestra detencion aquí? Yo he hecho lo mismo que él; pero ¿qué quereis? Es menester, M. Bray, que todo el mundo viva, y vos teneis demasiada experiencia del mundo para no ver las cosas por su verdadera fase. Venimos á ofreceros la mejor reparacion que podemos ofreceros, y ved qué reparacion. Se trata de un partido que muchos padres, aun de la aristocracia titular, quisieran para sus hijas. ¿Qué? La inmensa fortuna de M. Arturo Gride ¿no es un buen partido para la señorita mas ambiciosa?

—Mi hija, caballero, contestó Bray con altivez, gracias á la educacion que le he dado, llevaria en sí misma una compensacion de la fortuna que se le ofreciera á cambio de su mano. Sabedlo bien.

—Precisamente eso mismo es lo que yo os decia, repuso el artificioso Rodolfo volviéndose hácia el viejo Gride; precisamente es eso mismo lo que me hace considerar la cosa fácil y aun conveniente. Las ventajas son comunes, mutuas, y nadie deberá nada á nadie. Vos, M. Gride, teneis dinero, mucho dinero; miss Magdalena Bray tiene belleza, mucho mérito; si ella no es rica, vos tampoco sois jóven: con que estais iguales ó igualados, y es un casamiento de Dios.

—En efecto, contestó el anciano pretendiente echando una mirada horrible á su futuro suegro; si como dicen, Dios escribe allá arriba los matrimonios, el nuestro será por consiguiente predestinado.

—No debeis, M. Bray, dijo Rodolfo apresurándose á sustituir el necio razonamiento de Gride con otras consideraciones mas palpables y conducentes, no debeis perder de vista las consecuencias necesarias de la aceptacion ó no aceptacion del ofrecimiento de mi amigo.

—¿Cómo quereis que sea yo quien acepte ó deje de aceptar el ofrecimiento de vuestro amigo? objetó M. Bray muy convencido, sin embargo, de que él seria quien decidiera la cuestion. Eso corresponde exclusivamente á mi hija, bien lo sabeis.

—Sin duda ninguna, corresponde á vuestra hija, pero no exclusivamente, pues un padre tiene siempre el derecho y aun el deber de aconsejar, de exponer el pro y el contra, de arriesgar un deseo...

—¡Arriesgar un deseo, caballero! exclamó el deudor alternativamente humilde y altivo, pero sin dejar de ser nunca egoista. Yo soy su padre, me parece, y siendo su padre iria á arriesgar un deseo! ¿Creeis acaso, como los amigos de su madre y enemigos mios, que el diablo se lleve; creeis, caballero, que mi hija haya hecho otra cosa que su deber, su estricto deber? ¿O bien suponeis que porque he sido desgraciado, haya una razon suficiente para cambiar nuestras posiciones relativas, y que toque á ella mandar y á mí obedecer? ¡Arriesgar un deseo! ¡Seria cosa chusca! ¿Os imaginais tal vez, porque me veis así, apenas capaz de levan-

tarme de mi asiento sin ayuda ajena, que yo no tengo valor ni carácter ni poder para decidir por mí mismo intereses de mi hija?

—Perdonad, M. Bray, dijo Rodolfo que conocia el lado vulnerable del enfermo y habia tomado sus medidas de prevision; no me habeis dejado concluir. Iba á deciros que os bastaria arriesgar un deseo, indicarlo no mas, para que fuera un mandato para vuestra hija.

—¡Ah! eso es otra cosa, repuso Bray. Quizá no hayais oido nunca hablar de esto, pero sabed que hubo un tiempo en que me veia yo embarazado para triunfar de la resistencia de toda la familia de mi mujer. Ellos tenian para sí sus riquezas y crédito; pero yo, yo tenia mi voluntad, y esto me bastaba. ¡Oh! me bastaba.

—Perdonad, M. Bray, dijo Rodolfo con un tono tan suave ó suavizado como lo permitia su carácter; no me habeis dejado llegar hasta el fin. Vos sois un hombre adecuado para brillar en el mundo; teneis todavía muchos años delante de vos, á lo menos si vivís libremente, en otra atmósfera, bajo otro cielo mas puro y en otra sociedad de vuestro gusto. La alegría es vuestro elemento, y bastantes pruebas habeis dado de ello. Pues bien; sean para vos los placeres de la moda y de la libertad; para vos la Francia con una pension que os permita encontrar en ella los goces del lujo. Aun pudierais hacer una gran próroga en la vida, ó mejor dicho podriais renacer á una existencia nueva. Ya en otro tiempo hicisteis ruido en Londres con vuestra aficion al gasto y al placer; todavía pudierais brillar en un teatro nuevo, aprovechando la experiencia de lo pasado, y vivir un poco á expensas de los demás en vez de dejar á los demás vivir á expensas vuestras. Ahora volvamos la medalla. ¿Qué es lo que teneis que esperar rechazando una proposicion tan aceptable? Solo una piedra tumularia en el inmediato cementerio. ¿Cuándo? Acaso dentro de veinte años, acaso dentro de dos; eso es lo que no sé yo; pero eso es todo.

M. Bray permanecia escuchando con el brazo apoyado en su butaca y la mano delante de la cara.

Rodolfo se acercó mas al enfermo y continuó diciendo:

—Hablo francamente, porque vivamente siento, M. Bray, y así os diré que es interés mio que deis en matrimonio vuestra hija á mi amigo M. Gride, porque así me pagará á lo menos en parte vuestra deuda. Ya veis cómo no os oculto nada; yo juego limpio siempre. Pero vos tambien, señor mio, tambien teneis interés en hacer adoptar á vuestra hija este partido; no perdais esto de vista. Ella hará tal vez alguna objecion; llorará sin duda, diciendo que es demasiado viejo para ella, que va á ser infeliz toda su vida. ¿Cedeis? En hora buena; pero ¿qué sucederá entonces?

Algunos gestos escapados al enfermo mostraban que todos estos argumentos penetraban en él eficazmente y que no perdia una palabra, así como Rodolfo no perdia tampoco la menor señal que pudiera descubrir los secretos sentimientos de M. Bray.

—Os decia, pues, prosiguió el artificioso usurero, si rechaza vuestra hija este partido, ¿qué sucederá? ó á lo menos, ¿qué debe suceder? Que luego que llegue, porque ha de llegar, el dia de vuestra muerte, las mismas personas á quienes detestais, se encargarán de hacer la felicidad de vuestra hija. ¿No os indigna esta idea?

—¡Oh! sí, contestó vivamente Bray impulsado por un sentimiento de odio.

—Bien lo sabia yo, repuso tranquilamente Rodolfo; bien lo sabia.

Y bajando luego la voz añadió este toque:

—Si es preciso que la muerte de álguien deba aprovecharle, mas vale que sea la de su viejo esposo. No la expongais á desear vuestra muerte como la señal de su libertad y de su dicha.

Rodolfo pudo apreciar con satisfaccion el efecto de sus palabras, y haciendo una breve pausa como para darle tiempo de reflexionar, continuó diciendo:

—Examinemos ahora las objeciones que pudiera haceros. Veamos esto de cerca. Su pretendiente es un viejo. Y bien, ¿no se está viendo todos los dias que hombres de familia

ilustre y aun de gran fortuna, y que por consiguiente no tienen vuestra disculpa, pues tienen á su alcance todos los goces de la vida, casan á sus hijas con viejos, y lo que es peor aun, con jóvenes sin cabeza y sin corazon, porque tienen títulos que halagan su orgullo, bienes que garantizan sus intereses de familia é influencias que les aseguran un sitio en el parlamento? A vos toca, M. Bray, resolver por ella, que no puede tener un juez mas competente sobre lo que le conviene, y que al fin vendrá á reconocer vuestra resolucion con toda su gratitud.

—¡Schit! ¡Silencio! exclamó M. Bray estremeciéndose y poniendo su trémula mano en la boca de Rodolfo para hacerle callar. Mi hija viene; la he oido en la puerta.

En este precipitado movimiento de M. Bray azorado y confuso habia como un relámpago de la conciencia, una chispa de honradez que le mostraba todos los sofismas de tan cruel designio, y que ponia al descubierto toda su bajeza, toda su vergüenza, toda su barbarie.

El padre se sumergió, digámoslo así, en su asiento; Arturo Gride en su embarazo buscaba por todas partes su sombrero, sin atreverse á levantar la vista del suelo; hasta el mismo Nickleby, el usurero empedernido é impasible, se sintió mal en presencia de una jóven inocente.

Pero si el efecto fué profundo, no fué menos rápido y fugaz. Rodolfo fué, y debió ser, el primero que se repuso, y viendo en los ojos de Magdalena una expresion de inquietud, le rogó se tranquilizara, asegurándole que no tenia nada que temer.

—No es mas que una ligera crisis, le dijo echando una expresiva mirada á M. Bray pálido y tembloroso; pero ya le pasa... esto no es nada.

El corazon mas duro y embotado por la experiencia del mundo, no hubiera podido permanecer insensible al ver á aquella jóven y hermosa criatura, cuya desgracia se acababa de concertar, abrazarse á su padre con extremos de cariño, y prodigarle palabras de ternura y amor, las mas dulces palabras que pueden oir los oidos de un padre y pueden formar los labios de una niña.

Rodolfo la miraba friamente, mientras que Gride, cuyos ojos solo veian los encantos físicos de su víctima sin penetrar hasta el alma que los animaba, dejaba entrever una especie de interés fantástico. Pero cuán léjos estaba este interés de asemejarse á los sentimientos que inspira ordinariamente la vista y contemplacion de la virtud!

—Magdalena, le dijo el padre desasiéndose suavemente de los brazos de su hija, tranquilízate, hija; esto no es nada.

— Pero ya ayer tuvisteis otra crísis semejante, padre mio, y es cosa muy dura para mí veros sufrir así siempre. ¿Qué he de hacer para aliviaros, padre mio? ¿Qué quereis? ¿Necesitais alguna cosa?

—Nó, ahora nada, tranquilízate, que no hay motivo para esa inquietud. Uno de estos señores te es ya conocido, Magdalena, ¿eh?

Magdalena no contestó.

—Mi hija, añadió M. Bray dirigiéndose al viejo y repugnante pretendiente, me decia siempre que sólo con veros tenia yo una recaida. La pobre niña no podia decir otra cosa sabiendo lo que sabia, y no sabiendo nada mas de nuestras relaciones y demás... cosas; pero podeis estar tranquilo; ya cambiará de modo de pensar; no es raro que las jóvenes cambien de ideas. Pero estás muy cansada, hija mia.

—Nó, estoy bien, padre mio; os lo aseguro.

—Y yo te aseguro que haces demasiado.

—Aun quisiera hacer mas.

—Bien lo sé; pero haces mas de lo que tus fuerzas permiten, hija mia. Esta vida miserable de trabajo diario, de incesante fatiga es demasiado penosa para tí, y es imposible que puedas resistirla, Magdalena.

Y diciéndole estas palabras un tanto tiernas, M. Bray atrajo á la jóven á sus brazos y le dió un beso.

Rodolfo que no le habia perdido de vista, creyó oportuno dejarle solo con su hija, y se dirigió hácia la puerta, haciendo una seña al viejo Gride para que le siguiera.

—Nos volveremos á ver ¿eh? preguntó el astuto usurero mirando expresivamente al padre.

—Sí, sí, contestó Bray vivamente; dentro de ocho dias; no pido mas que ocho dias.

—¡Ocho dias! exclamó Rodolfo como diciendo ocho meses. En fin, sea así, añadió con tono de resignacion. Pues hasta dentro de ocho dias.

Y haciendo un saludo á Bray y otro á Magdalena, se retiró precediendo á Gride.

—¡Ah! M. Gride, no partireis sin que os estreche la mano, dijo Bray tendiendo la suya á su futuro yerno, que se inclinó humildemente. Me congratulo de vuestras intenciones y me complazco en decíroslo. Era vuestro deudor; no era culpa vuestra... Magdalena, hija mia, la mano á Gride.

—¡Gran Dios! ¡Si esta señorita se dignara... siquiera con la punta de los dedos!... dijo Gride tendiendo con vacilacion su trémula mano y retirándola tímidamente.

Magdalena retrocedió involuntariamente ante aquel mamarracho. Sin embargo, dócil al mandato de su padre, puso en la descarnada mano del indigno viejo los extremos de sus dedos, por donde corrió al contacto un estremecimiento que se los hizo retirar súbitamente.

El vejete hubiera querido llevarla á sus labios; pero defraudado en su esperanza por aquel movimiento repentino, se contentó con besarse sus propios dedos con amoroso trasporte, siguiendo luego á su amigo, haciendo una multitud de gestos tan apasionados como ridículos.

Rodolfo estaba ya en la calle, cuando Gride salió de la sala con cierto aire de triunfo.

—Y bien, amigo mio, le dijo al llegar á su lado. ¿Qué os parece? ¿Qué os parece? ¿Qué dice el gigante al pigmeo? Hablad.

—¿Qué dice el pigmeo al gigante? preguntó á su vez Rodolfo levantando las cejas y dirigiéndole una mirada de desprecio.

—El pigmeo no sabe qué decir, contestó Gride; me encuentro, amigo mio, entre el temor y la esperanza. Pero decidme, amigo Nickleby, ¿no es verdad que es un bocado exquisito?

Rodolfo refunfuñó algo que queria decir que él no tenia paladar para estos bocados, ni humor ni tiempo para oir tonterías.

—Tonterías, exclamó el vejete con asombro. En fin, cada cual tiene sus gustos, y yo, amigo mio, añadió frotándose las manos con fruicion, yo tengo aun paladar para la belleza. ¡Pardiez! ¡Qué ojos tan divinos cuando acariciaba á su padre con ternura! ¡Qué pestañas tan largas! Y ¿no observasteis cómo me miraba con cierta dulzura?

—Nó, no hice esa observacion.

—¡Hombre! ¡no observais nada! Pero ¿calculais á lo menos que esto se presenta bien? ¿Qué os parece? ¿Qué os parece? ¿Llegaré yo á enamorar á esa encantadora niña?

Rodolfo le miró frunciendo las cejas con expresion desdeñosa y dijo entre dientes:

—Lo que debisteis hacer fué otra clase de observaciones mas sérias.

—Todo lo he observado.

—¿Observasteis que el padre dijo á la hija que estaba muy cansada, que trabajaba demasiado, que hacia mas de lo que permitian sus fuerzas?

—¡Oh! sí, sí: continuad.

—¿Creeis que le haya dicho nada de esto antes de hoy?

—Nó á fe.

—Y ¿oisteis que le dijo que no podria resistir esta vida de trabajo diario é incesante?

—Sí, sí, lo oí muy bien.

—Pues ya vereis cómo le hace mudar de vida muy en breve.

—Entonces creeis el negocio hecho, dijo el viejo Gride fijando en la cara de su compañero Nickleby sus ojillos libidinosos.

—Lo creo así, contestó Rodolfo, es negocio hecho.

—¡Oh! exclamó el vejete con arrobamiento.

—Pero el hombre, añadió Rodolfo, tiene que buscar ahora el medio de justificarse á nuestros propios ojos, y pretenderá, ya lo vereis, pretenderá hacernos creer que no

piensa mas que en la felicidad de su hija y de ningun modo en la suya, desempeñando el papel de padre solícito, previsor y hasta virtuoso.

—Es muy posible.

—Ya vereis cómo desempeña ese papel con una seriedad que no parecerá farsa. Por lo demás, yo he sorprendido en los ojos de Magdalena una lágrima de dulce sorpresa; antes de poco derramará muchas lágrimas de sorpresa; pero no serán ya tan dulces. Esto va bien; podemos esperar con toda confianza estos ocho dias.

CAPÍTULO XVI.

Gran funcion á beneficio de M. Vicente Crummles y resueltamente su última representacion en nuestra escena.

Con el corazon lleno de pena y de ideas tristes la cabeza, emprendió Nicolás su camino hácia el despacho de los hermanos Cheeryble.

Todas las esperanzas en que se habia mecido, todas las ilusiones que habian asaltado su imaginacion y que se cernian sobre la cabeza de la hermosa imágen de Magdalena Bray, se habian ya desvanecido, sin que restara el menor vestigio de tan brillante y fausto ensueño.

Seria hacer una injuria á la noble índole de Nicolás y desconocer la magnanimidad de su carácter, suponer que la revelacion del secreto misterio de que hasta entonces habia estado rodeada Magdalena Bray, hasta el extremo de ignorar su nombre, habia calmado su ardor, ó extinguido el fuego de su pasion. Si antes habia tenido hácia ella uno de esos sentimientos que los jóvenes tienen siempre para los atractivos y encantos de la belleza, ahora conocia que aquellos sentimientos eran mas fuertes y profundos.

Pero el respeto debido á aquel corazon inocente y puro, los miramientos que merecia su situacion solitaria y aban-

donada, las simpatías naturales que se sienten hácia una jóven bella y desgraciada ó la admiracion que inspiraba su gran carácter, todo parecia elevarla á una esfera á que no podia él subir; y todo, á la vez que imprimia á su amor mas fuerza y mas intension, le decia al oido que este amor era sin esperanzas para él.

—Cumpliré mi palabra, haré lo que le he prometido, se dijo Nicolás con firmeza. La mision que tengo que cumplir no es ordinaria; quiero cumplir con la mas escrupulosa fidelidad el doble deber que se me ha impuesto. En semejante caso, mis secretos sentimientos deben estar subordinados á otras consideraciones, y sabré sacrificarlos.

Sin embargo, estos sentimientos secretos existian siempre, y Nicolás mismo los alentaba sin saberlo. Su razon (si es que la razon entraba por algo en esto), su razon era que él no podia perjudicar sino á su propio reposo, y que si los guardaba para sí solo por la conciencia del deber, era lo menos que podia hacer para indemnizarse de su heróica abnegacion.

Todos sus pensamientos, con lo que habia visto aquella mañana y la esperanza de su próxima visita, le habian vuelto triste y solitario. Así, pues, Timoteo extrañando este cambio de humor, hubo de sospechar que sin duda habia cometido algun error de números que, como cosa grave en libros de comercio, pesaba sobre su conciencia, y le rogó invocando el honor, se lo confesase francamente, si era así, para hacer la contrapartida ó para raspar, si no era posible otra cosa, antes que exponerse á ver su vida entera envenenada por los remordimientos mas amargos.

Pero por toda respuesta á estas exhortaciones amistosas y á muchas otras instancias en que interviniera Frank deseoso de tranquilizar á Timoteo, Nicolás juraba y perjuraba que en su vida habia estado mas alegre; lo que no le impidió durante todo el dia y especialmente al volver á su casa, recaer en el mismo pensamiento, rumiar siempre las mismas cosas y llegar siempre á las mismas conclusiones.

Cuando un hombre se encuentra en esta disposicion vaga,

incierta, soñadora, es cuando mas rueda sin saber porqué, leyendo en las esquinas con tamaños ojos abiertos, anuncios y carteles de que no comprende una palabra, deteniéndose ante los escaparates de las tiendas y almacenes para mirar cosas que ni siquiera ve.

Esto es lo que hizo que Nicolás se sorprendiera estudiando con el mayor interés un gran cartel fijado á la puerta de un teatruelo que halló en direccion de su casa, y leyendo una lista de actores que prometian amenizar con su presencia un beneficio para aquella misma noche.

Al ver la gravedad con que en esto se ocupaba, se hubiera creido excitada su curiosidad por un catálogo de los ilustres nombres de los hombres y mujeres que ocupaban las páginas mas brillantes del libro del destino, y que él mismo leia con ansiedad el decreto del suyo.

Cuando se apercibió de ello, hubo de reirse él mismo de su abstraccion y gravedad, y se disponia á continuar su camino, cuando al echar la última ojeada á las primeras líneas del cartel, vió anunciado en gruesos caracteres y entre grandes espacios el siguiente aviso al público:

«ÚLTIMA REPRESENTACION, SIN FALENCIA, DE M. VICENTE CRUMMLES, EL CÉLEBRE ARTISTA DE PROVINCIAS.»

—¡Qué cuento! dijo Nicolás volviéndose. ¡Bah! ¡bah! no es posible.

Y no era sino la verdad.

En un aparte se leia el anuncio de la primera representacion de un melodrama nuevo. En otro aparte se anunciaba la sexta representacion de un melodrama antiguo. Otro aparte estaba consagrado á los aplausos del incomparable tragador de sables, jóven africano que habia tenido la bondad de retardar su marcha por una semana mas por continuar haciendo las delicias del público de Londres.

En un cuarto aparte se advertia á los transeuntes que M. Snittle Timberry, restablecido de la grave indisposicion que le habia retenido algun tiempo, se presentaba de nuevo aquel mismo dia. Un quinto aparte decia que todas las noches habia vitores y aplausos, muchas risas y lágrimas. Y

el sexto aseguraba que aquella era definitivamente la última representacion de M. Vicente Crummles, el célebre artista de provincias.

—No puede ser otro que él, dijo Nicolás; no es posible que haya dos Vicentes Crummles en el mundo.

Para asegurarse mejor, se puso á leer de nuevo el cartel, y halló en la primera obra un baron, cuyo hijo Roberto era el papel del Crummles, y su sobrino Spalatro el de un M. Percy Crummles, todos en su última representacion.

Además habia un baile de carácter, intercalado, y un solo bailado al son de las castañetas por la niña fenomenal, última representacion tambien.

No habia ya duda, y Nicolás, seguro esta vez de no engañarse, despues de haber enviado á M. Crummles un pedazo de papel, en que habia escrito su nombre de guerra, *M. Johnson*, fué introducido por un quidam con gran cinturon de hebilla y grandes guantes de cuero, viéndose muy luego en presencia de su antiguo y honorable director.

M. Crummles se alegró sinceramente de ver otra vez á M. Johnson, y para recibirle dejó precipitadamente el espejo en que se componia, llevando una gran ceja pegada sobre el ojo izquierdo y otra en la mano, como igualmente una pantorrilla destinada á una de sus piernas.

Despues de abrazarlo cordialmente, le aseguró que su esposa se tendria por dichosa, si podia decirle adios y estrecharle la mano en despedida.

—Porque habeis de saber, M. Johnson, añadió el célebre artista de provincias, que ha tenido siempre pasion por vos, y esto desde la primera entrevista. Así, la primera vez que comimos juntos, me dijo: hé aquí un jóven que no tiene que inquietarse por su suerte. ¡Oh! Un hombre á quien mi esposa encontraba á su gusto, estaba muy seguro de hacer fortuna. Johnson, ¡qué mujer! ¡qué mujer!

—Le estoy muy reconocido, contestó Nicolás, por su buena opinion y benevolencia respecto de mí. Pero ¿dónde os vais que me hablais de despedida?

—Pues ¿no habeis leido eso en el periódico? dijo Crummles con cierta importancia.

—Nó, á fe.

—Me admirais. Pues se habla de eso en el artículo de *Variedades*. Pero no sé si lo encontraré!... ¡Ah! aquí está, aquí está, por casualidad.

Y M. Crummles, diciendo que sin duda lo habia perdido, sacó del bolsillo de su pantalon, colgado en una percha en confusion con los efectos de otros artistas, un pedazo de periódico del tamaño de una pulgada en cuadro poco mas ó menos, que le dió á leer con cierta complacencia.

Nicolás leyó, pues:

«El hábil M. Vicente Crummles, desde hace mucho tiempo conocido tan favorablemente del público en su cualidad de director de provincias y de actor de un mérito poco comun, está á punto de atravesar el Atlántico para una expedicion dramática. Se nos ha asegurado que M. Crummles parte acompañado de su honorable familia. No conocemos un artista que sea superior á Crummles en la especialidad de sus papeles, ni hombre que por su carácter público ó privado, merezca mas justamente el aprecio de mayor número de amigos. Por lo demás, M. Crummles tiene asegurado el éxito.»

—Ved aun este otro suelto, dijo Crummles entregándole otro papelito mucho mas pequeño. Este es el extracto de la *Correspondencia*

Nicolás leyó en alta voz lo siguiente, suscrito por *Filo-Dramático.*

«M. Crummles, actor y director de escena en los teatros de provincias, tendrá á lo mas unos cuarenta y cuatro años. No es cierto que Crummles sea prusiano, pues es natural de Chelsea.»

—¡Hum! ¡Vaya un parrafito chusco! dijo Nicolás.

—Muy chusco, contestó el interesado rascándose la punta de la nariz y mirando á Nicolás con expresion de grande indiferencia. No puedo adivinar quién haya puesto eso; pero aseguro que no he sido yo.

M. Crummles, mirando siempre á Nicolás, sacudió la cabeza dos ó tres veces con mucha gravedad, dobló los ex-

tractos de los periódicos y los volvió á su bolsillo, declarando que no sabia dónde diablos iban á buscar los periodistas todo lo que decian.

—Pero hé aquí una noticia que me extraña sobre manera, dijo Nicolás. ¡Partir para América! No pensabais en eso cuando estábamos juntos.

—Nó, no pensaba en ello entonces. El hecho es, M. Johnson, que mi esposa... ¡qué mujer, qué mujer tan extraordinaria!

Y Crummles bajó la voz y cuchicheó alguna cosa al oido de Nicolás.

—¡Ah! exclamó éste sonriendo. ¡Sea en hora buena, amigo mio! ¡Que sea para bien!

—Es el sétimo parabien, amigo Johnson, dijo M. Crummles con gravedad cómica. Yo habia creido que el fenómeno cerraria la marcha, pero estamos ya en camino de otro. ¡Oh! es una mujer extraordinaria, M. Johnson, extraordinaria.

—Recibid mis felicitaciones, y quiera Dios que tengais otro fenómeno.

—Casi podria asegurarse que no será una criatura ordinaria y vulgar, ó mucho me equivoco. El talento de los otros tres brilla sobre todo en los combates y en la pantomima séria, y quisiera yo que este sacara disposicion para galan trágico, género que escasea mucho en América. En todo caso se le recibirá tal como sea. Pero bien pudiera sacar talento para la cuerda tirante, y muchos otros talentos, por poco que se parezca á su madre, Johnson, porque mi esposa es un genio universal. En fin, cualquiera que sea su genio, podeis estar seguro de que entre nuestras manos no permanecerá inculto.

Expresándose en estos términos graves y solemnes, M. Crummles se pegaba la otra ceja sobre su ojo derecho, se acomodaba las pantorrillas postizas, y las cubria con un par de medias de pierna entera y de color de carne amarillenta, no muy limpias por la parte de las rodillas, á fuerza de arrastrarlas por el suelo en las plegarias, maldicio-

nes, agonías y otros excesos en boga en el drama patético.

El ex-director de Nicolás no perdió tiempo, acabando su tarea de componerse, para decirle que tenia una buena indemnizacion de viaje, en virtud de una ventajosa contrata que habia cerrado para trabajar en un teatro de América; y que su esposa y él, que no podian tener la esperanza de vivir siempre, porque no es uno inmortal, decía, sino en el sentido figurado de la palabra que asegura una vida eterna en los fastos de la gloria, habian formado el proyecto de fijar allí su última residencia.

Segun le dijo hablándole con toda la intimidad de amigo, tenian la esperanza de comprar allí alguna propiedad que pudiera asegurarles la subsistencia en la vejez y el consuelo de morir luego entre sus hijos.

Nicolás aprobó sinceramente tan juiciosa resolucion, y la conversacion giró luego sobre otros asuntos, viniendo á hablar de sus amigos comunes, cuya suerte podia interesar mas á Nicolás; la Snevellicci, por ejemplo, habia hecho un buen casamiento con un jóven candelero, proveedor del teatro. En cuanto á M. Lillywich, el pobre hombre no hacia todo lo que queria bajo el cetro tiránico de la Enriqueta, que habia fundado en su casa un imperio absoluto.

Nicolás correspondió á estas confidencias de M. Crummles, declarándole su verdadero nombre, su posicion y esperanzas, y diciéndole lo que podia decir sobre las circunstancias que precedieron á sus primeras relaciones.

Despues de haberle felicitado cordialmente por los felices cambios sobrevenidos en su fortuna, Crummles le hizo saber que el dia siguiente por la mañana partia con su familia para Liverpool, donde encontraria listo para hacerse á la vela, el buque que habia de arrancarlos á las costas de Inglaterra; y le previno que si queria despedirse de su esposa, era menester que aceptara la invitacion que desde luego le hacia para la cena de despedida que aquella misma noche se daba en honor de la familia en una taberna inmediata. M. Snittle Timberry debia presidir la mesa. Los honores de la vicepresidencia eran devueltos al tragador de sables africano.

Entretanto fueron acudiendo actores poco á poco, entre ellos cuatro combatientes que acababan de matarse en la obra que se representaba, y la atmósfera se hacía sofocante. Nicolás aceptó la invitacion, y prometiendo volver despues oportunamente, se apresuró á salir, pues preferia el aire fresco y puro de una noche de verano, al que allí se respiraba, compuesto de gas y de humo de pólvora que infestaba el escenario resplandeciente de candilejas.

Aprovechó este intervalo para ir á comprar una tabaquera de plata, sintiendo no poder comprarla de oro, objeto que destinaba como un recuerdo, á su antiguo director; añadió á este obsequio un par de pendientes para la señora Crummles, un collar para la niña fenomenal y un alfiler reluciente para cada uno de los hijos.

Despues dió un paseo para hacer tiempo y volvió al teatro, hallando ya las luces apagadas, la sala vacía, el telon levantado y á M. Crummles paseando á lo largo de la escena esperando su vuelta.

—Timberry no puede tardar ya mucho, dijo Crummles; ha tenido que trabajar esta noche hasta el final, y hace en la última obra el papel de un negro fiel: por eso tarda un poco mas en lavarse el tizne.

—En verdad, si ha de tiznarse tanto, hace un papel bastante desagradable, contestó Nicolás.

—De ninguna manera; eso se va fácilmente con agua clara, y no hay que tiznarse ahora mas que la cara y el cuello. En otro tiempo ¡ah! en otro tiempo teníamos en la compañía un primer trágico que no hacia jamás el Otelo sin tiznarse todo de piés á cabeza. Esto es lo que yo llamo desempeñar un papel á conciencia y con el sentimiento de la cosa; pero esto no se ve todos los dias por desgracia.

En efecto, M. Snittle Timberry hizo su entrada del brazo con el tragador africano. Crummles presentó á Nicolás en toda regla. Timberry levantó su sombrero medio pié diciendo, al mismo tiempo, que tenia la mayor satisfaccion en hacer este conocimiento. El tragador dijo otro tanto, y africano y todo como era, vino á hacer creer á Nicolás por su

cara y su pronunciacion que se parecia mucho á un irlandés.

—He leido en el cartel que acabais de salir de una enfermedad, M. Timberry, le dijo Nicolás; desearia que no os fatigarais esta noche de manera que os halleis mal.

Timberry contestó moviendo la cabeza con aire sombrío, se palpó el pecho de un modo muy significativo y envolviéndose en su capa:

—No importa, dijo; vamos allá.

Es una cosa notable que en escena y precisamente en los momentos en que los personajes se hallan en una de esas situaciones desesperadas que les reducen á un estado de extremada debilidad y agotamiento, no dejan nunca de ejecutar ciertos esfuerzos que suponen gran presencia de ánimo y no poco vigor de músculos.

Ved sino un príncipe ó un capitan de bandoleros herido: ha perdido toda su sangre y se encuentra por consiguiente tan debilitado que no puede moverse. Pero se oyen los dulces sones de la música, y entonces se le ve aproximarse á cuatro piés á alguna quinta ó cabaña para pedir socorro; hace en todo el camino tales prodigios de saltos y contorsiones, alza las piernas con tanta elasticidad, cae y se levanta y vuelve á caer tantas veces que se necesita un hércules muy ejercitado en hacer de su cuerpo lo que quiera, para desempeñar bien este papel de moribundo.

Pues bien, M. Snittle Timberry estaba tan ejercitado en estas difíciles pruebas, que en todo el camino desde el teatro á la taberna, donde estaba servida la cena, hubo de darse á una série de esfuerzos gimnásticos, que hacian la admiracion de todo el mundo, para probar mejor sin duda la gravedad de su reciente indisposicion y los desastrosos efectos que habia producido en su sistema nervioso.

—¡Cielos! exclamó la trágica Crummles, cuando le fué presentado el galan Johnson. ¡Qué sorpresa tan agradable! hé aquí una dicha que yo no esperaba.

—Ni yo tampoco, contestó Nicolás; una feliz casualidad me ha proporcionado la ocasion de veros, cuando menos esperaba este verdadero placer.

—Hé aquí, M. Johnson, una amiguita vuestra, repuso la trágica presentándole la niña fenomenal, vestida de gasa azul con inmensos volantes y pantalon de la misma tela. Y ved á vuestros amigos, añadió presentándole sucesivamente sus hijos. A propósito, Johnson, ¿cómo está vuestro fiel Digby?

—¡Digby! exclamó Nicolás olvidando un momento el seudónimo de Smike. ¡Ah! sí; muy bien. ¿Qué he dicho yo? Está muy léjos, señora, de hallarse bien.

—¡Cómo así! dijo la trágica retrocediendo dos pasos como en escena.

—Temeria, contestó Nicolás sonriendo tristemente, temeria que M. Crummles se prendara ahora mas que la primera vez que le vió de sus aptitudes físicas para boticario famélico.

—¿Qué quereis decir? preguntó la Crummles en el tono que le valia mas aplausos en el teatro. ¿De dónde viene ese aire triste?

—Quiero decir, señora, que tengo un enemigo infame que se ha propuesto herirme en la persona de mi pobre amigo, y que con ese mal propósito le persigue y le causa tantas inquietudes y terrores que... Pero dispensad, señora, añadió conteniéndose: son cosas de que no debo hablar, de que no hablo nunca, sino con los que están enterados de mi vida íntima.

Nicolás terminó sus excusas con un saludo á la niña fenomenal y cambió de asunto, reconviniéndose á sí mismo por su impetuosidad y preguntándose qué debia pensar la misma Crummles de una explosion de sentimientos tan extemporánea.

A decir verdad, si la trágica pensó en ello, no hubo de pensar mucho, porque á vista de la cena ya servida, dió la mano á Nicolás y fué á colocarse con paso majestuoso á la izquierda de M. Timberry.

Nicolás tuvo el honor de sentarse cerca de ella al otro lado, y M. Crummles á la derecha del presidente. Al rededor del vicepresidente se colocaron el fenómeno y sus hermanos.

Los convidados ascendian al número de veinticinco ó treinta, todos artistas dramáticos, unos ajustados y otros no, pero todos íntimos de M. Crummles y de su esposa. Los hombres y las mujeres estaban casi equilibrados en número. Como los primeros eran los que hacian el gasto, cada uno de ellos habia tenido el privilegio de llevar consigo á alguna de las segundas.

Era en suma una reunion muy distinguida, porque independientemente de los planetas secundarios que vinieron en esta ocasion á colocarse al rededor del sol dramático, M. Timberry, habia tambien un hombre de letras, que habia *dramatizado* en sus tiempos doscientas cuarenta y siete novelas apenas publicadas y aun en prensa algunas, lo que le daba el derecho de llamarse y aun de ser un hombre de letras.

Este literato estaba á la derecha de Nicolás, y le fué presentado desde el extremo de la mesa por su amigo el traga-sables africano, quien hubo de aprovechar la ocasion para hacer un pomposo elogio de su gran reputacion literaria.

—Tengo mucho gusto, dijo Nicolás cortésmente, en conocer á una persona tan distinguida en la república de las letras.

—Caballero, contestó el personaje, seais bien venido entre nosotros. El honor es mutuo, como tengo costumbre de decir del autor y de mí cuando dramatizo su novela. ¿Habeis oido alguna vez definir la gloria?

—Muchas veces, contestó Nicolás sonriendo. Y vos ¿cómo la definís?

—Cuando yo pongo un libro en drama, la gloria... es para su autor.

—¿Así es como la entendeis?

—Sí, señor; esa es la gloria.

—En ese concepto, dijo Nicolás, el arzobispo Turpin, Américo Vespucio y todos los plagiarios podrian jactarse de haber creado las celebridades que ellos robaron con tanta impudencia.

—Yo, contestó el hombre de letras, no conozco á esos caballeros.

—Verdad es que vos teneis el ejemplo de Shakspeare, que puso en escena historias ya publicadas.

—¿Quereis hablar de ese querido William, caballero? Es verdad, William hizo lo que nosotros; ciertamente, y no lo hacia mal, si os parece.

—Me habeis interrumpido, replicó Nicolás, cuando iba á decir que Shakspeare sacó el asunto de sus obras de cuentos y leyendas antiguas que habian caido en el dominio público; pero que á mi parecer, hay actualmente en vuestra profesion, muchos señores que no se molestan en ir tan léjos.

—Teneis razon, caballero, dijo interrumpiéndole el dramaturgo, repantigado en su silla y manejando el limpia-dientes. La inteligencia humana, caballero, ha progresado desde su tiempo, progresa aun y seguirá progresando.

—Cuando decia que no han ido tan léjos, continuó diciendo Nicolás, no lo entendia de ninguna manera como vos. Si Shakspeare hizo entrar en el mágico círculo de su genio universal las tradiciones que se enlazaban especialmente á su objeto; si de las mas comunes materias, hizo radiantes astros, capaces de derramar por el mundo por espacio de siglos una luz resplandeciente, vosotros os encerrais en el círculo mágico tambien de vuestros necios asuntos que repugnan á la esencia misma del teatro, y lo empequeñeceis todo, como todo se engrandecia bajo sus manos. Vosotros tomais, por ejemplo, los libros aun incompletos, de autores que aun viven, se los arrancais de las manos aun húmedos de la prensa, para proporcionarlos, destrozándolos, á las aptitudes de vuestros actores y á la capacidad de vuestros teatros; coseis á la obra original el desenlace que aun le faltaba; hilvanais con precipitacion cruel ideas que el autor de la obra medita todavía en el trabajo de sus dias y en las fatigas de sus noches sin sueño. Vosotros os apoderais de los incidentes que él inventa, del diálogo que elabora, de las últimas palabras que ha trazado su pluma, no

hace mas de quince dias, y os servis de ellas para adivinar lo demás, para anticiparos á la marcha de su plan..... todo esto sin su permiso y aun contra su voluntad. Y despues, para que no falte nada, poneis vuestro nombre de autor, sin olvidar, para recomendar mas vuestra obra, la larga enumeracion de otros cien ultrajes, cometidos ya contra la propiedad literaria. Yo quisiera que se me hiciera ver la diferencia que puede haber entre un hurto de este género, y el de un ratero que en medio de la calle me saca hábilmente el pañuelo del bolsillo. No veo mas que una, y es que la legislacion de nuestro país se interesa por mi pañuelo, y deja á nuestro cuidado el derecho de defender nuestro pensamiento contra los rateros literarios.

—Es preciso vivir, caballero, dijo el hombre de letras; es preciso vivir.

Nicolás continuó:

—Habeis de concederme, señor mio, que si la razon es buena para vosotros, no ha de ser invocada con menos fuerza por el autor á quien despojais. Pero si poneis la cuestion en ese terreno, si el *es menester vivir* es vuestra defensa, entonces solo tengo que deciros una cosa. Si yo fuera autor y vos arreglador ó desarreglador dramático, por alterada que estuviera vuestra sed ordinaria, preferiria daros de beber á discrecion por espacio de seis meses en la taberna, á compartir con vos un nicho en el templo de la gloria durante seiscientas generaciones, aunque os contentarais con el rincon mas humilde de mi pedestal.

Por el giro que tomaba la conversacion, habia que temer que se agriaran mas los ánimos; pero felizmente intervino la Crummles y pudo impedir que degenerara en un lance desagradable.

Al efecto, hubo de dirigir algunas preguntas al hombre de letras sobre el plan de la media docena de piezas nuevas que habia compuesto para presentar en escena al traga-sables africano en la multiplicidad de sus incomparables ejercicios, comprometiéndole así á una animada conversacion con ella, cuyo interés disipó muy luego todos los vapores de sus últimas discusiones con Nicolás.

Cuando las piezas de resistencia hubieron desaparecido sucesivamente de la mesa; cuando en su lugar el ponche, el vino y los licores pasaron de mano en mano, los convidados que se habian reunido hasta entonces para la conversacion en pequeños grupos de tres ó cuatro, recayeron poco á poco en un profundo silencio, mirando muchos de ellos hácia M. Snittle Timberry.

Algunos, mas atrevidos que los otros, hacian sonar sus vasos con los nudillos y no temian expresar en alta voz su impaciencia, despertando el celo del presidente con excitaciones como estas:

—¡Vamos, Timberry! ¡Que os dormis, señor presidente! Nuestros vasos están llenos y solo esperamos un brindis.

A estas observaciones, M. Timberry no se dignó dar otra contestacion que golpear blandamente su pecho como para facilitar su respiracion embarazada, sin olvidar otras muestras aparentes de la indisposicion que habia tenido y queria hacer creer que aun le molestaba, porque en el teatro como en todas partes conviene reservar la persona.

Entretanto, M. Crummles, que sabia mejor que nadie que él habia de ser el objeto del primer brindis, permanecia graciosamente sentado con el brazo extendido sobre el respaldo de su silla, y levantando de vez en cuando su vaso, bebia un sorbo de *punch* con el mismo aire con que solia beber muy grandes tragos de nada en los cubiletes de carton de los suntuosos banquetes representados en escena.

Por fin, M. Snittle Timberry se levantó en la clásica actitud de los oradores, con una mano en la sisa del chaleco y otra en la tabaquera de un inmediato, y viéndose acogido anticipadamente con el mayor entusiasmo, propuso un brindis con acompañamiento de títulos gloriosos á la salud de su amigo y compañero, M. Vicente Crummles.

Despues endilgó un discurso bastante largo, cuyo carácter principal fué extender su mano derecha á un lado, su mano izquierda á otro, y pronunciar de vez en cuando los nombres de Crummles y de su esposa, estrechándoles las manos con efusion artística.

Hecho esto, habló á su vez M. Vicente para dar las debidas gracias á unas personas tan amables, ilustres é ilustradas.

En seguida, el traga-sables africano, que irlandés pareciera á Nicolás, brindó á la salud de la trágica Crummles en los términos mas patéticos.

Oyéronse entonces grandes suspiros y sollozos, escapados de los tiernos pechos de las damas, y en particular del pecho de la trágica, lo que no impidió á esta heróica mujer contestar con su discurso de gracias, y tal habló, que ni antes ni despues superó ni aun se igualó al suyo ningun discurso de este género.

M. Snittle Timberry no pudo tampoco resistir al deseo de echar un segundo brindis dedicado á los hijos de los señores Crummles, que no pudieron contestar sino por órgano de su padre.

El padre no se hizo de rogar para regalar los oidos del público con este otro discurso suplementario, en que hubo de cantar las virtudes de sus hijos, sus excelentes méritos, deseando hijos tales á todos los señores y señoras allí presentes que le agradecieron en silencio la optacion.

A esta especie de sesion parlamentaria, sucedió un entreacto ó pausa de reposo, alegrado por distracciones musicales y otros pasatiempos previstos.

Muy luego se volvió á las andadas, como se dice vulgarmente, y M. Crummles propuso un brindis á la salud de aquel artista eminente, honor y ornamento de su profesion, M. Snittle Timberry. Un poco mas tarde propuso otro brindis á la salud de aquel otro artista, igualmente honor y ornamento de su profesion, el tragador africano, al que daba con su permiso el titulo de querido amigo; y en efecto, el tragador concedió con un gracioso gesto este permiso, que no tenia ninguna razon particular para negarle.

Tocaba ahora el turno al hombre de letras de ver brindar á todo el mundo á su salud; pero fué menester renunciar á ello, cuando se descubrió que habia él ya brindado muchas veces y que roncaba tumbado en las escaleras. En-

tonces aprovecharon las damas el honor que se le habia reservado.

En fin, despues de una prolongada sesion, M. Snittle Timberry levantó el sitio y la concurrencia se dispersó en medio de abrazos y optaciones de despedida.

Nicolás quedó el último para distribuir los modestos recuerdos que habia comprado. Despues de haber dado la vuelta á la familia, cuando llegó á M. Crummles, no pudo menos de notar la diferencia de su separacion presente, tan natural y sencilla, y la despedida teatral que su director le hiciera en Portsmouth. Sus grandes aires dramáticos habian desaparecido, y cuando le dió la mano, lo hizo con una tristeza tan sentida, que si hubiera podido guardar la receta para las escenas patéticas de este género, hubiera podido llegar á ser el mejor actor de su tiempo en las comedias de costumbres; y cuando Nicolás se la estrechó con todo el calor sincero y cordial que sentia, Vicente Crummles se conmovió hasta enternecerse.

—¡Qué buen tiempo, dijo el pobre hombre, y qué buena vida hemos pasado juntos en nuestro teatro de Portsmouth! Nunca tuvimos nosotros una palabra mas alta que otra, siempre tan amigos los dos. Estoy seguro que mañana tendré un gran placer en pensar que os he visto esta noche; pero creedme, amigo mio, casi quisiera que no nos hubiéramos visto.

Nicolás se preparaba á levantar el abatimiento de esta despedida con alguna réplica de buen humor, cuando fué completamente desconcertado por la aparicion repentina de la Grudden, que á lo que parece habia rehusado tomar parte en la cena á fin de poderse levantar mas temprano el dia siguiente, y que salia ahora de un dormitorio inmediato con un traje blanco bastante extraordinario.

Nicolás reconoció perfectamente que aquel traje no era una bata, cuando ella le echó los brazos al cuello y le apretó hasta sofocarlo.

—¡Cómo! dijo Nicolás, sometiéndose de tan buena voluntad á aquellas muestras de afecto como si las recibiera

de la jóven mas bella del mundo, ¿es que partís vos tambien, señora Grudden?

—¡Oh Dios mio! contestó la buena mujer. Y ¿qué quereis, M. Johnson, qué hicieran sin mí?

Nicolás sufrió otro segundo abrazo de mejor gana aun que el primero, si era posible, se desasió luego de sus brazos, y desde léjos agitó su sombrero, tan alegremente como si no se hubiera conmovido profundamente, haciendo á la familia Crummles las últimas manifestaciones de cariño en despedida.

CAPÍTULO XVII.

Continuacion de los hechos de la familia Nickleby y conclusion de los amores del vecino de calzon corto.

Mientras que Nicolás, abismado completamente en el gran interés de sus últimas aventuras, no tenia otra ocupacion en sus horas de ocio que pensar en Magdalena Bray; mientras que evacuando encargos que le confiaba el hermano Cárlos en su tierna solicitud por ella, le hacia frecuentes visitas, de las cuales la última era siempre la mas peligrosa para su tranquilidad y daba un nuevo golpe á su heróica resolucion, la viuda Nickleby y Catalina continuaban viviendo en una apacible soledad, sin otra turbacion ni cuidados que las fatigosas tentativas renovadas por M. Snawley para llevarse á su supuesto hijo.

Pero nos engañamos; tenian otro motivo de alarma, y era la salud de Smike, que desde hacia algun tiempo iba tomando un carácter gravemente sospechoso, y con frecuencia hablaban de esto con Nicolás, porque el pobre muchacho era querido de toda la familia.

Y no era que él hubiera turbado la alegría de la casa con la mas mínima queja; Smike no pensaba mas que en una cosa, á saber: en multiplicarles los pequeños servicios que

podia prestarles, en ofrecerles á lo menos en cambio de sus bondades un semblante alegre y satisfecho, en ocultar á sus ojos las señales que hubieran podido darles á conocer algun sombrío presentimiento.

Pero por mas que hacia, ellas veian que sus ojos brillaban con un esplendor febril en aquellas huecas órbitas en que estaban hundidos; que sus mejillas se coloreaban con un carmin vivo y circunscrito; que su respiracion era fatigosa; que toda su constitucion se debilitaba mas y mas cada dia.

Hay que confesar que es un mal terrible el que parece que se complace en preparar así su víctima, madurándola para la muerte; el que todos los dias parece refinar las exterioridades groseras de su presa; el que escribe diariamente en su fisonomía, para los ojos familiares que saben leer en ella, los signos infalibles de su próxima metamórfosis; mal terrible, en efecto, en que la lucha entre el alma y el cuerpo es tan lenta, tan tranquila, tan solemne, y sin embargo de un progreso tan seguro, que dia por dia, átomo por átomo, la parte mortal se consume y desaparece, mientras que el espíritu mas vivo y ligero, á medida que se desprende de su carga y siente venir la inmortalidad, parece mirar su trasformacion solo como una etapa de la vida mortal. Mal extraño en que la vida y la muerte están tan estrechamente unidas que parece que la muerte toma de la vida sus colores frescos y vivos, y que la vida toma de la muerte sus formas secas y descarnadas. Mal rebelde, incurable, inexorable, así para el rico como para el pobre; que ora avanza á paso de gigante, ora marcha lánguida y pesadamente, pero que lenta ó precipitada, está seguro siempre de llegar á su término.

Aunque Nicolás se resistiera á creerlo, no habia podido menos de pensar algunas veces en este horrible mal, y por eso habia hecho reconocer á Smike por uno de los primeros médicos de Londres.

El doctor declaró que no veia aun motivo de alarma, y que los síntomas actuales no eran tan claros que pudieran

fundar un pronóstico decisivo; que ciertamente su constitucion habia sufrido desde edad temprana un choque muy violento, pero que sin embargo, no podia asegurarse nada por entonces. El doctor no decia mas que esto.

En resumidas cuentas, Smike no tenia apariencias de empeorar, y como no era difícil hallar en los tormentos y agitaciones de estas últimas pruebas, razones suficientes para explicar los síntomas de su mal, Nicolás quiso abrigar la esperanza de ver muy luego á su pobre amigo recobrar la salud.

Hacia participar de su misma esperanza á su madre y á su hermana, y como el objeto de su comun solicitud no aparentaba por su parte sentir ningun sufrimiento, sino que al contrario todos los dias contestaba con la sonrisa en los labios que estaba mejor que la víspera, sus temores se disiparon, y la alegría general volvió por grados á reanimar la casa.

Mas tarde, en los años que siguieron, hubo de repasar muchas veces Nicolás en su memoria este período de su vida, y representarse estas escenas domésticas de un reposo humilde y tranquilo que le recordaba su primera juventud; muchas veces al crepúsculo de una noche de verano, ó al amor de la lumbre en el invierno, sus pensamientos melancólicos retrocedian á aquellos tiempos pasados y se detenian, con una tristeza que no carecia de encantos, en los mas pequeños recuerdos, cuyos detalles se agolpaban á su memoria. Ya era el pequeño aposento en que tantas veces habian permanecido sentados á la caida de la tarde, haciendo juntos mil proyectos de felicidad; ya era la voz juguetona y jovial de Catalina, que echaban tanto de menos cuando habia salido por casualidad, y cuyo regreso esperaban tristemente, solo rompiendo el silencio para expresar su disgusto por su ausencia; ó bien era la solicitud con que el pobre Smike saltaba del oscuro rincon en que estaba ordinariamente para ir á recibirla á su llegada; ó bien eran las lágrimas que con frecuencia veian bañar sus mejillas, sin poder darse cuenta de esta mezcla de alegría y de tristeza.

No habia en la historia de aquellos tranquilôs dias un incidente tan pequeño, una palabra tan frívola, una mirada tan fugaz, desapercibida entonces, que no se presentara vivamente á su memoria, cuandò el tiempo hubo endulzado mas tarde sus sinsabores y penas. Sus recuerdos florecian entonces de nuevo sin haber sido agostados por el polvo desecante de los años, muy al contrario, verdes, vigorosos y jóvenes como el retoño de la víspera.

Pero estos recuerdos no se limitaban á esto, y no debemos olvidar muchas otras personas que se mezclaban en ellos; lo que nos lleva naturalmente á los detalles de nuestra comenzada historia.

Sigamos, pues, su paso acostumbrado, prometiendo á los lectores contenerla en el curso regular de su legítimo desarrollo.

Si los hermanos Cheeryble mostraban todos los dias á Nicolás con alguna nueva prueba de su benevolencia que le hallaban cada vez mas digno de su estimacion y confianza, no se descuidaban tampoco en obsequiar á los que le pertenecian. La viuda Nickleby recibió muchos regalos, adecuados siempre á sus necesidades, que no contribuyeron poco al embellecimiento de la casa, y Catalina no les debia menos atenciones.

En cuanto á su sociedad, los hermanos Cheeryble iban todos los domingos á saludarlas y algun dia tambien entre semana, y Tim Linkinwater hacia de la casa su objeto de paseo y su lugar de reposo todas las tardes.

Hay que notar que Timoteo no habia querido hacer en toda su vida mas de media docena de conocimientos, y que no habia estimado á nadie como á sus nuevos amigos.

Y en fin, tres veces á lo menos por semana, no sabemos cómo, pero siempre habia algun extraño concurso de circunstancias, que hacia que el jóven Frank para uno ú otro negocio pasara por delante de la puerta, y naturalmente entraba por cortesía.

—Es el jóven mas atento que he visto en mi vida, Catalina, dijo la viuda á su hija una tarde que acababa de hacer

el mas detallado elogio de él, mientras que Catalina guardaba un profundo silencio.

—¿Atento? contestó Catalina.

—¡Dios mio! exclamó la viuda con su viveza ordinaria, pero ¿qué te pasa, Catalina, que al instante te pones colorada?

—Como siempre os figurais cosas extrañas!

—Catalina, yo no me figuro nada extraño, que estoy segura siempre de lo que digo; pero ya ha pasado y por consiguiente poco importa que fuera eso ó nó. Pero ya se me ha olvidado lo que estábamos hablando... ¿De qué hablábamos, Catalina?... ¡Ah! si, de Frank. Pues sí, hija, yo no he visto mas atenciones por nadie.

—Vamos, quereis chancearos, madre, replicó Catalina que se ruborizó de manera que no podia negarlo esta vez. No hablais sériamente.

—¡Que no hablo sériamente! Y ¿por qué, vamos á ver, por qué no habria de hablar sériamente? Nó, no me chanceo, y puedo decir que las atenciones que me tiene son cosas que me llenan de satisfaccion. No se encuentran todos los dias esas formas entre los jóvenes de hoy, y así cuando se encuentran se siente una mas satisfecha.

—Pero ¿atenciones á vos? ¡Ah! si, ciertamente; no os habia comprendido.

—Mi querida Catalina, dijo la viuda, ¡qué extraña eres! Pues ¿de quién creias que yo hablaba? ¿Qué me importaria á mí que tuviera atenciones á otras? Pero estoy disgustada por saber que ama á una jóven alemana.

—Él mismo ha dicho positivamente lo contrario. ¿No os acordais de que desmintió esta broma la misma noche que vino á visitarnos por la primera vez? Por otra parte, añadió Catalina variando de tono, ¿por qué nos hemos de disgustar por eso? ¿Qué nos importa á nosotros?

—¿A *nosotros*? Es muy posible que á *nosotros* no nos importe nada; pero á *mí*, yo te aseguro que me importa algo. Yo deseo que un inglés sea inglés hasta el fin, y no medio inglés y medio... no sé qué. La primera vez que venga he

de decirle francamente que quisiera que se casara con una inglesa como él. Ya veremos lo que contesta á esto.

—Os ruego, madre, dijo Catalina con afan, que no le digais nada de eso por Dios. ¿No veis que podria creer...

—¿Qué habia de creer? contestó la viuda abriendo los ojos con extrañeza.

Antes que Catalina hubiera tenido tiempo de añadir otra palabra, un golpecito dado en la puerta, golpe muy conocido de la familia, anunció la visita de miss Creevy, que muy luego se presentó en persona.

Su vista hizo olvidar á pesar suyo á la viuda los *razonamientos* que preparaba para confundir á su hija, induciéndola á una multitud de suposiciones sobre el carruaje que hubiera llevado á la Creevy, y sobre si el conductor del carruaje debia ser el hombre en mangas de camisa, ó el hombre del tafetan negro en el ojo. Cualquiera que fuera, debia haberse encontrado la sombrilla que ella habia olvidado en el ómnibus la semana anterior. Acaso se hubieran detenido mucho tiempo viniendo á la casa de mitad del camino; acaso, al contrario, estando completos, no se hubieran detenido nada haciendo el viaje de una vez. De todos modos debian haberse encontrado á Nicolás en el camino. Ved cuántas cosas discurrió la viuda.

—No le he visto, señora, contestó la Creevy haciéndose cargo de la última pregunta; no me he encontrado mas que al bueno de M. Linkinwater.

—Apuesto que daba su paseo de todas las tardes y que venia á descansar á casa antes de volver á la *city*, dijo la viuda.

—Lo creo así, contestó la Creevy, tanto mas cuanto que estaba con M. Frank Cheeryble.

—No es esa una razon para creer que viniera aquí, objetó Catalina.

—Perdonad, mi querida Catalina; M. Frank Cheeryble no es un gran andador para su edad, y observo que generalmente se cansa y siente naturalmente la necesidad de descansar, cuando pasa por aquí... Pero ¿dónde está mi

buen amigo? preguntó mirando en derredor despues de haber echado á Catalina una mirada maligna. Supongo que no se habrá escapado otra vez.

—¡Ah! ¿Hablais de Smike? Hace un momento estaba aquí, contestó la viuda.

Despues de averiguaciones, vino á saberse con gran extrañeza de la buena señora que Smike acababa de subir á acostarse.

—¡Es posible! dijo la viuda. ¡Qué criatura tan rara! El martes pasado... ¿Fué el martes?... Sí, ¿te acuerdas, Catalina? La última vez que vino Frank. El martes pasado hizo otro tanto, en cuanto oyó llamar á la puerta. No puede ser por repugnancia de trato, pues él estima á todos los amigos de Nicolás y sabe que Frank es de este número. Pero lo mas extraño es que no se acuesta; nó, no se retira para descansar. Sé muy bien que no se acuesta, porque mi dormitorio está en frente del suyo, y el martes pasado, cuando subí muchas horas despues que él, no ví sus zapatos en la puerta, y sin embargo no tenia luz: preciso que estuviera enojado en la oscuridad. Cuando pienso en esto, lo encuentro muy extraordinario; ¡oh! sí, muy extraordinario.

No encontrando eco en su auditorio, que guardaba un profundo silencio, bien por no saber qué decir, bien por no interrumpirla, la viuda, segun su costumbre, siguió el hilo de su discurso.

—Creo, añadió, que á pesar de esta conducta inexplicable, no se meterá en cama para pasar así toda su vida, como la *mujer alterada de Tutbury*, ó como el *aparecido de Cock-Lane*, y otros seres no menos fantásticos. Entre paréntesis, uno de los dos tenia con nosotros algunas relaciones de familia. He de ver en algunas cartas antiguas que tengo allá arriba, si era mi abuelo quien fué condiscípulo del aparecido de Cock-Lane, ó mi abuela quien estuvo en el colegio con la mujer alterada de Tutbury. ¿Conoceis estas historias, miss Creevy?

—Me parece que sí.

—¿Quién de los dos personajes no hacia caso de lo que

le decia el cura? ¿Era el aparecido de Cock-Lane, ó la mujer alterada de Tutbury?

—Me parece que era el aparecido de Cock-Lane.

—Pues bien, ahora no tengo ninguna duda, repuso la viuda: él fué el condiscípulo de mi abuelo, pues recuerdo que el maestro de escuela era un disidente, y esto explicaria en gran parte la conducta inconveniente del aparecido de Cock-Lane con el ministro cuando llegó á ser grande. ¡Dios mio! ¡elevar á un aparecido! Pues como iba diciendo, hija mia.....

¿Dónde diablos la hubieran llevado sus reflexiones sobre este tema sin objeto ni fin, si por fortuna la llegada de Timoteo y Frank no hubiera interrumpido su disparatado discurso? Pero la buena señora puso tanta solicitud en recibirlos, que hubo de perder de vista todo otro interés.

—¡Cuánto siento que Nicolás no esté en casa! dijo la viuda. Catalina, hija mia, tienes que multiplicarte, haciendo las veces de dos, cumpliendo por Nicolás y por ti misma.

—Catalina no tiene, á mi parecer, necesidad de ser otra cosa sino ella misma, contestó Frank. Por mi parte, si quereis permitírmelo, me opongo absolutamente á que cambie en lo mas mínimo.

—En todo caso toca á ella reteneros, replicó la viuda. M. Linkinwater habla de irse dentro de diez minutos, pero yo no quiero dejaros partir tan pronto. Nicolás lo sentiria mucho. Pero Catalina.....

La viuda acabó la frase con una multitud de señas casi imperceptibles que su hija interpretó como otras tantas invitaciones á instar para que prolongasen los caballeros su visita; y Catalina, como niña bien criada, obedeció con mucho gusto á su madre.

Sin embargo, es de notar que solamente á Tim Linkinwater dirigia sus ruegos, y sus maneras revelában cierto embarazo que, léjos de amenguar, aumentaba sus gracias ruborizando sus mejillas y que no podia escapar á los ojos de su madre.

Por fortuna el espíritu de la buena señora no la llevaba á

la reflexion sino en las ocasiones desgraciadas en que podia reflexionar á voces, por decirlo así.

Así, pues, hubo de atribuir aquel rubor y embarazo al disgusto de que no la encontraran con un traje mas elegante, «aunque, á decir verdad, nunca la he visto tan bien como esta tarde.»

Bien convencida de haber encontrado la verdadera causa de la turbacion de su hija, y felicitándose otra vez mas de la feliz intuicion que siempre la iluminaba sin engañarla nunca, no pensó ya mas que en aplaudirse á sí misma interiormente.

Nicolás no parecia y Smike no se presentaba, y ¡cosa extraña! la pequeña reunion no dejó de estar por eso del mejor humor del mundo. Entre la Creevy y Timoteo hubo un cambio de requiebros y arrumacos que amenizaron la sesion; el viejo cajero dió mil bromas á la Creevy, y poco á poco vino á parar en galante por no decir enamorado y tierno.

Miss Creevy por su parte no se descuidaba. ¡Qué jovialidad! ¡qué ardor! La muy traviesa llegó hasta á reñir á Timoteo por haber permanecido soltero toda su vida, y aun hubo de convertirlo, pues Timoteo vino á declarar que si encontrara alguna mujer que le conviniera, aun podria cambiar de opinion y casarse.

La Creevy le dijo entonces, que ella conocia una dama, que seguramente le convendria, dama que entre otras recomendaciones, tenia una bonita fortuna.

Pero Timoteo se mostró poco sensible á esta última seduccion. Timoteo era un hombre de corazon y no buscaba fortuna, sino mérito personal y un carácter alegre en la que hubiera de ser su mujer: con tales cualidades, siempre tendrian dinero bastante para subvenir á las necesidades de una modesta casa.

Miss Creevy no tuvo nada que oponer á tan buenos sentimientos, antes al contrario, así ella como la viuda no encontraron bastantes elogios para aplaudirlos y celebrarlos, y Timoteo con este aliento se lanzó á rienda suelta á un

gran número de declaraciones, que hacian igualmente honor á su desinterés y delicadeza respecto del bello sexo. Juzgad si se engrandeceria aun mas á los ojos de las damas.

Toda esta escena fué ejecutada con una mezcla de sério y de jocoso, que dió lugar á francas y expansivas carcajadas, haciéndoles pasar un rato delicioso.

Ordinariamente era Catalina el alma de la conversacion en su casa; pero esta vez estaba mas reservada que de costumbre. Acaso fuera porque la Creevy y Timoteo habian tomado el dado y no lo querian soltar. Ella estaba, aparte de los interlocutores, sentada á la ventana, mirando como las sombras de la noche iban velando el cielo y gozando al mismo tiempo de las tranquilas bellezas de aquella hora misteriosa; dulce espectáculo que aparentemente no tenia menos atractivo para Frank, porque empezó por mirar tambien al cielo y acabó por tomar una silla y sentarse cerca de Catalina.

En esta disposicion, todo el mundo sabe que hay muchas cosas que decirse en una tarde de estío y que no se dicen sino en voz baja para conformarse mejor con el reposo tranquilo de estas horas serenas.

¿No es este tambien el momento en que el diálogo se interrumpe por largas pausas? Despues se reanima con una ó dos palabras dichas con expresion. Viene luego un intervalo de silencio completo, porque se desvia la cabeza, se baja la vista á tierra... Y aun hay otros hábitos que no valen la pena de mencionarse. Por ejemplo, no se desea que se enciendan las luces, se confunden las horas con los minutos... influencias todas naturales é irresistibles de ese tiempo del dia que se llama crepúsculo vespertino, como podrian confirmarlo tantos bellos libros que nos prestarian su testimonio, caso necesario.

Y hé aquí porqué la viuda Nickleby no tuvo razon, cuando al traer las luces, se mostró sorprendida de que los ojos brillantes de Catalina no pudieran resistir su esplendor, de modo que tuvo necesidad de desviar la cabeza al principio, y salir al fin para dar una vuelta.

No tiene esto nada de particular. Cuando una jóven ha estado mucho tiempo sentada en las tinieblas, nada la deslumbra tanto como la luz de una bujía, y no hay mas que preguntarle á cualquiera jóven y nos dirá que es lo mas natural del mundo. No es que las viejas lo ignoren; pero hace tanto tiempo que lo saben; que olvidan á veces estas cosas; y es una lástima.

Sin embargo, la sorpresa de la buena señóra no acabó aquí, sino que antes bien subió de punto, cuando hizo el descubrimiento de que Catalina nó tenia la menor gana de cenar. Nadie podria decir los esfuerzos de retórica que la viuda se preparaba á hacer en su inquietud para persuadir á su hija á tener apetito, cuando la atencion general fué repentinamente solicitada por un ruido extraño, y tanto mas maravilloso, cuanto que al decir de la criada pálida y temblorosa, el ruido bajaba por la chimenea de la habitacion inmediata.

Cuando todos se hubieron convencido, á pesar de lo inverosímil, de que el ruido venia en efecto de la chimenea indicada, y que continuaba en su variedad de sones ya bajos, ya agudos, ya tristes, ya alegres, pero siempre encañonados por la chimenea, Frank tomó una luz y Timoteo unas tenazas, y se creian en el deber de averiguar inmediatamente la causa de aquel extraño efecto, cuando la viuda á punto de desmayarse no quiso que la dejasen sola en la sala.

Despues de un breve cuchicheo que terminó por una irrupcion en masa en el aposento frecuentado por los espíritus, la pobre señora hubiera quedado sola con la criada, si miss Creevy, recordando que habia tenido ataques de nervios en su infancia, no hubiera consentido en permanecer con ella para dar la voz de alarma caso necesario, ó para asistirla si se desmayaba.

Avanzando hácia la puerta del aposento misterioso, la expedicion no fué poco sorprendida de oir cantar con la expresion de la mas afectada melancolía, y con una voz que parecia salir del fondo de media docena de colchones de

pluma sobrepuestos, el siguiente aire, que fué popular en otro tiempo:

La infiel faltó á su fe.

Sin perder momento entraron los confederados, y su extrañeza creció reconociendo que la melancólica voz procedia de la garganta de un hombre que se habia deslizado por el cañon de la chimenea, y solo esperaba para salir á luz que le quitaran estorbos.

A este espectáculo burlesco y tan poco conforme con los hábitos regulares de las operaciones mercantiles, Tim Linkinwater sintió sus medios completamente paralizados. Habia comenzado por administrar al intruso algunos golpes de tenazas en las pantorrillas, pero sin ningun efecto. Tuvo, pues, que renunciar á esto, y se contentó por el momento con hacer sonar su arma poco terrible, como si se dispusiera á romper las hostilidades en mayor escala.

—Preciso es que este hombre sea algun borracho, dijo Frank; porque un ladron no se anunciaria á las gentes con todo este trastorno.

A la vez que hacia esta observacion, acercó la luz para ver mejor las piernas del enemigo, y se disponia á tirar de ellas sin ninguna ceremonia, cuando la viuda juntando las manos y lanzando un extraño grito, solicitó con instancia se le dijera, si por casualidad no la habian engañado sus ojos, y si en efecto el hombre de la chimenea llevaba calzones cortos y medias de lana gris.

—Justamente, contestó Frank aproximando la luz para hacer el exámen. Pero, ¿por ventura, señora, conoceis á este hombre?

—Mi querida Catalina, dijo la viuda con tono deliberado y sentándose en una silla con ese aire de resignacion desesperada, que parecia anunciar que en el punto á que habian llegado las cosas, era ya inútil todo disimulo. Ten la bondad, hija mia, de explicar francamente lo que es esto. Yo nunca he alentado su pasion... jamás... bien lo sabes, Catalina; te pongo por testigo. Él ha sido siempre respetuoso...

muy respetuoso. Tú misma presenciaste su declaracion. Sin embargo, debo decir que, si he de verme perseguida de esta manera, si he de ver esas legumbres, cuyo nombre no recuerdo, rodar á mis piés en el jardin; si es preciso que los hombres vengan á sofocarse por mí en las chimeneas... verdaderamente yo no sé qué hacer. Es cosa harto enojosa. Antes de casarme con tu pobre papá, tuve que sufrir muchas contrariedades; pero jamás como esta. Para aquellas estaba preparada, porque las esperaba. No tenia yo aun tu edad, hija mia, y ya un jóven gentleman que se ponia cerca de nosotros en la iglesia, se entretenia casi todos los domingos en grabar con la punta de su cuchillo mi nombre en el respaldo de su banco durante el sermon. No diré que esto me desagradara, porque en fin, es muy natural; pero al mismo tiempo era bastante enojoso, porque el banco estaba á la vista, y el macero le hizo salir muchas veces de la iglesia por haberle sorprendido en el hecho. Pero todo aquello es nada en comparacion del proceder de este caballero. Mejor querria, mi querida Catalina, añadió la buena señora con mucha solemnidad y derramando copiosas lágrimas, ¡oh! sí, mejor querria ser fea y hacer miedo, que no estar así expuesta á todos los tormentos que me hacen sufrir.

Nada podria dar idea del asombro de Frank y de Timoteo, que se miraban uno á otro con la boca abierta, y miraron luego á Catalina como para pedirle la clave del enigma.

Bien conocia ella que era necesario dar explicaciones; pero confusa como estaba entre el terror que habia experimentado á la aparicion del enamorado loco ó del loco enamorado, el temor de que se sofocara realmente en la chimenea, y la dificultad de hallar á esta misteriosa escena una solucion que no fuera ridícula, no pudo pronunciar una palabra.

—Estoy muy ofendida, dijo la viuda, muy ofendida; pero no quiero que se toque á un cabello de su cabeza; yo os lo suplico... ni á un cabello de su cabeza.

En el estado de las cosas no hubiera sido tan fácil como

la viuda parecia temerlo, que se tocára á un cabello de la cabeza del gentleman, porque esta parte de su persona no era la que presentaba á sus enemigos, oculta como la tenia aun en el cañon de la chimenea.

Como quiera que sea, el forastero no habia cesado en todo este tiempo de cantar su aire sobre la infidelidad de su amada; pero sus gritos amorosos no tenian todos el mismo vigor, y el pobre pateaba con gran violencia como si comenzara á faltarle la respiracion.

Frank creyó ya llegado el momento de obrar, y le agarró por donde pudo con tal garbo, que quedó muy luego tendido en el suelo con mas violencia de la que los dos hubieran querido.

—Sí, sí, dijo Catalina en cuanto pudo reconocer al que las visitaba tan de golpe; es el mismo, es él; pero no le hagais daño, yo os lo ruego, Frank. ¿Está herido? Hacedme el favor de ver si se ha hecho daño al caer; os lo suplico, Frank.

—No se ha hecho daño ninguno, contestó Frank palpando con precaucion y hasta con ternura al protegido de Catalina; ninguno absolutamente, os lo aseguro.

—No le dejeis acercarse, Frank, añadió tímidamente la jóven retrocediendo cuanto pudo.

—No tengais cuidado; no se moverá de aquí: ya veis que le tengo yo. Pero ¿me permitis que os pregunte qué significa todo esto?

—Aunque mi madre no sea de mi opinion, os diré que es un pobre loco que se ha escapado sin duda de la casa inmediata para venir aquí.

—¡Catalina! dijo su madre con severa dignidad, me extraña mucho oirte hablar así.

—Pero ¡madre mia! exclamó Catalina con tono de dulce reconvencion.

—Me extraña mucho, sí, repuso la viuda. Te aseguro, Catalina, que no esperaba nunca verte seguir el partido de los que persiguen á este infortunado caballero, cuando sabes muy bien los abominables designios que han formado

para apoderarse de sus bienes: esta es la verdad. Mejor te estaria, Catalina, rogar á M. Linkinwater y á Frank tuvieran la bondad de intervenir en favor suyo para que se le hiciera justicia. Nó, no deberias dejarte así llevar de sentimientos personales: eso no está bien... no está bien de ninguna manera. Si yo hubiera de abandonarme á mis propios sentimientos... porque en fin, si hay aquí álguien que deba indignarse, ¿no soy yo, que tanta razon tengo para ello? Y sin embargo, por todo lo del mundo no cometeria yo semejante injusticia.

Nó, añadió la viuda levantando altivamente la cabeza, que desviaba sin embargo con una modestia llena de majestad; me bastará, para hacerme comprender de este caballero, decirle lo que ya le dije el otro dia, porque jamás le daré otra contestacion. Quiero creerlo extraviado por un sentimiento sincero, cuando se pone por mi amor en situaciones tan espantosas, pero no por eso dejaré de rogarle tenga la bondad de retirarse en seguida, ó me será imposible callar ante mi hijo Nicolás. Le estoy reconocida, muy reconocida; pero no puedo ni por un instante prestar oidos á sus declaraciones: me es imposible absolutamente; me es imposible.

Durante este largo parlamento, el viejo de la chimenea, con la cara tiznada de hollin y los brazos cruzados, estaba sentado en el suelo mirando á los circunstantes en un profundo silencio y con un aire verdaderamente majestuoso. Ni siquiera parecia tener la menor idea de todo aquello que acababa de decir de él la incomparable dama.

Cuando hubo terminado su discurso, le hizo el honor de mirarla fijamente á la cara, y le preguntó con todo este donaire:

—¿Habeis acabado ya?

—Nada tengo que añadir, contestó la dama; realmente no sabria qué añadir, caballero.

—Está bien, repuso el caballero levantando la voz. Ahora bien, mozo, tráeme una botella de relámpago, un vaso limpio y un tirabuzon.

Como el mozo no venia, el loco, despues de un momento de silencio, alzó otra vez la voz diciendo:

—¡Mozo! una *sandwiche* de trueno; ¡pronto!

Y como este artículo tampoco se le servia, pidió á lo menos una fritada de cuero y peces rojos, y acabó con una carcajada ruidosa y un grito largo, sonoro, penetrante.

La viuda léjos de adherirse á la opinion expresada en la fisonomía de todos los circunstantes en presencia de estos actos de locura rematada, movia la cabeza de una manera significativa, como una mujer resuelta á no ver en todo esto mas que ligeras muestras de excentricidad; y nada le hubiera impedido conservar esta opinion hasta el fin de su vida, sin una série de circunstancias nuevas que vinieron á realzar esta escena burlesca y la hicieron cambiar completamente.

Conviene saber que la Creevy, que se quedó sola con la criada para precaver un ataque de nervios, no viendo nada inminente en su estado, y teniendo vivos deseos de ver lo que pasaba en la otra sala, se precipitó allá en el momento en que el loco bufaba como un buey.

Por qué casualidad no la vió el pobre diablo, y suspendiendo en el acto su ejercicio, se levantó de repente y se puso á enviarle con la mano y con todo el primor de un enamorado los mas ardientes y espantosos besos.

Júzguese el terror de la artista. La pobre no sabia qué le pasaba, ni halló medio mas seguro que buscar un refugio detrás de Tim Linkinwater.

—¡Ah! exclamó el loco cruzando las manos y apretándolas con toda su fuerza. ¡Héla aquí! Por fin, vuelvo á verla! Ella, ella es! mi amor, mi vida, mi novia, mi beldad! ¡Por fin, por fin, por fin vuelven á verla mis ojos! ¡Viva el gas y las polainas!

La viuda pareció un momento desconcertada, pero fué cosa de un momento. Muchas veces hubo de hacer á la Creevy y á los demás espectadores señas que no comprendieron, todo para hacer entender que ella sabia muy bien que era una mala inteligencia, que tenia la clave del enigma, y que en menos de un minuto lo iba á poner todo en claro.

—¡Héla otra vez á mis ójos! seguia diciendo el loco, poniéndose la mano en el corazon apasionadamente. Es ella, sí, ella misma. Filocrócoras y Tití! Que se digne siquiera aceptarme por esclavo y todo mi corazon estará á sus piés. ¿Dónde encontrar tantas gracias y bellezas mas seductoras? ¿Quién puede igualarse á ella? ¿La emperatriz de Madagascar? Nó. ¿La reina de Pomaré? Nó. ¿Madama Roland, que toma todos los dias un baño gratis en el Kalydor? Nó, nó, nó. Poneos todas juntas, confundíos con las tres Gracias, las nueve Musas y las catórce pasteleras de la calle de Oxford y todas juntas no formareis una mujer la mitad de bella que esta. ¡Oh! digo que nó, y nó. Os desafio.

Despues de este disparatadó ditirambo, el loco hizo crujir sus dedos mas de veinte veces, y se detuvo á contemplar con arrobamiento los encantos de la Creevy, asombrada ella misma de ser tan bella aun á los ojos de un viejo.

La viuda aprovechó este momento favorable para entrar sin perder tiempo en materia, no sin haber hecho preceder sus explicaciones de una tosecita á manera de prefacio.

—Verdaderamente, dijó, me alegro de ver que se tome á otra por mí; es un consuelo en el embarazo en que sin esto me encontraria. Y debo decir que es la primera vez que he sido objeto de semejante error, excepto cuando se me ha tomado por mi hija Catalina, lo que no es raro. En este último caso, es menester que un hombre sea bástante simple para engañarse de ese modo; pero en fin, me toma por ella, y como podeis comprender, no es mia la culpa. Seria tambien injusto qué se me hiciera responsable de semejantes errores. Pero aquí, yo me reprocharia siempre haber permitido que una persona cualquiera y muy especialmente miss Creevy, á quien debo tantos favores, tenga que sufrir por mí contrariedad ninguna, y por consiguiente, creo de mi deber declarar á este caballero que está en un error lamentable, que soy yo la señora de quien le dijo no sé qué impertinente que era sobrina de la comision del empedrado, y que yo soy quien le suplica tenga la bondad de retirarse tranquilamente, aunque no sea mas que por... complacerme.

Y la buena de la viuda se sonrió modestamente aquí, ruborizándose á la vez.

Era de esperar ver al enamorado conmovido hasta el fondo del corazon por la delicadeza con qué su amada hacia este generoso llamamiento á su sensibilidad; á lo menos bien podia esperarse que contestara con palabras dulces ¿ ó siquiera corteses.

Pero cuál no fué el choque que vino á herir el tierno y sensible corazon de la viuda, cuando su ingrato é infiel amante, dirigiéndose á ella en persona sin ningun género de duda, le dijo con voz dura, mas dura que una piedra:

—¡Atrás, gata vieja!

—¡Caballero! exclamó la dama casi desfallecida.

—¡Gata vieja, atrás!

Dos, dos veces se lo dijo para que lo oyera bien. Y aun hubo de añadir todos los nombres de gatas conocidas desde Mineta, Griselida y Zapaquilda hasta Puss, Tit y Grimalkim.

Luego comenzó á bufar como un gato enfurecido, avanzando y retrocediendo, y volviendo á avanzar hácia la asombrada viuda, figurando una especie de danza salvaje, que los campesinos suelen hacer cuando llevan su ganado á los mercados y ferias para que los animales indóciles tiren á la derecha en vez de tirar á la izquierda ó viceversa.

La desengañada viuda no perdió ya el tiempo en contestar á su ingrato amante, y dando un grito de sorpresa y de horror, cayó desmayada. No habia otro desenlace.

—Dejadme asistir á mi madre, dijo Catalina: esto no será nada, á Dios gracias. Pero sacad de aquí á ese hombre pronto; os lo ruego; sacadlo pronto.

Frank no sabia cómo hacerlo sin emplear la violencia, que tenia vedada por la misma Catalina y por el respetable estado de un pobre loco.

Por fortuna le ocurrió oportunamente una estratagema ingeniosa que dió el resultado apetecido.

En efecto, rogó reservadamente á la Creevy fuera delante algunos pasos, seguro de que su apasionado amante no deja-

ria de seguirla. La Creevy lo hizo como se le dijera, y el loco se le fué detrás con un entusiasmo por demás lisonjero para quien se lo inspiraba, pero siempre bajo la guarda y vigilancia de Linkinwater por una parte y de Frank por otra.

—Catalina, murmuró la viuda volviendo en su acuerdo así que no hubo nadie para verla desmayada, ¿se ha ido ya?

—Sí, ya se ha ido.

—¡Ah! Catalina! exclamó entonces con despecho. Nó, no me lo perdonaré jamás... ¡jamás! ese pobre gentleman ha perdido verdaderamente el juicio.

—¿No os lo decia yo?

—¿Qué sabes tú? Ha perdido el juicio; pero yo, ¡ay de mí! yo soy la causa de ello.

—¡Vos, madre mia! exclamó Catalina con verdadero asombro.

—Yo, hija mia, yo misma, contestó la viuda con una calma llena de desesperacion. Tú le viste el otro dia y le has visto hoy. ¡Qué cambio! Bien se lo dije á tu hermano, y no es de hoy mi temor de lo que ha sucedido; harto sabia yo que mi negativa habia de ser para el pobre un golpe terrible. Hé aquí el resultado. Concedo que estuviera un poco exaltado; pero ¡qué razon! ¡qué sensibilidad! ¡qué honradez en su lenguaje! Compara ahora con esto las abominables inconveniencias que ha dicho y hecho esta noche, tomando por mí á esa desgraciada Creevy, y has de convenir conmigo en que nadie puede dudar de su locura.

—Nadie seguramente, madre.

—Ni yo tampoco, hija; pero á lo menos, si yo he sido la causa de ello, tengo la satisfaccion de creer que no merezco ninguna reconvencion. Bien se lo dije á Nicolás: Nicolás, le dije, ¡prudencia! ¡juicio! ¡despacio! Pero apenas me escuchó. Si desde el principio se hubieran hecho las cosas con mas prudencia, como yo queria, no hubiera sucedido esto. Pero Nicolás y tú sois el retrato de vuestro pobre padre. En fin, yo tengo mi conciencia para mí y es bastante.

Despues de haberse así lavado las manos de toda responsabilidad sobre este punto por las faltas pasadas, presentes

y futuras, la viuda tuvo la bondad de expresar sus deseos de que sus hijos no tuvieran nunca que acusarse de mas culpas que su madre.

Despues se preparó á recibir el cortejo del loco, que volvió luego dando cuenta de su comision.

En efecto, el loco habia podido sustraerse á la vigilancia de sus guardas, que se regalaban bebiendo con otros amigos, sin sospechar siquiera la ausencia del pobre diablo.

Habiéndose restablecido la paz, hubo todavía media hora de conversacion deliciosa, segun la expresion de Frank hablando con Timoteo, cuando volvian á su casa.

Por fin, viendo Linkinwater en su reloj que era ya hora de retirarse, quedaron solas las mujeres, á pesar de la insistencia de Francisco Cheeryble en permanecer acompañándolas hasta el regreso de Nicolás, si el recuerdo del loco las inquietaba lo mas mínimo; pero viendo su resolucion que no le dejaba pretexto para quedarse, tuvo que abandonar el campo, emprendiendo la retirada con su amigo Timoteo.

Pasáronse luego tres horas en un silencio profundo.

Cuando volvió Nicolás, Catalina se admiraba de ver cuánto tiempo habia permanecido allí sola, abismada en sus pensamientos, sin apercibirse de ello.

—Verdaderamente se me ha pasado el tiempo sin sentir, dijo hablando con su hermano; hubiera creido que estas tres horas han corrido en treinta minutos y aun en menos.

—Preciso es, Catalina, contestó Nicolás, que esos pensamientos hayan sido muy agradables para que así embeban el tiempo sin que tú lo eches de ver. Tengo curiosidad de saberlos.

Catalina quedó confusa, y comenzó á revolver no sabemos qué sobre la mesa; levantó los ojos con una sonrisa y los bajó con una lágrima.

—Veamos, Catalina, dijo Nicolás atrayendo á su hermana y besándole la frente; veamos esa cara.

Catalina miró á su hermano y desvió al instante la cara, con la expresion indefinible que pueden dar una sonrisa y una lágrima.

—¡Ah! no he tenido tiempo de verla, picarilla, repuso Nicolás riendo de buen humor. Déjame que te mire mas tiempo; quiero leer en tu cara el secreto de tus pensamientos.

Por mas que esta proposicion fuera hecha sin la menor sospecha de lo que pasaba en su corazon, Catalina hubo de alarmarse, temiendo que su hermano pudiera adivinar sus pensamientos.

Nicolás se apercibió de ello y cambió al instante de asunto hablando de cosas domésticas.

De este modo vino á saber poco á poco, subiendo las escaleras con su hermana, que Smike habia pasado la noche completamente solo; poco á poco, porque era asunto este de que Catalina parecia hablar con cierta repugnancia.

—¡Pobre muchacho! dijo Nicolás dando un golpecito en su puerta. ¿Qué quiere decir todo esto?

Catalina iba apoyada en el brazo de su hermano, y la puerta se abrió muy de repente para que ella tuviera tiempo de dejarlo, antes de que Smike, pálido, azorado y vestido completamente se encontrase cara á cara con ellos.

—¡Smike! ¿No habiais subido á acostaros? le preguntó Nicolás con extrañeza.

—Nó, contestó Smike.

—Y ¿por qué nó? volvió á preguntarle Nicolás reteniendo el brazo de su hermana, que hacia esfuerzos por desasirse.

—No hubiera podido dormir, contestó Smike estrechando la mano que le tendió Nicolás.

—¿No os sentís bien?

Smike se apresuró á contestar, que al contrario se sentia mucho mejor.

—Entonces ¿por qué abandonaros así á la melancolía? ¿ó por qué no decirnos la causa de ella? Antes no erais así, amigo Smike.

—Es verdad, yo os diré la razon algun dia; hoy nó. Todos sois tan buenos conmigo!... Pero no puedo remediarlo; tengo el corazon tan lleno!... ¡Oh! no sabeis todo lo que yo tengo en el corazon.

Antes de abandonar la mano de Nicolás, la estrechó con fuerza y convulsion, y echando una mirada tierna á él y á Catalina, asidos del brazo, como si hubiera en la imágen de su mutua afeccion algo que conmoviera profundamente su alma, se retiró adentro, siendo luego el único que velara bajo aquel pacífico techo.

CAPÍTULO XVIII.

Grave catástrofe.

Las pequeñas carreras de Hampton estaban en pleno ejercicio; el júbilo cundia por todas partes; el dia era espléndido; el sol en lo alto de un cielo sin nubes, brillaba con toda su magnificencia; el sitio de los coches y las cimas de las tiendas se distinguian con sus banderolas de los mas vivos colores.

Las banderas viejas parecian nuevas al reflejo de un sol tan resplandeciente; los dorados enmohecidos relucian como limpios; el toldo amarillento y sucio que defendia á los espectadores contra los rayos del sol, parecia blanco como la nieve; hasta los harapos del mendigo tomaban un tinte poético para que la caridad no se olvidara á sí misma en un sentimiento de apasionada admiracion en presencia de una pobreza tan pintoresca.

Era en fin una de esas escenas de viva y animada actividad, tomadas en su màs bello momento de frescura, en el cual no pueden dejar de ser gratas, pues por poco que la vista esté fatigada del espectáculo ó de la luz, por poco que el oido se moleste con el ruido sin fin, la vista no tiene mas que reposar fijándose en las caras curiosas, alegres, expresivas, y el oido no tiene mas que confundir esos sones en la explosion general de alegría que anima este bullicioso cuadro.

Hasta la tostada cara de los hijos de Bohemia agrupados ó tendidos y medio desnudos, contribuye al placer. Se tiene gusto de ver en sus rasgos que el sol ha pasado por allí; en reconocer el aire y la luz en que se han bañado todos los dias, viviendo como verdaderos hijos de la naturaleza. Si su cabecera está algunas veces húmeda, no es ciertamente de sus lágrimas, sino del rocío del cielo. Los miembros de sus hijos son libres como el aire, en vez de estar sometidos por fuerza á las horribles torturas que imponen á su sexo en las fábricas la sujecion mas penosa y los gestos mas desgraciados. Viven al dia, es verdad, pero en medio de los árboles que se balancean sobre sus cabezas, y no entre las horribles máquinas que envejecen al niño antes de que sepa siquiera lo que es la infancia, y le dan anticipadamente las enfermedades y quebrantos de la edad, sin darle como la edad la dicha de morir.

¡Ojalá fueran verdaderos los viejos cuentos con que nos duermen nuestras nodrizas, y que los gitanos, esos supuestos raptores de niños, los robaran por ahí á docenas!

La gran carrera del dia habia terminado, y de cada lado de la cuerda las prolongadas filas de espectadores, rompiéndose de repente para derramar la multitud en el recinto, daban á la escena nueva animacion y un movimiento lleno de vida.

Muchos se precipitaban por este lado por ver el caballo vencedor, otros corrian de derecha á izquierda con no menos ardor buscando á sus cocheros que dejaran ocupados en elegir un buen sitio para sus carruajes. Aquí se formaba un pequeño grupo al rededor de una mesa para ver desplumar á algun inocente en un juego de azar. Mas léjos, otro industrial rodeado de sus compinches, disimulados con varios disfraces, el uno con sus gafas, el otro con su lente y un sombrero á la última moda; este vestido de ricacho de pueblo con su capa al brazo y sus billetes de banco en una gran cartera de cuero; aquellos otros lugareños con sus grandes látigos en la mano, figurando cándidos campesinos que acuden con sus jacas á ver la fiesta; procuraba por me-

dio del anuncio de alguna habilidad, hacer caer en la trampa á algun inocente, mientras que sus consócios cuya, innoble cara se despegaba de su traje limpio y elegante, revelaban el mayor interés por el buen éxito del negocio, cambiando entre sí una mirada furtiva á la llegada de algun incauto.

Entretanto los ventrílocuos ocupados en interesantes diálogos con muñecos de madera, y las agoreras de la buenaventura ocupadas en hacer callar á los chiquillos cuyos gritos estorbaban su comercio, compartian con tódas estas profesiones el honor de atraer la atencion general del público.

Los figones al aire libre estaban enteramente llenos. Comenzábase á oir el sonsonete de los vasos; llevábanse á ellos canastos cargados de toda clase de provisiones apetitosas; manejábanse los tenedores y cuchillos; el champaña hacia saltar estrepitosamente el tapon; los ojos ya animados por el placer, se animaban mas aun, y los rateros contaban el producto del dia, ganado con el sudor de sus frentes.

La atencion general, concentrada hace poco en un solo punto, se dividia ahora entre mil intereses diferentes, y por donde quiera que se dirigiera la vista, no podia verse mas que una reunion confusa, una confusion jovial de habladores, jugadores, rateros, mendigos, titiriteros, etc., etc., etc.

Los jugadores sobre todo no tenian por qué quejarse. Una multitud de barracas, dispuestas para salas de juego, ostentaban el lujo de sus tapices, de sus cortinajes, de sus macetas de geranio y de sus mozos puestos de librea. Habia el club de los extranjeros, el club del ateneo, el club de Hampton, el club de San James, una legua de clubs ó poco menos, á eleccion de los jugadores. Jugábase allí el *rojo y negro*, la *maravilla* y el *lasquenete.*

Entremos en uno de estos templos de la fortuna, donde encontraremos algunos personajes que nos son ya conocidos.

Ved primeramente esas tres mesas de juego, rodeadas de jugadores y curiosos. Aunque sea la sala mas amplia, en su

género, de todo el campo de carrera; aunque se ha tenido la precaucion de levantar el toldo para que entre mas el aire y se han abierto dos puertas de comunicacion para establecer una corriente, hace un calor sofocante.

A excepcion de dos ó tres personajes que tienen en la mano algunas monedas de oro, separadas de una pila de escudos, para hacer su puesta en el momento oportuno con la calma diligente de jugadores de profesion, que no han hecho otra cosa esta mañana, anoche, ayer y todos los dias, no se descubre en los otros carácter interesante.

Estos son en su mayoría jóvenes atraidos por la curiosidad, que arriesgan pequeñas sumas para continuar la diversion del dia sin mostrar gran interés por la ganancia ó por la pérdida.

Sin embargo, hé aquí dos individuos que merecen, siquiera de paso, nuestra atencion como tipos notables de una clase particular.

El uno de ellos es un hombre de cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años; está sentado en una silla cerca de una de las entradas del salon, con las manos cruzadas sobre el puño de su baston y la barba apoyada sobre las manos.

Es un hombre grueso, alto de busto, abotonado hasta el cuello dentro de una levita verde que le hace parecer mas largo de lo que es. Lleva calzon corto, polainas, una corbata blanca, y un sombrero, blanco tambien, de ala ancha.

En medio del ruido de la sala y de las idas y venidas de los jugadores y curiosos, conserva una calma impasible. Su rostro no deja ver la mas ligera emocion, ni siquiera la expresion del fastidio, menos aun á los ojos del observador superficial, la mas leve muestra de interés en lo que se hace. Allí está en su silla tranquilo, sereno, recogido.

Alguna vez, muy rara, saluda con la cabeza á alguno que pasa, ó hace seña á un mozo para que vaya á alguna mesa donde se le llama; pero esto es para recaer en seguida en su estado de insensibilidad ó indiferencia.

Ahora bien, ¿es el hombre este un sordo como una tapia que ha idó á descansar allí? Bien pudiera ser, pero no es.

¿Es un quidam que espera á algun amigo rezagado, sin fijar siquiera su atencion en las personas que allí están?

¿Es un enfermo atacado de catalepsia ó petrificado por el uso ó abuso del opio?

Todos se vuelven para mirarlo; él no hace ni siquiera un gesto, ni un movimiento de ojos, y deja pasar á unos, luego á otros, despues á otros, sin hacer mas caso de estos que de aquellos.

Cuando se mueve por casualidad, parece que lo hace por ver quién le ha molestado en sus hábitos de reposo, y lo hace de tal modo que parece ciego.

Pues oid: no hay jugador ó curioso que entre ó que salga sin que él lo vea; no se hace un gesto en ninguna mesa que se escape á su perspicacia; los banqueros no dicen una palabra que él no la oiga; no hay un ganancioso ni un perdidoso que él no registre en su memoria.

¿Quién, pues, es este lince?

Es el propietario del lugar.

El otro preside la mesa de la roleta y tiene probablemente diez años menos que el otro. Es un hombre jovial, rechoncho, ventrudo, con el labio inferior algo revuelto acaso por el hábito de contar interiormente el dinero á medida que lo paga; pero en el fondo su cara no es desagradable, y mas bien parece franca y aun honrada.

Se ha quitado la levita porque hace calor y está en pié junto á la mesa ante una muralla de dinero en toda clase de moneda, sin contar un cofrecillo lleno de billetes de banco.

En el juego no hay interrupcion. Unos veinte jugadores apuestan á la vez. El hombre hace rodar la bola, cuenta el dinero de las puestas, retira las de ganancia, paga las de pérdida, y todo esto en un abrir y cerrar de ojos; vuelve á hacer rodar la bola, y tiene siempre á los jugadores en contínuo movimiento.

¡Qué maravillosa prontitud! Jamás una vacilacion, jamás un error de cuenta, jamás tiempo perdido, jamás una pausa en la repeticion de esas frases incoherentes que la costumbre y acaso la necesidad de tener siempre alguna cosa

que decir para entretener el juego, le hace recitar constantemente con la misma expresion monótona y en el mismo órden todo el dia.

«¡Rojo y negro de París, señores! Haced vuestro juego mientras la bola esté rodando. ¡Rojo y negro de París, señores! Es un juego francés, señores, que he importado yo. ¡Rojo y negro de París!... La negra gana, la negra. Esperad un momento. Voy á pagar en seguida. Cincuenta francos aquí; doce francos, cincuenta allá; setenta y cinco por acá; veinticinco por acullá. Señores, ¡bola va! Mientras la bola ruede podeis doblar las puestas ó retirarlas: lo bueno del juego es eso, señores, que podeis... Otra vez la negra, la negra gana otra vez, señores. No he visto en mi vida cosa semejante; jamás, bajo palabra de honor. Si alguno de estos señores hubiera sostenido la negra desde hace cinco minutos habria ganado mil doscientos francos en cuatro vueltas de bola; es bien seguro. ¡Señores! Hay porto, jerez, cigarros, excelente champaña... ¡Mozo! una botella de champaña y doce ó quince cigarros: no nos rehuseis nada, señores; y vasos limpios, mozo. Mientras la bola esté rodando, señores, podeis... Ayer perdí tres mil francos en un momento... podeis cargar las puestas ó retirarlas. ¿Cómo va, caballero? Me alegro mucho. ¿Quereis tomar un vaso de jerez? Mozo, un vaso limpio de jerez á este caballero. Pasadlo á la redonda, mozo, á la redonda. ¡El rojo y negro de París, señores! Mientras la bola esté rodando, señores, podeis hacer vuestro juego. ¡El rojo y negro de París, juego nuevo que he importado yo mismo, señores! Señores, bola va. Mientras la bola...»

¡Llévese el diablo la bola!

Este gárrulo y honorable personaje se daba todo entero á su laborioso empleo, cuando entraron en la barraca hasta media docena de personajes, á quienes hubo de saludar respetuosamente, sin menoscabo de su ocupacion de manos ni aun de lengua.

Al mismo tiempo y con una indicacion de ojos llamó la atencion de un individuo que estaba cerca de él, sobre el

mas alto de los recien llegados, á quien el propietario saludaba quitándose el sombrero.

Era sir Mulberry Hawk, acompañado de su discípulo y de una escolta de hombres elegantes, pero de un carácter mas que sospechoso.

El propietario en voz baja, dió los buenos dias á sir Mulberry, quien en el mismo tono le envió al diablo y se volvió á los suyos para continuar su conversacion.

Estaba evidentemente mortificado por la certeza de que mostrándose en público por la primera vez, despues de lo que le habia ocurrido, venia á ser necesariamente un objeto de curiosidad. Y era fácil de ver que, si se mostraba en las carreras aquel dia, menos era por tomar parte en los placeres de la fiesta, que por encontrar allí á la vez un gran número de conocidos, y desembarazarse de un golpe del fastidio de su presentacion oficial.

Aun tenia en la cara una ligera cicatriz que no cesaba de disimular con su guante, siempre que encontraba á alguno que venia á reconocerle; porque no se pasaba un minuto sin que algun yente ó viniente le saludara, y la precaucion que tomaba de ocultar su herida no hacia sino poner mas de manifiesto la vergüenza que sentia de haber sido tan cruelmente castigado.

—¡Oh! ¿sois vos, Hawk? dijo un elegante vestido á la última moda con todos los requisitos que hacen la reputacion de un dandy. ¿Cómo va eso, amigo mio?

Hay que saber préviamente, que este elegante hacia la competencia á Mulberry en dar la última mano á la educacion de los jóvenes de la aristocracia, y por consiguiente era la persona que Mulberry detestaba mas cordialmente y á quien mas temia encontrar en esta ocasion. Sin embargo, se estrecharon las manos con muestras de la mas viva satisfaccion.

—Y bien, querido, eso va mejor, ¿eh?

—Muy bien, muy bien, contestó Mulberry.

—Me alegro mucho. Y vos, milord, ¿qué tal?

—Perfectamente.

—Me alegro mucho. Me parece que nuestro amigo está alicaido... quiero decir que no ha recobrado aun su buen humor, ¿eh?

Hay que saber tambien que este elegante tenia una dentadura muy blanca, y que cuando la conversacion no se prestaba á reir, acababa generalmente por esta interjeccion, que á su parecer le ofrecia oportunidad de mostrar siempre la blancura de sus dientes.

No hay que decir que la interjeccion no le sentaba muy bien á sir Mulberry.

—¿Eh?

—Yo creo, contestó lord Verisopht con negligencia, que tiene el mismo humor de antes, sin que haya cambiado en nada.

—Me alegro mucho de saberlo, repuso el otro. Y ¿hace mucho tiempo que salisteis de Bruselas?

—Hemos llegado á Londres esta noche misma y bastante tarde, contestó lord Federico.

Durante este breve diálogo, sir Mulberry se habia vuelto de espaldas para hablar con uno de sus satélites, y aparentaba no oir esta conversacion.

—Y bien, continuó diciendo su rival, afectando hablar bajo á Verisopht; os aseguro que es menester tener el valor y audacia de Hawk para presentarse tan pronto en público. Lo que digo es en interés suyo; pero verdaderamente tiene valor ¿eh? Se ausentó precisamente para no excitar la curiosidad y vuelve antes de que se haya olvidado aquella ocurrencia del diablo, ¿eh? A propósito: vos conoceis naturalmente los detalles públicos de aquella desgracia ¿eh? ¿Por qué no habeis desmentido á esos malditos periódicos? No suelo yo leerlos, pero ahora los he leido con esa esperanza, y francamente...

—Leedlos mañana... nó, pasado mañana, interrumpió sir Mulberry volviéndose de repente.

—Yo, querido, dijo el otro encogiéndose de hombros, no leo los periódicos, como he dicho, pero ahora los leeré por complaceros, ¿eh? Y ¿qué vais á decir en ellos?

—Hasta despues, contestó Mulberry volviéndose bruscamente y retirándose con su pupilo.

Despues tomaron el paso negligente con que habian entrado, y recorrieron el salon enlazados del brazo.

—No será la noticia de una muerte violenta la que yo le dé en los periódicos de pasado mañana, murmuró Mulberry, despues de un juramento, pero poco menos será. Bien puede machacarse á un hombre á palos, sin hacerle morir por eso.

Lord Federico no contestó una palabra; pero habia en su aire algo displicente para Mulberry, que continuó hablando con un tono tan feroz, como si su amigo fuera el mismo Nicolás.

—Esta mañana antes de las ocho, dijo, envié á Jenkis á casa del usurero Nickleby, quien no perdió un minuto en cuanto recibió mi mensaje, pues fué á verme antes aun de que regresara el otro. En pocos momentos me puso al corriente de todo, y sé ya dónde encontrar al miserable. Su mismo tio me dijo el sitio y la hora y... Pero ¿á qué hablar de ello? Mañana no está tan léjos.

—Y ¿qué es lo que va á ocurrir mañana? preguntó lánguidamente lord Federico.

Sir Mulberry le miró con ojos furibundos; pero no se dignó darle otra respuesta.

Y taciturnos ya, continuaron su paseo, ocupados cada uno en sus secretos pensamientos hasta que hubieron dejado atrás el gentío.

Cuando se vieron solos, sir Mulberry dió una media vuelta para irse.

—Un momento, le dijo su compañero; tengo que hablaros sériamente: no os retireis tan pronto. Sigamos paseándonos algunos minutos mas.

—¿Qué podeis tener que decirme? Y lo que sea, ¿no puedo oirlo tan bien allá como aquí? dijo á su vez sir Mulberry desasiendo su brazo.

Despues de una breve pausa, añadió lord Verisopht:

—Hawk, es menester que yo sepa...

—*¡Es menester que yo sepa!* repitió Hawk interrumpiéndole con tono desdeñoso. ¡Holá! A ver, á ver, continuad. Si es menester que sepais, veo que no hay modo de escaparme. ¡Ah! ¡Es menester que yo sepa! En hora buena, continuad.

—Pues bien; es menester que yo os pida, si así os gusta mas, repuso lord Federico, es menester que yo insista en obtener de vos una respuesta clara y despejada. Eso que acabais de decirme ahora allá ¿es simplemente un rapto de mal humor, ó bien teneis sériamente la intencion de obrar como habeis dicho? ¿Es un proyecto resuelto despues de madura reflexion?

—¿Por ventura, dijo Mulberry con sonrisa burlona, habeis olvidado ya lo que ocurrió cierta noche, cuando quedé yo tumbado en tierra con una pierna rota?

—Lo recuerdo muy bien.

—Entonces, por todos los diablos, no teneis necesidad de preguntarme ni de que yo os conteste. Ese recuerdo lo dice todo.

Tal era el ascendiente que tenia desde hacia mucho tiempo sobre su discípulo, tal era la obediencia y tal la sumision á que le habia acostumbrado, que el jóven lord pareció vacilar un momento en continuar la misma conversacion; pero muy luego recobrando su valor y avergonzándose de su debilidad, repuso con cólera:

—Si yo recuerdo bien lo que entonces pasó, vos debeis recordar tambien que yo me expliqué francamente sobre esto, y que os dije que vuestras amenazas de entonces no se efectuarian jamás, con mi consentimiento á lo menos.

—¿Quereis tal vez impedírmelo? preguntó sir Mulberry despues de una carcajada.

—Sí, quiero impedíroslo y os lo impediré, si puedo, contestó vivamente lord Verisopht.

—Hé aquí una cláusula prudente: *si puedo*. Habeis hecho muy bien en añadirla. Pero escuchad: ocupaos de vuestros negocios y dejadme á mí que me ocupe de los mios. Esto sin duda ninguna es lo mas prudente.

—Es que este negocio, replicó lord Federico, es mio lo mismo que vuestro, y por consiguiente tengo el derecho de intervenir en él y desde ahora intervendré; ya estoy demasiado comprometido para retirarme.

—En ese caso, haced por vuestra parte lo que querais, dijo Mulberry afectando desenfado y aire de buen humor. No puedo decir mas; yo no os exijo nada, os dejo completamente libre: haced otro tanto vos respecto de mí. Y espero que no hagais mas, pues ya me conoceis bastante. El hecho es, por lo que veo, que vos habeis creido conveniente darme un consejo: no dudo de vuestras intenciones; ellas pueden ser muy buenas, pero el consejo está muy léjos de serlo, y no quiero tomarlo. Ahora, si os parece, tomemos mi carruaje y vámonos; yo no me divierto aquí, muy al contrario, me aburro. Si llevamos mas léjos esta cuestion, podríamos muy bien disgustarnos, lo que no seria una prueba de prudencia, ni por vuestra parte ni por la mia.

Y en diciendo esto, sin esperar otra observacion, sir Mulberry Hawk se puso á bostezar y se alejó de allí muy tranquilamente.

Tratar así al jóven lord, era una prueba de tacto por parte de Mulberry, que conocia perfectamente su carácter. Sir Mulberry habia visto que este era el momento ó nunca de establecer sólidamente su dominacion. Sabia que en cuanto él se incomodara, lord Federico se incomodaria tambien, y muchas veces cuando se presentaba una circunstancia propia para disminuir su influencia, habia logrado sostenerla adoptando ese tono tranquilo y lacónico; y en el caso presente estaba seguro de que el éxito correspondiera á su confianza.

Pero le costaba mucho disimular así su cólera bajo esta apariencia de abandono y aire de indiferencia, que su tacto le hacia juzgar necesaria, y por lo mismo se prometia en su interior hacer pagar cara á Nicolás esta violencia, añadiendo á la severidad de su venganza alguna indemnizacion mas por esta nueva mortificacion.

En cuanto al jóven lord, mientras que solo habia sido un

instrumento pasivo en sus manos, sir Mulberry no habia tenido para él mas que desprecio; pero hoy, no era ya desprecio lo que sentia, sino un principio de odio, viéndole bastante osado para permitirse opiniones diferentes de las suyas, y aun para afectar con él un tono de altivez y superioridad.

No olvidaba que dependia de este jóven casquivano en el sentido mas vil de la palabra, y la humillacion que le habia hecho sufrir esta vez le parecia por tanto mucho mas amarga.

Así, pues, desde el momento en que comenzó á odiarle, midió su odio por la extension misma de las quejas que el otro podia darle, lo cual es bastante comun.

Recuérdese ahora que sir Mulberry habia engañado y sorprendido á su víctima de todas las maneras imaginables, y no se extrañará que al comenzar á odiarle, le odiara instantáneamente con todo su corazon.

Por otra parte, lord Verisopht habia pensado, ¡cosa rara en él! habia pensado sériamente en el asunto de Nicolás y en todas sus circunstancias preliminares, y debemos decir en honra suya, que habia tomado una resolucion tan noble como valerosa.

La conducta grosera é insultante de sir Mulberry en aquella ocasion habia producido en su espíritu una impresion profunda. Tampoco habia podido menos de concebir, desde hacia algun tiempo, la sospecha muy natural de que su mentor, al empeñarle en una empresa amorosa contra miss Catalina Nickleby, trabajaba por su propia cuenta.

Era verdaderamente vergonzoso el papel que se le habia reservado en esta aventura, y así el jóven lord se sentia profundamente mortificado por la sospecha de haber hecho de víctima inocente.

Durante el tiempo que habian estado léjos del trato, habia tenido ocasion de reflexionar á sus anchas sobre esto, y siempre que la indolencia natural de su carácter le habia permitido hacerlo, el jóven lord habia reflexionado.

Pasamos otras circunstancias, que, no por ser ligeras, habian contribuido menos á confirmar sus sospechas.

En una palabra, solo faltaba ya un soplo para encender su cólera contra Mulberry; y el desden, el tono insolente de este en su última conversacion, la única que habian tenido desde el acontecimiento, vino, como era de esperar, á precipitar la crísis.

Por el momento fueron á reunirse con sus amigos, pero cada uno de ellos llevaba en su corazon un gérmen de odio que debia muy luego hacer su explosion.

El jóven lord, en particular, estaba perseguido por las amenazas de rencorosa venganza pronunciadas contra Nicolás, y decidido á impedirla, si podia, con alguna medida enérgica; pero lo peor del asunto es que sir Mulberry, orgulloso de haberle reducido al silencio, hubo de continuar sus pretendidas ventajas en la embriaguez de su triunfo.

Estaban allí los honorables señores Pyck y Pluck, el coronel Chawser y otros señores igualmente honorables, y sir Mulberry daba una gran importancia á su propósito de hacerles ver que no habia perdido nada de su influencia.

Al principio, el jóven lord se limitó á pensar silenciosamente en las medidas que debia tomar para romper inmediatamente toda relacion con su antiguo amigo; pero poco á poco el rubor le encendió la cara y se sintió exasperado por bromas y familiaridades, que algunas horas antes le hubieran divertido seguramente.

En esto no ganaba gran cosa, porque para replicar á Mulberry en semejante compañía, lord Federico no tenia bastante fuerza. Sin embargo, no se llegó aun al rompimiento.

Luego volvieron á Londres en medio de las exclamaciones de Pyck y de Pluck y demás parásitos, que protestaron y siguieron protestando todo el camino, que sir Mulberry no habia estado en su vida de humor mas jovial, chistoso y divertido.

A pesar de todo, hubieron de comer juntos. La comida era suntuosa: el vino corria á oleadas, á pesar de no haberlo escaseado durante el dia. Sir Mulberry bebia para indemnizarse de su abstinencia forzada; lord Federico para aho-

gar su indignacion en el vaso, y los demás comensales porque el vino era excelente y además *gratis omnino.*

Cerca de la media noche era cuando se levantaron, con la sangre hirviente y la cabeza acalorada, para pasar de una mesa á otra, es decir, para ir al juego.

La excitacion del juego, el calor de la sala, el esplendor de las luces, no era lo mas á propósito para calmar la fiebre de sus sentidos; antes al contrario, en medio del ruido y de aquel caos de fuertes sensaciones, todos ellos estaban delirantes.

No habia uno en la embriaguez salvaje del momento que fuera capaz de pensar en el valor del dinero, en su ruina, en el dia de mañana.

—¡Vino! ¡Mas vino! se gritaba por todas partes.

Y los vasos se vaciaban, uno tras otro, en sus abrasadas gargantas por entre labios secos por la sed.

El vino les hacia el efecto que el aceite que se derrama en un brasero.

La discusion se animaba; la orgía aumentaba siempre, los vasos se rompian contra el suelo, escapándose de las manos que no podian ya llevarlos á los labios, y los labios proferian groseros juramentos, cuyos sonidos apenas podian articular.

Los jugadores maldecian á gritos la suerte que les habia hecho perder. Habia algunos que subidos sobre las mesas desafiaban á todos los circunstantes agitando botellas al rededor de sus cabezas. Otros bailaban, otros cantaban, otros desgarraban las cartas en un arrebato de ira; otros...

El tumulto y la locura reinaban en absoluto, cuando se oyó particularmente un trastorno que dominó la algarabía general, y se vió á dos hombres que se tenian por la garganta luchando en medio del local.

Una docena de voces hasta entonces silenciosas, pidieron auxilio para separarlos. Los que habian tenido la prudencia de guardar su cabeza libre para ganar al juego y vivian de estas escenas de desórden, se echaron sobre los combatientes, los separaron á viva fuerza y los arrastraron á alguna distancia uno de otro.

—¡Dejadme! exclamaba sir Mulberry con voz ronca. Él es el que me ha pegado, ¿lo ois? os digo que me ha pegado. ¿No hay por aquí ningun amigo? ¡Ah! ¿Sois vos, Westwood? Acabais de oirme decir que me ha pegado.

—Sí, sí, yo os he oido tambien, contestó uno de los que le sujetaban. Retiraos, dejad pasar la noche, y mañana se hablará de esto.

—¡Nó, por todos los diablos! repuso colérico sir Mulberry. Hay aquí mas de una docena que le han visto dar la bofetada.

—Mañana, mañana se hablará de eso, hombre, que no se acaba el mundo.

—Mañana no será tiempo, replicó el abofeteado; esta noche, ahora, aquí mismo. ¡Fuego del infierno!

Y aun siguió gritando mas; pero su furor era tan grande que no podia articular las palabras. Crispaba los puños, eso sí, y se mesaba los cabellos y pateaba hecho un energúmeno. El caso, bien mirado, no era para menos.

—¿Qué ha sido esto, milord? le decia á Verisopht uno de los que le rodeaban. ¿Ha habido bofetadas?

—Nó, no ha habido mas que una y he sido yo quien la he dado, contestó lord Federico trémulo todavía. Celebro mucho que todo el mundo lo sepa aquí. Ahora es menester arreglar esto con él.

Y echando una rápida ojeada al rededor, se dirigió á uno de los que les habian separado:

—Capitan Adams, le dijo, querria deciros aparte cuatro palabras.

El capitan se aproximó, se enlazó del brazo con él y le llevó algunos pasos mas léjos, á un ángulo del local, donde muy luego acudieron sir Mulberry y su amigo Westwood.

Hay sitios de esta clase donde semejante lance hubiera despertado simpatías en pro y en contra y dado lugar á alguna intervencion oficiosa y á un arreglo pacífico; entonces se hubiera podido atajar el conflicto en el momento, dejando al tiempo y á la reflexion el cuidado de calmar los

ánimos, en ayunas. Pero el lugar de la escena era al contrario un punto de reunion de mala gente.

Turbada en medio de sus desórdenes, la reunion se separó. Unos se fueron tambaleándose con ese aire de gravedad estúpida que huele á vino; otros, discutiendo á voces los detalles de la escena que acababa de representarse ante sus ojos. Los honorables clientes, cuya industria era vivir del producto de su ganancia, se dijeron uno á otro al salir que Mulberry Hawk era un buen tirador.

En cuanto á los otros que habian hecho mas ruido, cayeron adormecidos ó dormidos en los sofás, y no pensaron mas en la ocurrencia.

Entretanto, los dos padrinos, porque podemos ahora darles este título, despues de haber tenido cada uno una larga conferencia con quien los habia elegido, se reunieron en otro local.

Eran estos, dos hombres sin alma, iniciados en el mundo y en todos sus vicios, intervenidos judicialmente por deudas, y orgullecidos los dos con esas infamias á que la sociedad suele dar nombres elegantes y disculpas de convencion en su depravada indulgencia.

Eran, pues, por consigüiente un par de caballeros conocidos en el gran mundo como hombres muy delicados en punto de honor personal y muy competentes respecto del honor de los demás.

El uno y el otro se hallaban á la sazon de muy buen humor, de un humor mas vivo y alegre que nunca, porque era casi seguro que un lance como aquel habia de hacer ruido y dar mayor realce, si era posible, á su reputacion.

—Hé aquí un caso que se presenta bastante mal, Adams, le dijo M. Westwood levantándose.

—Es verdad, contestó el capitan: ha habido un bofeton, y por consiguiente yo no veo ya nada que hacer, sino una cosa.

—Nada de excusas, por supuesto.

—Ninguna por nuestra parte, aunque nos rogaran hasta el fin del mundo. Parece que el fondo de la cuestion es algo

como una linda jóven de quien Mulberry ha dicho alguna cosa que ha ofendido á lord Federico; pero se ha añadido á esto una larga série de recriminaciones recíprocas sobre una multitud de asuntos. Sir Mulberry ha empleado el sarcasmo, y lord Federico, que estaba irritado, ha puesto en él la mano en el calor de la disputa, con circunstancias que no disminuyen la gravedad del hecho. Y ¡pardiez! á menos que sir Mulberry no esté dispuesto á retractarse, y se retracte positiva y satisfactoriamente, lord Federico persiste en mantener como bueno su bofeton.

—Entonces no resta ya nada que decir: no resta mas que señalar la hora y el sitio. Es una responsabilidad, pero es importante concluir. ¿Teneis inconveniente en que sea al salir el sol?

—¡Diablo! exclamó el capitan consultando su reloj: no nos sobrará mucho tiempo; pero en fin, como no hemos de perder ninguno en negociaciones, acepto esa hora.

—Por lo que ha ocurrido aquí dentro, es muy posible que ocurra fuera algo que nos obligue á levantar el pié sin demora huyendo de Londres oportunamente, repuso Westwood. ¿Qué os parece uno de los prados á lo largo del rio, en frente de Twickenham?

El capitan no puso objecion.

El otro continuó:

—¿Quereis que nos reunamos en la avenida de olmos que conduce de Petersham á Ham-House para señalar el lugar preciso del duelo?

—Adoptado.

Despues de algunos otros preliminares tan lacónicos, se decidió el camino que debia seguir cada adversario para evitar toda sospecha, y se separaron los padrinos.

—No tenemos tiempo ahora, que nos hace falta, milord, le dijo el capitan, y hemos de ir á mi habitacion á tomar la caja de pistolas y dirigirnos luego al punto de reunion. Si me permitís despedir á vuestro cochero, iremos en mi cabriolé, pues temo que nos conozcan en el vuestro.

—En hora buena.

Una vez ya en la calle, ¡qué contraste con lo que dejaban! El dia comenzaba á apuntar: la amarillenta luz que alumbraba la sala habia hecho lugar á la luz clara, brillante, gloriosa de la mañana. En vez de la atmósfera caliente, sofocante, cargada del humo de las luces agonizantes y de los vapores de la orgía, se respiraba el aire libre, el aire fresco, el aire puro y saludable.

Pero ¡ay! la cabeza febril que bañaba este aire puro, encerraba los remordimientos de una vida pasada en la disipacion y el pesar de las ocasiones perdidas.

Lord Verisopht con las venas hinchadas, la piel ardiente, la vista fosca, las ideas desordenadas y el espíritu perdido, creia ver en la luz del dia naciente un reproche, una recriminacion, y retrocedia involuntariamente ante los espléndidos arreboles de la aurora, como de un espectáculo espantoso.

—¿Os estremeceis? dijo el capitan. Teneis frio, sin duda, ¿eh?

—Un poco.

—Sí, cuando se sale de algun sitio caliente se tiene frio. Es natural. Abrigaos con esta capa. Así.

Padrino y cliente atravesaron las calles cuyo reposo turbaba solamente el ruido de las ruedas; bajaron un momento á la habitacion del capitan, abandonaron la ciudad y se hallaron en despoblado sin contratiempo ninguno.

Los campos, los árboles, los jardines, el arbolado... ¡Qué bello parecia todo esto! El jóven lord habia pasado por allí mas de mil veces antes sin haberlo visto hasta ahora. Todos estos objetos llevaban á su alma la serenidad y la paz, y no encontraban en ella mas que un caos de pensamientos confusos.

Sin embargo, en medio del desórden de su espíritu, le dejaban una impresion benéfica. No tenia que luchar con el vil sentimiento del miedo; pero la cólera que le poseia iba calmándose á medida que miraba en torno de sí, y aunque todas las ilusiones que se habia hecho en otro tiempo acerca de su indigno preceptor de corrupcion se hubieran ya

desvanecido, hubiera querido mas bien no haberle conocido que haber llegado con él á semejante extremo.

La noche pasada, el dia de la víspera, muchos otros dias y noches se confundian en su memoria en un torbellino vertiginoso. Imposible le era distinguir los tiempos y las épocas: ya el ruido de las ruedas heria sus oidos con una armonía salvaje en que creia reconocer trozos de aires olvidados; ya no oia nada mas que un estruendo que le aturdia, semejante al ruido de un torrente.

Pero su compañero se burlaba de su silencio, y muy luego comenzaron á hablar y á reir á carcajadas ruidosas.

Cuando se detuvieron, se sorprendió de encontrarse con un cigarro en la boca, y tuvo que reflexionar para acordarse cuándo y dónde se habia puesto á fumar.

Detuviéronse, pues, á la entrada de la avenida, dejando el carruaje al cuidado del cochero, mozo avisado y diestro, que no estaba menos acostumbrado que su amo á estas expediciones clandestinas.

Sir Mulberry estaba allí con su testigo, y todos cuatro partieron á lo largo de los árboles que cerrando sus ramas por encima de sus cabezas, formaban una larga perspectiva de arcos góticos, coronados de verdura, que se abrian á lo léjos sobre un cielo puro como una brecha de majestuosas ruinas.

Despues de una breve detencion para cambiar algunas palabras los testigos, volvieron á la derecha, siguieron luego un sendero á través de una pradera, y pasaron cerca de Ham-House, para llegar á un campo detrás de la casa.

Ya en él, se partió el sol y se llenaron otras formalidades prescritas por el código del honor.

Los dos contrarios fueron colocados frente á frente á la distancia convenida, y sir Mulberry miró entonces por la primera vez á su antiguo bienhechor. Y le vió pálido con los ojos inyectados en sangre, el vestido en desórden y la cabeza desgreñada. Acaso no fuera esto mas que el efecto de un dia laborioso y de una noche de insomnio. En cuanto á su cara, solo expresaba la cólera y el odio.

Para mirar de frente al enemigo que tenia delante de sí se llevó la mano á los ojos y le miró con firmeza durante algunos minutos; tomó luego el arma que se le presentó, puso el ojo en el punto y no lo levantó hasta la señal de fuego.

El tiro sonó inmediatamente.

Su contrario habia tirado casi al mismo tiempo.

Instantáneamente el jóven lord volvió la cabeza, miró á su matador con expresion siniestra, y sin quejarse, sin dar un traspié, cayó en tierra desplomado.

—¡Está muerto! gritó Westwood, que habia acudido con el otro testigo y reconocia el cadáver con una rodilla en tierra; ¡muerto!

—Yo me lavo las manos, contestó Mulberry. Él lo ha querido, obligándome á ello á pesar mio. Me lavo las manos.

—Capitan Adams, añadió precipitadamente el otro padrino; testigo sois y por testigo os pongo de que todo ha pasado y se ha hecho segun las reglas del honor. Hawk, no tenemos que perder un momento: nos precisa partir al momento y darnos prisa á pasar la Mancha. El negocio no es ya bueno, pero aun podria llegar á ser peor, si tardamos un instante en ponernos á buen recaudo. Capitan, os aconsejo tambien que veleis por vuestra seguridad y no os quedeis aquí. Ya sabeis que los vivos son antes que los muertos. ¡Hasta la vista!

A estas palabras se asió al brazo de sir Mulberry y desaparecieron los dos.

El capitan Adams no permaneció allí mas que un instante, el tiempo necesario para convencerse mas de que la desgracia no tenia remedio.

Despues emprendió su retirada en la misma direccion, para entenderse con el criado sobre los medios de llevarse el cuerpo y asegurar al mismo tiempo su fuga.

¡Así pereció lord Federico Verisopht!

¡Pereció á manos del mismo hombre á quien él habia colmado tan generosamente de beneficios, y á quien tantas ve-

ces habia abrazado con todo el cariño y efusion de la amistad!

¡Pereció víctima de un amigo á quien habia abrigado bajo su techo y habia tenido á su mesa, sacrificándoselo todo, cuando sin él... ¿quién sabe? despues de una vida larga acaso y sin acaso honrada, habria muerto tranquilamente en su cama, rodeado de hijos que le lloraran y bendijeran!

El sol de aquel dia se alzaba en el horizonte con todo su esplendor y majestad; el Támesis magnífico seguia su sinuoso curso, y las hojas de los árboles se agitaban con suave y blando murmurio al soplo de las auras matinales; los pájaros lanzaban al aire desde el seno de la fronda sus alegres trinos; las mariposas, criaturas de un dia, se agitaban bulliciosas al rededor de las flores; el dia, en fin, despertaba en todas partes el movimiento y la vida.

Sin embargo, en medio de todo esto, sobre el musgo aun cubierto de rocío, sobre ese blando lecho que abriga en su mas pequeña cinta mil vidas imperceptibles, estaba tendido un hombre muerto con la cara hácia arriba mirando al cielo.

CAPÍTULO XIX.

En el momento en que el complot de Rodolfo Nickleby y su amigo toca á su feliz término, viene á desbaratarlo un tercero que no habian admitido en su confidencia.

En una casa vieja, sombría y pulverienta, que parecia haber caido en decrepitud con su dueño, y tomado con él el tinte amarillento y las arrugas de la vejez, á fuerza de tenerla oculta de la luz del dia, como él, á fuerza de tener oculto su dinero en sus arcas, vivia M. Arturo Gride.

Veíanse allí colocadas en un órden monótono á lo largo de las sombrías paredes, sillas y mesas viejas, que no debian haber costado mucho de hacer, macizas, duras, frias,

como corazones de avaros. Habia tambien algunos armarios gastados por el uso, flojos y flexibles á fuerza de abrirlos y cerrarlos, temblorosos al mas leve movimiento (sin duda por miedo á los ladrones), trastos que se hundian en los rincones, donde no podian proyectar sombra en el suelo y donde hubiera podido decirse que habian ido á esconderse para sustraerse á las miradas.

En la escalera un gran reloj de pared muy estropeado con sus manecillas robinosas y su cara famélica y su campana cascada, cuyo sonido remedaba la voz de un viejo, agonizaba marcando la hora, como un mendigo que se muere de hambre en un pajar.

No hay miedo de que hubiera allí cerca de la chimenea un buen canapé convidando á la comodidad y al reposo; habia, es verdad, algunas poltronas, pero parecian cansadas ya de vivir, con sus brazos doblados tímida y suspicazmente, como personas que estuvieran alerta para huir. Habia otras, cuyas formas mezquinas y largas podian hacer creer que se alzaban allí para espantar al imprudente que se arriesgara á tomarlas; otras se apoyaban en sus inmediatas para sostenerse, ó en la pared para desplegar acaso con cierta ostentacion toda su incomodidad, y con aire de tomar á las gentes por testigos de que no valian la pena de que se las tocara.

Las camas, con sus piés pesados y sus cuadrados pilares, mas que lechos, parecian tumbas erigidas á los fantasmas del insomnio: sus viejas y lacias cortinas se reunian en pequeños pliegues, para comunicarse en voz baja, cuando eran agitadas por el aire, sus grandes temores por la seguridad de los seductores objetos que podian tentar á los ladrones en las sombras de los gabinetes inmediatos, cerrados cuidadosamente.

Del fondo de la habitacion mas sombría y triste de esta casa, templo del hambre y del espanto, salian una mañana los acentos quebrados y ásperos de la cascada voz de Grido que cantaba, digámoslo así, el estribillo de alguna amorosa cancion ya olvidada.

Y decia el enamorado viejo:

¡Ta! ta! ta!
¡Bien va! bien va!
De tus zapatos, mi bella esposa,
Toda otra dama estará celosa.

Acaso no supiera mas que este estribillo, cuyas notas agudas repetia con su voz ronca y temblorosa, y seguramente hubiera abusado de sus facultades, si un golpe de tos no le hubiera obligado á moderarse y á proseguir en silencio los quehaceres en que se ocupaba en aquel momento.

Estos quehaceres consistian en ir sacando de las tablas de un carcomido armario, y unos tras otros, sus vestidos no muy limpios; en hacerles sufrir un exámen minucioso y esmerado, y en irlos colocando en una de las dos separaciones que habia hecho cerca de sí, despues de doblarlos exactamente por sus mismos pliegues.

Guardábase muy bien de tomar dos prendas á la vez; las tomaba una por una y no dejaba de cerrar la puerta del armario echando la llave cada vez que tomaba un trapo de aquellos.

—¡La casaca de color de tabaco! dijo el anciano inspeccionando una pieza raida hasta la hebra. ¿Era de color de tabaco? se preguntó luego con mengua y deshonor de la casaca. No me acuerdo ya, se contestó.

Reflexionando en esto, no debió quedar muy satisfecho de sus recuerdos, cuando volvió á plegar el trapo y le dejó separado, subiendo luego á una silla para sacar otro del armario, verdadero almacen de antigüedades.

Al mismo tiempo salió de tono cantando este otro primor:

Belleza, amor, juventud,
Dinero, honor y salud.
De tus zapatos, mi bella esposa,
Toda otra dama estará celosa.

—No sé por qué han de traer siempre la juventud á estas canciones, se dijo el anciano con cierto enojo. Sin duda es por la fuerza del consonante. Verdad es que esta cancion

no es gran cosa... una cancion campesina que aprendí en mi niñez. Pero ¡calla! la juventud no está aquí tan mal traída, porque creo que se refiere á la novia... sí, á la esposa exclusivamente. ¡Je! ¡je! Pues es una cancion muy bella, aunque sea campesina, sí señor, muy bella.

Y el anciano Gride se holgó tanto de su feliz descubrimiento, que se salió de tono otra vez, repitiendo con mayor energía y fruicion la copla:

Belleza, amor, juventud,
Dinero, honor y salud.
De tus zapatos, mi bella esposa,
Toda otra dama estará celosa.

Y Gride acompañó su canto con un balanceo de cabeza que revelaba su insensatez amorosa.

—Pero volvamos, añadió, volvamos á nuestros importantes quehaceres.

Y en efecto, el hombre volvió á sus trapos.

—¡La verde-botella! exclamó con cierta admiracion honorífica. La verde-botella era una gran casaca, aunque la compré de lance y muy barata por cierto.

Gride se echó á reir celebrando un recuerdo que hacia valer mas la casaca-verde botella, por lo mismo que le costó menos.

—Es para reirse. ¡Pardiez! ni siquiera se apercibió el imbécil prendero del viejo chelin que venia en el bolsillo. ¡Je! ¡je! ¡je! Yo, sí me apercibí en cuanto tenté la prenda. ¡Qué imbécil! ¿A quién sino á aquel pobre diablo se le ocurre comprar ropa de uso y revenderla sin registrar, no ya los bolsillos, sino todas las costuras? Es afortunada mi verde-botella; desde el primer dia que me la puse, he tenido suerte con ella: al viejo lord Mallowford se encontró quemado en su lecho y reembolsé todos mis créditos. ¡Buena suerte fué! Y me la trajo sin duda la casaca verde-botella con que hice todas las gestiones. Decididamente quiero casarme de verde-botella; de verde-botella me casaré. Despues de todo me sienta muy bien. ¡Peg!... ¡Peg Sliderskew!

A estos gritos repetidos muchas veces con voz cavernosa en la puerta de la estancia, se vió aparecer luego una vieja flaca, empolvada, legañosa, coja, horrorosa, que limpiándose la cara con una punta de su delantal, le preguntó en voz desentonada y baja á la manera de los sordos:

—¿Me habeis llamado ó es el reloj que dió horas? Tengo el oido tan duro ahora, que no distingo bien los sonidos. Sin embargo, cuando siento algun ruido, bien sé que sois vos quien lo haceis, pues excepto vos, no hay alma viviente en la casa.

—Yo soy, Peg; yo soy, contestó Gride dándose en el pecho con la mano, para que su ama de gobierno pudiera comprender si no oir.

—¿Vos? Bien. Y ¿qué quereis?

—Quiero casarme de verde-botella, gritó el vejete.

La vieja reconoció la casaca, despejándose antes los ojos con el delantal, y dijo:

—Esto es demasiado bueno para casarse, señor. ¿No teneis otra mas mala que esta?

—No hay otra mas á propósito.

—¡Cómo que nó! Si yo estuviera en sus huesos, me pondria para el caso la ropa de todos los dias. Muy sériamente, sí señor.

—No está bastante buena, Peg, replicó Gride.

—Bastante ¿qué?

—Buena.

—Buena ¿para qué? preguntó la vieja con tono avinagrado.

—Para este acto.

—Siempre estará bastante buena para el viejo que ha de llevarla. ¿Qué mas se quiere?

El viejo enamorado murmuró una imprecacion contra la sordera de su ama de gobierno, y acercándosele mas le gritó al oido:

—Quiero decir que ningun traje me sienta tan bien como el verde-botella, y que quiero ir bien puesto y elegante para que me admiren.

—¿Para que lo mire? Si la novia es tan bella como decís, no os mirará mucho, señor; podeis estar seguro de ello; y si quereis lucir el talle, ni verde-botella, ni amarillo, ni naranjado, ni carmin, ni de color de cielo, ganareis gran cosa; estad seguro de ello, señor.

El viejo Gride murmuró otra imprecacion, ahora contra la mala lengua de su irrespetuosa ama de llaves, ó mejor dicho de gobierno, porque llaves no tenia ninguna la criada del avaro.

Satisfecha de lo que acababa de decir, sino con voz sonora con franca palabra, tomó la casaca favorita de su amo, se la puso en el descarnado brazo y permaneció buen espacio mirándola en silencio, pero sin parar de hacer guiños con sus ojos húmedos y gestos con su boca sumida y gárgaras de risa con su garganta, llena al parecer de telarañas.

—Estais hoy de muy buen humor, Peg; mucho mas bueno de lo que conviene, le dijo su amo con tono de reconvencion.

—Y acaso ¿no hay por qué estarlo? contestó la vejezuela. ¿No he de reirme y quizá antes de poco, si viene álguien aquí á mandarme en jefe? Debo decirlo, ya que viene á cuento; lo que es Peg Sliderskew no se dejará montar: muchos años hace que gobierno la casa; pero bien lo sabeis, no tengo necesidad de decíroslo, esto no me convendria; ni á vos tampoco por supuesto: no teneis más que hacer la prueba y muy luego estareis arruinado, arruinado... arruinado.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó espantado el viejo avaro; no tengo intencion ninguna de probarlo. ¿Para qué he de probarlo? Así como así no seria ya tan difícil arruinarme. Al contrario, es menester que redoblemos ahora nuestros cuidados de economía, porque habrá ahora una boca mas en casa; solo que es menester al mismo tiempo que nuestra economía no llegue hasta hacerle perder su belleza, pues gusto mucho de verla como está en la actualidad.

—¡Tened cuidado! La belleza suele costar muy cara, y podria suceder que lo conocierais por propia experiencia,

replicó la vieja levantando el índice con aire profético. ¡Tened cuidado!

—Pero ¿no sabeis que ella puede ganar dinero por sí misma? dijo Arturo Gride observando atentamente el efecto que esta comunicacion iba á producir en la fisonomía de la vieja. Sabe dibujar, pintar, hacer mil primores para adornar sillas y butacas, bordar zapatillas, hacer cordones de pelo para reloj y otras muchas cosas de elegancia cuyos nombres no soy yo capaz de recordar siquiera. Hasta sabe tocar el piano, y lo mejor es que tiene uno. Y ¿cantar? ¡Oh! canta como un ruiseñor. Creo que su manutencion y vestido no ha de costarme mucho. ¿Qué os parece, Peg? ¿no pensais como yo?

—Sin duda, contestó la vieja; si no os dejais dominar...

—¡Dominar! ¡Yo! exclamó Gride con energía. Sabed que vuestro amo no se deja dominar por bellas jóvenes; ni por viejas tampoco, añadió en voz baja como en un aparte; ni por viejas tampoco.

—No sé lo que decís entre dientes, dijo Peg, pero cuando hablais mas bajo, bien comprendo que direis alguna cosa que no quereis que oiga.

—¡Pardiez! esta mujer ha de tener los demonios en el cuerpo. ¡Qué suspicacia!

Despues añadió en voz alta, dirigiéndole al mismo tiempo una mirada cariñosa:

—Decia que me entregaba enteramente en vuestras manos en lo que hace á cuidar de mis intereses. No he dicho mas, Peg.

—En hora buena, contestó la vieja satisfecha; no tendreis que arrepentiros de ello: estando yo al cuidado de vuestros intereses, podeis estar muy tranquilo.

—Hay que dar algunos puntos en la verde-botella, Peg, y tendreis que comprar una madeja de seda negra de primera. Necesita además la prenda algunos botones nuevos que tendreis que comprar tambien. ¡Ah! buena idea, Peg; estoy seguro de que ha de agradaros. Como no he regalado todavía nada á mi futura, y las muchachas aprecian mucho

estas atenciones, habeis de limpiar un poco ese collar tan reluciente que tengo ahí arriba para regalárselo el dia de la boda. ¡Qué dicha ponérselo yo mismo en su lindo cuello! Pero al dia siguiente, lo recobraré otra vez para guardarlo bajo llave, donde no vuelva á verlo. ¡Je! ¡je! Nó, Peg, no me entregaré yo así como quiera á una jóven... ni á una vieja tampoco, añadió para sí.

Este ingenioso plan pareció muy bien al ama de gobierno, quien hubo de expresar su satisfaccion con una série de gestos y movimientos que no añadian nada á sus encantos naturales y que continuó hasta pasar la puerta.

Ya allí, su fisonomía cambió de repente para tomar una expresion agria y perversa, y murmuró entre dientes y con toda su alma una maldicion contra la bella futura de su amo; maldicion que repitió varias veces subiendo á cuatro piés las escaleras y deteniéndose á cada paso para tomar aliento.

—¡La maldita vieja! exclamó Arturo Gride luego que se vió solo. Por fortuna es tan sobria como sorda: su manutencion no me cuesta casi nada, y en cuanto á escuchar en las puertas, no hay peligro; apenas oye un cañonazo. Es una mujer excelente en este concepto; es una ama de llaves discretísima, que vale muy bien todo su peso... de cobre.

Despues de haber cantado así los méritos de su criada, el viejo enamorado volvió al estribillo de su cancion:

¡Ta! ta! ta!
¡Bien va! bien va!
De tus zapatos, mi bella esposa,
Toda otra dama estará celosa.

Luego habiendo puesto á un lado la prenda verde-botella, destinada decididamente á realzar las formas de su graciosa persona el dia de sus bodas, volvió á colocar las otras en los mismos sitios que ocupaban en el armario hacia muchos años.

Oyendo llamar á la puerta, se dió prisa en acabar su ope-

racion, y la acabó prontamente cerrando luego el armario que guardaba tantas preciosidades.

No era menester tampoco que se hubiera dado mucha ni poca prisa, porque la discreta Peg no oia sino rara vez la campanilla ni conocia que nadie estuviera en la puerta, sino cuando miraba por casualidad al techo de la cocina y veia moverse el badajo.

Sea como quiera, algunos momentos despues, Peg volvia seguida de Newman Noggs.

—¡Ah! M. Noggs, dijo el viejo Gride frotándose las manos; mi buen amigo M. Noggs, ¿qué buena noticia me traeis?

Newman con cara impasible y mirada fija en el semblante de Gride, le contestó poniéndole ur a carta en la mano:

—De parte de M. Nickleby: el portador espera contestacion.

—¿No quereis tomar asiento, M. Noggs, mi buen amigo M. Noggs?

—Nó, gracías.

El viejo Arturo abrió con mano trémula la carta, devoró su contenido con avidez indescriptible, y volvió á leer y releer, siempre con una risa sofocada. No parecia sino que le faltaba valor para apartar los ojos de la carta.

En fin, tantas veces la leyó y releyó, que Newman creyó deber recordarle que estaba allí esperando la contestacion.

—Contestacion, dijo lacónica y secamente; el portador espera.

—Es verdad, sí, sí, contestacion; ya casi lo habia olvidado, M. Noggs.

—Ya lo veia.

—Habeis hecho bien en recordármelo, M. Noggs, muy bien. Voy á contestar cuatro palabras. Me veis un poco agitado, M. Noggs, y es que la noticia...

—¿Mala es? preguntó Newman.

—Nó, al contrario, buena, muy buena, óptima. Muchas gracias, M. Noggs, muchas gracias por el interés que os tomais. Es la mejor noticia del mundo. Voy á traer un tintero para contestar cuatro palabras: no os detendré mucho

tiempo; sé, M. Noggs, que sois un verdadero tesoro para vuestro principal, que no puede pasar sin vos. Así cuando habla de su dependiente, lo hace en términos que extrañariais vos mismo; lo mismo que yo, podeis creerlo, yo no hablo de otro modo.

—Si, sí, se dijo Newman viéndole salir para traer recado de escribir. Bien me acuerdo de como hablais de mí el uno y el otro; dándome á todos los diablos.

Al salir el viejo Gride, hubo de dejar caer la carta de Nickleby, y Newman, llevado de la curiosidad por saber el giro que tomaba el negocio, cuyo plan habia podido oir desde el armario, comenzó por reconocer el terreno para cerciorarse de que no habia testigos y acabó por recoger la carta, que leyó rápidamente.

La carta decia:

«Gride:

»He vuelto á ver á Bray esta mañana, y segun vuestros deseos, he propuesto lo de celebrar el matrimonio pasado mañana. Por su parte no hay inconveniente; en cuanto á ella, lo mismo le da un dia que otro. Tenemos que ir allá juntos; os espero en mi casa mañana á las siete. Excuso recomendaros la mayor exactitud.

»Entretanto suspended vuestras visitas á la jóven; en mi sentir las habeis repetido en estos últimos dias mas de lo conveniente: bien sabeis que ella no tiene el mayor deseo de veros, y cometeriais una gran imprudencia incomodándola ahora. Es preciso que reprimais vuestro ardor juvenil cuarenta y ocho horas mas, y que la dejeis sola con su padre. De otro modo deshareis vos lo que él haga, y seria una lástima, porque el hombre trabaja bien.

»Vuestro humildísimo servidor,

»*Ralph Nickleby.*»

Al oir los pasos de Gride que volvia, Newman dejó caer la carta en el mismo sitio, y para fijarla en él mejor, puso encima de ella el pié y se apresuró luego á volver á su silla, tomando una expresion tan inocente como un niño que acaba de nacer.

El viejo Gride, despues de mirar á su alrededor con inquietud, vió en el suelo la carta que buscaba, la recogió con presteza y fué á sentarse á una mesa para escribir mirando de reojo á Newman Noggs, que miraba á su vez á la pared de enfrente con atencion tan notable, que hubo de alarmarse el amo de la casa.

—¿Veis acaso algo de particular, M. Noggs? preguntó Gride procurando seguir con los ojos la direccion fija de los de Newman.

Trabajo perdido. Era una cosa imposible y que jamás habia podido hacer nadie.

—¡Oh! nada, contestó Newman; veo una telaraña.

—¿Nada mas que eso?

—Y una mosca en ella.

—No faltan aquí telarañas, dijo Gride con indiferencia.

—Ni allá tampoco, contestó Newman con intencion; ni moscas que caigan en ellas.

Satisfecho de esta réplica y como para celebrarla, Newman se puso á crujir sus dedos con gran excitacion nerviosa por parte del viejo, haciendo un ruido que con un poco de buena voluntad hubiera podido tomarse por una descarga de mosquetería allá á lo léjos.

Gride, sin embargo, pudo acabar su carta de contestacion á Rodolfo, y la puso luego en manos del excéntrico mensajero de su honorable amigo.

—Tomad, M. Noggs, le dijo Gride.

Newman puso la carta en el fondo de su sombrero, saludó con la cabeza y ya se retiraba, cuando Gride, que en el entusiasmo de su felicidad estaba como fuera de sí, le hizo volver atrás y le dijo en voz baja con una sonrisa que le arrugó toda la cara hasta el punto de ocultarle los ojos:

—¿Quereis, amigo M. Noggs, quereis una gotita de alguna cosa... para gustarla no mas?

Si M. Arturo Gride hubiera ofrecido á Newman beber con él un trago de amistad, Newman no hubiera querido aceptar á este título el vino mas generoso; pero aquí era un avaro, un miserable que ofrecia con la esperanza de que

no se aceptara, y Newman que lo comprendió así, tuvo el buen gusto de jugarle una mala partida aceptando sin rodeos, por castigarle á su manera y por oir lo que decia.

Cogido en el lazo, el avaro Gride se acercó al armario, aunque no con mucha presteza ni de la mejor voluntad. Habia allí una tabla cargada de botellas curiosas, unas con cuello largo como el de las cigüeñas, otras con gran vientre holandés y cuello apoplético. De esta provision tomó una botella pulverienta, pero de muy buena apariencia, y un par de vasos de pequeñez microscópica.

—Nunca, amigo mio, nunca habeis probado esto, le dijo; esto es agua de oro. Me gustaria por el nombre, si no tuviera otras recomendaciones. ¡Nombre divino! ¡Agua de oro! ¡Oh Dios! ¿No es un pecado beberla?

Y en efecto, el ánimo parecia faltarle á este pensamiento pecaminoso, y tanto se entretenia en destapar la botella, que era de temer acabara todo aquello por volverla á su sitio sin haber cometido el pecado de probarla.

Newman lo temió así, y tomando uno de los dedales que por vasos tenia el avaro, lo chocó dos ó tres veces con la botella, como para recordarle que aun no le habia dado á probar su agua divina ó dorada.

El viejo Gride comprendió la indicacion y se resolvió á cumplir su palabra; pero antes de consumar el sacrificio, hubo de suspirar profundamente mas de una vez. Llenó luego un vasito, dejando algo y aun algos que desear, y despues llenó otro con igual descuento.

—¡Un momento, un momento! No bebais todavía, dijo el avaro deteniendo la mano de Newman, que iba ya á pecar. Hace veinte años, amigo M. Noggs, veinte años hace que me regalaron este vino, y cuando tomo una gota de él, lo cual ocurre muy rara vez, gusto de reflexionar antes para excitar mas el deseo.

—Es un buen medio para que os parezca mejor, contestó Newman.

—Ea, amigo Noggs, repuso el viejo Gride sin soltar la pecadora mano de Newman; reflexionemos que es ocasion

de echar un brindis, ¿eh? Sí, vamos á brindar mano á mano..¿Qué os parece, M. Noggs?

—Despachemos, replicó este impacientado del retardo y sobre todo enojado con un vaso tan exiguo. Despachemos; el portador espera, es decir M. Nickleby espera al portador.

—Al instante, al instante; pero vamos á brindar préviamente á la salud de...

El vejete se interrumpió con una risita de amorosa fruicion.

—A la salud de... ¡de una dama! concluyó con gran énfasis y echando otra risita del mismo corte.

—¡Hemos de brindar por damas! exclamó Newman.

—Nó, nó, M. Noggs, por *una* dama, por una no mas. Os admirais ¿eh?

—Ciertamente.

—Ya lo veo; pero esa admiracion desaparecerá, cuando sepais que esa dama es... se llama... ved qué nombre tan bello... Magdalena. Nó la conoceis ¿eh?

—Nó, á fe.

—No importa; hé aquí mi brindis, y el vuestro tambien por cortesía. ¡A la salud de la bella Magdalena!

—Pues ¡por Magdalena! repitió Newman con aire de la mayor indiferencia.

Pero añadió para sí:

—¡Protegedla, Dios mio, contra estos dos animales dañinos!

La indiferencia y prontitud con que Newman despachó su racion de oro hubieron de causar al viejo Gride una gran sorpresa, de la cual no podia volver, y permaneció mirándole con la boca abierta.

Newman no dió siquiera muestras de apercibirse de ella, y dejándole saborear su néctar ó volverlo á la botella por reflexion, si así le convenia, hizo un saludo y salió del aposento y muy luego de la casa, despues de haber ofendido gravemente la dignidad de miss Peg Sliderskew atropellándola en el pasillo sin decirle siquiera ¡agua va!

Apenas quedaron solos M. Gride y su ama de gobierno,

formaron una especie de comité ejecutivo para discutir y arreglar todos los puntos de la recepcion que habia de hacerse á la jóven desposada.

Pero los comités en general son tan enojosos y largos en sus deliberaciones, que la asistencia á este podria cansar á nuestros lectores.

Dejándolos que hablen ellos solos, lo mejor será seguir á Newman Noggs. De todas maneras tendríamos que ir á su pista, porque la necesidad lo exige, y la necesidad carece de ley: todo el mundo sabe esto hasta en latin: *necessitas caret lege.*

—Os habeis entretenido mucho, Newman, dijo Rodolfo Nickleby á su dependiente cuando estuvo allá de vuelta; mucho tiempo. Y el tiempo es oro, Newman.

—Todo es oro para esta buena gente; cargue el diablo con lo suyo! contestó Newman para sí.

Luego añadió en voz alta y tranquilamente:

—Yo nó; él se ha entretenido.

—¡Bah! exclamó el usurero con impaciencia. ¿Traeis alguna carta? Sin duda os habrá dado la contestacion de la mia. A ver.

Newman le entregó la carta y le dió la espalda para retirarse.

—Esperad, le advirtió Nickleby; tengo que deciros cuatró palabras.

Newman deshizo su evolucion, ó hizo otra en sentido inverso y le dió otra vez el frente, tomando la expresion mas sencilla é inocente, mientras su principal abria la carta y leia la contestacion de un secreto, que no lo era ya para el dependiente.

—No dejará de venir, dijo Rodolfo entre dientes rompiendo en mil pedazos la carta. ¡Buena noticia, pardiez! Bien vale que me diga esto.

Dirigiéndose luego á Newman, que esperaba con toda su sencillez é inocencia de expresion las cuatro palabras prometidas, le preguntó con voz de juez en acto de confesion con cargos:

—¿Quién es, señor Noggs, el hombre con quien os ví anoche en la calle?

—No le conozco, contestó Newman simplemente.

—Hareis bien en refrescar la memoria, señor Noggs, repuso Nickleby con tono de amenaza.

—Cuando yo os digo que no le conozco, replicó Newman con entereza, es que no le conozco.

—Entonces ¿cómo os tratais con él?

—Yo no le trato.

—Pues ¿cómo os ví yo hablando con él?

—Yo hablo con todo el que me habla, sea conocido ó nó. Ese hombre ha venido dos veces solicitando hablar con vos; pero no estabais aquí. Volvió otra vez, cuando estabais, y vos mismo le echasteis á la calle.

—Todo eso lo sé yo muy bien. ¿Qué mas?

—¿Qué mas? Pues ese hombre, que dice llamarse Brooker, se puso á rondar la casa, y hubo de seguirme cuando yo salí de ella. Y todos los dias viene á atormentarme para que yo le facilite los medios de hallarse cara á cara con vos, como dice haberse ya visto una vez no hace mucho tiempo. Dice que solo quiere veros cara á cara, y que entonces vos mismo anhelareis oirle hasta el fin, pues os interesa en gran manera lo que tiene que deciros.

—Y ¿qué contestasteis á eso? le preguntó el usurero echándole una mirada penetrante.

—Lo que debia, contestó Newman secamente.

—¿Qué debiais contestar?

—Que eso no me atañe á mí; que no quiero introducirle en vuestro despacho; que puede veros en la calle, si eso es lo que pretende. Pero nó, él no quiere esto; porque teme que en la calle no querais escucharle: su anhelo es veros en vuestro despacho, á puerta cerrada, para hablaros sin temor, asegurando que muy luego os haria cambiar de tono y os obligaria á escucharle con paciencia, dado que desconocierais vuestro propio interés. Esto me ha dicho.

—¡Infame! exclamó el indignado usurero rechinando los dientes. Y ¿qué mas?

—No sé mas, contestó Newman, y os repito que no le conozco. Acaso ni él mismo sabrá mas que vos, que podreis conocerle mejor que nadie.

—No digo que nó.

—Pues bien, repuso Newman de mal humor; no es esto una razon para decir que yo lo conozco.

—Y ¿por qué no habeis dicho todo eso espontáneamente sin esperar á que yo os preguntara?

Newman dió dos golpes solos y secos de carcajada, y volvió á su seriedad estereotipada.

—¡Si yo os hubiera de contar todo lo malo que dicen de vos!... Alguna vez me he arriesgado á contaros algo; pero eso mismo me sirve de experiencia para no contaros nada mas, pues recordareis, y si no lo recordais vos, yo lo recuerdo y basta, que habeis recibido mal mis confidencias llamándome animal y bruto y otros requiebros por el estilo.

Todo esto era exacto, y Rodolfo no pudo argüirle, cómo acaso hubiera deseado, por hacerle sentir á álguien el despecho que le causara el otro.

—Ese hombre es un vagamundo, dijo luego Rodolfo, un infame, un gran tunante que se ha escapado de Botany Bay, donde estaba por sus crímenes; un pícaro que ha huido de allí para venir á caer en otra parte; un desvergonzado que tiene la audacia de ponerse delante de mí, sabiendo que le conozco á fondo. La primera vez que vuelva á atormentaros con esos cuentos relativos á mí, habeis de ponerle en manos de la policía como sospechoso de querer estafarme, pues no es otro su objeto que ver de sacarme dinero con mentiras y amenazas. ¿Estais enterado?

—Estoy.

—Despues yo me encargo de lo demás, continuó diciendo Nickleby; yo haré que esté á la sombra por algun tiempo en el fondo de un calabozo, y estoy seguro de que saldrá inofensivo y manso como un cordero. ¿Estais bien enterado?

—Estoy, repitió Newman.

—Pues bien; obrad con arreglo á mis deseos y...

El usurero se detuvo para hacer un esfuerzo, y despues del esfuerzo y un suspiro, continuó diciendo:

—Y os daré alguna cosa por este servicio extraordinario. Podeis retiraros.

Newman hizo uso del permiso y fué á sentarse á su escritorio, donde estuvo todo el dia ocupado en muy sérias reflexiones.

Por la tarde, cuando estuvo libre, corrió á la *city* á ocupar su antiguo sitio, detrás de la bomba, para ver salir á Nicolás; porque Newman Noggs tenia su amor propio y no se sentia con valor para ir á casa de los Hermanos Cheeryble á ver á su amigo Nicolás en el miserable porte á que se veia reducido.

Apenas hacia cinco minutos que allí estaba, cuando tuvo el placer de verle llegar. Al punto salió de su emboscada para ir á su encuentro, pues hacia ya algun tiempo que no le habia visto, y se estrecharon las manos con efusion.

—Iba justamente pensando en vos en este mismo instante, le dijo Nicolás.

—Me alegro mucho, contestó Newman; ya veis que yo hacia otro tanto. No he podido menos de venir á veros esta tarde, para deciros que estoy en camino de hacer cierto descubrimiento.

—Y ¿qué descubrimiento es ese? preguntó Nicolás sonriendo.

—Yo no sé lo que es ni lo que no es; pero es un secreto en que vuestro tio está interesado. Por desgracia no he podido descubrir todavía cómo lo está, aunque tengo sospechas muy positivas; pero no quiero aun daros conocimiento de ello por no afectaros.

—¡A mí! exclamó Nicolás con extrañeza. ¿Estoy yo interesado tambien en ese negocio?

—Creo que sí; se me ha metido en la cabeza que vos debiais tener aquí algun interés.

—Hacedme el favor de ser mas explícito.

—He topado con un hombre, que sabe mucho mas de lo que me ha dicho. Sin embargo, me ha hecho algunas me-

dias confidencias, que no dejan de atormentarme, y mucho, añadió Newman rascándose la nariz y poniéndose rojo como una ascua. Al mismo tiempo fijó en Nicolás una mirada insistente y penetrante.

Admirado de verle tan misterioso, Nicolás hubo de hacerle una multitud de preguntas para sacarle alguna cosa; pero en vano, pues fué imposible obtener de Newman el menor dato. Siempre le repetia lo mismo: que estaba inquieto y perplejo; que era menester mucha precaucion; que Rodolfo, el zorro con ojos de lince, le habia visto ya en compañía del hombre desconocido; que habia logrado desorientarlo con extremada discrecion en sus maneras y grande habilidad en sus contestaciones, y que estaba alerta y preparado desde el principio para esta gran lucha de astucia.

Nicolás no habia olvidado los gustos de su compañero, y bastaba verle la nariz para conocerlos; era como un fanal puesto en su cara para advertir á los pasajeros. Atrájole, pues, á una taberna, donde se puso á recordar con él el orígen y progresos de su intimidad, tocando uno por uno los pequeños incidentes mas interesantes que la habian señalado, por cuyo medio llegaron á la mistificacion de la Cecilia Crevisse.

—A propósito, dijo Newman; esto me recuerda que jamás me habeis dicho el nombre de vuestra bella Dulcinea.

—Magdalena, contestó Nicolás.

—¡Magdalena! exclamó Newman con cierta inquietud. ¿Que Magdalena? ¿Su apellido?

—Bray, contestó Nicolás admirado de aquel ardor de preguntas.

—¡Bray! Es la misma, la misma, dijo Newman. ¡Diablo! esto va mal. ¿Cómo os estais con los brazos cruzados mirando ese abominable casamiento, sin hacer algo siquiera por salvarla?

—¿Qué estais diciendo? preguntó Nicolás saltando de su asiento. ¡Un casamiento! ¿Estais loco?

—Uno de los dos está loco, contestó Newman. Y ¿quién sabe si será ella la loca? Pero vos estais ciego, sordo, pa-

ralítico, muerto y enterrado. ¿No sabeis que dentro de veinte y cuatro horas, gracias á vuestro tio Rodolfo, Magdalena Bray va á dar su mano de esposa á un hombre que no vale mas que él, peor aun, si es posible? ¿No sabeis que dentro de veinte y cuatro horas va á ser sacrificada, tan cierto como estamos aquí vivos, á un viejo, hijo del diablo, que se parece mucho á su padre?

—Newman! Newman! reparad bien en lo que decis; en nombre del cielo, Newman, mirad bien lo que decís! Estoy solo en Londres; no tengo ahora aquí el auxilio de personas que pudieran tenderle una mano en su naufragio. Los hermanos Cheeryble han partido léjos de aquí. Estoy, pues, solo, Newman. Ahora bien, ¿qué habeis dicho? ¿Qué quereis decir?

—Yo no habia oido jamás pronunciar su nombre, contestó Newman con voz sofocada. ¿Por qué no me lo dijisteis oportunamente? ¿Cómo habia yo de saberlo? Á lo menos hubiéramos tenido tiempo para movernos. Pero ya quedan tan pocas horas...

—Pero ¿qué estais ahí diciendo? Yo no os entiendo, Newman! ¿qué quereis decir? preguntó otra vez el desconcertado Nicolás.

No era fácil arrancarle á Newman lo que queria decir. Sin embargo, despues de muchas pantomimas, tan varias como extrañas, y que no aclaraban nada las tinieblas de su pensamiento, Nicolás, que no estába menos exasperado que él, le hizo sentarse á la fuerza, y á la fuerza le retuvo hasta que hubo contado su secreto.

La sorpresa, la rabia, la indignacion, todas las pasiones se desencadenaban en el corazon de Nicolás, á medida que oia hablar á Newman; y en cuanto lo supo todo, partió como un rayo, desesperado, loco.

Newman corrió detrás de él temiendo un conflicto.

—¡Deteneos! gritaba. ¡Deteneos! Este muchacho va á hacer un disparate. ¡Deteneos! ¡Va á asesinar á un hombre! ¡Hola! ¡eh! ¡Deteneos! ¡Ladrones! ¡ladrones! ¡Detenedle!

CAPÍTULO XX.

Desespera Nicolás al principio de poder salvar á Magdalena Bray, pero luego se reanima y quiere hacer un esfuerzo. Detalles domésticos de la familia Kenwigs.

Viendo que Newman estaba resuelto á emplear todos los medios para detener su marcha, y temiendo que algun transeunte atraido por sus alarmantes gritos, le echara mano y le colocara en una posicion desagradable, de la que no pudiera salir sin dificultades, Nicolás comenzó á moderar su carrera, y entreteniendo el paso, se dejó alcanzar por Newman Noggs. Y en verdad era ya tiempo, porque el viejo dependiente iba ya tan fatigado que no hubiera podido sostener un minuto mas su persecucion.

—¿Dónde vais? ¿Qué vais á hacer? le preguntó Newman articulando apenas las palabras.

—Voy á casa del mismo Bray, contestó Nicolás no menos jadeante, y si no despierto en él algun sentimiento de humanidad, algun resto de amor hácia su hija, privada del apoyo de una madre y del auxilio de la amistad, es que no palpita nada en su pecho.

—Guardaos bien de hacerlo, Nicolás amigo: despues de todo no conseguiriais nada, pues él es el mas interesado en que se consume el sacrificio.

—Entonces, repuso el indignado jóven con la misma viveza, entonces voy á seguir mi primer impulso; voy sin perder momento á casa de Rodolfo Nickleby.

—Cuando llegueis allá, por mucho que os apresureis, Rodolfo Nickleby estará ya acostado.

—Yo le haré que se levante.

—¡Bah! ¡bah! Serenaos, Nicolás, serenaos.

—Escuchad, dijo Nicolás despues de un momento de silencio, reteniendo mientras hablaba en las suyas la mano de Newman; vos sois el mejor de mis amigos; yo he resis-

tido ya á muchas pruebas, pero hoy el acontecimiento de que se trata destruye la felicidad de otra persona, y de una manera tan cruel, que os declaro que me veo reducido á la desesperacion.

Y, en efecto, parecia que no hubiera ya esperanza. ¿Qué uso habia de hacerse del secreto que Newman Noggs habia sorprendido en el escondrijo del armario? En el proyecto formado entre Gride y Nickleby no habia absolutamente nada que pudiera dar pretexto á una oposicion legal contra aquel casamiento; nada tampoco que pudiera hacer renunciar á Bray, quien ciertamente sin conocer los detalles, debia sospechar el fondo.

En cuanto á los intereses ocultos que algunas palabras de Arturo Gride no habian hecho mas que indicar, era evidente que habia allí algun otro fraude de que Magdalena era víctima.

Pero en boca de Newman Noggs y bajo la influencia de la botella de bolsillo, los pormenores de esta otra cuestion quedaban completamente ininteligibles y envueltos en las mas densas tinieblas.

—No veo, decia Nicolás con despecho, no veo el menor rayo de esperanza.

—Doble razon para conservar la sangre fria, la cabeza libre, amigo mio, contestó Newman acentuando sus palabras y deteniéndose para ver el efecto que producian en el semblante del jóven. ¿Dónde están los hermanos Cheeryble?

—¡Ved qué fatalidad! han marchado al extranjero para asuntos de comercio, y no volverán antes de ocho dias, es decir, cuando esté ya consumado el sacrificio, cuando no haya remedio en lo humano.

—Pero ¿no hay medio de comunicarse con ellos para que á lo menos uno de ellos estuviera en Londres mañana á la noche?

—Imposible, Newman, imposible: la mar nos separa. Suponiendo los vientos favorables, necesitaríamos tres veces veinte y cuatro horas.

—¿Y el sobrino? ¿y M. Linkinwater?

—Y ¿qué harian ellos mas que yo? Al contrario harian menos; y sobre todo, se me ha recomendado el mayor secreto en este asunto sin exceptuarlos á ellos. ¿Qué excusa podria yo dar de haber abusado de la confianza que en mí se depositara, cuando solamente un milagro puede ya salvar á la víctima?

—Reflexionad, dijo Newman con insistencia, á ver si dais con otro medio cualquiera.

—Nó, contestó Nicolás con el mayor desaliento, nó; el padre apresura el casamiento, la hija consiente ó se resigna; los dos demonios que la persiguen la tienen ya entre sus garras, y tienen en su favor la ley, la autoridad, la fuerza, el dinero, el crédito... ¿Qué esperanzas, Newman, qué esperanzas quereis que me queden?

—¡Esperanza hasta morir! dijo Newman dándole una palmada en el hombro para alentarlo. ¡Esperanza siempre! La esperanza es el mejor amigo: no la abandoneis nunca, si no quereis que ella os abandone. ¿Me entendeis bien, Nicolás? De nada sirve desesperarse: es menester remover el cielo y la tierra. Siempre es un consuelo poder decir que se ha hecho todo lo posible. Si os abandonais á la desesperacion, ya se acabó todo, y todavía no se ha acabado; aun tenemos en nuestro favor veinte y cuatro horas. ¡Cuánto se puede hacer en este tiempo! Se puede hasta salvar á Magdalena. ¡Esperanza! ¡Siempre esperanza!

Nicolás tenia necesidad de que le hablaran así. La noticia que acababa de recibir de la maquinacion emprendida y desarrollada por los usureros con tan buena fortuna, habia venido á herirle como un rayo; el poco tiempo que le quedaba para hacer algunos esfuerzos en sentido contrario, la probabilidad, ó mas bien la certidumbre de que solo faltaban algunas horas para arrebatarle la felicidad que personificaba Magdalena y condenarla á un sacrificio tan violento, á una suerte tan dura, á la muerte acaso, todo se reunia para abatirle, para aniquilarle. No habia abrigado en su corazon una esperanza sobre el éxito de sus amores, que no cayera ahora á sus piés destruida, muerta para siempre; no habia

un encanto con que su memoria ó su imaginacion hubiera rodeado á su ídolo, que no viniera á representársele ahora para aumentar su pena y añadir á su desesperacion una nueva amargura; no habia un sentimiento de simpatía por la triste suerte de su amiga, ó de admiracion por su valor y heroismo, que no le hiciera temblar de indignacion y que no hinchara su corazon hasta romper todos sus vasos.

Pero si Nicolás no hallaba dentro de sí mas que una afliccion estéril en vez de encontrar recursos, estaba allí Newman á su lado para sostenerle. Habia en sus advertencias y consejos un fondo de interés tan solícito y en sus maneras tanta sinceridad y calor, que á pesar de sus formas extrañas, inspiraban á Nicolás nuevo vigor, y gracias á este auxilio, despues de haber andado con él un buen trecho de camino, pudo decirle:

—Os doy gracias, amigo Newman, por vuestros buenos consejos y os prometo aprovecharlos. Todavía hay que dar un paso, paso que á lo menos puedo y debo yo dar, y mañana lo daré.

—¿Qué pensais hacer? le preguntó Newman con inquietud. Sobre todo, no vayais á amenazar á vuestro tio, ni á ver al padre de Magdalena.

—Descuidad, Newman, contestó Nicolás, no pienso hacer eso, pero iré á ver á la misma Magdalena. Voy á hacer todo cuanto hubieran hecho los hermanos Cheeryble si hubieran estado aquí, si por mi mal y el de ella no se hubieran ausentado. Voy á discutir con la misma novia esa monstruosa union, á hacerle ver todos los horrores de la situacion á que se precipita, acaso por un impulso temerario ó por falta de reflexion. Voy á rogarle á lo menos que aplace por ocho dias siquiera el sacrificio. ¿Quién sabe si me está reservado á mí hacerle reflexionar y volver en sí, aunque sea ya muy tarde y esté suspendida al borde del abismo?

—Hé aquí un buen pensamiento, dijo Newman. En hora buena; ved de hablar con la jóven y decidle... ¿Quién sabrá mejor que vos lo que debeis decirle? ¡Gran pensamiento! bueno! bueno!

Nicolás en su honrado entusiasmo, continuó diciendo:

—Y creedme, Newman, bajo palabra de honor, en este paso que pienso dar, no hay interés personal por parte mia, no hay el menor impulso de egoismo; no hay mas que compasion por ella, horror por las maquinaciones infames á que está expuesta á caer. Veinte rivales que hubiera, veinte rivales preferidos disputándome su amor, y no dejaria de hacer lo mismo.

—Lo creo, lo creo, Nicolás, y es de creerse en vos todo lo que sea honrado y bueno. Pero ¡qué paso llevais! ¿Adónde vais con tanta prisa?

—A casa, contestó Nicolás; venid conmigo. ¿O es preciso que nos despidamos ya?

—Nó, todavía os acompañaré un rato mas, si no correis tanto, amigo mio, que mis años pesan lo suficiente para no poder seguiros.

—Pues, querido Newman, otra vez me seguireis, dijo Nicolás con viveza; yo no puedo andar á vuestro paso; si no anduviera mas aprisa, creo que me sofocaria. Necesito andar mas, correr. Adios, mañana os referiré la entrevista. Adios, adios.

—¡Pardiez! exclamó Newman siguiéndole con la vista. Es un mozo demasiado violento á veces; pero acaso por esto me gusta mas. Y bien mirado, ahora le sobra razon para incomodarse, porque el diablo ha metido aquí la pata. ¡Y yo le recomendaba esperanza! No es malo que la tenga; pero ¡ah! cuando los dos usureros han puesto en comun su astucia y malicia, ¿qué esperanza puede tener de triunfar de la dificultad? ¡Qué par! ¡qué par de... de pillos!

Y Newman se echó á reir.

Pero la risa con que terminó su monólogo, fué una risa muy amarga, y el movimiento de cabeza con que la acompañara no fué menos triste, ni menos fosca la expresion de su fisonomía, cuando volviendo la espalda se puso á desandar su camino.

En cualquiera otra circunstancia no hubiera dejado Newman de pasar por alguna taberna ó figon, tanto mas cuanto

qué esto no le hubiera causado ningun perjuicio, (tómelo como quiera el lector); pero esta tarde tenia demasiada inquietud y aun pesar sobrado para esperar alivio de su remedio ordinario.

Así, pues, se fué derecho á su casa entregado á tristes reflexiones.

Ahora sabreis que Morleena Kenwigs habia recibido aquella tarde una invitacion para ir el dia siguiente en el vapor de Westminster á la isla del *Pastel-de-Anguila*, en Twickenham. Era una partida de recreo con almuerzo fiambre, cerveza en botella, cidra y langostas.

Allí habia de bailarse al aire libre, al son de una orquesta de músicos ambulantes que iban expresamente para esta funcion.

El vapor estaba fletado, para el objeto, por un maestro de baile á la moda, que queria obsequiar á su numerosa clientela; y por un cambio de reconocimiento, sus clientes, para demostrar la estimacion en que tenian á su maestro de baile, habian comprado y hecho comprar á sus amigos de ambos sexos, cierto número de billetes de color azul de cielo, que les daba el derecho de asociarse á la expedicion.

Uno de estos billetes de azul de cielo, hubo de regalar una vecina ambiciosa á la Susana Kenwigs invitándola á asistir con sus hijas á la fiesta; y la señora Kenwigs, pensando con razon que el honor de la familia estaba interesado en que miss Morleena exhibiera sus mas espléndidas galas, aunque cogida de improviso por invitacion tan perentoria; pensando que era preciso hacer ver á aquel maestro de baile que no era él el único maestro de baile en el mundo, sino que habia otros muchos tan buenos ó mejores que él; pensando, en fin, que era bien demostrar á todos los padres y madres presentes en la isla susodicha que sus hijas no eran las únicas hijas que pudieran recibir una educacion brillante, la señora Kenwigs, bajo la influencia de sus preocupaciones y apremiada por los preparativos que habia que

hacer, se habia desmayado ya dos veces. Pero ¿qué importaba? Sostenida por la firme resolucion de hacer honor á la familia, ó de morir en la demanda, trabajaba aun con ánimo infatigable cuando entró Newman Noggs en su casa.

La Susana Kenwigs estaba de tal modo ocupada desde la dichosa invitacion del billete azul de cielo, componiendo los cuellos, plegando los volantes, arreglando las enaguas sin contar por aquí ó por allá un desmayo ó dos, lo que siempre gasta tiempo, que no hacia mas de media hora que hubo de apercibirse de que las blondas trenzas de Morleena habian crecido demasiado, y que á menos de pasar por las manos de un hábil peluquero, léjos de alcanzar una señalada victoria sobre las hijas de sus padres cuya vergüenza se habia propuesto, ella, al contrario, ella seria la vencida y avergonzada.

Este descubrimiento desesperaba á la Kenwigs, pues para ir á la peluquería era menester atravesar tres calles á riesgo de los carruajes. Era pues imposible dejar á Morleena ir sola aunque la decencia lo hubiera permitido y la señora Kenwigs era muy escrupulosa en cuanto á conveniencias.

Por otra parte, su marido no habia vuelto aun de su trabajo, y nó habia nadie que la acompañase á la peluquería.

Y la Kenwigs estaba tan atormentada, que comenzó por zurrar á la Morleena como causa de sus contrariedades, y acabó por derramar lágrimas.

—Pero, mamá, yo no tengo la culpa, decia la muchacha llorando tambien.

—¡Ingrata! exclamaba la madre. ¡Ingrata! Despues del trabajo que me estoy tomando por tí.

—Pero ¿cómo quereis que yo impida crecer á mis cabellos? Yo no tengo la culpa.

—Cállate, picarilla, no me hables mas. Aunque yo quisiera dejarte ir sola, á riesgo de que te persiguieran insolentes, ¿no sé muy bien que irias al instante á decir á la Laura Chopkins el traje que vas á llevar mañana? ¡Oh!

Bien te conozco, Morleena; no tienes amor propio, y no puedo perderte de vista un instante.

Lamentándose así de las malas disposiciones de su hija mayor, Susana Kenwigs dejaba correr ôtra vez las perlas de sus ojos, y acabó por declarar que no era posible que hubiera en el mundo una persona mas desgraciada que ella.

Con esto la Morleena renovó tambien su llanto, y madre é hija se pusieron á gimotear á competencia.

Así estaban las cosas cuando se oyó allá afuera el paso desigual de Newman que subia las escaleras. La esperanza entra al punto en el corazon maternal con el ruido de aquellos oportunos pasos, y no deja en su fisonomía sino ligeras señales de su última emocion.

Salió, pues, la solícita madre al encuentro de su vecino en la meseta y le expone su conflicto suplicándole en fin tuviera la bondad de acompañarla á la peluquería.

—Jamás me hubiera atrevido, M. Noggs, á pediros este favor, si no conociera vuestra bondad é indulgencia. ¡Oh! jamás. Mujer soy, M. Noggs, pero por nada del mundo me decidiria á pedir un favor á nadie, que yo creyera capaz de negármelo: no sentiria menos un desaire así, que ver á mis hijos humillados por los celos y rabia de los envidiosos.

Aunque Newman no hubiera sido tan bueno ó bonachon como era, no habria podido desairar á la Kenwigs, que tan hábilmente le comprometiera, y así en menos de dos minutos, Morleena y él estaban en camino de la peluquería.

No era precisamente una peluquería la tienda á que se dirigieron: las gentes groseras que tienen un espíritu vulgar y comun hubieran dicho mas bien que era una barbería. La verdad es que en ella no se limitaban á rizar y cortar con elegancia el pelo á las señoras y á arreglar la cabeza á los niños, sino que tambien se afeitaba sin elegancia ninguna.

Pero esto no impedia que fuera un establecimiento distinguido; algunos decian, de primer órden.

En efecto, veíase en la muestra, entre otras cosas muy bonitas, el busto en cera de una bella rubia y el de un be-

llo moreno que hacian la admiracion de toda la vecindad. Habia dama de la clientela que llegaba hasta á decir que el moreno gracioso del busto no era otra cosa que el verdadero retrato del jóven y amable propietario del establecimiento.

Lo que daba algun valor á esta aventurada asercion era la gran semejanza que habia entre su cabeza real y viva y la cabeza de cera.

En efecto, tan atusada y reluciente estaba la una como la otra, las dos tenian en medio una raya ó línea estrecha, trazada á cordel como una calle de jardin, y á uno y otro lado igual profusion de bucles muy primorosos.

Con todo eso, las personas del sexo que estaban mejor informadas, no hacian ningun caso de semejante asercion, pues sin querer inferir ningun agravio á la linda cara y demás lindezas del propietario, miraban la cabeza del moreno, gracioso de la muestra como una especie de tipo abstracto y perfecto de la belleza masculina, que no era realizable sino entre los ángeles y los militares, pero que hace rara vez á la naturaleza humana el honor de incorporarse para encantar los ojos de los mortales.

Tal era el establecimiento á que condujo Newman Noggs sana y salva á Morleena Kenwigs.

El propietario que sabia que Morleena tenia tres hermanas con dos colas ó trenzas rubias cada una, lo que podia reportarle cuando menos el precio de dos barbas por cabeza, plantó allí al viejo que acababa de enjabonar para afeitarle, endosándoselo al oficial, que entre paréntesis, no tenia grandes simpatías para las damas, porqué tenia ya cierta edad y bastante vientre, y se aprestó á peinar á la Morleena.

En el momento en que se acababa de operar este cambio de manos, hubo de presentarse con su gran pipa en la boca un carbonero, quien pasándose la mano por la barba, preguntó cuándo habria alguno libre para afeitarlo á él.

El oficial á quien se dirigió esta pregunta, miró á su maestro con expresion indecisa, como un hombre que no

quiere comprometerse antes de saber lo que debe contestar.

El jóven propietario echó entonces al carbonero una mirada de menosprecio y le dijo:

—Aquí no se os puede afeitar, buen hombre.

—Y ¿por qué? preguntó el carbonero.

—Porque aquí no se afeita á las personas... de vuestra clase.

—Bah! exclamó el carbonero, la semana pasada, mirando yo por la ventana, bien os vi afeitar aquí mismo un panadero.

—Ciertamente, pero en alguna parte nos hemos de detener, amigo mio. Nosotros no vamos mas allá de los panaderos: si descendiéramos mas, los parroquianos nos abandonarian y tendríamos que abandonar nosotros el establecimiento. Con que podeis ir á otra parte, porque aquí es imposible rasuraros.

El carbonero se puso á mirarle de frente, despues hizo un visaje volviéndose hácia Newman, que aprovechaba esta ocasion de reir, y paseando en fin al rededor de la tienda una mirada, que desconocia al parecer los botes de pomada y demás artículos de tocador, se quitó la pipa de la boca, recorrió algunas notas silbando, volvió á chupar la pipa y se retiró.

El viejo enjabonado, esperando se acabara la operacion emprendida, volvió la cabeza á la pared de enfrente, y ni siquiera pareció apercibirse de este incidente: tan insensible le hacia á todo lo que le rodeaba la reflexion en que se hallaba abismado; y á juzgar por los suspiros que de vez en cuando exhalaba el pobre viejo, reflexionaba en penas.

Luego que partió el carbonero, el maestro se puso á peinar á Morleena, el oficial á rascar al viejo y Newman Noggs á leer el periódico del domingo anterior; pero todos tres en silencio, como si la tristeza del viejo les hubiera contagiado á todos, cuando la niña Morleena dejó escapar un grito, que aunque sofocado, hizo levantar la vista á Newman. Y ¿cuál no fué su sorpresa al descubrir la causa de la exclamacion de la niña?

En efecto, el viejo apesarado, volviendo la cara una vez á exigencias de la navaja, habia mostrado á los ojos de la asombrada Morleena los rasgos fisonómicos de M. Lillywich, el recaudador de cuotas de agua.

Eran los rasgos de M. Lillywich ciertamente, pero muy cambiados. En otro tiempo si habia un señor que se preciara de presentarse siempre en público recien afeitado, era M. Lillywich; si habia un recaudador, que en su calidad de tal recaudador, tomara ante todo el mundo un aire de solemne dignidad como un hombre que lleva á todo el mundo en sus registros y va á pedirle cuentas de dos trimestres atrasados, era M. Lillywich. Y ahora... ahora ved á M. Lillywich sentado en un humilde sillon de barbería con una barba de ocho dias en su asombrada cara, con una pechera de camisa sucia y ajada, con un aspecto tan abatido, tan desanimado, tan humillado, que la expresion de cuarenta morosos á quienes el recaudador hubiera suspendido las aguas para enseñarles á ser mas exactos, esa expresion colectiva hubiera sido una sonrisa al lado de la expresion triste, pesarosa y aburrida de M. Lillywich.

—¡M. Lillywich! exclamó Newman resistiéndose á dar asenso á sus ojos.

Y M. Lillywich comenzó á gemir, gimoteo que quiso disimular con una tosecita tenaz; pero el gemido, gemido era, y la tos solo una mistificacion.

—¡Ah! ¿Teneis alguna cosa, M. Lillywich? hubo de preguntarle Newman, viéndole tan afligido.

—¡Alguna cosa! exclamó el interesado. ¡Ay de mí! La llave de la vida está en seco y no queda mas que la hez en el fondo del depósito.

Oyendo este estilo, que no era claro, pero cuyo género teatral atribuia á su reciente asociacion con artistas dramáticos, Newman se disponia á hacer otras preguntas; pero Lillywich que se apercibió de su intencion, hubo de impedírselo estrechándole primeramente la mano y haciéndole seña despues para que no le interrogara.

—Dejad que acaben de afeitarme, le dijo; yo estaré listo

antes que Morleena... porque esa niña es Morleena, ¿eh?

—Ella misma, contestó Newman.

—Los Kenwigs tienen ya un varon, ¿no es así?

—Así es la verdad.

—¿Es hermoso?

—No es feo, contestó Newman, que halló la pregunta un poco embarazosa.

—Susana decia con frecuéncia que si alguna vez tenia un hijo, hubiera deseado que se me pareciera. Decid, ¿se me parece este?

Fué esta otra pregunta embarazosa que Newman eludió contestando que efectivamente el chico podria parecerle mas adelante.

—Me alegraria, dijo el viejo, tener álguien que se me pareciera antes de morir.

—¡Morir! Aun teneis muchos años de vida, M. Lillywich.

—Esperad, dijo el viejo con voz solemne, esperad que me hayan afeitado.

Y poniéndose otra vez en manos del barbero para que le repasara, no dijo una palabra mas.

Era esto bien extraño, tan extraño á los ojos de Morleena, que la chica, á riesgo de que le cortaran la oreja, no pudo menos de volverse mas de veinte veces hácia su tio, durante el anterior diálogo.

Sin embargo, M. Lillywich no dió señal ninguna de haberla conocido; muy al contrario, procuraba, á lo menos en concepto de Newman, sustraerse á sus miradas y replegarse en sí mismo siempre que atraia su atencion.

Newman se preguntaba con asombro, qué podia haber ocasionado semejante cambio de parte del recaudador; pero reflexionando como verdadero filósofo que lo sabria mas tarde ó mas temprano y que podia esperar perfectamente, no se dejó turbar sino lo menos posible por la singularidad de maneras del viejo Lillywich.

En fin, ya está Morleena rizada con toda elegancia, y M. Lillywich que habia estado esperando algun tiempo, se levanta para irse tambien.

Al salir toma el brazo de Newman, mientras que este continua en la calle su oficio de escudero acompañante de miss Morleena, y anda con ellos un buen trecho sin hacer la mas leve observacion.

Newman que podia jactarse de no tener igual en hábitos taciturnos, no hizo ningun esfuerzo por romper el silencio.

Así, pues, ya estaban cerca de la casa, cuando M. Lillywich se decidió á abrir la boca.

—Decidme, M. Noggs, los Kenwigs se sorprendieron mucho con la noticia, ¿eh?

—¿Qué noticia?

—La de mi.....

—¡Ah! la de vuestro casamiento.

—¡Oh!

Y el viejo sofocó un gemido, que quiso disimular con otra tosecita.

—Le tuvimos oculta la noticia á mi mamá mucho tiempo, terció diciendo Morleena; pero no por eso dejó de llorar cuando la supo. Mi papá estuvo tambien muy abatido, pero ya está mejor. Y yo tambien, yo me puse muy mala, pero ya estoy mejor tambien.

—¿No abrazarias á tu tio, si yo te lo dijera, Morleena? le preguntó el recaudador con cierto recelo.

—Sin duda, contestó la niña con la energía combinada de su padre y de su madre; pero no abrazaria á la tia Enriqueta: ella no es mi tia, ni yo le daré nunca este nombre.

No bien hubo dicho esto la muchacha, cuando su tio la levantó en sus brazos para acariciarla mejor, y habiendo ya llegado á la puerta de la casa, subió derecho á la sala llevando siempre en brazos á Morleena.

M. Kenwigs y su esposa estaban cenando.

A la vista de su perjuro tio, Susana se puso pálida y aun se desmayó.

M. Kenwigs se levantó con majestad.

—Kenwigs, le dijo el recaudador, dadme esa mano.

—Caballero, contestó Kenwigs, ya pasó el tiempo en que yo tenia orgullo en dar la mano á un hombre como el que

ahora tengo delante; pasó ya el tiempo en que una visita suya excitaba en mi pecho y en el de toda mi familia sensaciones naturales y lisonjeras á la vez; hoy, caballero, miro á aquel hombre con emociones muy diferentes, contrarias, y me pregunto qué es lo que ha hecho de su honor, de su lealtad, de su naturaleza humana.

—Susana, dijo el viejo volviéndose humildemente hácia su sobrina, ¿no quieres decirme nada?

—Y ¿qué quereis que os diga, caballero? contestó por ella su marido dando un enérgico golpe sobre la mesa. No puede deciros nada: la lactancia de un robusto niño y el pesar que le causara vuestra cruel conducta, la han reducido á un extremo de debilidad, que apenas bastan á sostenerla cuatro pintas de cerveza diarias.

—Me alegro mucho de saber que sea un varon y robusto, repuso el viejo con dulzura. ¡Oh! sí, me alegro mucho, sobrinos.

Fué esto entrarles por su flaco, y así en el mismo acto Susana echó á llorar, y su marido hubo de sentir la mas viva emocion.

—Durante todo el tiempo que hemos estado esperando la venida del hijo varon, dijo el padre tristemente, me preguntaba yo: Si es un varon, como espero, porque habia oido decir muchas veces á su tio que deseaba que fuera este un varon; si es un varon ¿qué dirá el tio Lillywich? ¿Qué nombre querrá que se le ponga? ¿Se le pondrá Pedro, Alejandro, Pompeyo, Diógenes ó cómo se le llamará? Y ahora, cuando le veo pobre, abandonado, todo lo que puede hacer con sus bracitos es romperse la gorrita; todo lo que puede hacer con sus piernecitas es lastimarse á sí mismo. Cuando le veo en el regazo de su madre, metiéndose el puño en la boca el inocente; cuando pienso que su tio, aquí presente, que debia amarle tanto, se aleja de él, siento un impulso de venganza imposible de describir, y me parece que hasta el mismo niño me dice que odie á su tio.

Este patético cuadro conmovió tan profundamente á Susana que en vano procuró articular algunas palabras que se sumergieron y ahogaron en un mar de lágrimas.

Por fin pudo decir:

—Mi querido tio, ¿quién hubiera creido que nos volveriais así la espalda, á mí, á mis queridos hijos, á mi esposo, que es el autor de su existencia? Si en otro tiempo álguien nos hubiera dicho esto de un tio tan bueno y tan amante de los suyos, le hubiéramos mirado como á un enemigo. Y á pesar de todo, nosotros hemos puesto su nombre al pié del altar al primer varon que hemos tenido. ¡Oh! ¡Qué cruel habeis sido con nosotros, mi querido tio!

—Y ¿creeis, preguntó M. Kenwigs, creeis que nosotros pensábamos en el dinero? ¿Creeis que nuestro pesar tuviera un motivo interesado?

—Nó, contestó su esposa anticipándose á quien debia contestar; nó, yo desprecio todo eso.

—Y yo tambien, añadió el esposo; desprecio los intereses y siempre los he despreciado.

—Es mi sensibilidad la que ha sido atacada sin compasion, repuso la Susana; es mi corazon el que ha sido devorado por las mayores angústias. He sido abandonada en mi parto; mi pobre hijo se hizo gruñon y ha perdido la salud; Morleena se puso á la muerte; mi esposo... Pero todo esto lo perdono y olvido yo, porque... lo digo como lo siento, mi querido tio, con vos no podria enojarme nunca. Pero no me exijáis nunca que la reciba en mi casa, á *ella*, ¡nunca! ¡jamás! No quiero recibirla; no quiero, no quiero, no quiero.

—Susana, esposa mia, no te acalores tanto, le aconsejó su esposo; piensa en tu hijo.

Susana dió un gran grito.

—Sí, quiero pensar en mi hijo nó mas; en mi hijo, porque de mi hijo no puede despojarme ningun tio; ¡hijo! ¡hijo de mi alma! aborrecido, despreciado, abandonado.

Y aquí las sensaciones de Susana vinieron á ser tan violentas, que M. Kenwigs hubo de apresurarse á administrarle una esencia interiormente, y vinagre exteriormente, rompiendo para ello el cordon del corsé, cuatro cintas de mangas y una porcion de botones.

Newman habia permanecido allí, mudo espectador de es-

ta escena, porque M. Lillyvich le habia hecho al principio una seña para que no se retirara, y el mismo Kenwigs hubo de hacerle otra luego, que pudo pasar por invitacion á que continuara honrándolos con su presencia.

En este punto el mudo espectador se permitió hacer á Susana algunas observaciones, rogándole se tranquilizara, porque Newman tenia alguna influencia con ella.

Viendo esto M. Lillyvich, aprovechó un momento de calma y dijo á su sobrina con voz desfallecida:

—Susana, no seré yo quien te exija que recibas á mi..... no tengo necesidad de nombrarla, bien sabes quién quiero decir, Susana, y vos tambien, Kenwigs: ayer hizo ocho dias que se escapó con un capitan á medio sueldo.

No sabemos describir el asombro general que causó semejante noticia.

—¡Se ha ido con un capitan á medio sueldo! repitió M. Lillyvich. Sí, se ha ido con un capitan á medio sueldo, vergonzosa y traidoramente. ¿Quién habia de pensar en semejante capitan? Pues esa es la verdad. Aquí, en esta misma estancia, ví por la primera vez á la Enriqueta Petowker; aquí, en esta misma estancia, reniego de ella para siempre.

En hora buena. Hé aquí una declaracion que cambiaba completamente el aspecto de las cosas.

Susana se arrojó al cuello de su tio, reconviniéndose á sí misma por la dureza con que acababa de tratarle, y exclamando:

—¡Ah! mi querido tio, si yo he sufrido tanto, ¡cuánto mas no habreis sufrido vos!

M. Kenwigs estrechó la mano de su antiguo protector y le juró una amistad eterna.

Susana se sobrecogió de horror pensando que habia calentado en su seno una culebra, una serpiente, un áspid, una víbora, un cocodrilo en fin como la Enriqueta Petowker.

M. Kenwigs convino en ello diciendo que precisamente habia de ser todo eso y mucho mas, cuando no habia tomado ejemplo de la virtud de la casta Susana.

La casta Susana recordó haber oido decir muchas veces á

su esposo que no le edificaba mucho la conducta de la Enriqueta, y que no se explicaba la ceguedad que la misma Susana tenía por tan miserable criatura.

M. Kenwigs recordó tambien algunas sospechas que le habian ocurrido, pero no extrañaba que no le hubieran igualmente ocurrido á su esposa Susana, que era la misma castidad, la lealtad misma, mientras la Enriqueta era toda bajeza, falsedad y traicion.

Pero ambos á dos, Kenwigs y Susana, estuvieron de acuerdo en declarar, derramando lágrimas con la mayor emocion, que aquel mal era un bien, y rogaron á su querido tio, que en vez de abandonarse á estériles pesares, buscara consuelo en el trato y sociedad de parientes cariñosos y fieles, cuyos brazos y corazones le estarian abiertos siempre.

—Por afecto y estimacion á vosotros, mis amados sobrinos, dijo el viejo recaudador, no por espíritu de venganza y resentimiento contra ella, pues ni esto merece ya por mi parte, quiero poner mañana mismo en cabeza de vuestros hijos con reversion á los vivos en la época de su mayoridad ó casamiento, el dinero que en otro tiempo queria dejarles por testamento. El instrumento se otorgará mañana, y M. Noggs tendrá la bondad de ser uno de nuestros testigos; él verá si tengo palabra.

M. Kenwigs, Susana y Morleena al oir una proposicion tan generosa, se pusieron á sollozar á quien mas podia, y el ruido de sus gemidos, llegando al aposento inmediato, despertó á las otras criaturas que estaban ya acostadas y salieron cantando por alto.

Kenwigs, fuera de sí, desapareció y reapareció instantáneamente trayéndolos en sus brazos dos á dos y poniéndolos conforme estaban á los piés de M. Lillyvich, para que pudieran desde allí hacer subir á él la expresion de su gratitud y de sus oraciones para que Dios le diera cuanto le hiciera falta.

—Ahora, dijo M. Lillyvich despues de esta tierna escena y cuando se hubieron llevado á los niños, ahora dadme algo que cenar. Eso ha pasado á siete leguas de Londres,

adonde he llegado esta mañana; pero he estado todo el dia dando vueltas sin resolverme á venir á veros. Yo, que no la contrariaba en nada, que la dejaba en libertad de hacer lo que queria, y al fin he sacado esta recompensa. Tenia una docena de cubiertos y unos seiscientos francos en oro y todo ha desaparecido. Temo no tener ya valor para volver á llamar á la puerta de los contribuyentes para... pero no hablemos mas de esto. Los cubiertos podrian valer... En fin, no hablemos mas de esto, yo os lo ruego; no hablemos mas de esto.

Murmurando así tan amargas quejas, el viejo recaudador dejó escapar algunas lágrimas.

Pero sus sobrinos le hicieron sentar en una butaca y obtuvieron de él sin necesidad de rogarle mucho, que se decidiera á cenar.

Luego cuando hubo acabado de fumar su primera pipa y despachado un *punch* de seis francos, sacrificados por Kenwigs en celebridad de la vuelta del tio pródigo al seno amoroso de la familia, pareció resignado á su suerte y acaso satisfecho de la fuga de su esposa.

Por cuadro final, M. Kenwigs enlaza con una mano el talle de su esposa; con la otra mano sostiene su pipa, que entre paréntesis le hacia toser y llorar, porque no era un fumador de fuerza; fija luego sus ojos en Morleena, sentada en las rodillas de su tio, y dirigiéndose al público, exclama:

—Cuando veo á este respetable hombre volver al seno de la familia de que era el adorno y honra, cuando veo revelarse sus afectos con estas expansiones legítimas, encuentro que su corazon está tan elevado como su posicion social, donde desempeña un papel tan importante, y creo oir la voz de mis hijos en la cuna, mis tiernos é inocentes hijos, cuya suerte acaba de asegurar, diciéndome dulcemente al oido:

«Hé aquí un fausto acontecimiento que el cielo mismo mira con placer.»

CAPÍTULO XXI.

El proyecto de Nickleby y Gride sigue su curso.

Animado de una de esas audaces resoluciones que circunstancias excepcionales suelen inspirar aun á los mas indolentes, el adorador de Magdalena Bray, que era, al contrario, todo fuego y energía, al ver despuntar el dia, saltó de su lecho, al que no habia bajado el sueño en toda la noche, y se preparó para la última tentativa en la cual descansaba la última esperanza, esperanza débil de un feliz éxito.

Es posible que para los espíritus inquietos y ardientes sea la mañana la hora natural de la actividad y énergía; sin embargo, no es el momento en que la esperanza sea mas viva, ni mas emprendedor y espontáneo el valor. En las situaciones críticas y peligrosas, el hábito de arrostrarlas, un exámen concienzudo de las dificultades que nos rodean, familiarizándonos con el peligro, disminuyen por grados nuestras aprensiones y producen una indiferencia relativa y á veces una misteriosa y vaga confianza en algun auxilio desconocido, cuya naturaleza ó fuerza nos seria muy difícil explicar.

Pero cuando abordamos estas reflexiones por la mañana, con la cabeza reposada, despues de haber atravesado esa sombría y silenciosa laguna, que separa ya el dia de hoy del dia de ayer; cuando nos es preciso remachar de nuevo los eslabones de que se compone la brillante cadena de la esperanza; cuando nuestro entusiasmo se ha calmado para hacer lugar á la fria razon, entonces renacen la duda y las aprensiones.

Cuando el viajero emprende de nuevo su camino, de dia claro, ve despiegarse ante sí las escarpadas montañas y las llanuras desconocidas que las tinieblas de la noche habian ocultado completamente á su vista por no desalentar su va-

lor. Lo mismo sucede con el peregrino de la vida humana: los rayos del sol naciente le hacen ver cada dia un nuevo obstáculo que superar. Él tambien ve extenderse ante sí un horizonte que no sospechaba la noche anterior; y la luz que viene á dorar alegremente todos los espectáculos de la naturaleza parece complacerse en poner de relieve todos los tristes obstáculos que se elevan entre la tumba y él.

En estas disposiciones y con la impaciencia natural de su situacion, salió Nicolás de su casa bien temprano.

Y ¿por qué tan temprano?

No lo sabia; al contrario, no ignoraba que habian de pasar aun muchas horas antes de ver á Magdalena, y que no tenia nada que hacer en este intervalo, sino dejar correr el tiempo; pero le parecia que era desperdiciar este tiempo tan precioso pasándolo en la cama, y preferia perderlo en divagar por Londres, como si bastara levantarse y moverse y removerse para llegar mas pronto al término.

Y sin embargo, á medida que recorria las calles y veia con distraidos ojos avanzar el dia y aumentarse por grados el tráfico y movimiento general, todo le parecia ofrecerle un nuevo motivo de desaliento.

La noche anterior hallaba tan monstruoso el sacrificio de una mujer jóven y bella al cálculo mas bien que al amor del ente miserable y ridículo que se le destinaba por esposo, que no podia dar crédito á lo que era ya casi un hecho, y cuanto mas pensaba en ello con tortura de la cabeza y del corazon, tanto mas se convencia de que al fin se declararia algun auxilio inesperado que viniera á arrancarla de sus garras.

Pero por la mañana, pensando en la marcha regular de las cosas, dia por dia, hora por hora, arregladas como un cuadrante; pensando en la juventud que muere como la belleza, mientras que la horrible edad de la avaricia y de la rapiña continua tranquilamente su camino; pensando cómo se enriquèce la codicia astuta, mientras hay tantos hombres laboriosos y honrados sumidos en là pobreza y el dolor; cuán pocos son los mortales afortunados que ocupan ricos

palacios y cuán numerosos los que viven en infectos albergues; cuántos se levantan cada mañana, se acuestan cada noche, viven y mueren, de padres á hijos, de raza en raza, de generacion en generacion, sin tener un rincon donde reclinar la cabeza, sin ver á nadie poner al servicio de su miseria la energía caritativa de sus esfuerzos y de su carácter; cuántas mujeres y niños, persiguiendo, no el lujo ni los esplendores de la vida opulenta, sino simplemente el medio de sostener su miserable existencia, divididas por clases en esta misma ciudad, contadas, numeradas en el padron de la policía con tanta exactitud, como los personajes de rango en el libro de la nobleza, distinguiéndose solamente por esa ligera diferencia de estar predestinadas desde su nacimiento á los oficios mas criminales y odiosos; cómo la ignorancia encontraba por todas partes jueces que la castigaran y en ninguna maestros que la enseñaran; cómo las cárceles se abrian á cada instante y la horca estaba siempre en ejercicio para millares de infelices nacidos en una situacion que los hizo culpables desde la cuna, sin lo que ganarian su pan honradamente y vivirian en paz; cuántos estaban ya muertos en el alma sin esperanza de revivir jamás; cuántos otros cuya educacion y fortuna han puesto en buen camino, á pesar de sus vicios, desvian con desprecio los ojos del infeliz herido fatalmente por la ley, cuando no podia hacer otra cosa, cuando seria tan extraño verle hacer el bien, como á ellos verles hacer el mal; cuánta miseria, cuánta injusticia, cuánta iniquidad habia, lo que no impedia que el mundo siguiera su curso un año tras otro, con la misma indiferencia y abandono, sin que nadie pensara en curar ó disminuir el mal... Pensando en todo esto, y aislando el caso particular que ocupaba todos sus pensamientos, Nicolás sintió que no habia nada que esperar, y no vió razon valedera para que su suerte no formara uno de los átomos perdidos en el conjunto infinito de las penas y pesares encadenados unos á otros, para que no llevara al fondo comun el pequeño tributo de su humilde y mezquina unidad. . . . .

Pero si la juventud tiene el privilegio de evocar á voluntad las mas tristes imágenes bajo los colores mas sombríos, por fortuna tiene el privilegio tambien de no detenerse mucho en ellas.

A fuerza de discurrir sobre lo que tenia que hacer y de recordar póco á poco sus esperanzas de la noche anterior, Nicolás vino insensiblemente á recobrar toda su energía, y cuando la mañana estuvo bastante adelantada para lo que intentaba hacer, ya solamente pensó en sacar el mejor partido posible.

Despues de un desayuno ligero y precipitado y del despacho de algunos asuntos urgentes, dirigió sus pasos á casa de Magdalena Bray, deteniéndose muy poco en el camino.

Habia previsto que seria muy posible que no le permitieran ver á la jóven, aunque nunca le hubieran puesto antes dificultad ninguna en ello, y discurria el medio mas seguro de penetrar hasta ella en esta suposicion, cuando llegó á la puerta de la casa y la encontró entreabierta.

El descuido de la persona que al salir no la habia cerrado le ofrecia la ocasion de entrar sin ceremonia.

Aprovechando la ocasion subió la escalera y fué á llamar resueltamente á la estancia donde siempre se le recibia.

Una voz gritó: ¡Adelante!

Nicolás no se hizo esperar.

Bray estaba solo con su hija.

En las tres semanas que hacia ya que Nicolás no la habia visto, se habia obrado en el semblante de la encantadora jóven un cambio que revelaba claramente todo el sufrimiento moral que habia tenido que soportar y reprimir durante este corto intervalo. No hay palabras para describir, ni comparaciones para representar la palidez espantosa, la clara y trasparente blancura del bello rostro que se volvió hácia Nicolás, cuando entró en el aposento. Sus magníficos cabellos velaban su cara y caian sobre su cuello, cuya extremada blancura los hacia parecer negros como la pluma de un cuervo. Sus ojos sombríos tenian algo de inquieto, ó extraviado, pero siempre la misma paciencia en la mirada,

la misma expresion dulce y resignada que le habia conocido siempre, sin ninguna señal de lágrimas.

Su belleza mas simpática ahora que nunca, habia tomado un carácter grave y triste que le pareció mas penoso que la agonía de un pesar violento. El suyo era tranquilo y contenido, pero estaba grabado en su fisonomía, como si el gran esfuerzo que habia llegado á darle este sello discreto á vista de su padre, dominando la amargura de sus pensamientos, hubiera burilado á su paso la rápida expresion del dolor en sus rasgos para dejar una señal siempre viva de su triunfo.

El padre estaba sentado en frente de ella; no la miraba precisamente de frente sino de lado, y hablaba con tono de buen humor, tono que disfrazaba mal los penosos sentimientos de que estaba agitado.

Los lápices y pinceles no estaban en el lugar de costumbre sobre la mesa: en general todos los otros testigos de sus ocupaciones ordinarias habian desaparecido. Los vasos que Nicolás habia visto siempre llenos de flores frescas estaban vacios ó solo contenian algunos tallos mustios como sus hojas. Ni la funda que cubria de noche la jaula del canario habia sido aun retirada: el pobre pajarillo habia sido olvidado por su ama.

Hay momentos en que el espíritu mas vivamente excitado y dispuesto por sus penas interiores á recibir fuertes impresiones, ve mucho de una sola ojeada. Así, pues, Nicolás no habia tenido mas que abrir los ojos para darse cuenta de todo, cuando M. Bray acogió su visita con estas palabras pronunciadas con tono de impaciencia:

—Y bien, señor mio, ¿qué quereis? Decid pronto el encargo que traeis, porque mi hija y yo estamos ocupados en asuntos mucho mas importantes que el que os trae aquí: con que hacednos el favor de explicaros pronto y sin rodeos.

Era muy fácil á Nicolás conocer que la impaciencia nerviosa revelada en estas palabras de Bray no era real, y que en el fondo del corazon se alegraba de una interrupcion que debia tener por efecto dar un giro distinto á la atencion de su hija.

Involuntariamente llevó la vista á él mientras hablaba, y notó indudablemente su embarazo, pues Bray se sonrojaba y desviaba la cara.

Sin embargo, si tenia en efecto el deseo de distraer la atencion de Magdalena obligándola á tomar parte en la conversacion, no se engañó por cierto en su esperanza, pues la jóven se levantó, dió algunos pasos hácia Nicolás, y tendió la mano como para recibir la carta que sin duda se le llevaba.

—Magdalena, le dijo su padre con tono de reconvencion, ¿qué haces, hija?

—Es que sin duda esta señorita esperaba recibir alguna carta, contestó Nicolás hablando muy distintamente y llamando la atencion de Magdalena sobre el sentido misterioso de sus palabras con la energía con que las pronunciaba; pero mi principal no está en Inglaterra, por lo cual no le traigo esa carta. Yo espero que miss Magdalena tenga la bondad de darme tiempo... un poco tiempo; no pido mas que un breve plazo.

—Si no venís mas que á eso, repuso M. Bray, no teneis necesidad de molestaros. Magdalena, yo no sabia que este jóven fuese deudor nuestro.

—¡Oh! es una bagatela, contestó Magdalena con voz abatida.

—¿Acaso imaginais, dijo Bray volviendo su silla para mirar de frente á Nicolás, que sin las miserables sumas que traeis de vez en cuando para indemnizar á mi hija del empleo que quiere hacer de sus ocios, tendriamos que morirnos de hambre?

—Jamás he imaginado eso, contestó Nicolás.

—¿Eh?

—Que nunca me ha ocurrido semejante idea.

—Nunca ¿eh? Bien sabeis vos que sí, repuso el enfermo. No solo os ha ocurrido esa idea, sino que os ocurre siempre que venís aquí. ¿Creeis acaso, jóven, que no conozco yo muy bien á esos comerciantes miserables y el orgullo que sacan de su bolsillo, cuando por una desgraciada cir-

constancia llegan ó creen haber llegado á dominar á un caballero?

—No es un caballero, sino una señorita, contestó Nicolás respetuosamente, la persona con quien mi comercio me pone en relaciones actualmente.

—Esa señorita es hija de un caballero, replicó el enfermo con acritud. Y no quiero discusiones, señor mio. Pero veamos, sin duda vendreis á hacer *pedidos*. ¿No traeis *pedidos* para mi hija?

Nicolás no se engañó sobre el motivo de este tono victorioso con que Bray le hacia sufrir un interrogatorio; pero reconoció la necesidad de continuar hasta el fin el papel de que se habia encargado, y presentó una lista de los dibujos que su principal necesitaba y que habia hecho él en la prevision de que pudiera servirle.

—¡Ah! Hé ahí los *pedidos* ¿eh? dijo Bray.

—Si os empeñais en darle ese nombre... hé aquí los pedidos, contestó Nicolás.

—Pues bien, repuso Bray rechazando el papel; podeis decir á vuestro principal que mi hija, miss Magdalena Bray, no tiene á bien desde hoy dedicarse á semejantes tareas; que miss Magdalena Bray no está á sus órdenes como parece suponerlo vuestro principal; que no tenemos necesidad de vuestro dinero para comer, como él se ha figurado sin duda; que puede dar lo que nos debe al primer mendigo que pase por su tienda, si no prefiere añadir la partida á su cuenta de ganancias; y en fin, que se vaya al diablo y nos deje en paz. Así es, señor mio, cómo yo recibo sus *pedidos*.

—Y ¡así es, dijo para sí Nicolás con gran desprecio, así es como el hombre que vende á su hija, á pesar de sus lágrimas, entiende la independencia!

Por fortuna, el padre de la hija vendida estaba demasiado desvanecido ante los grandes destinos que se abrian á sus ojos, para observar la despectiva expresion de Nicolás, porque el indignado jóven hubiera revelado ese mismo desprecio aun en medio de los tormentos.

Despues de un momento de silencio, añadió M. Bray con la misma acritud:

—Ya sabeis la contestacion, jóven; con que podeis retiraros. A no ser que tengais que hacer mas *pedidos*.

Y esto diciendo se echó á reir ruidosamente.

—No tengo mas que hacer, contestó Nicolás, y me hareis la justicia de recordar, M. Bray, que por consideracion á vuestra antigua posicion, no me he servido nunca de ese término ni de ningun otro que hubiera podido interpretarse como una pretension por mi parte. Nó, no tengo mas pedidos que hacer, M. Bray; no tengo mas que temores... temores que voy á expresaros, á riesgo de disgustaros... Temo, pues, que no condeneis á esta señorita á un suplicio mayor que el de sostener vuestra existencia con el trabajo de sus manos, aunque perdiera en él la salud y hasta la vida. Hé aquí lo que temo; y en vuestra propia conducta, en vuestro tono sarcástico conmigo, es en lo que fundo estos temores. Dejo á vuestra conciencia, caballero, el cuidado de deciros si son fundados ó infundados.

—¡Por Dios! exclamó Magdalena interrumpiendo esta enojosa conversacion. No olvideis, caballero, que mi padre está enfermo.

—¡Enfermo! gritó el padre sofocado y respirando apenas. Un mancebo miserable viene á insultarme en mi propia casa, y aun mi hija le ruega, por compasion de mí, que no olvide que estoy enfermo.

Al instante mismo le atacó su mal con tanta violencia, que Nicolás temió un momento por su vida.

Habiéndole visto luego volver de su síncope, hizo comprender por medio de una seña á Magdalena, que tenia que decirle algo importante y que esperaba en la meseta de la escalera, y salió de la estancia.

Desde la meseta pudo Nicolás observar como el padre volvia poco á poco en su acuerdo, sin hacer alusion á la escena que acababa de tener lugar, como si no tuviera de ella mas que un recuerdo confuso.

Despues rogó á su hija que le dejara solo.

—¡Ah! exclamó Nicolás. ¡Si esta ocasion que se me presenta pudiera á lo menos darme esperanzas! ¡Si pudiera siquiera obtener de ella un plazo de ocho dias!...

Magdalena apareció.

—Me habeis dado á entender que teniais un encargo para mí, le dijo la jóven en un estado de visible agitacion. Yo os suplico, añadió, tengais la bondad de aplazarlo por algunos dias... pasado mañana podeis volver.

—¡Ah! ¡Pasado mañana! exclamó Nicolás con una expresion indefinible. Pasado mañana seria demasiado tarde para lo que tengo que deciros. Además... tampoco estariais ya aquí. ¡Ah! señorita, por poco que creais deber un pensamiento á quien me envia, por mas que hayais sacrificado la paz de vuestro espíritu y la tranquilidad de vuestra alma, tened la bondad, os lo suplico, en nombre de Dios, tened la bondad de oirme un momento.

Magdalena quiso retirarse; pero Nicolás la retuvo suavemente al pasar por delante de él.

—Dignaos oirme, Magdalena, ó mas bien, oid al hombre generoso y noble en cuyo nombre vengo á hablaros. ¡Oh! ¡si él supiera el peligro en que estais! Pero ved qué fatalidad, está ausente de Inglaterra. En nombre del cielo, escuchadme, escuchadme, Magdalena.

La pobre y fiel criada estaba allí tambien con los ojos hinchados y enrojecidos por las lágrimas, y Nicolás imploró su mediacion en términos tan patéticos, que abrió una puerta inmediata, por donde condujo á su señorita sosteniéndola, pues desfallecia, y haciendo una seña al jóven para que las siguiera.

—Dejadme, caballero, dejadme; yo os lo ruego, dijo con angustia Magdalena.

—Nó, contestó Nicolás, no quiero dejaros así. Tengo un deber que cumplir, y si no es aquí será en el aposento de que acabamos de salir, á riesgo de la tranquilidad y salud de vuestro padre. Tengo que suplicaros que reflexioneis en el partido á que se os precipita.

—¿De qué partido quereis hablar, caballero? ¿Qué par-

tido es ese á que se me precipita? preguntó Magdalena haciendo cuanto podia por tomar un aire de dignidad ofendida.

—Aludo, contestó Nicolás, á ese casamiento fijado para mañana por un hombre que se encuentra donde quiera que hay algo malo que hacer y nunca donde haya de hacerse algo bueno; á ese casamiento aludo, porque sé su historia mejor que vos, mucho mejor que vos. Conozco muy bien las tramas que se han urdido á vuestro alrededor; conozco muy bien á los hábiles traficantes que las han urdido, y puedo deciros con la conciencia de no decir mas que la verdad, que se os engaña pérfida y traidoramente, que se os vende por un puñado de miserable dinero, dinero enmohecido por las lágrimas y acaso por la sangre de los deudores arruinados, que en su desesperacion, han atentado contra su propia vida.

—Habeis dicho que teniais un deber que cumplir, dijo Magdalena con amargura; no sois solo, caballero: yo tambien tengo que cumplir otro deber, y lo cumpliré con la ayuda de Dios.

—Decid mas bien con la ayuda de los demonios, sin exceptuar á vuestro futuro esposo, que...

—Basta; yo no debo escuchar esas cosas, dijo Magdalena haciendo vanos esfuerzos para reprimir el estremecimiento que la alusion á Arturo Gride parecia haberle producido. Si es un mal, un mal es de que no debo acusar á nadie mas que á mí; nadie me ha precipitado, sino que yo obro de mi libre eleccion y voluntad. Ya veis que no se trata aquí de fuerza ni de coaccion: decídselo así á mi amado protector; hacedle presente mi gratitud, en la que teneis una parte, y dejadme para siempre.

—Nó, es preciso que os suplique todavía con todo el ardor de que me siento animado, tengais la prudencia de aplazar ese funesto enlace por una semana siquiera; es preciso que yo os suplique todavía reflexioneis mas sériamente de lo que lo habeis hecho bajo la influencia que os domina en la resolucion que vais á tomar. Es posible que no conozcais toda la indignidad del hombre á quien vais á dar

vuestra mano, pero ya conoceis algo de él. Le habeis oido hablar, habeis visto su cara... reflexionad, por Dios, reflexionad, antes de que sea tarde, en el voto sacrilego que se va á exigir de vos ante el altar; en la fe que vais á jurarle sin consultar vuestro corazon; en las palabras solemnes que vais á pronunciar, sintiendo que la naturaleza y la razon se rebelan contra ellas; en vuestro demérito á vuestros propios ojos, demérito que se agravará mas y mas cada dia, á medida que su odioso carácter se vaya revelando. Huid con horror, señorita, huid del repugnante trato de ese miserable, como huiriais del contagio de una peste; sufrid, si es posible, el trabajo y el dolor; pero no le sufrais á él en interés de vuestra felicidad; porque, creedme, no es una vana palabra; la pobreza mas abyecta, la condicion mas infeliz en el mundo, sostenida por una conciencia recta y pura, seria una dicha envidiable en comparacion del destino á que vais á condenaros entregando vuestra mano á semejante hombre.

Mucho antes que Nicolás hubiera acabado de hablar, Magdalena se habia tapado la cara con las manos y daba libre curso á sus lágrimas.

Sin embargo, la pobre jóven acabó por dirigirse á él con voz turbada por la emocion, pero que fué tomando firmeza á medida que hablaba.

—No os ocultaré, caballero, aunque acaso fuera mi deber, que he sufrido grandes penas desde que os he visto. Nó, yo no amo á ese hombre: la diferencia de nuestras edades, de nuestros gustos, de nuestros hábitos se opone á ello; él lo sabe y, sin embargo, insiste en ofrecerme su mano. Al aceptarla, acepto el medio, el único que me queda, de dar libertad á mi padre, que se muere en este lugar de destierro. Prolongo su vida acaso algunos años, le proporciono comodidades y alivio de un gran peso un corazon generoso. Pero no vayais á estimarme tan poco que me creais capaz de fingir un amor que no siento: nó, no me tengais en este concepto; á esta sola idea siento desfallecer mi corazon. Pero si la razon ó la naturaleza no me permiten amar al hombre que paga tan caro el honor de obtener

mi mano, yo puedo llenar siempre con él los deberes de esposa, y los llenaré. Él consiente en tomarme tal cual soy; yo le he dado mi palabra, y este es el momento de alegrarme, mas bien que de entristecerme: estoy, pues, resuelta á ello. El interés que veo tomais en la suerte desesperada de una jóven sin apoyo como yo, la delicadeza con que habeis correspondido á la confianza de vuestros amigos, la discrecion que habeis desplegado en cumplir vuestras promesas, merecen toda mi gratitud, y bien podeis creerlo cuando os lo aseguro con lágrimas en los ojos; pero no hay que creer que yo me arrepienta ni que soy desgraciada: soy al contrario dichosa, pensando en la felicidad que puedo derramar á mi alrededor á costa de tan pequeño sacrificio, y estoy segura de serlo todavía mas, andando el tiempo, cuando vuelva á ello con el pensamiento y todo esté concluido.

—No podeis hablar de vuestra felicidad sin que se renueven vuestras lágrimas, contestó Nicolás, y en vano desviais la vista del negro porvenir que se os ofrece cargado de tantos males. ¡Oh! aplazad ese enlace solo por ocho dias, yo os lo suplico, Magdalena, por ocho dias no mas.

—Cuando entrasteis, poco hace, me hablaba mi padre con una alegría que me recordaba tiempos muy remotos; y hablábame de la libertad que iba á recobrar mañana, del aire puro que iba á respirar, en fin, de todos los objetos, de todos los espectáculos nuevos que iban á rejuvenecer su debilitada constitucion. ¡Ah! ¡Cómo brillaban sus ojos! ¡Cómo se reanimaba su semblante solo con pensar en ello! Nó, añadió Magdalena con voz firme y resuelta, no retardaré su dicha ni un minuto.

—Todo eso, replicó Nicolás, todo eso no es mas que artificio, astucia, para encadenar como han encadenado vuestra voluntad.

—No quiero oir mas sobre esto, dijo Magdalena precipitadamente; he oido ya demasiado, mas acaso de lo que hubiera debido. Todo lo que acabo de deciros, caballero, os lo he dicho como representante de mi querido protector, á

quien tendreis la bondad de repetirle siempre mi reconocimiento. Dentro de algun tiempo, cuando me sienta mas tranquila y me haya acostumbrado á mi nuevo género de vida, si es que vivo tanto tiempo, entonces le escribiré. Mientras tanto ruego á Dios le bendiga y á todos los ángeles que le guarden.

Magdalena fué á abandonar la estancia, pero Nicolás se interpuso suplicándole otra vez mas, reflexionara en la suerte á la que corria con tanta precipitacion.

—Pensad en ello ahora, que luego... luego no habrá remedio en lo humano, decia Nicolás con voz desgarradora. Una vez hecho el mal, todo pesar es ya inútil, pero el pesar crece cada dia y se hace insoportable á veces. ¡Dios mio! ¿Qué podria yo deciros para deteneros en el borde del abismo? ¿Qué podré hacer yo para salvaros?

—Nada, contestó Magdalena con aire extraviado. ¡A Dios gracias! hé aquí mi última prueba, la mas cruel. Tened piedad de mí, caballero, yo os lo suplico; no me quebranteis mas el corazon con vuestros ruegos. ¡Ah! me llama! No debo, no quiero estar aquí un momento mas.

—Pero escuchadme, una palabra no mas, dijo Nicolás con la misma viveza y rapidez de lenguaje; si fuera una maquinacion cuyo hilo no tengo aun, pero que puedo tener con el tiempo; si tuvierais vos sin saberlo, títulos á una fortuna que os es debida y cuya revindicacion os pudiera procurar las mismas ventajas que buscais en ese casamiento, ¿no os retractariais?

—Nó, nó, nó; es imposible, es una ilusion. Y además, diferir seria darle la muerte. Oid que me llama de nuevo.

—Es acaso la última vez que nos vemos sobre la tierra; deseo á lo menos no volveros á ver nunca.

—Y yo tambien y yo tambien, contestó Magdalena sin reflexionar lo que decia. Vendrá un tiempo en que solo el recuerdo de esta conversacion con vos, podrá volverme loca; pero no dejeis de decir á los hermanos Cheeryble que me dejais tranquila y contenta, y llevad para vos las bendiciones de mi reconocido corazon.

—¡Ah! ¡Magdalena! exclamó Nicolás.

Pero ya habia partido.

Nicolás salió de la casa, perseguido por el cuadro cuyo desenlace acababa de ver, como por el fantasma de un sueño ó de un delirio.

El dia pasó, y por la noche, despues de haber conseguido poner un poco en órden sus ideas, volvió á salir.

Aquella misma noche, la última noche del celibato del viejo Arturo Gride, estaba el novio, como era natural, ébrio de alegría y de un humor jovial y aun juvenil.

La casaca verde-botella habia recibido una buena mano de cepillo, amen de las puntadas y botones de que tenia tanta necesidad, y estaba colgada ya en disposicion de ir á las bodas.

Peg Sliderskew habia dado sus cuentas: el empleo de los treinta y seis sueldos que se le daban para el gasto dos veces cada dia, sin recibir nunca mas de una vez, habia sido por ella debidamente justificado. Todos los preparativos estaban hechos para el próximo regalo. Otro hombre que Arturo se hubiera entretenido mas en sus sueños de felicidad; pero él hubo de preferir sentarse á su escritorio para hacer la suma de sus ingresos en un viejo y sucio registro forrado en pergamino.

—¡Precioso libro! exclamó riendo con la garganta y cayendo de rodillas ante un cofre fijo en el suelo por medio de fuertes tornillos, en cuya oscura cavidad metió el brazo hasta el hombro para sacar de él con mucho tiento el grasiento y viejo registro. ¡Precioso libro! No tengo otra biblioteca; solo tengo un libro; pero bien puedo decir que es uno de los mas entretenidos y útiles que se hayan escrito nunca. ¡Qué buen libro es! En él no hay nada que no sea real y verdadero, y esto es precisamente lo que me agrada de él. Verdadero como el Banco de Inglaterra, y real como su moneda de oro y de plata: *Arturo Gride fecit.*

Y el avaro se echó á reir satisfecho de su buena ocurrencia.

—Buscad por ahí uno de esos romanceros, añadió, que

pueda sostener la comparacion con este libro, compuesto para el uso de una sola persona, tirado á un solo ejemplar, libro destinado á mi exclusiva lectura y en que nadie por consiguiente lee sino yo, yo, Arturo Gride.

Y el vejete volvió á celebrar sus ocurrencias con otra risa igual á la primera.

A la vez que recitaba entre dientes el anterior monólogo, llevó á la mesa su precioso registro, lo abrió sobre un empolvado pupitre, se caló las gafas y se puso á consultar sus asientos.

—Es una suma asombrosa la que tengo que pagar á ese zorro de Nickleby; como que tengo que extinguir toda la deuda, sin ningun descuento. Veinte y cuatro mil trescientos ochenta y dos francos, con setenta y cinco céntimos. Y además un pagaré de doce mil quinientos francos: total, treinta y seis mil ochocientos cuarenta y dos francos, setenta y cinco céntimos. ¡Qué espanto! Y para mañana á las doce en punto. ¡Qué horror! Es un esfuerzo heróico dar de una vez tanto dinero.

Y el avaro meneó la cabeza con gran despecho.

Despues añadió:

—Bien sé yo que la pollita me trae una indemnizacion, porque algo habia de aportar ella al matrimonio, que no lo he de poner yo todo; eso no obstante, está por saber todavía si no hubiera yo podido hacer por mí mismo este negocio. Ningun hombre tímido dará nunca un buen golpe. Me arrepiento de haber sido tan tímido. ¿Por ventura no hubiera yo podido ir resueltamente á entenderme con Bray, ganando de un solo golpe treinta y seis mil ochocientos cuarenta y dos francos, con setenta y cinco céntimos?

El viejo usurero, cogido en el lazo por otro mas hábil que él, se sintió tan abrumado por estas reflexiones, que dejó escapar del fondo de su pecho dos ó tres dolorosos gruñidos, y declaró con las manos elevadas al cielo, que decididamente moriria en algun pajar á consecuencia de sus despilfarros.

Sin embargo, despues de pensarlo mejor y calculando

que de todas maneras hubiera tenido que pagar toda la deuda, y sobre todo temiendo que por sí solo no hubiera logrado su objeto principal, que era la mano de Magdalena con sus títulos desconocidos á una regular fortuna, lo dió por bien empleado y para acabarse de consolar siguió recorriendo sus asientos de ingresos con verdadera satisfaccion, hasta que vino á interrumpirlo su incomparable y digna ama de gobierno.

—¡Ah! ¡Margarita! exclamó el avaro como sorprendido. ¿Qué hay, Margarita? ¿Qué hay?

—Es la gallina, contestó la vieja exhibiendo en un plato, sucio como ella, una gallina, que mas bien parecia un pollo, y mas que pollo una codorniz por lo flaca y microscópica.

—¡Buena pieza! exclamó Arturo, despues de haberse informado del precio y no haberlo encontrado excesivo para el tamaño del bípedo. ¡Buena pieza! Con un poco de jamon, no mucho, porque no podria comerse de sustancioso, un huevo para la salsa, unas cuantas patatas, unas hojas de berza, unas manzanas y un pedazo de queso, tendremos una comida imperial, como exigen las circunstancias. Y para todo esto no seremos mas que dos: ella y yo... y vos tambien, Margarita; no hay para que decirlo.

—Pues con todo esto, no vayais luego á decir como siempre que se gasta mucho, dijo la económica ama de gobierno.

—Temo mucho, Margarita, repuso el avaro despues de suspirar profundamente con cierto aire de resignacion, temo que nos veamos obligados á vivir un poco suntuosamente la primera semana; pero tendremos luego que economizar el exceso, no hay otro remedio. Yo, por mí estoy decidido á no comer mas de lo necesario, á no hartar el apetito, y estoy convencido del interés que os tomais por mi hacienda para temer que vos no hagais otro tanto. ¿No es verdad, Margarita?

—¿Qué?

—Digo que vos amais lo bastante á vuestro amo...

—¡Ah! sin duda.

—¡Qué sordera del diablo! Digo que me amais lo bastante para no hartar vuestro apetito á expensas de mi bolsillo.

—¿La despensa?

—¡Pardiez! Y siempre es la palabra capital la que no oye ó no quiere oir. A expensas de mi bolsillo, camello de mujer.

Como este último requiebro, tan poco lisonjero para las gracias y encantos de la vieja Margarita, fué pronunciado en voz baja, la interesada no tuvo porqué ofenderse, y se limitó á contestar á la pregunta principal con una especie de gruñido sordo que vino á coincidir precisamente con un campanillazo de llamada á la puerta de la calle.

—La campanilla, le advirtió Gride.

—Sí, sí, ya lo sé, contestó la sorda, sin moverse de su sitio.

—Y entonces ¿por qué no vais?

—¿Adónde?

—Al diablo.

—Me parece, señor, que no hago aquí ningun estorbo.

Arturo Gride se puso entonces á repetir la palabra campanilla con toda la fuerza de sus pulmones, y la vieja Margarita, á pesar de la dureza de sus tímpanos, habiendo comprendido al fin á su amo, que para llegar á este resultado hubo de hacer la pantomima de un hombre que llama á una puerta, le arguyó con todo este donaire:

—Y si es que llaman á la puerta, ¿por qué no habeis comenzado por aquí, en vez de contarme tantas historias sobre asuntos que no tienen ninguna relacion con la puerta ni menos con la campanilla? ¡Bah! Y mi medio litro de cerveza esperándome en las escaleras! ¡Tiene este buen señor una calma!...

Y esto diciendo y murmurando otras cosas no menos chistosas, salió de la habitacion para abrir la puerta.

—¡Señora Margarita! dijo Arturo luego que hubo desaparecido; ya comenzais á no ser la misma. ¿De dónde viene este cambio?... No puedo decirlo; pero si esto dura no viviremos de acuerdo mucho tiempo, á lo que entiendo. Se hace

respondona, me parece, pues va murmurando no sé qué, despues de haberme argüido absurdamente, puesto que ella es la sorda que no oye nada de lo que le digo, y yo no tengo mas fuerzas para gritar. En ese caso, señora Margarita, lo mejor que podeis hacer, es abandonar voluntariamente el puesto, antes de que se os destituya por fuerza. ¡Y que no habria pretendientes á una abadía como la que estais disfrutando!...

Haciendo estas advertencias al aire, puesto que Margarita no estaba allí, ni aun las hubiera oido tampoco á estar presente, en el tono en que Gride se las hacia, el viejo avaro volvió á su registro, y muy luego dió en un asiento, cuyo poderoso interés le hizo olvidar todo lo del mundo, sin exceptuar la sordera de la señora Margarita.

No habia en el aposento mas luz que la de un sucio quinqué, cuya carbonizada mecha oscurecida todavía por una gran pantalla, concentraba sus débiles rayos en un pequeño espacio, dejando lo demás en una lúgubre sombra.

El usurero habia aproximado tanto el quinqué que apenas quedaba espacio para el registro sobre el cual estaba inclinado. En la actitud en que estaba, con los codos sobre el pupitre y sus salientes pómulos apoyados en sus manos, el quinqué daba siempre bastante luz para hacer resaltar mejor la fealdad de sus rasgos encuadrados en el pupitre en que estaba de codos, dejando todo lo demás del aposento casi en tinieblas.

Al levantar los ojos al frente mientras hacia un cálculo mental, el avaro encontró de repente la mirada fija de un hombre cerca de él.

—¡Ladrones! gritó el viejo levantándose vivamente y estrechando contra su pecho su amado registro. ¡Ladrones! ¡Asesinos!

—¿Qué estais diciendo ahí? dijo el intruso adelantándose aun mas.

—¡Retiraos! ¡Atrás! siguió gritando el miserable con un temblor de azogado. ¿Sois un hombre ó un...

—¿Qué quereis que sea sino un hombre? contestó interrumpiéndole el otro pacíficamente.

—Ciertamente, ciertamente, repuso el viejo Gride sombreando sus ojos con la mano para ver mejor. Ciertamente, no es un espíritu, es un... ladron. ¡Ladrones!

—Y ¿por qué dais esos gritos? ¿Creeis que efectivamente lo soy y procurais asustarme? Ya veis como no soy un ladron.

Y al decir esto se le aproximó mas aun.

—Entonces, dijo Gride un poco mas tranquilo, pero retrocediendo siempre con cierta desconfianza ante el intruso personaje, ¿cómo habeis entrado aquí? ¿Qué quereis de mí? ¿Cómo os llamais?

—No teneis necesidad ninguna de saber cómo me llamo me encuentro aquí introducido por vuestra propia criada; os he interpelado dos ó tres veces, pero vos estabais tan profundamente abismado en la lectura de vuestro registro, que no me habeis oido, por lo cual me he visto obligado á esperar que salierais de vuestra abstraccion. En cuanto á lo que quiero, voy á deciroslo en cuatro palabras, una vez que ya estais tranquilo y en disposicion de escucharme y comprenderme.

Arturo Gride, habiéndose arriesgado á mirar con mas atencion al desconocido y viendo que era un jóven de buen parecer y honrada presencia, volvió á ocupar su asiento excusándose de su recibimiento con estas razones:

—¡Está uno rodeado siempre de gentes tan malas!..!.. han ocurrido ya chascos tan graves, me he visto yo mismo sorprendido tantas veces... que son pocas todas las precauciones y muy naturales las alarmas que habeis notado en esta ocasion.

Despues llevó su atencion al extremo de ofrecerle asiento, atencion que agradeció el desconocido con mucha cortesía, pero manteniéndose en pié.

Esto dió en qué pensar al usurero que hizo un gesto de inquietud.

—¡Pardiez! exclamó Nicolás, que Nicolás era el personaje de esta inesperada visita, tranquilizaos: si permanezco de pié, no es porque pretenda conservar el medio de ataca-

ros con ventaja. Escuchadme: mañana por la mañana os casais. ¿No es así?

—Nó, contestó Gride con zozobra. ¿Quién os ha dado semejante noticia? ¿Por dónde lo sabeis?

—No importa el conducto por donde lo haya sabido; el caso es que lo sé, repuso Nicolás. La jóven que os va á dar su mano, os odia y menosprecia. Su sangre se paraliza solo con oir vuestro nombre: el lobo y el cordero, el milano y la paloma harian union mas cordial que Gride y Magdalena. Ya veis si os conozco bien.

Gride miró al desconocido con asombro; pero no pudo decir una palabra; se sentia como petrificado.

—Este matrimonio, continuó diciendo Nicolás con mucha calma, aparente á lo menos, es una trama que vos en compañía de otro, Rodolfo Nickleby, para que no se sepa, habeis urdido en las tinieblas de vuestros cálculos. A Nickleby le pagais las gestiones que practica para obtener la venta que se os hace de Magdalena Bray. No sirve negarlo; veo temblar una mentira en vuestros labios; pero es inútil que insistais.

Detúvose en esto Nicolás; pero viendo que el viejo no decia una palabra, continuó diciendo:

—Por lo demás, vos no os olvidais tampoco, pues la despojais en vuestro provecho. ¿Cómo y por qué medios? No quiero manchar la limpieza de mi causa, engañándoos con una falsedad: no lo sé. No lo sé hoy, pero yo no soy el único que se interesa en este negocio. Si la energía basta para descubrir un dia vuestro fraude y perfidia antes de vuestra muerte; si la riqueza, la venganza, un resentimiento legítimo pueden dar aliento para seguir vuestra tortuosa marcha y perseguiros hasta el fin, tendreis que darnos una cuenta muy estrecha. Ya estamos en la pista; vos que sabeis lo que nosotros no sabemos aun, podeis juzgar solamente si tenemos para mucho tiempo, antes de descubrir vuestros manejos.

Nicolás se detuvo otra vez, y Arturo Gride insistió en su silencio, pero mirando ahora con ojos fulgurantes.

Nicolás continuó:

—Si fuerais un hombre en quien se pudiera tener la esperanza de invocar con éxito la compasion ó la humanidad, os recordaria el abandono en que vive esa jóven sin apoyo, su inocencia, su mérito, su belleza, su heróica piedad filial, y acabaria por apelar mas directamente, como lo ha hecho ella misma, á vuestra compasion; pero nó, yo quiero atacaros por donde se ataca á los hombres como vos, y así, pues, os pregunto ¿qué suma quereis para indemnizaros? Recordad el peligro á que estais expuesto; bien veis que yo sé lo bastante para poder saber mas muy en breve. Calculad el lucro que podeis pretender y el riesgo que correis en vuestra empresa y decidme vuestro precio.

El viejo Arturo Gride movió los labios; pero no hicieron mas que dibujar en el ángulo de la boca una sonrisa, que le hizo aun mas feo, y despues volvieron á tomar su inmovilidad sin haber pronunciado una palabra.

—Si creeis que no se os pagará, dijo Nicolás, sabed que miss Bray tiene amigos opulentos, que prodigarán de buena voluntad su oro y aun su sangre, si fuera menester, para salvarla. Decidme, pues, vuestro precio; diferid vuestras bodas algunos dias, y ya vereis si rehusan pagaros. Creo que me he explicado claramente. ¿Qué decís?

Cuando Nicolás comenzó á hablar, Arturo Gride hubo de sospechar que Rodolfo Nickleby le habia hecho traicion; pero á medida que aquel fué hablando, este fué convenciéndose de que el jóven obraba francamente por su propia cuenta, cualquiera que por otra parte fuera el medio por el que hubiera llegado á descubrir el secreto.

No habia mas que una cosa que parecia saber con certeza, á saber: que él, Arturo Gride, pagaba á Rodolfo Nickleby la deuda de Bray; pero esto era una circunstancia que no tenia nada de particular para nadie, conociendo el estado miserable del deudor, y el mismo Rodolfo no habia hecho misterio de ello.

En cuanto al fraude, de que Magdalena Bray debia ser víctima, el desconocido sabia tan poco de ello, que mas

bien debia suponerse era en él una simple sospecha, ó una feliz inspiracion de la casualidad. En todo caso, él no tenia la clave del enigma, y por consiguiente no estaba en aptitud de perjudicarle, mientras él supiera tenerla cuidadosamente oculta en su seno.

La alusion que habia hecho á amigos opulentos, la oferta de una suma de dinero, no tenian ninguna importancia á los ojos de Gride, que no veia en el fondo de esto mas que medios dilatorios.

—Y por otra parte, se decia echando una ojeada á Nicolás, cuya audacia le hacia temblar de cólera, aun cuando me ofrecierais tanto oro como pesais vos, señor badulaque, eso no me impediria tomar á esa linda jóven por esposa, siquiera para que rabiaran los envidiosos.

El gran hábito que Gride tenia de pesar el pro y el contra de todo cuanto le decian sus clientes, de calcular los azares contrarios, de leer en los semblantes para ayudarse en sus cálculos, sin aparentar lo mas mínimo este ejercicio mental, le habia dado la facultad de decidirse prontamente y sacar deducciones habilísimas de las premisas mas difíciles, embarazosas y embrolladas y aun á veces contradictorias.

Así, pues, mientras Nicolás continuaba hablándole, él le habia seguido paso á paso en todos sus argumentos y suposiciones, y se halló al fin tan bien preparado, como si hubiera reflexionado en ello quince dias seguidos.

—¿Qué decis?

—¿Qué digo? contestó el avaro levantándose bruscamente de su asiento, abriendo la ventana y descorriendo la cortina. Oid. ¡Socorro! ¡Socorro! gritó con voz de victima.

—¿Qué haceis, hombre del diablo? dijo Nicolás agarrándole del brazo.

—Dejadme. Voy á alarmar la vecindad gritando ladrones y asesinos; voy á forcejear con vos hasta hacerme un pequeño rasguño y mancharme la camisa con un poco de sangre, para prestar luego juramento ante un juez de que habeis venido á robarme, si no salís de aquí inmediatamente.

Hé aquí lo que voy á hacer, contestó Gride retirando la cabeza de la ventana con un visaje horrible. Eso, eso voy á hacer, lo haré, lo hago, si no os vais ahora mismo.

—¡Miserable! exclamó Nicolás escupiéndole al rostro la palabra.

—¡Oh! ¡Bueno seria que vinierais á insultarme á mi propia casa! contestó Gride con satánica risa, pues los celos que le habia inspirado Nicolás y la seguridad de su triunfo le habian cambiado en un verdadero demonio. ¡Insultarme! ¡Amenazarme! ¡A mí! ¿Y quién? ¡Vos, el amante suplantado, el amante despedido!...

Y el viejo Gride soltó una carcajada horrible.

—Pero no me importan vuestras amenazas, añadió; podeis decir lo que querais en vuestra rabia de despecho. Magdalena no será para vos, sino para mí; es mia, casi mia ya: mañana será mi esposa. ¿Creeis que va á pensar en vos? ¿Creeis que va á sentir por vos? ¿Creeis que va á llorar? ¡Oh! Yo quisiera verla llorar. Verdaderamente debe estar mas bella con aquellos ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué hombre tan abominable! exclamó Nicolás sacudiendo la cabeza.

—Permaneced aquí un momento mas, y voy á levantar toda la calle dando tales gritos, qué lleguen hasta Magdalena y venga ella misma á socorrerme, á acariciarme, á...

—Si no fuerais tan viejo, interrumpió Nicolás crispándose de cólera, si no fuerais tan viejo, asqueroso reptil...

—Teneis razon, replicó Gride interrumpiéndole á su vez; si no fuera yo tan viejo, seria menos humillante para vos mi famoso triunfo; pero esto de que tan viejo y feo y todo, sea el preferido de la jóven y hermosa Magdalena, es cosa que debe desesperaros. Teneis razon, teneis razon.

Y el temerario viejo volvió á reirse, y ahora con intencion sarcástica.

—Escuchad, dijo Nicolás tranquilamente, escuchad y dad gracias á Dios de que haya tenido yo tanto imperio sobre mí, que no esteis ya en la calle arrojado por la ventana, lo que no podreis evitar con vuestra fuerza y toda la

que os prestaran todos los diablos, si yo me resuelvo á ello. Escuchad.

—No quiero escuchar nada.

—Escuchad, repitió Nicolás imperiosamente. Os engañais en lo que habeis dicho respecto de mí: yo no soy el amante de miss Bray; jamás ha mediado entre nosotros una palabra de amor, mucho menos un compromiso formal. Ella ni siquiera sabe mi nombre: ya veis si estais equivocado; y por su decoro y el mio, conviene que conste así.

—Bien, bien, yo le preguntaré todo eso, y se lo preguntaré haciéndole caricias, contestó el viejo Gride, y ella no me lo negará acariciándome á su vez, y los dos amantes satisfechos y felices nos reiremos á carcajadas del pobre muchacho que sin mas títulos que los vuestros, aspiraba inmodestamente á lo que estaba reservado para mi.

Oyendo tales provocaciones, la cara de Nicolás tomó una expresion que hizo temer á Arturo Gride hubiera llegado el momento de salir por la ventana, como un momento antes le dijera su rival.

Entonces se asomó á la calle agarrándose bien con ambas manos, y comenzó á dar gritos alarmantes, único medio en su impotencia personal de conjurar el peligro.

Nicolás no juzgó prudente verse mezclado en el escándalo, y echando al viejo una mirada de soberano desprecio, salió del aposento y luego de la casa con paso firme y reposado.

Arturo Gride le vió atravesar la calle y al punto retirándose de la ventana fué á sentarse para respirar un poco.

—Si alguna vez la niña se permite ponerme mala cara, dijo el viejo Gride hablando consigo mismo, luego que se hubo tranquilizado, hé aquí con qué argüirle para que se avenga á buenas. Ella, naturalmente sentirá que yo conozca á este petimetre, y si yo me manejo bien con este conocimiento, tendré un buen medio siempre á mi disposicion para hacerla entrar por vereda. No me pesa, despues de todo, que no haya acudido gente: he hecho bien en no gritar con mucha fuerza.

Despues de una pausa añadió:

—Pero ¡qué audacia de jóven! ¿Se comprende esa osadía de penetrar en mi casa, como Pedro por la suya, de llegar hasta mí para decirme todo eso y... En fin, mañana me vengaré, mañana que obtendré la mano y las caricias de Magdalena, mientras él se roerá las uñas de despecho. A menos que no vaya á tirarse al rio, ó se corte la yugular para ahorrarse pasos. ¡Oh! solo esto faltaria para que mi felicidad fuera completa.

Cuando volvió á su calma reflexionando así en su próximo triunfo, Arturo Gride retiró su registro, cerró el cofre con gran precaucion, bajó á la cocina para mandar á Margarita que se acostara y á regañarle por haber dejado entrar tan fácilmente á un hombre desconocido.

Pero encontró á la inocente Margarita incapaz de comprender el mal que sin pensar habia hecho; por cuya razon le mandó que le alumbrara para hacer la acostumbrada requisa de la casa, registrando todos los rincones, cerrando todas las puertas y ventanas, especialmente la entrada, en que echaba todos los hierros de una cárcel.

Mientras hacia esta diligencia, decia entre dientes:

—El cerrojo de arriba está corrido... el cerrojo de abajo está echado... la cadena está enganchada... la tranca está puesta... Dos vueltas á la llave. Así... Ahora debajo de mi almohada, y si viene algun amante despechado, será menester que entre por las rendijas.

Luego se dirigió á su ama de gobierno diciéndola:

—Ahora, Margarita, á acostarnos hasta las cinco y media, porque á esta hora debo levantarme para ir á casarme.

Al mismo tiempo le tomó la barba cariñosamente, y aun pareció dispuesto á celebrar los funerales de su celibato dándole tambien un beso; pero se contuvo limitándose á repetir la primera caricia, sin duda por respetos á su futura, y huyendo del peligro, tomó el camino de su dormitorio y se perdió luego en las tinieblas.

CAPÍTULO XXII.

Proyectos fallidos.

Hay pocas personas que se queden en el lecho dormidas mas del tiempo que es menester el dia de sus bodas. Cítase una leyenda de no sé que personaje, célebre por distraido, el cual abriendo los ojos la mañana del dia en que se iba á casar con una bella jóven y no acordándose de ello, hubo de reñir á sus criados porque le habian preparado el traje de fiesta que debia ponerse aquel dia.

Pero tambien se cita otra leyenda de un jóven que sin respeto á los cánones de la Iglesia dirigidos justamente contra semejantes pecados, concibió una violenta pasion por su abuela.

Hé aquí dos casos de un género muy distinto, pero tan extraordinarios el uno como el otro, y dudo que las generaciones futuras estén dispuestas á seguir de buena voluntad ni el uno ni el otro ejemplo.

Hácia ya lo menos una hora que Arturo Gride estaba puesto de verde-botella, y todavía la vieja ama de gobierno no habia ido á llamar á la puerta de su habitacion; y habia bajado ya las escaleras y aun remojado sus labios con una gota de su cordial favorito, antes que esta señora, ó mas bien tipo delicado de los tiempos retrospectivos, hubiera honrado la cocina con su presencia.

—¡Bien está esto! decia luego Margarita refunfuñando á la vez que desempeñaba sus funciones. El amo está de bodas. ¡Buenas bodas! Ahora, no hay duda, ahora necesita otra cosa mejor que la vieja Margarita para cuidarle, claro está; y esto despues de haberme dicho mil veces para que llevara en paciencia la estrechez del trato cotidiano: «Mi testamento, Margarita, mi testamento. Soy soltero, sin parientes, sin amigos...» ¡Cuántas mentiras! Hoy va á traer

aquí por ama de casa una niña que dejó ayer la nodriza. ¡Bien irá todo esto! Si tal necesidad tenia de mujer este insensato viejo, ¿por qué no ha elegido una mujer de edad mas conforme con la suya, y que además conociera sus hábitos y gustos para llevarle el genio? ¿Por ventura no conozco yo todo éso? ¿Y quién mejor que yo le hubiera llevado el genio? Pero nó, él quiere una niña, y la niña ya verá lo que le cuesta. Tiempo al tiempo, viejo enamorado.

Mientras que Margarita, dominada por un sentimiento de despecho por el acontecimiento que destruia sus cálculos, y acaso enojada con su amo por el poco aprecio que hacia de su persona prefiriendo una extraña, no se ocultaba para expresar así sus quejas á media voz en el fondo de la escalera, Arturo Gride estaba en la entrada reflexionando en el lance de la noche anterior.

—No puedo sospechar, decia, cómo diablos ha podido saber lo que sabe; á menos que yo no haya cometido la indiscrecion de dejar entrever alguna cosa... á Bray, por ejemplo, y que me hayan oido. Es posible, no lo extrañaria. Nickleby me ha reprendido muchas veces por hablarle, antes de salir á la calle... Me guardaré muy bien de referirle el suceso, porque me diria mil cosas, y con razon, por supuesto, con mucha razon.

En general, Rodolfo Nickleby era considerado entre la gente de su círculo como un genio superior; pero Arturo Gride en particular, habia llegado á formarse tan alta idea de su carácter inflexible y de su consumada habilidad, que le tenia miedo literalmente.

Naturalmente débil y servil en el fondo del alma, se prosternaba ante Rodolfo Nickleby, y aun cuando no tuvieran, como en esta ocasion, intereses comunes, antes le hubiera lamido los piés, mas bien hubiera besado las huellas de sus pisadas, que volverle golpe por golpe ó contestar á sus sarcasmos con otra cosa que con la bajeza de un esclavo vil y rastrero.

Arturo Gride fué sin perder tiempo á casa de Rodolfo, segun tenian convenido, y le refirió como la noche anterior

un jóven fanfarron, á quien no habia visto nunca, se habia permitido penetrar en su casa y aun en su mismo aposento, con la intencion hecha de obligarle á renunciar á su matrimonio, poniendo en juego ofrecimientos y amenazas. En fin, le hizo un resúmen de todo cuanto dijo é hizo Nicolás, reservándose solamente lo relativo al secreto de la herencia.

—Y bien ¿qué mas? dijo Rodolfo con tono desdeñoso.

—Nada mas.

—¡Bah! Él procuró asustaros, y seguramente vos os habeis dejado asustar. ¿No es cierto?

—Al contrario, yo fui quien le asusté á él gritando ¡ladrones y asesinos! Y á fe que hubiera tenido gusto de hacerle prender bajo mi palabra, como un hombre que se habia introducido en mi casa pidiéndome la bolsa ó la vida.

—¿Cómo es eso? dijo Rodolfo mirándole de través; parece que estais celoso de ese jóven.

—¡Bah! exclamó Gride frotándose las manos y afectando reir.

—¿Para qué tantos visajes, Gride? Teneis celos, y francamente... teneis razon.

—¡Bah! ¡bah! ¿Qué he de tener razon? no lo creais. ¿Por qué he de tenerlos? De ninguna manera.

Pero el amante hablaba con cierto embarazo.

—¡Pardiez! Reflexionemos un poco, dijo Rodolfo. Un viejo va á obligar á una jóven á darle su mano; se presenta á este viejo un jóven, buen mozo... Vos mismo me habeis dicho que es un buen mozo.

—¡Bah! nó, contestó Gride refunfuñando.

—Creo que me lo habeis dicho, repuso Rodolfo; pero en fin, buen mozo ó nó, el hecho es que se presenta al viejo un jóven resuelto y le declara que su futura no siente hácia él mas que odio. ¿Por qué da este paso el jóven ese? ¿Sois tan cándido que creais que lo da por puro amor á la filosofía?

—Sin embargo, no es por amor á mi futura, porque él mismo declaró que no habia mediado entre ellos ni una palabra de amor.

—¡Ah! ¡Él mismo declaró eso! dijo Rodolfo con aire de desprecio. Hay una cosa que me agrada en ese jóven, y es el candor con que viene á daros el consejo de tener cuidadosamente guardada bajo llave á vuestra... ¿cómo decis eso? á vuestra pollita. En verdad es una empresa gloriosa robar esa Elena á un jóven que os la disputaba; es muy glorioso para un viejo. Ahora resta, y esto es lo principal, no perderla, una vez hecha la conquista.

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre este Nickleby! exclamó el viejo Gride afectando, en medio de sus angustias, hallar sumamente sabrosas estas chanzas. Eso, eso es; ahora resta no perder la conquista, lo cual no es difícil ¿eh?

—De ninguna manera, contestó Rodolfo con sonrisa irónica. No hay un hombre en el mundo que no sepa cuán fácil cosa es guardar á una mujer. Pero dejemos esto y vamos, que ya es hora de celebrar vuestra dicha. ¿Quereis pagarme ahora eso? De este modo os ahorrais de ocuparos de asunto tan enojoso cuando solo debais pensar en vuestro amor.

—¡Qué hombre este Nickleby! ¡Qué hombre tan superior! volvió á decir Gride para evadirse del compromiso del momento.

—Y ¿por qué nó? Yo supongo, repuso Rodolfo, que nadie os pagará el interés de esa suma de aquí al medio dia.

—Pero, amigo Nickleby, contestó el otro mirándole con toda la sagacidad que podia expresar su rostro, yo supongo tambien que vos estais en el mismo caso.

—Decid mas bien que no traeis el dinero en el bolsillo; que no esperabais esta proposicion, pues de otro modo no hubierais dejado de traerlo para satisfacer al único hombre del mundo á quien teneis el mayor gusto en contentar. Yo conozco todo esto, y puedo decir que tenemos exactamente el mismo grado de confianza el uno para el otro.

Y Nickleby frunció los labios con una sonrisa burlesca.

—Ea, añadió luego, ¿estais dispuesto á partir?

Gride contestó afirmativamente y salieron.

En la puerta tomaron un fiacre que Rodolfo habia hecho

venir oportunamente, á cuenta del novio por supuesto, y se dirigieron á la residencia de la bella y triste prometida.

Segun iban acercándose, el viejo Gride sentia flaquear su corazon, pero su espíritu ya abatido, fué mas que nunca sobrecogido de espanto, cuando al entrar donde todo debia ser júbilo y contento, solo encontró un lúgubre y pavoroso silencio.

La única persona que allí vieron al principio fué la pobre y fiel criada, cuyo rostro estaba notablemente desfigurado por el insomnio, el pesar y las lágrimas. Nadie salió á recibirlos y saludarlos en bienvenida.

Así, pues, los dos amigos se deslizaron furtivamente á lo largo de la escalera y entraron en la sala de espera como dos rateros, mas bien que como el novio y el testigo de unas bodas.

—¡Pardiez! exclamó Rodolfo hablando en voz baja á pesar suyo, diríase que estamos mas bien de duelo que de bodas.

—¡Bah! contestó el otro con forzada sonrisa. ¡Qué ocurrencias teneis! Nada de eso. Estais de buen humor.

—Buena falta hace, repuso Rodolfo secamente, porque la cosa por sí misma no tiene nada de divertida. ¡Qué entrada tan triste y tan glacial! Pero ¡ánimo, amante, ánimo! no os abatais por esto ni por nada.

—Despacio, hombre, despacito, ya vereis como todo sale bien. ¿Pensais que no vendrá ella muy pronto á recibirnos? Ya vendrá, ya vendrá.

—Yo supongo que no vendrá hasta el último extremo, hasta el momento crítico, dijo Rodolfo consultando su reloj; y todavía le queda media hora larga. De aquí allá procurad moderar vuestra impaciencia.

—Nó, yo... no estoy impaciente, balbuceó el amante; no quisiera atropellarla por todo lo del mundo. ¡Oh Dios mio! me pesaria mucho. Tómese todo el tiempo que quiera. Su tiempo será siempre el nuestro.

Mientras que Rodolfo fijaba en su tembloroso compañero una mirada penetrante que le hacia comprender que cono-

cia tan bien como él mismo la verdadera razon de aquella gran condescendencia, de aquella paciencia magnánima, se oyeron pasos en la escalera.

Era el mismo Bray, que venia levantando la mano con aire de misterio, y andando de puntillas como si hubiera allí algun enfermo cuyo estado exigiera el mayor silencio.

—¡Schit! dijo en voz baja. Ha estado muy mala esta noche pasada; yo esperaba el momento en que estallara su corazon. Ahora se está vistiendo y llora amargamente en su aposento; pero está mejor, está mucho mejor. Está resignada: no podemos exigirle mas.

—Está dispuesta ¿no es eso? preguntó Rodolfo.

—Sí, sí; en cuanto á eso no hay cuidado: está dispuesta.

—Pero es de temer que nos entretenga con desmayos y otras flaquezas de niña ¿eh? repuso el mismo Nickleby.

—Nó, contestó el padre de la inocente víctima, ahora podemos estar tranquilos. Le he hecho esta mañana algunas reflexiones y... Venid por aquí.

Rodolfo fué con él á un extremo de la sala, quedando el viejo Gride acurrucado en un rincon.

En su agitacion nerviosa el amante se entretenia con los botones de su verde-botella, mostrando en la vulgaridad repugnante de su fisonomía una expresion de ansiedad caduca, cuyas crispaciones añadian un nuevo horror á su decrepitud.

—Mirad á aquel hombre, dijo Bray á Rodolfo en voz baja y con un sentimiento de disgusto, miradle bien y decidme si no es una cosa bien cruel.

—¿Qué es lo cruel? preguntó Rodolfo de un modo tan inocente como si no comprendiera nada absolutamente de la observacion hecha por el otro.

—Este casamiento, hombre, contestó Bray. ¿Cómo me haceis esa pregunta? ¿Por ventura no lo sabeis vos tan bien como yo?

Rodolfo se encogió de hombros, sin dar otra contestacion á la debilidad de Bray, levantó las cejas y desplegó los labios como quien tuviera muchas cosas que decir y las re-

serva para mejor ocasion, ó que juzga que la objecion que se le hace no merece el honor de una contestacion.

—Miradle, repitió Bray, y decidme ahora si no es cosa cruel.

—Nó, contestó Rodolfo sin pestañear.

—Pues yo digo que si, replicó Bray mas y mas excitado: es una cosa cruel, inicua y vil.

Cuando los hombres están á punto de cometer ó autorizar una injusticia, no es raro verles entonces expresar alguna piedad por la víctima; creen en esto desempeñar un papel de virtud y de honradez que los ensalza á sus ojos por encima de sus insensibles cómplices. Es una especie de protesta moral de los principios contra los hechos, que parece ponerlos en paz con su conciencia.

Hay que hacer á Rodolfo esta justicia, pues este género de disimulo hipócrita no estaba en sus hábitos. Pero sabia entrar en el ánimo de los que lo practicaban, y así dejó á Bray decir y repetir con la mayor vehemencia que habian hecho entre los tres una cosa cruel, sin hacerle objecion ninguna.

Luego que se hubo desahogado, le dijo tranquila y hábilmente:

—¿No veis que ese hombre no tiene mas que un soplo? ¿no veis su piel arrugada y seca? Si fuera menos viejo... no digo que nó, seria una cosa cruel; pero en el estado de consuncion y decrepitud en que se encuentra... Escuchad, M. Bray: ese hombre no puede tardar en morir, y en muriendo queda vuestra hija hecha una bella viuda, jóven y rica. Que consulte hoy vuestro gusto, que mañana será el suyo el que consulte y no mas que el suyo en la eleccion de otro marido.

—Es verdad, es verdad, contestó Bray royéndose las uñas visiblemente disgustado. Yo no he podido hacer nada mejor para ella que darle el consejo de aceptar esta proposicion, ¿no es verdad? Yo os lo pregunto, Nickleby, vos que conoceis el mundo, ¿no es verdad que yo no he podido hacer nada mejor para ella?

—Seguramente. Y por otra parte, M. Bray, ¿no sabemos muy bien que hay mas de cien padres á dos leguas á la redonda, muy bien acomodados, sólidamente ricos, que darian con mucho gusto sus hijas, y aun algo mas encima, á ese hombre que veis ahí con su cara de babuino ó de momia?

—¡Ya lo creo si los hay! contestó Bray cogiendo con avidez la ocasion de justificarse á sí mismo su resolucion indigna. Eso mismo es lo que yo le he dicho á ella esta mañana y anoche tambien, para hacerle ver que no es ninguna cosa extraordinaria.

—Y le habeis dicho la verdad, y habeis tenido mucha razon en decírsela. Sin embargo, si quereis que os hable francamente, os diria que si tuviera yo una hija, y mi libertad, mi placer, mi salud y mi vida dependieran de un casamiento á mi gusto, yo no tendria necesidad de hacer grandes esfuerzos para obligarla á obedecerme.

Bray miró á Rodolfo como para ver si hablaba sériamente y moviendo luego la cabeza en señal de asentimiento á sus palabras.

—He de subir, dijo despues, y entretenerme allá por algunos minutos para acabar de arreglarme. Cuando baje os traeré á Magdalena. A propósito, Nickleby, ¿sabeis que he tenido esta noche un sueño bien pesado?

—¿Habeis dormido bien?

—Nó, nó, soñado mal.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de ensueños?

—Figuraos que soñaba estar ya en el dia de la boda, en la mañana de hoy y acabábamos de hablar vos y yo como ahora hacemos. Subí la escalera con el mismo objeto que ahora, tiendo la mano á Magdalena para traérsela á su esposo, cuando el piso se hunde bajo mis piés y caigo á una profundidad inconmensurable, á una de esas profundidades fabulosas que solo se encuentran en sueños.

—Y ¿por qué os preocupais de lo que solo en sueños tiene realidad?

—Nó, no me preocupo. Pero lo mas chusco es que al fin de mi caida, me encuentro ¿dónde direis?

—En vuestro lecho sin duda.

—Nó, ¡en un sepulcro!

—¡Bah! ¡bah! exclamó Rodolfo con desden. Pero despues de esa aberracion de los sentidos, os encontrasteis perfectamente en vuestra cama y...

—Sí, pero ha sido un sueño pesado.

—Tendriais la cabeza pendiente fuera de la cama ó acaso el estómago indispuesto por alguna digestion mala ó trabajosa y eso es todo.

—Sí, pero...

—Nada, nada, M. Bray, haced lo que yo hago, sobre todo ahora que se abre ante vos una nueva carrera de goces, de placeres sin fin; ocupaos un poco mas de dia, un poco mas de lo que acostumbrais, y yo os aseguro que no tendreis tiempo para recordar los sueños de la noche.

Bray subió como habia dicho á acabar de arreglarse y á traer á la novia para el solemne acto, para consumar el sacrificio de ella y la iniquidad de los tres.

Rodolfo le siguió con la vista, y volviendo luego á donde esperaba el amante octogenario, le dijo en voz baja:

—Gride, ¡albricias! escuchad bien la noticia que voy á daros. Os garantizo que no tendreis que pagar su pension por mucho tiempo á vuestro suegro. ¡Siempre os salen tan bien los negocios! Sois el hombre mas afortunado del mundo mercantil.

—¿Qué decís?

—Digo que si no está ya inscrito en el libro mayor para hacer dentro de algunos meses el viaje grande, el viaje de que no se vuelve, quemo mis libros, soy un bolo.

El viejo Gride dejó escapar una interjeccion de alegría al oir con esta seguridad una prediccion que tanto halagaba sus buenos deseos.

Despues de esto, Nickleby se dejó caer en una silla, y los dos usureros permanecieron en silencio, echando reservadamente sus cálculos de intereses, mientras llegaba la novia, ó mejor dicho, mientras se realizaba el negocio.

Rodolfo se sonrió luego pensando en el singular cambio

que habia notado en Bray, y la facilidad con que su complicidad habia abatido su orgullo y establecido entre ellos una familiaridad inesperada.

En esto creyó oir con su perspicacia de sentido el frotamiento de un vestido de mujer en la escalera y el paso de un hombre al mismo tiempo.

—¡Alerta! dijo dando en el suelo con el pié: despejaos bien, amante, y no tengais ese aire de recluta. ¡Aquí están ya! Haced un esfuerzo sobre vuestros viejos huesos y venid por aquí para recibirlos. Pronto, Gride, pronto, que están ya aquí.

Gride hizo efectivamente el exigido esfuerzo, y se puso frente á frente de Rodolfo, al otro lado de la puerta, y comenzó á hacer ya graciosas y extremadas cortesías para saludar á su esposa, cuando se abrió la puerta y dió paso á.....

Nó, no era Bray ni Magdalena; sino Nicolás y su hermana Catalina.

Si una espantosa vision evocada del mismo infierno se hubiera presentado repentinamente ante Rodolfo, Rodolfo no se hubiera asombrado mas que viendo aparecer ahora á sus dos sobrinos. Hubiérase dicho que le habia caido un rayo. Sus brazos cayeron descoyuntados, y él retrocedió algunos pasos vacilando, perdiendo el equilibrio por una especie de desvanecimiento; y con la boca abierta y la cara pálida como la de un muerto, permaneció unos momentos mirándolos en silencio.

Los ojos se le saltaban de sus órbitas y las convulsiones de la cólera que desfiguraba su rostro, impedian reconocer en él al hombre impasible, dueño de sí mismo, á aquel hombre de piedra ó de hierro que un minuto antes parecia insensible á toda emocion.

—Este es el hombre que fué anoche á mi casa, le dijo en voz baja Gride tocándole con el codo. ¡Es el mismo, el mismo que me hizo aquella tan extraña visita! Miradlo, vedlo bien.

—Bien lo veo, murmuró Rodolfo: ya lo sabia.

—¿Lo sabiais?

—Sí; no era tan difícil adivinarlo. Siempre le encuentro en mi camino: que me vuelva por aquí ó por allá, que vaya por esta parte ó por la otra, siempre, siempre me lo encuentro.

En cuanto á Nicolás, su cara pálida, sus narices hinchadas, sus labios trémulos aunque firmemente apretados, mostraban bastante la lucha que sostenia interiormente. Pero reprimia su emocion y estrechando blandamente el brazo de su hermana para tranquilizarla, estaba derecho y firme en frente de su indigno tio.

De pié y al lado uno de otro, los dos hermanos en una actitud digna y graciosa, que hacia valer su apostura, tenian un aire de semejanza que habria llamado la atencion de todo el mundo, cuando no hubieran estado juntos como ahora. La fisonomía, el porte, la mirada y hasta la expresion del hermano se reflejaban en la hermana como en un espejo, pero conservando cada cual los rasgos de su sexo.

Todavía hubiera llamado mas la atencion encontrar en la cara de Rodolfo una semejanza indefinible con esta graciosa pareja. Y sin embargo, si los sobrinos no habian estado nunca mas bellos, el tio nunca habia estado mas feo; mientras que los dos hermanos jamás habian tenido una presencia mas noble, el usurero no habia tenido jamás una expresion mas innoble.

¡Singular contraste! En el momento mismo en que los pensamientos de odio que agitaban al avaro daban á su fisonomía su expresion mas grosera y dura, se mostraba mas sensible, á pesar de su contraste, esta semejanza natural.

—¡Salid! fué la primera palabra que el tio pudo pronunciar rechinando los dientes. ¡Salid! ¿Qué venís á hacer aquí, impostor, tunante, infame, ladron?

—Vengo aquí, contestó Nicolás con voz sorda, á salvar á vuestra víctima, si puedo. Si aquí hay un impostor y un tunante, sois vos; vos no sois mas que eso todas las horas del dia. En cuanto á lo de ladron, ese es vuestro oficio; y en cuanto á la infamia, si no fuerais vos el mas infame y

vil de los hombres, no estariais ahora aquí. Por lo demás, no está en vuestro poder asustarme con palabras groseras, impropias de todo hombre decente. Aquí he venido á cumplir una alta mision, y aquí permaneceré hasta cumplirla.

—Niña, retírate tú, dijo Rodolfo á Catalina. Con él no temeríamos emplear la fuerza, pero sentiría afligirte á tí. Así, pues, retírate y no seas tonta, dejando que hablemos á este bribon como merece.

—Nó, no me retiro, contestó Catalina, cuyos ojos fulguraban y cuyo rostro se encendió de honesto rubor. Probad á hacerle violencia y ya vereis cuán caro os cuesta. Conmigo, en hora buena, emplearíais la violencia, pues soy una pobre muchacha, pero si no soy mas que una débil muchacha, tengo el corazon de una mujer, y no sereis vos quien venga á hacerle mudar de resolucion.

—¿Y cuál es, bella dama, cuál es esa resolucion, si puede saberse? le preguntó el tio con mal reprimido enojo. ¿Cuál es esa resolucion?

—Es, contestó Nicolás, ofrecer en este momento supremo un refugio al desgraciado objeto de vuestra indigna y odiosa maquinacion. Si la vista del esposo que no teneis vergüenza de proponerle no basta para decidirla, yo espero que no resista á los ruegos y súplicas de una jóven como ella. En todo caso, probaremos. Yo mismo voy á hacer saber á su padre de parte de quién vengo y á quién represento, para que comprenda bien, si se consuma este sacrificio, todo el horror, toda la crueldad, toda la bajeza de su conducta. Aquí voy á esperarle á él y á su hija, y por eso nos veis aquí á mí y á mi hermana. Y como no hemos venido á veros ni á hablaros á vos, no nos rebajaremos á deciros una palabra mas.

—¿No oís esto? dijo Rodolfo dirigiéndose á su compañero de negocio. Y vos, señora, ¿persistís en permanecer aquí? Contestad.

El seno de Catalina se levantó henchido de indignacion al oir el tono sarcástico con que su tio la trataba; pero no le contestó una palabra.

—Ahora bien, Gride, escuchadme, dijo Rodolfo exasperado por la cólera. ¿Veis á ese tunante? Estoy avergonzado, porque tengo que decir que es hijo de mi hermano; es un tunante, un bribon, manchado con todas las bajezas y crímenes. Y ese infame viene aquí hoy á turbar la solemnidad de un acto tan sagrado. Sabe las consecuencias de su audacia al presentarse en semejantes momentos en una casa extraña y querer permanecer en ella á la fuerza: no hay, pues, qué hacer mas que una cosa, y es arrojarlo á la calle á puntapiés como intruso, insolente y desvergonzado. El muy indigno, notadlo bien, ha traido aquí á su hermana para que le sirva de escudo, suponiendo que no tendremos valor para exponer al espectáculo de los ultrajes y correcciones que él merece y que no son nuevos para él, á una jóven bastante imbécil para protegerle con su presencia. Por mas que le he advertido á la jóven la conveniencia de que se retire, permanece aquí, retenida por su indigno hermano. Ya lo veis como se adhiere á ella para ampararse de sus faldas. ¿No es chusca cosa que venga luego á hacer el fanfarron como lo habeis visto ahora mismo?

—Y como le ví anoche, añadió el viejo Gride; como le ví anoche cuando se introdujo en mi casa, de la cual le hice salir muy luego casi muerto de miedo.

Y el caduco amante afectó una carcajada.

—¡Y es este el galan que quiere casarse con Magdalena! ¿No habria otra cosa que pudiera yo haceros para agradaros, señorito, que no fuera cederos á mi esposa? Pagar vuestras deudas, por ejemplo, ó daros algunos billetes de banco para paños de barba, cuando la tengais.

Y el vejete volvió á reirse con otra carcajada casi afónica.

—Otra vez mas, niña, dijo Rodolfo volviéndose hácia Catalina, ¿persistís en permanecer aquí para sufrir la vergüenza de que os arrojen fuera como á una mujerzuela? Pues te aseguro que así será preciso hacerlo si os deteneis aquí mas tiempo. En hora buena, no eches la culpa de lo que vas á ver á nadie mas que á tu hermano. Gride, llamad á Bray, que baje solo, que no traiga á su hija aun, hasta que esto se despeje de gente intrusa.

Nicolás fué á colocarse junto á la puerta, y con la voz comprimida con que habia ya hablado antes, y sin revelar mas emocion:

—Si estais bien con vuestros huesos, le dijo, no os movais de ahí, caballero.

—No le escucheis, dijo Rodolfo; á mí, á mí solo es á quien debeis escuchar. Gride, llamad al dueño de la casa, llamad á Bray.

—No escucheis á uno ni á otro, si quereis, repuso Nicolás; pero escuchad vuestro interés y no os movais de ahí, caballero.

—¿Es que no quereis llamar á Bray? Llamad al dueño de la casa, Gride.

—Os advierto que si os acercais aquí, os habeis de arrepentir, señor novio.

Gride vacilaba.

Durante este tiempo, Rodolfo, furioso como un tigre irritado, dió un paso para abrir la puerta, y para separar á Catalina, la agarró del brazo rudamente.

Nicolás, echando fuego por los ojos, le agarró mas rudamente á él por el cuello.

En este mismo instante se oyó caer en el piso superior con gran violencia un cuerpo pesado, y un grito de terror verdaderamente espantoso siguió al golpe de la caida.

Todos se detuvieron inmóviles mirándose unos á otros con cierto asombro.

Un nuevo grito sucedió al primero; luego un ruido de piés que se agitaban en confusion; despues voces penetrantes que decian:

—¡Muerto! ¡Muerto!

—¡Atrás, miserables! gritó á su vez Nicolás dando expansion al sentimiento de cólera que habia reprimido hasta entonces. Si mi creencia no me engaña, habeis caido en vuestras propias redes.

Y diciendo esto, se lanzó á la escalera en direccion del ruido, se abrió paso á través de una multitud de personas que embarazaban la puerta de un dormitorio y encontró á

Walter Bray muerto en el suelo. Su hija arrodillada junto al cadáver, le estrechaba en sus brazos con dolorosa pena.

—¿Cómo ha ocurrido esto? preguntó Nicolás mirando en torno con inquietud y asombro.

Muchas voces le contestaron á la vez que se habia visto á Bray por la entornada puerta, sentado en su butaca en una posicion singular é incómoda; que se le habia dirigido la palabra muchas veces sin obtener contestacion; que se le habia supuesto dormido, hasta que al fin habiéndolo sacudido por el brazo para despertarle, habia caido pesadamente al suelo. Entonces habian conocido que estaba muerto.

—¿Quién es el dueño de esta casa? preguntó Nicolás precipitadamente.

Las personas que allí habia le mostraron con el dedo una mujer ya de edad.

—Señora, le dijo, desasiendo blandamente los brazos de Magdalena de la masa inerte á que estaban enlazados, yo represento á los mejores amigos de la huérfana; su criada aquí presente lo sabe bien: es preciso que yo la arranque á esta horrorosa escena. Aquí está mi hermana; podeis confiarle este precioso depósito. Vereis en mi tarjeta mi nombre y mis señas, y recibireis de mí todas las instrucciones necesarias para lo que haya de hacerse. Ea, pues, separaos todos, en nombre del cielo, dadnos aire y espacio.

Todos retrocedieron dominados no menos por la impetuosidad del jóven, que por el inesperado acontecimiento que turbaba la casa.

Al mismo tiempo, Nicolás tomando en sus brazos á la jóven privada de conocimiento, la llevó al piso inferior y á la misma sala que acababa de dejar, seguido de la fiel criada, á quien envió inmediatamente á buscar un carruaje, mientras que Catalina y él procuraban en vano hacer volver en sí á la desmayada.

Gracias á la diligencia de la criada, el carruaje estuvo en la puerta á los pocos minutos.

Rodolfo Nickleby y Arturo Gride, petrificados por el horrible azar que acababa de destruir completamente todos sus

planes, única razon porque lo deploraban, y subyugados á pesar suyo por la energía y actividad de Nicolás que no conocia ya obstáculos, veian pasar esta fantasmagoría como el delirio de un sueño.

Solo cuando todo estuvo dispuesto para llevarse á Magdalena, pudó Rodolfo romper el silencio para declarar que él no permitiria que se sacara fuera de la casa mortuoria á la huérfana.

—¿Quién ha dicho eso? preguntó Nicolás levantándose del suelo en que tenia doblada una rodilla á los piés de Magdalena, pero sin abandonar la mano de la jóven, todavía sin movimiento. ¿Quién ha dicho eso?

—Yo, contestó Rodolfo con voz notablemente alterada.

Nicolás le miró cara á cara con ojos centelleantes.

—¡Schit! dejadle hablar, dijo Gride agarrándose en su espanto al brazo de Rodolfo.

—Sí, gritó Nicolás extendiendo el brazo que tenia libre; dejadme hablar, dejadme deciros que los créditos de uno y otro usurero acaban de desvanecerse con la vida que ha reclamado la naturaleza, mas poderosa que los cálculos y esfuerzos de los hombres; que el documento pagadero al medio dia de hoy, es ya un papel mojado; que vuestras fraudulentas intrigas van á aparecer á la luz del dia; que vuestras maquinaciones son conocidas de los hombres y condenadas por Dios; que sois los dos unos miserables y que yo me rio de vuestra cólera.

—Este hombre, dijo Rodolfo con voz apenas inteligible, indicando al anciano Gride, este hombre reclama su esposa y la obtendrá.

—Ese hombre reclama lo que no le pertenece, y así hubiera aquí cincuenta hombres como vos para sostener su reclamacion, no la obtendrá.

—¿Quién lo impedirá?

—Yo.

—Quisiera saber con qué derecho, jóven temerario. ¿Con qué derecho?

—Voy á decirlo, no por vuestra exigencia, sino para que

sepais que yo siempre voy por camino recto. Los señores, cuya causa sirvo y ante los cuales habeis pretendido desacreditarme con vuestras calumnias, son sus mas queridos é íntimos amigos, y á nombre de ellos me la llevo. Ya lo sabeis. Ahora despejad.

—Una palabra, gritó Rodolfo echando espuma por la boca, ¡una palabra!

—¡Ni una palabra mas! replicó Nicolás; escuchad la última que os dirijo. Atended á vuestros intereses y recordad luego el aviso que ahora os doy. ¡El dia declina ya para vos y la noche empieza!

—¡Maldicion! exclamó el usurero fuera de sí; mi mas mortal maldicion caiga sobre tu cabeza, infame y vil vagamundo!

—Y ¿quién ha de encargarse de cumplir vuestras maldiciones? ¿Qué valen ante Dios maldiciones ó bendiciones de un hombre como vos?

El desesperado usurero continuaba escupiendo sapos y culebras contra su rebelde sobrino.

Nicolás le interrumpió diciendo con su aire de triunfo, natural despues de una batalla tan bien reñida y ganada:

—Os digo, desdichado, que la verdad alumbra ya, que la desventura se cierne sobre vuestra cabeza, que todo el edificio de los planes odiosos que habeis hecho con tanta fatiga durante los dias de vuestra vida, se derrumba y cae en míseras ruinas; que no dais ya un paso que no esté vigilado, que hoy mismo doscientos cincuenta mil francos de vuestra mal adquirida fortuna se han deshecho como la sal en el agua.

—Es falso, es falso, falso, exclamó el usurero retrocediendo de espanto.

—Es verdad, y muy pronto lo sabreis, repuso Nicolás con acento de conviccion que fué á helar la sangre del avaro.

Dispuesto ya á continuar su obra, añadió el jóven con tono igual á su intencion de hacerse respetar:

—No tengo ya tiempo ni palabras que perder con vos. ¡Despejad la puerta! Catalina, sal tú primero.

Los dos usureros hicieron un movimiento de despecho y aun se crisparon tambien en su impotencia viéndose así burlados cada uno por su estilo.

Nicolás se apercibió del movimiento, y les previno con voz firme que se mantuvieran quietos.

—Guardaos, dijo, guardaos muy bien de poner vuestra mano en esta jóven ó en esa. ¡Ay de vosotros si teneis la audacia de tocar siquiera á sus vestidos! Pasa, pues, Catalina.

Catalina pasó afuera.

Arturo Gride por turbacion ó acaso por malicia, se halló al paso de la jóven.

Nicolás le separó con tal violencia, que el desdichado amante, vestido de verde-botella, se puso á hacer piruetas á lo largo de la estancia, hasta que al fin, no pudiendo restablecer el equilibrio de su vieja y rígida osamenta, cayó cuan largo era allá en un ángulo.

Nicolás entonces tomó á Magdalena y salió detrás llevándola en sus brazos victoriosos.

Nadie mostró deseos de detenerle ni dentro ni fuera de la estancia, y él siguió su camino triunfal hasta la puerta de la calle.

Hendiendo la multitud que la noticia de la desgracia habia reunido en torno de la casa mortuoria, y llevando siempre en brazos á Magdalena, tan fácilmente como si fuera un niño, llegó al carruaje donde los esperaban Catalina y la fiel criada, les confió su gran conquista y saltó al pescante con el cochero, quien muy luego hizo rodar y desaparecer el vehículo.

CAPÍTULO XXIII.

Asuntos de familia. Cuidados, esperanzas y pesares.

Bien que Nicolás y Catalina hubieran informado á su madre de todos los antecedentes y pormenores que sabian de

la historia de Magdalena Bray; aunque se le hubiera explicado perfectamente la responsabilidad de su hijo en este asunto y se le hubiera hecho ver la posibilidad de recibir en el seno de la famllia á esta jóven, por improbable que pareciera esto algunos minutos antes del suceso, sin embargo, desde el momento en que se le hizo la confidencia, que no fué antes ni despues de la noche anterior, la buena de la viuda quedó abismada en un estado de inquietud y de disgusto, que se agravaba á cada reflexion que á su manera hacia, ya á sus solas, ya hablando con su hija.

—Pero, en nombre del cielo, Catalina, decia la madre, si los señores Cheeryble no quieren que se case así esa jóven, ¿por qué no recurren al lord canciller? ¿Por qué no dan á la jóven la proteccion de ley? ¿Por qué no la encierran provisionalmente en prision para mayor seguridad? Cien veces he leido en los periódicos ejemplos de esta clase. Por otro estilo, si es verdad que la aman tanto como dice Nicolás, ¿por qué ellos mismos no se casan con ella?... Uno de los dos por supuesto. Despues de todo, Catalina, suponiendo que sin querer que se case con otro, tampoco quieren ellos casarse con la jóven, ¿por qué hacer así de Nicolás un caballero andante, ocupado en correr el mundo y tales aventuras desfaciendo entuertos y agravios?

—Creo, mi querida madre, contestó Catalina respetuosamente, que no habeis comprendido bien la situacion.

—Gracias, hija mia, muchas gracias por la fineza, repuso la viuda un tanto picada. ¡Con que no comprendo bien la situacion! Me parece, sin embargo, que yo misma he estado casada y que he visto casarse á muchas otras. ¡Que no comprendo bien la situacion! ¡Sea en hora buena!

—Bien sé yo, mi querida madre, que habeis adquirido una gran experiencia, no puedo ponerlo en duda; quiero decir solamente que acaso en este asunto, en este no mas, no conozcais completamente todas las circunstancias. Y aun así, la culpa es nuestra, sin duda por no haber sabido explicarnos mejor.

—En cuanto á eso, tienes razon, replicó la madre seca-

mente; es muy probable que me hayais informado mal, en cuyo caso no soy responsable, me parece. Sin embargo, como esas circunstancias de que hablas son bastante claras por sí mismas, me tomo la libertad de decirte que las comprendo perfectamente, cualquiera que sea la opinion que tengais tú y Nicolás. No parece sino que todo está perdido, porque esa jóven Magdalena se va á casar con un hombre de mas edad que ella. Tu pobre padre ¿no era acaso mayor que yo? Cuatro años y medio nada menos tenia mas que yo. Juana Dibabs... ¿No te acuerdas de los Dibabs que vivian en aquella casita blanca de solo un piso, cubierta de paja y tapizada toda ella de enredaderas, con una linda portada guarnecida de madreselva y de otras mil cosas? ¿Te acuerdas tambien que muchas veces las tijeretas caian en tu té, y que cuando caian boca arriba en la taza movian las patas espantosamente?... Pues bien, aquella Juana Dibabs se casó tambien con un hombre mucho mayor que ella, y con todo su gusto y voluntad, á pesar de todo cuanto pudieron decirle para evitarlo. ¡Oh! poco se habló entonces del casamiento de Juana Dibabs, y sin embargo aquello no impidió que su marido fuera un hombre excelente y honrado, de quien nadie tiene que decir nada desfavorable, sino al contrario mucho bueno. ¿Por qué, pues, hacer ahora tanto ruido con el casamiento de miss Magdalena Bray?

—El marido que se le da á esta señorita, contestó Catalina, no es de su gusto, y el carácter del hombre es exactamente todo lo contrario del que acabais de describir: juzgad, madre, si son diferentes los casos, si hay entre uno y otro la menor semejanza.

A esto la viuda se limitó á contestar que sabia muy bien que ella no tenia buen sentido, y que suya seria la culpa, si no lo supiera, pues sus hijos se lo repetian en todos los tonos todos los dias; que en razon de tener algunos años mas que ellos, habia gentes bastante simples para creer que ella debia saber naturalmente mas que ellos; pero que de ninguna manera era así, pues sabia que nunca tenia razon ella,

sino sus hijos siempre, y que así lo mejor que podia hacer era ser siempre del parecer de ellos.

Por espacio de una hora seguida, todas las deferencias y concesiones de Catalina, solo obtuvieron esta respuesta por parte de su madre:

—¡Oh! sí, ciertamente. ¿A qué preguntarme á mí nada? Ya sabeis que mi opinion no significa nada. ¿Qué importa lo que yo pueda decir?

Y cuando queria tomar apariencia de resignacion no decia una palabra, contentándose con expresar los mismos sentimientos, moviendo la cabeza, alzando los ojos y dando algun gemido que procuraba disimular con una tosecita.

En esta disposicion estaba cuando llegaron Nicolás y Catalina con el objeto de su tierna solicitud, y satisfecha entonces con haber establecido suficientemente su importancia, á lo que le parecia, con su pretendida abnegacion, y tomando por otra parte en el fondo un verdadero interés en la suerte de esta jóven y bella víctima, no solo se puso á desplegar toda su actividad y celo, sino que creyó que era honor suyo alabar en alta voz la conducta de su hijo, y no cesó de manifestar con su expresiva mirada que era una dicha que las cosas hubieran pasado así, y que así no hubieran pasado sin sus consejos

Sin averiguar si la viuda habia tenido mas ó menos parte en el éxito de este negocio, está fuera de toda duda que á lo menos tuvo ocasion de aplaudirse por él.

Los hermanos Cheeryble á su regreso, hicieron tantos elogios de Nicolás por su solicitud inteligente, y demostraron tanta alegría por el favorable cambio que les devolvia á su jóven protegida, despues de pruebas tan crueles y de tan inminentes peligros, que á partir de este momento, como se lo repetia con frecuencia la madre á la hija, la fortuna de la familia le pareció hecha ó poco menos. M. Cárlos Cheeryble en sus primeros trasportes de sorpresa y de alegría se lo habia dicho positivamente poco mas ó menos. Así, pues, sin explicarse mas sobre el alcance de estas palabras un poco ambiguas, la buena señora no tocaba nunca

este asunto, que no tomara un aire de misterio y de importancia, ni se entregara á ilusiones de grandeza y dignidad, cuyas formas vagas y nebulosas no le impedian ser entonces tan feliz como si la fortuna hubiera realmente dado la mas sólida base á sus sueños de opulencia y esplendor.

En cuanto á Magdalena, el terrible y repentino golpe que acababa de sufrir, unido á sus largas tareas y disgustos antiguos, hubo de quebrantar mucho sus fuerzas, y no salia del estado de estupor en que la hundiera la muerte de su padre, sino para caer en una aguda fiebre que vino á ser una enfermedad peligrosa.

Cuando las facultades físicas, por delicadas que sean, se hallan bajo una crísis que las excita, sacan de la energía del espíritu un vigor sobrenatural que las sostiene; pero el valor pasa con el peligro, las fuerzas sucumben y entonces su grado de postracion solo puede medirse por la extension de los esfuerzos que le ha sido preciso hacer.

Así, el mal de Magdalena, en vez de ser de un carácter leve y pasajero, llegó hasta á amenazar su razon y aun su vida.

¿Cómo, pues, desde los primeros progresos de una lenta convalecencia y despues de una enfermedad tan grave y peligrosa, no habia de reconocer con toda la gratitud de su alma las incesantes atenciones de una enfermera tan solícita y tierna como Catalina? Aquella voz prudente y blanda, aquel paso discreto y atento, aquellos mil pequeños servicios de la amistad prestados á cada instante sin ruido ni voces, servicios que agradecemos tanto cuando estamos enfermos, y tan pronto olvidamos despues de la enfermedad, ¿en quién podian hacer una impresion mas profunda que en un corazon jóven que rebosaba de todos esos sentimientos de vivo y puro afecto, tesoro de la mujer? en un corazon casi extraño hasta entonces á las caricias y abnegacion de su propio sexo, á menos que no lo hubiera adivinado? en un corazon vuelto por la desgracia y el sufrimiento mas ávido aun de unas simpatías por tanto tiempo desconocidas, por tanto tiempo deseadas vanamente?

No extrañemos, pues, que las primeras horas que las unieron valieran años enteros de amistad; no extrañemos que cada hora de convalecencia doblara la fuerza de sus expansiones, cuando Catalina, conmovida al referir el pasado á su enferma reconocida, un pasado de algunas semanas, que parecia viejo como un siglo, prodigara los elogios de su entusiasmo á la conducta de su querido hermano.

Y ¿extrañaríamos que estos elogios tuvieran eco rápido en el seno de Magdalena, y que viendo con tanta frecuencia la imágen de Nicolás hasta en la fisonomía de su hermana, acabara por no separarlos en su pensamiento y que tuviera á veces dificultad en distinguir en el fondo de su corazon la diferencia de los sentimientos que experimentaba por el uno y por la otra, mezclando sin saberlo á su gratitud por Nicolás algo del tierno cariño con que se enlazaba á Catalina?

—Mi querida amiga, decia la viuda Nickleby entrando en la alcoba con una precaucion estudiada, capaz de excitar los nervios de un enfermo cien veces mas que la entrada de un soldado de caballería, ¿cómo os encontrais? Mejor ¿no es verdad?

—Casi bien, madre mia, se anticipó á decir Catalina, dejando su labor para tomar la mano de Mágdalena.

—Pero, Catalina, repuso la viuda con tono de reconvencion, no hables tan alto, hija.

Y la buena señora tenia una manera de hablar bajo, que hubiera asustado á un sano, cuanto mas á un enfermo y mas aun á una enferma.

Catalina recibia tranquila y resignadamente la inmerecida reconvencion, y su madre que hacia crujir el piso y agitarse las cortinas andando atentamente á su manera, añadió luego:

—Mi hijo Nicolás acaba de entrar en este momento, y vengo yo misma, como de costumbre, á saber de vuestra propia boca cómo os sentis, pues quiere que obtenga yo directamente de vos, para trasmitírselas, noticias exactas de vuestra salud.

—Hoy ha venido mas tarde que de costumbre lo menos media hora, dijo Magdalena.

—Yo no he visto persona como vos, querida mia, repuso la viuda con la mayor admiracion, jamás. Ni siquiera habia yo advertido su tardanza. M. Nickleby, tu pobre padre, Catalina, decia siempre que no habia en el mundo mejor reloj que el apetito; pero vos, querida Magdalena, no os podeis guiar por ese reloj, pues careceis enteramente de apetito. ¡Ojalá le recobrarais pronto! Antes recobrariais la salud. Y ahora que hablamos de ella, ¿por qué no os hacen tomar alguna cosa que os despierte el apetito? No sé si será verdad, pero he oido decir que no hay nada que mas abra el apetito que dos ó tres docenas de cangrejos ingleses, aunque á decir verdad, esto me parece un círculo vicioso, porque en fin, para comer los cangrejos es preciso empezar por tener apetito. Pero ¿qué digo de cangrejos? Ostras, ostras es lo que quise decir; pero para el caso es lo mismo. Y como iba diciendo, no me explico cómo podeis calcular con tanta exactitud la vuelta de Nicolás, porque...

—Es que hablábamos precisamente de él, interrumpió discretamente Catalina, y por eso...

—Me parece, Catalina, contestó la viuda interrumpiéndola á su vez, me parece que no hablas nunca de otra cosa, y francamente no comprendo cómo eres tan indiscreta. Mil otros asuntos de conversacion tienes, hija; y cuando sabes toda la importancia de distraer á Magdalena, francamente hallo muy inconveniente que le estés siempre quebrantando la cabeza con la misma conversacion. Eres sin duda, hija mia, una excelente enfermera; pero puedo decir que sin mí no sé cómo podria levantarse el ánimo de nuestra querida enferma. Es lo que digo todos los dias al doctor. Por cierto que el doctor me dice que no sabe cómo me conservo como estoy; y la verdad es que yo misma me admiro de conservarme tan bien. No es sin trabajo, por supuesto; pero cuando pienso en la falta que hago en esta casa, me veo obligada á hacer todo lo que hago. No hay ningun mérito en ello, bien entendido: es preciso y me resigno.

Despues de esto, la viuda tomó asiento, y por espacio de tres cuartos de hora, se lanzó hasta perderse de vista á una multitud de asuntos de distraccion, en que no habia mas distraccion que la de su espíritu.

Por fin se retiró de la alcoba para ir á distraer á su vez á Nicolás, mientras cenaba.

Despues de haber comenzado, aparentemente por levantar tambien su ánimo, que encontraba peor á la enferma, continuó halagando su corazon, añadiendo que miss Bray estaba triste, indolente, abatida; lo que en su sentir consistia en que la necia de Catalina no le hablaba mas que de él y de sus asuntos de familia.

Habiendo así consolado á Nicolás con semejantes noticias, entró luego en el pormenor de todo lo que habia tenido que hacer durante el dia, y no pudo menos de mostrarse de vez en cuando conmovida hasta derramar algunas lágrimas, pensando en la desgracia que seria para su familia, á la que era tan necesaria, que Dios la llamara á mejor vida.

Otras veces, cuando Nicolás volvia por la noche, iba acompañado de M. Frank Cheeryble, á quien encargaban sus tios ir á saber cómo habia pasado el dia Magdalena. En estas ocasiones, que se repetian con mucha frecuencia, la viuda tenia buen cuidado de no dormirse: por algunos síntomas en que su vigilancia no se habia engañado, hubo de conjeturar hábilmente, que Frank, con todo aquel interés y recomendaciones de sus tios por la salud de Magdalena, iba mas bien por ver á Catalina que por llevar noticias de la enferma á los hermanos Cheeryble; tanto mas, cuanto que estos buenos señores estaban en relaciones diarias con el médico, hacian ellos mismos frecuentes visitas á la casa, y todas las mañanas tenian noticias circunstanciadas por conducto de Nicolás.

Entonces sí que la viuda Nickleby estaba orgullosa; jamás se habia visto una mujer tan grave y discreta, ni tan misteriosa tampoco; jamás un general de ejército usó una táctica tan prudente ni combinó planes mas impenetrables que ella para sondear á Francisco y verificar sus sospechas.

Cuando se creyó segura del hecho, ¡qué habilidad en sus manejos para atraérselo y merecer sus confidencias, para reducirlo á demandarle su caritativa intervencion!

La buena madre puso en juego todos sus recursos para asegurar el éxito, y sabia perfectamente ocultarlos y exhibirlos oportunamente para llevar la turbacion al ánimo del jóven. Ya se presentaba con la mas graciosa cordialidad, ya con la rigidez mas fria; hoy se hubiera creido que queria depositar todos los secretos de su corazon en el pecho de su víctima; el dia siguiente le tenia á buena distancia recibiéndole con una reserva calculada, como si acabara de ver algun rayo de luz y adivinando sus intenciones se hubiera resuelto á sofocarlas en su gérmen; como si creyera de su deber, y deber rigoroso, obrar como verdadera espartana, desanimando una vez por todas, unas esperanzas que no debian realizarse nunca.

Otras veces, cuando estaba segura de que Nicolás no estaba allí para oirla, y que Catalina habia subido cerca de la enferma á prestarle sus cuidados, la digna matrona dejaba escapar medias confidencias sobre la intencion en que estaba de enviar á su hija á pasar tres ó cuatro años á Francia ó á Escocia, á fin de que restableciera su salud alterada por las últimas fatigas; ó bien á dar una vuelta por América, no importaba dónde, con tal que fuera una amenaza de larga y dolorosa separacion.

Pero no es esto todo; la buena de la viuda llegó una vez á hacerle entender en términos oscuros que hacia tiempo que su hija habia inspirado una gran pasion al hijo de uno de sus antiguos vecinos, M. Horacio Peltirogus (que podia tener á la sazon algunos cuatro años), y llevó su astucia hasta presentar este partido como cosa convenida entre las familias: solamente se esperaba el asentimiento definitivo de su hija para llevarla al altar y hacer la felicidad de todos.

Aun estaba en la embriaguez de su orgullo y gloria, por haber puesto en juego estos manejos con éxito admirable, cuando aquella misma noche, ofreciéndosele ocasion de es-

tar á solas con Nicolás, antes de retirarse al lecho, quiso aprovecharla para hablarle de un asunto que tanto la preocupaba é incumbia. No dudaba lo mas mínimo de que su hijo fuera de su mismo parecer sobre este punto, y abordó la cuestion, haciendo sobre la amabilidad de Francisco Cheeryble en general, observaciones en gran manera laudatorias.

—Teneis razon, madre, contestó Nicolás; teneis mucha razon; es un jóven de mérito.

—¿Qué te parece su nariz? preguntó la madre al hijo para interesarle mas y mas en el importante asunto de la conversacion.

—¡Su nariz!

—Sí, ¿qué te parece?

—Pero ¿qué quereis que me parezca la nariz de Frank Cheeryble?

—Quiero decir, repuso la viuda, qué estilo de nariz le encuentras, á qué órden de arquitectura, por decirlo así, pertenece, segun tu gusto. Yo no soy fuerte en esto de narices. ¿Cómo llamarias tú la suya, griega ó romana?

—Pero, señora, contestó Nicolás riendo, yo no me acuerdo de la nariz de Frank. Sin embargo, si teneis gusto en saber mi opinion sobre este punto, lo miraré mejor la primera vez que nos reunamos.

—Sí, míralo bien, repuso la viuda con la mayor seriedad, como si se tratara de un asunto de interés.

—En hora buena; no dejaré de hacerlo.

Y Nicolás creyendo el asunto agotado, hizo solamente la observacion de que su madre parecia ya muy adelantada en las confidencias de su nuevo amigo.

—¿Eh? yo no sé nada, dijo la viuda, pero creo necesario, completamente necesario que haya álguien en sus confidencias.

Animada por la curiosidad que creyó ver en una mirada de su hijo, y orgullosa de poseer ella sola un secreto de esta importancia, la viuda continuó diciendo con viveza:

—Verdaderamente, mi querido Nicolás, no comprendo

cómo te se haya escapado esto, aunque á decir verdad, es una de las cosas que en cierto modo saltan á la vista de una mujer, sin llamar la atencion de un hombre, sobre todo al principio. Yo, por mí, no me jacto de tener mas penetracion que otra cualquier mujer en la materia. Acaso tenga mas; pero esto á los que me conocen toca decirlo, aunque bien sé que lo creen así. Pero no debo insistir sobre este punto; seria faltar á la modestia, y despues de todo, esto no tiene nada que ver con la cuestion.

Nicolás despabiló la luz, se metió las manos en los bolsillos y tomó un aire de paciencia dolorosa y de melancólica resignacion.

—Creo de mi deber, mi querido Nicolás, repuso la madre, creo de mi deber decirte lo que sé, no solo porque tienes el derecho de saberlo como todo lo que pasa en nuestra familia, sino porque de tí depende secundar nuestras miras y hacer asequible la cosa; y no es dudoso que en tales circunstancias, cuanto antes se aclaren las dudas, mejor.

Despues de tomar aliento para lo que iba á decir, continuó la viuda:

—Hay, mi querido Nicolás, una multitud de medios que puedes emplear, bien yéndote á dar un paseo por el jardin, bien subiendo por un rato á tu aposento, ya aparentando echar un sueño en tu misma silla, ya pretextando un negocio olvidado que te entretenga una hora ó dos con Smike fuera de casa. Todo esto te parecerá á tí muy poca cosa y acaso creas que le doy yo demasiada importancia; sin embargo, Nicolás, puedo asegurarte, (y ya lo verás tú mismo algun dia, si llegas á enamorarte, como espero y deseo, si tu elegida es una jóven honrada y respetable, aunque bien sé que tú no te prendarias de quien no reuniera recomendables circunstancias); puedo asegurarte que estas cosas pequeñas tienen mas importancia de lo que tú piensas. Si tu pobre padre estuviera aun en el mundo, él mismo te diria la consecuencia de dejar solo al jóven con la jóven. Bien comprenderás que no se trata de abandonar la habitacion, como si se hiciera exprofeso, sino como por puro acciden-

te, y así debes volver. Si toses en el corredor antes de abrir la puerta, ó si tarareas ó silbas, como quien no hace la cosa, para advertirles que vuelves, será lo mejor, porque naturalmente, aunque no haya nada malo en estas entrevistas secretas, siempre hay cierta confusion en esta sorpresa, aun cuando no haya nada malo, como digo. Es ridículo, sin duda, pero la verdad es que así pasa.

Por mas que Nicolás, durante este discurso ó lo que fuera la gran palabrería de la viuda, miraba á su madre con profunda extrañeza y aun asombro que fué creciendo por grados con las confidencias que le hiciera, lo que es la viuda no se turbó ni mucho menos; muy al contrario, no vió en esto sino la admiracion inspirada por su alta experiencia en estas cosas.

Así, despues de haber interrumpido un momento su discurso, solo para advertirle con gran complacencia que iba á sorprenderle, volvió á tomar la palabra para entrar en la exposicion de las pruebas, cuyos pormenores eran de los mas incoherentes. En fin, por conclusion, vino á asegurar que M. Frank Cheeryble estaba apasionadamente enamorado de Catalina.

—¿De quién? preguntó Nicolás.

—De Catalina, repitió la viuda.

—¿De qué Catalina? ¿de mi hermana?

—¡Oh Dios mio! Pero, Nicolás, ¿de qué Catalina quieres que sea? ¿Crees, por ventura, que iba yo á cuidarme de esto ni á tomar en ello el menor interés, si se tratara de otra Catalina que no fuera nuestra Catalina?

—Pero, madre mia, replicó Nicolás, me parece que debeis estar equivocada: eso no debe ser así.

—Así es, amigo mio, dijo su madre con la mayor seguridad. Y si no, espera, y te convencerás tú mismo. No te digo mas.

Hasta entonces, nunca habia parado mientes Nicolás en la posibilidad del incidente de que su madre acababa de hablarle. Desde algun tiempo atrás habia estado con demasiada frecuencia ausente de la casa y muy ocupado en otros

cuidados, y por otra parte sus ideas habian tomado otro curso, pues si bien habia notado la frecuencia de las visitas de Frank Cheeryble, léjos de haber referido á su hermana esta novedad, hubo de concebir la celosa sospecha de que su amigo sentia hácia Magdalena un interés de la misma índole que él mismo sentia.

Aun en aquel mismo instante, aunque viera muy bien que las conjeturas de una madre vigilante tenian mas apariencia de realidad que las suyas, y aunque recordara al punto una multitud de circunstancias secundarias, cuya reunion parecia dar efectivamente fuerza á las suposiciones de que su madre se mostraba triunfante, no estaba bien convencido para que dejara de atribuirlo á la galantería inconsiderada de un jóven naturalmente amable, que no se hubiera mostrado menos obsequioso y fino con cualquiera otra señorita amable tambien y bella. A lo menos lo esperaba así y procuraba persuadírselo.

—Me ha impresionado mucho lo que me habeis dicho, madre, dijo el jóven despues de un momento de reflexion, aunque me inclino todavía á creer que os hayais equivocado.

—No sé porqué te inclinas á creer eso, contestó la viuda: me extraña tu incredulidad. De todos modos lo que te he dicho es la verdad.

—¿Y Catalina?

—¡Ah! en cuanto á eso, no puedo hablarte con la misma seguridad; ese es justamente el punto en que no me he fijado todavía. Durante la enfermedad de Magdalena, Catalina casi no ha abandonado su cabecera. No habrá dos personas que hayan fraternizado mas, y despues, debo confesártelo, la he tenido de vez en cuando un poco retirada, porque este es á mi parecer el mejor medio de tener á un hombre en ansiedad. Menester es que no se considere demasiado seguro de su triunfo. ¿No comprendes?

La pobre madre decia todo esto con una mezcla tal de alegría y satisfaccion de amor propio, que no podria decirse la pena de Nicolás al verse obligado á destruir sus esperanzas. Pero el jóven conocia que el honor no le permitia

eleccion y que el deber le mandaba imperiosamente en este sentido.

—Mi querida madre, le dijo con dulzura, ¿no veis que si efectivamente tuviera Frank una inclinacion séria hácia Catalina, y tuviéramos nosotros la debilidad de favorecerla ó animarla, cometeríamos en primer lugar una ingratitud y en segundo una inconveniencia? Al preguntaros si no lo veis, demasiado conozco que no habeis pensado en ello; pues de otro modo hubierais tenido mas reserva. Permitidme explicar mi pensamiento. Bien sabeis, madre, cuán pobres somos...

La viuda movió la cabeza diciendo entre suspiros y lágrimas:

—La pobreza no es deshonra.

—De ninguna manera, repuso Nicolás, y por eso es menester sacar de nuestra misma pobreza un noble orgullo que nos defienda contra toda tentacion de acciones malas contrarias á la delicadeza y nos deje ese respeto de nosotros mismos que el indigente puede guardar como el mas altivo monarca. Pensad, madre mia, en todo lo que debemos á los señores Cheeryble; recordad todo lo que han hecho, lo que hacen todos los dias por nosotros con una generosidad y una delicadeza que no pagaríamos ni con el sacrificio de nuestra vida. ¡Buena recompensa seria, para reconocer tantos beneficios, alentar á su sobrino, su único pariente, y aun puede decirse su hijo único, para el que sin duda ninguna tendrán ya formado su plan de establecimiento, digno de su educacion y de la fortuna que ha de heredar un dia; alentar, digo, á ese jóven para que pretenda unirse con una mujer sin dote ni esperanzas, con una mujer que nos toca tan de cerca, que nadie dudaria de que le habiamos tendido un lazo, de que era un ardid premeditado, un vil cálculo hecho y dirigido por nosotros! ¿Qué diriais, si una vez convenido ese enlace, tuvierais que confesar la verdad á los señores Cheeryble en una de las honrosas visitas que con tanta frecuencia nos hacen? ¿No os reprochariais haber desempeñado un papel cuando menos equívoco?

La pobre viuda lloraba mas aun y se defendia murmurando que Frank habria comenzado por pedir el consentimiento de sus tios.

—En hora buena, madre, dijo Nicolás; ese paso le colocaria á él en buena posicion cerca de sus tios; pero nosotros quedaríamos mal. ¿De qué modo podríamos destruir las desfavorables sospechas? La distancia que nos separa á unos de otros, ¿seria acaso menor? Las ventajas que nos resultarian de esta union, interesada en el concepto de todos, ¿serian menos evidentes? Despues de todo, añadió con tono mas jovial ó menos sério, pudiera ser que en todo esto contáramos sin la huéspeda, como suele decirse: yo creo, estoy casi seguro de que somos víctimas de un error; pero si así no fuera, conozco bastante á Catalina para saber desde luego que en esto pensará ella como yo. Y vos tambien, madre, vos tambien; harto os conozco para tener por cierto que, despues de un momento de reflexion, no habeis de pensar de otra manera, contraria ó distinta de la nuestra.

A fuerza de instancias y ruegos, Nicolás pudo obtener de su madre la promesa de hacer todo lo posible por pensar como él en este asunto y de que, si Frank perseveraba en sus atenciones, procuraria desanimarle, ó que á lo menos no le animaria de ningun modo.

Por lo que hace á Nicolás, se decidió á no hablar á Catalina antes de estar bien convencido de que hubiera realmente necesidad de hacerlo, reservándose el derecho de cerciorarse, por medio de observaciones personales, del estado exacto de las cosas.

Esto era en verdad pensar prudentemente; pero un nuevo asunto de ansiedad cruel vino á detenerle en la ejecucion de su plan.

La salud de Smike hubo de empeorarse de una manera alarmante, pues la debilidad de sus fuerzas no le permitia ir de una habitacion á otra sin el apoyo de un brazo: su flaquedad y la alteracion de su cara eran en verdad lastimosas. El mismo médico, á quien Nicolás llamara desde el principio, le advirtió que la única y última esperanza que

quedaba de salvarle, era alejarle de Londres cuanto antes.

Designósele como punto de residencia mas favorable, la parte del Devonshire, donde el mismo Nicolás se habia criado; pero no se le dejó ignorar, aunque diciéndoselo con ciertas precauciones de prudencia, que cualquiera fuera la persona que le acompañara, debia temerlo todo, porque se habian declarado en el paciente todos los síntomas de una rápida consuncion y era muy posible que no volviera.

Los buenos hermanos Cheeryble, que conocian ya el triste estado del pobre Smike, habian enviado á Timoteo para asistir á la consulta.

El mismo dia, el hermano Cárlos llamó á Nicolás á su despacho y le dijo:

—Nicolás, amigo mio, no hay tiempo que perder. No hemos de dejar morir á ese pobre muchacho sin haber hecho antes lo posible para salvarle. Tampoco es cosa de dejarle morir solo en un país extraño para él. Lleváoslo mañana mismo, cuidad de que no le falte nada de lo que reclama su estado, y no le dejeis, no le dejeis, mi querido Nicolás, antes de reconocer que no hay ya peligro inmediato. Seria una crueldad separaros en estos críticos momentos. Nada de eso. Timoteo irá esta noche á despediros.

Hablando luego con su hermano, que se hallaba en su despacho:

—Ned, le dijo, Ned, aquí está nuestro Nicolás que quiere estrecharte la mano antes de partir.

El hermano Ned acudió.

—Nuestro Nickleby, continuó diciendo Cárlos, no estará ausente mucho tiempo, pues el enfermo se restablecerá allí pronto, muy pronto, y entonces buscaremos en el país una honrada familia á quien le confiemos, pudiendo ir y venir de vez en cuando Nicolás; ¿no es verdad, Ned?

—Sin duda.

—Y no debe afligirse por eso; ¡ánimo, Nicolás! nuestro enfermo recobrará la salud en cuanto respire los aires de aquella tierra de Dios; ¿no es verdad, Ned?

—Así lo espero.

Nicolás salió del despacho bendiciendo á los dos hermanos, á competencia generosos y buenos.

Timoteo fué á despedirle á la noche á su casa, como le ofreciera el hermano Cárlos. Inútil es decir la mision principal de que iba encargado.

El dia siguiente por la mañana, Nicolás se puso en camino con el enfermo.

Nadie, nadie, excepto él, que nunca habia hallado sino en casa de sus amigos reunidos á su partida, una mirada de cariño ó una palabra de piedad, podria expresar las angustias del alma, los tristes pensamientos, el pesar estéril que emponzoñaba para él esta última separacion.

—Mirad, mirad, Smike, decia Nicolás asomándose á la portezuela; aun están allí todos al extremo del camino. Ved á Catalina, de quien no habeis querido despediros por falta de valor, vedla como ella os despide desde léjos agitando su pañuelo. No la perdais de vista sin hacerle una seña de despedida.

—No puedo, no puedo, mi querido Nicolás, contestó temblando su compañero, al mismo tiempo que se arrinconaba en el carruaje cubriéndose los ojos con las manos. ¿Todavía la veis? ¿Está todavía allí la buena y hermosa Catalina?

—Ciertamente que sí. Todavía os saluda en despedida. Yo la contesto por vos devolviéndola el saludo. Ya desaparece... ya no se la ve. Pero no os aflijais así, mi querido amigo: ya la volveremos á ver pronto.

Smike levantó las manos al cielo, y juntándolas con fervor, contestó solemnemente:

—En el cielo, en el cielo; solo ya esta plegaria dirijo á Dios, ¡en el cielo!

Y esta plegaria parecia salir del fondo de un corazon roto, herido profundamente por la dura y cruel mano de la muerte.

CAPÍTULO XXIV.

Despues de haber visto fracasar su última maquinacion, Rodolfo Nickleby adopta un proyecto de venganza que le sugiere la casualidad, y asocia á su designio un auxiliar experto.

El curso de los acontecimientos nos arrastra; el historiador está obligado á seguirlos: esto es lo que nos precisa á volver al punto en que estábamos antes del último capítulo, cuando dejamos á Rodolfo Nickleby con Arturo Gride en la casa de Bray, donde la muerte acababa de desplegar repentinamente su sombría y triste bandera.

Con los puños crispados y los dientes apretados tan dura y firmemente que sus mandíbulas parecian unidas con tornillos de hierro, Rodolfo permaneció algunos minutos de pié, en la actitud que tomara para dirigir á su sobrino los últimos ultrajes. A no ser por su respiracion fatigosa, su rigidez é inmovilidad hubieran podido hacerle tomar por una estatua de bronce: tal era la impresion que le causara la ocurrencia.

Muy luego comenzó por grados á rehacerse como si se despertara de un sueño de plomo. Sacudió su crispado puño en direccion á la puerta por donde salió Nicolás, y ocultándolo despues en el seno como para no dejar ver su emocion, se volvió á mirar al otro usurero, que aun no habia podido levantarse del suelo.

El miserable que temblaba todavía con los cabellos erizados bajo la impresion de su terror, se levantó como pudo, y vacilaba sobre sus flacas piernas al encontrar la mirada fija de Rodolfo, y ocultando la cara entre sus manos, se arrastró hácia la puerta, protestando que no era culpa suya lo ocurrido.

—Y ¿quién os dice lo contrario? dijo Rodolfo con voz sorda. No os he hecho yo cargo ninguno para que pretendais defenderos.

—Observo que me mirais de una manera tan hostil... Cualquiera diria que me inculpais por una cosa que yo soy el primero en deplorar.

—¡Bah! exclamó Rodolfo esforzándose por reir. Si hay aquí álguien á quien inculpar es él, él que no ha vivido siquiera una hora mas; con una hora mas, hubiéramos tenido tiempo sobrado para realizar nuestro negocio. Él solamente es aquí el culpable.

—Es verdad, es verdad.

—Es una desgracia y nada mas, repuso Rodolfo; pero yo tengo una cuenta antigua que ajustar con ese temerario que os ha soplado la dama; no por sus bravatas de ahora, porque al fin le hubiéramos vencido y humillado sin este maldito azar.

Habia en la calma de las palabras de Rodolfo una cosa tan poco natural cuando se la comparaba con su fisonomía, cuyos músculos contraidos por movimientos espasmódicos revelaban pasiones terribles; habia alguna cosa tan poco natural, tan espantosa en el contraste de su voz ruda, lenta, firme, entrecortada por esa respiracion anhelosa de un hombre ébrio, que separa trabajosamente las palabras, con los síntomas visibles de las pasiones mas salvajes, rebelándose contra el temor que se les impone, que si el cadáver de Bray hubiera venido á ponerse en su lugar, ante el desgraciado Gride, no le hubiera espantado mas.

—¿Y el carruaje? preguntó Rodolfo despues de una lucha interior tan violenta como la de un hombre que sale de un ataque de epilepsia. El carruaje ¿está todavía en la puerta?

Gride agradeció la pregunta que le daba pretexto para asomarse á la ventana, mientras que Rodolfo inmóvil en la otra parte se desgarraba la camisa con la mano que tenia aun en el seno, y decia entre dientes y con ronca voz:

—¡Doscientos cincuenta mil francos! Sí, doscientos cincuenta mil francos me ha dicho. Es precisamente la suma que presté ayer mismo sobre las dos hipotecas, y que debia correr desde mañana á crecido interés. ¡Si hubiera quebra-

do esa casa y fuera ese maldito el encargado de darme la primera noticia!... El carruaje, Gride, ¿está ahí todavía el carruaje? Responded.

—Sí, contestó Gride estremeciéndose al tono salvaje con que le hiciera esta pregunta. ¡Oh Dios! ¡Qué hombre tan inflamable sois!

—Acercaos, dijo Rodolfo con voz de mando.

Gride, aunque con timidez, no pudo menos de obedecer y se acercó.

—Es preciso que tengamos ó aparentemos serenidad, indiferencia al salir. Vamos á salir del brazo y con aire de no habernos ocurrido nada. ¿Me entendeis?

—¡Ay! exclamó Gride quejándose y acudiendo con la mano libre al brazo que le tenia agarrado Nickleby: no me apreteis tanto, mi querido amigo; ya os entiendo, ya os entiendo bien.

Rodolfo le soltó con aire de impaciencia y bajando con paso firme y grave, como él andaba ordinariamente, subió al carruaje, seguido de Arturo Gride, quien despues de mirarle con cierta indecision, cuando el cochero preguntó á dónde habia de conducirlos, dió las señas de su casa.

Durante la carrera, Rodolfo permaneció en su rincon con los brazos cruzados y sin desplegar los labios para pronunciar una palabra. Con la barba apoyada en el pecho y los ojos velados con sus largas, espesas y enredadas cejas, no daba señales de vida, pareciendo mas bien dormido profundamente, hasta el momento de detenerse el carruaje á la puerta de Gride.

Entonces levantó la cabeza y mirando por la portezuela preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En mi casa, contestó Gride, que no habia creido, cuando salió tan puesto y aun peripuesto de verde-botella, volver tan desconsolado, ni encontrar tan solitaria su casa.

—Es verdad, repuso Rodolfo; no me habia fijado en el camino que hemos traido. Daria cualquier cosa por un vaso de agua fresca. ¿La encontraré en vuestra casa?

—Sí, hombre, sí; en ella encontrareis un vaso de... todo cuanto querais, contestó Gride gimoteando. Cochero, no teneis que golpear; basta que tireis del cordon de la campanilla.

El cochero tiró y volvió á tirar el cordon. Despues empuñó el llamador y aporreó la puerta y los oidos de los vecinos. Luego se puso á escuchar por las rendijas...

Nadie contestaba: la casa estaba tan silenciosa como una tumba.

—¿Qué significa eso? preguntó Rodolfo con impaciencia mirando á Gride.

—¡Es tan sorda Margarita!... contestó Gride visiblemente inquieto y alarmado. A ver, cochero, tirad aun mas del cordon de la campanilla, que si no la siente la verá al fin moverse; no hay otro remedio.

El cochero repitió la misma operacion con la campanilla y el martillo, y el resultado fué el mismo: el silencio de una tumba.

Los vecinos se asomaban á sus ventanas y se preguntaban de una á otra si el ama de gobierno del viejo Arturo Gride habria muerto de un ataque de apoplejía.

Otros se agrupaban en torno del carruaje y dando vuelo á sus suposiciones temerarias:

—Nó, decia una voz, será que está ébria.

—¡Bah! decia otra, habrá visto algo bueno que comer, y como la pobre no está acostumbrada á eso, se habrá asustado tanto que tendrá un ataque de nervios.

Esta última conjetura fué particularmente del gusto de los circunstantes, que no pudieron menos de celebrarla á carcajadas, y aun estuvieron por forzar las puertas para cerciorarse del hecho.

No es esto todo: como se sabia por la inmediata vecindad que el viejo Gride habia salido por la mañana para contraer matrimonio, todo eran chanzonetas á propósito de su consorte. La mayoría de los concurrentes queria absolutamente que la novia estuviera en el carruaje disfrazada de Rodolfo Nickleby, y el populacho se indignaba de la manera mas

chistosa por aquella entrada nupcial de una jóven desposada con calzones y botas. Así que no se oian por todas partes mas que murmullos y fisga.

Por fin, los dos usureros hallaron asilo en una casa inmediata, y habiéndose luego procurado una escala, treparon por encima del muro del patio, que no era por fortuna muy alto, y bajaron á la parte de allá sanos y salvos.

—¡Pardiez! exclamó Gride volviéndose á Rodolfo cuando estuvieron solos; yo no sé si debo entrar: tengo miedo, Nickleby.

—¿Miedo?

—¡Oh! Si la encontráramos asesinada... tendida en medio del suelo con un garrotazo que le hubiera roto la cabeza!... ¿No pudiera ser?

—Bien ¿y qué? yo daria alguna cosa porque eso sucediera con mas frecuencia y porque fuera mas fácil de hacer. Permaneced vos aquí temblando, si no quereis seguirme; yo voy á entrar.

Y Rodolfo se puso antes á sacar agua con la bomba del patio, bebió un buen trago, y rociándose luego la cara y la cabeza, recobró su calma habitual y entró el primero en la casa.

Gride con desconfianza y paso tímido fué detrás.

En la oscuridad ordinaria de sus aposentos nada habia cambiado: los viejos y empolvados muebles estaban todos en su sitio; el péndulo latia pesadamente como un corazon de hierro en su vieja y cascada caja; los armarios estaban como siempre, avergonzados en sus rincones; los mismos ecos fúnebres repetian el ruido de los pasos; la araña se detenia en su labor asustada á la vista de un sér humano en su dominio hereditario y permanecia suspendida en su tela sin movimiento y como muerta, esperando que pasaran los intrusos.

Los dos usureros registraron toda la casa desde la cueva hasta el desvan.

Margarita no parecia.

Nuestros héroes acabaron por venir á sentarse al aposen-

to ocupado comunmente por Arturo Gride para descansar de sus inútiles pesquisas.

—La vieja bruja, dijo Rodolfo preparándose á salir, habrá salido á comprar sin duda algo bueno para honrar vuestra mesa de bodas. Ahora bien, Gride, inutilizo vuestro compromiso; ya no nos queda nada que hacer.

Y Rodolfo hizo pedazos un papel.

Gride, que acababa de mirar al rededor de la estancia, cayó repentinamente de rodillas ante un cofre y lanzó un grito espantoso.

—¿Qué es eso? preguntó Rodolfo volviéndose hácia él con cólera.

—¡Me han robado! contestó Gride con desesperacion.

—¡Robado! ¿Dinero?

—Nó, nó; mas que dinero!

—¿Qué?

—Mas que dinero, repitió el desdichado Gride. ¡Oh! si no fuera mas que dinero.

Y esto diciendo escudriñaba los papeles del cofre como un animal salvaje que escarba la tierra con sus garras.

—¡Ah Margarita! añadió, mas habria querido que me robara el dinero, todo el dinero que tengo en casa, que al fin no hubiera sido gran cosa; pero mas quisiera que me hubiera dejado reducido á la mendicidad que no que haya hecho esto.

—Pero ¿qué diablos ha hecho? Veamos ¿qué ha hecho? preguntó Rodolfo con impaciencia.

Gride, sin contestar una palabra, continuaba escarbando en el cofre, y á la vez aullaba y maldecia como un energúmeno.

—¿Qué diablos os han robado? dijo Rodolfo con furor agarrándole del cuello. ¿Qué os falta? Hablad y acabemos de una vez.

—¡Papeles, papeles muy importantes! contestó Gride con voz endemoniada. ¡Estoy perdido! perdido, perdido! La vieja infernal me ha visto leer con interés estos papeles... sabia que los guardaba aquí y me los ha robado. ¡Maldita sea ella y toda su ralea!

—¡Pardiez! exclamó Rodolfo iluminado por una inspiracion repentina, que hacia fulminar sus ojos y temblar todos sus miembros, mientras que tenia entre sus manos el descarnado brazo de Gride.

—No sabe, sin embargo, lo que es, pues no sabe leer, continuó diciendo Gride, sin hacer caso de Rodolfo. Para sacar dinero de los papeles, no tiene mas medio que conservarlos guardados; hará que se los lean cuando tenga ocasion de ello, y entonces ella y su cómplice sacarán dinero impunemente. Y hasta podrán hacer un mérito de este robo; podrán decir que se los han encontrado y declarar contra mí. La única persona que puede padecer aqui, soy yo... yo no mas, yo.

—Calma, calma, le dijo Rodolfo echándole oblicuamente una mirada penetrante, que indicaba que habia encontrado un expediente utilizable que comunicarle. Calma y oid friamente la razon. La vieja no puede haber ido muy léjos: voy pues á poner la policía en su persecucion. Vos no teneis que declarar lo que os ha sustraido; con solo decir que os ha robado, basta para que la policía la dé alcance en seguida. ¡Socorro! ¡Ladrones!

—Nó, nó, gritó el tímido viejo Gride tapándole la boca á Rodolfo para que no diera voces alarmantes: no es posible, no es posible.

—¿Cómo que no es posible?

—Nó, yo no puedo... no puedo....

—¿No podeis declarar públicamente que os han robado, sin decir qué?

—Nó, nó, contestó Gride retorciéndose las manos con desesperacion. ¡Silencio! ¡ni una palabra de eso! Estoy perdido, Nickleby; por cualquier parte que me vuelva, estoy perdido. Me entregarán á los tribunales; me harán morir en los calabozos de Newgate.

Estas frenéticas exclamaciones en que se mezclaba de una manera tan extraña como ridícula el miedo, el pesar y la rabia en el corazon de este miserable sobrecogido de un terror pánico, descendieron muy luego del tono de los mas

agudos gritos á los murmullos lamentosos de una cobarde desesperacion, entrecortados de vez en cuando por una especie de aullido feroz, especialmente cuando registrando en el cofre, descubria el avaro alguna otra pérdida.

Rodolfo lo dejó así, excusándose de tener que abandonarle tan pronto, y tomando el mismo carruaje que habia quedado á la puerta, se hizo conducir directamente á su casa.

Una carta le esperaba sobre la mesa.

Rodolfo la dejó allí algun tiempo como si temiera abrirla.

Al fin se decidió á ello, y al echarle una ojeada, se puso amarillo como un muerto.

Despues de leerla, dijo:

—La desgracia se ha consumado: la casa ha hecho quiebra. Ya sé lo que es: la noticia cundiria anoche por la *city* y llegaria á oidos de los hermanos Cheeryble. Muy bien, muy bien.

El usurero recorrió á grandes pasos el despacho en una agitacion violenta y despues se detuvo.

—¡Doscientos cincuenta mil francos! exclamó. ¡Y solamente por un dia los habia puesto allí, por un dia solo, por un dia no mas!... ¡Cuántos años de cuidados y de trabajo, cuántos dias de fatiga, cuántas noches de insomnio me han costado esos doscientos cincuenta mil francos! ¡Doscientos cincuenta mil francos! ¡Cuántas damas con todos sus afeites y melindres hubieran venido á halagarme, á sonreirme, á lisonjearme! ¡Cuántos pródigos imbéciles habrian venido á hacerme cumplimientos, maldiciéndome á la vez en el fondo de su corazon, durante el tiempo que necesitaba para doblar mi capital! ¡Cómo hubiera yo pellizcado, molido á mi gusto á todos esos necesitados de lengua dorada y frases corteses! No hay mas que creer el necio lenguaje del mundo: todos dicen que los hombres como yo están obligados á comprar su riqueza con disimulaciones y bajezas, humillándose, adulando, lamiendo las manos y los piés como los perros. Y es todo lo contrario. ¿Quién puede decir las mentiras, las viles deferencias, las adulaciones que me

habrian valido mis doscientos cincuenta mil francos de parte de esa turba de advenedizos que sin mi dinero me darian la espalda con menosprecio, como hacen todos los dias con gentes que valen mas que ellos? Y si los hubiera doblado, si hubiera ganado el ciento por ciento, no habria en todos mis sacos un escudo que no representara doscientos cincuenta mil miserables falsedades, cometidas nó por el acreedor, nó, no lo creais, sino por el honrado, el generoso, el liberal y confiado deudor.

Así, para aliviar sus pesares, derramaba Rodolfo sobre los parroquianos ordinarios del mundo sus sarcasmos mas amargos, paseándose á paso largo por su despacho. Pero a medida que atraia su espíritu al pensamiento de su reciente pérdida, iba mostrando menos resolucion, de tal manera, que dejándose al fin caer en su poltrona, cuyos brazos hizo crujir bajo su presion nerviosa, dijo con despecho:

—Nada, nada del mundo me ha hecho tanta impresion como esta pérdida. Los nacimientos, los entierros, los casamientos, todos esos sucesos de tanto interés para la mayor parte de los hombres, ¿qué me importan á mí, si no me hacen ganar ó perder? Pues bien, en este momento, no es precisamente la pérdida lo que yo siento mas, sino el aire triunfante de ese maldito al anunciármela. Si se la debiera á él, de seguro no le aborreciera mas de lo que le aborrezco. Esperemos, esperemos, qué aun he de poder vengarme; tome yo una vez la ventaja para inclinar la balanza á mi favor, y ya verá él quién soy yo y lo que pesa mi mano.

Sus reflexiones fueron largas y profundas, y acabaron por una carta que encargó á Newman de llevar á M. Squeers á la Cabeza del Sarraceno.

Noggs debia enterarse de si M. Squeers habia llegado á Londres, y en este caso, esperar contestacion.

Al poco tiempo volvió con la noticia de haber llegado aquella misma mañana en la diligencia, y de haber recibido la carta estando aun en la cama, pero que iba á levantarse para venir al punto á ver á M. Nickleby.

En efecto, el honorable preceptor de la juventud no se hizo esperar mucho.

Mientras tanto Rodolfo habia tenido tiempo de hacer desaparecer toda señal de emocion, volviendo á su expresion normal, es decir, dura, inmóvil, inflexible, á la cual debia acaso en gran parte su incontestable influencia sobre las gentes que no eran escrupulosas en punto de moralidad.

—¡Hola! M. Squeers, dijo acogiendo al digno funcionario con su sonrisa acostumbrada, entre miel y vinagre, ¿cómo va, cómo va?

—Tal cual, M. Nickleby, contestó Squeers. La familia y los niños, bien, gracias á Dios, aunque corre por la casa una especie de usagre que quita el apetito á los alumnos. Pero ¿qué quereis? el tiempo es así; todo el mundo se queja. El sufrimiento es el destino de la humanidad, como digo en clase todos los dias, cuando ocurre algun contratiempo. Sí, señor, el sufrimiento es el destino de la humanidad; la muerte misma no es mas que una prueba, y pruebas solamente se ven en el mundo. Por eso cuando un niño se rebela contra ellas, quejándose injustamente, hay que someterlo á correccion, segun el texto de la Sagrada Escritura, que dice.....

—M. Squeers, dijo Rodolfo secamente.

—Señor mio...

—Dejaremos, si os parece bien, esa leccion de moral para los niños y hablaremos nosotros de negocios.

—En hora buena, contestó Squeers; hablemos de negocios. Desde luego os diré...

—Esperad, esperad que diga yo antes una palabra que tengo que decir. ¡Noggs!

Newman se dejó llamar dos ó tres veces antes de presentarse en el despacho.

—¿Me llamais, M. Nickleby? dijo luego entrando.

—Sí, idos á comer.

—No es hora todavía, contestó Newman descontento.

—No importa; la hora que á mí me conviene debe conveniros tambien á vos.

—Siempre estamos cambiando de horas.

—A bien que vuestros cocineros no se desconcertarán por eso. Idos pues.

Rodolfo, no solo le intimó esta órden con el tono mas imperioso, si que tambien con pretexto de buscar algunos papeles en el escritorio de Newman, hubo de cerciorarse de su partida y fué luego á echar la barra á la puerta de la calle para evitar que entrara secretamente haciendo uso de su llavin.

—Tengo razones para sospechar de él, dijo Rodolfo al volver á su despacho. Así hasta que tenga el medio mas espedito y cómodo de consumar su ruina, quiero tenerlo á distancia.

—Si quisierais consumar su ruina, contestó Squeers, creo que no os costaria mucho.

—No mas que para consumar la de otros que conozco. Deciais, pues...

El desenfado con que Rodolfo habia hablado de consumar la ruina de otros y la reflexion que habia añadido á manera de insinuacion, no dejaron de causar su efecto, y así, M. Squeers, un tanto embarazado, dijo con cierta vacilacion y con tono mas sumiso :

—Lo que yo queria decir es que el asunto de ese hijo ingrato y desnaturalizado de M. Snawley me ha producido muchos sinsabores, sin contar el considerable tiempo que me ha hecho perder y durante el cual ha tenido que estar viuda mi amada esposa. Tengo mucho gusto en tratar con vos, sin ninguna duda...

—Sin ninguna duda, repitió secamente el usurero.

—Sí, eso decia, repuso Squeers frotándose las rodillas; pero al mismo tiempo, cuando uno tiene que venir de ochenta leguas de aquí, sin contar los riesgos que hay que correr.....

—¿Qué riesgos?

—Digo sin contar los riesgos, contestó Squeers de una manera evasiva.

—Y yo os pregunto qué riesgos son esos, repitió Rodolfo con sequedad.

Squeers se frotó las rodillas con mas fuerza.

—¿Qué riesgos? preguntais.

—Sí.

—No hay necesidad de insistir en esto: hay cosas de que lo mejor es no hablar. ¡Oh! Demasiado sabeis vos los riesgos á que aludo.

—¿Cuántas veces os he dicho ya y cuántas os he de repetir que no correis ningun riesgo? ¿Qué es lo que habeis afirmado bajo juramento en justicia, y qué es lo que teneis que afirmar? Que en tal ó cual época os entregaron un niño llamado Smike; que lo tuvisteis en vuestro establecimiento cierto número de años; que lo perdisteis en tales ó cuales circunstancias; que lo encontrasteis despues; que teneis pruebas para hacer constar su identidad, etc. Todo esto ¿es ó no es verdad?

—¡Oh! sí, todo esto es la pura verdad, contestó M. Squeers.

—En hora buena. Y entonces ¿dónde están esos riesgos? Si hay aqui álguien que preste un juramento falso, no sois por cierto vos, es Snawley; y sin embargo, al que mas arriesga, al que corre el verdadero riesgo, bien lo sabeis, le pago menos que á vos.

—Es verdad que Snawley os cuesta muy barato, contestó Squeers; muy barato.

—¿Muy barato? Sea así; pero eso no le impide cumplir concienzudamente.

Y añadió sonriendo de un modo indescriptible:

—¡Qué cara tan honrada en sus declaraciones! ¡Qué exterior de santidad! ¡Qué hipocresía tan sublime! Mientras que vos... ¡Riesgos que correr! Verdaderamente no sé lo que quereis decir. Los certificados son auténticos, probando todos perfectamente que M. Snawley tuvo ese otro hijo; que ha estado casado dos veces; que murió su primera mujer... y á no ser que la muerta resucite para decir que no ha escrito ella la carta, yo no sé quién pueda decir que Smike no es su hijo y que el verdadero hijo no está comido por los gusanos hace mucho tiempo. Con que, si hay aquí un

perjurio, Snawley es el responsable, y yo creo que no es el primer enredo en que Snawley se ha encontrado. Ahora bien, M. Squeers, ¿cuáles son los riesgos que correis vos?

—¿Que dónde están?

—Sí, ¿dónde están vuestros riesgos?

—¡Pardiez! exclamó Squeers agitándose en su silla. Si lo tomais por ahí, decidme ¿dónde están los vuestros?

—¿Qué importa eso? Si yo no aparezco en el negocio, vos tampoco apareceis. El mismo Snawley no tiene que hacer mas que una cosa, y es no desmentirse en el cuento que ha inventado, y el único riesgo que tiene que correr es el de hacerse traicion á sí mismo. Despues de todo esto, amigo Squeers, venid á hablarme de vuestros riesgos en el negoció.

—Sí, riesgos, os lo repito, contestó Squeers visiblemente contrariado é incómodo. No querais hacerme creer ahora que es un favor por el cual os debo reconocimiento y gratitud. ¡Bueno fuera esto!

—Llamadlo como querais, repuso Rodolfo acalorándose, pero escuchad. En su orígen, cuando se fabricó esta historia, ¿de qué se trataba? De vengaros de un atropello que ha perjudicado vuestros intereses y aun vuestra salud, puesto que el enemigo comun os dejó por muerto. El único medio asequible por entonces era poneros en aptitud de reclamar el alumno que se os arrebatara de vuestro establecimiento, porque haciéndole expiar su parte de complicidad en el asunto, sabiais muy bien que seria un doloroso castigo para el protector quitarle su protegido. ¿Es ó no es verdad lo que estoy diciendo?

—Pero, M. Nickleby, replicó Squeers vencido por los argumentos acumulados por Rodolfo para ponerle en camino y por su tono severo é inflexible; es verdad hasta cierto punto.

—¿Cómo hasta cierto punto? ¿Qué quiere decir eso, M. Squeers?

—Hasta cierto punto quiere decir naturalmente que no era yo solo en la venganza, sino que vos teniais un antiguo resentimiento á que dar satisfaccion.

—Si no hubiera tenido yo ese resentimiento, repuso Rodolfo sin desconcertarse ni mucho menos, comprendereis, M. Squeers, que no os habria ayudado en vuestra venganza.

—¡Oh! Bien sé que nó; yo queria solamente sentar francamente la cuestion para que no hubiera luego dificultades ni mala inteligencia entre nosotros.

—En hora buena; pero todo no es igual entre nosotros, que soy yo solo el que hace el gasto: el dinero que yo sacrifico á mis odios; os lo embolsais vos en provecho de los vuestros. Vos sois á lo menos tan avaro como vengativo. No digo que valga yo mas que vos; pero en fin, ¿quién sale mejor librado del empeño, el que puede sacar dinero y venganza de sus gestiones, y que en todo caso, si no está seguro de su venganza, está mas que seguro del dinero que tiene, ó el que no está seguro mas que de una cosa, de haber gastado ante todo su dinero, pueda ó no pueda vengarse despues?

M. Squeers se vió reducido á encogerse de hombros y á sonreir violentamente por toda contestacion.

Viendo su embarazo, Rodolfo añadió sin darle tiempo á rehacerse:

—Ya veis, M. Squeers, que lo mejor es callar, ya que no me deis las gracias por vuestras ventajas.

Despues de este golpe, fijó en él una mirada segura, y se puso á referirle los últimos acontecimientos.

Primeramente, cómo Nicolás habia ido á ponerle estorbos en un proyecto de matrimonio que habia formado, y habia aprovechado la confusion en que los pusiera á todos la repentina muerte del padre, para adjudicarse la dama y llevársela en triunfo.

En segundo lugar le dijo que en virtud de un contrato ó de un testamento, ó en todo caso de un documento auténtico en favor de la novia, que podria fácilmente entresacarse de los otros papeles, si se llegara á poner la mano en el sitio en que está depositado, seria heredera de bienes considerables sin saberlo; pero que si tuviera conocimiento del título, tendria bastante para hacer de su marido, que sin

duda ninguna seria Nicolás, un hombre rico y afortunado, es decir, un enemigo de los mas temibles para los dos.

En tercer lugar, que este título se hallaba mezclado con otros papeles robados á un hombre, que los habia obtenido de una manera fraudulenta, lo que le impedia arriesgarse á hacer diligencias judiciales, y que él, Rodolfo, conocia á la persona que se los habia robado.

M. Squeers prestaba atento oido á estos interesantes pormenores, abriendo tamaña boca, lo mismo que su ojo único, y admirándose de las razones particulares que le valian el honor de semejante confidencia por parte de Rodolfo, pues no adivinaba adónde iba á parar.

—Ahora bien, dijo Rodolfo inclinándose hácia su interlocutor y poniéndole la mano en el hombro, escuchad bien el plan que he formado y que habrá de ponerse en ejecucion. No hay nadie, fuera de esa jóven y su marido, que pueda sacar provecho de ese título, y ni ellos mismos pueden sacar ninguna ventaja sin procurarse antes su posesion: es punto que he descubierto yo y que no ofrece la menor duda. Pues bien, ese documento es lo que yo necesito, y daré cincuenta guineas en buenas monedas de oro á quien me lo traiga, no mas que para quemarlo en su presencia.

M. Squeers, despues de haber seguido con su ojo el movimiento de Rodolfo que extendia la mano hácia la chimenea para hacer la demostracion de echar el papel al fuego, suspiró profundamente y dijo:

—Está bien; pero ¿quién os traerá ese título?

—Acaso nadie, porque es cosa muy difícil, contestó Rodolfo; pero si hay un hombre en el mundo capaz de ello, ese hombre sois vos.

El aire de consternacion que Squeers tomó desde luego y su negativa despues, hubieran hecho renunciar á su designio á cualquier otro; pero Rodolfo ni siquiera pareció apercibirse de ello.

Dejó al maestro de escuela charlar cuanto quiso, y despues con la misma sangre fria que si no hubiera sido interrumpido, siguió el curso de sus proposiciones, ampliándo-

las para hacerlas valer, é insistiendo en los puntos que debian interesar mas á su interlocutor.

La edad, la decrepitud, la debilidad de Margarita Sliderskew, la probabilidad de que no tuviera ningun cómplice, acaso ningun conocimiento, supuestos sus hábitos sedentarios y su larga permanencia en una casa tan solitaria como la de Gride; razon mas para suponer que el robo cometido por ella no era consecuencia de un plan concertado de antemano, pues de otro modo hubiera espiado la ocasion de robar una buena cantidad de dinero, mas bien que papeles. El embarazo en que no podria menos de encontrarse, cuando llegara á reflexionar lo que habia hecho y se viera abrumada de papeles cuyo valor le era desconocido. La facilidad relativa que tendria una persona bien enterada de esto, de obtener su confianza, una vez introducido en su casa, y lograr al fin la posesion del documento deseado. Además la residencia habitual y constante de M. Squeers en un país tan lejano de Londres, hacia de su amistad con la Margarita una farsa de Carnaval, una broma en que era imposible se le reconociera ni en el momento ni despues. La imposibilidad de encargarse de este empeño el mismo Rodolfo, porque la vieja le conocia ya de vista.

Todo esto acompañado de diferentes comentarios sobre el tacto exquisito y la alta experiencia de M. Squeers, de modo que una empresa tan importante vendria á ser para él una mera diversion, un juego de niños.

Rodolfo no se detuvo aquí, pues aun hubo de añadir á los mas hábiles medios de persuasion una viva pintura de la vergonzosa derrota del enemigo comun, si mediante el buen servicio de Squeers, podian hacer que viniera á casarse al fin con una mendiga y nó con una heredera como él esperaba.

Díjole tambien á la ligera y hábilmente algunas palabras sobre la inmensa ventaja que habia para un hombre en la posicion de Squeers en obligar con tan buen servicio á un amigo como él; le recordó detalladamente todos los favores que le habia hecho desde que se vieron por la primera vez,

y en particular la declaracion que habia prestado en su favor, sobre la muerte de un alumno de su establecimiento, de la cual se le queria hacer responsable por los padres del niño.

Verdad es que esta dichosa muerte hacia el negocio de Rodolfo y sus clientes, pero él se guardó muy bien de hacerle conocer este dato reservado.

Finalmente, le hizo entender que podria sacar de sus gestiones hasta mil ochocientos francos.

—Y ¿quién sabe? añadió, en caso de éxito completo y satisfactorio hasta dos mil quinientos ó mas.

Despues de haber oido perfectamente tan larga série de argumentos, M. Squeers cruzó las piernas, las descruzó, se rascó la cabeza, se frotó el ojo sano y el tuerto tambien, examinó la palma de su mano, se mordió las uñas, con otras muchas señales de embarazo ó indecision, y acabó por preguntar si los dos mil quinientos francos ofrecidos eran la última palabra de M. Nickleby.

Viendo á Nickleby determinado á no llevar mas léjos su generosidad, volvió á agitarse como antes, y se puso luego á reflexionar para recaer en la misma pregunta, á saber: si no llegaria hasta los tres mil francos, viniendo al fin á decir que se encargaba del negocio, porque estaba en sus principios servir á los amigos.

Pero añadió:

—Estamos conformes. Mas ¿cómo llegar hasta la vieja Margarita? Hé aquí lo que me embaraza.

—No sé, contestó Rodolfo; no lo sé muy bien; pero lo ensayaremos. Yo he desenterrado ya en la ciudad á personas capaces de ocultarse mejor que ella. Conozco sitios, donde con una guinea ó dos bien gastadas, pueden resolverse problemas mas difíciles y contar con la discrecion de los que trabajen á muy poca costa. Pero oigo á mi dependiente llamar á la puerta: tenemos que separarnos. Para evitar vuestras visitas aquí que pudieran hacerse sospechosas, lo mejor es que espereis en vuestra habitacion mis instrucciones y noticias.

—En hora buena. Pero si no lograis dar con la vieja, habeis de pagar mi hospedaje, pues ya veis que desde ahora estoy á vuestro servicio.

—Bien.

—Y además me dareis alguna cosa para indemnizarme por el tiempo que haya perdido esperando vuestras órdenes é instrucciones.

—Bien, bien, contestó el usurero con acritud; os daré lo que sea justo. ¿No teneis nada mas que decirme?

Squeers movió la cabeza en sentido negativo y se encaminó á la puerta, adonde Rodolfo le acompañó, haciendo exclamaciones en voz alta para que Newman las oyera, por encontrar la barra en la puerta como á media noche, hizo entrar á Noggs, salir al honrado Squeers y volvió luego á su despacho.

—Ahora, dijo entre dientes, suceda lo que quiera, estoy asegurado y firme. Pueda yo darme siquiera esta pequeña satisfaccion por la pérdida que acabo de sufrir; pueda yo tener el gusto de arrebatarle esta esperanza que debe serle tan cara, y no pido mas... por ahora. Este ha de ser el primer anillo de una cadena que quiero forjar de mano maestra, para tenerlo sujeto á mi capricho.

CAPÍTULO XXV.

De cómo el auxiliar de Rodolfo Nickleby se puso á trabajar y cómo trabajó con buen éxito.

Era una noche triste, sombría, húmeda; una noche de las mas feas del otoño.

En un aposento del último piso de una mala casa, situada en el fondo de una calle oculta, cerca de Lambeth, estaba sentado y solo un tuerto extrañamente vestido.

Su traje grotesco y ridículo ¿era un disfraz ó el vestido natural de la miseria?

Sea lo que quiera, el tuerto estaba envuelto en un leviton, cuyos brazos eran dos veces mas largos que los suyos, y cuya anchura de arriba abajo hubiera bastado para cubrirlo de piés á cabeza, sin tener que estirar la vieja y sucia tela de que estaba hecho el grosero saco.

Bajo este disfraz y en un sitio tan apartado é impropio de sus hábitos y ocupaciones, tan pobre y tan poco respetable, la misma señora Squeers habria tenido dificultad en reconocer á su honorable y digno esposo, por mas sagaz que se suponga á la matrona, iluminada por sus sentimientos de amor conyugal.

Era sin embargo el disfrazado el honorable y digno esposo de la señora Squeers.

El honorable y digno director de Dotheboys-Hall, colegio de educacion científica, artística, religiosa y moral, estaba un tanto malhumorado, bien que procurara aliviarse con el humor menos agrio de una gran botella que tenia delante encima de una mesa, y echaba al rededor de la estancia una mirada, donde se pintaba, con un profundo disgusto por los objetos que le rodeaban, el recuerdo de algun lugar lejano y de algunas personas ausentes.

Lo cierto es que no habia nada agradable, ni en la estancia en que vagaba la vista de Squeers, ni en la angosta callejuela á que daba la ventana, si hubiera tenido la tentacion de asomarse á ella. La habitacion que ocupaba estaba desnuda y era sombría y fea; el lecho y los pocos muebles de primera necesidad que contenia eran viejos, además de ordinarios. La callejuela era sucia y estaba desierta. Como no tenia mas que una salida, solo era frecuentada por sus pocos habitantes, y como la noche no convidaba á salir, no se notaban mas señales de vida que el triste resplandor de alguna luz á través de los empañados vidrios; ni se oia mas que el ruido de la lluvia y alguno que otro golpe ó crujido de puertas.

M. Squeers continuaba paseando su mirada al rededor y oyendo en silencio estos ruidos monótonos, variados de vez en cuando por el del vaso y la botella que le hacian com-

paña, y no hizo otra cosa en mucho tiempo, hasta que la densidad de las tinieblas le advirtió que ya era tiempo de despabilar la luz.

Un poco despabilado él por este ejercicio, levantó la vista al techo, y fijándola en las figuras fantásticas que la humedad habia dibujado hizo el monólogo siguiente:

—¡Bien está! sí, muy bien; estoy divertido. ¿Cuántas semanas han pasado ya? Seis lo menos. ¡Seis semanas hace que estoy aquí en persecucion de esa vieja maldita y... ladrona, y entretanto Dotheboys-Hall abandonado á todos los diablos! Hé aquí lo que tiene dejarse dominar por ese astuto Nickleby. Nunca sabe uno á qué altura se halla con él, y si uno se arriesga á un chelin él hace perder una guinea.

Este apotegma financiero recordó naturalmente á M. Squeers que se trataba aquí de ganar una buena suma, recuerdo que le despejó la frente, arrugada de disgusto, y le hizo empinar el codo para hacer honor á la botella con mas satisfaccion que nunca.

Y volvió á su monólogo:

—Yo no he visto en mi vida una lima sorda mas roedora que este astuto Nickleby. Es imposible formarse una idea exacta de semejante hombre, á no compararlo con la lima sorda. Era cosa de ver cómo ha trabajado de dia y de noche, limando, limando, para gastar el hierro de las dificultades, hasta haber dado con el albergue en que se ocultaba esa preciosa Margarita y prepararme á mí el camino. Hé aquí un hombre que hubiera hecho flores en mi negocio. Pero hubiera sido el mio un teatro muy pequeño para él: su genio hubiera estallado como una bomba en aquella estrecha prision, y á pesar de todos los obstáculos, lo hubiera todo roto á su paso, hasta que se hubiera elevado á sí mismo un monumento de... En fin, guardemos lo demás para mejor ocasion.

La elocuencia de M. Squeers hizo aquí punto, dando tiempo al orador para remojarse los labios.

Despues el honorable preceptor sacó de su bolsillo una carta estropeada y grasienta, cuyo contenido se puso á re-

citar sin mirarla, como quien la habia leido y aun estudiado muchas veces, y que solo iba á refrescar la memoria á falta de otra diversion mas agradable.

La carta decia textualmente:

«Los puercos están bien y las vacas y los chicos. El niño Spronter guiña el ojo y Cobbey le hace ascos á la comida, y dice que el cocido es malo y que le da asco el señorito, pero yo se lo quitaré el asco. Pitcher tenia aun la tifoidea; sus padres vinieron por él que se murió el dia siguiente en su casa, y Palmer menor ha dicho que quisiera estar en el cielo.»

Despues de esta lectura, añadió estos comentarios, reflexionando sobre las noticias de la carta:

—A Spronter ya le guiñaré yo á mi vuelta, y á Cobbey no hay mas que dejarlo á la solicitud de mi esposa que sabe muy bien quitar los ascos. ¡Pitcher! Estoy seguro que este picarillo se ha muerto por incomodarme. ¡Siempre el mismo sistema! Pero es llevar el rencor hasta lo último contra su maestro, esto de morirse precisamente á la espiracion del trimestre y llevarse todo mi provecho. Por lo que hace á Palmer, no sé yo qué hacer para corregirle, pues tiene ideas espantosas. ¿No hubo de decir otra vez que quisiera ser un asno por no tener un padre que no le ama? ¿Se comprende horror semejante en un niño de seis años?

Y M. Squeers se afectó tanto ante esta dureza de corazon en un niño de edad tan tierna, que en su indignacion dejó aquí la lectura de la carta para buscar alivio en otro órden de ideas.

—Es mucho tiempo seis semanas para estar en Londres, léjos de los intereses de familia, etcétera, dijo el honorable preceptor. ¡Y el aposento es agradable para pasar en él ni ocho dias siquiera! Pero en fin, dos mil quinientos francos hacen cinco alumnos, y todavía los alumnos exigen un año entero para ir pagando plazos, y además comen y beben y... mientras este negocio me daria de una sola vez la cantidad sin deducir un céntimo por nada. Adelante, pues: el tiempo que paso aquí no me causa allá ningun perjuicio: los

trimestres corren, como si estuviera yo en el establecimiento, que gobierna con la mayor sabiduría y rigidez mi incomparable esposa. ¡Qué mujer aquella! ¡qué mujer!

Y M. Squeers le consagró un largo recuerdo.

Despues dijo de pronto:

—Pero hé aquí el momento de ir á ver á esa buena vieja. Por lo que me dijo anoche, hoy hemos de quedar dentro ó fuera. Comencemos por tomar otro traguito para brindar por el buen éxito de esta empresa. ¡Señora Squeers, esposa amada, á tu salud!

Y esto diciendo, saludó con su ojo único y segun costumbre á la señora de sus pensamientos como si estuviera allí presente; sino que en su entusiasmo sin duda, hubo de llenar el vaso hasta los topes, vaciándolo luego sin mirarlo.

Ahora bien, como el líquido era bastante espirituoso y ya llovia sobre mojado, digámoslo así, no hay que extrañar que muy luego se alegrara aquel tan fosco genio, poniéndose á la altura de su mision.

Su mision no fué mucho tiempo un misterio.

En efecto, despues de haber dado algunos paseos por la estancia para elastizar las piernas, tomó la botella bajo el brazo y el vaso en la mano, sopló la luz, se deslizó furtivamente hácia la escalera, y fué á dar tres golpecitos en la puerta de enfrente.

—Pero ¿qué necesidad tengo yo de llamar á la puerta, dijo luego por reflexion, si es mas sorda que una tapia? Supongo que no la sorprenderé haciendo nada reservado. Despues de todo ¿qué me importa?

Sin otro preámbulo, M. Squeers empujó la puerta y asomó la cabeza á un desvan mas miserable aun que el que él dejaba, se cercioró de que nadie habia allí mas que la vieja, la cual estaba calentándose á un fuego escaso, pues hacia frio como en invierno, y llegándose á ella, le dió en el hombro una amistosa palmada.

—¡Mi señora Slider! le dijo al mismo tiempo con tono jovial.

—¡Ah! ¿Sois vos? contestó Peg.

—El mismo, *yo*, primera persona, singular, nominativo, concordado con el verbo *soy*, y regido por *Squeers* sobrentendido como *el caballo*, *la rosa*. Excepcion: cuando la *h* es muda no se aspira, como *honor*, *humor*, y otras yerbas.

Despues de estos eructos de erudicion gramatical, bajando la voz á su tono natural para no sèr oido de Margarita, añadió:

—De todos modos, vieja del diablo, tú no estás mas adelantada.

Al mismo tiempo tomó una banqueta, la puso cerca del fuego y se sentó enfrente de ella, colocó la botella y el vaso en el suelo, y volvió á gritar:

—Y bien, señora Slider, ¿qué hay?

—En hora buena; ya os oigo, contestó Margarita sonriendo graciosamente.

—Ya veis cómo no he faltado á mi palabra.

—Eso es lo que se decia en mi país; pero yo, yo encuentro el aceite mejor.

—¿Mejor qué, qué? preguntó Squeers con voz de trueno, bajándola luégo para murmurar una maldicion.

—¡Oh! por supuesto.

—¡Cómo por supuesto! Por supuesto ¿qué?

—Eso nunca.

—¿Qué?

—Sin duda ninguna.

—Esta mujer me va á volver loco. ¡Es un mónstruo! exclamó Squeers desesperado, mientras la vieja con los ojos fijos en la bella cara de su seductor, se reia con toda complacencia como celebrando la oportunidad de sus respuestas. ¿Veis esto? le preguntó luego. Es una botella.

—Bien lo veo, contestó Peg.

—¿Y esto?

—Tambien.

—Es un vaso.

—Ciertamente.

—Mirad ahora bien, repuso Squeers acompañando sus observaciones de gestos demostrativos. Lleno el vaso con la

botella. Ahora digo: ¡A vuestra salud! y apuró el vaso. Ahora vuelvo á llenarlo y lo pongo en vuestra mano.

—¡A la vuestra! dijo Margarita.

—¡Vamos! entiende perfectamente esto; ya es algo, murmuró Squeers admirando la viveza con que la vieja despachó su vaso á riesgo de ahogarse despues á fuerza de toser. ¡Ea! ahora hablemos un poco. ¿Cómo va de reumatismo?

La señora Sliderskew, con muchas miradas y muchas sonrisas y muchos y expresivos gestos, señales todas que revelaban su aficion á M. Squeers, á su persona, á sus maneras, á su conversacion, le contestó que estaba mejor del reumatismo, mucho mejor.

Ganando siempre en buen humor, gracias á la botella, M. Squeers continuó chanceando:

—Y decidme, preciosa Margarita, ¿de qué provienen los reumatismos? ¿Qué quiere decir eso? ¿Por qué tenemos reumatismos? ¿eh?

Margarita contestó como mujer de ingenio, que no lo sabia, pero que acaso los tuviéramos porque no podemos evitarlos.

—El reumatismo, la alfombrilla, el romadizo, la tos, la fiebre, repuso Squeers, todo esto es filosofía y nada mas que filosofía. Los cuerpos celestes, filosofía; los cuerpos terrestres, filosofía. Puede suceder que haya á veces algo de metafísica, pero esto no es comun. La filosofía es mi talisman, mi caballo de batalla. Por ejemplo: un padre que quiere entregarme ó me ha entregado ya sus hijos para que los eduque, me hace una pregunta sobre cualquier asunto clásico, mercantil ó matemático.—Caballero, le digo, permitidme ante todo que os pregunte si sois filósofo.—Nó, M. Squeers, no lo soy, me contesta.—En ese caso, señor mio, lo siento mucho, pero no puedo explicaros eso. Naturalmente el bueno del padre se lleva el pesar de no ser filósofo, y la conviccion, como es justo, de que yo lo soy.

Toda esta filosofía era explicada con cierto aire de profundidad viscosa. Squeers tenia su único ojo fijo en la cara de la vieja que no entendia una palabra de aquello, y ter-

minó sus reflexiones sirviéndose un trago y ofreciendo otro á la vieja que aceptó con mil amores.

—Hé aquí el momento de aplicar la mecha, se dijo Squeers. ¿Sabeis, señora Margarita, añadió gritando, que estais rejuvenecida en veinte años?

La lisonja no fué desagradable á la vieja, que se rió de buena voluntad, sin que su modestia le permitiera dar un asentimiento verbal.

—Digo veinte años menos que la primera vez que vine á vuestra casa. ¿Os acordais?

—Ya lo creo; como que me disteis un susto...

—¿De veras?

—¡Pues nó!

—En efecto, repuso Squeers, no era para menos ver entrar una persona extraña en vuestra casa, sin mas recomendacion que deciros que sabe vuestros secretos, vuestro nombre, porqué vivis tan retirada, lo que habeis sustraido y hasta el nombre de la víctima.

Margarita reconoció la verdad de esta reflexion con un movimiento de cabeza bien marcado.

—Yo, añadió Squeers, ya lo veis, estoy al corriente de todo lo que se hace en ese concepto. No pasa nada de eso en que yo no intervenga para algo: soy una especie de hombre de ley de primera cualidad, conocido por mi destreza; soy el amigo íntimo, el consejero de confianza de casi todos los hombres, mujeres y niños que se hallan en alguna dificultad por tener las uñas demasiado largas como suele decirse.

M. Squeers se puso á recitar el capítulo de todos sus talentos y méritos, segun tenia acordado con Rodolfo Nickleby, y para inspirarse fué á dar otro tiento á la botella, cuando Margarita le interrumpió para decirle á grito herido cruzando los brazos y meneando la cabeza burlescamente:

—¡Con que al fin no se casó! Ja! ja! ¡No se casó al fin el vejestorio!

Y Margarita siguió riendo á carcajadas.

—Nó; puedo asegurároslo, contestó Squeers.

—Y le sopló la dama un petimetre que se presentó en el momento crítico.

—¡Oh! y no es eso todo. Me han asegurado que le zurró de lo lindo y le hizo tragar sus cintas de novio casi hasta ahogarlo.

—Contadme todo eso, contádmelo otra vez, dijo Margarita que en su malicia tenia un singular placer en hacerse repetir la desgracia de su antiguo amo; gusto de oir esa historia y me la habeis de contar empezando por el principio, como si no me hubierais contado nada aun. No olvideis una palabra, tomando el hilo en el momento de ir el novio á casa de la novia.

M. Squeers, dando frecuentemente á probar á Margarita el líquido de la botella á que él tambien apelaba para sostener los esfuerzos de su voz, tuvo la bondad de complacerla, refiriéndole al por menor el contratiempo de Arturo Gride con todas las adiciones que le sugirió de paso su buen humor creciente, inventiva con que hubo de seducir á la vieja desde su primera entrevista.

La vieja del diablo, escuchando á Squeers en narracion tan sabrosa estaba en el éxtasis de la felicidad, volvia la cabeza en todos sentidos, alzaba sus descarnados hombros y arrugaba su cadavérico rostro con variaciones de abominable fealdad tan múltiples y complicadas, que el mismo Squeers no podia volver de su asombro, igual á su repugnancia.

—¡Ah! el viejo traidor! ¡Ah! el zorro viejo! exclamaba Margarita. Me engañó con sus promesas; pero no importa; ya encontró lo que le hacia falta; una mujer capaz de pagarle con la misma moneda.

—A propósito, Slider, dijo Squeers dándole otro trago. Si quereis oir mi opinion sobre esos documentos para saber cuáles debeis conservar y los que debeis echar al fuego, no podeis mejorar la ocasion.

—¡Oh! no hay prisa, contestó la vieja guiñándole el ojo con expresion maligna.

—Por mí, ninguna, repuso Squeers: yo lo digo solamen-

te por serviros, recordando que vos misma me lo habeis exigido: debeis comprender que no os he de exigir nada por este trabajo, pues somos buenos amigos y... pero nadie sabe mejor que vos lo que os conviene hacer. Solo que debeis temer un gran embrollo: eso es lo que os advierto, por lo que os pueda ocurrir.

—¿Cómo un gran embrollo? preguntó Margarita.

—Quiero decir, contestó Squeers, que si yo estuviera en vuestro lugar, no me atreveria á guardar papeles que pueden llevarme á la horca; me desharia de ellos sin conservar mas que aquellos de que pudiera sacar dinero. Pero cada cual sabe lo que le conviene. Pero yo... ya digo, yo no tendria vuestra calma, teniendo en mi poder nada que pudiera comprometerme.

—Pueden comprometerme, sí, es verdad.

—Sin duda ninguna, señora Slider.

—En ese caso, contestó Margarita, será menester que los reconozcais.

—¡Yo! yo no tengo ninguna necesidad de reconocerlos, replicó Squeers afectando desinterés; no creais que me haceis ninguna gracia; pero podeis confiarlos en manos de otra persona que os dé su parecer y salgais cuanto antes de compromisos.

M. Squeers hubiera continuado acaso su farsa por mas tiempo, si la vieja Margarita, deseosa de entrar en intimidad con él, no se hubiera puesto á probarle su confianza con detestables halagos.

Squeers reprimió como mejor pudo estas familiaridades que debian imputarse á la botella mas bien que al temperamento de la vieja, y protestó que solo habia querido chancearse. Y para probarle á su vez que estaba dispuesto á serviria, se declaró en la mejor aptitud para reconocer los papeles en el acto mismo, si asi era la voluntad de Margarita.

—Pues que estais levantada, mi querida Slider, dijo Squeers, tened la bondad de echar el cerrojo á la puerta, para que no venga nadie á estorbarnos.

Margarita fué ante todo á la puerta y la aseguró con el

cerrojo, siguiendo el buen consejo de su amigo. Despues escarbó en el carbon y sacó del fondo de este combustible una caja de madera. Púsola en el suelo á los piés de Squeers y fué á buscar debajo de su almohada una llavecita que le entregó autorizándole para abrir la caja.

M. Squeers no se hizo de rogar, antes bien se apresuró á obedecerla, y alzando la tapadera hundió su ansiosa vista en los documentos de que la caja estaba llena.

—Ahora, amigo mio, dijo Margarita poniéndose de rodillas en el suelo cerca de él y deteniendo su mano, ahora echaremos al fuego todo lo inútil, ¿no es eso? y todo lo que pueda valer dinero lo iremos dejando aparte. Y si hay algunos papeles que puedan ayudarnos para poner en tortura el corazon y en harapos el cuerpo de aquel perro, los guardaremos con un cuidado mas particular. Esto es lo que quiero y lo que quise hacer cuando huí de su casa con estos papeles.

—Bien sabia yo, contestó Squeers, que le amabais con toda esa ternura; lo que me extraña es que no le hayais sustraido algun dinero.

—Algun ¿qué?

—Dinero, gritó Squeers.

—¿Dinero?

—Yo creo que me oye bien, pero que ha jurado esta maldita romperme una vena del pecho por tener el gusto de cuidarme luego. Dinero, sí, dinero.

—¡Bella pregunta! exclamó la vieja con menosprecio. Si le hubiera quitado dinero al avaro Gride, habria removido cielo y tierra para encontrarme. Nó, no soy tan tonta. Le he robado sus secretos y bien sé yo que no quisiera hacerlos públicos á costa de costas. Es un zorro viejo, un traidor: comenzó por ponerme á dieta, y acabó por... ¡Oh! si pudiera le mataria sin piedad con estas manos.

—¡Muy bien! dijo Squeers, pero ante todo, Slider, echad la caja al fuego: no guardeis nunca nada que pueda comprometeros: retened siempre en la memoria este importante punto. Mientras vais á hacerla pedazos, lo que no os se-

rá difícil, pues está toda carcomida, y volveis para quemarla sin dejar vestigio de ella, voy yo á hacer el inventario de los papeles para informaros detalladamente.

Habiendo aceptado Peg este consejo, Squeers volvió la caja boca abajo en el suelo y se la entregó vacía. Contaba, pues, con la distraccion de la vieja ocupada en quemar los despojos de la caja, para disimular la sustraccion de algun papel que le conviniera.

—Tomad las tenazas, le dijo Squeers, y con ellas id poniendo las astillas en la rejilla; prended luego fuego al conjunto y no lo dejeis hasta que esté todo reducido á cenizas. Mientras tanto iré yo leyendo estos documentos para daros cuenta. Manos á la obra.

Y Squeers puso la luz en el suelo cerca de sí, haciendo al mismo tiempo un satánico visaje, y sin mas retardo procedió al exámen.

Si la vieja Margarita no hubiera sido sorda como un poste, no habria dejado de oir, cuando fué á echar el cerrojo á la puerta, la respiracion ansiosa de dos personas allí ocultas; y á no estar bien informadas de esta circunstancia, estas dos personas no hubieran tenido mas que ó entrar inmediatamente ó abandonar el campo; pero como sabian que la vieja no podia oirlas, permanecieron ocultas donde estaban sin hacer ningun movimiento.

Despues notando que el cerrojo ó pestillo no cerraba bien, entraron con precaucion y avanzaron sigilosamente en la estancia.

Mientras avanzaban poco á poco y reteniendo la respiracion, Squeers y la vieja Margarita se ocupaban en sus respectivos quehaceres; Margarita soplando en la chimenea para convertir en cenizas la caja de los papeles; Squeers inclinado al suelo, donde estaba la luz que ponia de relieve su horrible cara, como la llama de la chimenea la de su compañera, y los dos abismados en su ocupacion, radiantes de alegría, que contrastaba singularmente con el aire de ansiedad de los recien venidos, los cuales aprovechaban el mas ligero ruido hecho por los otros para adelantar un paso deteniéndose de repente cuando cesaba este ruido.

Añádase á esto la consideracion de una gran estancia desnuda y sombría, con sus húmedas paredes y su luz dudosa y vacilante, y se tendrá una escena capaz de interesar al espectador mas frio é indiferente.

Los recien venidos eran M. Frank Cheeryble por una parte, y Newman Noggs por otra.

Newman habia cogido un viejo fuelle y le hacia describir una elegante curva sobre su cabeza, antes de dejarlo caer sobre la de Squeers, cuando Frank le detuvo el brazo, y dando un paso mas adelante, se aproximó tanto á Squeers, que inclinándose un poco por encima de él, podia leer los papeles que tenia en la mano.

M. Squeers, que no era muy competente en la materia, pareció profundamente embarazado en la inteligencia del primer documento, escrito de tal manera, que solo podia leerlo una persona ejercitada. El maestro de escuela procuró leerlo primeramente de izquierda á derecha, luego de derecha á izquierda sin conseguir ningun resultado de una manera ni de otra.

—¡Pardiez! exclamó riendo Margarita, arrodillada ante el fuego que alimentaba con los despojos de la caja y haciendo en la embriaguez de su alegría visajes de endemoniada. ¿Qué diablos hay escrito en ese enrevesado papel? ¿eh?

—Nada de particular, contestó Squeers dándole con el pié al enigmático escrito. A lo que puedo entender es una escritura de arrendamiento, un papel inútil; echadlo al fuego.

La vieja Slider obedeció á su consejero y preguntó despues qué significaba el segundo.

—¿Esto? es un puñado de reconocimientos y pagarés renovados por seis ú ocho deudores; pero como todos son miembros del parlamento, os aconsejo que los echeis al fuego.

Margarita no vaciló, y despues de quemarlos volvió á preguntar sobre el otro papel en exámen.

—Este parece ser un contrato de venta del derecho de presentacion al curato de Purechurch en el valle de Cashup.

Guardad este papel, Slider, en nombre del cielo, que ha de producirnos mucho en la próxima subasta.

—En hora buena. ¿Y ese otro?

—Este otro, segun las dos cartas que le acompañan, parece ser una obligacion de un cura de aldea, que debe dar mil francos sobre sus emolumentos, por quinientos que se le dan prestados. Conservad tambien estos papeles, Slider, pues si el reverendo cura no paga, pondremos al obispo en autos y llevará su merecido. No ignoramos aquí lo que quiere decir la parábola del ojo de la aguja y del camello... Es preciso que de buen ó mal grado, un sacerdote viva con lo que tiene por poco que sea, si quiere entrar en el reino de los cielos. No hay mas que decir.

—Y eso ¿qué es? preguntó la vieja despues de haber apartado los otros papeles.

—¿Esto? Esperad un poco, contestó Squeers; esperad, me enteraré.

Newman, el fogoso é indignado Newman volvió á levantar su armado brazo sobre la cabeza del honorable consejero de Margarita y confidente ó instrumento de Nickleby; pero Frank volvió á contenerle con un gesto imperativo.

—¡Hola! exclamó Squeers. ¡Pagarés!... Guardadlos bien, Slider... Una cédula de procurador... Guardadla tambien. Dos garantías... Tambien. Cancelacion de un arriendo de... Al fuego con esto, Slider... Magdalena Bray. ¡Pardiez! ya pareció!

—¿Qué es eso? preguntó la vieja que no perdia de vista sus intereses.

—¿Esto? Esperad, esperad, me entero, no vayais tan aprisa. «En la época de su casamiento ó de su mayor edad, la referida Magdalena...» Esto es un papel mojado, Slider, al fuego.

Pero se guardó muy bien de entregárselo á la vieja, sustituyéndolo con un viejo pergamino que tenia de antemano preparado para este importante cambio que hizo con toda la destreza del mas hábil y limpio prestidigitador.

La vieja Margarita tomó el gato por liebre sin la mas leve

sospecha, y mientras volvió la espalda para echarlo al fuego, Squeers se metió en el bolsillo de su hopalanda el título apetecido, objeto de los deseos de Nickleby, no menos que de los suyos.

—¡Por fin! dijo á media voz sin temor de que le oyera nadie, pues solo contaba con la vieja, sorda como un poste. ¡Por fin lo tengo en mi poder, en mi bolsillo, que es algo mas por la inmediacion! El plan era bueno, á pesar de las probabilidades contrarias, y ya está realizado. ¡Albricias, M. Nickleby!

Y Squeers no pudo menos de reirse en la embriaguez de su triunfo.

Margarita, que notó la expresion, hubo de preguntarle por la causa de su risa.

Pero ya fué imposible contener el brazo de Newman, y el viejo utensilio cayendo con todo su peso bajo su vigorosa mano sobre la cabeza de Squeers, le derribó súbitamente en el suelo donde quedó tendido cuan largo era.

CAPÍTULO XXVI.

Concluye un episodio de esta historia.

Para aligerar á su enfermo la fatiga de tan largo viaje en el estado de debilidad en que se hallaba, Nicolás hizo dos jornadas.

Al final de la segunda llegó á algunos kilómetros del lugar en que habia pasado los mejores dias de su vida. Allí encontraba con pensamientos dulces y apacibles, el recuerdo vivo y penoso de las circunstancias que le habian desterrado con su familia de su antigua residencia para ir á divagar por la soledad del mundo á merced de los extraños.

No tenia necesidad de estas reflexiones que la memoria

del pasado y la vista de los lugares conocidos de nuestra juventud despiertan ordinariamente en las almas mas insensibles, para sentir enternecerse su corazon y hacerle mas compasivo aun hácia los sufrimientos de su amigo.

Noche y dia en todo tiempo, á toda hora, vigilante, atento, solícito en cumplir el deber que se habia él mismo impuesto, de velar sobre la existencia del huérfano abandonado, que se consumia rápidamente, estaba siempre á su lado sin dejarle un momento. Él le reanimaba con palabras de esperanza, espiaba sus deseos y necesidades para satisfacerlas, le sostenia, le alegraba como mejor podia, y no tenia mas ocupacion que cuidarle con incansable solicitud y esmero.

Para habitacion alquiló un aposento modesto en una pequeña quinta rodeada de praderas, donde Nicolás siendo niño acostumbraba solazarse con sus amigos.

En los primeros tiempos, Smike tenia aun fuerzas para dar un paseo por las inmediaciones de la casa, no muy léjos sin embargo, sin otro apoyo que el brazo de Nicolás. Nada entonces parecia inspirarle tanto interés como la vista de los lugares que habian sido con frecuencia testigos de los juegos de su amigo allá en su infancia.

Por satisfacer su gusto y en la esperanza de que su imaginacion satisfecha engañaria así las tristes horas de su querido enfermo, procurándole la ocasion de pensar primero y hablar de ello despues, Nicolás elegia con preferencia este teatro de sus primeros juegos por objeto de sus excursiones diarias.

Conducíale de un lugar á otro en un carrito tirado por una jaca, y le prestaba el apoyo de su brazo para visitar á paso lento sus antiguos paseos, que Smike no abandonaba nunca al ponerse el sol sin reposar la mirada en aquellos que le parecian mas bellos y tranquilos.

En estas ocasiones, cediendo Nicolás, casi sin saberlo, á la influencia de sus antiguos recuerdos, le mostraba algun árbol que habia escalado cien veces para ver los pajarillos en su nido; la rama en que daba un grito para llamar la

atencion de la niña Catalina, que se detenia espantada de la altura á que él se habia subido y excitándolo con su mismo asombro á subir mas arriba todavía. O bien era una vieja casa ante la cual pasaban todos los dias, levantando los ojos hácia la ventana por la cual venia el sol á despertarlo las bellas mañanas de estío. O bien trepaba al caballete de la cerca del jardin, desde donde podia ver aun el mismo rosal que Catalina habia recibido en presente sentimental de algun enamorado de su misma tierna edad y que ella misma habia plantado allí con sus propias manos. O bien era en fin el vallado en que Nicolás y su hermana solian coger tallo á tallo un ramo de flores silvestres.

Allí estaban los caminos sombreados por la espesura, donde tantas veces se habian perdido los dos juntos. No habia un sendero, ni un arroyo, ni un árbol, ni una choza que no estuvieran ligados al recuerdo de algun acontecimiento infantil que le ocurria de repente á la memoria como todos los recuerdos de la infancia. Una palabra acaso, una risa, una mirada, un pesar pasajero, una idea rápida, un relámpago de terror ingénuo, nonada... Y sin embargo, esas nonadas encantadoras se destacan mas distintas en el fondo de nuestra memoria que las pruebas mas crueles y las aflicciones mas profundas del año pasado en otra edad.

En una de estas excursiones hubieron de atravesar un dia el cementerio donde estaba el sepulcro del padre de Nicolás.

—Aquí mismo, dijo este con emocion profunda, veníamos nosotros con frecuencia á pasearnos antes de saber qué era la muerte: ni siquiera pensábamos que un dia la tierra esta guardaria restos preciosos. El silencio del lugar nos convidaba á sentarnos para descansar y nos sentábamos y descansábamos hablando en voz baja. Una vez Catalina se perdió. Despues de una hora de buscarla en vano, se la encontró dormida tranquilamente bajo ese árbol que da sombra á la tumba de mi padre. Mi padre amaba apasionadamente á su hija, y levantándola en sus brazos, aun dormida, recomendó que á su muerte se le enterrara en el sitio

en que la niña se habia dormido. Ya veis que no se ha olvidado su recomendacion.

Smike no hizo observacion ninguna por el momento; pero á la tarde, cuando Nicolás estaba sentado á su cabecera, el enfermo se estremeció de repente, como si se despertara sobresaltado, y cogiendo la mano de su amigo, le hizo una súplica con las lágrimas en los ojos, pidiéndole una solemne promesa.

—¿Qué es? le preguntó afablemente Nicolás. Si yo tengo poder ó solo esperanza de cumplirla, bien sabeis, Smike, no será voluntad lo que me falte.

—Bien lo sé, contestó Smike.

—Pues hablad, sin mas rodeos.

—Prometedme que cuando muera, se me ha de enterrar cerca, todo lo cerca que sea posible del árbol que hemos visto allá hoy.

Nicolás le hizo la promesa en pocas palabras, pero graves y solemnes.

Entonces su pobre amigo, conservando siempre entre las suyas la mano de Nicolás, se volvió como para dormir; pero se puso á llorar sofocando sus sollozos, apretó muchas veces la mano y luego fué soltándola insensiblemente hasta que al fin se durmió.

Al cabo de quince dias no podia ya andar el enfermo. Una vez ó dos, Nicolás le condujo en el carro, bien acomodado entre almohadas; pero el movimiento del carro le quebrantaba y aun le producia desmayos peligrosos en el estado de debilidad en que se encontraba.

Habia en la casa un sofá viejo, en el cual tenia gusto de estar acostado el enfermo con preferencia á cualquier otro reclinatorio durante las horas del dia.

Cuando hacia sol y el tiempo era bueno, Nicolás hacia rodar este lecho de reposo al huerto que habia á la puerta, envolvia luego al enfermo y le trasportaba dulcemente para pasar sentado junto á él horas enteras.

En una de estas ocasiones hubo de ocurrir un hecho que Nicolás tuvo al principio por una pura vision del cerebro

enfermo de Smike, pero cuya triste realidad vino á reconocer mas tarde.

Nicolás habia llevado en sus brazos al enfermo al mismo sitio para ver ponerse el sol; y despues de háberle acomodado bien en el sofá, se sentó en una silla cerca de él. Como habia pasado toda la noche anterior velándole, cedió á la doble fatiga de espíritu y de cuerpo, y se durmió insensiblemente.

Apenas habian pasado cinco minutos, cuando le despertó un grito de Smike.

Nicolás saltó sobre su asiento en ese estado de espanto en que se halla uno cuando sale repentinamente del sueño por una causa violenta, y vió con grande asombro que el postrado enfermo habia tenido fuerzas para incorporarse. Los ojos le saltaban de sus órbitas, un sudor frio le corria por la frente, un temor convulsivo agitaba todos sus miembros, y con toda su voz gritaba pidiendo socorro con el mayor terror.

—¡Gran Dios! ¿Qué ocurre? preguntó Nicolás acudiendo á él. Tranquilizaos, amigo mio. ¿Qué ha pasado? Sin duda soñabais, ¿no es verdad?

—Nó, nó, contestó Smike agarrándose á él, no sueño. Amparadme, no me abandoneis...

—Pero ¿qué ocurre?

—Allí, allí, detrás de aquel árbol.

Nicolás siguió con la vista la direccion indicada, á alguna distancia detrás de la silla que él mismo acababa de dejar, pero no habia nada alarmante.

—Es una ilusion de vuestra vista, Smike, le dijo procurando tranquilizarle; no puede ser otra cosa.

—Nó, contestó Smike con toda conviccion; no me ha engañado la vista: le he visto, como os estoy viendo á vos. ¡Oh! prometedme no abandonarme; juradme que no me dejareis un instante, Nicolás, protector mio.

—¡Abandonaros! Nunca: no necesito jurarlo. Acostaos otra vez y estad tranquilo. Ya veis que no me aparto de vuestro lado. Pero explicaos mejor. ¿Qué es lo que habeis visto? Contádmelo, pues.

—¿Recordais, le dijo Smike en voz baja echando al mismo tiempo una mirada de espanto al rededor, recordais que un dia os hablé del hombre que me llevó al colegio de M. Squeers?

—Sí, lo recuerdo bien.

—Pues ahora mismo, al levantar la vista hácia aquel árbol, aquel que está allí solo, el del tronco tan recio, le he visto allí de pié con los ojos fijos en mí.

—Bien, dijo Nicolás; reflexionemos un poco. Supongo por un momento que sea de este mundo y que por cosa rara venga á divagar á un lugar tan solitario como este y tan apartado del camino público. ¿Creeis que despues de tanto tiempo podriais reconocerle?

—En todas partes y bajo cualquier disfraz le reconoceria, contéstó Smike con seguridad. Cuando os digo que ahora mismo estaba allí apoyado en su palo, mirándome fijamente, lo podeis creer. Va mal vestido, haraposo, lleno de lodo. En cuanto le he visto, el recuerdo de aquella noche de lluvia, de su cara cuando me dejó allí, del aposento en que me dejó, se ha levantado claro y distinto en mi memoria. Al notar que yo le he visto, pareció tener miedo, pues se estremeció y desapareció al instante. No he pasado un dia sin pensar en ese hombre, ni una noche sin soñar con él; y tal como le veia en mis sueños, cuando era yo pequeño, tal como le he visto despues soñando, tal acabo de verle allí, allí, bajo aquel árbol.

Nicolás no omitió ningun medio de persuasion á su alcánce para convencer á la pobre criatura de que sus terrores erán imaginarios y de que aquella gran semejanza entre el objeto habitual de sus sueños y la vision que acababa de impresionarle era una prueba mas de su error.

Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles ante la insistencia de Smike, siempre firme en su asercion.

Entonces pudo obtener de él que le permitiera ir á averiguar por sí mismo la causa de su alarma, dejándole bajo la guarda de la gente de la quinta.

En efecto, Nicolás preguntó si habian visto vagar por allí

á algun forastero; fué él mismo á mirar detrás del árbol; recorrió con ojo avizor el huerto, la tierra colindante y todos los parajes inmediatos en que podia esconderse un hombre.

Nadie le dió razon, ni él mismo pudo encontrar nada, por lo cual volvió cerca de Smike confirmando sus primeras conjeturas.

Dedicóse entonces á calmar los temores de su enfermo y al fin pudo conseguirlo, aunque no completamente, pues siempre subsistia en su ánimo la primera impresion.

—He visto, decia y repetia Smike con el seguro acento de la conviccion, he visto con estos ojos al hombre de mis sueños, le he visto como os estoy viendo á vos, y aunque estoy mas tranquilo, nadie podria hacerme creer que es una ilusion. Le he visto, le he visto.

A partir de este momento, Nicolás conoció que toda esperanza estaba perdida y que el mundo iba á cerrarse muy luego para el compañero de su infortunio pasado, el amigo de sus dias mas dichosos.

Pocos sufrimientos, pocos dolores, pero ningun esfuerzo, ninguna aspiracion á la vida. Este era el estado de Smike: estaba agotado, extinguido, gastado hasta la última fibra; su voz era tan afónica que apenas se le oia. La naturaleza, pues, no tenia mas recursos, y no alcanzando el arte donde la naturaleza acaba, no habia ya que esperar mas que la muerte.

Era un bello dia de otoño.

El cielo estaba puro, todo estaba sereno y tranquilo. El aire dulce y fresco penetraba por la ventana de la silenciosa estancia, y no se oia mas ruido que el leve murmurio de las hojas mustias.

Nicolás ocupaba su sitio de costumbre, sentado á la cabecera del enfermo, cuya hora suprema se acercaba. Era un fin apacible, una especie de adormecimiento que llevaba al sueño de la eternidad.

Nicolás se inclinaba hácia él de vez en cuando, prestando oido á su respiracion casi extinguida para cerciorarse de si

le habia abandonado ya la vida y si ya era presa de ese último sueño, del que no se despierta mas sobre la tierra.

De repente vió abrirse los ojos del moribundo y animarse con sonrisa angelical su pálido semblante.

—Smike, amigo mio, le dijo Nicolás en voz baja, este reposo os habrá hecho bien, ¿no es verdad?

—¡He tenido un sueño tan agradable!... contestó el enfermo, ¡un sueño tan dichoso!...

—¿Qué habeis soñado?

El pobre moribundo se volvió hácia él, le echó un brazo al cuello y contestó:

—Muy pronto estaré allá.

—¡Ah! exclamó Nicolás con pena.

El moribundo añadió:

—No tengo miedo de morir; muy al contrario. Creo que si se me pudiera curar, lo sentiria ahora. Tantas veces me habeis repetido, sobre todo en estos últimos tiempos, que nos volveremos á ver un dia, y de ello tengo ya hoy una conviccion tan profunda, que estoy resignado á todo, hasta á separarme de vos.

La trémula voz del enfermo, sus húmedos ojos y la angustia con que pronunció estas últimas palabras, expresaban mejor aun todo lo que sentia en su corazon.

Nicolás apenas podia disimular la profunda emocion que por su parte sentia.

—Bien, amigo mio, le dijo este al fin; no podeis saber lo que yo siento al oiros hablar así. Quisiera oiros decir que sois dichoso... si es posible.

—Antes he de deciros alguna cosa. Yo no debo tener secretos para vos: por otra parte, sé muy bien que en un momento como este, no me lo llevareis á mal.

—De ninguna manera.

—Varias veces me habeis preguntado, repuso Smike, por la causa de mi cambio de humor, extrañando que buscara la soledad y las sombras. ¿Quereis que os diga la causa?

—Si os habeis de violentar lo mas mínimo, callad; no quiero saberla, contestó Nicolás. Cuando os lo preguntaba

antes, no lo hacia nunca por curiosidad, sino por el deseo de alegraros, de haceros mas feliz, si de algun modo, ó con algun sacrificio hubiera podido yo conseguirlo.

—¡Oh! bien lo sé; no dudaba de ello.

El moribundo atrajo mas á Nicolás hasta estrecharlo en su seno.

—Voy á decíroslo. Pero me perdonareis, ¿no es verdad?

—¡Perdonaros! Y ¿por qué?

—No era culpa mia, era una cosa mas fuerte que yo, continuó diciendo Smike; yo hubiera dado mi vida de buena voluntad por ella... pero mi corazon se rompia, cuando veia... Yo sé que él la ama tiernamente. ¡Ay! ¿Quién podia adivinarlo antès que yo?

Las palabras que siguieron fueron pronunciadas con voz débil y desfallecida.

Pero ellas hicieron saber á Nicolás, por la primera vez, que su moribundo amigo abrigaba con todo el ardor de un alma concentrada en un solo objeto, una pasion secreta, un amor sin esperanzas por su hermana Catalina.

Smike habia podido recoger un rizo de sus cabellos, precioso talisman que pendiente de una cinta llevaba oculto en el seno.

Al descubrir este secreto, hizo á Nicolás una súplica: que luego que muriera, le quitara aquel recuerdo para que otros ojos no lo vieran, y lo depositara en su féretro para enterrarlo con él.

—¿Me lo prometeis así?

Nicolás se lo prometió solemnemente, renovando tambien á instancias suyas la otra promesa de darle sepultura junto al árbol á cuyo pié se encontrara dormida á la niña Catalina y á cuya sombra reposaban los restos mortales de su padre.

Despues los dos amigos se abrazaron con la mas tierna efusion.

—Bien, sí, murmuró el pobre moribundo; ahora puedo decirlo; soy dichoso.

Luego cayó en un ligero sueño, del que se despertó son-

riendo; habló de bellos y deliciosos jardines, que se dilataban inmensamente á su vista; lugares poblados de figuras celestiales, hombres, mujeres y niños, niños sobre todo, bellos, brillantes, luminosos.

Por último murmuró en voz baja y con delicia la palabra *eden*, y espiró.

CAPÍTULO XXVII.

La conjuracion comienza á ir mal. El temor del peligro que se ve, entra en el alma del jefe de los conjurados.

Rodolfo Nickleby estaba sentado y solo en el aposento en que acostumbraba comer y pasar las noches, cuando ocupaciones lucrativas no le llamaban fuera.

Este dia tenia el desayuno intacto delante de sí; su reloj estaba sobre la mesa, y sus dedos llevaban el compás con un movimiento convulsivo. La manecilla hacia tiempo que habia pasado la hora en que tenia costumbre de ponérselo en el bolsillo y bajar la escalera á paso regular para ir á evacuar los quehaceres del dia.

Pero por mas que el reloj le avisaba con su latido, Rodolfo no hacia mas caso de él que del plato y la botella que le convidaba á comer y á beber: el usurero estaba allí con la cabeza apoyada en la mano y la vista fija en el suelo.

Para apartarse así de sus hábitos constantes é invariables, él que era la regularidad misma en la práctica de los negocios, cuyo objeto era siempre la riqueza, menester era que el usurero no estuviera en caja, en su aptitud y disposicion ordinaria; preciso era que estuviera bajo la influencia de alguna enfermedad del espíritu ó del cuerpo y que fuera grave para obrar de aquel modo sobre un hombre como él. Y bien se conocia en su rostro demudado, su aire abatido, sus ojos hundidos y lánguidos.

Sin embargo, hubo de levantarlos al fin para echar en derredor una mirada rápida y viva, como quien se despierta sobresaltado y no ha tenido aun tiempo para darse cuenta de lo que le pasa.

—¿Qué es lo que yo tengo, se preguntó, que me oprime y atormenta sin que pueda sustraerme á su influencia? Yo, sin embargo, no soy delicado ni estoy malo; ni soy tampoco de esos hombres que se preocupan con quimeras. Pero ¿qué diablos he de hacer si no tengo reposo?

Y esto diciendo, se oprimia la frente entre las manos, como para aliviar su peso.

Despues siguió diciendo:

—Las noches pasan y se suceden sin que yo pueda encontrar calma. Si duermo, ¿qué sueño es ese turbado siempre por obstinados delirios, que hacen pasar ante mi espíritu una turba de odiosos personajes, los mismos que vienen á cada instante á mezclarse en lo que digo ó hago, y siempre para combatirme? Y si velo, ¿qué reposo puedo tener, perseguido constantemente por ese espectro de yo no sé qué, lo cual es lo peor? Y es preciso que yo vuelva á mi calma, es preciso que descanse. Una sola noche de reposo contínuo me bastaria para recobrarme, para reponerme, para levantarme de pié firme.

Al mismo tiempo, empujando la mesa con las manos, como si los manjares le repugnaran, vió su reloj, que señalaba ya cerca de las doce.

—¡Las doce! exclamó. ¡Es extraño! Y Noggs no ha venido aun. Le habrá retenido alguna riña de taberna. Daria cualquier cosa, hasta dinero daria, á pesar de mis tremendas pérdidas, porque hubiera dado una puñalada á alguien en esas pendencias propias de los lugares que frecuenta, ó porque hubiera cometido un robo con fractura, ó cualquiera otro crímen que no le costara menos de un presidio con una cadena al pié, á fin de desembarazarme de él. Pero lo que quisiera, sobre todo, seria hacerle caer en cualquier lazo, tentándolo aquí por cualquier medio para que me robara. Que me robe todo lo que quiera; lo daré por bien em-

pleado, si esto me proporciona el placer de entregarlo á los tribunales. Porque es un traidor, un traidor; apostaria la cabeza. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo?... No lo sé, pero estoy seguro de ello.

Despues de haber esperado aun media hora más, envió á su ama de gobierno á casa de Newman, para saber si estaba malo, ó la causa al menos de su falta en el despacho.

La criada volvió diciendo que Newman no habia dormido en su casa aquella noche, ni sabia nadie dar razon de su paradero.

—Abajo, añadió la mujer, hay un caballero, á quien he encontrado en la puerta, y dice...

—¿Qué dice ese caballero? interrumpió Rodolfo con cólera. ¿No os he dicho y repetido cien veces que no quiero recibir á nadie?

—Dice, repuso la criada tímidamente, que viene para un asunto particular que no admite retardo, y yo he pensado que podria ser para...

—¿Para qué diablos? ¿Vais á espiar tambien vos los negocios que puedan hacerse conmigo?

—Nó, por Dios, señor mio; sino que como os he visto así tan abatido, pensé que acaso viniera á hablaros de Noggs: ni mas ni menos, señor.

—¡Me ha visto así tan abatido! repitió Rodolfo. Es cosa singular que todo el mundo tenga que vigilarme. ¿Dónde está ese caballero? Supongo que no le habreis dicho que estoy en mi despacho.

La pobre mujer le contestó que solo habia dicho que estaba ocupado; pero que él esperaba ya dentro de la casa.

—En hora buena, voy á recibirle. Volved á vuestra cocina y no os movais de allí, ¿lo habeis oido?

—Ya lo he oido.

Y la pobre mujer, agradeciendo la vénia para retirarse, volvió rápidamente la espalda y desapareció.

Rodolfo se recogió un momento, hizo todo lo que pudo por tomar su expresion ordinaria y bajó.

A la puerta de su despacho se detuvo, con la mano pues-

ta en el picaporte, y entrando luego en el escritorio de Newman, se encontró en frente de M. Cárlos Cheeryble.

No habia hombre en el mundo con quien menos deseara Nickleby encontrarse en toda ocasion; pero en aquel momento, reconociendo en él al protector de Nicolás, hubiera mas bien querido habérselas con un espectro.

Sin embargo, esta inesperada aparicion hubo de prestarle un servicio, pues despertó en él instantáneamente toda su energía; enardeció en su seno todas las pasiones, que desde hacia años calentaban su sangre; hizo revivir todo su odio, toda su malicia, toda su rabia; trajo á sus labios la sonrisa sarcástica y á su frente la expresion de la amenaza; resucitó, en fin, tal como era á Rodolfo Nickleby, á quien tantos habian conocido á sus expensas para no olvidarle nunca.

—¡Ah! exclamó Rodolfo deteniéndose en la puerta. Hé aquí un honor que no esperaba.

—Y sin el cual pasariais muy bien, contestó el hermano Cárlos; lo sé perfectamente, lo sé.

—Teneis fama de ser la misma verdad, repuso Rodolfo secamente. Lo que hay de cierto á lo menos es que la decís en este momento, por lo cual no seré yo quien os contradiga. Es un honor, sin el cual podria efectivamente pasar, así como no lo esperaba. Ya veis que no puedo ser mas franco.

—En dos palabras... comenzó á decir Cárlos.

—En dos palabras, interrumpió Rodolfo, para abreviar la conferencia, os ruego que la acabeis antes de empezarla. Adivino el asunto de que venís á hablarme, y si sois amante de la franqueza... hé ahí la puerta. Los dos vamos hácia el mismo lado; continuad vuestro camino, si quereis, y dejadme continuar el mio tranquilamente.

—¡Tranquilamente! repitió Cárlos mirándole mas bien con piedad que con cólera. ¡Continuar tranquilamente su camino!

—En fin, caballero, yo supongo que no querreis permanecer en mi casa á pesar mio; ni vos tampoco tendreis la pretension de persuadir á un hombre firmemente decidido

á taparse los oidos para no oir una palabra de lo que quereis decirme.

—Escuchad, M. Nickleby, dijo el hermano Cárlos siempre con el mismo tono de dulzura, pero al mismo tiempo con cierta firmeza. Si vengo aquí, es contra mi voluntad, y á fe que lo siento mas que nadie. Nunca he puesto los piés en esta casa, y si quereis que os hable francamente, no estoy aquí á mi gusto, no estoy en mi lugar, y así es que no tengo el menor deseo de volver. Vos no sospechais siquiera el asunto que me trae aquí; no podeis sospecharlo; bien lo conozco en la acogida que me haceis; pero muy pronto cambiareis de tono; estoy seguro de ello.

Rodolfo le echó una mirada penetrante; pero los ojos claros y límpios del honrado comerciante encontraron y sostuvieron esa mirada sin cambiar de expresion.

—¿Quereis que continúe? preguntó M. Cheeryble.

—¡Pardiez! como gusteis, contestó secamente Rodolfo. Aquí teneis paredes que os oigan; un escritorio, dos taburetes, estas sillas... ved si teneis buen auditorio; á lo menos no temereis que os interrumpan. Continuad, pues: mientras tanto voy por ahí á dar una vuelta; acaso cuando regrese hayais acabado de hablar, y entonces tendreis la bondad de cederme el puesto.

Y diciendo esto se abotonó su saco, fué al pasillo y descolgó su sombrero.

El agraviado Cheeryble siguió sus pasos y se disponia á contestarle, cuando Rodolfo le hizo con la mano una indicacion para que callara, diciéndole al mismo tiempo:

—Ni una palabra, señor mio, ¿lo oís? ni una palabra. Por virtuoso que seais, no sois sin embargo un ángel para entrar en casa ajena, como habeis entrado aquí, y abrirle á uno los oidos de cualquier modo para que os oiga. Predicad á la pared, si es vuestro gusto; os lo repito; lo que es á mí, nó.

—Yo no soy un ángel, contestó el hermano Cárlos moviendo pesarosamente la cabeza; soy un hombre con muchos defectos; pero hay una dicha que todos los hombres

pueden tener en comun con los ángeles, y es la ocasion de ejercer, cuando quieren... la caridad. Ella es, señor Nickleby, la que me trae cerca de vos. Dejadme, pues, yo os lo ruego, dejadme daros la prueba de ello.

—Yo, replicó el usurero con una risa triunfante, no me precio de ejercer la caridad con nadie, y por consiguiente de nadie la espero. No la espereis, pues, de mí para el tunante que se ha impuesto á vuestra credulidad infantil; odio y solamente odio obtendrá siempre de mí.

—¿Quién? ¿Nicolás? ¡implorar él vuestra caridad! exclamó el honrado Cheeryble con calor. Nó, á vos mas bien, señor Nickleby, á vos toca implorar la suya. Si no quereis oirme, ahora que aun podeis, será preciso que me oigais mas tarde, á menos que no adivineis lo que tengo que deciros y os arregleis de manera que no tengamos ya necesidad de volvernos á ver nunca. Vuestro sobrino, oidlo bien, mal que os pese, es un noble jóven, un noble y honrado mozo. Lo que vos sois, señor Nickleby, no quiero deciroslo; pero lo que habeis hecho, bien lo sé. Ahora cuando salgais para el negocio en que os habeis empeñado últimamente, y en que encontrareis dificultades de ejecucion que os embaracen, venid á vernos á mí, á mi hermano y á Tim Linkinwater. Entonces os lo explicaremos todo. Pero venid pronto, porque luego pudiera ser demasiado tarde, y entonces se os pudieran explicar las cósas con mas severidad. Sobre todo, recordad que si yo he venido aquí esta mañana, ha sido por caridad hácia vos, y que estaré en las mismas disposiciones cuando querais oirme.

Despues de estas palabras, dichas con mucha gravedad y aun emocion, el hermano Cárlos se puso su sombrero, y pasando por delante de Rodolfo, sin añadir una palabra, se dirigió á la puerta y salió.

Rodolfo le vió partir sin moverse, sin decir nada durante algun tiempo, y no salió de esta especie de estupor sino con una gran carcajada de desprecio.

—¿Será este, se preguntó, otro de esos sueños absurdos que han turbado mi sueño todas estas noches? ¡Caridad

hácia mi! ¡Bah! Preciso es que ese viejo Cheeryble esté loco... loco ha de estar seguramente.

Sin embargo, expresándose en este tono de desprecio y de irrision, era evidente que Rodolfo, cuanto mas reflexionaba en el asunto, mas mal se sentia interiormente, mas se sentia presa de una ansiedad vaga y temerosa, que iba siempre en aumento, á medida que pasaba el tiempo sin tener noticias de Newman Noggs, á quien como ya sabemos tenia por un traidor.

Despues de haberle esperado en vano casi media tarde, atormentado por aprensiones y presentimientos que le hacian temblar, por el recuerdo del aviso que le diera su sobrino Nicolás en su último encuentro, y cuya confirmacion se mostraba ya bajo una ú otra forma, sin dejarle un momento de reposo, salió á la calle, y sin darse cuenta de los motivos, arrastrado por su agitacion y sus temores, se dirigió á casa de M. Snawley.

Su mujer salió á abrirle la puerta, y Rodolfo le preguntó si su marido estaba en casa.

—No está, contestó la mujer con agrio tono; ni creo que esté tampoco en mucho tiempo. Ya lo sabeis.

—No me habeis conocido.

—¡Oh! sí, os conozco bien, demasiado bien acaso, y á él tambien; siento mucho decíroslo.

—Id y decidle que acabo de verle desde el otro lado de la calle á través de la celosía del primer piso y que tengo que hablarle de negocios.

La mujer no se movió de donde estaba.

—¿No me ois? le preguntó Rodolfo.

—Sí, os he oido muy bien.

Pero á pesar de ello permaneció allí quieta.

—Yo sabia, dijo para sí pasando sin ceremonia por delante de ella, que esta mujer era una hipócrita con sus salmos y citas de la biblia; pero no sabia aun que se diera á la bebida.

—Deteneos, gritó la dulce mitad de Snawley cerrándole el paso con su persona, que no era por cierto mediana. No

quiero que entreis, añadió resueltamente; demasiado le habeis hablado ya de negocios. Bien le decia yo adónde le conduciria su imprudencia de tratar alguna cosa con vos. Vos ó el maestro de escuela, si no habeis sido los dos juntos, habeis forjado la carta; acordaos de esto y nó de él. Idos y no querais endosársela á mi marido.

—¿Quereis callar, vieja Jezabel? dijo Rodolfo mirando en torno con inquietud.

—¡Pardiez! ¿No sé yo cuando debo callar y cuando hablar? Lo que habeis de hacer, M. Nickleby, es hacer callar á otros; eso es lo mejor.

—¡Camello de mujer! si vuestro marido ha sido tan imbécil que haya confiado á álguien sus secretos, á lo menos sabed guardarlos vos, demonio de mujer, que bien os interesa.

—Esos secretos no son tanto suyos como de otras personas que yo conozco; mas bien son vuestros. Podeis ahorraros la molestia de mirarme con ojos tan abiertos: valiera mas que los hubiérais abierto antes.

—¿Quereis ó no quereis, dijo Rodolfo reprimiendo como mejor pudo su cólera y agarrándole el brazo á la mujer, quereis ó no quereis ir á decir á vuestro esposo que yo sé que está aquí y que es preciso que hablemos? ¿Quereis decirme tambien qué significa por vuestra parte y por la suya ese extraño cambio de tono respecto de mí?

—Nó, contestó Jezabel desasiendo su brazo con violencia, no quiero hacer ni una cosa ni otra.

—Entonces puedo creer que es un reto que me haceis, ¿no es eso? preguntó Rodolfo.

—Sí, creedlo así.

Rodolfo levantó la mano para darle un golpe, pero pudo contenerse y se contentó con hacerle en despedida mudas amenazas con la cabeza y con las manos, diciéndole en fin que ya se acordaria de él.

De allí fué directamente á la posada en que solia parar M. Squeers, y preguntó si hacia mucho tiempo que no le habian visto. Tenia una vaga esperanza de que hubiera vuelto

despues de haber terminado bien ó mal su comision, y esperaba tambien que á lo menos pudiera tranquilizarle.

Pero no se habia vuelto á ver á M. Squeers hacia ya diez dias, y todo lo que pudo decírsele fué que habia dejado allí su equipaje y que no habia pagado su cuenta.

Presa de mil inquietudes y sospechas, y queriendo averiguar si Squeers tenia algun conocimiento de lo que pasaba en casa de Snawley, ó si él mismo tenia tambien parte en aquel cambio inexplicable, Rodolfo se determinó á ir á buscarle á su habitacion provisional de Lambeth para tener con él una entrevista en aquel lugar de compromiso.

Impaciente por despejar la situacion sin mas retardo, fué allá, y como si se hubiera hecho describir préviamente la guarida, subió la escalera y llamó discretamente á la puerta del desvan de Squeers, sin haber preguntado á nadie, ni vacilado siquiera.

Pero dió un golpe, dos, tres, doce golpes, y nadie le contestó.

—¿Estará acaso durmiendo? Escuchemos por el ojo de la llave... Me parece que oigo su respiracion.

Pero nó, Rodolfo se habia engañado: allí no habia nadie durmiendo ni despierto.

Reconociéndolo así luego, se sentó pacientemente en la escalera con ánimo de esperarle, suponiendo que hubiera salido á alguna diligencia y que no debia tardar mucho en volver.

Mas de una vez resonaron pasos haciendo crujir la escalera, y Rodolfo con atento oido creyó reconocer los de su cómplice; entonces se levantaba dispuesto á dirigirle la palabra. Pero los que eran, uno tras otro, entraban en algun piso inferior, sin llegar nunca adonde él esperaba, y esto le hacia sentir mas y mas su soledad y aumentaba sus estremecimientos de inquietud y turbacion.

Perdiendo al fin la esperanza de verle subir, descendió al piso inmediato y preguntó á un vecino si sabia dónde podia estar M. Squeers, á quien nombró con un seudónimo de antemano convenido.

Este vecino le envió á otro y este otro á un tercero, quien hubo de decirle que la noche anterior bastante tarde habia salido precipitadamente con dos hombres, que volvieron poco despues á llevarse á una vieja que vivia en el desvan de enfrente. Esta circunstancia habia parecido bastante singular al bueno del vecino para excitar su curiosidad; pero no habia podido hablarles ni se habia vuelto á ocupar de ellos.

Ocurrióle entonces fundadamente la idea de la prision de la vieja Margarita por causa de robo, y la posibilidad de que habiendo encontrado con ella á Squeers, se le hubiera tambien prendido como sospechoso de complicidad en la misma causa.

En este supuesto, Gride debia saberlo, y sin mas esperar se dirigió á buen paso á casa de Gride.

Rodolfo comenzaba á sentir vivas alarmas.

—¿Si se habrán puesto de acuerdo, se decia, para desconcertarme y perderme?

Hé aquí el tema de sus profundas reflexiones durante todo el camino.

Una vez en la puerta de su amigo y compañero Arturo Gride, halló las ventanas completamente cerradas y todo en aquella casa silencioso, triste y sombrío. Pero como este era el aspecto ordinario de aquella madriguera, no tuvo por qué extrañarlo.

Llamó, pues, á la puerta, primero blandamente, luego con mas fuerza, y al fin con violencia.

Nadie contestó aquí tampoco.

Desesperado por esta otra decepcion, escribió con lápiz algunas palabras en una tarjeta, la deslizó por debajo de la puerta, y ya se disponia á partir, cuando oyó entreabrir furtivamente una ventana y pudo vislumbrar la cara del mismo Gride, que miraba con precaucion desde el desvan, y que al reconocer á Rodolfo, desapareció inmediatamente, aunque no tanto sin embargo que dejara de observarlo el de la calle.

—¡Gride, bajad! gritó Rodolfo.

A la segunda intimacion hecha á voz en cuello, apareció otra vez Gride, pero con grandes precauciones para disimularse.

—Bajad, volvió á gritar Nickleby.

—¡Schit! callad, contestó Gride; callad y retiraos.

—Bajad, os digo, bajad, repitió Rodolfo acompañando sus palabras con un ademan expresivo.

—Idos, idos, replicó Gride moviendo la cabeza con aire de impaciencia y gran inquietud. No me hableis mas, no llameis la atencion sobre mi casa; idos, idos, pues.

—Os prometo, dijo Rodolfo colérico, os prometo aporrear vuestra puerta hasta alarmar la vecindad entera, si no me decís por qué diablos os recatais de esa manera, mal compañero y peor amigo.

—No quiero oir lo que me decís, contestó mas inquieto el viejo Gride; no me dirijais la palabra... no me comprometais... retiraos, retiraos.

—¿Quereis ó no quereis bajar? ¡Bajad con mil diablos! repitió Rodolfo con ira.

—Nó, contestó Gride refunfuñando.

Y desapareció otra vez.

Rodolfo plantado allí solo en la calle, oyó cerrar la ventana del mismo modo tímido como se habia abierto.

—¿Qué quiere decir todo esto? se preguntó Rodolfo. ¿En qué consiste que todos me reciben mal y huyen de mí como de la peste, cuando ayer todos me lamian las plantas? ¿Será verdad que *el dia declina para mí y comienza la noche*? Quiero saber á toda costa lo que significa esto: es preciso que yo lo sepa y lo sabré. ¡Oh! me siento ahora mas firme, mas resuelto, mas Rodolfo Nickleby que nunca.

Y dejando la puerta aquella que en los primeros impulsos de su cólera hubiera querido aporrear para obligar á Gride á bajar á abrirle, siquiera por temor, se volvió hácia la *city* y andando á paso firme y largo á través de la multitud que á las seis de la tarde embarazaba ya las calles, se dirigió resueltamente á casa de los hermanos Cheeryble.

Muy luego se encontró allí al paso que llevaba, y aso-

mándose al escritorio de cristales, encontró solo al viejo cajero Tim Linkinwater.

—Soy Rodolfo Nickleby, le dijo.

—Conocido, contestó Timoteo mirándole á través de sus gafas.

—¿Quién de los sócios de esta casa fué esta mañana á buscarme á la mia?

—M. Cárlos.

—Bien; decid á M. Cárlos que deseo verle.

—Vais á ver, dijo Timoteo saltando con agilidad de su asiento, vais á ver no solo á M. Cárlos, sino tambien á M. Ned.

Timoteo no dijo mas, pero fijó en Rodolfo una mirada fria y severa, movió la cabeza con aire de querer decir muchas cosas, y desapareció.

Un momento despues volvió para introducir á Rodolfo cerca de los dos hermanos, quedándose él tambien en la reunion.

—Solo á la persona que fué esta mañana á buscarme es á quien yo busco á mi vez, dijo Rodolfo indicando á Cárlos con el dedo.

—Yo no tengo secretos para mi hermano, ni tampoco para nuestro íntimo amigo M. Linkinwater, contestó Cárlos tranquilamente.

—Pero los tengo yo, repuso Rodolfo con sequedad.

—Señor Nickleby, dijo Ned, el asunto de que mi hermano fué á hablaros esta mañana nos es completamente conocido á los tres, y no somos los únicos, y por desgracia lo conocerán muchos mas aun antes de poco. Si hemos ido esta mañana á vuestra casa ha sido solo por delicadeza: ahora conocemos que este sentimiento no es apreciado en lo que vale. En hora buena: si quereis que tengamos esta sesion, hemos de estar aquí los tres.

—Sea así, señores, sea así, contestó Rodolfo cuyos labios se agitaban en un estremecimiento de cólera concentrada. Parece que vos y vuestro hermano teneis el don de hablar pór enigmas; supongo que vuestro dependiente, co-

mo hombre avisado, habrá aprendido el mismo arte con el mismo aprovechamiento para merecer mejor vuestra confianza. En hora buena; quiero pasaros eso.

—¡Pasarnos eso! exclamó Timoteo ofendido por la casa Cheeryble hasta ponerse rojo como el fuego. ¡Quiere pasarnos eso! ¡Quiere pasar eso á la casa Cheeryble Hermanos! ¿No lo habeis oido? Sabed, M. Nickleby...

—¡Timoteo! dijeron á la vez los dos hermanos. ¡Calma!

—Pero no habeis oido...

—¡Calma! Timoteo, mas calma!

El fiel dependiente ahogó como pudo su indignacion por complacerles, dejándola exhalarse á través de sus gafas, y añadiendo de vez en cuando una risita histérica, que parecia ayudarle en gran manera para contener su cólera.

—Como nadie me ofrece asiento, dijo Rodolfo mirando al rededor, voy á tomarlo yo, porque estoy cansado. Y ahora, señores, deseo saber, tengo el derecho de saber lo que teneis que decirme para justificar el tono que tomais y la intervencion indirecta que os permitís ejercer en mis propios negocios. Os diré francamente que bien que yo me cuide poco de la opinion pública, por hablar vuestro lenguaje, sin embargo, no estoy de humor de resignarme tranquilamente con los ataques de las malas lenguas. Ya seais víctimas de lo que os hayan dicho, ya lo tomeis voluntariamente á vuestro cargo, el resultado es el mismo para mí. En uno ú otro caso no esperais seguramente de un hombre como yo demasiada resignacion ni paciencia.

Al ver la sangre fria y desenfado con que se dijo esto, nueve personas de diez que no hubieran estado al corriente de las circunstancias, habrian sin duda creido que en efecto Rodolfo era el ofendido.

Estaba sentado, con los brazos cruzados, mas pálido que de ordinario, y siempre feo, pero completamente desahogado, mas que los dos hermanos desde luego, y sobre todo mas que el fogoso Timoteo.

—Muy bien, M. Nickleby, muy bien, dijo el hermano Cárlos. Ned, ¿quieres tirar de la campanilla?

—Un momento, Cárlos, un momento, contestó Ned. Acaso fuera mejor, así para M. Nickleby como para nuestra causa, que le dijéramos antes lo que tenemos que decirle: es una cosa que quisiera yo hacerle comprender bien. ¿No te parece?

—Tienes razon, Ned.

Rodolfo se sonrió sin decir una palabra.

Entonces se hizo la señal llamando con la campanilla.

Una puerta se abrió al punto y entró un hombre renqueando.

Rodolfo se volvió en esta direccion y se encontró en frente de Newman Noggs.

A partir de este momento, el corazon de Rodolfo comenzó á flaquear, bien que luego se rehiciera.

—¡Bien comienza esto! dijo con amarga ironía. ¡Oh! ¡bien comienza! Sin duda sois lo mas selecto de los hombres honrados, y me inclino ante vuestro candor y lealtad. Por lo demás no me admiro; jamás me he dejado engañar por esos charlatanes de probidad. ¡Ligarse con un hombre de esta estofa, que venderia su alma, si la tuviera, por un vaso de vino, y que en su vida ha dicho una palabra que no sea una mentira! ¿Quién puede estar seguro contra semejantes intrigas? ¡Oh! esto comienza bien!

—Dejadme contestarle, dijo á su vez Newman levantándose sobre las puntas de los piés para mirar á Rodolfo por encima de la cabeza de Timoteo, que se habia interpuesto para contenerle. Decidme, Nickleby, ¿qué habeis querido decir con eso de un hombre de esta estofa? ¿Quién me ha reducido al estado en que me veo? Si yo hubiera querido vender mi alma por un vaso de vino, hubiera ido á forzar las cerraduras ó registrar por ahí los bolsillos de los incautos, antes que venir á ser una bestia de carga en vuestra casa. Si yo no hablara una palabra que no fuera una mentira, estaria mas metido en vuestra estimacion. ¡Mentiras! ¿Cuándo me habeis sorprendido en una? ¿Cuándo no os he hablado dignamente? Yo os lo pregunto. Os he servido con lealtad y sin bajeza, y vos me habeis hecho trabajar

mas que á otro, porque era mas pobre. Me habeis hecho oir mas injurias que pueden oirse en un cuerpo de guardia, y yo las he despreciado como os desprecio á vos mismo. Y ¿por qué he sufrido todo estó? Me puse á vuestro servicio porque á lo menos estaba seguro de no tener en vuestra casa mas testigo que vos de mi miseria, y tambien porque nadie sabia mejor que vos que yo era un hombre arruinado, que no habia sido siempre lo que ahora soy, y que no estaria como me encuentro, si no hubiera sidó loco hasta el extremo de caér en vuestras manos y en las de otros tan pícaros como vos. ¿Tendreis la audacia de negarme esto?

—Calma, le advirtió Timoteo; habeis prometido no perderla.

—¡Lo he prometido! exclamó Newman procurando apartar á Timoteo. Nó, no me hableis de eso. Y vos, Nickleby, no aparenteis mófaros de mí, porque eso no lo permito yo ya: nó, no soy tan tonto cómo creeis. Hablabais ahora de la liga que hemos hecho contra vos. Decidme, pues, ¿quién se ha puesto de acuerdo con el preceptor del Yorkshire, y quién tuvo la precaucion de despedir al dependiente para que no pudiera oir nada, sin comprender que todas estas precauciones debian excitar sus sospechas y empeñarle en vigilar á su principal, dejando á otro el cuidado de vigilar al preceptor? ¿Quién se ha ligado con un padre egoista para negociar la venta de su hija al viejo Arturo Gride? ¿Quién se ha ligado con Gride en el despacho en que hay *un armario?*

Rodolfo habia llegado á poseerse hasta aquí; pero en este punto, así se le hubiera amenazado con la muerte, no hubiera podido disimular el fuerte estremecimiento que sacudió ostensiblemente sus miembros.

—¡Ah! exclamó Newman. Parece que ahora no os mofais de mí, ¿eh? Y ¿sabeis lo que inspiró á vuestra víctima, presente aquí, la idea de espiar las acciones de su principal y no querer venir á ser tan perverso ó mas que él dejándole hacer el mal que podia evitar? Pues fué ver la conducta de este hombre para con su misma familia; fué saber sus

abominables designios contra una jóven inocente que, sin enternecer á su tio, logró interesar en su favor á su miserable dependiente, á un hombre que, segun habeis oido, venderia su alma por un vaso de vino. La esperanza de poder ser útil á aquella jóven, como pude serlo á otras personas en mas de una ocasion, esa esperanza me dió aliento para permanecer á vuestro servicio. Sin esto, ¡oh! hace tiempo que Newman Noggs hubiera tenido el placer de aporrear á Rodolfo Nickleby, aunque le hubiera costado la cabeza. Y notad bien lo que voy á añadir. Si estoy ahora aquí, es porque estos señores lo han exigido; porque cuando vine francamente á buscarlos, sin ligas ni conspiraciones, les dije que queria ayudarles á arrancaros la máscara, á seguiros la pista, á acabar lo que habian comenzado en interés de la justicia, y que una vez conseguido nuestro objeto iria á buscaros á vuestro propio despacho para deciros cuatro verdades cara á cara y de hombre á hombre. He dicho cuanto tenia que decir.

Despues de esta peroracion, Newman Noggs, que no habia cesado de sentarse y levantarse y volverse á sentar en un movimiento continuo, con gestos y maneras de la mayor variedad, y que en tan violento ejercicio y agitacion interior, se habia puesto en un estado de fiebre y gran traspiracion, quedó sin transicion tieso, fijo, inmóvil, mirando con todas sus fuerzas á Rodolfo.

Rodolfo le miró un instante, nada mas que un instante, despues hizo una seña con la mano para indicar que iba á hablar, dió en el suelo con el pié y dijo con voz ahogada:

—Continuad, señores, continuad: yo soy paciente cómo veis. Por fortuna hay leyes para hacer justicia al inocente. Yo os haré pagar todo esto: reflexionad bien lo que decis, porque he de exigiros las pruebas.

—Las pruebas están dispuestas, contestó el hermano Cárlos. Vuestro Snawley hizo anoche una confesion completa.

—¿Qué tienen de comun conmigo *vuestro Snawley* y sus confesiones? preguntó Rodolfó afectando indiferencia.

En vez de contestar á esta pregunta, hecha con la mayor

sangre fria, el honrado Cárlos declaró que para demostrarle que esto no era un juego, era necesario hacerle conocer no solo las acusaciones que pesaban sobre él, sino tambien las pruebas que de ellas se tenian y la manera como se habian obtenido.

Una vez roto el fuego, el hermano Ned, Timoteo y Noggs, los tres á la vez tomaron á competencia la palabra, y despues de una escena de confusion general Rodolfo pudo saber distintamente:

Que Newman, habiendo tenido la confidencia de un tercero cuyo nombre debia reservar por el momento, de que Smike no era hijo de Snawley, sobre lo cual estaba dispuesto á prestar juramento en justicia, si era necesario, habia hecho dudar de la reclamacion de paternidad hecha por Snawley.

Que sospechando desde entonces la existencia de un complot, no habian tenido dificultad en hacer subir su orígen á la malignidad de Rodolfo, secundada por la codicia y espíritu vengativo de Squeers.

Pero como probar y sospechar son cosas distintas, un jurisconsulto eminente, célebre por su sagacidad y penetracion en esta clase de negocios, les habia aconsejado proceder en su resistencia á las pretensiones de la parte adversa con tanta mesura como fuera posible; atenerse á Snawley, llave maestra de todas estas falsas alegaciones; hacer de modo que llegara á contradecirse; obligarle por todos medios, por el temor, por la consideracion de su seguridad personal, á revelar el plan fraguado, á descubrir á su instigador y á cualquier otro cómplice.

Que todo esto se habia hecho con grande habilidad; pero que Snawley, que no era novicio en estas maquinaciones, habia conseguido con su astucia inutilizar todas las tentativas, hasta el momento en que una circunstancia inesperada le habia puesto á los piés de los otros la noche precedente.

Y hé aquí cómo: cuando se supo por medio de Newman que Squeers habia vuelto á Londres y que habia tenido con Rodolfo una entrevista tan secreta, que este habia creido

conveniente despedir á su dependiente para que no oyera nada de ella, se sometió al maestro de escuela á la mayor vigilancia, esperando sacar de sus pasos algun indicio para aclarar el asunto.

Cuando se vió que no sostenia ninguna relacion con Nickleby ni con Snawley, se creyó haber errado el golpe y se dejó de vigilarle, y tal vez se hubiera renunciado completamente á ocuparse de él, si Newman no lo hubiera visto una noche por casualidad hablando con Nickleby en la calle.

Newman hubo de seguirles y con gran sorpresa les vió entrar en varios figones, que frecuentaban jugadores y comerciantes quebrados conocidos de Rodolfo.

Allí pudo averiguar, despues de partir ellos, que iban en busca del paradero de una vieja, cuyas señas correspondian perfectamente con las de la sorda Margarita Sliderskew.

El negocio parecia tomar desde entonces un nuevo giro y la vigilancia fué por consiguiente mayor. Contóse al efecto con un agente de policía, que fué á alojarse en la misma taberna de Squeers, y que de acuerdo y con instrucciones de Frank Cheeryble, se puso á seguir los pasos de Squeers, hasta que tomó la habitacion en Lambeth.

Cuando Squeers se instaló en este punto, el agente fué á instalarse en frente en la misma calle, desde donde pudo observar que M. Squeers y la vieja Sliderskew estaban en relaciones.

Así las cosas, se puso la mira en Arturo Gride. El robo que se le habia hecho era conocido hacia tiempo, gracias á la curiosidad de los vecinos y á algunas palabras que se le escaparan en sus accesos de dolor ó rabia. Pero Gride se habia resistido constantemente á autorizar ó secundar la prision de la vieja, y fué acometido de tal pánico nada mas que á la idea de ser llamado á declarar contra ella en justicia, que él mismo se recluyó en su casa sin querer comunicarse con nadie.

Con este y otros indicios se llegó casi á la certeza de que Gride y Rodolfo, con Squeers y Snawley por instrumentos, se ocupaban en recobrar los papeles robados, cuya publici-

dad temian y que, segun algunas palabras recógidas por Newman desde el armario, podian interesar á Magdalena.

Tomóse, pues, la resolucion de prender á la vieja Margarita antes de que se hubiera deshecho de los papeles, como igualmente á Squeers, si se le podia encontrar mezclado en algun manejo sospechoso.

En su consecuencia se obtuvo el correspondiente mandamiento de perquisicion y arresto, y cuando todo estuvo en punto, se vigiló la ventana de Squeers, hasta que apagó la luz á la hora en que visitaba á la vieja, segun ya se sabia por las noches anteriores.

Entonces fué cuando Frank y Newman subieron la escalera furtivamente para ir á vigilarles á la puerta del desvan y dar al agente la señal convenida cuando fuera oportuno.

La llegada de los dos hábiles vigilantes tan á tiempo, sus precauciones para oirlo todo, y la naturaleza de las revelaciones oidas, son ya conocidas de nuestros lectores.

M. Squeers, aturdido del golpe, fué aprehendido con el título robado en el bolsillo, como asimismo la vieja Margarita.

Snawley no tardó en saber la prision de Squeers, sin que se le dijera la causa; y el hombre, despues de haber arrancado la promesa de que no se le perseguiria á él, declaró que toda la historia de su paternidad respecto de Smike no era sino un cuento inventado por Rodolfo Nickleby, á quien comprometió ya sin la menor reserva.

En cuanto á Squeers, aquella misma mañana habia sufrido un interrogatorio secreto delante del juez de la causa, y no habiendo podido explicar de una manera satisfactoria cómo el título robado se encontraba en su bolsillo, ni tampoco sus relaciones con la vieja Margarita, habia sido citado para comparecer dentro de ocho dias.

Hé aquí todos los descubrimientos que se revelaron á Rodolfo circunstanciadamente.

Cualquiera fuera la impresion secreta que él sintiera, no dejó escapar el menor síntoma de turbacion, permaneciendo sentado tranquilamente en su silla, con los ojos bajos,

nó por abatimiento sino por repugnancia, y la mano puesta en la boca.

Cuando lo hubo oido todo hasta el fin, levantó repentinamente la cabeza para tomar la palabra; pero viendo que el hermano Cárlos tenia aun algo que decir, volvió á tomar su primera actitud.

—Os dije esta mañana, dijo el honorable Cárlos, que iba á veros con un espíritu de caridad. Mejor sabeis vos que nadie hasta dónde podeis ser comprometido en el asunto, por las revelaciones del hombre que está ya en manos de la justicia. Pero ésta ha de seguir su curso; es preciso que se dé una reparacion á ese pobre jóven, tan cruelmente perseguido, con ser tan inofensivo é inocente. Nosotros no podemos de ningun modo sustraeros á las consecuencias del proceso; harto comprendeis que eso no está en nuestra mano. Todo lo que podemos hacer es advertiros á tiempo para daros ocasion de que las eviteis con la fuga. Sentiríamos, sinceramente hablando, sentiríamos ver á un hombre de vuestra edad castigado y aun deshonrado por vuestro pariente mas próximo; ni quisiéramos verle olvidar á ejemplo vuestro los lazos de la naturaleza y de la sangre. Nosotros todos os rogamos que abandoneis á Londres, que vayais á buscar un asilo á cualquier punto, donde podais escapar á las consecuencias de esas odiosas maquinaciones, ya descubiertas. Allá tendreis tiempo, M. Nickleby, de expiar vuestros errores y dar cabida en vuestro corazon á mejores sentimientos. No tenemos mas que decir.

Rodolfo se levantó con aire de justo enojo.

—¿Por ventura habeis creido que soy yo una víctima atada de piés y manos? ¿Creeis que me entrego así en las vuestras sin medios de defensa y sin defenderme? ¿Creeis acaso que basta dirigir una docena de proyectos mas ó menos hábilmente combinados, sobornar un centenar de testigos venales y perjuros, soltar contra mí otro centenar de perros, y últimamente echarme un discurso en vuestro estilo, para que yo me rinda, declarándome vencido? Os doy las gracias, señores, ante todo, por el positivo favor que acabais de ha-

cerme, sin querer, revelándome livianamente vuestros propios proyectos, para que me prepare á rechazarlos y destruirlos. ¡Oh! aun no sabeis bien quién es Rodolfo Nickleby, y lo vais á saber pronto, muy pronto, á vuestra costa.

Rodolfo dió un paso hácia adelante con resolucion y audacia, y se tuvo firme otra vez, para añadir en despedida, con voz entera y tono de menosprecio:

—Recordad bien lo que voy á deciros. No hago mas caso de vuestras buenas palabras y malos manejos que del lodo de mis zapatos. No os temo; os reto, me rio de todos vosotros y os desprecio.

Así concluyó esta sesion.

Pero Rodolfo Nickleby no habia apurado aun la copa de la amargura.

CAPÍTULO XXVIII.

El peligro aumenta. Amaga una catástrofe.

En vez de volver á su casa, Rodolfo tomó el primer carruaje que encontró á su paso, y haciéndose conducir al puesto de policía del cuartel en que habia tenido lugar el fracaso de Squeers, bajó á alguna distancia de allí, pagó al cochero y anduvo el resto á pié.

Despues de haber tomado informes sobre el digno objeto de su solicitud, vió que llegaba oportunamente, porque Squeers iba á tomar como un caballero un carruaje para ir á pasar en la cárcel pública el plazo legal de los ocho dias.

Habiendo solicitado hablar al preso, fué introducido en una especie de sala de espera, donde en razon de su respetable profesion, M. Squeers habia obtenido permiso para pasar el dia.

Entrando en esta estancia, Rodolfo pudo reconocer al brillo de una mala luz al maestro de escuela, profundamente dormido en un banco que habia en un extremo.

Un vaso vacío colocado delante de él sobre una mesa, daba á conocer con las exhalaciones de grog con aguardiente y el estado soñoliento del preso, que este habia buscado en la bebida el olvido momentáneo de su situacion poco agradable.

Difícil fué despertarle de su pesado y letárgico sueño. Sin embargo, acabó por encontrar poco á poco una chispa de razon y se incorporó en su banco.

Entonces mostrando á Rodolfo una cara amarilla como la cera, una nariz roja como el bermellon, una barba de erizo con adorno de un pañuelo blanco, sucio y manchado de sangre, anudado en la cabeza, se puso á mirar fijamente al usurero en un silencio sombrío, hasta que, dando suelta á sus sentimientos, se expresó en estos enérgicos términos:

—Y bien, señor mio, venís á ver vuestra obra, porque todo esto lo habeis hecho vos.

—¿Qué teneis en la cabeza? le preguntó Rodolfo á su vez desentendiéndose de su interpelacion.

—¡Vos me lo preguntais! ¿No sabeis que vuestro hombre, vuestro espia, vuestro genízaro, vuestro maldito dependiente fué allá á rompérmela? ¡Bah! ¡Qué tengo en la cabeza! Venís demasiado tarde á preguntármelo, M. Nickleby.

—Y ¿por qué no me enviasteis á llamar al instante? ¿Cómo habia de venir antes, si hasta ahora no he sabido una palabra de lo que os ha ocurrido?

—¡Pobre familia mia! exclamó Squeers haciendo pucheros y elevando los ojos al cielo de la estancia. ¡Mi hija, mi amada hija, ángel tan impresionable y sensible, y... ¡Mi hijo, mi amado hijo, el heredero de la casa, la honra y orgullo de su pais natal! El escudo de armas de los Squeers está hecho pedazos, y su sol ha descendido para extinguirse en las olas del océano.

—Vos habeis bebido, dijo Rodolfo, y el líquido os ha hecho daño sin duda.

—No he bebido sin embargo á vuestra salud, zorro viejo, contestó Squeers, y no teneis nada que ver en eso.

Rodolfo reprimió la indignacion que despertó en su alma la insolencia del maestro de escuela, y para calmarlo á él tambien volvió á preguntarle porqué no le avisó al momento lo que habia ocurrido.

—¿Y qué habria ganado en ello? No seria lo mas conveniente hacer saber que tengo el honor de conoceros, y ellos no me pondrian en libertad sin fianza por ahora. Entretanto aquí me teneis muy bien guardado, preso, mientras vos andais libre por donde quereis.

—Lo mismo que vos dentro de algunos dias, contestó Rodolfo afectando buen humor. Estad seguro de que no os harán ningun mal.

—En efecto, repuso el otro con cólera; supongo que no me harán ningun mal, si yo les explico cómo me encontraba en la excelente compañía de la infernal vieja Margarita, á quien hubiera querido ver muerta, enterrada y resucitada para que la disecaran y colgaran en un museo de anatomía, antes de haber tenido nada que ver con ella. «Acusado, me ha dicho esta mañana el magistrado, ¿cómo os encontrabais en compañía de esa mujer? ¿Cómo se os ha encontrado en el bolsillo tal documento? ¿Cómo os ocupabais con ella en quemar fraudulentamente otros papeles? Os cito para la semana próxima y en esta se evacuarán las citas. Entretanto no puedo aceptar caucion para poneros en libertad.» ¿Cómo quereis que dé explicaciones satisfactorias? No tengo que hacer mas que una cosa. Entregaré el prospecto de mi establecimiento diciendo: ¡Yo soy, señor, el Wackford Squeers aquí nombrado; yo soy el hombre conocido y reconocido por testimonios irrefragables que prueban mi rigidez, moralidad é integridad de principios. Si hay aquí en este asunto algun mal, no tengo culpa ninguna; yo no llevaba, como no llevo en nada, mala intencion. Se me habia asegurado que aquí no habia ningun mal; yo me apresté solamente por servir á un amigo, á mi honorable amigo M. Rodolfo Nickleby de Golden-square; podeis, señor, citarle y pedirle cuenta de lo que se ha hecho, porque él es el autor, no yo.

—Y ¿qué documento es ese que se os ha encontrado en el bolsillo? preguntó Rodolfo esquivando por el momento la cuestion.

—¿Qué documento decís? ¿Qué sé yo? el de la Magdalena, una especie de testamento de no sé qué. Ese es el dichoso documento.

—Pero ¿qué clase de testamento es ese? ¿Quién es el testador, qué fecha tiene, cuáles son sus disposiciones y su importe? preguntó Rodolfo con interés.

—Es un testamento en su favor y... no sé mas, contestó Squeers; ni vos hubierais podido saber mas tampoco, si al poseerlo hubierais recibido como yo un golpe en la cabeza que os hubiera derribado en tierra sin conocimiento. A vos gracias y á vuestra prudencia sospechosa, tienen ahora ese documento los enemigos. Si vos me hubierais permitido echarlo al fuego, haciendo confianza en mí, no hubieran encontrado mas que sus cenizas en vez de encontrarlo sano y salvo en mi bolsillo.

—¡Batido en toda la línea! dijo Rodolfo entre dientes.

—¡Ah! exclamó Squeers suspirando, pues entre el *grog* bebido y el dolor de su cabeza aporreada, deliraba extrañamente; en el delicioso punto de Dotheboys, cerca de Greta-bridge, en el Yorkshire, los tiernos alumnos dél honorable Squeers están comidos, lavados, vestidos, suministrados de libros y hasta de dinero para el bolsillo; se les enseñan todas las lenguas, muertas y vivas, las matemáticas, la ortografía, la geometría, la astronomía, la trigonometría, ó bajo otro nombre las trigonómicas, todo en fin. *Todo*, cada cosa, cajon de sastre; *en*, adjetivo, lo contrario de fuera; S líquida, q, u, doble e, r, s, *Squeers*, nombre sustantivo educador de la juventud: total, *todo en Squeers.*

Mientras que el ilustrado profesor daba estas pruebas de su erudicion, tuvo Rodolfo tiempo para recobrar su presencia de ánimo, y conociendo al punto la necesidad de disipar los temores del preso y hacerle creer que la mejor táctica para salir bien era guardar un silencio absoluto sobre el asunto, le dijo:

—Os lo repito una vez mas, amigo Squeers; no pueden causaros ningun daño; mientras vos tendreis contra ellos un recurso por arresto ilegal, lo que al fin vendrá á daros provecho. Ya inventaremos un cuento que os sacará veinte veces de un embarazo tan vulgar como este. Por lo demás, si se os exige por garantía una fianza de veinticinco mil francos, no tengais ningun cuidado; yo os la daré. Todo lo que teneis que hacer es no decir la verdad. Esta noche teneis las ideas un poco embrolladas, lo que os impide ver las cosas por su verdadera fase. Pero eso es todo lo que teneis que hacer, y no debeis olvidarlo, porque si os contradecis lo echais todo á perder.

—¡Oh! exclamó Squeers, que le habia estado mirando mientras hablaba con la cabeza inclinada á un lado como un cuervo viejo. No tengo que hacer mas que eso, ¿eh? En hora buena; pero escuchad una palabra ó dos que tengo que deciros. Yo no tengo ninguna necesidad de que se invente otro cuento en que yo haya de intervenir; y así, pues, si veo que esto va mal, espero que á vos os toque tambien vuestra parte, de lo cual me cuidaré yo. Vos no me dijisteis nunca que habia aquí riesgos que correr, y así cuando yo traté con vos, no fué para que me metierais en este atolladero, donde no puedo tomar las cosas con la calma que vos quereis. Yo me he dejado llevar de vuestras instigaciones, porque ya habíamos hecho algunos negocios de cierta clase juntos, y si me hubiera resistido pudierais haberme perjudicado en mi tráfico, mientras que si os servia, podiais arrimarme el hombro. Por eso he dicho y vuelvo á decir que si esto va bien, en hora buena, no os comprometeré en lo mas mínimo; pero si va mal, entonces varian las cosas; diré y haré lo que crea mas útil á mis intereses sin pedir consejo á nadie: ya lo sabeis.

Mi influencia moral, añadió Squeers con mas gravedad aun, mi influencia moral sobre los alumnos de mí acreditado establecimiento, flaquea por su base: la imágen de mi digna esposa, de mi tierna hija, de mi amado hijo, reducidos á morir de hambre, está presente siempre á mis ojos.

Ante esta consideracion todas las demás desaparecen. Como padre y como esposo no conozco mas que una sola cifra en toda la aritmética: el número *uno*. Cuando el número *uno* desaparece, adios felicidad de la familia, todo se acaba.

Dios sabe cuánto tiempo hubiera estado declamando en este tono M. Squeers, y la tempestuosa discusion que de aquí hubiera surgido, si no le hubiera interrumpido en este punto la llegada del carruaje que habia de antemano pedido y de un agente que debia acompañarle en el camino.

Entonces se puso con la mayor dignidad su sombrero sobre el pañuelo blanco y sucio que envolvia su cabeza, se metió una mano en el bolsillo, se asió con la otra al brazo de su conductor y se dejó llevar.

— Lo habia adivinado al ver que no me envió á llamar, se dijo Rodolfo. Hé aquí un pícaro, lo conozco bien en medio de los despropósitos de su embriaguez, un pícaro que ha tomado ya su partido y va á acusarme. Me ven tan combatido, que no solo se han sobrecogido de espanto, sino que me enseñan los dientes como los animales de la fábula, ellos que ayer mismo, sin ir mas léjos, no tenian mas que reverencias y adulaciones para mí. Pero ¿qué me importa? No cederé, no retrocederé ni siquiera un paso.

Volvió á su casa y se alegró de encontrar á su ama de gobierno indispuesta, por tener ocasion de encerrarse solo, enviándola á ella á su habitacion, pues la criada habitaba á su puerta.

Entonces se sentó al lado de una triste luz y se puso á reflexionar por la primera vez en los acontecimientos del dia.

No habia bebido ni comido desde la noche anterior, y además de sus sufrimientos morales, se habia fatigado sin descanso en ir de un sitio á otro durante muchas horas seguidas.

Sentíase, pues, débil y agotado, y sin embargo no pudo tomar mas que un vaso de agua, y continuó allí sentado con la cabeza en la mano, sin pensar, sin dormir, procurando en vano lo uno y lo otro, y obligado á reconocer que

fuera del hastío y la desolacion todo otro sentimiento había huido de su alma.

Eran cerca de las diez cuando oyó llamar á su puerta. Pero no se movió permaneciendo sentado en su silla con la misma indiferencia que si no hubiera oido nada.

Los golpes repetidos con frecuencia eran acompañados de una voz que decia desde afuera que se veia luz en su ventana.

Por fin pudo decidirse á levantarse para bajar.

—M. Nickleby, le dijo una voz que él creyó reconocer, hay noticias terribles para vos, y se me envia para rogaros tengais la bondad de ir inmediatamente.

Al abrir la puerta Rodolfo se puso la mano en los ojos para mirar y reconoció á Tim Linkinwater.

—¡Ir! ¿Adónde? preguntó Rodolfo.

—Donde fuisteis esta mañana. Traigo un carruaje: con que si quereis venid conmigo.

—¿Y para qué quereis que vaya yo allá?

—No me lo pregunteis, pero venid en seguida; veníos conmigo, os lo ruego.

—¡Una repeticion de la escena de esta mañana! dijo Rodolfo en ademan de cerrar la puerta.

—Nó, nó, contestó Timoteo cogiéndole del brazo como para decidirle; es para deciros una cosa que acaba de ocurrir, una cosa terrible, M. Nickleby, y que os toca muy de cerca. ¿Creeis que yo os hablaria como os hablo, ni que vendria á buscaros á esta hora, si el asunto no fuera tan sério?

Rodolfo le miró mas de cerca, y viendo su agitacion, se sintió desfallecer sin saber qué pensar ni qué decir.

—Debeis venir á saberlo cuanto mas antes, dijo Timoteo; es cosa que puede tener importancia para vos. En nombre del cielo, venid.

Acaso en cualquiera otro tiempo, la obstinacion y la cólera de Rodolfo se hubieran resistido á una invitacion de la casa de los Cheeryble, por urgente que fuera; pero entonces, despues de un momento de vacilacion fué á buscar su

sombrero y volvió para subir al carruaje sin decir una palabra.

Timoteo recordó y habló despues muchas veces de esta escena diciendo que cuando Rodolfo entró en su casa para buscar su sombrero, le vió á la luz de la vela que habia dejado en una silla, dar traspiés como un hombre ébrio.

Tambien contaba que al poner el pié en el estribo del carruaje, le vió la cara tan demudada y espantosa que hubo de sentir escalofrios, dudando si debia ó no ir en su compañía.

Creyóse que era presa de algun triste presentimiento, aunque era mas natural creer que el dia de prueba que habia pasado bastaba para explicar su profunda emocion.

Durante todo el camino, guardaron los dos inalterable silencio.

Luego que llegaron, Rodolfo entró en la casa siguiendo los pasos de Timoteo, y fué introducido en la estancia en que estaban los dos hermanos.

Rodolfo se vió tan humillado por la muda compasion que leia en los semblantes, especialmente en la fisonomía del dependiente, que apenas pudo desplegar los labios.

Sin embargo, tomó una silla y balbuceó algunas palabras:

—¿Qué teneis que decirme con tanta urgencia, despues de lo que ya me habeis dicho?

La estancia en que estaban reunidos era una gran sala de gusto antiguo, mal alumbrada y terminada por una ventana ojival adornada con grandes cortinas de tapicería.

Dirigiendo la vista hácia esta parte, Rodolfo vió una sombra confusa que le pareció un hombre, y se confirmó en su creencia viendo á la sombra moverse como para sustraerse á sus miradas.

—¿Quién es aquel hombre que veo por allá? preguntó con desenfado.

—El que nos ha traido hace dos horas la noticia que nos ha decidido á llamaros, contestó el hermano Cárlos. No os ocupeis de él ahora, M. Nickleby, que hay otra cosa mas importante.

—¡Siempre misterios! exclamó Rodolfo con voz apagada. En fin, ¿qué noticia es esa? Sepamos.

Y esto diciendo, se vió obligado á separar la vista de la ventana para mirar á los hermanos; pero sin darles tiempo á que tomaran la palabra, se volvió aun á pesar suyo en aquella direccion.

Era evidente que la presencia de aquel testigo invisible le causaba inquietud, porque repitió muchas veces este movimiento en un estado nervioso que no le dejaba la libertad de cambiar de posicion por sentarse de modo que pudiera mirarlo de frente murmurando por pretexto que le ofendia la luz.

Los hermanos comenzaron por hablar algunos momentos aparte.

Veiase que estaban muy agitados. Rodolfo les echaba de vez en cuando una mirada de desconfianza, hasta que al fin les dijo:

—Sepamos de una vez qué hay. Para que á estas horas se me saque de mi casa, preciso es que á lo menos sea para alguna cosa. ¿Qué es lo que teneis que decirme, señores Cheeryble hermanos?

Despues de un momento de silencio, añadió:

—¿Es acaso que mi sobrina ha muerto?

Esta suposicion, aunque errónea, dió pié á los hermanos para arrostrar la cuestion, dándole la fúnebre noticia que tenian que darle.

En efecto, M. Cárlos se volvió á él y le dijo:

—Se trata en verdad de una muerte, M. Nickleby, pero no es la de vuestra sobrina, que en buen hora se diga, está en el mejor estado de salud.

—Supongo, repuso Rodolfo con ojos chispeantes de alegría cruel y aun feroz, supongo que no me habreis hecho venir para anunciarme la muerte de mi sobrino. ¡Oh! nó; seria esa una noticia muy fausta para que vosotros me la dierais. Si me lo aseguraseis, no me atreveria á creerla. ¿Cómo habiais de darme vosotros esta alegría?

—Eso es horrible, mal corazon, exclamó el hermano Ned

con verdadero asombro. Preparaos á oir una noticia que ha de haceros temblar y gemir por mas empedernido que esté ese corazon.

Despues de una solemne pausa, añadió:

—Si yo os dijera que un desgraciado jóven, un niño mas bien, que no supo jamás lo que son las tiernas caricias ni aun las horas felices que hacen de nuestra infancia un tiempo que se recuerda toda la vida como un dulce sueño; una criatura inocente, sensible, cariñosa, que nunca os causó ningun mal, pero de la cual hicisteis vos la víctima del odio que abrigais contra vuestra propia sangre y sobre la cual habeis hecho recaer el peso de vuestras malas pasiones contra su único amigo; si yo os dijera que sucumbiendo, en fin, á vuestras persecuciones, á la miseria y al dolor de una vida corta en años, pero larga en sufrimientos, esa pobre criatura ha ido á acusaros ante el juez supremo, á quien tendreis que dar cuenta de...

—Si me dijerais, interrumpió odolfo, si me dijerais que efectivamente ha muerto, os perdonaria lo demás. Decidme que ha muerto y me reconozco desde ahora y para toda la vida deudor vuestro. Ha muerto, sí, lo leo en vuestros ojos. ¿Quién de los dos triunfa al fin? ¿Es esta vuestra terrible noticia? Ya veis cómo la recibo. Habeis hecho bien en enviarme á llamar: hubiera andado cuarenta leguas á pié por entre lodo y tinieblas para saber semejante noticia.

Aun en los trasportes de su alegría feroz y salvaje, Rodolfo pudo ver aun en la fisonomía de los dos hermanos el mismo sentimiento de indefinible compasion que viera antes, á pesar del horror con que oyeran sus últimas palabras.

—Y sin duda es *él* quien os ha traido la noticia, ¿no es verdad? dijo Rodolfo indicando con el dedo la vaga sombra de la ventana. Él, él sin duda es el que está allí sentado con la esperanza de gozarse en mi abatimiento y consternacion.

Y el usurero soltó una carcajada espantosa.

Despues añadió:

—¡Oh! puedo asegurarle que he de ser por mucho tiem-

po para él una espina clavada en su corazon. Vosotros no le conoceis como yo; pero ya os arrepentireis un dia de haber tenido piedad de ese vagamundo.

—Sin duda me habeis tomado por vuestro sobrino, dijo en esto una voz sorda. Mejor seria para vos y para mí que fuera él.

El individuo que habia visto Rodolfo en la oscuridad se levantó y vino hácia él á paso lento.

Rodolfo se estremeció, viendo que se hallaba en frente, nó de Nicolás, como habia supuesto, sino de su antiguo dependiente Brooker.

Y no es que creyera tener motivos para temerle, nó; Rodolfo no habia temido nunca á Brooker.

Sin embargo, la palidez que Timoteo habia ya observado en su rostro, volvió á teñírselo de una manera espantosa, y se le vió al mismo tiempo temblar de todos sus miembros.

Su voz además estaba profundamente alterada, cuando poniendo en el recien llegado sus extraviados ojos, preguntó á los hermanos:

—¿Qué hace aquí este tunante? ¿No sabeis que es un presidario, un mal hombre apercibido por la justicia, un ladron?

—Escuchadle, sin embargo, M. Nickleby, escuchadle, sea lo que quiera, contestaron á la vez los dos hermanos con tanto interés, que Rodolfo se volvió hácia ellos con sorpresa, con aire de escándalo.

Viendo que los dos le indicaban á Brooker de una manera insistente, el viejo usurero se puso maquinalmente á contemplarle.

—Ese niño, dijo Brooker, ese jóven de que estos señores os hablaban ahora mismo...

—Ese jóven... repitió Rodolfo mirándole con extraviados ojos.

—Ese jóven que yo he visto muerto y frio en su lecho y que ya está en el sepulcro...

—En el sepulcro... repitió Rodolfo como un eco siniestro, como quien hablara en sueños.

Brooker levantó los ojos y cruzó las manos de una manera solemne, diciendo al mismo tiempo:

—Era vuestro hijo único; pongo al cielo por testigo.

Rodolfo permaneció sentado, y dejando caer la cabeza entre las manos, guardó un lúgubre silencio, que los circunstantes respetaron.

Cuando un minuto despues apartó las manos de su frente y levantó la cabeza, los otros le miraron con espanto. Nunca, jamás se vió una persona mas desfigurada por el sufrimiento que Rodolfo en aquel momento con su cara de horrible espectro.

Y al levantar la cabeza, fijó los ojos en Brooker, de pié á alguna distancia de él, sin decir una palabra, sin hacer el menor gesto ni movimiento.

—Señores, dijo Brooker, no procuro disculparme; hace tiempo que yo mismo me he condenado. Al referiros mi historia, acaso me compadezcais, viendo que he sido arrastrado por tratamientos odiosos á salir de mi natural; pero mi intencion no es esa, sino únicamente haceros una revelacion que yo os debo. ¿A qué pretender justificarme, si ya he dicho que me reconozco culpable?

Brooker se detuvo un momento como para ordenar sus ideas, desvió luego de Rodolfo la vista para mirar á los hermanos, á quienes dijo con tono humilde y sumiso:

—Entre las personas que hacian negocios con M. Nickleby hace unos veinte y cinco años, habia un gentleman, gran cazador, gran bebedor, que despues de haber gastado su fortuna, se disponia á hacer lo mismo con la de su hermana. No tenian padres, y los dos hermanos únicos vivian juntos, regentando la casa el varon, como era natural.

En aquella época, M. Rodolfo Nickleby, acaso por sentar bien su influencia, acaso por atraer á sus fines á la jóven, ó por lo que fuera, que yo no lo sé, frecuentaba mucho la casa de los dos hermanos en el condado de Leicester, y aun iba á pasar allí muchos dias seguidos. Habian tenido muchas relaciones de comercio, y tal vez las tuvieran aun á la sazon, ó tal vez fuera para arreglar los negocios de su

cliente que estaban en muy mal estado; lo que hay de cierto es que M. Nickleby no perdia en ello: esta es la verdad.

La hermana, sin ser muy jóven, era una bella persona, segun decian, y tenia una fortuna muy buena. Andando el tiempo, M. Nickleby se casó con ella, y como no lo habia hecho sino por razon de interés, tuvo oculto su casamiento, porque habia en el testamento del padre una cláusula que decia que si la hermana se casaba sin el consentimiento del hermano, los bienes cuyo usufructo solamente tenia mientras permaneciera soltera, pasarian á otra rama de la familia.

Ahora bien, el hermano no queria dar su consentimiento, sino venderlo y á subido precio; y como Nickleby no queria hacer este sacrificio, continuó ocultando su casamiento en la esperanza de que el hermano, que no tenia mucho juicio, se rompiera la cabeza á una caida del caballo, ó cogiera una fiebre endemoniada á consecuencia de sus excesos.

El hermano, sin embargo, defraudó por algun tiempo las esperanzas concebidas, y entretanto nació un hijo de este matrimonio clandestino. Al niño se le dio nodriza muy léjos de allí, sin que su madre pudiera verle mas que una ó dos veces furtivamente.

El padre en su sed de oro, y creyéndose en vísperas de echarle mano, porque su cuñado estaba muy malo y empeoraba cada vez mas, se guardó muy bien de ir nunca á ver á su hijo, sin duda por evitar sospechas. El cuñado no acababa de morirse y la hermana apremiaba á su marido para que declarara su matrimonio, pero no era atendida nunca por su esposo.

Vivia sola en una triste casa de campo, sin ver mas que á algunos cazadores que iban allí á embriagarse, mientras su marido residia en Londres, ocupado en sus negocios.

Hubo, como era consiguiente, quejas y recriminaciones entre el matrimonio; hasta que á los siete años y algunas semanas antes de la muerte del hermano, que todo lo hubiera arreglado, desesperada ella se fué con un amante despreciando á su marido.

Aquí hizo Brooker una breve pausa.

Rodolfo no se movió ni dijo una palabra.

Los hermanos Cheeryble hicieron una seña al narrador para que continuara su historia.

—Entonces recibí yo de su boca la confidencia de todas estas circunstancias, y á decir verdad, fué el secreto de la comedia, porque era ya conocido del hermano y de muchas otras personas; y además, si me hizo la confidencia fué porque tenia necesidad de mis servicios. Púsose en persecucion de los fugitivos, y aunque se dijo que fué por sacar algun dinero de la deshonra de su esposa, yo creo mas bien que fué por castigarla cruelmente, porque me consta que es tan avaro como vengativo, acaso mas vengativo que avaro, que es ya todo cuanto puede decirse. Pero no pudo encontrarlos, y la mujer murió poco despues.

Antes de partir para esta expedicion, no sé si es que comenzaba á creer que podria amar á su hijo, ó si queria evitar que cayera en manos de la madre, lo cierto es que me encargó á mí llevar el párvulo á su casa, lo que hice como se me encargara.

Brooker tomó desde aquí hasta el fin de su narracion un tono mas humilde bajando la voz.

—Este hombre, añadió indicando á Rodolfo, se portó muy mal conmigo, y así es que yo, la verdad, le odiaba. Llevé el niño á la casa, como he dicho, y le alojé en el desvan. Abandonado como habia estado siempre, el pobre estaba enfermizo, y tanto, que me ví obligado á llamar á un médico, quien declaró que era urgente el cambio de aires, si se queria evitar su muerte. Yo creo que aquel médico me dió, sin pensar, la idea de hacer lo que al fin hice.

M. Nickleby permaneció en su viaje seis semanas. A su regreso le dije, apoyándome en pruebas aparentes y circunstanciadas, que su hijo estaba muerto y enterrado. Y fuera que esto desconcertara algun plan que tuviera en la cabeza, fuera que no estuviera del todo desprovisto de sentimientos naturales, la verdad es que se mostró pesaroso, lo que me confirmó en mi designio de hacerle un dia esta

revelacion, con la esperanza de sacarle algun dinero: esta es la verdad.

Yo habia oido hablar, como otros muchos, de los colegios del Yorkshire, y echando mis cálculos, llevé al niño á uno de aquellos establecimientos, que dirigia un tal M. Squeers, á quien se lo entregué bajo el seudónimo de Smike. Todos los años enviaba yo el importe de su asistencia, importante quinientos francos cada uno hasta el sexto, sin decir una palabra de mi secreto, porque estaba yo tan mal al servicio del padre, que hube de dejarle despues de muchos disgustos.

Despues fuí confinado y estuve ausente de Inglaterra unos ocho años cumpliendo mi condena. Pero al punto de regresar hice un viaje al Yorkshire, donde tomando secretamente informes sobre los alumnos, supe que precisamente el que yo habia llevado allá, se habia fugado con un jóven que tenia el mismo apellido que su padre.

Entonces vine á Londres á buscar á M. Rodolfo Nickleby, y habiéndole encontrado, procuré hacerle comprender que tenia que revelarle un secreto muy interesante para él, pidiéndole al mismo tiempo algun dinero para vivir. Pero M. Nickleby me recibió con amenazas. Yo entonces encontré á su dependiente, haciéndole entender que tenia acaso interés en entrar en relaciones conmigo, y hallándole á lo menos atento, le aseguré que Smike no era hijo de Snawley.

Durante todo este tiempo no habia vuelto yo á ver á Smike, y supe entonces de boca del mismo dependiente que estaba enfermo y el punto de su residencia. Con esta noticia me puse luego en camino para ver de reconocerle si era posible, pudiendo así dar despues mas peso á mis revelaciones.

En efecto, llegué hasta él casi de improviso; pero antes de que pudiera dirigirle la palabra, el jóven me reconoció. El pobre habia padecido mucho por mi causa para olvidarme, y yo por mi parte hubiera jurado que era él, aun cuando me lo hubiera encontrado en las Indias. Tenia la misma cara macilenta y mísera que cuando era pequeño.

Por allí estuve indeciso algunos dias; por fin me resolví á ver al jóven que le cuidaba, y supe de él que ya habia muerto.

Él mismo puede deciros cómo Smike me reconoció al momento, cuántas veces antes de esta ocasion le habia hecho mi retrato, refiriéndole su conduccion al colegio del Yorkshire, y cuántas veces tambien le habló del desvan en que estuviera los primeros tiempos, desvan que podeis ver aun tal como él lo describiera, en la casa de M. Rodolfo Nickleby, si no ha sufrido ninguna reforma.

Esta es, pues, mi historia, señores. Ahora solo quisiera que se me careara con el director del colegio M. Squeers, y de todos modos me someto á la obligacion de dar cuantas pruebas se me pidan. Ya se verá cómo es la verdad lo que he dicho. ¡Ojalá no lo fuera, para descargo de mi conciencia!

—¡Hombre desventurado! le dijeron los dos hermanos, ¿qué reparacion podeis dar ahora por los gravísimos males que habeis causado?

—Ninguna, señores, ninguna: ni aun esperanzas tengo que concebir. Soy viejo por los años y mas viejo aun por la miseria y el pesar. No espero de esta revelacion mas que nuevos sufrimientos y acaso un nuevo castigo; pero esto no me impide hacerla y confirmarla, cualesquiera sean las consecuencias. Yo estaba destinado sin duda á ser el instrumento de estas terribles represalias contra un hombre que en el temerario empeño de sus malos designios, ha perseguido y martirizado á su pobre hijo hasta hacerle morir de pena. Yo no escaparé á la ley tampoco, bien lo sé, pues vengo muy tarde para reparar el daño, y por eso no tengo ya esperanzas ni en este mundo ni en el otro.

No bien hubo acabado de hablar, cuando la luz colocada sobre la mesa cerca de Rodolfo, la única que alumbraba la estancia, fué derribada al suelo, quedando todo en tinieblas, y cuando un momento despues trajeron otra luz, habia desaparecido Rodolfo.

Los buenos hermanos y Timoteo esperaron algun tiempo á ver si volvia, y cuando se convencieron de que su partida

era definitiva, vacilaron en llamarle otra vez. Pero recordando la alteracion de su semblante y su constante silencio mientras hablara Brooker, supusieron que se habia puesto malo y se determinaron á enviar á saber de él, á pesar de lo avanzado de la hora. La presencia de Brooker, de quien no sabian qué hacer sin consultar antes con Nickleby, les pareció un aceptable pretexto, y resolvieron enviarle un mensaje antes de acostarse.

CAPÍTULO XXIX.

Extremada delicadeza de Nicolás y Catalina.

El dia siguiente al de las revelaciones de Brooker, Nicolás volvió á su casa. Su primera entrevista con su familia fué agitada por muchas emociones de una parte y otra, pues él la habia tenido al corriente por medio de sus cartas, de lo que habia ocurrido, y además de que Catalina y su madre participaban de los pesares de Nicolás, las dos lloraban como él la perdida de un jóven cuya miseria y abandono habian sido el primer título á su compasion, y cuyo candor é inocencia le habian granjeado un cariño creciente cada dia.

— Seguramente, dijo la viuda enjugándose las lágrimas y sollozando amargamente, puedo decir que he perdido la mas obsequiosa y servicial criatura, de quien he recibido las mayores atenciones, despues de vosotros, Nicolás y Catalina, y de esa picarilla criada que se ha ido llevándose la ropa blanca y las cucharillas. Era el muchacho mas afectuoso, mas igual, mas fiel. ¿Cómo haré yo ahora para recrearme en ese jardin que él procuraba embellecer por complacerme, y para entrar en su aposento lleno de todas esas pequeñas invenciones que él imaginaba para agradarnos y que hacia tan bien? No sospechaba el pobre dejarlas imperfectas; nó en verdad: no puedo resignarme á creerlo. ¡Ah! es un gran pesar para mí, un gran pesar. A lo menos, mi

querido Nicolás, será para tí un consuelo hasta el fin de tus dias, recordar cuán bueno y amable has sido para él, y el mio será pensar que viviamos juntos en tan buenos términos, y que me queria mucho el pobre muchacho. Tu afecto hácia él, hijo mio, era muy natural y profundo, y así has recibido un rudo golpe con su muerte, y no hay mas que ver cuán estropeado estás, para comprenderlo. Pero ¡ay! nadie puede adivinar lo que yo sufro; nadie, nadie... es imposible.

Mientras que la viuda expresaba así, con toda la sinceridad de su corazon, pesares reales, pero que tenian un carácter muy personal, por la costumbre que tenia de referirlo todo á sí, no era ella la única que lloraba penas en la casa.

Por mas acostumbrada que estaba á prescindir de sí delante de los otros, Catalina tenía un gran pesar en su alma. Magdalena no era menos sensible al pesar de una familia tan querida, y la Creevy, que habia ido á hacerles una visita en ausencia de Nicolás, y que desde la mala noticia las habia consolado y distraido como mejor supo, en cuanto le vió llegar á la puerta, se sentó en el fondo de la escalera y se deshizo en lágrimas, rehusando por mucho tiempo todo consuelo.

—¡Me da tanta pena verle volver solo! decia la buena Creevy. ¡Cuánto habrá sufrido el pobre! No me afectaria yo tanto acaso, si á lo menos lo demostrara; pero ved con qué firmeza lo soporta todo.

—Preciso es, contestó Nicolás, y en esto, amiga mia, no hay mérito ninguno.

—Sin duda, sin duda, teneis razon; pero ¿qué quereis? perdonad mi debilidad: yo creo... sé muy bien que no debo decirlo y quo voy á arrepentirme luego; creo que mereciais otra recompensa por todo lo que habeis hecho.

—Nó, amiga mia, dijo Nicolás con dulzura. ¿Qué mejor recompensa podia yo esperar que ver tranquilos y felices sus últimos dias y acordarme siempre de haberle acompañado hasta el fin, sin tener el pesar de no haber cerrado sus ojos, lo que mil circunstancias pudieran haber hecho?

—Es verdad, contestó sollozando la Creevy: yo soy la que no tengo razon, la que soy una ingrata, una impía, una pícara, una loca.

Y á la vez que hacia esta confesion la buena mujer, volvia á llorar, á hacer esfuerzos para reprimirse, á procurar reir. La risa y el llanto mezclados sin transicion luchaban porfiadamente en ella como adversarios que se disputan el campo de batalla. La victoria quedó indecisa al fin, porque la Creevy por cortar este embarazo, acabó por un ataque de nervios.

Nicolás esperó que todas estuvieran ya tranquilas para subir á su aposento, adonde tenia necesidad de retirarse para tomar algun reposo despues de tan largo viaje, y dejándose caer vestido en el lecho, muy luego se durmió profundamente.

Al despertarse encontró á Catalina sentada á su cabecera, y cuando ella le vió abrir los ojos, se inclinó sobre él para abrazarlo.

—He venido á decirte, hermano mio, cuánto me alegro de tu vuelta á casa.

—Y yo, Catalina, no sabria decirte el placer que siento al volver á verte, contestó Nicolás.

—Desde tu partida hemos estado tan tristes la madre y yo... y tambien Magdalena.

—¿No me decias en una de tus cartas que estaba ya completamente buena? dijo Nicolás ruborizándose. ¿No se ha tratado de ciertas cosas que los hermanos Cheeryble proyectaban respecto de ella?

—¡Oh! ni una palabra, contestó Catalina. Pero cree, Nicolás, que no podria separarme de ella sin pesar; ni tú, hermano mio, tampoco lo desearás.

Nicolás volvió á ruborizarse, y sentándose en un canapé junto á la ventana:

—Nó, Catalina, le dijo, no lo deseo. A otra persona no le haria la confesion de mis sentimientos; pero á tí, hermana mia, te diré francamente que la amo.

Los ojosde Catalina se inflamaron é á abrir la boca

para contestarle, cuando Nicolás, tomándole la mano, la interrumpió añadiendo:

—Que nadie sepa de esto más que tú, Catalina, nadie; sobre todo ella.

—¡Querido Nicolás!

—Ella sobre todo. Jamás, aunque esto sea muy largo. ¡Jamás! A veces me complazco en creer que debe venir un tiempo en que yo pueda decírselo sin temor. Pero está aun tan léjos, en un horizonte tan remoto!... ¡Ha de pasarse tanto tiempo de aquí allá! que cuando el momento venga, si es que viene, me parecerá tan poco á mí mismo, estarán ya tan pasados los dias de mi novelesca juventud, sin que nada haya alterado, por supuesto, mi amor hácia ella, que no puedo menos de reconocer que semejantes esperanzas son puras ilusiones, vanas quimeras. Entonces procuro sofocarlas y hacerme superior á mis penas, antes que verlas extinguirse á la larga haciéndome morir poco á poco. Desde mi partida, hermana mia, he tenido continuamente á la vista, en ese pobre muchacho que acabamos de perder, un ejemplo mas de la liberalidad generosa de esos nobles hermanos, los señores Cheeryble. Yo voy á ser digno de ella en cuanto sea posible, y si alguna vez he vacilado antes en mi deber rigoroso, ahora estoy resuelto á cumplirlo estrictamente y á ponerme al abrigo de toda tentacion contraria sin mas retardo, desde ahora.

—Antes de añadir una palabra, mi querido Nicolás, dijo Catalina palideciendo, es menester que oigas una cosa que tengo que confiarte. Para esto vine, pero me ha faltado valor.

Y esto diciendo la jóven echó á temblar rompiendo en copioso llanto.

Habia algo en su persona que preparaba á Nicolás á lo que iba á oir de boca de su hermana.

Catalina procuró hablar; pero el llanto se lo estorbó.

—Vamos, tonta, dijo Nicolás con ternura. ¿Por qué te afliges? Valor, hermana mia. Creo adivinar lo que ibas á decirme. Ibas á hablarme de Frank Cheeryble, ¿no es verdad?

Catalina inclinó la frente sobre el hombro de su hermano y contestó sollozando:

—Sí.

—Y acaso, durante mi ausencia, te haya ofrecido su mano, ¿no es cierto? Yo lo iré adivinando todo para que te sea mas fácil hacerme tu confidencia. Te ha ofrecido su mano, ¿eh?

—Sí, pero no la he aceptado.

—Eso es. Y ¿qué mas?

—Le he dicho, contestó Catalina con voz trémula, todo lo que despues me ha dicho la madre que tú le habias dicho á ella, y sin embargo, no he podido ocultarle, lo mismo que á tí, que era para mí un gran pesar, una triste prueba. Pero no importa, lo hice con firmeza rogándole no me volviera á ver.

—Reconozco en esa dura prueba á mi hermana Catalina, dijo Nicolás abrazándola. Bien seguro estaba yo de ello.

—Frank, añadió Catalina, procuró cambiar mi resolucion declarándome que, á pesar de ella, no solo enteraria á sus tios del partido que habia tomado, sino que tambien hablaria de ello cuando tú volvieras. Temo no haberle expresado bien cuánto agradecia un amor tan desinteresado, ni la sinceridad de mis deseos por su felicidad en otra parte. Si llegas á hablar con él, no dejes de hacérselo saber, yo te lo ruego.

—Y cuando tú has creido deber hacer este sacrificio, ¿has podido suponer que seria yo menos animoso que tú? dijo Nicolás con ternura.

—¡Oh! nó, mi querido Nicolás; pero ¡ay! tu posicion no es la misma y...

—La misma enteramente, interrumpió Nicolás: cierto que Magdalena no tiene ningun parentesco con nuestros bienhechores, pero les pertenece por lazos que no son menos atendibles. Y si me han contado su historia es que tienen en mí una confianza sin límites, creyéndome fuerte como el acero y honrado como ellos. Ahora bien, considera qué bajeza habria en mi conducta aprovechando las circunstancias

que la han traido bajo nuestro techo, ó el ligero servicio que he tenido la dicha de prestarle, para procurar merecer su afecto, cuando resultaria de ello una contrariedad para los hermanos, que habrán ya proyectado establecerla como á su propia hija, y la sospecha muy natural de que yo he fundado la esperanza de mi fortuna sobre la compasion de ellos por una jóven cogida así en mis redes por un cálculo vergonzoso, como si hubiera hecho servir á mis interesados deseos su mismo reconocimiento y la generosidad de sus sentimientos, especulando indignamente con la desgracia de ella. Yo tambien, Catalina, yo que debo reconocer en ellos otros títulos á mi abnegacion, títulos que no olvidaré nunca; yo que les debo ya una posicion desahogada y hasta feliz sin tener el derecho de pedir mas, he tomado la resolucion de quitarme de encima este cuidado, y no sé, no sé si debo reprocharme haber esperado tanto tiempo. Desde hoy, quiero sin reserva ni rodeos abrir mi corazon á M. Cheeryble, y suplicarle tenga la bondad de tomar prontas medidas para dar á Magdalena otra hospitalidad que no sea la de nuestra casa.

—¿Hoy?

—Hoy mismo.

—¡Tan pronto!

—Hace muchos dias y semanas que pienso en ello y no debo diferirlo mas. Si la dolorosa escena que acabo de presenciar allá me ha hecho reflexionar, si ha despertado mas vivamente en mí los escrúpulos y el sentimiento del deber, no quiero esperar á que el tiempo venga á borrar impresion tan saludable. Y no ha de ser mi hermana quien me dé ese consejo, despues de haberme dado tan heróico ejemplo.

—Pero aquí hay diferencia, contestó Catalina; tú puedes ser rico y... ¿quién sabe?

—¡Yo puedo ser rico! exclamó Nicolás sonriendo tristemente. Es verdad, como tambien puedo ser viejo. Pero no hablemos mas de esto; rico ó pobre, jóven ó viejo, nosotros seremos siempre el uno para el otro, lo que somos: sea esto nuestro consuelo. Haremos casa juntos nosotros, ¿eh?

á lo menos no estaremos solos. Y si fieles á estas primeras resoluciones, tuviéramos valor para no cambiarlas nunca, añadiríamos un anillo mas á la cadena que ya nos enlaza. Me parece que era ayer, Catalina, cuando éramos compañeros de infancia y nos divertíamos en nuestros inocentes juegos. Pues bien, nos parecerá que es el dia siguiente, cuando volviendo atrás con el pensamiento hácia estos pesares de hoy, como volvemos ahora hácia los juegos de la infancia, recordaremos con una melancolía que no carecerá de encantos la pena que hayan podido causarnos. ¿Quién sabe si, siendo ya unos buenos viejos, mirando el pasado donde teníamos el pié mas firme y la cabeza menos cana, no llegaremos hasta á felicitarnos de estas pruebas que habrán aumentado nuestra recíproca ternura y llevado nuestra vida á un estado apacible y sereno? ¿Quién sabe si veremos á los jóvenes de entonces, como lo somos hoy nosotros, adivinando algo de nuestra historia, mostrarnos simpatías y venir á confiar al viejo solteron y á su vieja hermana penas del corazon que pesarán sobre su inexperiencia alternativamente llena de temor y de esperánza?

En medio de su llanto, Catalina no pudó negar una sonrisa al cuadro de su vejez, y sus lágrimas le parecieron ya menos amargas.

—¿No tengo razon, Catalina? le preguntó Nicolás despues de un corto silencio.

—Sí, tienes razon, hermano mio, y no puedo decirte cuánto celebro ahora haber hecho lo que me habrias aconsejado hacer tú.

—¿No te pesa?

—Nó, contestó Catalina con voz tímida trazando en el suelo con su piececito figuras incoherentes; no me pesa haber hecho lo que exigian el decoro y el deber; pero siento, eso sí, siento haberme visto obligada á ello, á lo menos lo siento algunas veces, y otras... Pero no sé lo que quiero decir. Soy una pobre mujer; Nicolás, hermano mio, perdona que haya estado tan agitada.

No es mucho decir que si Nicolás hubiera tenido en la

mano trescientos mil francos los hubiera sacrificado en su aféccion generosa para asegurar la suerte de su hermana sin pensar en la suya.

Por desgracia, el pobre jóven no tenia para consolarla y reanimar su valor, mas que buenas y tiernas palabras; pero eran tan buenas y tan tiernas, que la pobre Catalina le echó los brazos al cuello, prometiéndole no derramar una lágrima en adelante.

—¿Qué hombre, se decia Nicolás con orgullo yendo luego á casa de los hermanos Cheeryble, qué hombre no encontraria el premio de todos sus sacrificios de fortuna en la posesion de un corazon como el de Catalina, un corazon de un precio inestimable, si el dinero no fuera estimado antes que todo? Frank tiene mas de lo que necesita; pero todos sus bienes no podrian procurarle un tesoro como mi hermana. Y sin embargo, en esos matrimonios que llaman desiguales, el partido mas rico es siempre el que se supone que hace un gran sacrificio, mientras que el otro pasa por hacer un buen negocio. Pero ¿qué es esto? veo que discurro como un enamorado, ó mas bien como un necio, lo que pudiera acaso ser lo mismo.

Dirigiéndose á sí mismo estos cumplimientos poco lisonjeros para contener ideas tan poco en armonía con el deber que iba á cumplir, continuó su camino y se presentó ante Timoteo Linkinwater.

—¡Ah! M. Nickleby! exclamó Timoteo. ¿De vuelta ya? ¡Gracias á Dios! Y ¿qué tal? ¿Cómo va de salud? ¡Oh! nunca habeis estado tan bueno. ¿No es verdad?

—No estoy mal, contestó Nicolás dándole las dos manos afectuosamente.

—Pero ahora que os veo mejor, me parece que estais un poco fatigado. Pero escuchadle, escuchadle, añadió Timoteo indicando su pájaro. Desde vuestra partida no le reconocia ya: ahora no puede pasar sin vos. Os recibe lo mismo que á mí el inteligente animal.

—¡Oh! Dick ha perdido en mi estimacion, si me cree á mí tan digno de su afecto como á vos: yo le suponia mas inteligencia.

—Permitidme, amigo mio, repuso Timoteo conservando su actitud favorita y mostrando con su pluma la jaula del pájaro; creedme, si quereis, pero las únicas personas á quienes reconoce son los hermanos Cárlos y Ned, vos y yo.

Timoteo se detuvo aquí para mirar con el rabo del ojo á Nicolás.

—Vos y yo, amigo mio, vos y yo, repitió. Pero excusadme, M. Nickleby; soy un egoista al hablaros de cosas que solo me interesan á mí. Hablemos mas bien de ese pobre muchacho. ¿Ha dicho alguna palabra recordando á los hermanos Cheeryble?

—¡Oh! sí, contestó Nicolás; me habló de ellos muchas veces el infeliz.

—¡Pobre muchacho! exclamó Timoteo enterneciéndose. Es para agradecérselo.

—Y de vos tambien, amigo mio, de vos tambien me habló mas de veinte veces, encargándome al fin que os hiciera presentes sus recuerdos.

—No me digais eso, dijo el buen Timoteo sollozando. ¡Pobre Smike! Siento mucho que no haya podido enterrarse en Londres: no hay en toda la ciudad un sitio mas agradable para que entierren á uno que ese pequeño cementerio que hay mas allá de la plaza. Hay casas de banca á todo al rededor, y no se puede dar un paso, haciendo buen tiempo, sin ver por todas partes á través de las ventanas abiertas, los registros y las arcas de hierro... ¿De veras os encargó el pobre Smike darme recuerdos?

—Os lo aseguro.

—¡Pobre muchacho! no esperaba yo que se hubiera acordado de mí. ¡Pobre muchacho! ¡Acordarse de mí! ¡Enviarme recuerdos! ¡Pobre Smike!

Timoteo estaba tan profundamente afectado que no pudo en algun tiempo reanudar por su parte la conversacion.

Nicolás aprovechó aquel momento para esquivarse y sin mas demora ir al despacho de M. Cárlos.

No sin dificultad habia preparado su corazon para esta entrevista. Pero el afecto con que fue acogido, la compasion

sencilla y natural del buen señor le llegaron al alma y le enternecieron á su pesar.

—¡Vamos! ¡vamos! Nicolás, amigo mio, dijo el excelente comerciante, no hay que abatirse por nada; al contrario, es preciso aprender á soportar la desgracia y recordar que hay consuelos hasta en el seno mismo de la muerte. Cuanto mas hubiera vivido el pobre Smike, mas habria sentido lo que le faltaba y mas desgraciado hubiera sido. Todo es para bien, hijo, todo es para bien.

—No he dejado de pensar en eso, contestó Nicolás haciendo un esfuerzo para poder hablar, y lo creo como vos lo decís.

—En hora buena, repuso el hermano Cárlos, quien consolándole y todo, estaba como Timoteo profundamente conmovido; en hora buena.

Asomándose luego á la puerta preguntó alzando la voz:

—¿Dónde está mi hermano Ned?

—Ha salido con M. Trimmers á conducir á ese infeliz al hospital y enviar una asistenta á sus hijos, contestó Timoteo.

—¡Mi hermano Ned es un hombre excelente! exclamó Cárlos cerrando la puerta y viniendo hácia Nicolás. Tendrá mucho gusto en veros: no se pasaba dia sin que se hablara aquí de vos.

—Si he de deciros la verdad, M. Cárlos, dijo Nicolás con cierta vacilacion, celebro encontraros solo, pues estoy impaciente por deciros una cosa. ¿Pudierais concederme algunos minutos?

—Sin duda, contestó el honorable Cárlos algo embarazado; sin duda ninguna; hablad, amigo mio, hablad.

—Verdaderamente no sé cómo ni por dónde empezar. Si un hombre ha tenido alguna vez razones para sentirse penetrado de amor y de respeto hácia otro, para experimentar por él un sentimiento de adhesion que le haria de la abnegacion mas penosa el placer mas agradable, para conservar de él un recuerdo de reconocimiento igual á su celo y á su fidelidad, nadie, nadie mas que yo, M. Cárlos: estos

son los sentimientos que debo tener y que en efecto tengo hácia vos; podeis creerlo, porque es la verdad.

—Lo creo así, contestó M. Cárlos, y nunca he dudado de ello ni dudaré jamás.

—La bondad de decírmelo me anima á continuar. La primera vez que me encargasteis de una mision de confianza cerca de miss Magdalena Bray, debí deciros que la habia ya visto mucho tiempo antes; que su belleza habia producido en mí una impresion indeleble, y que habia hecho esfuerzos inútiles para volver á encontrarla y conocerla. Si no os lo dije, fué porque esperaba poder vencer esta debilidad y subordinar toda otra consideracion á mi deber para con vos.

—M. Nickleby, dijo M. Cárlos, vos no habeis faltado á la confianza que yo he puesto en vos. Estoy bien seguro de ello.

—Nó, repuso Nicolás con firmeza, no he faltado á vuestra confianza. Sintiendo que la necesidad de dominarme se hacia cada vez mas urgente y difícil, jamás me he permitido una palabra ó una mirada que hubierais podido desaprobar á estar presente. Pero conozco que un trato constante, un roce de todos los dias con esa encantadora jóven, vendria á ser fatal á mi tranquilidad y acabaria por triunfar de las resoluciones que tomé desde el principio y que he guardado fielmente hasta ahora. En una palabra, yo no puedo fiarme de mí mismo, y vengo á rogaros con instancia tengais la bondad de alejar á esa jóven que habeis confiado á mi madre y á mi hermana, y de hacerlo sin demora. Sé que vos ó cualquiera otra persona, pero vos sobre todo, considerando la inmensa distancia que me separa de esa señorita vuestra pupila y el objeto de vuestro particular interés, no podeis mirar mi amor á ella sino como el colmo de la audacia y de la temeridad: yo lo reconozco; pero ¿quién podria haberla visto, saber todas sus desgracias y valor, y no amarla? No tengo otra disculpa. Y como no me siento con fuerzas bastantes para reprimir mi pasion, si el objeto de ella permanece siempre á mi vista, ¿qué puedo hacer mejor que venir á suplicaros tengais la bondad de alejarla de mí para dejarme los medios de olvidarla, si me es posible?

—M. Nickleby, contestó Cárlos despues de un momento de silencio, no se os puede pedir mas. Yo tengo la culpa por haber puesto á un jóven de vuestra edad en esta prueba. Yo debia haber previsto oportunamente lo que sucede. Gracias, Nicolás, gracias; se alejará á Magdalena.

—Tengo que pediros otra gracia, mi querido protector.

—Hablad, siempre estoy dispuesto á complaceros.

—Para no permitirle que se acuerde de mí mas que con cierta estimacion, desearia que no le revelarais nunca la confesion que acabo de haceros.

—Descuidad, no lo sabrá. ¿Es eso todo lo que quereis decirme?

—Nó, contestó Nicolás levantando hácia él la vista; no es esto todo.

—Bien, sé lo demás, dijo M. Cheeryble visiblemente satisfecho de esta pronta contestacion. ¿Cuándo habeis tenido noticia de ello?

—Esta mañana á mi llegada.

—Y habeis creido de vuestro deber venir inmediatamente á decirme lo que habeis sabido sin duda por conducto de vuestra hermana, ¿no es eso?

—Es así; aunque he de confesaros que me hubiera sido menos embarazoso explicarme primero con Frank.

—Frank me habló ayer tarde, añadió el hermano Cárlos. Habeis hecho muy bien, Nicolás, muy bien habeis hecho en eso, y os doy las gracias de nuevo.

Nicolás pidió permiso para añadir algunas palabras sobre este capítulo.

Y concedido, dijo:

—Yo espero, señor mio, que nada de lo que he dicho sea ocasion de ruptura entre Catalina y Magdalena, unidas ya en amistad por el cariño mas tierno, pues la idea de renunciar á esa amistad, seria verdaderamente para ellas un pesar y para mí un remordimiento por haber sido la causa de él. Un dia, cuando todo se haya olvidado, espero tambien que Frank y yo seamos tan amigos como antes. Puedo prometer en nombre de mi modestia y en nombre tambien de

la que solo desea el bienestar de mi humilde fortuna, que ni una palabra, ni un recuerdo de esto vendrá á turbar nuestra armonía.

Despues refirió exactamente todo lo que habia pasado entre Catalina y él aquella misma mañana; y habló de ella con tanto calor y orgullo natural; recordó con tanto júbilo la promesa que se habian hecho de sofocar todo pesar interesado y pasar la vida contentos y felices amándose el uno al otro, que hubiera sido difícil oirle sin conmoverse.

En fin, mas enternecido ahora de lo que lo estuviera nunca, expresó en pocas palabras tan sencillas como expresivas y elocuentes su abnegacion por los honorables hermanos y su gran deseo y esperanza de vivir y morir en su servicio.

El hermano Cárlos oyó todo esto en un profundo silencio, desviado de modo que Nicolás no pudiera ver su semblante. Las pocas palabras que él habia dicho no las habia pronunciado con su facilidad acostumbrada, antes bien con cierto embarazo y rigidez.

Nicolás creyó deber preguntarle, si por desgracia suya le habia ofendido ó faltado en alguna cosa.

—Nó, habeis hecho bien, contestó Cárlos.

Pero no dijo una palabra mas.

Luego que Nicolás hubo concluido, sí que añadió:

—Frank es un imprudente, un aturdido, un loco. Voy á ocuparme en poner en órden todo esto. Pero no hablemos mas de ello. Volved á verme dentro de media hora; tengo que daros extrañas noticias, amigo mio, y vuestro tio nos ha dado cita á vos y á mí para ir á su casa esta tarde y...

—¡Para ir á su casa! exclamó con asombro Nicolás.

—Sí.

—Pero ¡yo!

—Sí, vos conmigo, contestó el hermano Cárlos. Volved dentro de media hora y os diré muchas cosas.

Nicolás no faltó, y entonces supo todo lo que habia pasado la víspera, con lo relativo á la cita para aquella tarde.

Pero para seguir mejor los acontecimientos, nos es pre-

ciso volver atrás para ver lo que hizo Rodolfo, luego que huyó de la casa de los Cheeryble.

Dejemos aquí á Nicolás algo tranquilizado viéndoles tomar con él su aire de bondad habitual, bien que el jóven creyera entrever no sé qué de extraordinario que tenia visos de incertidumbre y turbacion.

CAPÍTULO XXX.

De cómo Rodolfo da una última cita y no falta á ella.

Rodolfo Nickleby se deslizó, pues, á tientas fuera de la casa de los hermanos Cheeryble, esquivándose como un ladron.

Una vez ya en la calle comenzó á andar con las manos por delante como un ciego que busca su camino, y mirando con frecuencia por encima del hombro, como si fuera perseguido en imaginacion ó en realidad por algun indiscreto cuyas preguntas importunan y quiere retener á la fuerza.

De este modo volvió la espalda á la *city* y se dirigió á su casa.

La noche era sombría y el viento fuerte y frio empujaba rápidamente las nubes; pero habia una densamente negra, una masa lúgubre, que parecia seguir á Rodolfo. En vez de mezclarse en el vuelo impetuoso de las otras, esta nube negra se arrastraba tristemente detrás de ellas, deslizándose mas bien que corriendo como una sombra furtiva.

Rodolfo se volvia con frecuencia á mirarla, y mas de una vez hubo de pararse para dejarla pasar adelante; pero por mas que hacia, cada vez que continuaba su camino, la sombra negra se hallaba detrás de él avanzando lenta y lúgubremente como un entierro.

Rodolfo tenia que pasar por un cementerio; un mal terreno elevado solamente algunos piés sobre el nivel de la calle, de la que solo estaba separado por una especie de parapeto muy bajo y coronado con una verja de hierro; lugar

fétido, mal sano, repugnante, donde hasta la yerba parecia decir con sus mezquinas hojas que no tenia mas jugo que el de los cuerpos allí enterrados, hundiendo sus raices en los ataudes de los miserables acostumbrados á podrirse en vida en sitios húmedos y en albergues de famélicos borrachos.

Aquí yacen, puede muy bien decirse, aquí yacen esos muertos de última clase, separados de los vivos por un puñado de tierra y cuatro tablas, unidos, juntos unos con otros hasta tocarse, asociando la corrupcion de sus cadáveres, como en otro tiempo la corrupcion de sus almas..... una verdadera canalla de muertos. Aquí yace la muerte al lado de la vida, á algunas pulgadas solamente de la multitud que los aplasta á su paso. Aquí yace la modesta familia de los difuntos, mis queridos hermanos, como les llamaba el cura gordo y colorado que los despachó cuando se les diera tierra.

Al pasar por allí, Rodolfo se acordó de que en otro tiempo habia sido llamado á juzgar como jurado el cadáver de un hombre que se habia degollado y que habian enterrado en este cementerio.

Él no podia explicarse porqué le ocurria este recuerdo por la primera vez, cuando habia pasado tantas veces por allí sin pensar en ello, ni menos porqué tomaba en ello el menor interés. Pero el hecho era que lo tomaba por el momento.

Detúvose, pues, allí, y agarrándose á los barrotes de hierro de la verja, se puso á mirar con avidez á través de ellos procurando descubrir su sepultura.

Mientras que estaba así ocupado mirando con esta avidez, vió venir hácia él una turba de borrachos, cantando, gritando, riendo, con gran algarabía, y seguidos de otras personas que les reprendian y excitaban á volver á sus casas tranquilamente.

Pero ellos traian muy buen humor, y uno de la turba, un maldito jorobado, se puso á bailar. Su aire fantástico y grotesco excitaba la risa de los demás. El mismo Rodolfo se contagió de aquella hilaridad y unió sus carcajadas á las de

un hombre que estaba cerca de él y se volvió para mirarle á la cara.

Por fin la turba pasó, Rodolfo quedó solo y volvió á su exámen mortuorio con mayor interés, recordando ahora que el último testigo de aquella causa, que habia visto al desdichado antes de suicidarse, declaró que estaba muy alegre cuando se separó de él, disposicion de ánimo que dejó sorprendidos á los jurados, incluso el mismo Rodolfo.

A fuerza de buscar con los ojos en aquel conjunto de tumbas el sitio en que yacia el suicidado, su memoria le representó vivamente la imágen del mismo personaje, sus rasgos, las circunstancias que le habian conducido á la desesperacion, recuerdos todos que le agradaban sobre manera.

Y tanto hubo de encariñarse con este asunto, que al retirarse de allí se llevó la impresion fresca y profunda, absolutamente lo mismo que en su infancia recordaba haber sido mucho tiempo perseguido por la imágen de un mamarracho que habia visto pintado en una puerta.

Sin embargo, á medida que se acercaba á su casa, la impresion se fué borrando y comenzó á pensar en la triste soledad que iba á encontrar en su morada.

Este sentimiento embargó de tal modo su alma que cuando llegó á la puerta, hubo de vacilar en abrirla.

Con todo eso se decidió y abrió; pero al cerrarla por dentro, le pareció que ponia la última barrera entre el mundo y él.

Toda la casa estaba á oscuras. ¡Qué triste, qué frio, qué horrible le pareció todo!

Temblando de piés á cabeza subió á tientas al aposento en que ya le vimos tan turbado. Habia hecho propósito de no pensar en lo que acababa de suceder antes de entrar en su casa. Una vez ya en ella, era preciso pensar.

¡Su hijo único!

Rodolfo no tenia la mas ligera duda sobre la exactitud de lo que habia revelado Brooker: sentia que era verdad, reconocia todos sus detalles como auténticos é innegables.

¡Su hijo único! ¡Y habia muerto! ¡Y muerto en los brazos

de Nicolás, mirándole como su ángel protector, amoroso y tierno!

Hé aquí lo que no podia soportar.

Todo el mundo acaba de volverle la espalda y abandonarle en el momento en que tenia mas necesidad de apoyo. Ni su dinero tenia ninguna atraccion para ellos, los que le habian abandonado. Y despues el jóven lord muerto en desafío por defender el honor de su sobrina, comprometido por él mismo, y su pérfido amigo fuera del alcance de la justicia, y sus trescientos mil francos perdidos de un solo golpe, y su proyecto con Gride destruido en el momento del éxito, y sus otras maquinaciones descubiertas, y su seguridad personal comprometida, y su hijo muerto y maldiciendo al morir á su perseguidor que era su padre y bendiciendo á Nicolás, su mas odiado enemigo!... Todo se derrumbaba á la vez y le derribaba en el polvo aplastándole ruidosamente bajo sus ruinas.

Aun cuando hubiera sabido que su hijo estaba vivo; aun cuando la astucia infernal de Brooker no le hubiera impedido verle crecer en su casa, bajo su techo, á sus propios ojos, el avaro conocia que, segun toda apariencia, no hubiera sido nunca un padre tierno y solícito, sino indiferente y duro.

Pero tambien le ocurria la idea de que acaso hubiera cambiado, de que acaso su hijo le hubiera hecho gustar las dulzuras de la familia, de que acaso hubieran sido los dos felices viviendo juntos, y comenzaba á creer que la supuesta muerte de su hijo y la fuga de su mujer habian podido contribuir á hacerle seco y duro como era. Creia recordar un tiempo en que estaba léjos de ser tan indiferente y no estaba léjos de pensar que lo que le habia hecho al principio odiar á Nicolás fué verle jóven y brillante como el seductor que arrebatándole á su esposa, habia traido á su casa el deshonor y destruido sus primeros sueños de fortuna.

Pero ¿qué era un pensamiento de ternura ó un pesar de puro instinto en el turbion de su cólera y remordimientos? Una simple gota de agua en un mar alborotado.

Su odio contra Nicolás se habia aumentado ante su propia derrota. ¡Qué de razones para llevarlo á su paroxismo, hasta una verdadera locura!

¡Cómo! ¡Nicolás, solo él, habia sido la tabla de salvacion de su mísero hijo, del hijo de Rodolfo Nickleby! él habia sido su protector, su amigo fiel! él le habia hecho conocer la ternura y amor de que habia estado privado desde su nacimiento! él le habia enseñado á odiar á su propio padre, á execrar hasta su nombre! Y despues de todo y como consecuencia de todo, él, solo él, saboreaba el recuerdo y la dicha de todo esto, en medio de su triunfo insolente, miéntras que el corazon del usurero no podia ya nutrirse mas que de hiel y veneno!

El recíproco afecto del moribundo y de Nicolás abrazados en aquella hora suprema, era para él una insoportable agonía. El cuadro de su lecho de muerte, de Nicolás á su cabecera, cuidándole, sirviéndole, mientras que el otro le daba las gracias con su voz apagada y exhalaba en sus brazos el último suspiro, cuando al contrario el padre habria halagado el deseo de hacerlos mortales enemigos infiltrando en el corazon de su hijo su odio inextinguible; este cuadro le daba ataques de frenesí, y en este estado rechinaba los dientes, agitaba los brazos en el vacío, miraba á su alrededor con ojos extraviados en medio de las tinieblas.

—Esto es hecho, exclamaba; estoy arruinado, aplastado, perdido. El miserable tenia razon. *El dia declina, la noche comienza.* Pero ¿no hay medio de arrebatarles su triunfo, de arrostrar su piedad, su cruel compasion? ¿No vendrá en mi ayuda el diablo?

Al punto mismo, la imágen que habia evocado aquella noche al pasar por el cementerio vino á atormentar su cabeza. Rodolfo la veia allí delante de él: tenia la cabeza cubierta, tal como habia visto al suicidado la primera vez, y los piés rígidos, tiesos, marmóreos. Despues veia á los parientes del difunto venir temblando á referir el hecho al jurado y oia los gritos de dolor de las mujeres, y se le representaba el triste silencio de los hombres, la consternacion,

la turbacion, la victoria ganada sobre el mundo por un puñado de barro, que á una vuelta de mano habia acabado con su vida y dejado tras de sí todo este bullicio.

El usurero no dijo una palabra; pero despues de un momento salió de la estancia, trepó á tientas la escalera, subió á lo alto, á todo lo alto hasta el desvan, se encerró en él y se detuvo.

No era mas que una buhardilla. Sin embargo, aun se veia allí un camastro viejo, el mismo en que habia dormido su hijo, pues nunca habia habido allí otro.

El padre se retiró vivamente por no verlo y fué á sentarse lo mas léjos de allí que pudo.

El tenue resplandor de los faroles de la calle penetraba por la desnuda ventana lo bastante para dejar ver el aspecto general de aquel lugar desmantelado, sin aclarar distintamente los objetos que habia allí en confusion, como cajas viejas atadas con cuerdas y muebles rotos. El techo era de tablas, alto por una parte y bajo por otra hasta descender gradualmente al nivel del suelo.

Hácia la parte mas alta fué adonde Rodolfo dirigió su vista, y despues de tenerla fija allí algunos minutos, se levantó, arrastró un cofre viejo que le habia servido de asiento, subió encima, palpó con ambas manos la pared por encima de su cabeza y acabó por encontrar lo que buscaba: un grueso clavo de gancho fijo fuertemente en un madero.

En aquel mismo instante fué interrumpido por un gran golpe de llamador dado á la puerta de la calle.

Despues de un momento de vacilacion, abrió la ventana y preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Deseo hablar con M. Nickleby, contestó el de abajo.

—¿Para qué lo quereis?

—Dadle el recado.

—Yo soy.

—No reconozco su voz, replicó el otro.

Y en efecto su voz no era la misma, aunque era el mismo Nickleby el que hablaba.

—Os engañais: soy yo, repito.

—Vengo de parte de los hermanos Cheeryble para saber qué quereis que se haga con el hombre que habeis visto allá esta noche. Aunque ya es media noche, han creido conveniente enviarme á preguntároslo para no hacer nada contra vuestra voluntad.

—Que se le retenga hasta mañana, contestó Rodolfo, y mañana que se le traiga aquí con mi sobrino; que vengan tambien los hermanos Cheeryble, en la seguridad de que estaré dispuesto á recibirlos.

—¿A qué hora?

—A la hora que quieran, contestó Rodolfo con rabia; al medio dia, si les viene bien, no importa la hora ni el minuto; me es indiferente.

El usurero escuchó al hombre partir hasta que dejó de oir sus pasos.

Entonces miró al cielo y creyó ver aquella misma nube negra que le habia seguido hasta su casa y que parecia detenida encima de ella.

—Comprendo, murmuró siniestramente. ¡Bien está! Todas estas noches de insomnio, esos sueños, esos terrores recientes, todo ello se explica por eso que es la clave del enigma. ¡Ah! Si fuera verdad que un hombre puede vender su alma por obtener la potestad de hacer lo que quiere durante un solo minuto, ¡cuán barata venderia yo la mia!

El viento trajo á su oido el son de una campana.

—¡Bah! exclamó el usurero, continúa mintiendo con tu lengua de hierro. Anuncia alegremente nacimientos, que traen el pesar al corazon de los sobrinos defraudados en sus esperanzas de herencia; anuncia casamientos que llevan la alegría al infierno; anuncia tristemente duelos que alegran á los herederos; llama á la oracion de santos que solo son hipócritas, y sobre todo no dejes de saludar á todo vuelo la vuelta del año nuevo, que abrevia tanto la duracion de este maldito mundo. Yo no tengo necesidad de campana ni de sacristan: que me arrojen á un muladar y en él me dejen podrirme para que tenga á lo menos el placer de infestar el aire.

,Dicho esto, echó al rededor una mirada salvaje, mezcla horrorosa de odio, de desesperacion y frenesí, amenazó al cielo con los puños cerrados, al cielo no menos sombrío ni menos amenazador, y por último cerró la ventana.

La lluvia y el granizo venian á crujir contra los vidrios; la ventana se agitaba y gemia bajo el impulso del viento, como bajo una mano impaciente que hubiera querido abrirla á riesgo de romperla.

Pero nó, no habia mano ninguna allí, y ya no volvió á abrirse.

. . . .

—¡Pardiez! exclamó un vecino, ¿cómo se entiende esto? Esos señores dicen que no pueden conseguir hacer que se les oiga en la casa y que hace dos horas que están perdiendo el tiempo.

—Sin embargo, contestó otro, el viejo volvió anoche á la casa, pues yo le oí hablar bastante tarde desde la ventana del desvan con álguien que estaba en la calle.

Habia allí un pequeño grupo de curiosos reunidos, y oyendo hablar de la ventana, pasaron al otro lado de la calle para mirarla.

Esto fué para ellos motivo para hacer la observacion de que la casa estaba cerrada, tal como el ama de gobierno la habia dejado la noche anterior.

De aquí un gran número de suposiciones, segun el criterio de cada uno.

Dos ó tres de los mas audaces se decidieron al fin á entrar por una ventana de la parte posterior, mientras que los otros esperaban afuera con impaciencia el resultado de sus investigaciones.

Comenzaron por registrar el piso bajo, despues el principal, abriendo en una y otra parte las ventanas para que entrara la luz.

No encontrando á nadie y viéndolo todo en órden, vacilaron en llevar adelante su registro.

Sin embargo, á la observacion hecha por uno de ellos de que aun no habian subido al desvan, donde el viejo estaba

la última vez que álguien habló con él, determinaron registrarlo tambien, y subieron callando y despacio, porque el misterioso silencio que reinaba en toda la casa les hacia tímidos.

Despues de haberse detenido un momento en la última meseta de la escalera se miraron unos á otros con cierta indecision.

El primero que habia propuesto continuar el registro, mas resuelto que los otros, empujó la puerta, asomó la cabeza y retrocedió al momento.

—¡Es singular! exclamó hablando en voz baja: está oculto aquí detrás de la puerta.

Los otros se apresuraron á observar, y el mas avisado, dando un grito, saca su cuchillo, se precipita en medio del desvan, corta la cuerda y recibe el cadáver del usurero.

En efecto, Rodolfo Nickleby habia tomado una cuerda de las cajas viejas que allí habia y se habia colgado del gancho de hierro inmediatamente debajo de la buharda, en aquel mismo sitio que habia atraido tantas veces catorce años antes las miradas de su espantado hijo, pobre criatura abandonada y enfermiza, entregada á todos los terrores de la infancia.

CAPÍTULO XXXI.

Los hermanos Cheeryble hacen toda clase de declaraciones en nombre propio y ajeno. Timoteo no hace mas que una, pero es por su propia cuenta.

Algunas semanas se habian pasado, y el primer choque de estos acontecimientos comenzaba á amortiguarse. Magdalena habia sido retirada de la casa de la viuda Nickleby; Frank habia dejado de ir á ella; Nicolás y Catalina se habian dado sériamente á sus tareas para ver de calmar sus pesares, con el propósito de no vivir mas que uno para otro y los dos para su madre, mucho menos resignada que ellos á estos cambios imprevistos, cuando una noche se

presentó Tim Linkinwater encargado por los hermanos Cheeryble de convidarles á comer para el dia siguiente.

La invitacion no se dirigia solamente á la viuda y sus dos hijos Nicolás y Catalina, sino que comprendia tambien á miss Creevy, cuyo nombre hubo de especificar Timoteo de una manera muy particular.

—Ahora bien, hijos mios, dijo la viuda luego que volvió á casa de los hermanos el encargado de este mensaje, recibido con todo el honor que merecia; ¿qué pensais de esto?

—Y vos, madre, preguntó Nicolás en vez de contestar, ¿qué pensais vos misma?

—Mi querido Nicolás, te lo repitó, repuso la madre con aire de misterio impenetrable, ¿qué significa esta invitacion de los hermanos? ¿Qué intencion, qué objeto se proponen?

—Yo, contestó Nicolás, yo deduzco de aquí que se han propuesto simplemente complacernos haciéndonos este obsequio.

—¡Magnífica deduccion!

—Mi querida madre, confieso que hasta ahora no he podido llevar mas léjos mi penetracion.

—Entonces voy á deciros yo lo que alcanzo, dijo la viuda. Digo, pues, que esta comida será seguida de alguna cosa.

—De un té sin duda ó acaso de la cena, repuso Nicolás sonriendo.

—¡Bah! No digas necedades, Nicolás, replicó la viuda con cierta dignidad: eso no es conveniente y á tí te está peor que á cualquiera otro. Yo tengo para mi que esto significa mas de lo que parece, pues esos señores no nos invitarian con tanta ceremonia, si no fuera para alguna cosa. No hay que dudarlo; ya lo vereis. Yo sé que basta que yo diga alguna cosa para que vosotros no lo creais. Pues bien, esperad un poco: no os digo mas que esto. No puedo hacer nada mejor para evitar cuestiones: esperad un poco: ya lo vereis. Pero he de haceros una advertencia importante: recordad bien que os lo he dicho; no vayais luego á decir que no os lo dije. No lo extrañaria, porque vosotros... pero en fin, ahora os lo advierto con tiempo.

Despues de haber estipulado así su derecho, la señora

Nickleby, que tenia siempre turbado el espíritu, así de noche como de dia, por la aparicion de un expreso corriendo á galope tendido para anunciar á su hijo de parte de sus patronos que le habian por fin asociado á su casa, abandonó este asunto para pasar á otro.

—Pero es una cosa extraordinaria, muy extraordinaria en verdad, dijo la viuda, que hayan convidado tambien con mencion tan honorífica á miss Creevy. Es cosa que me admira sobremanera. Por lo demás, me alegro mucho de que hayan contado con ella, y no dudo de que se presente y alterne bien, como siempre. Es un placer para nosotros pensar que hemos podido procurarle el honor de ser introducida en semejante sociedad. Yo me alegro mucho, estoy muy satisfecha de ello, porque seguramente es una persona excelente y de muy buen tono. Sin embargo, quisiera que se le dijera en buena amistad que no se pusiera el gorro de una manera tan cómica, ni hiciera tantas reverencias supérfluas. Pero naturalmente, esto seria imposible, y al fin si le agrada ir ridícula, nadie puede disputarle este derecho. Jamás se conoce una á sí misma: esto ha sido siempre y siempre será. Con que no hay mas remedio que dejarlo.

Esta reflexion moral, recordándole la necesidad de hacer algunos gastos para el caso, aunque no fuera mas que por corregir el mal efecto que habia de producir la Creevy con su ridícula elegancia, la madre entró en consejo con su hija acerca de cintas, guantes y demás requisitos de tocador; cuestion complicada cuya gran importancia dió muy luego de lado á los demás asuntos que podian llamarse secundarios.

El gran dia llegó. La viuda Nickleby se puso en manos de su hija una hora despues de almorzar, y concluida su tarea de tocador á todo su gusto, dejó á Catalina libre para componerse á su vez.

La tarea de Catalina no fué larga, pues todo su adorno era sencillez, y sin embargo, hubo de componerse con tanto gusto, que nunca habia estado mas elegante ni tampoco mas hermosa.

Miss Creevy por su parte, llegó con dos cajas de carton,

cuyo fondo, entre paréntesis, cayó al suelo al salir ella del ómnibus, y otra cosa envuelta cuidadosamente en un periódico, sobre cuyo paquete habia tenido la torpeza de sentarse un pasajero bastante voluminoso. Gran trabajo hubo de costarle reparar el daño, pero al fin lo reparó ella que era tan habilidosa.

Ya están tódas vestidas de gran gala. Nicolás vino á buscarlas en un carruaje dispuesto exprofeso por los señores Cheeryble. La viuda, sin embargo, se devanaba los sesos para adivinar lo que se les daria de comer, y fatigaba á Nicolás con pregunta sobre pregunta acerca de lo que él habia podido saber por la mañana, como, por ejemplo, si el olor de la cocina le habia revelado alguna cosa extraordinaria.

Y la buena señora taraceaba sus preguntas con preciosas reminiscencias de las comidas á que habia asistido veinte años atrás, como quien dice ayer tarde, detallando todos los pormenores de la mesa, sin olvidar los nombres de todos los comensales, bien que tuviera el sentimiento de hablar con sordos, porque ni Nicolás ni Catalina ni siquiera la Creevy tenian el honor de conocer á ninguno de ellos. ¡Lamentable ignorancia!

El viejo mayordomo les recibió con el mayor respeto y sonrisas de satisfaccion, introduciéndoles en la sala donde los hermanos Cheeryble les hicieron una acogida tan afable y cordial, que la viuda Nickleby en su embarazo estuvo por olvidar á miss Creevy, cuya presentacion debia hacer y en efecto hizo al fin en toda regla.

Catalina se impresionó mas aun ante esta recepcion, porque sabia que los hermanos estaban enterados de todo lo que habia pasado entre ella y Frank, posicion embarazosa cuya delicadeza sentia. Así, su brazo temblaba sobre el de Nicolás, cuando el hermano Cárlos le ofreció el suyo para conducirla á su asiento.

—¿No habeis visto á Magdalena, mi querida Catalina, desde que salió de vuestra casa? le preguntó cariñosamente el buen viejo sonriendo.

—Nó señor, contestó Catalina.

—¿Ni habeis oido hablar de ella tampoco? ¡Es posible! ¿Ni siquiera os ha enviado noticias suyas, siendo como sois tan amigas?

—Solamente una vez me ha escrito, contestó Catalina con cierto pesar. Jamás hubiera creido que me olvidara tan pronto.

—¡Ah! ¡Pobre Catalina! dijo el hermano Cárlos con la misma ternura que hubiera mostrado para una hija querida. ¡Pobre niña!

Y añadió dirigiéndose á su hermano:

—¿Qué dices tú de esto, Ned? Magdalena no le ha escrito mas que una vez, ¡una vez sola! y Catalina se queja diciendo con mucha razon que jamás hubiera creido la olvidara tan pronto.

—En efecto, contestó el hermano Ned, Catalina se queja con mucha razon.

Los dos hermanos cambiaron una ojeada, y mirando un momento á Catalina sin decir palabra, se dieron un apreton de manos y se hicieron señas con la cabeza, como si se felicitaran mutuamente de alguna particularidad secreta que les llenara de placer.

—Ea, dijo Cárlos, Catalina, pasad á aquella habitacion, y ved si encontrais allí alguna otra carta de Magdalena. Si la encontrais, no teneis que daros prisa en leerla; podeis tomaros todo el tiempo que querais, pues no hemos de comer todavía. Tiempo teneis para volver; no os deis prisa.

Catalina fué á la habitacion indicada, accediendo con mucho gusto á la invitacion, y el hermano Cárlos siguió con la vista su graciosa persona.

Luego se volvió hácia la viuda diciéndole:

—Nos hemos tomado la libertad de invitaros con una hora de anticipacion, porque queremos hablaros de cierto asunto en este intermedio. Ned, tú quedas encargado de decir á la señora Nickleby lo que tenemos convenido. Nicolás, ¿quereis hacerme el obsequio de venir conmigo allá adentro?

Sin otra explicacion dejó en la sala á la viuda, á la Creevy y á su hermano Ned, y partió á su gabinete con Nicolás,

quien se sorprendió agradablemente de encontrar en él á Frank, suponiéndole ausente de Londres.

—Ea, muchachos, dijo el bondadoso viejo; á darse un apreton de manos.

—A fe mia, contestó Nicolás tendiendo la suya, no me haré yo de rogar para eso.

—Ni yo tampoco, añadió Frank, estrechándosela con la mayor cordialidad.

El viejo Cárlos mirándolos con placer, decia para sí que era imposible ver juntos dos jóvenes mas apuestos, y permaneció algun tiempo contemplándoles en silencio.

Despues les dijo tomando asiento en su escritorio:

—Deseo veros siempre amigos, íntimos y verdaderos amigos, y sin esta seguridad, no sé si tendria valor para deciros lo que vais á oir. Frank, siéntate aquí á este lado y vos, Nicolás, aquí á este otro.

Los dos jóvenes tomaron asiento uno á un lado y otro á otro de M. Cárlos, quien sacando de su escritorio un papel, lo desplegó diciendo:

—Hé aquí una copia del testamento del abuelo materno de Magdalena, por el cual le lega la suma de trescientos mil francos, pagaderos en la época de su mayoridad ó de su casamiento. Parece ser que aquel buen señor, disgustado con ella, su única parienta, porque no habia querido, á pesar de sus repetidas instancias, ir á ponerse bajo su proteccion separándose de su padre, hizo primeramente un testamento para asegurar esta suma, es decir todos sus bienes, á un establecimiento de beneficencia. Pero hubo de arrepentirse luego de esta determinacion, porque tres semanas despues hizo este otro testamento que fué sustraido fraudulentamente á la hora de su muerte, quedando el primero en toda su validez. Desde que este documento cayó en nuestro poder, comenzamos á hacer gestiones amistosas, que ahora han terminado, y como su autenticidad es incuestionable, y hemos podido además encontrar testigos, la herencia ha sido restituida, y en su consecuencia, Magdalena entra en el goce de sus derechos y es ó será en la época de su casamiento ó mayoridad dueña de su fortuna. ¿Me habeis comprendido?

—Ciertamente, contestó Frank.

Nicolás, que no osaba decir una palabra temiendo que el timbre de su voz revelara su debilidad, inclinó solamente la cabeza en señal de asentimiento.

M. Cárlos continuó diciendo:

—Tú mismo te encargaste de recobrar este título, Frank. La fortuna no es considerable, pero nos interesamos por Magdalena, y por módicos que sean sus bienes, quisiéramos verte unido á ella mas bien que con cualquiera otra que tuviera triple dote. ¿Te convendria, pues, sobrino, solicitar la mano de miss Magdalena Bray?

—Nó señor, contestó resueltamente Frank. Cuando yo me ocupaba en prestarle ese servicio, la creia ya comprometida de corazon con una persona que tiene todos los títulos del mundo á su reconocimiento, y si no me engaño á su amor; títulos que nadie podria disputarle. Temo haber juzgado ligeramente en este asunto, pero...

—Como acostumbras juzgar siempre, repuso su tio olvidando su aire de dignidad prestada. Siempre, siempre has de ser tan ligero, sobrino. ¿Cómo has podido creer que te dejáramos tomar estado por interés, pudiendo casarte por amor con una jóven amable y bella, que es un modelo de virtud? Y ¿cómo has tenido atrevimiento para ir á hacerle la córte á la hermana de Nicolás sin comunicarnos tus intenciones y sin encargarnos de hacer tu declaracion?

—Yo no osaba esperar...

—¡Ah! ¡No osabas esperar!... Pues doble razon para no prescindir de nuestra mediacion. Nicolás, amigo mio, tengo la satisfaccion de deciros que Frank, ordinariamente tan ligero en sus juicios, no se ha engañado sin embargo esta vez, por casualidad. En este asunto ha juzgado con acierto: el corazon de Magdalena está en efecto comprometido. Dadme esa mano; sí, está comprometido con vos, y á fe que no podia hacer una eleccion mas natural ni mas honrosa. Su pequeña fortuna os pertenece, pero aun os lleva en su persona un tesoro mas precioso que una fortuna cincuenta veces mayor. A vós, Nicolás, es á quien Magda-

lena prefiere, y nosotros sus mejores amigos, le habríamos aconsejado esa preferencia, si hubiera sido necesario.

En cuanto á Frank, repuso el buen viejo henchido de gozo, la preferencia que ha hecho por su parte no es menos digna de nuestro asentimiento y beneplácito, y es preciso que obtenga la mano de vuestra hermana, así hubiera rechazado ella la suya un millon de veces: es preciso y será. Habeis procedido noblemente, M. Nickleby, antes de conocer nuestros sentimientos, pero ahora que los conoceis, debeis hacer lo que se os dice.

Y como para acabar de desvanecer los delicados escrúpulos de Nicolás, añadió el incomparable viejo:

—¡Cómo! ¿no sois hijos de un honorable y digno gentleman? Hubo un tiempo, caballero Nickleby, hubo un tiempo en que mi hermano y yo éramos unos pobres mozos, que íbamos á la ventura y casi descalzos, buscando fortuna. ¿Qué mas somos hoy dia fuera de los años y una posicion mas ventajosa en el mundo? No hemos, pues, cambiado; nó, á Dios gracias. ¡Ah! Ned, Ned, ¡qué dia tan dichoso para tí y para mí! Si nuestra pobre madre viviera aun para vernos ahora, ¡qué alegría para su alma, qué satisfecha, hermano mio, hubiera estado de sus hijos!

Ned, que acababa de entrar con la viuda Nickleby sin que se apercibieran de ello Nicolás ni Frank, contestó al apóstrofe de su hermano corriendo á estrecharle en sus brazos.

—Traedme, dijo despues de un momento de silencio, traedme á mi querida Catalina; tráemela, hermano Ned, quiero verla y abrazarla. Ahora tengo el derecho de hacerlo. Desde la primera vez que vino la hubiera abrazado y me he contenido veinte veces.

Muy luego se presentó Catalina radiante de belleza y de candor.

—Y bien, mi querido colibrí, ¿no habeis encontrado la carta? le preguntó el hermano Cárlos sonriendo con toda la bondad de su corazon.

—Mejor que la carta, contestó puerilmente Catalina; he encontrado á Magdalena.

—¡A Magdalena!

Y el bueno de M. Cárlos se echó á reir deliciosamente.

—Que estaba allí esperándoos sin duda, ¿eh?

—Sí señor.

—¿Veis, hija mia, como la pobre muchacha no habia olvidado á su buena amiga, á su solícita enfermera, á su íntima y simpática compañera? Pero dejad, dejad que os dé un abrazo muy estrecho: esto es lo principal.

—¡Cárlos! ¡Cárlos! exclamó Ned de buen humor, deja á Catalina, que vas á poner á Frank rabioso como un tigre, y seria menester que os batierais antes de comer.

—En ese caso que se la lléve; soy hombre de paz. Magdalena está esperando allá afuera. Vayan allá todos los enamorados dejándonos tranquilos á nosotros. Ned, llévalos tú y déjalos que hablen algo que tienen que decirse. Id, id con Dios.

El hermano Cárlos condujo hasta la puerta á Catalina despidiéndola con un beso paternal.

Frank no esperó allí á que se lo dijeran dos veces, siguiendo anhelosamente las huellas de su amada.

En cuanto á Nicolás, él fué quien rompió la marcha.

Solo quedaron allí la viuda y la Creevy que sollozaban á quien mas podia, los dos hermanos Cheeryble y Tim Linkinwater que con su redonda cara alegre y sonriente andaba á las vueltas estrechando las manos de todos.

—Ahòra bien, Timoteo, dijo el hermano Cárlos, que tenia siempre la palabra en la boca; hé aquí contentos y felices á todos esos jóvenes.

—No habeis tenido palabra, refunfuñó Timoteo. No les habeis hecho padecer tanto tiempo como os habiais propuesto. Segun dijisteis, debiais retener en vuestro gabinete no sé cuántas horas á Frank y á Nicolás, y decirles no sé cuántas cosas antes de llegar al hecho. Ya veis cómo os ha faltado.....

—¡Háse visto nunca hombre mas pícaro que este Timoteo! exclamó el viejo Cárlos dando cierta seriedad á su buen humor. Yo te lo pregunto, Ned. ¿Tiene semejante este perillan? Pues no viene á acusarme de impaciencia, ¡él, que no ha cesado de importunarnos desde por la mañana hasta

la noche, queriendo encender la mecha y aun ir á aplicarla allá, antes de que tuviéramos dispuestas todas nuestras baterías, ni arreglado nuestro plan! ¡Ah, traidor!

—Tienes mucha razon, Cárlos, contestó Ned en el mismo tono. Timoteo es un traidor. Pero ¿qué quieres? la juventud...

—Ciertamente, la juventud le hace ser lo que es: un hombre sin carácter, sin formalidad.

—Y ¿qué quieres, Cárlos? Cuando entre mas en años, cuando se le haya pasado todo ese ardor juvenil, ¿quién sabe si no vendrá á ser un miembro respetable de la sociedad?

Acostumbrados como estaban á esta clase de bromas á expensas de Timoteo, se reian los tres con la mayor satisfaccion, y hubieran continuado riendo mucho tiempo, si los hermanos apercibiéndose de que la pobre viuda Nickleby no podia ya mas, estaba literalmente abrumada de felicidad, no la hubieran tomado del brazo para llevársela fuera, bajo el pretexto de tener que consultar con ella asuntos de importancia para todos.

Ya sabemos que Tim Linkinwater y miss Creevy se habian encontrado juntos muchas veces, y que siempre habian mantenido una conversacion agradable, y sobre todo, animada, como dos buenos amigos: era, pues, lo mas natural del mundo que, viéndola llorar, procurara solícitamente consolarla.

La Creevy estaba sentada en un gran divan de forma antigua, donde habia además sitio para otras dos personas: era tambien natural que Timoteo tomara asiento á su lado.

Y si Timoteo en un gran dia de fiesta como aquel se mostraba mas despabilado que los demás dias y vestido tambien con cierta elegancia, ¿qué cosa mas natural?

Timoteo estaba, pues, sentado al lado de la Creevy con las piernas cruzadas una sobre otra, de manera que la punta de su pié, pequeño en verdad y muy bien calzado, daba (hablamos en sentido figurado) daba en los ojos de su vecina, cuando le dijo para calmarla:

—No lloreis.

—No puedo remediarlo.

—No lloreis, os lo ruego, miss Creevy; os lo ruego, no lloreis mas.

—¡Soy tan feliz en este momento! exclamó ella sollozando ahora mas aun.

—Entonces es ocasion de reir, replicó Timoteo; reid, no lloreis; reid mas bien.

Jamás ha podido saberse lo que hacia por allí el brazo de Timoteo; pero se dió un golpe en el codo contra la ventana al otro lado de miss Creevy: es evidente que allí no tenia nada que hacer.

—Reid, pues, repitió Linkinwater, ó vais á hacer que llore yo tambien.

—Y ¿por qué habiais de llorar vos? le preguntó la otra sonriendo.

—Porque yo soy feliz tambien; no lo soy menos que vos y quiero hacer lo que vos.

A buen seguro no habia hombre que se meneara mas que Timoteo en aquel momento. Volvió á darse otro golpe en el codo contra la misma ventana, y la Creevy le preguntó si habia hecho voto de romper los cristales.

—Yo me complacia en pensar con anticipacion en la grata sorpresa que os causaria este golpe de efecto, dijo Timoteo mas tranquilo.

—Os agradezco mucho que hayais pensado en mí y en verdad no os habeis engañado. Nada del mundo me hubiera causado tanto placer, puedo asegurarlo.

Y ¿por qué miss Creevy y Timoteo se decian todo esto en voz baja? Aquí no habia ningun misterio sin embargo. ¿Por qué miraba Timoteo tan obstinadamente á la Creevy y la Creevy miraba tan obstinadamente al suelo?

—¡Cuán agradable es para personas como nosotros, que hemos pasado toda nuestra vida solos en el mundo, ver unirse jóvenes que amamos con tantos años de felicidad delante de ellos!

—¡Oh! sí, contestó la Creevy, es verdad.

—Aunque esto, sin embargo, haga sentir mas el vacío de una existencia solitaria y como desterrada del mundo, ¿no es verdad? preguntó Timoteo.

La Creevy contestó que no sabia.

¿Por qué contestó la Creevy que no sabia? Bien debia ella saber si era verdadero ó falso lo que afirmara el solteron Timoteo.

Este continuó diciendo:

—Me parece que esto deberia darnos deseos de casarnos todos. ¿Qué os parece?

—¡Qué locura! exclamó la Creevy. ¿No somos demasiado viejos para eso?

—Nó á fe mia. Somos demasiado viejos para permanecer en el celibato. ¿Por qué no habíamos de casarnos los dos en vez de estar solos todo lo largo del invierno en nuestro hogar respectivo? Podríamos hacer la economía de una chimenea casando nuestros dos fuegos.

—Os burlais de mí, M. Linkinwater.

—De ninguna manera; todo al contrario, miss Creevy, si quereis, yo por mi parte estoy dispuesto: con que vamos, dadme el *sí* y ya está hecho.

—Se reirian de nosotros las gentes.

—Dejadlas reirse, dijo Timoteo con voz ronca: nosotros tenemos buen carácter por fortuna y nos reiremos con ellas. ¡Cuántas veces no hemos reido juntos y de muy buena gana desde que nos conocemos!

—Eso sí, es verdad, contestó la Creevy, dispuesta á ceder, á lo que pareció á Timoteo, el cual continuó diciendo:

—Es el tiempo mas feliz que he pasado en toda mi vida, á lo menos léjos de los negocios de los hermanos Cheeryble. Ea, pues, amiga mia, decidme de una vez que aceptais y...

—Nó, nó; no hay que pensar en eso. ¿Qué dirian esos señores?

—¿Qué señores?

—Vuestros principales.

—Pero, á Dios gracias, hija mia, dijo en su inocencia Timoteo, me parece que es este un asunto en que puedo yo pensar sin pedirles consejo. Además, ¿creeis que si se nos ha dejado aquí solos, ha sido con otro objeto?

—No podria ya nunca mirarles á la cara, objetó aun la Creevy, resistiendo ya apenas.

—¡Bah! ¡bah! exclamó Timoteo, fuera de escrúpulos. Haremos una pareja muy feliz; viviremos en esta misma casa, donde hace cuarenta y cuatro años que yo vivo; iremos juntos á la misma iglesia adonde no he dejado de ir un domingo en todo ese tiempo; tendremos á la mano todos mis antiguos conocimientos, Dick, el pórtico, la bomba, las macetas, los hijos de M. Frank y los de M. Nickleby, á quienes serviremos de abuelos. Seamos esta dichosa pareja, solícitos el uno por el otro. Y si nos acontece quedarnos sordos, ó ciegos, ó perláticos, ¿no será un consuelo tener personas á quienes amamos, para que vengan á acompañarnos y á hablar con nosotros? Seamos esta dichosa pareja; os lo ruego, mi querida amiga.

Cinco minutos despues de esta honesta y directa proposicion, miss Creevy y Timoteo charlaban á sus anchas como si estuvieran casados veinte años atrás sin haber tenido nunca un disgusto.

Luego cuando la Creevy pasó á la sala, despues de ver al espejo si tenia los ojos colorados y el peinado en regla, decia Timoteo siguiéndola con paso majestuoso y con toda sinceridad y conviccion:

—No hay en toda la ciudad de Londres una mujer como esta; nó, no la hay.

Entretanto el mayordomo de cara apoplética no sabia qué hacer, viendo que se diferia tanto tiempo la comida sin habérselo prevenido.

Nicolás, cuyas ocupaciones podrán fácilmente adivinar nuestros lectores, recordando cuántas cosas tenia que decir á Magdalena, bajó corriendo las escaleras, dócil al llamamiento del fiel servidor. Pero allí encontró una nueva sorpresa, que acabó de colmar su dicha.

En uno de los corredores hubo de ver un forastero vestido elegantemente de negro, que se dirigia tambien hácia el comedor.

Como el gentleman renqueaba un poco y andaba con majestuosa lentitud, Nicolás contuvo el paso y le seguia de

cerca preguntándose quién podia ser aquel señor, cuando este se volvió de repente.

—¡Newman! ¡Newman Noggs! exclamó Nicolás abrazándole afectuosamente.

—Sí, vuestro viejo y verdadero y fiel amigo. Mi querido Nicolás, os felicito con toda mi alma en este dia y os deseo para siempre salud, alegría, dicha, todo lo que mereceis. ¡Cuánto me alegro de veros así! Pero es muy fuerte para mí esta grata impresion, y ya lo veis, amigo mio, soy débil como un niño.

En efecto, como un niño lloraba el viejo Newman.

—Pero ¿qué ha sido de vos, qué habeis hecho todo este tiempo? preguntó Nicolás. He preguntado mil veces por vos y siempre me han dado la misma contestacion: que ya oiria hablar de vos pronto.

—Ya lo sé, ya lo sé, contestó Newman. No estaban ellos menos impacientes que vos, deseando reunirnos á todos en este dichoso dia. Ya les he estrechado la mano. Y ellos..... miradme, mi querido Nick, miradme bien.

—Ya os veo, ya os veo, dijo Nicolás con tono de amistosa reconvencion. De mí nunca habeis querido aceptar eso ni nada.

—¿Qué quereis? En aquella época no sabia yo siquiera cómo estaba, ni habria tenido valor para vestir decentemente. Esto me hubiera recordado lo que fuí, y hubiera sido mas miserable. Pero ahora ya soy otro hombre, mi querido Nick, amigo mio. ¡Ah! estoy tan afectado que ni puedo hablar; no vayais á formar mala opinion de mí porque lloro de este modo. Vos no sabeis, Nicolás, lo que yo siento hoy, no podeis saberlo, no lo sabreis nunca.

Los dos entraron del brazo en el comedor y se sentaron á la mesa juntos.

Jamás desde que el mundo es mundo ha habido comida semejante. Habia allí un jubilado del banco, amigo de Tim Linkinwater; habia tambien una vieja solterona, hermana del mismo Tim. Y la buena vieja tenia tantos miramientos para con la Creevy, y el jubilado del banco estaba tan chis-

toso, y Timoteo tan alegre, y la Creevy tan cómica, que ellos solos bastaban para amenizar la reunion.

Luego aparecia la viuda Nickleby con sus aires de aristocracia y amable condescendencia, y despues Magdalena y Nicolás, los dos con el rubor en la frente, formando una pareja solo comparable á la de Catalina y Frank. ¡Qué orgullosos estaban los dos jóvenes y qué satisfechos de sus preciosas conquistas!

Estas dos bellas parejas no hacian mucho ruido; entre los cuatro solo reinaba ese silencio tímido y tembloroso de la felicidad.

Despues venia Newman Noggs con su alegría inmoderada, que él, sin embargo, creia moderar.

Y finalmente los dos hermanos gemelos radiantes de alegría y felicidad, y cambiando entre sí tales miradas, que el viejo mayordomo estaba traspasado detrás de sus amos, y sentia oscurecérsele los ojos por las lágrimas con grave riesgo de desatender el servicio.

Luego que pasaron los primeros momentos de reserva con que empieza siempre una comida, y cada cual se halló á su gusto, la conversacion se hizo mas general, lo que no hizo sino aumentar la buena armonía y placer de todos.

Los hermanos Cheeryble estaban como extasiados, y su insistencia de cortesía en no dejar levantarse á nadie de la mesa hasta haber hecho sus cumplimientos individualmente á todas las damas, dió ocasion al jubilado del banco para decir tantos donaires y chistes de buen género, que hubo de conquistar en concepto de todos la reputacion del hombre mas decidor del mundo.

Por fin se levantaron de la mesa todos los convidados, una vez ya cumplido el propósito de los hermanos, y se reunieron en el salon.

—Mi querida Catalina, dijo la viuda Nickleby tomando aparte á su hija para decirle algo importante; nó, no puede ser mas que una broma lo que se dice del casamiento de Tim Linkinwater con la Creevy. ¡Cómo ha de ser eso una cosa séria!

—Sí, mamá, es verdad.

—No es posible, hija.

—No lo dudeis, lo sé de fijo.

—¡Dios mio! exclamó la viuda con asombro: en mi vida he visto cosa semejante.

—Y ¿por qué esa extrañeza, mamá?

—¿Eso me preguntas?

—Sí; M. Linkinwater es un excelente sugeto y está muy bien conservado para su edad.

—Él sí, Catalina, contestó la viuda; él sí; nadie tiene nada que decir contra él, á no ser que es el hombre mas débil y ligero que he visto en mi vida. ¡Oh! sí, es un hombre muy ligero, muy ligero. Por lo demás, tienes razon: es un sugeto excelente y muy bien conservado para su edad. Pero ella... ¿dirás que ella está bien conservada para su edad? ¡Qué ligereza de hombre! ¡Ir á ofrecer su mano á una mujer que tendrá... ¡oh! ciertamente, el doble de mi edad! Pero ¡que tenga ella el valor de aceptarla! ¡Qué cosas pasan en el mundo! Catalina, te aseguro que esa mujer me repugna.

Y la viuda sacudió la cabeza con aire por demás significativo, separándose de Catalina.

Y toda la noche, en medio de las expansiones de alegría y gozo que siguieron á la comida y en que la viuda tomó parte, salvo esta excepcion, guardó con la Creevy de quien se conservaba á distancia un aire majestuoso, como para hacerle comprender lo que pensaba de la inconveniencia de su conducta, y declararle sin ficcion ni rodeos su gran desagrado por haberla encontrado en tan grave falta de delicadeza.

CAPÍTULO XXXII.

Donde encontraremos en la peor situacion á un personaje de esta historia. Insurreccion de los alumnos de M. Squeers, que pone fin al ilustre establecimiento de Dothéboys.

Nicolás era uno de esos hombres que no son jamás completamente felices, si no hacen participar de su felicidad á aquellos de sus amigos que tomaron parte en su desgracia.

En medio de todas las seducciones de esperanza y de amor de que estaba rodeado, su corazon suspiraba recordando con cariño al buen John Browdie.

En efecto, no podia recordar su primer encuentro sin una sonrisa, ni su segunda entrevista sin una lágrima. Aun creia ver al pobre Smike con su equipaje al hombro, caminando alegremente á su lado; creia oir aun las buenas y sencillas palabras con que le animara el honrado hijo del Yorkshire al despedirle en el camino de Londres.

Magdalena y él se pusieron muchas veces al escritorio para componer en comun la carta en que querian explicar detalladamente á John su cambio de fortuna, asegurándole otra vez mas el reconocimiento y amistad de Nicolás, pero nunca pudieron llevar á término su empresa. Se ponian á escribir, es verdad, con las mejores intenciones del mundo, pero muy luego se encontraban hablando de otro asunto, y cuando Nicolás se decidió á escribir la carta por sí solo, reconoció que le era imposible expresar la mitad de lo que hubiera querido decirle, y si trazaba algunas líneas en el papel, muy luego tenia que borrarlas encontrándolas frias é insuficientes.

Por fin, fatigado y aun avergonzado de diferir de dia en dia el cumplimiento de un deber, hubo de tomar la resolucion que ya le habia indicado Magdalena, de dar cuanto antes una vuelta por el Yorkshire, presentándose sin mas aviso en casa de Browdie.

En efecto, un dia entre siete y ocho de la noche, Nicolás y Catalina se dirigieron al despacho de diligencias de la *Cabeza del Sarraceno*, con el fin de retener un asiento para Greta-Bridge, en la que habia de salir el dia siguiente por la mañana.

De la *Cabeza del Sarraceno* tenian que ir al cuartel occidental de Londres á comprar algunas cosas para el viaje, y como la noche era apacible tuvieron gusto de ir á pié antes de tomar un carruaje para volver al punto de partida.

La *Cabeza del Sarraceno* suscitaba tantos recuerdos y por otra parte tenia tantas cosas que decir de Frank, y tantas

Nicolás de Magdalena, y los dos se sentian tan felices, tan espontáneos y locuaces, que hacia ya una hora que habian penetrado en ese laberinto de calles entre *Seven-Dials* y *Soho* que no conduce mas que á una gran via de comunicacion, y Nicolás comenzaba á temer que se hubieran extraviado.

Hasta aquí no tenia mas que el temor, pero muy luego tuvo la certeza, pues mirando por todas partes, yendo al extremo de una calle y luego á otro y otro, no pudo encontrar ninguna indicacion que le pusiera en camino conocido, y creyó prudente volver atrás para buscar un paraje de donde pudiera partir con seguridad siquier fuera preguntando.

Era una calle de travesía, por donde no pasaba nadie; nadie tampoco habia en el mostrador del pequeño número de tiendas que habia en ella. En fin, atraido por el débil resplandor de una luz que reflejaba en el fondo de una especie de cueva, Nicolás fué á bajar dos ó tres escalones para preguntar á quien hubiera en el subterráneo, cuando se detuvo oyendo la voz chillona de una mujer colérica.

—No entres, Nicolás, no entres ahí, dijo Catalina, es una riña y de seguro no encontrarias en esa cueva mas que injurias, ó acaso algo peor.

—Espera un instante, contestó Nicolás, pronto nos retiramos, si no hay medios de averiguar nuestro camino.

—¡Holgazan! ¡inútil! ¡animal! gritaba la mujer del subterráneo pateando en el suelo con coraje. Vuelve ese cilindro para la lejía.

—Eso estoy haciendo, vida mia, contestó una voz de hombre; eso estoy haciendo, ¿no lo ves? Le doy vueltas y mas vueltas como un viejo caballo de alquiler en un molino del diablo. Mi vida no es mas que un diabólico círculo vicioso en un perpetuo molino.

—Si esto no te agrada ¿por qué no vas á sentar plaza de soldado? repuso la irritada mujer. Nadie te lo impide, grandísimo gandul.

—¡Soldado! exclamó el otro, ¡soldado! ¿Qué diria mi deliciosa beldad, viéndome vestido de casaca colorada marchando siempre á golpe de tambor? La paloma mia se asus-

taria y con razon de verme hacer el ejercicio de fuego con un fusil de verdad, y despues de todo y sobre todo se daria á mil diablos al ver mi linda cabellera rapada á punta de tijera, y mis patillas, mis seductoras patillas afeitadas á punta de navaja y toda mi persona inmóvil, fija, extática, sin mas resorte que una máquina para volver á la derecha, ó á la izquierda. ¡Qué horror! ¡Soldado! ¡Soldado! ¡Horror! ¡Pavor!

—Mi querido Nicolás, dijo Catalina en voz baja, ¿reconoces esa voz? Es M. Mantalini sin ninguna duda.

—Espera un poco y acabaremos de cerciorarnos, contestó Nicolás. Observa tú por aquí mientras bajo yo á preguntarle dónde estamos y por dónde hemos de ir. Baja uno ó dos escalones sin temor ninguno.

Nicolás la hizo bajar un par de gradas y descendiendo él hasta el fondo, reconoció el lugar y vió una especie de cripta entarimada. Allí en medio de un monton de ropa sucia y entre una porcion de canastos de lavandera, se destacaba un hombre, arremangado hasta los hombros, con un pantalon remendado y un viejo chaleco de colores vivos, procurando calmar el enojo de una laboriosa mujer que no era su legítima esposa, sino la dueña del establecimiento, y haciendo girar al mismo tiempo con todas sus fuerzas el cilindro, cuyo agudo crujir hacia un ruido insoportable.

Era, en efecto, el gracioso, el elegante, el seductor, el deslumbrador Mantalini de otro tiempo, con sus mismas patillas, pero despeinadas y sucias, con su bigote mismo, pero descompuesto, deslustrado, sucio tambien.

—¡Embustero! ¡tramposo! ¡traidor! gritó la varonil mujer con aire de dejarse llevar á vias de hecho contra el desdichado Mantalini.

—¡Pardiez! exclamó este, ¿qué te he hecho yo para que así me trates, alma mia? Ea, bien de mi vida, objeto seductor de mis amores, lavandera de mi alma, esclava siempre de tu voluntad, cálmate, no te enojes contra el que tanto te ama.

—¡Traidor! gritó aun mas fuerte la colérica mujer, he

de arrancarte los ojos y no estaré contenta hasta que te los arranque.

—¡Qué diablo de tigre irritado!

—Cállate, infame. No se puede tener un momento de tranquilidad contigo. Ayer estuviste por ahí todo el dia haciendo de las tuyas. Bien sé yo dónde estuviste; sí, bien lo sé yo. No es bastante haber pagado sesenta y siete francos para que salieras de la cárcel y vivas aquí como un caballero; es menester que vuelvas á tu mala vida y me la dés peor á mí partiéndome el corazon.

—¡Ah! nó, nó; no quiero partir ese corazon que deseo entero para mí, bien mio. No lo volveré á hacer mas; voy á ser ya todo un hombre de bien para que no puedas decir nunca con razon qué soy... Pero, vida mia, perdóname; no te pido otra cosa.

Y Mantalini soltó el manubrio para cruzar las manos en actitud de súplica.

—Hagamos las paces, continuó diciendo. ¡Oh! sí, es preciso que te reconcilies con tu rendido amante, viendo como yo no amo mas que á tí. ¿A quién sino á tí he de amar yo? Y, pues, tú eres tan amable como bella, tendrás compasion de mí, y no me arañarás, sino al contrario, me acariciarás y consolarás y...

Poco sensible, en apariencia, á este llamamiento de amor, la mujer se disponia á darle alguna réplica contundente, cuando Nicolás, levantando la voz, preguntó por dónde se iba á Piccadilly.

Mantalini se volvió en la direccion de la voz, y descubriendo á Catalina, saltó sin decir una palabra á una cama que habia detrás de la puerta y se ocultó entre las ropas, diciendo con una viveza convulsiva:

—¡Dios me maldiga! ¡Es miss Nickleby! Cierra la puerta, apaga la luz, échame encima todo lo que hay aquí. ¡Maldicion! ¡Maldicion!

La mujer miró primero á Nicolás y luego á Mantalini, sin poder explicarse cómo la aparicion del forastero habia producido semejante efecto.

Pero Mantalini, habiendo tenido la desgraciada idea de

sacar las narices de su escondrijo para cerciorarse de si se habian ido ya los extraños personajes, hubo de sacarla de su estupor, pues la robusta hembra voleando con una destreza que revelaba gran práctica uno de aquellos canastos, se lo lanzó á la cabeza, haciéndole gritar y lamentarse mas que antes, aunque sin abandonar el escondrijo en que apenas podia respirar.

Nicolás, por su parte, creyendo favorable la ocasion para deslizarse antes de atraer sobre sí la cólera de aquella terrible mujer, tomó rápidamente la escalera y se ausentó con Catalina, dejando al desgraciado objeto de este inesperado reconocimiento el cuidado de explicar como pudiera su conducta.

El dia siguiente por la mañana, Nicolás se puso en camino para *Greta-Bridge.*

El tiempo era bello, como puede serlo en invierno, lo que le recordaba naturalmente las famosas circunstancias de su primer viaje por este mismo camino con los cambios y vicisitudes sobrevenidas despues en su suerte.

Durante la mayor parte del camino, fué solo en el interior, y de vez en cuando, despues de haber hecho un sueño, asomaba la cabeza por la ventanilla para reconocer el paisaje, ante el cual recordaba haber pasado, ya en diligencia con el honorable director del colegio, M. Squeers, ya á pié volviendo con el pobre Smike. Entonces le era difícil creer que no fuera un sueño lo demás, pues aun se imaginaba estar con él, rendido de cansancio en el camino de Londres, sin saber qué iba á ser de ellos en este mundo abierto ante sus ojos en toda su grandeza.

Para aumentar la ilusion nevó durante la noche; y atravesando Stamford y Grantham, y volviendo á ver la posada donde habia oido contar la historia del valiente baron de Grogzwig, le parecia que fué ayer cuando habia visto todo esto y que la blanca sábana que cubria los tejados no habia tenido tiempo de deshacerse todavía al calor del sol.

Entregado de buena voluntad á los recuerdos que se agolpaban á su mente, se imaginaba sin esfuerzo que estaba aun en la banqueta con Squeers y sus alumnos: oia sus

voces en el aire, las oia en su corazon; pero ahora con una mezcla de placer que atenuaba su pena, los recuerdos de su familia.

En medio de estas visiones voluntarias, se durmió, soñó una realidad, su dicha encarnada en Magdalena, y todos sus pesares se desvanecieron.

A su llegada pasó la noche en Greta-Bridge, y al levantarse el dia siguiente muy temprano fué á preguntar dónde vivia John Browdie.

Vivia en el arrabal y era ya un padre de familia, y como John era conocido de todos en el lugar, Nicolás encontró muy luego un muchacho que le sirviera de guia hasta su misma puerta.

Allí le despidió generosamente y en su impaciencia no quiso detenerse á echar una ojeada al risueño aspecto del jardin de la casa, y se fué derecho á la cocina, donde llamó golpeando ruidosamente con su baston.

—¡Mil diablos! gritó una voz desde el interior. ¿Quién está ahí? ¿Se ha pegado fuego al lugar? Cualquiera lo diria oyendo el ruido que haceis.

Y esto diciendo, el mismo John Browdie vino á recibir al que llamaba.

Al ver á Nicolás abrió tamaños ojos, dió un grito y batió las manos con ingenua alegría, diciendo al mismo tiempo para que lo oyera su consorte:

—¡Dios me bendiga! ¡Es el padrino! Él mismo en persona. ¡Matilde! ¡Matilde! ¡Aquí está Nicolás Nickleby! Dáme esa mano, amigo mio. Ven acá, siéntate al hogar, que hace frio. Vas á beber un trago conmigo... Nada, nada, no quiero que digas una palabra antes de haber despachado esto. ¡Dios me bendiga! Nicolás, amigo mio, no cambio este dia por una pascua.

Y el honrado y sencillo John hizo sentar á Nicolás junto al fuego, que avivó en dos segundos, sacó una damajuana, escanció un buen vaso de vino y se lo puso en la mano, haciéndole una gráfica seña para que lo despachara, y permaneciendo mientras tanto con la boca abierta en una expresion de bienaventurado.

—Así, así, dijo saboreando él mismo el líquido que apuraba Nicolás. Pues, señor, añadió luego, debí sospechar al instante que eras tú el que llamabas, pues nadie sino tú podia llamar aquí con tanto ruido. Díme, Nicolás, ¿llamabas así á las costillas del maestro de escuela?

Y John soltó una gran carcajada.

—A propósito ¿sabes tú qué fundamento tiene lo que por aqui se dice de él?

—¡Cómo! ¿Se dice ya por aquí?

—Anoche se murmuraba alguna cosa en el lugar, pero no le dábamos crédito. . .

—Pues no es un vano rumor, amigo John, dijo Nicolás; despues de los trámites de justicia, el honorable Squeers ha sido condenado á siete años de deportacion como encubridor del robo de un testamento.

—¡Justicia divina! Nicolás.

—No es eso todo, John; aun tiene que responder á una acusacion de complicidad en un complot.

—¡Pardiez! ¡un complot! Eso es algo parecido á una conspiracion, ¿eh?

—Nó, es un manejo, una maquinacion infame relativa á su establecimiento de enseñanza, de educacion moral. Te explicaré esto con todos sus detalles.

—Te oiré con mucho gusto, però despues, dijo el buen John. Ante todo es menester almorzar, porque tú tienes gana y yo tambien. Además es preciso que Tilda entre á medias en esas explicaciones. Ella dice siempre que debe haber entre nosotros mutua confianza. ¡Buena pieza es la Tilda con su confianza mutua!

La entrada de Matilde en traje elegante de casa, excusándose de haberse dejado sorprender tomando su desayuno en la cocina, contuvo á John en este grave asunto y decidió el almuerzo de los dos amigos.

Este se componia de una gran pila de tostadas con manteca, huevos frescos, jamon y una tortuga al gusto del país, con otros platos de fiambre que se renovaban sin cesar bajo la direccion de una buena cocinera.

Era un almuerzo adecuado á las exigencias de una maña-

na de frio penetrante, y todos le hicieron el honor que merecia.

Mientras tanto se habia encéndido un buen fuego en un gabinete y, concluido el almuerzo, trasladáronse á él los comensales para oir lo que Nicolás tenia que referir.

Refirió en efecto Nicolás todo lo ocurrido desde el principio al fin, y es imposible describir las emociones que tan interesante relato produjo en el ánimo del ávido auditorio. Ya refunfuñaba John de cólera, ya palmoteaba de júbilo; ahora prometia ir á Londres exclusivamente para ver á los buenos hermanos Cheeryble, ahora juraba que Timoteo Linkinwater recibiria próximamente un jamon por la diligencia, y franco de porte, y un jamon como nunca habria cortado cuchillo de cocinero.

Cuando Nicolás se puso á hablar de Magdalena, John le escuchaba con la boca abierta, dándole con el codo á Matilde á cada instante y diciéndole en voz baja que debia ser la Magdalena una gran moza.

Y cuando reasumiendo llegó el narrador á darles parte de su felicidad y les dijo que habia querido ir en persona á presentarles todas las seguridades de amistad que no habria expresado bien en una carta; que su viaje no tenia mas objeto que este; que una vez casado esperaba que fueran á devolverle la visita á la que les invitaba tambien su Magdalena... entonces John no pudo ya contenerse, y echando á su mujer una mirada severa para preguntarle cómo tenia valor de reirse en aquel momento, se puso á llorar como un muchacho.

Despues de haber tocado muchos asuntos de grata conversacion, dijo sériamente John:

—Volviendo á nuestro maestro de escuela, si la noticia cunde hoy por el colegio, no respondo del pellejo de la mujer ni de la hija.

—¡Ah! ¿Qué dices, John? exclamó Matilde.

—¡Pardiez! por mas que exclames, Tilda, lo que es yo no respondo de los colegiales. En cuanto se dijo en el país que el maestro estaba entre justicia, muchos padres sacaron del establecimiento á sus hijos. Si los que quedan llegan á

olfatear lo que hay de cierto, puedes esperar una insurreccion y ruidosa. ¡Oh! la sangre va á llegar al rio, Tilda.

La verdad es que John estaba algo inquieto, y así fué que determinó tomar el caballo y trasladarse al colegio, invitando á Nicolás á que le acompañara.

Pero Nicolás no aceptó el ofrecimiento dando la justa razon de que su presencia no haria mas que aumentar el sentimiento de la familia.

—Es verdad, contestó John; no sé cómo no he tenido presente esa buena razon.

—Mañana tengo que volver á Londres, dijo luego Nicolás; pero tengo la intencion de comer hoy con vosotros, si Matilde puede disponer de una cama para mí.

—¡Pardiez! exclamó John, ¡una cama! dos, si quieres: lo que es cama no te faltará. Pero déjame ir allá, que pronto daré la vuelta. Despues seré contigo, y á fe que hemos de pasar un buen dia.

Con esto se despidió cariñosamente de Matilde, dió un apreton de manos á Nicolás y partió á caballo en direccion al colegio.

Mientras Matilde hacia con la mejor voluntad los preparativos para obsequiar dignamente á su huésped, este fué á dar una vuelta por las inmediaciones, volviendo á visitar lugares cuya vista despertaba en él recuerdos de circunstancias dolorosas.

John llegó á Dotheboys-Hall, ató su caballo á una puerta y se dirigió á la del colegio que encontró cerrada por dentro con llave y cerrojo.

Oíase en el interior un trastorno de mil diablos, cuyo secreto tuvo muy luego John aplicando el oido á una rendija á propósito para un observador.

La noticia de la desgracia de Squeers habia salvado en efecto los muros de Dotheboys Hall: de esto no habia duda. Y segun toda apariencia no hacia mucho tiempo que los muchachos la sabian, porque acababa de estallar entonces la insurreccion que temia John Browdie.

Era precisamente dia de azufre y melaza, y la directora habia entrado en la clase con su caldero y cucharon segui-

da de Fanny y de Wackford, quien en ausencia de su padre, se habia tomado algunas pequeñas atribuciones del poder ejecutivo, como dar á sus compañeros alguno que otro puntapié con sus herrados zapatos, tirar de los cabellos á los mas pequeños, pellizcar á los otros hasta hacerles sangre, eligiendo siempre la parte mas sensible, en una palabra, hacerse de mil maneras tan útil y agradable á su digna madre como le era posible.

La aparicion de la familia en la sala de estudio vino á ser por un movimiento espontáneo ó acaso premeditado la señal del alzamiento.

Un destacamento de insurgentes comenzó por precipitarse á la puerta, donde hicieron una especie de barricada; otro se subió sobre los bancos y las mesas.

El mas fuerte de todos y por consiguiente el último que habia ingresado, menos agotado que los demás por el hambre, se apoderó del baston de castigo y mirando de frente y con aire resuelto á la maestra, le arrancó el gorro y se lo puso él, le arrebató tambien el cucharon y le intimó sopena de la vida ponerse de rodillas y tragar inmediatamente una buena racion de aquel brebaje.

Antes de que la honorable y digna consorte de Squeers hubiera tenido siquiera tiempo de darse cuenta de aquello, ni aun de oponer la menor resistencia, se encontró puesta de rodillas por una turba de insurgentes, que la obligaron además á tragar una buena cucharada de su melaza con azufre y algo mas ahora, pues hubieron de meter de cabeza en el caldero al príncipe heredero.

Alentado por este primer triunfo, aquel desenfrenado populacho, cuyas malignas caras y extenuados cuerpos se movian como espectros á cual mas espantoso, continuó en su obra de resuelta rebelion.

El jefe de los insurrectos insistió en que la directora del presidio tragara otra buena dosis de brebaje y que su hijo chapuzara otra vez en el caldero; y era ya objeto de un tremendo ataque la pecadora maestra, cuando John Browdie forzando la puerta con un poderoso impulso, se presentó en el campo de batalla.

—¡Vaya unos niños! dijo Browdie dominando el tumulto con una mirada. ¿Qué es esto? ¿Qué quereis con ella, picarillos? A ver.

Una confusion de voces le contestó con grande algarabía y John pudo oir esto, aunque no muy claramente:

—Squeers está preso. Queremos escaparnos. No queremos permanecer mas en este presidio. No permaneceremos aquí.

—Bien, muy bien, no permanezcais, repuso John. ¿Quién os obliga á ello? Pero á lo menos salid de aquí como hombres, sin ofender á las mujeres.

—¡Viva la independencia! gritó el jefe de la insurreccion.

—¡Viva! contestaron los demás á voz en cuello.

—¡Viva! repitió John. En hora buena, gritad *viva* como los hombres, pero no os propaseis á mas.

—¡Viva! volvieron á gritar los insurrectos.

—Otra vez, dijo Browdie.

Los insurgentes obedecieron.

—Ahora, añadió John, daremos otro viva para fin de fiesta, y despues á despejar cuanto antes. Tomad, pues, aliento. Squeers está sentenciado á deportacion, el colegio por consiguiente licenciado y se acabó. Pensad en esto y echad todo vuestro aliento en el último viva á vuestra libertad.

Entonces se levantó un concierto ó desconcierto de gritos jubilosos, tal como no se oyó nunca ni debia oirse ya en el Dotheboys-Hall.

Cuando se extinguió la última voz, la escuela estaba desierta, y de toda aquella bulliciosa poblacion que cinco minutos antes la animaba, no quedaba ni un solo individuo.

—¡Muy bien, M. Browdie! ¡muy bien! dijo Fanny Squeers roja é inflamada aun á consecuencia del tumulto, pero colérica mas que todo. ¡Habeis venido á excitar á la fuga á nuestros alumnos! ¡Muy bien! ¡Oh! ya nos la pagareis. Porque papá está ahora en desgracia, perseguido por infames enemigos, no vayais á creer que nos dejemos insultar por vos y por vuestra esposa.

—Nó, contestó John bruscamente, no es tal nuestra intencion, Fanny; tened mejor opinion de nosotros. Me alegro

de haber llegado á tiempo de librar de las manos de los muchachos á la vieja; me alegro de veras. ¿Cómo os he de insultar, ni permitir que nadie os insulte? Sois bastante desgraciada para eso, y además yo no soy capaz de insultar á nadie; tampoco tiene Matilde esa condicion: bien lo sabeis. Y si necesitais la ayuda de algun amigo para salir de aquí, á pesar de esos gestos de repugnancia que haceis, nos encontrareis siempre dispuestos á ella y á mi á favoreceros sin resentimiento ninguno por lo pasado. Pero no porque os diga esto, creais que me avergüenzo de lo que he hecho, pues al contrario, repito con los muchachos que viva la independencia y que el diablo se lleve al maestro de escuela.

Despues de esta despedida, John Browdie salió del colegio, tomó su caballo y partió al galope cantando alegremente un antiguo cantar al compás que le marcaba su caballo hiriendo el suelo con sus ferrados cascos.

Muy luego estuvo de vuelta en su casa, donde encontró á su mujer y á Nicolás esperándole.

Por espacio de algunos dias estuvo todo aquel campo trillado en todas direcciones por los colegiales fugitivos, que segun se decia, habian recibido secretamente de manos de John Browdie lo necesario para comer y beber hasta restituirse á sus hogares. Pero John negó siempre este rumor aunque con cierta sonrisa que inspiraba sospechas á los incrédulos y plena conviccion á los que sospechaban.

Solo quedaron por allí unos cuantos niños de carácter tímido, los cuales á pesar de las lágrimas que habian derramado en el colegio y la miseria que en él habian pasado, no conociendo otro asilo, tiraban á él por necesidad ó por hábito. Estos desdichados niños, cuando se calmaron y reconocieron su situacion, se pusieron á llorar y á sentir el refugio que habian perdido, encontrándose algunos á orillas de los caminos asustados de su aislamiento y desamparo.

Uno de ellos tenia un pájaro muerto en una jaula. Habia andado con él mas de siete leguas á la ventura, y solo cuando le vió espirar, perdió el muchacho su aliento abandonándose al lado de su pájaro.

Encontróse otro en un corral cerca del colegio, acostado con un perro que enseñaba furiosamente los dientes á quien pretendia arrebatarle su protegido y lamia el pálido rostro del pobre niño dormido.

A todos estos se les recogió con otros rezagados, que fueron luego reclamados, acaso para perderlos otra vez.

Finalmente, andando el tiempo los mismos vecinos acabaron por olvidar el colegio de Squeers y la insurreccion de los colegiales, de lo que no volvió á hablarse sino como una tradicion del pasado.

CAPÍTULO XXXIII.

Conclusion.

Al dejar su luto la huérfana Magdalena dió á Nicolás su mano y su fortuna.

El mismo dia y á la misma hora, Catalina se desposaba con Frank Cheeryble.

Se hubiera querido comprender en la misma ceremonia un tercer enlace, el de Tim Linkinwater y miss Creevy, pero estos hubieron de rehusarlo, y quince dias despues salieron una mañana temprano, y al volver alegremente juntos se supo que venian de casarse en paz y en gracia de Dios.

El dinero de que Nicolás se halló en posesion á título de su casamiento fué colocado en casa de Cheeryble hermanos, á cuya razon mercantil fué asociado Frank.

Pocos años despues, la casa de comercio continuó bajo la razon social *Cheeryble y Nickleby:* de modo que la viuda tuvo el gusto de ver realizadas sus predicciones.

Los dos hermanos se retiraron de los negocios. ¿Quién puede dudar que eran dichosos, rodeados como estaban de seres queridos que les debian su felicidad?

Timoteo tuvo la condescendencia, despues de muchas súplicas y amistosas reconvenciones, de aceptar por fin una participacion en la casa; pero jamás quiso consentir que figurara su nombre como asociado, lo que no impidió que

perseverara cumpliendo puntualmente sus deberes de despacho como antes.

Vivia con su mujer en su antigua casa, ocupando en ella la misma alcoba en que habia dormido durante cuarenta y cuatro años.

La alegre Creevy no cambió de carácter envejeciendo, y sus amigos se preguntaban siempre, sin haber podido nunca resolver la cuestion, quién era mas feliz de los dos, Timoteo con su sonrisa de beatitud, sentado en un rincon de su hogar, ó la Creevy tan activa y vivaz siempre, charlando y riendo sin cesar.

Dick, el viejo mirlo, pasó del despacho á una habitacion bien abrigada. Debajo de su jaula habia colgadas dos miniaturas hechas por la Creevy: una era su propio retrato, otra el de Timoteo, y los dos con la sonrisa en los labios para hacer honor á las visitas.

La cabeza de Timoteo estaba empolvada como un pastel de almendras, y sus gafas imitadas con exactitud rigorosa.

Así, los extraños no se engañaban al primer golpe de vista sobre su parecido, lo que les hacia naturalmente adivinar que el otro retrato era el de su mujer, á quien nombraban sin vacilar.

Juzgad si la artista se envaneceria de su obra que colocaba ella entre los retratos mejor acabados que habian salido de su pincel.

Timoteo, por su parte, como debe creerse, los tenia en grande estimacion, porque en esto como en todo, los dos eran siempre del mismo parecer. Así, pues, si hubo en el mundo un *matrimonio feliz*, puede muy bien decirse que fué el de Tim y la Creevy.

Habiendo muerto Rodolfo *ab intestato*, sin dejar mas parientes que los que persiguió siempre en vida como sus mayores enemigos, á ellos pertenecia legalmente su fortuna por derecho de herencia. Pero estos herederos no pudieron soportar la idea de enriquecerse con bienes mal adquiridos, temiendo que malearan los suyos.

En su virtud no hicieron reclamacion ninguna y las riquezas que el usurero acumulara durante su vida á precio

de tantas privaciones y vilezas, hubieron de ingresar en las arcas del tesoro público, como bienes abandonados.

El viejo Arturo Gride se vió perseguido por posesion ilegítima del testamento en favor de Magdalena, ya lo hubiera hecho sustraer en provecho suyo, ya lo hubiera adquirido por otros medios, ilegales siempre. Gracias á la habilidad de su abogado y á ciertos vicios de nulidad, pudo escapar á una condená deshonrosa; pero al fin, esto fué salir de Scylla para caer en Caribdis, pues algunos años mas tarde, al atractivo de su riqueza, fué saqueada su casa una noche, y él amaneció estrangulado en su propia cama.

La vieja Sliderskew pasó los mares casi en la misma época que el honorable Squeers, y se quedó por allá enterrada.

Sir Mulberry Hawk vivió en el extranjero algunos años aun, sin perder nada de su reputacion de hombre á la moda. Finalmente volvió á su pais, donde se vió muy luego reducido á prision por deudas, muriendo en ella miserablemente, fin ordinario de los personajes de su estofa.

El primer cuidado de Nicolás luego que fué un rico comerciante, fué comprar la antigua posesion de su padre. Andando el tiempo y á medida que veia crecer á su lado un plantel de encantadores niños, agrandó la casa y redondeó el dominio; pero hubo de respetar las habitaciones antiguas y los viejos árboles que le dieran sombra en su niñez, como igualmente todo lo que despertaba en su mente un recuerdo del pasado.

A un tiro de fusil se alzaba otra vivienda animada tambien por las voces de numerosos niños. En ella vivia Catalina, llena de gratos cuidados y nuevas ocupaciones, y rodeada de una familia nueva tambien, que colmaba su felicidad con sus caricias. Una de sus hijas se le parecia tanto, que la viuda Nickleby creia ver aun á Catalina en su primera infancia.

La viuda, ya con Catalina, ya con Nicolás, acompañando al uno ó á la otra á Londres, cuando para sus negocios tenian que reunirse allá las dos familias, vivia siempre entre ellos, cuidadosa siempre de su dignidad personal y dando siempre grande importancia y solemnidad á la narracion de

las observaciones debidas á su larga experiencia, sobre todo en lo concerniente á la educacion de los niños.

Pero hubo de pasar mucho tiempo antes de resolverla á admitir de nuevo en su gracia á la Creevy, y aun hay quien cree que no le perdonó nunca del todo la inconveniencia de su casamiento.

Habia tambien un gentleman de cabeza cana, un honrado y apacible viejo que así en invierno como en verano habitaba una casita muy cerca de la de Nicolás, y se encargaba, en ausencia de este, de atender á sus intereses.

Era Newman Noggs. Todo su placer, toda su felicidad consistia en reunir á su alrededor á los niños, en hacerse niño con ellos y como ellos para dirigir sus juegos. *Así era* que los niños no podian pasar sin Newman Noggs.

En torno del sepulcro de Smike, el musgo no se doblaba bajo los ligeros piés de aquella inocente turba. Toda la primavera y todo el verano, guirnaldas de frescas flores tejidas por manos de niños, adornaban la piedra funeraria, y siempre que iban á renovarlas, antes de que se marchitaran, sus ojos se llenaban de lágrimas y hablaban callandito de su pobre primo muerto.

FIN.

bre to-

verla a
y quiet
ncia d

onrad
o hab
carga

licidad
hacers
ts era

obiaba
la pri-
s teji-
ria. F
obita
ndir